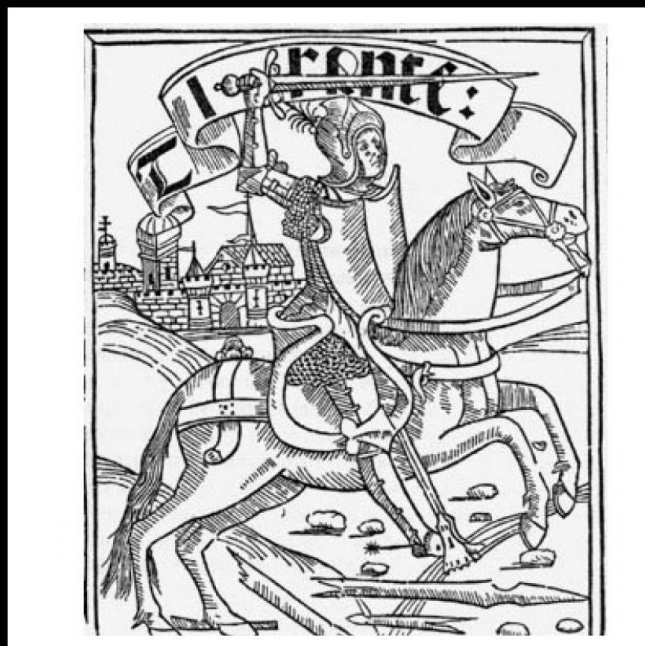


Joanot Martorell



**Tirante el
Blanco**

textos.info
biblioteca digital abierta

Tirante el Blanco

Joanot Martorell

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 2434

Título: Tirante el Blanco

Autor: Joanot Martorell

Etiquetas: Novela, Novela de Caballerías

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 7 de marzo de 2017

Fecha de modificación: 4 de febrero de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

**EN HONOR, LOOR Y GLORIA DE NUESTRO SEÑOR DIOS
JESUCRISTO Y DE LA GLORIOSA SACRATÍSIMA VIRGEN MARÍA,
MADRE SUYA Y SEÑORA NUESTRA, COMIENZA LA LETRA DEL
PRESENTE LIBRO LLAMADO TIRANTE EL BLANCO, DIRIGIDA POR
MOSEN JOANOT MARTORELL, CABALLERO, AL SERENÍSIMO
PRÍNCIPE FERNANDO DE PORTUGAL.**

DEDICATORIA

Muy excelente, virtuoso y glorioso príncipe, rey expectante:

Aunque ya estaba informado, especialmente ahora he tenido noticia de vuestras virtudes, porque vuestra señoría me ha querido comunicar y desvelar vuestros deseos de conocer los hechos de los antiguos, virtuosos, famosos y muy gloriosos caballeros, de los cuales los poetas e historiadores han loado y han perpetuado, en sus obras, tanto su recuerdo como sus virtuosos actos. Y, sobre todo, me habéis comunicado el deseo de conocer los muy insignes actos de aquel tan famoso caballero, llamado Tirante el Blanco, el cual, de la misma manera que el sol resplandece entre los otros planetas, resplandecía en el arte de la caballería entre los otros caballeros del mundo; aquél que por su virtud conquistó muchos reinos y provincias y los dio a otros caballeros, porque para sí sólo quería el honor de la caballería. Se trata de aquel caballero que más adelante conquistó todo el imperio griego, arrebatándolo a los turcos, que habían subyugado a los cristianos griegos.

Como la referida historia y actos de Tirante están escritos en lengua inglesa, vuestra ilustre señoría me ha rogado que la traduzca a la lengua portuguesa porque conozco mejor aquella lengua que otras, a causa de haber estado algún tiempo en la isla de Inglaterra. Os tengo que decir que vuestras plegarias me han parecido mandamientos muy aceptables, ya que, a causa de mi condición, estoy obligado a manifestar los actos virtuosos de los antiguos caballeros, sobre todo porque en el indicado tratado se halla muy extensamente relatado todo lo que se refiere al derecho y a la orden de las armas y de la caballería. A pesar de eso, podría excusarme de hacer este trabajo, tanto por mi insuficiencia y las ocupaciones curiales y familiares que tengo, como por las adversidades de la hostil fortuna, que no dan reposo a mi pensamiento. Pero, confiando en el bien soberano, dador de todos los demás bienes, que ayuda a los buenos deseos y lleva los buenos propósitos a los fines convenientes, me atreveré, a pesar de mi ignorancia, a traducir la referida obra no solamente de la lengua inglesa a la portuguesa, sino de la portuguesa a la vulgar

valenciana, para que la nación de donde soy natural se pueda llegar a alegrar por tantos y tantos insignes actos como se hallan en ella.

Suplico, por tanto, a vuestra señoría que acepte la presente obra aunque en ella haya algún error. Si esto ha ocurrido, ha sido a causa de la referida lengua inglesa, de la cual es imposible poder traducir ciertos vocablos de algunos pasajes. Atendiendo, por tanto, al deseo que tengo de servir y sin tener en cuenta la rudeza de algunas sentencias, ruego a vuestra señoría que quiera dar a conocer esta obra entre sus servidores y otros caballeros, para que puedan sacar el fruto que corresponde y que, alentando sus corazones a no huir de los combates, los encamine a mantener el bien común que fue instaurado por el orden de la caballería.

Y para que de la presente obra no pueda ser increpado nadie más, si error se encuentra, solamente yo, Joanot Martorell, caballero, quiero ser culpado, ya que solamente por mí ha sido acabada a instancias y servicio del muy ilustre príncipe y señor rey expectante don Fernando de Portugal.

Esta obra fue comenzada el dos de enero de mil cuatrocientos sesenta.

PRÓLOGO

Como la experiencia muestra, la debilidad de nuestra memoria olvida fácilmente no solamente los actos ocurridos hace mucho tiempo, sino también los recientes de nuestros días. Es, pues, muy conveniente y útil poner por escrito las hazañas e historias antiguas de los hombres fuertes y virtuosos para que sean claros espejos, ejemplos y doctrina para nuestra vida, según afirma el gran orador Tulio.

En la Santa Escritura leemos las historias y actos de los santos padres, del noble Josué y de los reyes, de Job y de Tobías, así como las del fortísimo Judas Macabeo. También el egregio poeta Homero ha recitado las batallas de los griegos, de los troyanos y de las amazonas; Tito Livio, las de los romanos: de Escipión, de Aníbal, de Pompeyo, de Octaviano, de Marco Antonio y de muchos otros. Igualmente hallamos escritas las batallas de Alejandro y de Darío; las aventuras de Lanzarote y de otros caballeros; las fábulas poéticas de Virgilio, de Dante y de otros poetas; los santos milagros y los actos admirables de los apóstoles, mártires y otros santos; la penitencia de san Juan Bautista, de santa Magdalena, de san Pablo ermitaño, de san Antonio, de san Onofre y de santa María Egipcíaca. Y muchas otras hazañas e innumerables historias han sido compiladas para que no fuesen olvidadas por los humanos.

Merecedores son de honor, gloria, fama y memoria los hombres virtuosos y especialmente aquéllos que no han rehusado la muerte para ascender a la gloria perpetua. Sabemos, también, que el honor no puede ser adquirido sin el ejercicio de muchos actos virtuosos y que la felicidad no puede ser conseguida sin virtudes. Es el caso de Judit, que, con ánimo viril, osó matar a Holofernes para liberar a la ciudad de la opresión de aquél. Y como éste son muchos los libros que se han escrito y compilado con hazañas e historias antiguas, ya que sin ellos no sería posible al entendimiento humano comprenderlas y retenerlas.

Antiguamente, el orden militar era tenido en tanta reverencia, que no era galardonado con el honor de caballería más que el más fuerte, el más animoso, el más prudente y el más experto en el ejercicio de las armas. La

fortaleza corporal y el coraje se tienen que ejercitar con sabiduría, porque, así como algunas veces unos pocos han obtenido victoria sobre muchos a causa de la prudencia y las buenas artes de los batalladores, en otras ocasiones la sabiduría y la astucia de los caballeros han sido suficientes para vencer la fuerza de los enemigos. Y por esta razón los antiguos ordenaban justas y torneos y educaban a los infantes en el ejercicio militar, para que en las batallas fuesen fuertes y animosos y para que no sintiesen terror ante la visión de los enemigos.

La dignidad militar tiene que ser premiada, porque sin ella los reinos y las ciudades no podrían permanecer en paz, según dice el glorioso san Lucas en su evangelio. Merecedor es, pues, el virtuoso y valiente caballero, de honor y de gloria, y su fama no tiene que ser olvidada con el paso de los días. Y como entre los otros insignes caballeros de gloriosa memoria sobresale el valentísimo Tirante el Blanco, del cual hace especial conmemoración el presente libro, es necesario hacer una singular y presente mención individual, a causa de su honor y de sus grandísimas virtudes y caballerías, que se recitan en las siguientes historias.

PRIMERA PARTE. TIRANTE EN INGLATERRA

Capítulo I. Las hazañas del valeroso Conde Guillen de Varoic

En la fértil, rica y deleitosa isla de Inglaterra habitaba un caballero valentísimo, llamado el conde Guillén de Varoic, noble de linaje y hombre de grandes virtudes, quien por su gran sabiduría y gran inteligencia había servido durante mucho tiempo al arte de caballería con grandísimo honor, y su fama era conocida en todo el mundo. Era un caballero muy fuerte que en su juventud había practicado mucho el ejercicio de las armas, haciendo guerras tanto por mar como por tierra, y había llevado muchas batallas a buen fin. Había participado en siete batallas campales donde estaba presente rey o hijo de rey con más de diez mil combatientes y había entrado en cinco lizas de campo cerrado y en todas había obtenido gloriosa victoria.

Hallándose el virtuoso conde en edad avanzada de cincuenta y cinco años y movido por inspiración divina, se propuso abandonar las armas e ir en peregrinación a Jerusalén, donde todo cristiano tiene que ir, si le es posible, para hacer penitencia. Así pues, con dolor de contrición por las muchas muertes que en su juventud había causado, el conde se decidió a peregrinar.

Una noche manifestó a su mujer, la condesa, su partida y, aunque ésta se lo tomó con mucha impaciencia, a pesar de que era muy virtuosa y discreta y de que sentía por él un gran amor, se mostró muy contrariada a causa de su condición femenina.

Por la mañana, el conde mandó venir ante él a todos sus servidores, tanto hombres como mujeres y les habló:

—Hijos míos y fidelísimos servidores, a la divina Majestad le place que yo tenga que partir. Mi vuelta es incierta y el viaje, de grandísimo peligro. Por eso quiero satisfacer ahora a cada uno de vosotros el buen servicio que me ha dispensado.

Entonces hizo sacar una gran caja de monedas y a cada uno de ellos le

dio mucho más de lo que le debía, de forma que todos quedaron muy contentos. Después, aunque tenía un hijo de muy corta edad, hizo donación a la condesa de todo el condado.

El conde había mandado hacer un anillo de oro con sus armas y las de la condesa, anillo que había sido elaborado con tal artificio que se podía partir por la mitad, de forma que cada parte resultaba un anillo completo con la mitad de las armas de cada uno y, cuando se unía, se podían ver en él ambas armas.

Habiendo resuelto todo lo que se había propuesto, se dirigió a la virtuosa condesa y, con cara muy afable, comenzó a decirle las siguientes palabras:

—Por experiencia conozco vuestro verdadero amor y vuestra afable condición, esposa y señora mía, y este hecho me hace sentir mayor dolor, ya que yo os amo a causa de vuestra gran virtud. Grandísimos son la pena y el dolor que siente mi alma cuando piensa en vuestra ausencia. Pero la gran esperanza que tengo me da consuelo, porque estoy seguro de que tomaréis mi partida con amor y paciencia. Si Dios quiere, mi viaje acabará pronto gracias a vuestras oraciones y así aumentará vuestra alegría. Os dejo, señora, todo lo que tengo y os ruego que cuidéis de nuestro hijo, de los servidores, de los vasallos y de la casa. Os doy una parte del anillo que he mandado hacer; os ruego que lo tengáis como si se tratase de mi persona y que lo guardéis hasta mi vuelta.

—¡Oh, tristeza! —dijo la dolorida condesa—. ¿Partiréis sin mí? Por lo menos permitidme que vaya con vos para que os pueda servir, ya que prefiero la muerte que vivir sin vuestra señoría; y si no lo consentís, el día que muera no sentiré mayor dolor que el que ahora siento. Decidme, señor, ¿es ésta la alegría y el consuelo que yo esperaba de vos? ¿Éste es el consuelo de amor y de fe conyugal que yo tenía en vos? ¡Ah, miserable de mí! ¿Dónde está la grandísima esperanza que yo tenía de que compartiríais conmigo el final de mi vida? ¡Oh, triste de mí, que veo perdida toda mi esperanza! ¡Que venga la muerte, pues ya nada me puede valer! ¡Que vengan truenos y relámpagos y una gran tempestad para que mi señor no pueda partir de mí!

—¡Oh, condesa y señora! Ya veo que vuestro extremo amor os hace traspasar los límites de vuestra gran discreción —dijo el conde—. Debéis considerar que Nuestro Señor Dios concede al pecador la gracia de conocer sus pecados y debilidades, de forma que, si quiere, puede hacer

penitencia, y que la mujer que ama tanto el cuerpo de su caballero, mucho más tiene que amar su alma; por tanto, tiene que dar gracias a Dios que ha querido iluminar a su esposo. Y más tratándose de mí, que soy gran pecador y que en tiempos de guerras he hecho muchos males y daños a mucha gente. ¿No vale más, pues me he apartado de las grandes guerras y batallas, que me entregue al servicio de Dios y que haga penitencia de mis pecados, que vivir en los mundanos asuntos?

—Buena cosa sería ésa —dijo la condesa—, pero veo que este cáliz de dolor se tiene que beber y que es muy amargo para mí, que he sido huérfana de padre y de madre y ahora seré viuda de marido y señor vivo. Yo que creía que había pasado mi infortunio y que todos los males tenían remedio, veo aumentar mis dolores, porque podré decir que no me queda más que este hijo y la tristeza de la madre se tendrá que consolar con él.

La condesa cogió al pequeño por los cabellos y se los estiró, y con la mano le pegó en la cara y le dijo:

—Hijo mío, llora la dolorosa partida de tu padre y acompaña la tristeza de tu madre.

El pequeño infante, que no tenía más de tres meses, comenzó a llorar. El conde, que vio llorar a la madre y al hijo con gran angustia, no pudo contener las lágrimas y manifestó el dolor y la compasión que les tenía, de forma que no pudo hablar durante un buen espacio de tiempo, porque los tres lloraban. Cuando las mujeres y doncellas de la condesa los vieron llorar, movidas de gran compasión cayeron todas en llantos y grandes lamentaciones, a causa del gran amor que sentían por la condesa.

Las damas honorables de la ciudad, sabiendo que el conde tenía que partir, fueron todas al castillo a despedirse. Ya dentro de la habitación, encontraron al conde consolando a la condesa y cuando ésta vio entrar a las honradas damas, esperó que se sentasen y después les dijo:

—A vosotras, mujeres casadas, dirijo mis llantos para que, haciendo vuestros mis daños, os lamentéis conmigo. Un caso semejante os puede suceder a vosotras y, ya que a mí me ocurre ahora aquello que os puede llegar, os ruego que tengáis compasión de mí. Así mismo, pido que mi dolor haga tal señal en los oídos de los lectores, que éstos lloren por los males que me esperan, porque en los hombres no se encuentra firmeza. ¡Oh, muerte cruel! ¿Por qué vienes a quien no te quiere y rehuyes a los

que te desean?

Todas aquellas mujeres de honor se levantaron y suplicaron a la condesa que les permitiese compartir su dolor y, junto con el conde, la consolaban de la mejor forma que podían. Después, ella les dijo:

—Llorar no es nuevo para mí, ya que en distintas ocasiones en que mi señor estaba en guerras con Francia, no tuve día sin lágrimas. Y, según veo, tendré que pasar el resto de mi vida con nuevas lamentaciones. Mejor sería para mí pasar mi triste vida durmiendo, para no sentir las crueles penas que me atormentan y, con la pena de tal vivir, lejos de toda esperanza de consuelo, diré: los gloriosos santos fueron martirizados en nombre de Jesucristo y yo lo seré por vuestra señoría, que sois mi señor; y así, de aquí en adelante, haced todo aquello que os plazca, pues la fortuna no me consiente otra cosa, ya que vos sois mi marido y señor. Y quiero que vuestra señoría sepa que, lejos de vos, estoy en el infierno y cerca, en el paraíso.

Habiendo terminado la condesa sus dolorosas lamentaciones, habló el conde de la siguiente forma:

—Mi alma siente gran alegría de vos, condesa, por lo que habéis dicho en las últimas palabras y si a la divina majestad le place, mi vuelta será muy pronta. Y podéis estar segura de que donde sea que yo me encuentre, mi alma se hallará continuamente con vos.

—¿Qué consuelo puedo tener yo de vuestra alma sin vuestro cuerpo?
—dijo la condesa—. Estoy segura de que solamente por amor a vuestro hijo os acordaréis alguna vez de mí; pero amor de lejos y casa pasajera todo es uno. ¿Queréis que os diga más, señor? Es más fuerte mi dolor que vuestro amor, porque si fuese como dice vuestra señoría, creo que por amor a mí no partiríais. A pesar de eso, ¿para qué quiero yo amor de marido si no me sirve de nada?

—Condesa y señora —contestó el conde—, ¿queréis que demos fin a esta conversación? Yo necesito partir, pero el hecho de irme o no está en vuestra mano.

—Ya que más no puedo hacer —dijo la condesa—, solamente me falta entrar en mi habitación y llorar mi triste desventura.

Con gran pena, el conde se despidió de ella besándola muchas veces y lanzando vivas lágrimas por sus ojos. También se despidió de todas las otras damas con un dolor inefable.

Cuando se fue, no quiso llevarse nada más que un solo escudero. Partió de su ciudad de Varoic, se embarcó en una nave y, navegando con viento propicio, con el paso del tiempo llegó a Alejandría sano y salvo. Bajó a tierra y con buena compañía hizo la vía de Jerusalén, donde confesó sus pecados y recibió con grandísima devoción el cuerpo de Jesucristo. Después entró a visitar el santo sepulcro de Jesucristo, donde hizo muy ferviente oración con lágrimas y gran contrición de sus pecados, por cuya razón mereció obtener el perdón.

Habiendo visitado todos los demás santuarios que hay en Jerusalén, y ya de vuelta a Alejandría, se embarcó en una nave y pasó a Venecia, donde dio todo el dinero que le quedaba al escudero, porque lo había servido bien, y lo casó para asegurarse de que no regresara a Inglaterra. Dijo a todo el mundo que el escudero había muerto y se las ingenió para que unos mercaderes escribiesen a Inglaterra y dijese que el conde Guillén de Varoic había muerto cuando regresaba de la santa ciudad de Jerusalén.

Habiendo sabido tal noticia, la virtuosa condesa se aturdió mucho, le guardó un luto desmesurado y le hizo las exequias que merecía un caballero tan virtuoso.

Pasado el tiempo, el conde regresó a su propia tierra, solo, con los cabellos largos hasta la espalda, la barba toda blanca hasta la cintura y vistiendo el hábito de San Francisco. Secretamente se dirigió a una devota ermita de Nuestra Señora, que distaba muy poco de su ciudad de Varoic, y allí vivió de limosnas.

Esta ermita se hallaba en una alta montaña llena de árboles de gran espesura y al lado de una fuente. El virtuoso conde se mantenía en este desierto paraje y llevaba una vida solitaria para huir de los mundanos asuntos, con el objeto de que sus debilidades pudiesen tener penitencia. Perseverando en su virtuosa vida y viviendo de limosnas, una vez a la semana iba a su ciudad de Varoic para pedir caridad, donde no era reconocido por las gentes a causa de la gran barba y de los largos cabellos que llevaba. Incluso iba a la virtuosa condesa, mujer suya, para pedirle caridad, la cual, viéndolo pedir limosna con humildad tan profunda, le hacía mucha más caridad que a todos los demás pobres. Y de esta

forma iba pasando su pobre y miserable vida.

El gran rey de Canaria, joven muy fuerte, viril e inquieto, lleno de nobles esperanzas y aspirando siempre a la honrosa victoria, reunió una gran escuadra de naves y de galeras y pasó a la noble isla de Inglaterra con mucha gente, porque algunos corsarios de aquella nación habían robado en una posesión suya. Con gran ira, porque alguien había osado enojarlo, partió de su tierra con una gran armada y, navegando con viento próspero, llegó a las fértiles y pacíficas costas de Inglaterra. Durante la oscura noche, toda la escuadra se adentró en el puerto de Antona y con gran astucia desembarcaron sin ser oídos por los de la isla. Cuando estuvieron en tierra, organizaron sus tropas y empezaron a avanzar por la isla.

El pacífico rey de Inglaterra, habiendo conocido la mala noticia de la llegada de los moros, reunió a toda la gente que pudo y les presentó batalla: allí murió mucha gente de una parte y de otra, pero los más perjudicados fueron los cristianos. El rey inglés fue vencido; por lo tanto, se tuvo que retirar y se refugió, con la gente que le quedaba, en la ciudad de santo Tomás de Conturbery, ciudad donde reposa el cuerpo del santo.

El rey volvió a reunir más gente y, cuando supo que los moros tenían que pasar cerca de una ribera de agua, a medianoche se apostó en un paso estrecho. Pero habiéndolo sabido los moros, se detuvieron hasta que fue día claro y les presentaron una cruel batalla en la que murieron muchos cristianos, mientras que los que quedaron vivos huyeron con el infortunado rey.

Grande fue la desventura del rey cristiano, que perdió nueve batallas, una detrás de otra, y se tuvo que retirar a la ciudad de Londres. Allí se hizo fuerte, pero cuando lo supieron los moros, pusieron sitio a la ciudad y les presentaron combate. Cada día se hacían muchas batallas y, por fin, el rey se vio forzado a salir de la ciudad de Londres, emprendió el camino de las montañas de Gales y pasó a la ciudad de Varoic.

Cuando la virtuosa condesa supo que el muy infortunado rey venía huyendo, hizo preparar para aquella noche viandas y todo lo que podían necesitar. Como mujer de gran prudencia, pensó qué se podría hacer para defender su gran ciudad, de manera que no se perdiese tan pronto. Al ver al rey, le dijo estas palabras:

—Virtuoso señor, vos y todos los que vivimos en la isla estamos en gran

aflicción. Pero, señor, si vuestra alteza lo desea, puede permanecer en esta ciudad, vuestra y mía, donde encontraréis abundancia de víveres y de todas las cosas necesarias para la guerra, porque mi marido y señor, don Guillén de Varoic, que era conde de esta tierra, abasteció la ciudad y el castillo tanto de armas como de bombardas, ballestas, culebrinas, espingardas y otros ingenios de artillería. Además, la divina bondad, por su clemencia, nos ha dado cuatro años de gran abundancia de frutos de la tierra. Por lo tanto, vuestra señoría puede permanecer aquí con seguridad.

—Condesa —respondió el rey—, me parece que el consejo que me habéis dado es bueno, pues la ciudad está bien fortificada y bien provista de las cosas necesarias para la guerra.

—Sí, señor —dijo la condesa—. Además, como hay gran cantidad de moros, por fuerza han de venir andando, ya que por la otra parte no pueden hacerlo a causa del río que baja desde las montañas de Gales.

—Muy contento estoy —dijo el rey— de detenerme aquí, y os ruego, condesa, que deis la orden de que mi hueste sea bien provista de todo lo necesario.

Al instante, la virtuosa condesa dejó al rey y, con dos doncellas y los regidores de la ciudad, fue por las casas pidiendo trigo, avena y todo lo que necesitaban. Cuando el rey y todos los demás vieron tan gran abundancia, se pusieron muy contentos, especialmente por la diligencia manifestada por la virtuosa condesa.

Al enterarse los moros de que el rey había partido de la ciudad de Londres, le siguieron hasta que supieron que se había refugiado en la ciudad de Varoic. Éstos, siguiendo la misma vía, tomaron el castillo de Alimburgo, que distaba dos leguas de donde estaba el rey. Habiendo conquistado gran parte del reino, el día de San Juan, el rey moro fue con todo su poder frente a la ciudad de Varoic. El afligido rey cristiano, viendo perdida su esperanza, no sabía qué podía hacer, porque desde una torre del castillo veía cómo la gran cantidad de moros quemaba y destruía pueblos y castillos y mataba a muchos cristianos, tanto hombres como mujeres. Los que podían huir llegaban gritando y corriendo a la ciudad, de forma que desde media legua se podían oír los mortales gritos que daban.

El rey, observando el daño que hacía la gran cantidad de moros, pensó que moriría de dolor y, no pudiendo resistir la desoladora visión, bajó de la

torre y entró en una pequeña habitación donde comenzó a lanzar dolorosos suspiros y, al mismo tiempo que destilaba por los ojos vivas lágrimas y hacía las mayores lamentaciones que nunca pudiese hacer nadie, dijo:

—Si a Dios le place que yo sea avergonzado, venga la muerte sobre mí, que es el último remedio para todos los males. ¡Oh de mí, infortunado rey, que tan pocos abogados hallo para mi justa causa! No quieras, Señor, por tu piedad y misericordia, que este pueblo cristiano, aunque sea gran pecador, se vea afligido por la gran cantidad de moros. Consévalo, defiéndelo y llévalo a tu gran servicio, para que te pueda ser útil y darte loor y gloria. Por esto recurro a ti, sacratísima Madre de Dios Jesús, para que me quieras socorrer y ayudar, por tu piedad y misericordia.

Estando el afligido rey en estas lamentaciones, reclinó su cabeza sobre los muslos, y le pareció que por la puerta entraba una bellísima doncella, vestida de damasco blanco, con un pequeño infante en los brazos, acompañada de muchas otras doncellas que iban detrás cantando el Magnificat. Cuando acabó el canto, la señora se acercó al rey, le puso la mano sobre la cabeza y le dijo:

—No dudes, rey, de lo que verás y escucharás. Ten buena confianza, porque el Hijo y la Madre te ayudarán en esta gran tribulación: al primer hombre con larga barba que veas y que te pida caridad por amor de Dios, bésalo en la boca en señal de paz, ruégale que deje el hábito que lleva y hazlo capitán de tu gente.

El dolorido rey se despertó y no vio a nadie. Se admiró mucho del sueño que había tenido y recordó todo lo que había visto. Salió de la habitación y se encontró con unos caballeros, que lo avisaron de que los moros habían dispuesto sus tiendas delante de la ciudad.

A la mañana siguiente, el conde ermitaño, que había subido a la montaña a recoger hierbas para comer, cuando vio la gran cantidad de moros que había, abandonó su ermita y se refugió en la ciudad.

El pobre viejo vio la ciudad muy atribulada y se dirigió al castillo para pedir caridad a la condesa, porque hacía muchos días que no había comido nada más que hierbas. Ya en el castillo, vio al rey que salía de oír misa y, estando muy cerca de él, se arrodilló ante él y le suplicó que, por reverencia de Dios, le quisiera dar caridad. El rey, recordando el sueño, le

ayudó a levantarse, lo besó en la boca, lo cogió de la mano y lo introdujo dentro de una habitación. Ya sentados, el rey comenzó a hablar de la siguiente manera:

—Las informaciones que tengo sobre tu gran virtud, reverendo padre, me dan ánimo para rogarte que me quieras ayudar y dar consejo, ya que te veo hombre de santa vida y amigo de Jesucristo. Te ruego que quieras considerar el gran daño y destrucción que estos malvados infieles han hecho y hacen a nuestro reino, porque han destruido la mayor parte de la isla, me han vencido en muchas batallas y han matado a los mejores caballeros que había en mi reino. Si no lo haces por mí, ten compasión, tanto del pueblo cristiano que se encuentra en cautiverio, como de las mujeres y doncellas deshonradas y encarceladas. Observa que, aunque esta ciudad está bien provista de víveres y de las demás cosas para la guerra, no podremos resistir mucho, ya que los moros nos ganan en número: ya tienen conquistada la mayor parte de la isla y no cesarán hasta conseguir nuestra destrucción, especialmente porque no esperamos socorro de nadie más que de la misericordia de Nuestro Señor por medio de tu reverencia. Por esto te ruego, si tienes amor a Dios y la caridad habita en ti, que tengas compasión de este afligido reino y que, por tu virtud, te quieras desvestir de esas ropas de penitencia que llevas y aceptar vestirme las de caridad, que son las de las armas. Así, y con la ayuda de Dios, conseguiremos gloriosa victoria contra nuestros enemigos.

Habiendo acabado el rey, el ermitaño respondió:

—Me admira, mi señor, que vuestra excelencia me pida consejo y ayuda a mí, que soy pobre y débil. Como vuestra señoría no ignora, mi endeble y vieja persona se encuentra en decrepitud a causa de la áspera vida que he llevado en la montaña donde vivía solamente de hierbas y pan. ¿Me pedís consejo a mí, teniendo en vuestro reino tantos barones y caballeros mucho más diestros en las armas, que os pueden aconsejar y ayudar mejor que yo? Bien os puedo decir, mi señor, que si yo fuese un virtuoso caballero, sabría alguna cosa del arte de la caballería y, si fuese hábil en las armas, de buena voluntad serviría a vuestra excelencia y pondría mi persona en peligro de muerte para liberar tanto al pueblo cristiano como a vuestra majestad. Por todo eso, os suplico que me excuséis.

Pero el afligido rey, muy enojado por la respuesta, inició el siguiente parlamento:

—No puedo admitir ninguna excusa a tan justificada petición. ¿Ignoras que los santos y los mártires, para aumentar y defender la santa fe católica, han batallado contra los infieles y han obtenido la gloriosa corona del martirio? Por eso, reverendo padre, me arrodillo a tus pies y, con dolorosas lágrimas, te vuelvo a suplicar que, si eres cristiano, tengas compasión de mí, ya que yo he puesto toda mi esperanza en la misericordia de Dios y en tu muy alta virtud. Te ruego que, por tu bondad, no me quieras denegar mi petición.

Las dolorosas lágrimas del entristecido rey conmovieron al ermitaño y, habiendo reblandecido su piadoso corazón, lanzó vivas lágrimas de gran compasión.

Poco después el ermitaño hizo ponerse de pie al rey y, aliviándose sus lágrimas, dijo:

—¡Oh, entristecido rey que tan poca esperanza tienes de la vida! Guarda las lágrimas para situación menos afortunada que ésta. Ya que veo que tus plegarias son tan humildes y justas por amor a aquél por quien me has convocado y, teniendo en cuenta que tú eres mi señor natural, estoy dispuesto a obedecer tus mandamientos y a atender con suma diligencia tu ruego de liberaros a ti y a tu reino. Me dispondré, por lo tanto, aunque ya soy viejo, a entrar en batalla para bajar la soberbia de la secta de Mahoma, porque con la ayuda divina te daré glorioso honor y te haré vencedor de todos tus enemigos. Pero tendrás que seguir siempre mi consejo.

Entonces el rey asintió:

—Padre reverendo, ya que me concedéis tan alto favor, yo os prometo, a fe de rey, que no dejaré de cumplir vuestras órdenes.

—Ahora, señor —añadió el ermitaño—, cuando salgas a la gran sala, muestra a los caballeros y a todo el pueblo tu cara alegre y contenta y habla a todos con gran afabilidad. A la hora de comer, come bien y muestra mucha más alegría de la que solías mostrar, para que recobren la esperanza los que la habían perdido. Hazme traer unas vestiduras de moro y entonces verás qué haré. Has de saber que, camino de Jerusalén, entré en Alejandría y en Beirut, donde permanecí muchos días, y aprendí la lengua morisca. También allí aprendí a hacer unas grandes granadas que tardan seis horas en encenderse, pero que, cuando se encienden, son

suficientes para quemar todo el mundo y, cuanta más agua se les lanza, más se inflaman, de manera que todo el agua del mundo no consigue apagarlas, sino que solamente se pueden extinguir con aceite y resina de pino.

—Es una cosa de gran admiración —comentó el rey— que se tengan que apagar con aceite y resina de pino, porque yo creía que el agua apagaba todos los fuegos del mundo.

—No, señor —contestó el ermitaño—. Si vuestra señoría me da licencia para ir hasta la puerta del castillo, yo traeré un material con el cual podréis encender una antorcha solamente con agua o vino.

—A fe mía —dijo el rey— que tendré gran placer en verlo.

Prestamente, el ermitaño fue a la puerta del castillo donde había visto cal viva cuando entró. Cogió un poco y volvió donde estaba el rey y, con un poco de agua lanzada sobre la cal, encendió una candela con una pajita.

Entonces dijo el rey:

—Nunca habría podido creerlo si no lo hubiese visto con mis propios ojos. Ahora veo que no hay nada imposible que los hombres no sepan hacer. Te ruego, reverendo padre, que me digas todo lo que se necesita para hacer las granadas.

—Yo, señor —dijo el ermitaño— iré a comprarlo, porque sé mejor que nadie cuáles son los materiales adecuados. Cuando estén hechas, señor, iré yo solo hacia el campo de los moros y las pondré cerca de la tienda del rey. Al llegar casi la hora de la medianoche, las granadas se encenderán y los moros se apresurarán a apagar el fuego. A todo esto, vuestra señoría estará armado y con toda la gente preparada. Cuando veáis el fuego, atacadles: os aseguro que diez mil de los vuestros bastarán para ganar a cien mil de los otros. Bien os puedo decir que, estando en Beirut, vi otro caso semejante y, con la ayuda de Dios y por consejo mío, la ciudad fue liberada de los enemigos, y el rey que estaba dentro de ella fue vencedor, mientras que el rey que la tenía sitiada fue vencido.

Mucho gustaron al entristecido rey las palabras del ermitaño y se lo agradeció mucho al observar que el consejo que le daba era el de un virtuoso caballero. Prestamente mandó hacer todo lo que el ermitaño

había ordenado.

Entonces, el rey salió a la gran sala y mostró alegría en su cara y gran ánimo en su gesto. Todos los caballeros estaban admirados de ver al rey tan alegre, porque habían pasado muchos días sin verlo reír.

Cuando el ermitaño volvió de comprar lo que necesitaba para las granadas, dijo al rey:

—Señor, solamente nos falta un material, pero yo sé que la condesa lo tiene, porque cuando su marido Guillén de Varoic estaba vivo tenía mucho, ya que es un material que se utiliza para muchas cosas.

—Entonces —contestó el rey—, quiero que vayamos los dos a pedirselo a la condesa.

El rey mandó avisar a la condesa que quería ir a hablar con ella. Y habiendo salido la condesa de su habitación, vio ante ella al rey y al ermitaño.

—Condesa —dijo el rey—, por vuestra gentileza y virtud, os pido que me deis un poco de azufre vivo, de aquél que vuestro marido, el conde, ponía en las antorchas, de forma que no se podían apagar por mucho viento que hiciese.

Pero la condesa le preguntó:

—¿Quién ha dicho a vuestra señoría que mi marido sabía hacer tales antorchas con aquella llama?

—Este ermitaño, condesa —contestó el rey.

La condesa fue a la habitación de las armas y trajo tanto azufre vivo que el rey se dio por satisfecho.

Cuando el rey volvió a la gran sala, la comida ya estaba servida en la mesa e hizo sentarse al ermitaño a su lado, dándole el honor que se merecía. Todos estaban admirados de la atención que le demostraba, pero mucho más lo estaba la condesa, porque estaba acostumbrada a hacerle caridad y sentía gran placer de hablar con él cuando venía a pedirle limosna.

Mientras comían, la condesa dijo a sus doncellas las siguientes palabras:

—¡Oh, qué enojada estoy de mi gran ignorancia! ¿Por qué no he dado más honor a este pobre ermitaño, ya que debe tratarse de un hombre de santísima vida? Ahora veo que mi señor el rey, que es tan benigno y piadoso, le hace comer a su lado. Durante el resto de mi vida me dolerá el poco honor que le he demostrado.

Habiendo acabado de comer, el reconfortado rey de Inglaterra se levantó de la mesa y dio licencia al ermitaño para que fuese a hacer las granadas. Una vez estuvieron hechas, el ermitaño dijo al rey:

—Señor, si vuestra señoría me da licencia, iré a llevar a cabo lo que dijimos. Vos, por vuestra parte, pedid que se prepare toda la hueste.

En la oscuridad de la noche, el virtuoso ermitaño se puso las vestiduras de moro que tenía preparadas, salió con mucho sigilo por la puerta falsa del castillo y penetró en el campo de los infieles. Cuando le pareció el momento apropiado, lanzó las granadas cerca de la tienda de un gran capitán pariente del rey moro.

A medianoche, el fuego era tan grande y tan espantoso que todos estaban admirados de lo altas que eran las llamas. El rey y los otros moros, desarmados como estaban, fueron a aquella parte a apagar el fuego, pero no lo pudieron conseguir por más agua que le echaban; sino que, por el contrario, cuanta más agua, más se prendía.

El virtuoso rey de Inglaterra, que ya estaba armado, cuando vio el gran fuego, salió de la ciudad con la poca gente que le quedaba y, con gran ánimo, atacó a los moros y causó una destrucción tan grande que era cosa de espanto.

El rey moro, al ver tan gran fuego y tanta gente suya muerta, montó sobre un caballo, huyó, se refugió en el castillo de Alimburgo, que había tomado, y allí se hizo fuerte.

El rey y el resto de los moros quedaron admirados de cómo habían sido vencidos, ya que ellos eran cincuenta veces más que los cristianos. Cuando la morisma huyó, los cristianos tomaron el botín de los moros y, ya amanecido el día, entraron en la ciudad.

Pasados cuatro días, el rey moro envió a sus embajadores al rey de Inglaterra con una carta de batalla en los términos siguientes:

A ti, rey cristiano, que eres señor de la isla de Inglaterra, yo Abrahím, rey y señor de la Gran Canaria, te digo que yo soy más poderoso en esta isla que tú, aunque el gran Dios te ha dado la victoria en esta ocasión. Y si quieres que acabe esta guerra, que cese la mortandad entre tu pueblo y que no haya más derramamiento de sangre, te requiero para que luchemos en campo cerrado, rey contra rey, según los siguientes pactos: si yo te venzo, pondrás toda Inglaterra bajo mi potestad y señoría y me harás un tributo cada año de doscientos mil doblones. En la fiesta de San Juan tendrás que vestir las ropas moras que yo te enviaré y, en tal fecha, habrás de encontrarte en alguna de estas ciudades: Londres, Conturbery, Salasbery o en esta ciudad de Varoic. Y aquí quiero que se haga la primera fiesta en recuerdo de la victoria que yo habré tenido sobre ti. Si la fortuna quisiera que tú fueses vencedor, yo regresaré a mi tierra y tú permanecerás en paz en la tuya, con gran sosiego y tranquilidad. Además, te devolveré todos los pueblos y castillos que, con mi propia mano victoriosa, he ganado y conquistado.

El rey de Canaria envió al rey de Inglaterra dos grandes caballeros moros desde el castillo de Alimburgo, como embajadores suyos, con la referida carta de batalla.

Anteriormente había enviado un trompeta a la puerta de la ciudad de Varoic para pedir salvoconducto, el cual le fue concedido por el conde de Salasbery, de parte de su Majestad.

Cuando el trompeta regresó, y antes de que los embajadores viniesen, el ermitaño dijo al rey las siguientes palabras:

—Señor, asustemos a estos moros: ordene vuestra alteza que dos grandes señores, acompañados de mucha gente, todos bien armados y vestidos de blanco, pero sin bacinetes en la cabeza, salgan a recibir a los embajadores al portal, donde habrá trescientos hombres armados como los dos señores. Haced engalanar todas las calles por donde tienen que pasar, de manera que mujeres y doncellas, tanto viejas como jóvenes, pongan piezas de tela en las ventanas y en las azoteas que les lleguen hasta los pechos, y que cada una tenga una armadura en la cabeza. Cuando los embajadores pasen verán brillar las armaduras y pensarán que se trata de gente de armas. Los trescientos que guarden el portal

tendrán que salir por detrás de los moros y, por otras calles, llegarán a las plazas y esquinas previstas en el recorrido y cuando pasen los embajadores tendrán que repetir este hecho hasta que lleguen delante de vuestra alteza. Ciertamente que los embajadores, después de la batalla perdida, sentirán un gran espanto cuando vean a tanta gente de armas, y pensarán que hemos recibido socorro de España, de Francia o de Alemania.

El rey y su consejo tuvieron por muy conveniente todo lo que el ermitaño les había dicho, y así se hizo. Eligieron que el duque de Lencastre y el conde de Salasbery recibiesen a los embajadores, y que les acompañasen cuatro mil hombres con una guirnalda de flores en la cabeza. Antes de que saliesen, dijo el duque de Betafort:

—Decid, padre ermitaño, ¿cómo deben encontrar al rey, vestido o desnudo? ¿Armado o desarmado?

—Veo que vuestras palabras llevan más inclinación al mal que al bien. Porque soy viejo queréis vituperar mi sugerencia delante del consejo y de mi señor el rey. Por tanto, guardad vuestras palabras. En esto, el duque se levantó, cogió la espada y dijo: —Si no fuese porque sois tan viejo y lleváis el hábito de San Francisco, con esta espada, que es vengadora de palabras injuriosas, os cortaríais las faldas hasta la cintura.

Entonces el rey, muy airado, se abalanzó contra el duque, le quitó la espada de la mano y lo hizo encarcelar en una torre.

Estando en esto, notificaron al rey que los embajadores moros venían, y rápidamente salieron a recibirlos.

Cuando los embajadores llegaron, le dieron la carta de batalla y el rey, en presencia de todos, la hizo leer. Inmediatamente se le acercó el ermitaño y le dijo:

—Señor, aceptad la batalla.

Entonces el rey dijo que aceptaba la batalla según las condiciones establecidas por el rey moro. Rogó a los embajadores que se quedasen hasta la mañana siguiente y convocó consejo general. Antes de comenzar, el ermitaño y otros señores suplicaron al rey que les quisiera dar las llaves de la torre para poder sacar al duque de Betafort, y el monarca se vio

forzado a dárselas a causa de las grandes peticiones que le hicieron. El ermitaño, con los otros caballeros, se dirigió a la torre donde el duque pensaba que iban a acabar sus días y le abrieron las puertas. Cuando lo hubieron libertado, volvieron todos al consejo y leyeron de nuevo la carta del rey moro. Como se había sabido que el ermitaño era hombre de santa vida y que demostraba saber mucho del arte de la caballería, le pidieron que hablase el primero. Lo hizo de la siguiente forma:

—Aunque yo soy hombre que sé muy poco del ejercicio de armas, tengo que obedecer los mandamientos de vuestra excelencia y, con la venia y perdón de mi señor el rey, hablaré según me parezca. Pero os pido que, si digo algo incorrecto, os plazca corregirme. Quiero decir, señor, a vuestra alteza, que tenéis que satisfacer la carta del gran moro, especialmente donde dice que quiere combatir con vuestra señoría cuerpo a cuerpo, ya que habéis aceptado la batalla. Pero conviene considerar que el rey moro es un hombre muy fuerte y de gran ánimo y que mi señor el rey, aunque sea un virtuoso caballero, es muy joven, de débil complexión y enfermizo; y, por tanto, no sería procedente ni justo que entrase en campo cerrado de batalla. Por contra, el duque de Lencastre, que es tío de mi señor el rey, podría hacer esta batalla: pero es necesario que el rey se desvista del cetro y de la corona real para que el gran moro piense que está combatiendo con un rey.

El duque de Clócestre, el duque de Betafort y el duque de Atzéteria no querían aceptar que fuese el duque de Lencastre quien entrase en batalla y quien fuese tenido como rey, porque cada uno de ellos era pariente más cercano al rey y pensaban que les era más lícito a ellos presentar la batalla que al de Lencastre.

Pero el rey no permitió que hablasen más, sino que dijo:

—No me place ni quiero que nadie de vosotros entre en batalla en mi lugar; puesto que yo la he aceptado, yo solo la quiero llevar a fin.

En aquel momento, se levantó un gran barón y dijo:

—Señor, perdonadme lo que diré, pues lo que vuestra alteza decida será aceptado por todos nosotros; porque, aunque Nuestro Señor os ha dado voluntad, os ha quitado la fuerza, y bien sabemos que vuestra alteza no es hábil para tan fuerte y dura batalla como será ésta.

Todos los demás barones y caballeros loaron lo que este barón había dicho.

—Fidelísimos vasallos —dijo el rey—, os agradezco el amor que me mostráis al no querer que entre en batalla con el rey moro. Pero quiero y mando que, bajo pena de muerte, nadie tenga el atrevimiento de decir que hará la batalla por mí, excepto quien yo elegiré.

Todos respondieron que estaban de acuerdo. Después, el rey continuó diciendo:

—Duques, condes, marqueses y todos los demás fidelísimos súbditos míos, quiero manifestar, puesto que la divina providencia me ha privado de la fuerza y todos vosotros afirmáis que no soy el adecuado para entrar en batalla, yo cedo mi lugar, el cetro y la corona real, a mi amado padre ermitaño, aquí presente, y en honor a él me desvisto de toda señoría, no forzado, sino de buena gana.

Se despojó de sus ropas y continuó diciendo:

—Tal como yo me desvisto de estas vestiduras reales y las pongo sobre el padre ermitaño, también me desprendo de todo mi reino y señoría y lo doy y revisto sobre él. Ruego que le plazca aceptarlo y que sea él quien haga la batalla con el rey moro por mí.

Cuando el ermitaño oyó semejantes palabras quiso hablar enseguida; pero los señores no lo consintieron, sino que le quitaron el hábito y le hicieron vestir las ropas reales. Entonces, el rey cedió toda la señoría al ermitaño, por acta de notario y en presencia de todo el consejo. Éste aceptó el reino y la batalla, e inmediatamente pidió que le trajesen armas. Le allegaron muchas, pero ninguna de ellas fue de su gusto.

—Por mí —dijo el rey ermitaño— no se dejará de hacer la batalla, aunque tuviese que entrar en ella en camisa. Pero os ruego, señores, que vayáis a la condesa y le pidáis que me quiera prestar las armas de su marido, Guillén de Varoic, aquéllas con las que él acostumbraba a entrar en batalla.

Cuando vio ver venir la condesa a todo el consejo del rey y supo la causa, dijo que aceptaba la petición y les dio unas armas que no valían mucho. El rey ermitaño, cuando las vio, dijo:

—No son éstas las armas que pido: hay otras que son mejores.

Los barones fueron otra vez donde estaba la condesa y le pidieron otras armas. Pero la condesa les dijo que no tenía más armas. Habiendo sabido la respuesta, volvieron todos con la condesa, a la cual el rey ermitaño dijo:

—Señora condesa, por vuestra gran bondad y gentileza, os ruego que queráis prestarme las armas de vuestro marido, Guillén de Varoic.

—Señor —respondió la condesa—, Dios me arrebate este hijo, el único bien que tengo en el mundo, si no os las he enviado.

—Verdad es —dijo el rey—, pero no son aquéllas las que yo pido, sino las que están en vuestra habitación, cubiertas con una tela de damasco verde y blanca.

Entonces la condesa, arrodillada, dijo:

—Señor, encarecidamente pido a vuestra señoría que me digáis vuestro nombre y cómo conocisteis a mi señor, el conde de Varoic.

—Condesa —contestó el rey ermitaño—, no es ahora el momento de poder manifestaros mi nombre, porque tengo que atender otras cosas más necesarias y útiles. Por eso os ruego que me queráis prestar las armas que os he pedido.

—Señor —dijo la condesa—, con mucho gusto quiero prestarlas a vuestra alteza; pero, por lo menos, os pido que me diga vuestra señoría qué conocimiento y amistad habéis tenido con mi marido.

El rey respondió:

—Señora, ya que me forzáis tanto, os lo diré. Seguro que recordáis aquella gran batalla en la que vuestro marido venció al rey de Francia, en la ciudad de Roam. Vuestro marido era capitán mayor de la ciudad y presentó batalla sobre el puente al rey de Francia, el cual iba con sesenta mil combatientes, mientras que vuestro marido salió con poca gente de la ciudad, pero dejó los portales bien provistos. Acabada la lucha, donde murieron más de cinco mil hombres, el conde entró en la ciudad y todos los franceses pensaron que podían tomarla, pero Guillén de Varoic se hizo fuerte en la puerta. Después de batallar, entraron en la ciudad algunos franceses, momento en el cual los guardias dejaron caer la puerta

levadiza, de manera que el rey de Francia quedó fuera. Como el rey pretendía ganar la ciudad para tomarla, vuestro marido salió por otra puerta y combatió contra el rey y su hueste por los dos flancos, hasta que el rey fue herido y se vio obligado a irse, dando la batalla por perdida. Condesa, también debéis recordar que pocos días después el conde volvió a este reino y cómo, por mandato de nuestro rey, se derribó parte de la muralla porque, como vencedor, no consintieron que entrase por ninguna puerta. Pues yo, continuamente, iba a su lado porque éramos hermanos de armas.

No tardó mucho tiempo en hablar la condesa:

—Recuerdo, señor, con gran alegría, todo lo que vuestra señoría me ha dicho, y quedo muy satisfecha de oír los singulares actos de mi venturoso marido y señor que tanto amaba. Debéis saber que desde que él partió no sé qué son los buenos días, ni menos las plácidas noches. Solamente os pido que me queráis perdonar por no haberos tratado como correspondía durante la época de vuestra estancia en la ermita. Si yo hubiese sabido la hermandad que teníais con mi señor Guillén de Varoic, os habría dado todavía más bienes y os habría tratado con más honor.

Satisfecho el rey ermitaño de oír estas palabras, dijo:

—Donde no hay error, no es necesario pedir perdón. Vuestras virtudes son tantas que no se podrían contar. Solamente os ruego, señora, que, por vuestra gran virtud y gentileza, me queráis prestar las armas que os he pedido.

La condesa le hizo sacar otras armas, que se encontraban cubiertas con tejido de brocado azul. Pero cuando el rey las vio, dijo:

—Señora condesa, ¡cuán bien guardadas tenéis las armas de vuestro marido! Por mucho que os lo hayamos rogado, no nos las habéis querido prestar. Éstas son las que Guillén de Varoic utilizaba en los torneos, pero las que yo os pido están cubiertas con un damasco blanco y verde, llevan un león coronado de oro y eran las que él empleaba en las batallas. Si me permitís, señora condesa, yo mismo entraría y me parece que podría encontrarlas.

—¡Triste de mí! —dijo la condesa—. Parece que toda vuestra vida hayáis vivido en esta casa. Entre vuestra señoría y coja todo lo que le plazca.

Habiendo visto el rey su buena voluntad, se lo agradeció, y ambos entraron y cogieron las armas.

La batalla fue concertada para la mañana siguiente. Durante la noche, el rey ermitaño permaneció de rodillas en la iglesia delante del altar de la sacratísima Virgen María. Cuando se hizo de día, oyó misa. Después se hizo armar dentro de la iglesia y, más tarde, se comió una perdiz para sentirse más fuerte. A continuación salió al campo y con él iban en procesión todas las mujeres y las doncellas de la ciudad, descalzas y con la cabeza descubierta, suplicando a la divina majestad y a la Madre de Dios Jesús que diese victoria a su rey, y no al moro.

Ya el rey ermitaño dentro del campo, llegó el rey moro con su comitiva. Los moros subieron a una loma para mirar la batalla, mientras que los cristianos se quedaron cerca de la ciudad. El rey ermitaño llevaba una lanza con el hierro bien afilado, una pavesina en el brazo, la espada y un puñal. El rey moro llevaba un arco, espada y, en la cabeza, un capacete envuelto con muchas toallas. Ya dentro del campo, el uno fue contra el otro.

El rey moro tiró una flecha, dio en medio de la pavesina y la atravesó en el brazo del cristiano. Inmediatamente le volvió a tirar otra y le hirió en el muslo, de manera que la flecha le quedó colgando y le molestaba cuando avanzaba. El rey ermitaño estaba herido antes de poder atacar a su enemigo, pero cuando éste se le acercó, le tiró la lanza. El rey moro la rebatió cuando la vio venir, pero el ermitaño se acercó tanto que ya no le dejó usar el arco. Así, cuando el rey moro vio al otro tan cerca, se tuvo por perdido.

Después de haber tirado la lanza, el rey ermitaño tomó la espada, se le acercó tanto como pudo y le dio un gran golpe en la cabeza, pero no le hizo demasiado daño: ¡tantas eran las toallas que llevaba! El rey moro se defendía con el arco de los golpes del ermitaño, pero éste le asestó uno tan grande que le cortó el brazo y le clavó la espada en el pecho. El rey moro cayó al suelo y el otro, tan pronto como pudo, le cortó la cabeza y la enganchó en la punta de la lanza. Victorioso, el rey ermitaño regresó a la ciudad, con gran alegría de los cristianos, de las mujeres y de las doncellas.

Ya dentro de la ciudad, hicieron venir a los médicos y curaron las heridas

del rey. A la mañana siguiente, el rey reunió el consejo, el cual deliberó que mandasen dos caballeros como embajadores a los moros y que les dijeran que tenían que cumplir las condiciones prometidas y juradas; o sea, que podían irse sanos y salvos con sus naves, ropas y joyas a su tierra, sin temor a que nadie les hiciese ningún daño.

Los embajadores partieron y cuando llegaron a los moros les explicaron la deliberación del consejo. Éstos les pidieron que esperasen la respuesta, pero los infieles les hicieron víctimas de su maldad.

Los moros tenían que elegir un nuevo rey: unos querían que fuese Cale ben Cale, mientras que otros pretendían que fuese Aduqueperec, primo hermano del rey muerto. Resultó elegido el primero, porque era buen caballero y muy valiente. En cuanto fue elevado a la categoría real, mandó que tomasen a los embajadores y los hizo matar. Les cortaron las cabezas, las pusieron dentro de un serón y las enviaron con un asno hacia la ciudad. Los guardias de las torres vieron a dos jinetes que acompañaban al asno, los cuales, ya cerca de la ciudad, dejaron el animal y se volvieron a todo correr. El capitán de la guardia mandó diez hombres a caballo para ver qué había ocurrido. De inmediato comunicaron la noticia al rey y al consejo. Al saberlo el rey, se dolió mucho y exclamó:

—¡Oh, infieles crudelísimos y de poca fe, que no podéis dar lo que no tenéis! Herido como estoy, hago solemne juramento de que nunca más entraré dentro de casa cubierta, si no es iglesia para oír misa, hasta que no haya lanzado a toda esta morisma fuera del reino.

Así pues, se hizo traer la ropa, se levantó de la cama e hizo sonar las trompetas. El primero en salir de la ciudad fue el rey, pero antes hizo saber que le tenían que seguir todos los varones mayores de once años y menores de setenta. También hizo preparar toda la artillería necesaria para la guerra.

Cuando la virtuosa condesa conoció la llamada hecha por el rey, se mostró muy afligida, ya que su hijo también debía ir. De rodillas delante del rey, con voz piadosa, comenzó a decir estas palabras:

—A vos, rey prudentísimo, corresponde tener piedad y compasión de las personas doloridas. Por esto vengo a suplicar a vuestra excelencia que tengáis piedad de mí, ya que no tengo en este mundo otro bien sino este hijo, de tan corta edad, que en nada os puede ayudar. En recuerdo de la

gran amistad y amor que os unían a mi venturoso marido y de las limosnas y caridades que en el tiempo de vuestra reclusión en la ermita os he hecho, os pido que os plazca obedecer mis deseos y súplicas: que me permitáis mantener a mi hijo, que es huérfano de padre y mi único consuelo.

Pero el rey no tardó en responderle:

—Mucho me gustaría obedeceros, señora condesa, si vuestra petición fuese honrosa y justa. Pero es sabido que los hombres se tienen que ejercitar en las armas y tienen que conocer no sólo la práctica de la guerra, sino también el gentil estilo de la bienaventurada orden de caballería. De jóvenes, pues, es necesario que se inicien en el uso de las armas, porque en aquella edad aprenden mejor este arte, tanto en campo cerrado, como en guerras de guerrillas. Ésta es la mejor edad del mundo para sentir los grandísimos honores que consiguen los caballeros ejerciendo tan virtuosos actos. Por eso quiero llevarlo conmigo y tenerlo en tanta estima como si se tratase de un hijo. ¡Oh, qué gloria más alta es para una madre tener un hijo joven dispuesto a adquirir fama en las batallas! Por todo esto, es necesario que venga conmigo, ya que mañana quiero hacerlo caballero para que pueda imitar los virtuosos actos de su padre Guillén de Varoic.

Por lo tanto, os ruego y os aconsejo, virtuosa condesa, que volváis a la ciudad y que me dejéis aquí a vuestro hijo.

—Vuestro consejo, señor —replicó la condesa—, no me parece ni bueno ni bello. ¿Me queréis dar a entender que el arte de caballería es bienaventurado? Yo os digo que es bastante desafortunado, doloroso, triste y difícil de servir. Sí. ¿Queréis mejor experiencia que la de vuestra señoría? Ayer estabais sano y alegre y ahora os veo bastante triste, cojo y enfermo. ¡Y pobres de aquéllos que dejan su vida! Eso es lo que me hace dudar de dejaros a mi hijo, porque si yo estuviese segura de que no morirá en la batalla o que no será herido, estaría satisfecha de que fuese con vuestra señoría. Pero mi alma tiembla, porque su ánimo es alto y generoso y querrá imitar los virtuosos actos de su padre. Señor, yo sé que los peligros de las batallas son muchos y, por lo tanto, el mejor consejo para mí es que vuestra alteza me deje a mi hijo y que vos hagáis la batalla.

A eso el rey le respondió con gran afabilidad:

—Todas estas cosas están bien en boca de mujer, pero no habléis en

vano. Marchad con la paz de Nuestro Señor y volved a la ciudad.

Los parientes de la condesa le pidieron que regresara y que dejase allí a su hijo, ya que el rey lo tomaba a su cargo. Cuando ella vio que no podía hacer nada, dijo llorando:

—Éstas son razones de madre que solamente tiene un hijo y por la fuerza le es quitado y ofrecido a la cruel, espantosa y dolorosa muerte, con palabras de buena amistad. ¡Oh, madre, semejante a oveja fecunda, que has parido el hijo para ser matado y troceado en cruel batalla! Pero ¿de qué me puedo doler si el rey no puede tener piedad de mí, ni de mi hijo?

El rey, movido por la compasión, se apartó un poco y dijo a los parientes de la condesa que la llevasen a la ciudad. Dos caballeros levantaron a la afligida condesa del suelo y la llevaron hacia el portal de la ciudad, consolándola lo mejor que sabían.

—Vosotros pensáis —dijo la condesa— que podéis consolarme, pero si mi hijo muere en la batalla, ¿qué será de mí, triste y desventurada, que habré perdido marido e hijo, los únicos bienes que tenía en este miserable mundo? ¿No sería mejor que estuviese muerta? ¿Para qué me aprovechan los bienes y las riquezas? ¡Ojalá Dios me concediera la gracia de olvidar mi pasado y el espantoso porvenir, y me llevase a la vida eterna!

Acabadas estas palabras, el hijo comenzó a decir:

—Señora, os suplico que no lloréis. Os beso las manos como prueba del gran amor que os profeso. Pero tenéis que pensar que ya tengo edad para salir de las alas de mi madre, para llevar armas y entrar en batalla para demostrar de quién soy hijo y quién ha sido mi padre. Si a la divina majestad le place, me guardará de cualquier mal y de esta forma, el alma de mi padre se complacerá, pero también se alegrará vuestra merced.

La condesa se giró hacia los parientes que la llevaban y les dijo:

—Yo pensaba que la voluntad de mi hijo era idéntica a la mía y que, apartándose de vosotros, se escondería para huir de los peligros de las batallas; pero veo que hace todo lo contrario. Ahora sé que es verdad aquel refrán que dice: por naturaleza caza el perro.

Cuando llegaron al portal de la ciudad, los caballeros se despidieron y

volvieron al campo. El hijo, de rodillas, besó los pies, las manos y la boca de su madre y le suplicó que le diese su bendición. La condesa lo santiguó y le dijo:

—Hijo mío, Nuestro Señor te quiera tener bajo su protección y custodia y te guarde de cualquier mal.

Habiendo partido el hijo, la condesa entró lamentándose en la ciudad, donde muchas mujeres honradas la acompañaron y la consolaron de la mejor forma que pudieron.

Los caballeros se dirigieron al campo de batalla con el hijo de la condesa y relataron al rey todo lo que había ocurrido entre madre e hijo. Aquella noche, el rey hizo vigilar el campo y no consintió que nadie se desarmase. Por la mañana, cuando salió el sol, una vez hubo hecho reconocer los alrededores del campo, mandó tocar las trompetas y dirigirse a casi media legua de donde estaban los moros. Allí hizo plantar las tiendas y, ya a mediodía, ordenó descansar a toda su gente.

Los moros se admiraron mucho de lo que hacían los cristianos, porque hasta entonces no se habían movido de la ciudad y ahora, en cambio, iban a buscarlos. Algunos capitanes dijeron que todo era culpa del rey Cale ben Cale, que había matado a los embajadores cristianos y, por eso, los otros se habían provisto de gente de España o de Francia.

Uno de los embajadores que había llevado la carta de concordia comentó:

—Ellos nos honraron mucho cuando fuimos a la ciudad. Allí vimos a mucha gente por torres y plazas, ventanas y azoteas. ¡Por Mahoma, que debían ser doscientos mil combatientes! Por contra, nuestro malvado rey ha hecho matar a unos embajadores que no se lo merecían.

Oídas estas palabras, los capitanes moros mataron al rey Cale ben Cale y eligieron a otro como rey. Posteriormente, se armaron como si tuviesen que presentar batalla, llegaron hasta donde estaban los cristianos y aunque el sol ya estaba muy bajo, deliberaron subir a un monte que había cerca. Cuando el rey ermitaño lo vio, dijo:

—Observo que los moros demuestran tenernos temor y por eso han subido tan alto. Venid, señores y hermanos míos, ¿cómo queréis que los vencamos? ¿Por la fuerza de las armas o por la pericia de las guerras?

Porque con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo y de su sacratísima Madre, os aseguro que los venceremos.

Todos respondieron:

—Señor, difícil tenemos la victoria si Dios Nuestro Señor no nos ayuda, porque cuando han visto a su rey muerto, han reunido a toda la gente que han podido y son muchos más que nosotros.

—¡Oh, señores! —dijo el rey—. ¿No habéis visto vosotros en algunas batallas vencer a unos pocos sobre muchos y a los débiles sobre los fuertes? Fijaos en lo que os diré: en las guerras vale más aptitud que fortaleza; por eso, aunque nosotros somos pocos y ellos muchos, los venceremos y alcanzaremos tanta fama que todos nos tendrán por ejemplo. Cada uno se tiene que esforzar tanto como pueda y no debe temer los peligros de la muerte, ya que más vale morir como cristianos, que caer cautivos en poder de los infieles.

Acabadas estas palabras, quien había sido el rey dijo:

—Tu real y elegante señoría, afabilísimo padre, me asegura que la virtud de tus actos es tal que manifiesta quién eres. Solamente tienes que levantar la espada con tu poderosa mano e indicarnos que vayamos contra los infieles. Porque vale más ser caballero con buena muerte que persona de penosa vida.

Mucho complacieron al rey ermitaño las animosas palabras del anterior rey, a las cuales añadió:

—Siento una gran alegría, mi natural señor, cuando os veo tan animoso como corresponde a un valeroso caballero, y por eso no quiero añadir más razones. Y ya que, gracias a Nuestro Señor Dios y a vuestra excelencia, el poder se encuentra ahora en mis manos, mando que cada uno haga lo que yo haré, y con la ayuda divina os vengaré de vuestros enemigos.

Entonces cogió un capazo en una mano y una azada en la otra, y todos los grandes señores le siguieron.

El virtuoso rey salió de la ciudad e hizo una gran zanja, profunda como una lanza, alrededor de su campo, que conducía hasta la gran ribera de agua que pasaba por allí, y dejó en medio un portillo por donde solamente

podían pasar unos ciento cincuenta hombres.

Entonces, el rey dijo:

—Esto ya está hecho y solamente faltan dos horas para que se haga de día; vos, duque de Clócestre y vos, conde de Salasbery, id a la condesa y rogadle que os permita traerme los dos grandes toneles que tiene de Guillén de Varoic, que están llenos de semillas de espinacas hechas de cobre.

Fueron rápidamente y la condesa, que estaba descontenta porque el rey no le había permitido retener a su hijo, pero conociendo la gran necesidad que había, no pudo dejar de decirles:

—Válgame Dios, ¿cómo es posible que este rey sepa tantas cosas de mi casa? No hay nada que no conozca. ¡No sé si es adivino o nigromántico!

Los barones hicieron cargar los toneles en carros y los llevaron al campo. Cuando llegaron delante del rey le relataron lo que la condesa había dicho. Entonces, el virtuoso se echó a reír.

Después hizo llevar las semillas de espinacas al portillo y las esparcieron por el suelo, con el objeto de que cuando los moros pasasen, se les clavasen en los pies. Además, mandó hacer muchos agujeros hondos, a manera de pozos, y así, cuando saliesen de un mal, caerían en otro.

A la hora del alba los moros hacían gran fragor con los sones de timbales, trompetas y añafiles, y llamaban a batalla con multiplicadas voces. Bajaron del monte y avanzaron contra los cristianos. El rey ermitaño mandó que toda la gente permaneciese tumbada en el suelo, haciendo como si durmieran, y cuando estuvieron casi a un tiro de bombardas, se levantaron todos y empezaron a organizar la batalla. Una vez hubieron pasado los moros a través del portillo, dijo el rey:

—Señores, girémonos de espaldas, haciendo ver que huimos. Los moros, que los veían huir, se apresuraron tanto como pudieron. Cuando pasaron por el portillo, la única entrada posible, iban clavándose aquellos granos de cobre en las plantas de los pies. Cuando el virtuoso rey vio detenerse a los moros, tanto por las heridas de las semillas, como porque otros caían en los pozos cubiertos de ramas y tierra, hizo detener a su gente y comenzó a gritar:

—¡Oh, caballeros dignos de honor, girad la cara hacia nuestros enemigos! ¡Ataquemos con gran ánimo y démosles cruel batalla, que la jornada es nuestra!

El rey fue el primero en atacar, seguido de los demás caballeros. Mientras que los moros, que no se podían mover por las heridas que tenían, fueron forzados a morir. Los que venían detrás, al ver el gran destrozo que los cristianos habían hecho, sin ninguna resistencia huyeron hacia el castillo, donde se hicieron fuertes.

El rey los persiguió matando y degollando a tantos como podía; pero, fatigado por las heridas, se detuvo un poco. Entonces cogieron a un moro muy grande y de desmesurada figura y el rey, después que hubo hecho caballero al hijo de la condesa, quiso que éste le diera muerte. El joven, con gran ánimo, le dio tantos golpes con la espada que lo mató. Cuando el rey vio al moro muerto, tomó al pequeño infante por los cabellos, lo lanzó encima del moro y se lo restregó tan fuerte que los ojos y la cara se le llenaron de sangre. También le hizo meter los dedos en las heridas para que se habituase a la sangre de moro. Este hecho marcó la vida del infante, el cual, pasado el tiempo, llegó a ser un caballero tan valiente que no hubo ningún otro en el mundo que valiese tanto.

Al ver el rey la batalla ganada, mandó seguir a los moros y, a tantos como podían atrapar, a todos los hacían morir. Ésta fue la mayor matanza que en aquellos tiempos nadie hizo nunca, ya que en el periodo de diez días murieron noventa y siete mil infieles. Cuando al rey, que no podía continuar por las heridas que tenía, le trajeron un caballo para que fuese cabalgando, dijo:

—Estad seguros de que no lo haré, ya que todos vais a pie.

Avanzaron poco a poco hasta al castillo donde los moros se habían hecho fuertes. Allí prepararon el campo y reposaron aquella noche. A la mañana siguiente, el rey hizo tocar las trompetas y se armó toda la gente. Él se colocó la sobrevesta real y entonces asestaron un gran combate al castillo, desde donde recibieron ballestas, lanzas y grandes pedruscos. Tanto se esforzó en ello el rey, que lo pasó todo solo, sin permitir que lo ayudara nadie.

Entonces, el pequeño infante, hijo de la condesa, dijo con grandes gritos:

—¡Rápido, caballeros de honor! ¡Esforcémonos en ayudar a nuestro rey y señor, porque se ha metido en un gran peligro!

Inmediatamente tomó una pequeña pavesina y se metió dentro de la zanja para pasar a donde se encontraba el rey. Los demás, que lo vieron, se apresuraron a pasar a la otra parte, pero muchos caballeros fueron matados y heridos. Pero el infante, con la ayuda de Nuestro Señor, no padeció ningún daño.

Cuando todos hubieron pasado, prendieron fuego a la puerta del castillo y el infante gritó tan fuerte como pudo:

—¡Mujeres inglesas, salid fuera y volved a la libertad, porque ha llegado el día de vuestra redención!

En el castillo había trescientas nueve mujeres. Cuando oyeron aquella voz, corrieron hacia la puerta falsa del castillo, porque en la otra había un gran fuego. Y todas fueron muy bien recibidas por los cristianos.

Los moros, cuando vieron el gran fuego y observaron que se quemaba el castillo, pedían ser hechos prisioneros. Pero el valeroso rey nunca lo permitió, sino que mandó que todos muriesen a sangre y fuego. De aquella manera fueron matados o quemados aquel día veintidós mil moros.

Partió el rey ermitaño del castillo acompañado de toda su gente y fueron por todos los lugares que los moros habían tomado. Llegaron hasta el puerto de Antona, donde hallaron todas las naves con las que habían venido, las quemaron y lanzaron al mar a los moros que permanecían en ellas. Después, el rey ordenó y estableció una ley general, según la cual cualquier moro que entrase en la isla de Inglaterra debía morir sin ninguna merced.

Cuando hubieron recuperado todo el reino y como el voto del rey ya se había llevado a cabo, pudieron entrar en la ciudad de Varoic. Al saber la condesa que el rey venía, salió a recibirlos con todas las mujeres y doncellas de la ciudad, porque hombres no había. Estando cerca del rey, con las rodillas hincadas sobre el duro suelo, gritaron:

—¡Bienvenido sea vuestra señoría, rey vencedor!

El virtuoso señor las abrazó una por una, tomó a la condesa de la mano

hasta que entraron en la ciudad y ella le dio muchas gracias por el honor que había hecho a su hijo.

El virtuoso rey ermitaño quiso descansar durante algún tiempo, ya que había terminado la guerra y había dado paz y tranquilidad a todo el reino. Por fin, uno de aquellos días, estando en su habitación, deliberó manifestarse a la condesa, mujer suya, pero también a todas las otras personas para restituir la señoría al primer rey y volver a hacer su acostumbrada vida de penitente.

Entonces llamó a un camarero y le dio el medio anillo que había partido con la condesa cuando se dirigió a Jerusalén y le dijo:

—Amigo, ve ante la condesa, dale este anillo y dile lo que yo te diré. El camarero fue a la condesa, se arrodilló delante de ella y le dijo: —Señora, este anillo os lo envía aquél quien con infinito amor os ha amado y os ama todavía.

La condesa tomó el anillo y se alteró toda. Entró en su habitación y, antes de abrir la caja, se arrodilló en un oratorio que tenía e hizo la siguiente oración a la Virgen María, Señora nuestra:

—¡Oh, humilde Virgen María! Señora misericordiosa, solamente vos fuisteis digna de llevar en vuestro vientre al Rey de la gloria. Concédeme la gracia de que este anillo sea de mi virtuoso marido, porque yo prometo serviros todo un año en vuestra devota casa del Puig de Francia y ofrecer cien marcos de plata.

Se levantó, abrió una caja en la que tenía la otra parte del anillo, los ajustó y vio que el anillo era todo uno. Entonces supo que era de su marido el conde y, toda conturbada, preguntó:

—Decidme, gentilhombre, ¿dónde se encuentra mi señor, el conde de Varoic? Decidme si lo han tomado los moros o qué ha sido de él, porque yo creo que si él hubiese estado en libertad no habría faltado a las batallas del rey contra los moros. ¡Oh, miserable de mí! Decidme dónde está, pues quiero ir enseguida.

Tan turbada estaba que no encontraba la puerta por donde salir, a causa de la alegría que tenía por la llegada de su marido. Y tanta era su turbación que perdió el sentido y cayó al suelo desmayada. Entonces las

doncellas lanzaron dolorosos gritos y profirieron tristes lamentaciones. El camarero, muy asustado, regresó al rey con la cara muy alterada. Al verlo, el rey le preguntó:

—Amigo, ¿cómo vienes así? ¿Qué noticias me traes de allá donde te he enviado?

El camarero respondió:

—Señor, no sé qué mala virtud tiene el anillo, ni si ha sido hecho por arte de nigromancia, porque cuando la condesa se lo ha puesto en el dedo, ha caído muerta al suelo.

—¡Válgame Santa María! —dijo el rey—. ¿Será verdad que la condesa ha muerto por culpa mía?

El rey se levantó de la silla y rápidamente fue a la habitación de la condesa donde la encontró más muerta que viva, rodeada de médicos. Entonces rogó a los médicos que la atendían que procurasen que la condesa recobrase la salud perdida.

Cuando la condesa hubo recuperado el conocimiento y vio a su marido y rey, se levantó corriendo y se arrodilló delante de él queriéndole besar los pies y las manos; pero el benigno señor no lo consintió, sino que la tomó del brazo, la levantó del suelo y la besó muchas veces. Entonces se dio a conocer a todos los señores del reino y a todo el pueblo.

La noticia de que el señor rey ermitaño era el conde Guillén de Varoic se difundió por todo el castillo y por la ciudad, y todos los señores, mujeres y doncellas de la ciudad vinieron a la habitación de la condesa para festejar al rey y a la nueva reina.

Al saber el hijo que el rey era su padre, rápidamente fue a la habitación, se arrodilló y le besó los pies y las manos muchas veces.

Todos los barones, con el rey y la reina, fueron a la iglesia mayor donde dieron infinitas gracias a la divina bondad, porque Inglaterra había sido liberada del poder de los infieles por tan valentísimo caballero como era aquél.

Después volvieron al castillo con gran alegría y la condesa suplicó a su marido el rey y a todos los que allí se encontraban, que cenasen con ella

aquella noche. Así mismo, pidió a todos los que llegaron a la ciudad que quisieran comer con ella.

La condesa, y todas las mujeres y doncellas de su casa, se quitaron los vestidos y, bien arremangadas, prepararon una gran sala provista con bellas telas de raso, todas trabajadas con oro, seda e hilo de plata. Las demás mujeres, unas en la despensa y las otras en la cocina, prepararon la cena.

Todo ya a punto, mandó comunicar al rey y a todos los demás que viniesen a comer. El rey, junto con los grandes señores, entró en la gran sala y lo vio todo en orden, con todas las viandas preparadas y un magnífico banquete con vajilla de oro y plata.

Entonces el virtuoso rey mandó que en primer lugar se sentara el otro rey, después hizo sentarse a la condesa, su mujer, después se sentó él mismo y finalmente a los otros señores según su categoría: duques, marqueses, condes, nobles y caballeros. Y podéis creer que todos fueron muy bien servidos, tal como merecían.

Cuando habían pasado nueve días, vinieron cuatrocientos carros cargados de oro y de plata, de joyas y de cosas de gran valor que habían hallado en poder de los moros y el rey mandó que estas joyas, oro y plata fuesen custodiadas por los duques de Clócestre, de Betafort y por los condes de Salasbery y Estafort.

Al día siguiente, el rey convocó consejo general. Cuando todos estaban reunidos, el ermitaño salió de una habitación y entró en el consejo muy bien ataviado con ropa de brocado, manto de carmesí forrado de armiños, corona en la cabeza y cetro en la mano. Entonces, sentado y en presencia de todos, dijo las palabras siguientes:

—Nuestra victoria nos tiene que alegrar mucho, y de ella tenemos que dar infinitas gracias a Nuestro Señor Dios, porque con su ayuda hemos vencido todas las batallas y hemos matado a nuestros enemigos, que lo son también de la fe cristiana. Con espadas desnudas hemos vengado las injurias y el daño que nos habían hecho y sus bienes han venido a nuestras manos. Por eso, yo quiero y mando que todo sea repartido entre vosotros: aquéllos que han sido heridos en la reconquista de castillo, villa o ciudad, tendrán dos partes; todos aquéllos que hayan perdido cualquiera de sus miembros, de forma que no puedan llevar armas, tendrán tres

partes; los que no han padecido ningún daño, una parte y el honor; y vos, mi rey y señor, tenéis que estar muy contento, pues, por la gracia que el omnipotente Dios os ha hecho con la ayuda de vuestros vasallos, habéis recuperado toda la isla de Inglaterra. Y yo ahora, en presencia de todos estos magníficos señores, os restituyo todo el reino, la corona, el cetro y las ropas reales, y suplico a vuestra majestad que las queráis aceptar de vuestro servidor y vasallo.

Inmediatamente se despojó de la ropa que llevaba y se volvió a poner el hábito. El rey y los barones le dieron muchísimas gracias por su grandísima cortesía. El rey se vistió con las ropas reales, se puso la corona en la cabeza y el cetro en la mano, y pidió al ermitaño que quisiera permanecer en su corte, pues él le daría el principado de Gales. También le dijo que podría mandar en la corte tanto como él, pero aquél se excusó diciendo que no dejaría de servir a Dios por las vanidades de este mundo. Aquí se puede comprobar la gran virtud de este caballero que podía haber continuado como rey, y después de él su hijo, pero nunca quiso aceptarlo, a pesar de que sus parientes y su mujer se lo habían pedido mucho.

Cuando el rey vio que no quería estar en la corte, pensó en conceder alguna gracia al hijo por amor al padre, y le dio la mayor parte del reino de Cornualla, con el derecho de poderse coronar con corona de acero. También ordenó que todos sus descendientes mantuviesen esta disposición, como todavía ocurre hoy día.

El conde ermitaño, conocedor que fue de la merced que el rey había concedido a su hijo, fue delante de él, se arrodilló a sus pies, le besó la mano y le dio infinitas gracias por la dádiva que había hecho a su descendiente. Después, se despidió del rey y de toda la corte. Todos quedaron muy tristes por su partida y también el pueblo quedó muy apenado, porque había renunciado a la señoría.

Habiendo terminado, el ermitaño se dirigió fuera de la ciudad y permaneció unos días en una heredad suya. El rey, con la conformidad del consejo, ordenó que le fuesen enviados treinta carros con las mejores joyas que habían tomado de los moros, pero cuando el ermitaño los vio, dijo a los que los traían:

—Devolvedlos a mi señor el rey y decidle que yo solamente quiero el honor: que las cosas de provecho sean para él y para todos los demás.

Habiéndolo sabido, el rey y los otros señores dijeron que éste era el más magnánimo y virtuoso caballero que nunca había habido en el mundo, porque, de la conquista, solamente se había llevado honor, peligro y heridas.

Cuando la virtuosa condesa supo que su marido se había ido, abandonó el castillo y fue a recluirse donde él estaba sin decir nada a nadie, excepto a sus doncellas.

Un día, estando hablando el rey con el ermitaño, con quien solía ir para pedirle consejos, la condesa entró en la habitación y el rey le dijo:

—Señora, no os enojéis por lo que os diré. Vos habéis sido la causa de que yo haya perdido al conde, vuestro marido, al cual de buena gana daría la tercera parte de mi reino si él permaneciese conmigo.

—¡Ay, triste de mí! —dijo la condesa—. ¿Por qué, señor, he sido yo la causa de esta pérdida?

—Porque sé que él os ama sobre todas las cosas del mundo —dijo el rey— y, si vos se lo hubieseis pedido con insistencia, él habría venido conmigo.

—Pues yo, señor —replicó la condesa—, todavía tengo una quimera mayor, pues pienso que él quiere entrar en un monasterio.

Y así estuvieron conversando durante un tiempo.

Al cabo de tres días, el rey y toda la gente que lo acompañaba se dispusieron a partir. El conde ermitaño dijo a su hijo que acompañase al rey, que lo sirviese y que nunca se volviera en contra suya. El hijo le prometió que cumpliría todo lo que le mandaba.

Entonces el conde ermitaño dio joyas, ropas y buenas cabalgaduras a su hijo y a los que con él iban. El hijo se despidió de su padre y de su madre, pero no quería separarse de ellos hasta que el rey no iniciase su partida.

Al llegar el rey al portal de la ciudad preguntó por el hijo del conde y, allí, en la misma puerta, lo hizo condestable mayor de toda Inglaterra. E inmediatamente el rey partió hacia Londres.

Cuando la condesa supo que el rey se había ido, rogó al conde que

regresasen a la ciudad. Allí estuvieron por espacio de cinco meses; pero, al final, el conde pidió a la condesa que no se enojase, ya que él tenía que cumplir el voto que había hecho de servir a Dios en vida ermitaña. Al conocer la condesa esta determinación, se lamentó diciendo:

—Señor, no ignoraba mi dolorida alma que peor tenía que ser la recaída que la enfermedad. Por lo menos permítame vuestra merced que pueda ir con vos para servir a vuestra virtuosa persona. Construiremos una ermita con dos apartamentos y una iglesia en el medio. Yo solamente pido que puedan estar conmigo dos mujeres ancianas y un sacerdote que nos celebre misa.

Estas palabras forzaron al conde a obedecer los ruegos de la condesa. Así pues, ella eligió otro lugar muy agradable, lleno de árboles de gran espesura y donde había una muy bella y clara fuente que corría con suave murmullo. En medio de aquel deleitoso prado había un pino de singular belleza.

Cuando la ermita se acabó de construir y de proveer con todo lo necesario, el conde y la condesa dieron las pertinentes órdenes para el regimiento de la ciudad y del condado, instalaron bien a las mujeres y doncellas que los habían servido en su casa y decidieron irse a su ermita. Entonces llegó el conde de Notarbalam, que venía de parte del rey con una carta credencial. El embajador rogó a los condes, de parte del rey, que aceptaran ir a Londres, porque el monarca había concertado matrimonio con la hija del rey de Francia. Por lo menos, si él no podía ir, que no faltase la condesa, porque era necesario que ella recibiese a la reina y le enseñase las prácticas y las costumbres de Inglaterra, ya que era una mujer de gran linaje y de gran discreción.

Entonces, el conde ermitaño respondió de la siguiente forma:

—Embajador, decid a la majestad del señor rey que yo estaría muy contento de poder servir a su excelencia, pero que no puedo dejar el voto que he hecho a Dios. En cuanto a la condesa, estaré muy contento si ella satisface los deseos reales en nombre de los dos.

La virtuosa condesa hubiera preferido permanecer con su marido que ver

las fiestas; pero, cuando vio la voluntad del conde y el servicio que le podía hacer al rey, aceptó con agrado. El conde ermitaño se despidió de todos y, con infinitas lágrimas, se dirigió a su eremitorio donde estuvo con gran descanso durante mucho tiempo. Y cada día, después de haber hecho sus oraciones, acudía bajo aquel bello árbol para ver las bestias que iban a beber a la clara fuente.

Capítulo II. Tirante el Blanco y el ermitaño

El virtuoso rey de Inglaterra, aprovechando que había concertado matrimonio, decidió convocar corte general para que los ociosos caballeros ingleses pudiesen hacer ejercicios de armas. La noticia de la gran fiesta que el famoso rey preparaba se extendió por todos los reinos cristianos.

Un gentilhombre de antiguo linaje y natural de Bretaña, que se dirigía a los festejos junto con otros, se quedó retrasado y, a causa de la fatiga del largo viaje, se durmió encima de su rocín. El caballo abandonó el camino y se adentró por una senda que conducía a la fuente donde estaba el ermitaño, el cual se hallaba en aquel momento leyendo un libro llamado *Árbol de Batallas*.

Estando agradeciendo a Dios Nuestro Señor los singulares favores que el mundo ha conseguido gracias a la orden de caballería, el ermitaño vio llegar a un hombre a caballo y observó que venía durmiendo. Cuando el rocín llegó a la fuente y vio el agua, intentó beber, pero no lo pudo hacer porque tenía la falsa rienda enganchada al arzón de la silla de montar. Pero tanto se inclinó el animal, que el gentilhombre se despertó. Al abrir los ojos vio ante él a un ermitaño de larga barba blanca, flaco y demacrado. Por su aspecto parecía un hombre admirable y de gran santidad que se había retirado allí para hacer penitencia y salvar su alma.

El gentilhombre bajó del caballo y le hizo una gran reverencia; el ermitaño lo recibió afablemente y ambos se sentaron bajo el gran pino que había allí. Entonces, el ermitaño comenzó a hablar:

—Gentilhombre, os ruego por vuestra cortesía y gentileza que me digáis vuestro nombre, y cómo y por qué causa habéis venido a parar aquí.

El recién llegado no tardó en responder:

—Padre reverendo, ya que a vuestra santidad os complace saber mi nombre, os lo diré de buena gana. Me llaman Tirante el Blanco, porque mi padre era señor de la Marca de Tirania, que confronta por mar con

Inglaterra, y mi madre, la hija del duque de Bretaña, se llamaba Blanca; por esto quisieron que yo me llamase Tirante el Blanco. Es bien conocido que el rey de Inglaterra ha convocado corte general en la ciudad de Londres para celebrar su futuro matrimonio con la hija del rey de Francia, la mejor y más bella doncella de toda la cristiandad. Esta dama tiene singularidades que otras no tienen, entre las cuales yo os puedo relatar una: su blancura es tan extraordinaria que, hallándome yo en París, en la corte del rey de Francia, el pasado día de San Miguel se celebraron grandes fiestas, porque en tal fecha se acordó este matrimonio; el rey, la reina y la infanta comían los tres en una mesa y, verdaderamente os puedo decir, señor, que cuando la infanta bebía vino tinto, se veía cómo le pasaba por la garganta. También se ha hecho público que el rey de Inglaterra piensa aprovechar los festejos para armarse caballero y que después él investirá a todos los demás que quieran recibir la orden de caballería. Yo he preguntado por qué no se ordenó caballero durante la guerra contra los moros y me han respondido que no lo hizo porque había perdido todas las batallas en las que participó, hasta que llegó aquel famoso caballero, el conde Guillén de Varoic, el cual combatió contra los moros y dejó todo el reino en calma. Por otro lado, se comenta que el día de San Juan la infanta llegará a la ciudad de Londres y se celebrarán grandes festejos que durarán un año y un día. Por estas razones, hemos partido de Bretaña treinta gentilhombres de armas dispuestos a recibir la orden de caballería. Como me retrasé en la partida, me he tenido que esforzar para unirme a mis compañeros; y por eso, cuando venía por el camino, me dormí a causa del cansancio y mi rocín me ha traído delante de vuestra reverencia.

Cuando el ermitaño supo que el gentilhombre iba para recibir la orden de caballería, le vino a la memoria todo lo referente a la orden y a los caballeros. Entonces lanzó un suspiro y se quedó recordando su anterior vida de caballero. Tirante, observándolo tan pensativo, le dijo:

—Reverendo padre, ¿querría decirme vuestra santidad en qué pensáis?

Y el ermitaño le respondió:

—Amable hijo, tengo mi pensamiento en la orden de caballería, pero también en la gran obligación que contrae el caballero que quiere cumplir esta alta orden.

—Padre reverendo —dijo Tirante—, mucho me gustaría saber si vos sois

caballero.

—Hijo mío —contestó el ermitaño—, hace cerca de cincuenta años que recibí esa orden cuando estuve en África luchando contra los moros.

—Señor y padre de caballería —pidió Tirante—, decidme, pues, cuál es la mejor forma de servir ésta tan alta orden.

—¿Cómo? —respondió el ermitaño—. ¿No sabes cuál es la regla y la orden de caballería? Ningún caballero puede servir a esta orden si no conoce sus ordenanzas, y no es un auténtico caballero quien no las domina. Es más, todo caballero tiene la obligación, cuando confiere la orden a otro, de enseñarle las costumbres que corresponden a su nuevo estamento.

Cuando Tirante vio que el ermitaño lo reprendía muy justamente, se alegró mucho y, humildemente, le dijo:

—A Dios Nuestro Señor agradezco que me haya conducido aquí, ya que podré ser instruido en todo aquello que tanto he deseado y, además, por un caballero tan singular y virtuoso, que después de haber servido a la orden se ha recluido en el desierto, huyendo de los mundanos asuntos para servir a su creador. Porque, señor, os puedo decir que yo he estado en la corte del emperador, en la del rey de Francia y en la de Castilla y Aragón y que me he encontrado con muchos caballeros, pero nunca he oído hablar tan altamente de la orden de caballería. Y si a vuestra merced no causa enojo, os estaría muy reconocido si me dijeseis en qué consiste la orden, ya que me siento plenamente dispuesto a cumplir todo aquello que esta regla mande seguir y observar.

—Hijo mío —contestó el ermitaño—, todo se encuentra escrito en este libro que yo, de vez en cuando, leo. Sobre todo tienes que saber que, de la misma forma que la caballería confiere honor al caballero, éste tiene que esforzarse en honrar la caballería.

El ermitaño abrió el libro y leyó delante de Tirante un capítulo en el cual se explicaba cómo y por qué causa nació la orden de caballería. El texto decía lo siguiente:

Habiendo desaparecido del mundo la caridad, la lealtad y la verdad, comenzaron a reinar en él la mala voluntad, la injusticia y la falsedad.

Entonces se hizo necesario que la justicia se reinstaurase. Por esta causa, el pueblo fue dividido en grupos de mil, y de cada mil fue elegido el hombre más afable, más sabio, más leal, más fuerte y con más virtudes y buenas costumbres. De semejante forma buscaron de entre todas las bestias del mundo la más bella, la que más corría, la que pudiese soportar más trabajo y la que fuese más conveniente para servir al hombre. De entre todas eligieron al caballo y lo dieron al hombre que había sido elegido de entre los mil. Es por eso que aquel hombre fue llamado caballero.

Cuando Tirante comprendió que un caballero es elegido de entre mil hombres para llevar a término el oficio más noble, dijo:

—Lado seas, Señor, por haberme hecho venir aquí donde he sido informado sobre la orden de caballería, ya que hasta este momento no había tenido noticia fiel de ella. Os aseguro que ahora aún tengo mucho mayor deseo de ser armado caballero que antes.

—Ya veo —dijo el ermitaño— que eres muy digno de recibir la orden de caballería. Pero no pienses que en aquél tiempo era armado caballero todo aquél que lo quería, sino que solamente eran elegidos los hombres más fuertes, virtuosos, leales y piadosos, para que defendiesen a las personas humildes. Conviene, por lo tanto, que el caballero sea animoso y más valiente que los demás, de forma que pueda perseguir a los malvados; también tiene que ser afable, generoso y accesible a la gente de cualquier condición. Pero no olvides que ser caballero es un trabajo arduo y fatigoso.

—¿Entonces, señor —preguntó Tirante—, tiene que tener el caballero más fuerza y poder que cualquier otro?

—No exactamente —respondió el ermitaño—, porque aunque haya individuos tan poderosos como él, el caballero tiene que destacarse sobre todo por sus virtudes. Quiero que sepas que el caballero fue creado para mantener la lealtad y la rectitud, pero no pienses que salió de más alto linaje que los demás, porque todos somos nacidos de un padre y de una madre. Misión principal del caballero es defender a la santa madre Iglesia, ser humilde y perdonar a aquéllos que le hayan hecho algún daño. Al principio del mundo, según se puede leer en la Santa Escritura, los hombres no se atrevían a montar en un caballo, hasta que se creó la orden de caballería. Ahora, hijo mío, te diré lo que significan las armas, tanto las

ofensivas como las defensivas, que todo caballero tiene que llevar, ya que no le fueron dadas sin causa, sino que tienen un gran significado directamente relacionado con la santa madre Iglesia.

—¡Oh, señor y padre de caballería! —dijo Tirante—. Os ruego que me expliquéis las propiedades y el significado de todas las armas.

El ermitaño respondió:

—De buena gana os lo diré, Tirante. En primer lugar, la lanza, que es larga y con punta de hierro, significa que el caballero tiene que combatir contra todos los que quieran hacer daño a la Iglesia y, en defensa de ésta es necesario que sea temido: con los malos tiene que ser cruel; pero con los buenos, leal y justo. La espada es la más noble arma del caballero ya que puede matar y herir por tres partes: por los dos cortes y por la punta; por lo tanto, tiene que llevarla con gran dignidad y defender a la Iglesia con ella. La correa de la espada significa que, de la misma forma que el caballero se la ciñe por la cintura, así tiene que ceñirse la castidad. El pomo de la espada representa el mundo y, por lo tanto, el caballero se ve obligado a defender el orden social. La cruz de la espada representa la verdadera cruz en la que nuestro redentor quiso recibir muerte y pasión para salvar a la humanidad; y así lo tiene que hacer todo buen caballero: morir por la redención y conservación de todos estos principios, de forma que, si muere en acto de mantener estos principios, su alma irá directamente al paraíso. El caballo representa al pueblo en favor del cual el caballero tiene que mantener la paz y la justicia. Las espuelas doradas que calza el caballero tienen muchos significados, porque el oro, que es tan preciado, el caballero se lo coloca en los pies, y con esto se quiere poner de manifiesto que por oro no tiene que hacer traición, maldad ni cualquier otro acto que defraude el honor de la caballería; por otra parte, las espuelas son puntiagudas para que puedan hacer correr al caballo y, de semejante forma, significan que el caballero tiene que incitar al pueblo para hacerlo más virtuoso y tiene que pinchar a los malvados para hacerlos temerosos. La coraza que lleva el caballero y que le guarda todo el cuerpo representa a la Iglesia que tiene que ser defendida por el caballero. Y de la misma forma que el yelmo tiene que estar en el lugar más alto del cuerpo, así el caballero tiene que poseer coraje para amparar al pueblo y no consentir que rey ni cualquier otro lo pueda dañar. Los antebrazos y manoplas quieren indicar que él, en persona, tiene que defender a la Iglesia y a las personas virtuosas y que tiene que atacar a las que no lo son. Los

guardabrazos significan que el caballero tiene que preservar los templos de los homicidas y nigrománticos. El arnés de las piernas quiere poner de manifiesto que si el caballero no puede ir a caballo, tiene que hacerlo a pie para defender a la cristiandad.

—El caballero —continuó diciendo el ermitaño— que por oro o por plata deja de hacer su obligación, menosprecia la orden de caballería. En tal caso merece que todos los reyes de armas, heraldos y persevantes, o sea, los oficiales de armas, llamen a los buenos caballeros para que, si pueden, lo detengan y lo lleven delante del rey. Entonces, lo tienen que vestir con todas las armas como si tuviese que entrar en batalla o ir a alguna gran fiesta, y ponerlo sobre un estrado para que todos puedan verlo. Conviene que haya también trece sacerdotes, rezando continuamente horas de difuntos como si lo tuviesen por muerto. A cada salmo que entonen se le tiene que quitar, en primer lugar, el bacinete, que es la pieza principal del caballero, porque con los ojos ha permitido contravenir la orden de caballería. Después tienen que quitarle la manopla de la mano derecha, porque con ella ha tocado el oro y defraudado la orden. A continuación, la manopla de la mano izquierda, porque ha participado en aquello que ha hecho la derecha. Finalmente, se le tiene que quitar todo el arnés que lleva, como también las armas ofensivas y defensivas, y es necesario que sean lanzadas desde arriba del estrado al mismo tiempo que, unos detrás de otros, los reyes de armas, los heraldos y los persevantes pronuncien el nombre de cada pieza diciendo: «Éste es el bacinete de aquel desleal defraudador de la bienaventurada orden de caballería». Entonces, los heraldos dicen en voz alta: «¿Cómo se llama el caballero?». Y responden los persevantes: «Tal», y lo llaman por su nombre. Entonces, los reyes de armas contestan: «No es verdad, porque se trata de un vil y un malvado caballero, que ha demostrado poca estima a la orden de caballería». Inmediatamente los sacerdotes gritan: «¡Pongámosle nombre!». Y los trompetas demandan: «¿Cómo se llamará?». El rey contesta: «Que con gran vituperio sea expulsado y desterrado de todos nuestros reinos y tierras el mal caballero». Después, los heraldos y reyes de armas le lanzan agua caliente a la cara, diciéndole: «De ahora en adelante solamente tendrás un nombre: traidor». A continuación, el rey se viste de negro y, con doce caballeros con gramallas y espuelas azules, hacen una gran demostración de duelo. Y a cada pieza del arnés que le quitan, le lanzan agua caliente por la cabeza. Cuando lo acaban de desarmar lo bajan del estrado, no por la escalera por donde subió cuando era caballero, sino que lo atan con una cuerda y lo bajan al suelo. Después lo llevan a la iglesia de

San Jorge y allí, delante del altar, en el cual se encuentra el rey con los doce caballeros, que representan a Jesucristo y los apóstoles, le hacen acostarse en el suelo, dicen el salmo de maldición y le dan sentencia de muerte o de cárcel perpetua.

—Puedes ver, pues, hijo mío —añadió el ermitaño—, cuán de importante es la orden de caballería. Y aún más, porque esta orden se ha establecido también para defender a hijos sin hermanos, a viudas, a huérfanos y a mujeres casadas cuando alguien los quiere enojar, forzar o arrebatarles los bienes, ya que los caballeros están obligados a ponerse en peligro de muerte si son requeridos para defender a alguna mujer de honor. Cualquier caballero jura, el día que recibe la orden, que mantendrá todo esto que te he relatado. Por eso te digo, hijo mío, que ser caballero es muy fatigoso y muy exigente, y que el caballero que no cumple con todo aquello a lo que está obligado, envía su alma al infierno. Pero todavía no he dicho todo lo que es necesario para ser un completo caballero.

Tirante, por el gran deseo que tenía de saber todas las cosas referentes a los caballeros, inició este parlamento:

—Si mis palabras no enojan a vuestra señoría, reverendo padre, os agradecería que me dijeseis desde cuándo ha habido caballeros tan virtuosos y singulares.

—Hijo mío —contestó el ermitaño—, según relata la Sagrada Escritura, ha habido muchos virtuosos caballeros. Así, en las historias de los santos padres podemos leer las grandes virtudes del noble Josué, de Judas Macabeo y de los reyes; también tenemos noticia de los singulares caballeros griegos y troyanos, como también de los invencibles caballeros Escipión, Aníbal, Pompeyo, Octaviano, Marco Antonio y de muchos otros.

—¿Y desde la venida de Jesucristo hasta ahora —dijo Tirante—, ha habido caballeros buenos?

—Sí —afirmó el ermitaño—, el primero fue José de Arimatea, que bajó a Jesucristo de la cruz y muchos otros que provienen de su linaje y que fueron valentísimos caballeros, tales como Lanzarote del Lago, Galván, Bores, Perceval y, sobre todos ellos, Galaz, quien por virtud de la caballería y por su virginidad fue merecedor de conquistar el Santo Grial.

—Y ahora, en nuestro tiempo —insistió Tirante—, ¿a quién podemos dar

tal honor en este reino?

—Ciertamente —respondió el ermitaño— es digno de gran honor el buen caballero Montañanegra, que ha hecho actos dignos de ser recitados; también el duque de Atzétera, joven dispuesto y de singular fuerza, que prefirió caer prisionero en poder de los infieles que huir vergonzosamente; pero también micer Juan Stuart y muchos otros. Pero Tirante le replicó con las siguientes palabras: —Padre y señor, ¿por qué no me habláis también del famoso caballero, el conde Guillén de Varoic, del cual he oído decir que, por su virtud, han sido ganadas muchas batallas en Francia, en Italia y en muchos otros lugares? También se dice que liberó a la condesa del Bellestar, que fue incriminada de adulterio por su marido y tres hijos. Parece ser que cuando estaba a punto de ser quemada, Guillén de Varoic fue al rey y le dijo: «Señor, haga apagar vuestra alteza el fuego, porque yo quiero liberar a esta señora con una batalla, ya que es incriminada de forma indigna y quieren hacerla morir injustamente». El marido se adelantó con los tres hijos y dijo: «Caballero, no es ahora el momento de defender a esta mala mujer; cuando haya muerto como se merece, yo os responderé con armas o de la forma que queráis». El rey asintió y Guillén de Varoic, cuando vio tanta inhumanidad por parte del rey, del marido y de los hijos, cogió la espada y asestó tan gran golpe a la cabeza al marido, que lo tiró muerto al suelo. Después se dirigió hacia el rey y de un solo golpe le cortó la cabeza; posteriormente, se acercó a los hijos, y allí mismo hizo morir a dos, porque el otro huyó. Muchas gentes, a causa de la muerte del rey, se volvieron en su contra; pero el valeroso caballero, con mucho coraje, entró dentro del cerco del fuego y cortó la cadena con la que estaba atada la condesa. También se dice que, después de partir de la ciudad, el valeroso conde de Varoic se encontró por el camino con un gran león que se llevaba una criatura, a la que no osaba comerse a causa de la gran cantidad de gente que seguía a la fiera. Cuando Guillen de Varoic se vio delante del león, bajó del caballo y tiró la espada. El león, que lo vio venir, dejó a la criatura y fue hacia él; entre los dos se entabló una gran batalla. Finalmente, el conde superó la fuerza del león y lo mató. Y tomando entre los brazos a la criatura, que todavía mamaba, y con el caballo por la rienda fue a la ciudad, tan herido que no podía cabalgar; y una vez allí, devolvió el infante a su madre. Ahora, no hace demasiado tiempo, cuando los moros conquistaron la mayor parte de Inglaterra y el rey fue depuesto, él fue coronado rey y combatió cuerpo contra cuerpo con el rey moro, lo venció y lo mató. También hizo morir a una gran cantidad de moros y, por su virtud, liberó de la cautividad a todos los cristianos de la isla de

Inglaterra. Finalmente, restituyó al primer rey la corona y la señoría del reino. Por lo que parece, ha llevado a término tantas cosas dignas que relatarlas me llevaría más de un día.

El ermitaño, para no evidenciar que se trataba de él, dijo estas palabras:

—Es verdad, hijo mío, que he oído hablar de ese caballero, el conde Guillén de Varoic, pero nunca lo he visto ni lo he conocido y por eso no he hablado de él.

—Pues ahora —dijo Tirante—, padre y señor, os querría decir que si hubiese todavía más peligros de los que hay en la orden de caballería, por nada del mundo dejaría yo de recibir esta orden si encuentro a alguien que me la quiera conceder.

—Hijo mío —contestó el ermitaño—, ya que tenéis tanta voluntad de conseguir la orden de caballería, os aconsejo que la recibáis con renombre y fama y que aquel día hagáis tal ejercicio de armas que todos vuestros parientes y amigos sepan vuestra determinación. Como ya es tarde y os encontráis en tierra extraña, os rogaría que partieseis, porque no conocéis los caminos y os podríais perder entre los bosques. Os ruego también que os llevéis este libro y que lo enseñéis a mi señor el rey y a todos los buenos caballeros para que puedan saber qué es la orden de caballería. Igualmente os pido, hijo mío, que cuando regreséis paséis por aquí y me digáis qué personajes han sido hechos caballeros, y también que me expliquéis todos los festejos y galas que se hayan celebrado.

Le dio el libro y lo despidió.

Tirante cogió el libro, le dio efusivamente las gracias y le prometió que volvería. Pero antes de partir le preguntó:

—Decidme, señor, si el rey y los demás caballeros me preguntan quién les ha enviado el libro, ¿qué les tendré que decir?

El ermitaño respondió:

—Si eso ocurre, decidles que aquél que siempre ha amado y honrado la orden de caballería.

Tirante le hizo una gran reverencia, subió al caballo y se fue.

Sus compañeros estaban preocupados por su tardanza, pensando que se había perdido por el bosque; muchos de ellos volvieron a buscarlo y lo encontraron de camino leyendo el libro que le había dado el ermitaño.

Al llegar Tirante a la ciudad donde estaban sus compañeros, les contó cómo Nuestro Señor lo había conducido al padre ermitaño y cómo éste le había dado aquel libro. Pasaron toda la noche leyéndolo hasta que, por la mañana, llegó la hora de cabalgar de nuevo.

Trece días antes de la fiesta de San Juan llegaron a Londres, ciudad en la que se hallaba al rey con muchos caballeros de este reino y del extranjero.

Cuando llegaron, Tirante y sus compañeros fueron a rendir homenaje al monarca, el cual los recibió muy afablemente. La infanta, hija del rey de Francia, por su parte, se hallaba a dos días de camino, en la ciudad de Conturbery.

El día de San Juan el rey conoció a la infanta y, en aquella fecha, empezaron los festejos que duraron un año y un día.

Acabadas las fiestas, el rey se casó con la infanta de Francia. Poco después, todos los extranjeros se despidieron de la real pareja y cada uno regresó a sus tierras.

Tirante, después de salir de Londres, recordando la promesa que había hecho al padre ermitaño y, hallándose cerca del lugar donde aquél habitaba, dijo a sus compañeros que debía ir allí. Sus amigos le pidieron que les permitiese acompañarlo porque tenían un gran deseo de conocer a aquel santo padre. Tirante se alegró mucho y todos tomaron el camino hacia la ermita. En el momento de llegar, el ermitaño estaba bajo el árbol rezando con su libro de horas.

Cuando vio venir a tanta gente, se preguntó quiénes podrían ser. Tirante y todos sus compañeros se acercaron, descabalaron y le hicieron una humilde reverencia. Después, Tirante le quiso besar la mano, pero el ermitaño no lo permitió, sino que los abrazó a todos y les rogó que se sentasen en la hierba cerca de él. Habiéndose todos acomodado, el ermitaño comenzó a hablar:

—No os podría decir, magníficos señores, la gran alegría que tengo de ver tanta gente de bien. Os estaré muy agradecido, si venís de la corte de mi

señor el rey, que me queráis decir quién ha sido hecho nuevo caballero y qué festejos se han celebrado. Y a vos, Tirante el Blanco, os ruego que me digáis los nombres de todos los señores que están aquí presentes.

Tirante se volvió hacia sus compañeros y, como entre ellos había muchos caballeros de mayor linaje y riqueza que él, les dijo:

—Valerosos caballeros, os suplico que satisfagáis la demanda que ha hecho el padre ermitaño, porque él es padre de caballería y merecedor de gran honor.

Pero ellos respondieron:

—Tirante, hablad vos por todos, ya que conocisteis al santo padre antes que nosotros.

—Os pido, pues —dijo Tirante—, que si me olvido de alguna cosa, me la recordéis.

Todos asintieron y Tirante, habiéndose quitado el sombrero de la cabeza, inició la relación de los festejos celebrados con motivo de las bodas del rey de Inglaterra.

Capítulo III. Los festejos de bodas del Rey de Inglaterra

—Muy reverendo y santo señor —comenzó diciendo Tirante—, vuestra señoría debe saber que el rey mandó muchos reyes de armas, heraldos y perseverantes a notificar por todo el mundo los festejos que se preparaban con motivo de sus bodas, conmemoraciones que la pasada víspera de San Juan hizo un año que empezaron. En primer lugar, señor, os comunicaré una magnífica decisión del rey, como no se ha oído decir que haya habido otra semejante: que toda la gente que iba a ver los festejos o a hacer armas, ya viniesen por mar o por cualquier otro camino, desde el día en que desembarcaran hasta que salieran de la isla de Inglaterra, recibirían todo tipo de viandas y, además, gratis.

»El día de San Juan, el rey se atavió muy bien. Llevaba un manto bordado de perlas muy gruesas y forrado de martas cibelinas, unas medias muy bien bordadas y un jubón tejido de brocado de hilo de plata. Puesto que aún no era caballero, no llevaba otra cosa de oro que una corona muy rica en la cabeza y el cetro en la mano. Pero, cabalgando con un buen caballo, por su gesto manifestaba que era el rey.

»Así partió del gran palacio y fue a la plaza de la ciudad acompañado de todos los gentilhombres que eran nobles por las cuatro ramas.

»Estando el rey en la plaza, vino el duque de Lencastre armado de blanco con quince mil combatientes. El rey, después de haberle hecho una gran reverencia, le mandó que se adelantase y le sirviese de vanguardia. De inmediato, el duque se colocó delante del rey con toda la gente de armas. Todos iban muy bien armados y bien formados, con caballos ataviados con paramentos de brocado y de chapería de oro y de plata, y con cubiertas, penachos y cimbras al estilo de Italia y de Lombardía. Después del duque iban todas las órdenes con un cirio encendido en la mano y, a continuación, los menestrales organizados por oficios, cada uno con una librea diferente.

»Debéis saber que entre los herreros y los tejedores de lino, cada grupo de los cuales estaba formado por más de diez mil hombres, hubo una gran

riña porque los tejedores decían que tenían que preceder a los otros, mientras que los herreros mantenían lo contrario. Pero la causa de toda la disputa la tuvieron los juristas de cada oficio, ya que los de los tejedores alegaban que no se podía decir misa ni consagrar el precioso Cuerpo de Jesucristo sin un tejido de lino. Por parte de los herreros, se alegaba que el oficio del herrero era anterior al de tejedor, porque sin herramientas no se puede hacer un telar; por lo tanto, decían, quedaba probado que el oficio de herrero era más antiguo y tenían que preceder a los tejedores.

»Hubo muchas alegaciones por cada parte y, si no hubiese sido por el duque que iba a caballo y armado, habrían llegado a las manos. El duque de Lencastre se metió en medio de la riña, cogió seis juristas, tres de cada parte, y los sacó fuera de la ciudad. Ellos pensaban que el duque les quería preguntar cuál era la causa más justa, pero cuando llegaron al puente, el duque hizo venir mil hombres de armas y les dio la consigna de que no dejaran pasar a nadie, excepto al rey. El duque bajó del caballo en medio del puente; enseguida hizo poner dos horcas bien altas y mandó colgar cabeza abajo a tres juristas en cada una y no se fue de allí hasta que murieron.

»Cuando el rey supo la noticia, fue rápidamente donde se hallaba el duque y le dijo:

«—Querido tío, no me podríais haber hecho mayor servicio, porque estos hombres de leyes se hacen ricos a sí mismos pero destruyen a toda Inglaterra; así pues, yo mando que estén aquí hasta mañana, y que después sean descuartizados y lanzados por los caminos.

»El duque respondió:

«—Señor, si vuestra majestad me quisiese creer, tendríais que disponer que solamente hubiese en vuestro reino dos juristas, que no tardaran en dictar sentencia más de diez o quince días y que cobrasen un buen salario; así, si recibían algo de alguien, tendrían que ser ejecutados.

»El próspero rey mandó que así se hiciera. Y, cuando se supo lo que el virtuoso duque había hecho, todo el pueblo alabó su sabiduría.

»Después de los menestrales venían los comediantes, que iban representando diferentes tipos de entremeses. A continuación, venía todo el clero, o sea, arzobispos, obispos, pavorde, canónigos y sacerdotes, los

cuales llevaban muchas reliquias. Posteriormente, venía un palio muy grande y rico bajo el cual iba el rey acompañado de aquéllos que querían recibir la orden de caballería. Todos iban vestidos de satén blanco, como símbolo de virginidad, o bien de brocado de plata. Todos ellos, igual que el rey, no estaban casados, pero sí esposados.

»Después del rey venían todos los grandes señores vestidos de brocado o de chapería, de satén, de terciopelo carmesí o de damasco. Y todas las mujeres casadas iban vestidas igual que sus maridos. A continuación, se encontraban los hombres viudos seguidos de las mujeres viudas, todos vestidos de terciopelo negro. Después venían todas las doncellas con todos aquéllos que no estaban casados, vestidos con sedas, tejidos de brocados o chapería, de color blanco o verde. Todos los caballos iban igualmente engalanados del mismo color que el de sus amos. Y no hay necesidad de decir que todos llevaban gruesas cadenas y broches de oro, perlas, diamantes y piedras preciosas: todos iban lo mejor ataviados posible.

»A continuación, venían las monjas de todas las órdenes, las cuales podían, si querían, llevar hábitos de seda; porque, aunque su orden lo prohibiese, el rey había obtenido licencia del Papa para que cualquier monja de clausura pudiese estar fuera del monasterio durante aquel año y un día, y poderse vestir de seda, siempre que fuese del color de su orden. Por esta razón, el rey ordenó que diesen dinero a las órdenes pobres para poderse confeccionar los vestidos, de forma que todas las monjas jóvenes y galantes se ataviaron, y también lo hicieron muchas de las ancianas. Cada una de ellas llevaba una candela encendida en la mano. Después venían las mujeres de la tercera regla, no menos vestidas que las monjas, con tejido de seda burriel y con un estadal encendido en la mano, cantando el Magnificat.

»Seguidamente, venían todos los oficiales reales y todos los hombres armados a pie, como si hubiesen de entrar en batalla, todos con la librea blanca y roja, igual que el rey, y con unos armiños bordados que les servían de divisa.

»Finalmente, venían todas las mujeres públicas y las que vivían enamoradas, con todos los rufianes que convivían con ellas. Cada una llevaba en la cabeza una guirnalda de flores o de mirto para que fuesen identificadas y, si había allí alguna casada que hubiese abandonado a su marido, llevaba en la mano una pequeña bandera. Y todas iban bailando al

son de tamboriles.

»De esta forma que os he indicado, señor, salimos de la ciudad y fuimos a tres millas de distancia de Londres. La infanta, cuando hubo sabido que venía el rey, partió del palacio de Granuig y, muy bien ataviada, se metió en un castillo de madera que iba sobre un carro de doce ruedas tirado por los treinta y seis más grandes y fuertes caballos que pudieron encontrarse en Francia. Con la infanta iban ciento treinta doncellas esposadas, pero no casadas.

»Después venían a caballo muchos duques, condes y marqueses alrededor de la referida carreta, como también muchas mujeres y doncellas de gran estima. La infanta se paró en medio de una gran pradera. Primeramente, llegó el duque de Lencastre con todos su séquito; descabalaron e hicieron gran reverencia a la infanta, la cual estaba en la puerta del castillo y no quiso salir hasta que llegase el rey. Tal y como iban llegando, cada estamento hacía reverencia a la infanta.

»Al llegar el rey, él y todos los que lo acompañaban descabalaron. La infanta, cuando vio que el rey bajaba del caballo, se levantó y bajó por una escalera de plata que le pusieron, junto con todas las doncellas que se encontraban con ella. La hija del duque de Berry tomó a la infanta del brazo, mientras la hija del conde de Flandes le llevaba las faldas. Todos los hombres que iban con el rey, que eran esposados, se colocaron delante de la infanta para acompañarla, mientras que las esposadas venían después de ella.

»Cuando la infanta estuvo cerca del rey, le hizo una pequeña reverencia y aquél bajó la cabeza a modo de saludo. A continuación, tanto los hombres como las mujeres que venían con la infanta besaron la mano del rey. Hecho este ceremonial, llegó el cardenal de Inglaterra, ya con las vestimentas sacerdotales, y comenzó a celebrar misa en un altar portátil que fue puesto en medio del prado.

»Al llegar al Evangelio, se volvió para esposar al rey con la infanta y entonces el rey la besó una y muchas más veces. Cuando se acabó la misa, el rey se acercó a la infanta y allí estuvieron hablando durante un buen rato, festejando delante de toda la gente.

»Al cabo de un tiempo, vino el duque de Lencastre, tío del rey y, en presencia de todos, confirió la orden de caballería al monarca. Allí había

muchos gentilhombres que querían recibir la referida orden en aquel momento, pero los reyes de armas, heraldos y perseverantes hicieron público que aquel día nadie más se podría armar caballero.

»Una vez que el rey, ya caballero, entró en un pequeño pabellón, se despojó de todas las ropas que llevaba de gentilhombre y las dio al hijo del duque de Orlens, que había venido con la infanta y era primo hermano de ella; junto con las ropas también le hizo donación de dos ciudades. El rey salió con una ropa de brocado carmesí, forrada de armiños, y como había dejado la corona, llevaba en la cabeza un pequeño bonete de terciopelo negro con un broche que valía ciento cincuenta mil escudos. A la hora de partir, el rey dejó a los gentilhombres y se unió, bajo otro palio muy rico, a los caballeros esposados. Y así llegaron a la ciudad.

»Ahora os diré, señor, cómo iba ataviada la infanta: llevaba una gonela de brocado carmesí de hilo de oro y, donde se podía ver la seda, se mostraban cardos bordados de argentería, con las cabezas de oro y esmaltes; el resto de la ropa que llevaba era de chapería llena de rubíes y de esmeraldas. La cabeza la llevaba descubierta, de forma que los cabellos parecían ser de hilo de oro, tan largos que llegaban hasta el suelo. La cara y las manos, por su parte, eran la muestra evidente de su inestimable blancura y belleza.

»Tal y como os he contado, fuimos todos ordenadamente hasta una milla cerca de la ciudad. Allí, en medio de un gran prado, encontramos muchas tiendas plantadas y muchos músicos que continuamente hacían sonar instrumentos.

»El rey y todos los caballeros esposados descabalgaron y subieron al castillo de la infanta. El rey la cogió de la mano y la bajó, seguido por los esposados y las esposadas. Al instante el rey y la infanta danzaron. Cuando hubieron acabado, lo hicieron los caballeros esposados con las doncellas esposadas y después todos los estamentos por orden. Cada vez que un estamento acababa el baile, el rey danzaba con la infanta y, seguidamente, tomaba la más gentil dama del estamento siguiente y la acompañaba en el baile.

»Acabadas las danzas, trajeron la colación de la mañana que, puesto que hacía mucho frío, consistía en jengibre verde con malvasía. Acabado el refrigerio, partimos de allí y llegamos cerca de la ciudad, al lado de una ribera bajo cuyos árboles había muchas mesas preparadas. Cada

estamento tenía preparado su lugar para comer. También había muchas casas de madera y muchas tiendas preparadas con camas, para que nadie necesitase entrar en la ciudad y todos se pudiesen proteger si llovía.

»Ya os digo, señor, que cada estamento tenía a su disposición muchas y elegidas viandas, tanto para los días de carne como para los de pescado. Y esto duró todo un año y un día. El primer día todo fueron galas y fiestas; el segundo, que era viernes, por la mañana asistimos a misa y después, cada estamento con su divisa, paseamos y pescamos por el río con más de doscientas barcas cubiertas de tejidos de seda, de raso y de brocado.

»Una vez el rey hubo comido, vino el montero mayor y fuimos de caza acompañados de muchos perros sabuesos, perros de presa, lebreles de Bretaña y de toda la montería.

»El sábado por la mañana hubo consejo general de todos los estamentos, tanto de los hombres como de las mujeres; y allí, en presencia de todos, los reyes de armas, los perseverantes y los heraldos anunciaron lo que se había de hacer cada día de la semana. Ésta es la relación:

»Los domingos, que es el día del Señor, todos los estamentos harían danzas y la orden que mejor danzase e hiciese juegos o entremeses con más gracia, los jueces la premiarían con veinte mil marcos de plata y con los gastos del montante de los entremeses. Por lo tanto, durante todo el día no se haría otra cosa que danzas, momos, entremeses o cosas semejantes.

»Los lunes, cualquiera que quisiese podría, por diversión, combatir a caballo, un lunes con arnés y armas reales y el otro con armas de guerra. Las primeras armas deberían tener cuatro puntas muy enceradas y deberían traer la enseña de cera engomada; las otras lanzas tendrían que estar provistas de una plancha de hierro redonda con cinco puntas de acero cortadas a manera de diamantes, muy bien afiladas y encastradas dentro de un solo hierro. Quien más lanzas rompiese y lo hiciese mejor, ganaría cada lunes del año cinco marcos de oro.

»Los martes, todos los caballeros o gentilhombres podrían practicar las armas a pie en campo cerrado uno contra uno, dos contra dos, diez contra diez, veinte contra veinte o veinticinco contra veinticinco como máximo, ya que no había allí más que veintiséis mantenedores. Quien quisiese hacer armas retraídas, o sea, armas de torneo preparadas para herir, pero no

matar al adversario, y lo hiciese mejor que nadie, ganaría una espada de oro que tendría que pesar más de diez marcos; y quien lo hiciese peor se tendría que poner de prisionero del mejor hasta que, por rescate o de cualquier otra forma, se liberase.

»Los miércoles, se celebrarían combates a caballo, a toda ultranza o a puntas sangrantes, y a quien lo hiciese mejor le sería otorgada una pequeña corona de oro que pesase más de veinticinco marcos.

»Los jueves, cualquier caballero o gentilhombre que quisiese, podría entrar en batalla en campo cerrado, a pie y a toda ultranza, uno contra uno o dos contra dos. El ganador recibiría la figura de una dama de oro, a semejanza de la infanta, que tendría que pesar treinta y cinco marcos de oro, ya que este combate es el más fuerte y peligroso que se puede hacer. El vencido tendría que prometer, delante de los jueces, que en toda su vida no requeriría a ningún otro caballero o gentilhombre a toda ultranza y que no llevaría espada ni ninguna otra arma durante todo aquel año y un día, si no era en batalla contra infieles. Después se tendría que poner a merced de la señora infanta, la cual haría de él lo que le placiese.

»Los viernes, ya que es día de pasión, no se podría hacer ningún tipo de batalla sino que, después de oída misa y dichas las vísperas, podrían ir a cazar.

»El sábado fue el día establecido para armar caballeros. Por esta razón, el rey, después de haber examinado si los aspirantes eran merecedores de recibir la orden, de buena gana se la concedería.

»Aquí tenéis, padre y señor, la relación de las actividades fijadas para todos los días de la semana. También os he de decir que se eligieron veintiséis virtuosos caballeros como mantenedores de campo».

—Una vez hecha pública esta relación —continuó relatando Tirante—, como ya era tarde, el rey y todos los estamentos se fueron a comer. Cuando hubieron terminado, todos fuimos donde estaban los veintiséis caballeros elegidos, los cuales se encontraban a un tiro de ballesta del alojamiento del rey. Dentro del campo había un espacio cerrado con empalizadas muy altas, de forma que nadie podía ver más que por la puerta o entrando dentro. Los caballeros estaban sentados en sillas, trece a cada lado, todos armados, de blanco y con coronas muy ricas en la cabeza. Al entrar el rey y la infanta, no se movieron, sino que los saludaron

con la cabeza, sin decir nada. Cuando el rey se quiso ir, salieron cuatro doncellas, ricamente ataviadas y de inestimable belleza, y suplicaron al rey que se esperase allí hasta haber tomado una colación. El rey se lo otorgó y al instante le sacaron gran cantidad de mazapanes y pasteles reales, hechos con harina de almendra y azúcar, y otros confites. Todos fueron muy bien servidos y os gustará saber que todos los caballeros y gentilhombres estaban sentados sobre las faldas de una mujer o doncella.

»Acabada la colación, el rey salió al prado y todos empezaron a danzar. Los mantenedores fueron desarmados y los veintiséis acudieron vestidos con cotas y chaquetas, idénticas en color y forma y brocados de orfebrería; cada uno llevaba un bonete de grana con un magnífico broche en la cabeza, de forma que parecía que eran caballeros de gran estado y alta caballería.

»Cuando acabaron las danzas, fuimos a ver las lizas, campos cerrados donde se tenían que hacer los combates, las cuales estaban muy bien hechas y tenían muchos tablados muy bellamente adornados con magníficos y singulares tejidos de raso.

»Después de haber visto esto, los mantenedores suplicaron al rey que fuese a cenar con todos los estamentos, y el rey lo hizo con mucho gusto. Terminada la cena, los reyes de armas hicieron público que los caballeros o gentilhombres que quisiesen participar en los combates antes mencionados tenían que ir la víspera y llevar escrito en un papel rojo los combates en los que querían tomar parte. Lo tenían que hacer junto con todos los de su estamento y cada uno acompañado de dos doncellas o damas de honor. Cuando llegaban al palenque, el lugar concreto donde se tenía que celebrar cada torneo, tenían que decir su nombre, quién era su padre, de dónde eran, las armas que querían hacer y si las hacían por mujer o por doncella, monja, viuda o casada. Si decían que era por doncella, los dejaban las mujeres con quienes habían venido y los tomaban dos doncellas, las cuales los acompañaban y los halagaban diciendo: «Nuestro Señor quiera dar victoria a nuestro caballero, que es digno de honor y que merece amor de doncella».

»Lo mismo ocurría si se trataba de viuda, monja o casada. Después les daban licencia para entrar en el castillo, donde estaban los veintiséis caballeros, sin saber con cuál de ellos tenían que luchar. El caballero daba su papel rojo a mujer o doncella, viuda, monja o casada, según el caso, la cual subía al estrado donde estaban los veintiséis caballeros y ponía el

escrito en una caja de oro. Entonces todos los caballeros se levantaban y hacían reverencia a la señora. Cuando ésta bajaba del estrado, todos se iban hasta la mañana siguiente.

—Habiendo hecho todo esto —continuó relatando Tirante—, nos fuimos hacia un prado lleno de árboles por donde pasa el río que hay cerca de la ciudad. Allí vimos una cosa tan magnífica que no creo que haya habido ninguna igual en el mundo.

—Mucho me gustaría saber —dijo el ermitaño— qué era aquella cosa tan magnífica.

—Yo os lo diré, señor —respondió Tirante—. En medio del prado encontramos una roca hecha de madera que, gracias a un sutil artificio, tenía encima un alto y gran castillo provisto de una bella muralla, sobre la cual había quinientos hombres de armas, todos vestidos de blanco, que lo guardaban.

»En primer lugar llegó el duque con toda la gente de armas y mandó que abriesen las puertas de la roca, pero los que estaban dentro dijeron que no lo harían, porque su señor no lo quería.

»—¡Adelante! —gritó el duque entonces—. Que todo el mundo haga lo mismo que yo.

»Así pues, bajó del caballo, se colocó delante de todos y, con espadas en las manos y con lanzas, atacaron valerosamente la referida roca. Los de arriba de la muralla echaban grandes pedruscos y bombardas, culebrinas y espingardas, que parecían de hierro y piedra, pero que en realidad estaban hechas de cuero negro y blanco y llenas de arena. A pesar de eso, si pegaban a alguien, éste caía al suelo. El combate fue tan magnífico que los que no lo sabíamos pensábamos que iba en serio y, con las espadas en la mano, acudimos allí. Pero inmediatamente nos dimos cuenta de que se trataba de un juego.

»A continuación, fueron llegando todos los estamentos, pero a ninguno de ellos le quisieron abrir la puerta, ni siquiera al rey.

»Entonces la reina, cuando comprobó que no querían abrir a nadie, se acercó con su séquito a la puerta y preguntó quién era el señor del castillo. Le respondieron que era el dios del Amor y, en ese instante, éste sacó la

cabeza por una ventana. Cuando lo vio la reina, le hizo una gran reverencia y comenzó a decir las siguientes palabras:

»—Mi pensamiento se ha alterado, dios del Amor, cuando habéis denegado la entrada a vuestros servidores. Por eso os suplico, mi señor, pues que de vos soy devota, que os plazca hacer que me abran las puertas de vuestra gloriosa mansión a mí, que deseo ponerme a vuestro servicio; que me aceptéis por servidora y que me acojáis en vuestra deseada gloria.

»Acabada la humilde súplica de la reina, súbitamente y con un gran trueno se abrió la puerta de la roca. El rey y la reina, con todos los estamentos, entraron a pie en un gran patio, todo ornamentado con telas de raso que representaban distintas historias, cuyas imágenes estaban trabajadas en oro, seda e hilo de plata. El cielo estaba cubierto con tejido de brocado azul y, sobre las telas de raso, había galerías con ángeles vestidos de blanco con diademas de oro en la cabeza, que hacían sonar diversos instrumentos y cantaban de tal forma que todos los que los oímos quedamos admirados.

»Al cabo de poco, el dios del Amor salió, radiante, y dijo:

»—Vuestro gran valor, graciosa reina, me obliga a haceros mi señora y a aceptaros como hija obediente y dispensadora de las mujeres que salen de este delicioso paraíso; por lo tanto, os doy potestad absoluta de poder premiar y castigar a todos aquéllos que naveguen por el mar del amor, dando tempestad a unos y otorgando a los otros próspero viento para conseguir el puerto que desean.

»Dichas estas palabras, desapareció el dios del Amor y, con él, los ángeles. Entonces las telas que adornaban el patio del castillo empezaron a moverse como si se tratase de un terremoto. Todos subimos al apartamento de la reina y, cuando nos asomamos a la ventana, que tendría que dar al patio, solamente vimos el prado.

»Eso, señor, era cosa de gran admiración, porque tan pronto como hicieron desaparecer los ornamentos de tela, la roca se había dividido en cuatro partes: en la primera se aposentaba el rey con todo su estamento, en la segunda la reina con todos los franceses que habían venido con ella, en la tercera estaban aposentados todos los extranjeros, los de Alemania, de Italia, de Lombardía, de Aragón, de Castilla, de Portugal y de Navarra.

»También os querría decir, señor, que en cada una de estas partes había muchas salas muy bien preparadas, con muchas camas ricamente ataviadas, de forma que todos los que allí se encontraban estaban muy bien aposentados y, si hubiese habido más del doble de la gente que había, todos habrían cabido. Todos los extranjeros que han corrido por el mundo han dicho que nunca vieron ni oyeron comentar que ningún otro señor hubiese hecho una fiesta con tanta magnanimidad y abundancia, ni que durase tanto tiempo. También vimos que en el alojamiento del rey había una fuente de plata en forma de mujer con el vientre un poco arrugado que con las manos se apretaba las mamas, ligeramente caídas y de sus pezones salía un gran chorro de agua muy clara que venía del río a través de canales de plata y que caía sobre una bella alberca de cristal. En la estancia de la reina había una fuente que representaba una doncella toda esmaltada en oro que tenía las manos en el pubis, de donde salía vino blanco muy fino y bueno que caía en una alberca de vidrio cristalino. En el otro apartamento, la fuente representaba un obispo mitrado, todo de plata, que tenía las manos cruzadas mirando al cielo, y por la mitra le salía un chorro de aceite que caía en una alberca hecha de jaspe. En el otro apartamento había un león todo de oro, con una rica corona en la cabeza hecha con muchas piedras preciosas, y por la boca lanzaba una miel muy blanca y clara que iba a caer en una alberca hecha de calcedonias. En el centro de estas cuatro estancias había un enano muy deforme, que tenía una mano en la cabeza y la otra en el vientre, y por su ombligo salía un chorro de vino tinto muy fino y bueno que llegaba a una alberca hecha de pórfido; este enano estaba hecho mitad de oro y mitad de acero y se hallaba en medio del patio, de forma que nadie podía entrar dentro de la roca sin verlo. Y cada uno podía tomar libremente de todo lo que había allí. Un poco más arriba había un hombre viejo y jorobado hecho de plata, con barba larga y blanca, con un bastón en la mano, y sobre cuya gran joroba había un magnífico pan blanco al alcance de todo el mundo.

»Pero no penséis, señor, que todas estas cosas se habían hecho por encantamiento o por arte de nigromancia, sino que todas eran fabricadas artificialmente. Durante el tiempo que duraron las fiestas, todas las cosas que os acabo de referir fueron tan abundantes como el primer día. Además, las mesas no se desmontaban, excepto para cambiar los manteles, y cada día había en ellas viandas en gran abundancia, como también una estantería con una vajilla de plata muy rica en cada apartamento.

»Señor, nunca acabaría de recitar a vuestra señoría las magnificencias de estas fiestas, porque cada uno comía con los de su estamento, y todos eran muy bien servidos de toda clase de volatería, de magníficos potajes, de muchos vinos y de confites en gran abundancia, de tal forma que los extranjeros estaban admirados.

»En la parte de atrás de la roca había un jardín lleno de árboles, donde iba el rey muy a menudo a solazarse. Desde allí se entraba en un gran parque, en el cual había muchos animales salvajes como osos, ciervos, corzos, jabalíes y otras bestias de monte.

»Aquel día, señor, se hicieron muchas fiestas, y al día siguiente, que era viernes, después de oír misa, fuimos al río con muchas barcas cubiertas de seda, de brocado y de raso, cada una con su divisa. Así, durante la mañana, surcamos el río, pescamos y escuchamos las trompetas, los clarinetes y los tamboriles; y, después de comer, vino el montero mayor con toda la montería y salimos a cazar».

Mucho gustaron al ermitaño los festejos que Tirante le había relatado y entonces comenzó a decir las siguientes palabras:

—Mucha es la gloria que consiguen los caballeros cuando ganan limpiamente. Por esto os suplico, señores, que me digáis quién ha sido el mejor de los vencedores a quien han dado fama y honor en estas celebraciones.

—Señor —contestó Tirante—, a estos honorables festejos han acudido muchos caballeros de gran autoridad y señoría. Había allí reyes, duques, condes, marqueses, nobles y caballeros, así como también infinitos gentilhombres de muy antiguo linaje. Por otro lado, muchos otros que no lo eran han sido hechos caballeros, de manera que no ha habido nadie, ni viejo ni joven caballero, que no haya hecho armas civiles o criminales. Allí luchó con esforzado coraje el caballero duque de Aguas Vivas, y más de sesenta gentilhombres de entre los que venían con él han recibido la orden de caballería. El duque luchó a pie y a caballo, y de todas las batallas salió vencedor. También el hermano del duque de Burguña salió vencedor como virtuoso caballero que es. Después hizo armas el duque de Cleves y fue merecedor de mucha fama y honor. También muchos otros señores de los que han venido han luchado como nobles caballeros y de verdad puedo decir, señor, que más de cincuenta han muerto en batalla.

—Aún os recitaré —continuó Tirante— otro hecho de gran admiración: un infante (que según mi parecer no pasaba de los catorce o quince años, y que el rey y toda la gente honran mucho y llaman el gran condestable de Inglaterra) un día vino a la posada donde estábamos todos nosotros y preguntó por mí. Cuando no sin dificultad me encontró, ya que no sabía mi nombre, me rogó que le prestase mi caballo y mis armas, porque ni el rey ni su madre la condesa querían que luchase ni a pie ni a caballo. Tanto y con tanta gracia me lo pidió que no le pude decir que no, sino que se lo concedí muy gustosamente.

»Dentro del campo, daban a los caballeros armas y caballos, según cada uno deseaba, pero él no quiso más que mis armas y mi caballo, y le dije: «Señor condestable, tanto mis bienes como mi persona están a vuestro servicio», aunque me dolía el corazón por si le pasaba algo ya que lo veía tan joven y tan buen caballero; a pesar de todo, se cumplió su deseo y ni el rey ni su madre lo supieron.

»Os tengo que decir, señor, que de todos los choques en los que han participado los caballeros de armas que han tomado parte en este honrado acontecimiento, no hubo uno tan bueno y singular como éste que él protagonizó, porque a la primera embestida atravesó el bacinete de su adversario, de forma que le traspasó la lanza. Cuando el rey se enteró de la gran batalla que había hecho su condestable, lo mandó llamar, pero él se excusó para no ir. Pero por fin, más por fuerza que por demasiado gusto, compareció delante del rey y éste le reprendió mucho. Su excelencia demostró que le profesaba un grandísimo amor y le reprochó que hubiese hecho armas sin su licencia con un hombre de tan gran fuerza como era el señor de Escala Rompuda. Es más, le dijo que no tuviese el atrevimiento de hacer más armas sin su licencia.

»El condestable, al oír al rey, dijo con gran ira:

»—Entonces, Señor, ¿tiene que ser verdad que yo he recibido la orden de caballería y que debo ser tenido por el más abatido de todos los caballeros, ya que por temor a mi muerte vuestra majestad no me permite luchar? Puesto que soy caballero, tengo que hacer obras de caballería como hacen todos los otros buenos caballeros y, si vuestra alteza no quiere que conozca los peligros de las armas, mándeme que vaya vestido como una mujer entre las doncellas de la señora reina, de la misma forma que hizo aquel invencible caballero Aquiles entre los hijos del rey Príamo

de Troya. ¿No sabe vuestra majestad que mi padre y señor, Guillén de Varoic, cuando poseía el cetro real y fue vencedor de tantas batallas contra los moros, me cogió por los cabellos y me hizo matar a un moro, aunque yo era de poca edad? Plazca a Dios que yo no viva en el mundo si no tengo que ser como mi padre. Así pues, señor mío, si quiero imitar a mi padre en honor y virtud de caballería, vuestra alteza no me lo tendría que prohibir; por tanto, suplico a vuestra serenísima majestad que me deis licencia para que mañana pueda combatir contra un caballero a toda ultranza, cuerpo a cuerpo, y con armas ofensivas y defensivas.

»A estas palabras el rey respondió:

»—¡Verdaderamente creo que éste será el mejor caballero del mundo o será el peor, si su vida dura poco! ¡Y por la fe que profeso a la caballería, que no lo tengo que consentir! Ya que la ventura te ha hecho vencedor, te habrías de alegrar con el premio de esta batalla.

»Y el rey no le quiso escuchar más. «Muy atribulado permaneceré —pensó entonces el condestable—, si la señora reina no me ayuda».

»Seguidamente fue a la habitación de la reina, se arrodilló ante ella y le besó las manos muchas veces, al tiempo que le suplicaba que interviniese delante del señor rey para que le permitiese hacer armas. Cuando la reina vio la gran voluntad del condestable, le indicó que gustosamente lo haría. No pasó mucho tiempo antes de que el rey fuese a ver a la reina, la cual le suplicó que quisiese dar licencia al gran condestable para practicar las armas.

»—¡Cómo, señora! —dijo el rey—, ¿queréis que un joven que casi no sabe ceñirse la espada entre en campo cerrado? Él os lo ha suplicado, pero vos, por amor a su madre, tendríais que estar en contra de sus deseos en lugar de pedirme por su mal. Yo no le puedo dejar luchar, porque su virtuoso padre ha hecho mucho por mí y por la corona de Inglaterra y antes preferiría recibir yo algún daño a que lo recibiese él.

»La reina, cuando vio el gran amor que el rey demostraba al condestable, no lo quiso enojar más; cuando regresó a su apartamento le dijo al condestable todo lo que el rey le había dicho y que, por lo tanto, sus súplicas no podían ser admitidas.

»Entonces el condestable, muy afligido, vino a mi alojamiento y me rogó

que le aconsejase cómo podría volver a combatir contra otro caballero. Yo le di mi parecer y le dije que, ya que había matado al mejor de los veintiséis caballeros, no quisiese enojar más al rey».

—¡Así permita Dios que se cumpla vuestro buen deseo! —dijo el ermitaño—. Por cierto, ese condestable que decís, ¿tenía padre y madre y otros parientes?

—Si bien es verdad —indicó Tirante— que allí se hallaba su madre la condesa, una de las más altas damas y de mayor señoría de la corte, a la cual el rey confió la custodia de la reina y de las doncellas cuando llegaron, no se me ocurrió preguntar por su padre, porque yo estaba más ocupado en las armas que en averiguar linajes, y no lo habría sabido si no hubiese sido porque la condesa me mandó llamar y con palabras muy amables me preguntó por qué había dejado mi caballo y mis armas a un joven de tan poca edad que era huérfano de padre, de forma que si hubiese resultado muerto, no le habría quedado más que que la tierra se abriese y la sumiese. En consecuencia, me rogó que no quisiera ser la causa de la muerte de su hijo y de su desolación. Yo le prometí, a fe de caballero, que nunca haría ninguna cosa que pudiese dañar a su hijo, sino que le honraría tanto como pudiese. También le supliqué que me dijese si su marido había muerto de enfermedad o en batalla, y la virtuosa condesa me respondió, sin levantar los ojos del suelo, con palabras tan amables como éstas:

»—Virtuoso caballero, viuda soy de marido vivo, a causa de mis pecados y de mi mala suerte. En mi juventud he tenido marido, muy conocido por sus virtudes, llamado Guillén de Varoic, que habría podido ser rey si lo hubiese querido».

—Decidme —intervino el ermitaño—, pues tanto me habéis hablado de ese condestable, ¿quién ha sido el ganador del premio de honor del campo?

—Ciertamente, señor —dijo Tirante—, esto no es fácil de determinar, porque había allí muchos grandes señores que han practicado combates muy honrosos.

—Sí que lo podéis saber —señaló el ermitaño—, porque en este reino existe la costumbre de que, cuando se acaban de hacer batallas imperiales, los reyes de armas, heraldos y perseverantes hacen público

quién ha sido el mejor entre los vencedores mediante trompetas y pregoneros. Como estos festejos han sido muy solemnes e imperiales, querría saber quién ha recibido el honor y la gloria entre todos los caballeros.

Tirante calló y no quiso hablar más, sino que con la cabeza baja y la mirada en la tierra, se quedó quieto.

—Tirante, hijo mío —insistió el ermitaño—, ¿por qué no me respondéis?

Entonces se levantó un caballero que se llamaba Diafebus y dijo:

—Señor, hay preguntas que no tienen respuesta; a pesar de eso, señor, os juro por la santa orden de caballería que yo, que indignamente la recibí el día de Nuestra Señora de Agosto, os diré la verdad sobre lo que vuestra señoría pide. Señor, vuestra santidad debe saber que en casos como éste se redacta un documento donde se hace constar quién ha sido el mejor de entre los vencedores y quién ha ganado el premio del campo. Este documento, recibido y cerrado por veinticinco notarios, se encuentra firmado por los mismos jurados que han concedido el premio, o sea, por el rey, por los jueces de campo, por los reyes de armas, por los heraldos y persevantes y por todos los grandes señores que allí se encontraban. Si queréis, señor, os puedo mostrar esta carta...

—¡Oh, mucho me complacería oírla! —dijo el ermitaño.

En aquel momento, Tirante se levantó de donde estaba sentado y mandó que descargasen las bestias en medio del prado y que plantasen las tiendas; también ordenó que colocasen las mesas cerca de la fuente y que preparasen la cena.

Capítulo IV. Tirante el Blanco es armado caballero

Entonces Diafebus pidió que le trajesen la carta y comenzó a leerla. La carta decía así:

Nos, Enrique, por la divina gracia rey de Inglaterra, de la Gran Bretaña, del Principado de Gales, de Cornualla y de Irlanda, confaloniero mayor de la santa Iglesia y del santo Padre de Roma, notificamos a todos aquéllos que quieran saberlo: emperadores, reyes, duques, condes, marqueses, príncipes, nobles, caballeros y gentilhombres, que por mí han sido celebrados festejos en honor, loor y gloria de Nuestro Señor Dios y de su sacratísima Madre y en honor de los caballeros que han venido a hacer armas a toda ultranza en tan honorable acontecimiento y que es necesario conferir el honor a aquél que ha sido el mejor entre los vencedores, sin haber sido vencido ninguna vez. Por tanto, ordenamos, mandamos y sentenciamos dar mundana gloria, honor y fama al egregio y virtuoso caballero, por nos armado, Tirante el Blanco.

Queremos que los reyes de armas, los heraldos y los persevantes, con mi consentimiento y el de los jueces de los campos, con trompetas y pregoneros, lo hagan público por las cuatro esquinas de la liza. También mandamos que Tirante sea subido sobre un caballo todo blanco, de forma que todos los que estén aquí, tanto hombres como mujeres, vengan conmigo a pie, y sea hecha procesión general, en la que Tirante irá dentro del palio hasta la iglesia del glorioso caballero mi señor san Jorge y que allí sea celebrada misa cantada con un solemne sermón sobre las caballerías que Tirante el Blanco ha hecho. También mandamos y ordenamos que, habiendo salido de la iglesia, pasemos por todas las lizas, para que Tirante pueda tomar posesión de ellas, y que los reyes de armas le den todas las llaves de las mencionadas lizas en señal de victoria. También mandamos que sean celebrados quince días de fiesta en loor y gloria del virtuoso caballero mencionado ahora mismo. Y para que todo el mundo conozca la real verdad de estos asuntos, firmamos la presente carta con tinta roja y la sellamos con nuestro sello.

Dada en la ciudad de Londres a catorce de julio del año de la natividad de Nuestro Señor, etc. Rex Enricus, Signo de todos los jueces del campo. Signo de todos los reyes de armas, heraldos y persevantes. Signo de

todos los magnates y grandes señores presentes.

—Me gustaría mucho conocer sus caballerías —dijo el ermitaño—. Me parece hombre de bien porque se ha ido de aquí para no decir ni oír palabras en loor suya. En verdad observo que es digno de ser caballero, por eso os ruego que me digáis cuáles han sido sus actos.

—Señor —indicó Diafebus—, no querría que vuestra señoría entendiese mal porque soy de su misma tierra y amigo suyo, ya que os contaré, con toda la sinceridad, lo que ocurrió. El primero a quien el rey confirió la orden de caballería fue a Tirante el Blanco, y el primer día hizo armas con él. Aquel día, señor, Tirante reunió a todo su grupo de gentilhombres y de doncellas y fuimos al estrado donde el rey había previsto ordenar a los caballeros. Encontramos las puertas cerradas y llamamos con grandes golpes; después, transcurrido un buen espacio de tiempo, los reyes de armas aparecieron sobre la puerta del estrado y dijeron:

»—¿Qué queréis?

»Las doncellas respondieron:

»—Con nosotros viene un gentilhombre que quiere recibir la orden de caballería y lo pide, porque es digno y merecedor.

»Rápidamente abrieron las puertas y todos los que quisieron subir subieron al estrado. Cuando llegamos al centro de una gran sala, hicieron sentarse al gentilhombre en una silla de plata cubierta de cañamazo verde. Allí comprobaron si era digno de recibir la orden de caballería, o sea, si era cojo o inútil en alguno de sus miembros por si no podía entrar en batalla; y lo encontraron tal como tenía que ser. Recibida la información de testimonios dignos de fe, Tirante fue hacia donde se hallaba el rey y todos los demás avanzaron detrás del arzobispo de Inglaterra, revestido como diácono y con el misal abierto en las manos, que le decía estas palabras:

»—Vos, gentilhombre, que recibís la orden de caballería, ¿juráis por Dios y por los cuatro santos Evangelios no ir contra el muy alto y excelente rey de Inglaterra, aunque fuese contrario a vuestro señor natural? Solamente si le devolvéis el collar de la divisa que el referido señor rey tiene por costumbre dar a todos aquéllos que hace caballeros, podríais entrar en guerra contra él, sin que os lo pudieran reprochar los buenos caballeros.

En caso contrario, incurriríais en falta grave y si hubieseis sido hecho preso de guerra u os encontrarais en peligro de muerte, ¿juráis por el sacramento que habéis hecho que mantendréis y defenderéis a mujeres y doncellas, viudas, huérfanos, desamparadas y hasta casadas, si os pidiesen socorro, y que pondréis en ello todo vuestro afán y que incluso entraréis en campo a toda ultranza?

»Hecho el juramento, los dos señores de mayor rango que allí había lo tomaron por los brazos y lo llevaron delante del rey. Éste le puso la espada sobre la cabeza y le dijo:

«—Dios y mi señor san Jorge te hagan buen caballero —y, enseguida, lo besó en la boca.

»Después, siete doncellas vestidas de blanco que representaban los siete gozos de la Virgen María le ciñeron la espada. A continuación, los cuatro caballeros de mayor dignidad que allí se encontraban, en recuerdo de los cuatro evangelistas, le calzaron las espuelas. Posteriormente lo cogió la reina por un brazo y una duquesa por el otro, lo acompañaron a una bella tarima y lo sentaron en la silla real. Después se sentaron el rey en una parte y la reina en la otra, y todas las doncellas y los caballeros debajo de la tarima y a su alrededor. Finalmente trajeron una colación muy abundante. E idéntico ceremonial, señor, se ha seguido para todos los que han sido armados caballeros».

—Comadme, si os place —dijo el ermitaño—, todas las justas de armas que Tirante ha hecho.

La víspera del día asignado para hacer las justas Tirante fue donde estaban los veintiséis caballeros. Cuando llegó, les dio un escrito en el que se decía que cualquier caballero que quisiese hacer armas con él se tendría que batir en un combate a caballo tanto tiempo como fuese necesario hasta que uno de los dos recibiese, con la lanza, veinte golpes sangrantes, o hasta que cualquiera de ellos se diese por vencido. Su petición fue admitida y Tirante volvió a nuestro alojamiento. A la mañana siguiente las doncellas lo acompañaron hasta la puerta de la liza. El rey y la reina ya se encontraban en el estrado y Tirante entró todo armado de blanco; en una mano llevaba un abanico que en un lado tenía pintado el crucifijo de Jesucristo y en el otro, una imagen de la Virgen Nuestra Señora.

»Una vez que Tirante estuvo en medio del campo, hizo una gran reverencia al rey y a la reina, fue a las cuatro esquinas de la liza y las santiguó. Después bajó del caballo y fue hasta un pequeño pabellón que había a un lado, donde le trajeron viandas y confites para que pudiera reponerse. Volvió a subir al caballo y encontró al mantenedor del campo en un lado de la liza. Tirante se puso en el lado contrario y entonces el rey mandó que comenzase la justa. Inmediatamente los dos caballeros asestaron un golpe a los caballos con las espuelas, y con las lanzas en ristre —que son unas piezas de hierro que hay en la coraza y que sirven para mantener sujeta la lanza—, corrieron hasta que chocaron tan ferozmente que se rompieron las lanzas. Después de esta carrera, hicieron muchos otros encuentros.

»A la vigésima carrera, el oponente asestó un golpe a Tirante en medio de la babera del bacinete, lo hirió un poco en el cuello y, gracias a que la lanza se rompió, nuestro caballero no murió allí mismo. Caballo y caballero cayeron a tierra. Rápidamente, se levantó Tirante e hizo que le dieran otro caballo mejor. Entonces rogó a los jueces de campo que le permitiesen coger otra lanza y le respondieron que cada uno podía tomar las lanzas que quisiese. Cada uno con una nueva lanza, corrieron el uno contra el otro y, en esta ocasión, Tirante pinchó al oponente un poco por debajo del ristre. El encuentro fue tan poderoso y la lanza tan fuerte, que le traspasó el cuerpo y su oponente cayó muerto al suelo. Las doncellas fueron inmediatamente a la puerta del campo y pidieron que les devolviesen a su caballero. Cuando abrieron las puertas, las doncellas cogieron el caballo de Tirante por las riendas y, con gran honor, se lo llevaron a su alojamiento. Allí lo desarmaron, le miraron la herida que tenía en el cuello e hicieron venir a los médicos para que lo cuidasen. Y tenéis que saber que Tirante fue muy bien servido por las doncellas, ya que estaban muy alegres porque era el primer caballero que había hecho armas por doncella y había sido vencedor.

»El rey, acompañado de los grandes señores, entró en el palenque donde yacía el caballero muerto y, en procesión, lo llevaron a la iglesia de San Jorge, donde había preparada una singular capilla para aquéllos que muriesen en las justas.

»Una vez ya sano, Tirante, volvió a reunir a todo su estamento, fuimos entonces donde se encontraban los veinticinco caballeros y les dio un escrito en el que indicaba que quería combatir contra un caballero a pie y a

toda ultranza. Como su petición fue admitida, entró en la liza con un hacha, una espada y una daga. Los ayudantes de campo partieron la liza de forma que el sol no diese más en la cara de uno que en la del otro. El rey llegó con su séquito y cuando los caballeros lo vieron le hicieron una gran reverencia, hincando la rodilla en el suelo. También todas las doncellas se arrodillaron y pidieron a Nuestro Señor que concediese la victoria a su caballero.

»Una vez que estuvo todo preparado, sonaron las trompetas y los heraldos dijeron en voz alta que bajo pena de muerte nadie, ni hombre ni mujer, osase hablar, toser ni hacer ninguna señal.

»Cuando la llamada hubo sido hecha, de los ocho ayudantes de campo, cuatro cogieron a un oponente y cuatro al otro y los pusieron en medio del campo, y allí los dos hicieron armas con tanta valentía que no se sabía quién era mejor. La batalla duró mucho y tanto esfuerzo ponía el oponente de Tirante, que le faltaba el aliento y no podía ni sostener el hacha. Habiendo visto Tirante en qué punto estaba su contrario, cogió el hacha con las dos manos y le dio tal golpe con el martillo que aquél no pudo mantenerse levantado; entonces Tirante se acercó a él y le dio un empujón tan grande que le hizo caer al suelo. Como lo vio tan maltrecho, le quitó el bacinete y, después de cortarle con la daga las tirillas con las que lo tenía atado, le dijo estas palabras:

»—Virtuoso caballero, bien puedes ver que tu vida está en mis manos. Dime, ¿qué quieres, muerte o vida? A mí me gustaría más que mandaseis a mi mano derecha que te haga misericordia y que te quiera perdonar, ya que más prefiero el bien que el mal.

»—Más me hieren —contestó el caballero— tus palabras de extrema vanagloria que perder la vida, y prefiero la muerte que pedir perdón a tu ensoberbecida mano.

»—Mi mano tiene costumbre de perdonar a los hombres vencidos —dijo Tirante— y no hacerles ningún daño. Si quieres, te perdonaré de buen corazón todo el daño que podría hacerte.

»Pero el caballero, con ira mortal, le respondió:

»—No plazca a Dios que yo pueda aceptar un acto de tanta vergüenza ni para mí, ni para los míos, ni para mi señor el conde Guillén de Varoic, del

cual yo, caballero de Muntalt, recibí esta amarga orden de caballería. Así pues, haz de mí lo que te plazca, que más prefiero morir bien que vivir mal.

»Tirante cogió la daga y le clavó la punta en el ojo, y con la otra mano le pegó tan gran golpe a la daga que la hizo pasar a la otra parte de la cabeza. ¡Gran coraje demostró este caballero, que prefirió morir a tener que vivir avergonzado!

»Los jueces del campo eran doce: seis tenían un libro donde llevaban la cuenta de los vencedores y los otros, la de los vencidos. A aquéllos que morían sin desdecirse, los hacían mártires de armas; pero a los que se desdecían, los procesaban como a malos caballeros y los consideraban dignos de gran deshonor y de infamia. Esta práctica se ha mantenido durante todas las fiestas.

»—Pocos días después, señor —continuó narrando Diafebus—, el rey y la reina se encontraban en un prado cerca del río, danzando y solazándose. Con ellos se hallaba una parienta de la reina que se llamaba la bella Inés, hija del duque de Berry, que era la más agraciada doncella que yo nunca haya visto, si exceptuamos a la reina. Señor, esta bella Inés llevaba aquel día sobre el pecho un broche magnífico. En presencia de todos, Tirante se acercó a la gentil dama y con la rodilla en el suelo comenzó a decirle:

»—Por el conocimiento que tengo, señora, de vuestra gran valía, tanto por linaje como por belleza, gracia y saber, pero también por el resto de virtudes que se hallan en un cuerpo más angelical que humano, os manifiesto mi deseo de serviros, y os agradecería mucho que me quisieseis conceder ese broche que lleváis en el pecho. Si tal petición me es otorgada, yo la aceptaré y me lo pondré, y os prometo y juro sobre el altar y por la orden de caballería, que combatiré, a causa del broche, contra un caballero a pie o a caballo, pero a toda ultranza, bien armado o desarmado, según él desee.

»—¡Ah, Santa María! —dijo la bella Inés—, ¿Por una cosa tan mínima y de tan poco valor queréis entrar en campo de batalla a toda ultranza? De buena gana lo consentiré en presencia del señor rey y de la señora reina; si lo queréis, coged el broche con vuestras propias manos.

»Tirante mostró mucha alegría por tal respuesta. Y como el broche estaba atado con el cordón del vestido de seda, tuvo que desabrocharle éste para cogerlo, de forma que, por fuerza, con las manos le tocaba los pechos.

Finalmente, cogió el broche, lo besó y, con las rodillas en el suelo, le dijo:

»—Infinitas gracias, señora, por el gran don que me habéis concedido, porque lo aprecio más que si me hubiesen dado todo el reino de Francia. Prometo a Dios que si alguien se atreve a quitarme el broche, lo mataré.

»Y se lo puso en el bonete que llevaba en la cabeza.

»Al día siguiente, estando el rey en misa, vino un caballero francés, llamado el señor de las Vilesermes, persona valentísima y muy experta en armas, y dijo a Tirante:

»—Caballero, gran atrevimiento habéis mostrado en tocar un cuerpo glorificado como es el de la bella Inés. Es necesario que me deis el broche, bien sea por gusto o por la fuerza, ya que por derecho lo tengo que tener yo, porque desde la infancia hasta ahora he amado, servido y venerado a esta señora que es merecedora de todos los bienes que hay en el mundo. Puesto que yo he sabido ganarme la gloria, gracias a mis esfuerzos, molestias y pensamientos, yo tengo que cobrar el premio por el tiempo que le he dedicado en mi juventud; por tanto, si no me lo queréis dar, vuestra vida durará poco. Dádmelo en paz, antes que os venga algún gran daño.

»—Para mí sería una gran ofensa —respondió Tirante— si diese aquello que me ha sido libremente concedido y desatado con mis propias manos. Y eso, sin contar con la promesa y juramento que he hecho. Sería tenido por el más vil caballero del mundo, nacido y por nacer, y un bacinete lleno de fuego me tendrían que poner sobre la cabeza si yo hiciese tal cosa. Demasiada soberbia, señor, demostráis con vuestras palabras: será conveniente que yo os la haga bajar.

»Entonces el caballero trató de quitarle el broche, pero Tirante se percató y cogió un cuchillo que llevaba; todos los demás que allí estaban sacaron el arma dispuestos a atacar. Y entre ellos hubo una pelea en la que, antes de ser separados, murieron doce, entre caballeros y gentilhombres. Cuando la reina oyó el ruido y los gritos que daban, se puso en medio y los separó. Bien os lo puedo contar yo, que recibí cuatro golpes. Tres días más tarde, el caballero francés mandó una carta a Tirante que decía:

A ti, Tirante el Blanco, que has sido el iniciador del derramamiento de la sangre militar:

Si tienes el coraje suficiente, armado o desarmado, a pie o a caballo, vestido o desnudo, o en la forma que más te agrade, ponte de acuerdo conmigo para que nuestras espadas puedan enfrentarse a muerte.

Escrito de mi propia mano y sellado con el sello secreto de mis armas:

EL SEÑOR DE VILESERMES

»Tirante, habiendo leído la carta, hizo entrar al pequeño paje que la había llevado, le dio mil escudos de oro y le hizo prometer que no diría nada a nadie. Cuando el paje hubo partido, Tirante fue a un rey de armas y se lo llevó cuatro millas lejos de allí. Entonces le dijo:

»—Rey de armas, por el juramento que hicisteis el día que recibisteis este oficio de manos del señor rey, te pido que mantengas en secreto lo que te diré y que me aconsejes lealmente sobre todo lo que, de acuerdo con el derecho de las armas, estoy obligado a hacer.

»El rey de armas, que se llamaba Jerusalén, le prometió que mantendría el secreto. Inmediatamente Tirante le mostró la carta y, después de hacérsela leer, le dijo:

»—Jerusalén, amigo mío, con gran placer cumpliré la voluntad del virtuoso caballero, el señor de las Vilesermes. Pero como soy joven, ya que ahora he cumplido veinte años, y no conozco la práctica ni el estilo de la caballería y sobre todo porque confío en vuestra mucha discreción, os pido consejo, porque sé que sabéis todo lo referente a las armas mejor que ningún otro. No penséis que os he pedido consejo por falta de valor o por temor, sino por miedo a contradecir las leyes que el rey ha ordenado, ya que no me gustaría que los buenos caballeros me pudiesen reprochar ningún tipo de falta o debilidad.

»Entonces el rey de armas le respondió de la siguiente forma:

»—¡Oh, joven y virtuoso caballero, amado por todas las gentes! Os daré el consejo que vuestra merced me pide y lo mantendré ante la majestad del señor rey y de los jueces del campo: vos, Tirante el Blanco, podéis combatir con este caballero sin miedo de que nadie, ni rey, ni jueces, ni caballeros, os lo puedan reprochar ni reprobar, ya que él es el requeridor y vos, el defensor; él es el iniciador del daño y vos seréis siempre excusado del hecho. Si alguien quiere decir algo contra vos, yo salvaré vuestro honor

delante de todos los caballeros. Y si queréis, os daré por escrito el consejo que me habéis pedido. Marchad a la batalla y no tengáis miedo a la muerte.

»—Muy satisfecho estoy del consejo que me habéis dado —dijo Tirante—, ya que tal como decís, no puedo ser reprendido por el señor rey ni por los jueces de campo, ni por los caballeros. Ahora quiero rogaros, Jerusalén, que seáis el juez de mi batalla contra el señor de las Vilesermes, de forma que todo pase por vuestra mano para que podáis dar fiel testimonio a todos los que os lo puedan pedir.

»Entonces, Jerusalén contestó:

»—Aunque os acordaré la batalla, no puedo ser vuestro juez porque ningún caballero, rey de armas, heraldo o perseverante que dé consejo, puede actuar como juez. A pesar de eso, yo os conseguiré un juez competente que en nada podrá ser sospechoso para vos ni para él. Es también rey de armas y se llama Claros de Clarenza.

»—Ya lo conozco —dijo Tirante— y estoy de acuerdo en que, si también le place al señor de las Vilesermes, actúe él como juez. Quiero que seáis conoedor de todo el proceso: como él me ha enviado su carta con un pequeño paje, si yo enviara la respuesta de forma semejante, el requerimiento se haría público y la batalla no podría llevarse a término. Por tanto, yo os daré una carta blanca firmada por mí y sellada con mis armas. Vos, acordad la batalla, favoreciendo a mi oponente tanto como podáis y, aunque él me da el derecho de designar las armas que se han de usar, yo renuncio a ello de buena gana y le doy la facultad para que él las designe.

»Tirante regresó con el rey de armas a su alojamiento; seguidamente preparó la carta en blanco y se la dio a Jerusalén.

»Entonces el rey de armas se dirigió a buscar al requeridor entre la gente que rodeaba al rey y a la reina, pero como no lo vio, fue a la ciudad y lo encontró confesándose en un monasterio de frailes. Cuando hubo terminado la confesión, Jerusalén le insinuó que fuesen a hablar fuera de la iglesia, porque en lugares como aquél no se tenía que hablar de cosas criminales. Ya fuera, le dijo:

»—Señor de las Vilesermes, mucho me gustaría poder poner paz y armonía entre vos y Tirante el Blanco. Si no os queréis concordar, aquí tenéis vuestra carta y la respuesta en papel blanco sellado y firmado por

su mano. Él os da poder y facultad para que designéis las armas que más os plazcan, siempre que sean iguales. La batalla, si es posible, tendrá que ser esta misma noche.

»—Muy satisfecho estoy —dijo el señor de las Vilesermes— de la gentil decisión de Tirante. De él no se puede esperar otra cosa más que virtud. Yo os acepto el poder que me habéis dado de parte suya; así pues os hago saber que las armas y la batalla serán de la siguiente forma: he decidido que se haga a pie, únicamente con camisas de tela de Francia, con tarjas de papel como escudos y con un sombrerito de flores en la cabeza. Quiero que las armas ofensivas sean sendos puñales genoveses de dos palmos y medio de largo. De esta manera combatiré a toda ultranza. Por otra parte, me admiro de ver cómo vos, rey de armas, hacéis de la concordia discordia; si nosotros hemos concordado la batalla, ¿por qué me habláis de paz?

»—Lo he dicho —respondió el rey de armas— porque mi oficio me exige no querer la muerte de ningún caballero de honor. Me alegro mucho de que hayáis llegado a un acuerdo. Vamos, pues, a preparar las armas y todo aquello que es necesario antes de que venga la noche.

»Inmediatamente fueron a comprar los puñales y los hicieron afilar muy bien. Consiguieron tela de Francia e hicieron cortar y coser unas camisas muy largas con las mangas hasta el codo, para que no les molestasen cuando combatiesen. También partieron una hoja de papel para que les sirviese de escudo: ¡mirad cuánta protección podría hacer media hoja de papel!

»Habiendo acabado, el caballero dijo al rey de armas:

»—Vos, que habéis concordado la batalla, poneos en la parte de Tirante; yo, en cambio, solamente tendré a Dios y a mis propias manos. Tomad una parte de las armas y dejadme a mí las que queráis.

»—Señor de las Vilesermes —contestó Jerusalén—, no he venido aquí como parte de ningún caballero, sino que lo he hecho porque mi oficio es aconsejar y concordar caballeros y gentilhombres. Y aunque me dieseis todo lo que tenéis, yo no defraudaría mi honor ni mi oficio. Hagamos, pues, lo que toca hacer, o si os parezco sospechoso, decídmelo y buscad a otro.

»—A fe de Dios, señor rey de armas —contestó el caballero—, que no he

querido decir lo que habéis pensado. Lo que querría es que hiciésemos la batalla, ya que la noche se acerca. Puesto que sois nuestro juez, procurad que podamos batirnos lo más pronto posible.

»—Señor —dijo el rey de armas—, yo no puedo ser vuestro juez, porque os he aconsejado a vos y a Tirante. A pesar de eso, buscaré otro juez competente e imparcial que se llama Claros de Clarenza, rey de armas y hombre muy entendido y diestro en los asuntos de la guerra. Se trata de una persona que antes se dejaría matar que hacer algo contra su honor.

»—Bien me parecerá —dijo el caballero— siempre que el combate sea justo y secreto.

»—Os juro por mi fe —contestó el rey de armas— que a nadie, excepto a Claros de Clarenza, manifestaré el hecho que nos ocupa.

»—Ahora pues —añadió el caballero—, tomad las armas y llevádselas a Tirante, para que él elija las que mejor le parezcan. Yo os esperaré en la ermita de Santa María Magdalena, y así, si me viese alguien, podrá creer que estoy haciendo oración.

»Entonces Jerusalén partió y fue a buscar a Claros de Clarenza por todos los estamentos. Cuando lo hubo hallado, se lo refirió todo, y el otro le manifestó que lo haría con mucho gusto. Pero indicó que, como ya era muy tarde y no quería poner en peligro la vida de los dos caballeros, el combate tendría lugar al día siguiente por la mañana, aprovechando que el rey estaba en misa.

»Jerusalén fue a Tirante, le relató todo lo que había ocurrido y le pidió que eligiese las armas que mejor le pareciesen.

»—Puesto que la batalla no se tiene que hacer esta noche —dijo Tirante— no quiero tener las armas, porque si lo venciese o lo matase, no querría que nadie pudiese decir que había pasado como aquel caso en que un caballero mató a otro en el puerto y después decían que la lanza con que lo mató había sido preparada con arte de nigromancia. No las quiero ver ni tocar hasta el momento de la batalla. Devolvédselas, pues, al señor de las Vilesermes hasta mañana.

»Cuando Jerusalén oyó hablar de esta manera a Tirante, lo miró a la cara y dijo:

»—¡Oh, virtuoso caballero, experimentado en armas! Si la suerte no os es contraria, digno sois de llevar corona real. No puedo creer, pues, que no seáis vencedor de esta batalla.

»El rey de armas partió y fue a la ermita donde estaba el otro caballero. Le dijo que, como ya era tarde y el juez no podía cumplir bien su oficio, habían aplazado la batalla para la mañana siguiente, cuando el rey estuviese oyendo misa, ya que unos caballeros acompañarían al rey, otros a la reina y el resto estarían entretenidos viendo a las galantes damas. El señor de las Vilesermes aceptó la propuesta.

»A primera hora de la mañana, para que no los viese nadie, los reyes de armas acompañaron a los dos caballeros a un claro de bosque donde nadie los podía molestar. Entonces, Jerusalén dijo:

»—Caballeros de gran virtud, aquí podéis ver vuestra muerte y vuestra sepultura. Éstas son las armas; que cada uno tome las que le plazcan.

»—Ahora, señores de gran nobleza —indicó Claros de Clarenza—, ya estáis a un paso de la muerte y solamente podéis confiar en Dios y en vuestra virtud. Deseo saber a quién queréis por juez en esta batalla.

»—¡Cómo! —dijo el señor de las Vilesermes—. ¿No hemos quedado de acuerdo en que lo seréis vos?

»—Y vos, Tirante, ¿a quién queréis por juez?

»—Yo quiero a aquel que el señor de las Vilesermes decida.

»—Pues si a vosotros os place que sea yo vuestro juez, tendréis que jurar por la orden de la caballería que aceptaréis todas mis indicaciones.

»Así lo prometieron y juraron. Después el caballero dijo a Tirante:

»—Tomad las armas que preferáis y yo cogeré las que vos dejéis.

»—No —contestó Tirante—, tomadlas vos primero, ya que sois el requeridos que después las cogeré yo.

»Como no llegaban a un acuerdo, el juez puso unas armas a la derecha y las otras a la izquierda, cogió dos pajas, una larga y una corta, y dijo:

»—Quien coja la más larga, tomará las armas de la derecha y el otro, las de la izquierda.

»Cuando cada uno hubo cogido las armas, en un momento se quitaron la ropa y se vistieron con las camisas. El juez hizo dos rayas en el campo y puso a uno en una raya y al otro, en la otra. También les mandó que nadie se moviese hasta que él lo dijese. Entonces, dirigiéndose al señor de las Vilesermes, el rey de armas indicó:

»—Juez soy por el poder que me habéis conferido y, a causa de mi oficio, me veo obligado a amonestaros y rogaros, puesto que sois el requeridor, que desistáis de llegar a una situación tan extrema como ésta. Bien sabéis que Dios no perdona y condena eternamente al hombre que busca la muerte por su propia mano.

»—Dejemos ahora estas palabras —dijo el caballero— porque cada uno ya sabe lo que vale y lo que quiere hacer tanto en la vida temporal como en la espiritual. Haced que venga aquí Tirante y veremos si podemos llegar a un acuerdo.

»—No me parece que tengáis razón —dijo el juez— porque, ya que estáis en igualdad de condiciones, ¿pensáis que Tirante accederá a venir aquí? A pesar de eso, ve tú, Jerusalén, y dile a Tirante si quiere venir a hablar con este caballero.

»Jerusalén fue para preguntarle si quería ir hasta allí, pero Tirante le respondió:

»—Si el juez me manda que vaya, lo haré de buena gana; pero, por el caballero que allí está, no daré ni un paso, ni adelante ni hacia atrás.

»Jerusalén le dijo que el juez estaba obligado a intentar que los caballeros no llegasen a una situación como aquella. Pero Tirante le respondió:

»—Si él quiere algo de mí, que venga aquí.

»Cuando volvió la respuesta, dijo el juez:

»—Me parece que Tirante hace lo que se debe hacer. Pero, caballero, si vos vais al centro del campo, Tirante también lo hará.

Y así se vino a encontrarse el uno frente al otro, el señor de Vas Vilesermes comenzó a hablar de esta forma:

»—Tirante, si quieres que entre tú y yo haya paz, buena voluntad y que perdone la arrogancia de tu juventud, lo haré con la condición de que me des el broche de la ínclita señora Inés de Berry, junto con el puñal y la tarja de papel que tienes en las manos, para que pueda mostrarlo a las damas. Bien sabes que no eres digno ni merecedor de poseer ninguna cosa de tan alta y virtuosa señora, ya que a un caballero de tu estado, linaje y condición no le es lícito ni tan sólo descalzarle la sandalia izquierda. Tampoco puedes igualarte conmigo, ya que he sido yo quien, por mi benignidad, he permitido igualarme a ti y presentarte batalla.

»—Caballero —contestó Tirante—, no ignoro tu gentileza, quién eres, cuánto vales, ni cuál es tu poder. Pero ahora no es la ocasión para contrastar méritos ni linajes. Todos saben que yo soy Tirante el Blanco y que, con la espada en la mano, no me puede rehusar ni rey, ni duque, ni conde, ni marqués. En cambio, en ti, cualquiera podría encontrar los siete pecados mortales. Sé que me quieres asustar e inculpar con palabras viles y deshonestas, pero te digo que no me siento injuriado por las palabras de un caballero tan liberal como dices que eres. Y también has de saber que no me sentiría loado aunque me dijese alguna cosa buena. Vamos a comenzar la batalla y no nos detengamos en palabras superfluas de tan poco valor, ya que no te daría ni un cabello que me cayese al suelo y mucho menos consentiría que tú me lo cogieses.

»—Ya que veo que no llegáis a un acuerdo —dijo el juez—, responded: ¿queréis vida o muerte?

»El señor de las Vilesermes contestó:

»—Mucho me duele la muerte de este joven tan soberbio, pero volvamos cada uno a nuestros lugares y comencemos la batalla.

»El juez subió arriba de un estrado que se había hecho con ramas y gritó:

»—¡Adelante, caballeros, que cada uno obre como el valiente y buen caballero que es!

»Inmediatamente el uno avanzó contra el otro como hombres rabiosos. Cuando se encontraron, el caballero francés asestó un gran golpe a

Tirante en medio de la cabeza, pero aquél lo rebatió y, de revés, le dio otro tan fuerte sobre la oreja que se la hizo caer sobre el hombro, de forma que casi se le podía ver el cerebro. El otro le clavó el puñal más de un palmo en el muslo de Tirante e, inmediatamente, le asestó otra puñalada tan profunda en el brazo izquierdo que le llegó hasta el hueso. Tan bravamente luchaban que era cosa de espanto. Y tan cerca se encontraban el uno del otro que a cada golpe se hacía brotar tanta sangre que las camisas se habían vuelto todas rojas. ¡Pobres de las madres que los habían parido! Jerusalén, por su parte, pedía al juez muy a menudo que les permitiese dejar la batalla, pero el cruel juez respondía:

»—Dejadles llegar al deseado final de sus crueles días».

—Yo creo —comentó Diafebus— que en aquel momento cada uno de ellos hubiera preferido la paz antes que la guerra. Con todo, aquellos valentísimos caballeros continuaban batiéndose sin piedad. Por fin, viéndose Tirante cerca de la muerte, a causa de la mucha sangre que perdía, se acercó tanto como pudo al otro y le clavó el puñal en la tetilla izquierda, justo en el centro del corazón. El otro le dio tal puñalada sobre la cabeza, que le hizo perder la vista de los ojos y cayó al suelo primero. Ciertamente, si el francés se hubiese podido sostener cuando Tirante cayó, lo habría podido matar, pero no lo pudo hacer porque él mismo cayó muerto al instante.

»Cuando el juez vio a los dos caballeros inmóviles, bajó del estrado, se acercó a ellos y les dijo:

»—Puedo asegurar que habéis actuado como buenos caballeros y dignos de gran honor. No hay nadie que pueda decir nada en contra vuestra.

»Los santiguó dos veces, cogió dos bastones, hizo sendas cruces, las colocó sobre los cuerpos y dijo:

»—Veo que Tirante aún tiene los ojos un poco abiertos, pero si no ha muerto, lo hará lo más pronto posible. Ahora, Jerusalén, os ruego que os quedéis guardando estos cuerpos y yo iré a la corte para manifestar al rey y a los jueces de campo lo que ha ocurrido.

»Claros de Clarenza encontró al rey cuando salía de misa y, en presencia de todos, le dijo:

»—Señor, os tengo que decir que dos valentísimos caballeros que esta misma mañana se encontraban en la corte, ahora están en tal punto que de la muerte no podrán escapar.

»—¿Quiénes son los caballeros? —preguntó el rey.

»—Señor —contestó Claros de Clarenza—, uno es el señor de las Vilesermes y el otro, Tirante el Blanco.

»—Mucho me disgusta esta noticia —dijo el rey—. Bueno será que, antes de comer, vayamos y veamos si les podemos ayudar en algo.

»—Os puedo asegurar —dijo Claros— que uno ya ha pasado de esta vida y el otro, lo más pronto posible, le hará compañía.

»Cuando los parientes y amigos de los caballeros conocimos la noticia, cogimos las armas y fuimos tan de prisa como pudimos, a pie y a caballo. Nosotros, gracias a Dios, llegamos primero y encontramos a Tirante tan lleno de sangre que no lo hubiéramos reconocido. Por fortuna aún tenía los ojos un poco abiertos.

»Los otros, cuando vieron a su señor muerto, se dieron prisa en ir contra nuestro caballero para quitarle la vida, pero nosotros lo defendimos muy bien porque formamos dos grupos, pusimos el cuerpo en medio y lo rodeamos, de forma que, por donde llegaban, encontraban gente que les hacía frente. A pesar de todo, lanzaron flechas y una de ellas hirió al pobre Tirante que yacía en el suelo.

»Poco después llegó el gran condestable todo armado de blanco y, con la gente que llevaba, nos separó a los unos de los otros. Después, llegó el rey con los jueces de campo y, cuando vio a los caballeros, uno muerto y el otro que parecía que estuviese a punto de estarlo, mandó que no los retirasen hasta que se hubiese celebrado consejo.

»Estando el rey en el consejo y habiendo oído las declaraciones de Claros de Clarenza y las de Jerusalén, llegó la reina con todos los estamentos y con todas las mujeres y doncellas. Cuando vieron a aquellos caballeros tan maltrechos, a causa del gran dolor que sintieron, lanzaron vivas lágrimas. Al verlos, la bella Inés se giró hacia los parientes de Tirante y dijo:

»—Caballeros y amigos de Tirante, ¿tan poco queréis a vuestro amigo y

pariente que le dejaréis morir de esta forma? Si continúa media hora más sobre el frío suelo, se desangrará.

»—Señora, ¿qué podemos hacer? —dijo un caballero—. El rey ha mandado, bajo pena de muerte, que nadie se atreva a tocarlos.

»—¡Ay, mezquina! —añadió la bella Inés—, Si nuestro Señor no quiere la muerte del pecador, ¿la querrá el rey? Haced traer una cama y pongámoslo allí hasta que el rey haya celebrado consejo, porque el viento le entra por las heridas y le hace un gran daño.

»De inmediato los parientes enviaron a por una cama y a por una tienda. Mientras ellos iban, Tirante sufría mucho a causa de las heridas que se enfriaban y por la sangre que perdía, y la bella Inés, que vio a Tirante en tal estado, dijo:

»—Nadie, ni padre ni madre, ni hermanos ni parientes, ni el rey ni la reina pueden inculparme por lo que voy a hacer, ya que mi intención es santa.

»Entonces se quitó las ropas que llevaba, que eran de terciopelo blanco forradas de martas cibelinas, las hizo poner en el suelo y mandó que colocasen a Tirante sobre ellas. También rogó a sus doncellas que se despojasen y que pusiesen sus ropas sobre él. Cuando éste sintió el calor de la ropa, se encontró reconfortado. Entonces la bella Inés se sentó cerca de él, le cogió la cabeza, la puso sobre sus faldas y dijo:

»—¡Ay, triste de mí, Tirante! ¡En qué mala hora os di el broche! Os ruego, caballeros, que también me traigáis aquí, cerca de mí, el cuerpo del señor de las Vilesermes, porque ya que no le he querido amar en vida, quiero honrarlo en la muerte.

»Rápidamente se lo trajeron, hizo que le pusieran la cabeza sobre la parte izquierda de sus faldas y dijo:

»—Aquí se ve el amor y el dolor. Este señor de las Vilesermes que poseía treinta y siete castillos y muchos pueblos, ciudades y lugares fortificados, tenía una que se llamaba Ermes y un castillo muy fuerte llamado Viles y por eso era intitulado señor de las Vilesermes. Éste, que era un hombre de gran riqueza y un valentísimo caballero, ha perdido siete años en amarme y éste es el premio que ha obtenido. Debéis saber que él hizo muchas caballerías por el amor que me profesaba, ya que deseaba poseerme en

lícito matrimonio, cosa que nunca habría conseguido, porque yo soy de más alto linaje y poseedora de mayor fortuna. Yo nunca acepté ningún acto que pudiese serle placentero y ahora el pobre ha muerto a causa de los celos.

»Una vez que el rey hubo salido del consejo donde había recibido una amplia información, hizo venir desde la ciudad a los tres arzobispos y los obispos con todo el clero en solemne procesión, para honrar al caballero muerto. Los parientes de Tirante pidieron médicos, cama, tienda y todo lo necesario para cuidarlo. Comprobaron que tenía siete heridas, de las cuales cuatro eran mortales. Al otro le encontraron cinco todas igualmente mortales.

»Cuando Tirante fue curado y todo el clero hubo llegado, el rey y los jueces ordenaron que el caballero muerto fuese metido en una caja cubierta con un paño de oro que tenían preparada para los caballeros que morían en batalla. También mandaron que Tirante, colocado sobre un gran escudo, llevase su espada desnuda en la mano con la que le había dado muerte, atada a un bastón porque no la podía sostener.

»De esta forma, salieron primero las cruces y el clero, seguidos del caballero muerto con todos sus hombres a pie. Después, venía el rey con todos los grandes señores que poseían un título. A continuación Tirante, seguido de la reina con todas las grandes damas y doncellas, y finalmente, el gran condestable con tres mil hombres de armas. Así fueron hasta la iglesia de San Jorge donde celebraron la misa de réquiem con gran solemnidad.

»El rey y la reina, con todos los estamentos, acompañaron a Tirante a su alojamiento y le asignaron treinta doncellas para que lo sirviesen continuamente. Hasta que Tirante sanó, el rey iba cada día a visitarlo, como tenía por costumbre hacer con todos los heridos.

»A la hora de vísperas, después de haber comido, el rey y la reina con el resto de estamentos, fueron a la iglesia de San Jorge, donde hicieron llevar a Tirante. Concluidas las oraciones, el rey mandó que se pronunciase la siguiente sentencia:

Como la majestad del serenísimo señor rey nos ha dado licencia a nosotros, jueces de campo, para juzgar y dar sentencia en todas las batallas, tanto en la liza como en el palenque, en terreno llano o en

montaña, a pie o a caballo, vestidos o desvestidos, armados o desarmados, en lugares públicos o apartados, por este poder nosotros sentenciamos y declaramos:

Que el señor de las Vilesermes ha muerto como buen caballero y mártir de armas y, ya que no puede ser admitido en sepultura eclesiástica sin expresa licencia nuestra, declaramos que sea enterrado y admitido en los sufragios de la Santa Madre Iglesia, pues es merecedor de ello. Por lo tanto, mandamos que después de dichos los responsos, sea puesto en la sepultura de los caballeros que mueren a causa de las armas. También declaramos que Tirante es digno de recibir toda la gloria de la batalla. Ésta es nuestra sentencia, sellada con el sello de nuestras armas.

»Después de medianoche, al acabar las letanías hechas sobre la tumba del caballero, llevaron de nuevo a Tirante a su alojamiento».

—Muy admirado estoy —dijo el ermitaño— de que por haber vencido solamente a tres caballeros le haya sido concedido tanto honor a Tirante.

—No, señor —contestó Diafebus—, porque hizo muchos más actos singulares que aún no he referido a vuestra señoría.

—Mucho me gustará —dijo el ermitaño— que me los relatéis. —Señor, vuestra santidad tiene que saber que dos meses después, cuando Tirante se levantó de la cama y ya podía llevar armas, ocurrió el caso que a continuación os narraré. Antes, sin embargo, quiero señalar que si dejo de contaros muchas buenas acciones de otros caballeros y si me he limitado a relataros las de Tirante es para que vuestra señoría pueda juzgar si se le ha dado a Tirante, con razón y justicia, el honor que corresponde al mejor caballero.

»Debéis saber que a los festejos vino el príncipe de Gales, con muchos caballeros y gentilhombres, que se alojaban cerca de la muralla de la ciudad. Como este príncipe es un gran cazador, llevaba grandes y bravos perros alanos de presa. Un día, el rey, con tres o cuatro caballeros, fue a visitarlo, porque de jóvenes habían mantenido una gran amistad, ya que eran parientes cercanos y porque, como el príncipe quería hacer armas, suplicó al rey que hiciese venir a los jueces de campo para darle consejo. El rey les hizo ir rápidamente y la reunión secreta acabó pasado el mediodía, hora en que toda la gente reposa. En aquel momento, Tirante venía de la ciudad donde había ido a hacerse bordar un vestido con

orfebrería. Al llegar delante del alojamiento del príncipe, vio que había allí mucha gente que quería coger un alano que se había escapado, pero era tan bravo que nadie osaba ni acercarse a él.

»Cuando Tirante se hallaba en medio de la plaza, vio venir al alano corriendo hacia él dispuesto a atacarlo. Bajó del caballo y rápidamente cogió la espada; pero el animal, cuando la vio, se echó hacia atrás. Entonces Tirante dijo que por un animal no quería perder ni la vida ni el honor, de forma que volvió a cabalgar. Entonces el príncipe de Gales, que estaba con el rey y los jueces en un lugar desde donde lo habían visto todo, dijo:

»—Bien conozco yo, señor, ese alano tan feroz. Os aseguro que si el caballero que pasa es valiente, pronto veremos una gentil batalla.

»No había avanzado Tirante veinte pasos, cuando el alano se giró hacia él con gran furia y Tirante, después de haber descabalgado de nuevo, dijo:

»—No sé si eres diablo o cosa encantada.

»Cogió de nuevo la espada y se acercó a él. Pero el alano, por temor a la espada, no se atrevía a acercársele.

»—Ya que veo —dijo Tirante— que tienes miedo a mis armas, no quiero que digas que combato contigo con ventaja.

»Diciendo esto, lanzó la espada. El alano hizo dos o tres saltos y se le acercó tanto como pudo; con los dientes cogió la espada y la lanzó lejos. Inmediatamente volvió donde estaba Tirante.

»—Ahora estamos en igualdad —dijo Tirante—: con las mismas armas con que me quieres dañar, te heriré yo.

»Así pues se abrazaron con gran furia el uno al otro y se daban grandes y mortales mordiscos. El alano, que era muy grande y salvaje, hizo caer al suelo a Tirante tres veces y tres más le hizo perder el equilibrio. El combate entre ellos duró media hora, porque el príncipe de Gales mandó que no se acercase nadie para separarlos, hasta que uno u otro fuera vencido.

»El pobre Tirante tenía muchas heridas en las piernas y en los brazos, pero finalmente cogió el perro por el cuello con las manos y lo apretó tan

fuertemente como pudo, al tiempo que con los dientes le mordió la mejilla tan ferozmente que le hizo caer al suelo muerto.

»De inmediato salió el rey con los jueces, cogieron a Tirante y se lo llevaron a la casa del príncipe, donde hicieron venir a los médicos.

«—No habría querido, caballero, que —dijo el Príncipe de Gales—, ni por la mejor ciudad de Inglaterra, hubieseis matado a mi alano.

«—Señor —contestó Tirante— ni yo por la mitad de vuestras posesiones no querría encontrarme en el estado en el que me encuentro.

»Cuando la reina y las doncellas supieron lo que le había pasado a Tirante, rápidamente lo fueron a ver. La reina, cuando lo vio tan mal, le dijo:

«—Tirante, con sufrimiento y trabajo se gana el honor: salís de un problema y vais a parar a otro.

«—Serenísima señora, llena de todas las humanas y angélicas perfecciones, sed el juez de mi pecado —dijo Tirante—. Yo no iba a hacer daño a nadie y, súbitamente y con consentimiento de su amo, se me apareció un diablo en forma de perro.

«—No tenéis que preocuparos —dijo la reina— de todos los males que os puedan venir, porque así demostraréis vuestra virtud.

»En esto salió el rey con los jueces y dijeron a Tirante que, como ellos habían visto su combate con el alano, eran conscientes de que había sido un combate entre iguales ya que había tirado la espada. Y por eso le daban el honor y el premio de la batalla, como si hubiese vencido a un caballero en el campo. Y los reyes de armas, heraldos y perseverantes mandaron que fuese hecho público por toda la ciudad el honor que Tirante había ganado aquel día».

Capítulo V. Tirante el Blanco, el más valeroso caballero de los festejos de Inglaterra

—Después de todo esto, señor —continuó el gentil Diafebus—, os tengo que relatar cómo el rey de Frisa y el rey de Apolonia, que eran hermanos de padre y madre y se querían mucho, decidieron ir a Roma para verse y recibir el santo perdón del jubileo que se celebró durante el año pasado. Acordaron encontrarse en la ciudad de Aviñón, y desde allí partieron juntos hacia Roma.

»Estando los dos reyes hermanos en Roma dentro de la iglesia de San Pedro el día que mostraban la sagrada Verónica y todas las otras reliquias, un mozo del duque de Burguña reconoció al rey de Apolonia, se le acercó, le hizo una gran reverencia y le dijo que su señor estaba en una capilla haciendo oración.

»Cuando los dos reyes fueron a la capilla donde se hallaba el duque, éste se alegró mucho porque, habida cuenta de que Burguña hace frontera con Apolonia, se veían muy a menudo y tenían una gran amistad.

»—Ya que la suerte —dijo el rey de Apolonia— ha permitido que nos hayamos visto, os ruego que comáis conmigo, tanto hoy como durante el resto de días que permanezcáis aquí.

»Pero el duque, después de agradecerle mucho su buena voluntad, le contestó:

»—Señor, por hoy vuestra señoría me tendrá que excusar, porque Felipe, el duque de Bavera, también se encuentra aquí.

»El rey preguntó:

»—¿Se trata de aquél que testificó contra su madre y la hizo morir en la cárcel?

»—Sí, señor, y además es hijo del emperador de Alemania. Porque, como sabéis, para ser emperador se tiene que ser de estos dos linajes: de

Bavera o de Estalric. La elección del imperio ha recaído sobre el padre de éste. Y yo tengo hoy como invitados tanto a él como al duque de Estalric.

»—No lo puedo permitir —dijo el rey—. O venís todos a comer conmigo, o mi hermano y yo iremos a comer con vosotros.

»Todos cabalgaron y, andando por la ciudad, se encontraron con los duques de Bavera y de Estalric. Entonces, el duque de Burguña les presentó a los reyes y se fueron todos a comer.

»Debéis saber que comieron juntos mientras permanecieron en Roma y continuaron haciéndolo durante mucho tiempo después, hasta que los enterraron.

»Estando un día en la sobremesa, empezaron a hablar del rey y de la reina de Inglaterra, así como de los festejos y de los honores que hacían a todos aquéllos que iban allí. También comentaron la gran cantidad de gente que acudía, unos para hacer armas y otros para ver el gran triunfo de los festejos que dentro de la roca se hacían. El rey de Frisa, que tenía veintisiete años, mientras que su hermano tenía treinta y uno, dijo que le gustaría mucho ir. Y el duque de Estalric añadió:

»—Si no fuese por las grandes revueltas y guerras que hay en mi tierra, de buena gana os haría compañía, ya que querría batirme con los veintiséis virtuosos caballeros, primero por armas medidas y después a toda ultranza.

»—Señores —dijo el duque de Burguña—, ¿realmente queréis que asistamos a estos festejos tan inusuales? Si a vuestras señorías les place ir a Inglaterra, yo dejaré todos los asuntos que tengo aquí con el Padre Santo y con mucho gusto os acompañaré. Y prometo ante vosotros no volver nunca a mi tierra hasta que no haya combatido contra un caballero a toda ultranza.

»—Señor duque —apuntó el rey de Apolonia—, ya que mi hermano, el rey de Frisa, tiene voluntad de ir, de buena gana me ofrezco para ir con vosotros y también de hacer más peligrosas armas que nadie.

»—Señores —indicó el hijo del emperador, el duque de Baviera—, por mí no quedará que yo no vaya de buena gana.

»—Puesto que estamos de acuerdo —concluyó el rey de Frisa—, juremos

los cuatro mantenernos amor y lealtad los unos con los otros en este viaje de forma que no haya diferencias entre nosotros, sino que todos seamos iguales, como hermanos de armas que somos.

»Todos loaron y aprobaron lo que había dicho el rey de Frisa; fueron juntos a la iglesia de San Juan de Letrán y, sobre el altar, hicieron el solemne juramento. Después organizaron todo lo que necesitaban, tanto de armas como de caballos. Y por sus jornadas, por tierra y por mar, llegaron a la isla de Inglaterra. Pero nunca se dieron a conocer a nadie. Bien informados de las costumbres del rey, una noche llegaron poco más o menos a dos tiros de ballesta de la roca en la que estaba el rey de Inglaterra.

»Aquella noche hicieron plantar cuatro grandes tiendas y a la mañana siguiente los pomos de arriba de sus tiendas se veían brillar a causa del sol. Los primeros en verlas fueron a decirlo a los jueces de campo, quienes avisaron al rey.

»Entonces el rey y el consejo de los jueces decidieron mandar a Jerusalén para saber de qué se trataba. Vestido con cota de armas y completamente solo, fue a las tiendas. Al llegar a la puerta le salió un caballero anciano, vestido con ropa de terciopelo negro forrada de martas, con la barba muy blanca y muy larga, que llevaba un gran bastón en una mano, mientras que en la otra llevaba un rosario de calcedonias, y al cuello una gruesa cadena de oro. Cuando el rey de armas vio al caballero solo, se admiró; se quitó el sombrero de la cabeza y le hizo el honor que le correspondía como caballero. El anciano, con gran afabilidad, le devolvió el saludo, pero no le habló. Entonces, Jerusalén le dijo:

»—Señor caballero, quien quiera que seáis; mi señor el rey y los jueces de campo me han pedido que venga aquí para visitaros y enterarme de quién sois. Por eso os agradeceré mucho que me lo digáis y si os puedo servir en algo, me gustará mucho obedecer vuestros mandamientos.

»El caballero, habiendo oído el parlamento, continuó sin decirle palabra, se volvió a llevar el sombrero a la cabeza, como muestra de que le agradecía todo lo que le había dicho, y lo cogió de la mano. En primer lugar, lo metió en una tienda donde había cuatro caballos sicilianos muy grandes y bellos con las sillas aceradas y las bridas doradas. Después, lo llevó a otra tienda en la que había cuatro camas de campo, también muy singulares y bellas».

—¿En qué consistía su singularidad? —preguntó el ermitaño.

—Señor —respondió Diafebus—, en cada cama había cubrecamas y colchones, mientras que los doseles eran de brocado verde con el forro de dentro de satén carmesí, todos bordados de orfebrería, y colgaban de tal forma que se movían por poco viento que hiciese. Las cuatro camas eran idénticas, sin ninguna distinción. A los pies de cada cama había una doncella elegantemente ataviada y de extraordinaria belleza. Dos camas estaban en una parte de la tienda y las otras dos en la otra y, tal como se entraba, había colgados cuatro escudos muy bien pintados.

»Después lo llevó a otra tienda en cuya puerta había cuatro grandes leones coronados que le provocaron gran temor. Al ver a Jerusalén, los animales se levantaron. A continuación, llegó un pequeño paje y, con una verga delgada les dio un golpe a cada uno y de inmediato se volvieron a acostar en el suelo. Cuando Jerusalén entró en la tienda, vio cuatro arneses muy bien bruñidos con cuatro espadas doradas muy bien guarnecidas. En la cabecera de la tienda había una cortina de terciopelo verde que fue abierta por otro pequeño paje. Entonces el rey de armas vio a cuatro caballeros sentados sobre un banco que tenían los ojos cubiertos con una cinta de seda clara, de forma que ellos podían ver a los que se encontraban en la tienda, pero aquéllos no los podían reconocer. Llevaban calzadas las espuelas y las desnudas espadas tenían la punta en el suelo y el pomo cerca de los pechos. Después de que el rey de armas los hubo mirado durante un rato, el caballero anciano lo sacó fuera y lo introdujo en otra tienda.

»Todas las tiendas que os he descrito eran de color carmesí por la parte de dentro y los brocados de la misma forma que los doseles de las camas. Cuando entró en la última, vio un gran vasar con mucha vajilla, de oro y de plata, como también muchas mesas preparadas. Y quien entraba en aquella tienda, por gusto o por fuerza, tenía que comer y beber. Si no lo hacía, un león que había en la puerta no lo dejaba salir. Cuando el rey de armas hubo comido, el anciano caballero tomó del vasar un gran plato de plata dorada que pesaba treinta y cinco marcos y se lo dio al tiempo que lo despedía.

»Cuando el rey de armas volvió delante del rey, contó todo lo que había visto y añadió que nunca en su vida había sentido más miedo. El rey dijo:

»—Nadie se tiene que admirar de aquello que pueda ver, porque cada uno

puede venir de acuerdo con su deseo y su fantasía. Si son caballeros de honor, ellos vendrán aquí.

»—Después de comer —añadió Diafebus—, cuando ya era hora avanzada, vieron llegar a los cuatro caballeros. En cuanto lo supo el rey, se puso a la puerta de la roca con la reina. Se sentaron y todos los demás se mantuvieron de pie, a un lado y al otro, de forma que hacían como una calle.

»Ahora, señor, os recitaré con qué magnificencia vinieron delante del rey. Primero venían cuatro pajes de poca edad, con jubones de argentería, chaquetas sin mangas hasta la cintura, todo muy bien bordado, y con las medias también brocadas de perlas muy finas. Cada uno de ellos llevaba un león ataviado con grandes collares de oro al cuello y atado con una trenza de oro y de seda. Después venían los cuatro caballeros a lomos de sendas jacas inglesas todas blancas, guarnecidas de terciopelo morado, bordado de una sola divisa y de un solo color. Las ropas que llevaban los caballeros eran de damasco burriel, con las mangas abiertas y cortadas por los lados, y vestían jubones de brocado carmesí. Llevaban unos papahígos de terciopelo negro. En la cabeza llevaban sombreros de paja cubiertos de planchas de oro en forma de tejado y sobre los papahígos llevaban gruesas cadenas de oro. Las botas altas eran de satén negro con largas polainas que iban muy a juego con las espuelas bien doradas. Estas botas estaban forradas de fina grana, y la vuelta que hacen cerca del muslo estaba bordada con gruesas perlas orientales muy finas. Llevaban las espadas ceñidas y los papahígos eran tan altos que casi no se les veían los ojos, pero con sus gestos daban a entender que se trataba de grandes señores que iban de camino. Verdaderamente se puede decir que de todos los señores que han venido, ninguno lo ha hecho con tanto orden y gentileza.

»Ya cerca del rey, descabalgaron y lo saludaron con la cabeza; a la reina, por ser mujer, le hicieron una ligera reverencia con la rodilla. El rey y la reina les devolvieron los saludos y se sentaron. Los caballeros se mantuvieron firmes, sin hacer ningún movimiento durante media hora, mientras miraban al rey, a la reina y a todos los demás. Nadie los pudo conocer, pero ellos reconocieron a mucha gente, tanto entre sus vasallos como entre los extranjeros.

»Entonces se acercó a ellos uno de los pajes con un león; uno de los caballeros colocó en la boca del león un escrito, se le acercó a la oreja y le

habló, pero nadie supo qué le había dicho. El león, como si se tratase de una persona, fue hacia el rey. Cuando la reina vio venir al león suelto, quiso alejarse de allí y con ella, las doncellas. Pero el rey la cogió de la ropa, la detuvo y le mandó que volviera a sentarse, porque no podía creer que tales caballeros pudiesen molestar a nadie con los animales. Así pues, la reina, más por fuerza que con mucho gusto, regresó a su lugar.

»El león estaba tan domesticado que no hacía daño a nadie, sino que se dirigió hacia el rey con la carta que llevaba en la boca. El valeroso rey, sin ningún temor, le tomó el escrito de la boca y el animal se acostó a sus pies. El escrito decía las siguientes palabras:

Tengan por cierto todos los que verán la presente carta, que estos cuatro hermanos de armas se han reunido en presencia del senado de Roma, del cardenal de Pisa, del cardenal de Terranova, del cardenal de san Pedro de Lucembor, del patriarca de Jerusalén, de micer Alberto de Campobajo y de micer Ludivico de la Colonda. Me han requerido a mí, notario por autoridad imperial, para que dé fe de que éstos son caballeros por los cuatro linajes, o sea, de padre y de madre, de abuelo y de abuela, y ningún señor del mundo les puede reprochar nada a causa de su ascendencia. Y como prueba de autenticidad, pongo aquí mi habitual signo de notario público.

AMBROSINO DE MANTUA.

Dada en Roma a dos de marzo, año mil...

»Cuando el rey hubo visto la carta y comprobó que no querían hablar, les mandó que le respondiesen por escrito. El secretario se presentó y escribió como respuesta que fuesen bienvenidos a sus reinos, tierras y a su corte, y que si querían alguna cosa que lo dijese, que él lo haría de muy buena gana.

»Entonces el rey, con su propia mano, puso el escrito en la boca del león; éste se levantó y se dirigió hacia su señor. El caballero tomó el escrito y lo leyó a los otros y, todos a la vez, se quitaron los sombreros de la cabeza y agradecieron al rey el honor y la oferta que les había hecho. A continuación, vino otro paje con otro león, se acercó a su señor, éste le puso otro escrito en la boca e hizo lo mismo que había hecho el primer caballero. El rey tomó el escrito de la boca del león y, en presencia de todos, lo hizo leer. El escrito decía:

Nosotros cuatro, hermanos de armas, estando en la ciudad de Roma, tuvimos noticia de que el muy alto y poderoso señor rey de Inglaterra tenía dispuesto campo de batalla para todos aquéllos que viniesen a su próspera corte, sin engaño ni malas artes. Y como quiera que nosotros cuatro estamos deseosos de batallar a toda ultranza, suplicamos a vuestra alteza que nos dé licencia para hacer las justas que nos plazcan.

»El rey hizo redactar otro escrito de respuesta donde decía que estaba muy contento y que, después de haber descansado unos días, les otorgaba el lugar, el día y la hora que ellos eligiesen. También les rogó mucho que quisiesen ir a su alojamiento, ya que les sería hecho el honor que ellos se merecían. Con sus propias manos lo colocó en la boca del león y aquél se lo trajo a su señor.

»Cuando los caballeros hubieron leído la respuesta del rey y la oferta que les hacía, volvieron a quitarse los sombreros y le ofrecieron una humilde reverencia. El rey, con gesto gracioso, les devolvió los saludos. El tercer caballero hizo lo mismo que los otros habían hecho y su león llevó un escrito del tenor siguiente:

Cualquier caballero o caballeros de armas que quiera hacer con nosotros batalla a toda ultranza, que venga a nuestro alojamiento y que se acerque a nuestra divisa, que es una jaula de nave puesta sobre un árbol sin fruto ni flor, que se llama Secos Amores. Alrededor de la jaula encontrarán cuatro escudos pintados de sangre y oro, cada uno de los cuales tiene un nombre: uno se llama Valor, el otro Amor, el tercero Honor y el cuarto Menosvalor.

El caballero que toque el escudo llamado Amor, tendrá que combatir con caballo vestido con arnés de una dobladura; tendrá que correr hasta que uno o el otro muera o sea vencido de esta forma: si pierde cualquier pieza del arnés o se le rompe alguna tirilla, no la podrá reparar, sino que así tendrá que continuar la batalla. Los arneses tendrán que ser los que se suelen usar en guerra de guerrillas.

Quien toque el escudo que se llama Honor, tendrá que batallar con caballo sin vestir, la armadura sin ninguna guarda, ni tarja, ni escudo, y la lanza o lanzas tendrán que ser de diecisiete palmos, sin rueda ni ningún otro tipo de defensa, y con los hierros afilados. Si pierde la lanza o la rompe podrá tener tantas como le plazca hasta que uno de los dos muera o sea vencido. Quien toque el escudo de Valor, tendrá que hacer las armas a caballo con silla de montar acerada y testera, con estribos desatados, y con las platas

de la coraza de no más de veinte libras. Las armas serán: una sola lanza de trece palmos de longitud con la punta de diamante, espada de cuatro palmos de longitud, una daga, cada uno como quiera, un hacha pequeña y en la cabeza una celada con babera. Si el hacha le cae de la mano, la podrá recuperar tantas veces como pueda, pero lo tendrá que hacer él solo, sin ayuda de ningún otro.

»Finalmente, el otro león hizo lo mismo que los anteriores. El rey le tomó el escrito de la boca, y lo hizo leer. Las palabras del escrito decían lo siguiente:

El caballero que toque el escudo de Menosvalor tendrá que hacer las armas a pie, y solamente con cuatro bastones, o sea: lanza, daga, espada y hacha de dos manos. Quien quiera llevar la lanza emplomada, lo podrá hacer, y si le parece, podrá usar espada arrojadiza. Tendrán que combatir hasta que uno de los dos quede muerto o vencido. Y si el vencido queda sano y sin ninguna lesión, se tendrá que poner en poder de la dama que el vencedor designará y ella podrá hacer del vencido lo que quiera. La muerte será igual entre nosotros. Y ya ahora, perdonamos de buen corazón y de buena voluntad a todos aquéllos que nos ofendan, y pedimos perdón a quienes podamos ofender.

»Cuando el rey hubo visto los cuatro escritos y todo lo que los caballeros pedían, se los otorgó, pero señaló que las cuatro empresas eran muy peligrosas y que estos caballeros se estaban buscando la muerte.

«—Ya en sus tiendas, señor —continuó Diafebus—, los cuatro caballeros hicieron engalanar muy ricamente la jaula de la nave y a su alrededor pusieron los cuatro escudos con un escrito que decía:

Cualquier caballero o caballeros que toquen estos escudos tendrán que hacerlo con un escudo donde estén pintadas las armas del caballero que desee guerrear. Aquel escudo tendrá que ser llevado por una mujer, una doncella, un rey de armas, un heraldo o un perseverante. Y con aquél, tendrán que tocar el escudo de la jaula, según las armas que quieran hacer y dejarán su escudo al lado del otro.

»A la mañana siguiente, fue mucha gente para ver la magnificencia de los cuatro caballeros y a todos los que acudían les daban de comer muy opíparamente.

»Al otro día los cuatro hermanos de armas fueron al alojamiento del rey para oír misa con él. En aquella ocasión iban vestidos con ropajes, largos hasta el suelo, de bordado carmesí y forrados de armiños; así mismo, llevaban papahígos de otro color muy bien bordados con gruesas perlas; sombreros hechos a la manera de Turquía, con cinturones de oro macizo; y rosarios de calcedonias en la mano. Venían a pie con los cuatro leones, cada uno de los cuales llevaba un bellissimo libro de horas en la boca.

»Cuando el rey los vio, se alegró mucho de su presencia. Al salir la reina, el rey le dijo que tomase a dos caballeros, que él acompañaría a los otros dos, ya que suponía que eran señores de gran poder y valor. Así fueron hasta la iglesia y, antes de que comenzase la misa, el rey les dijo:

»—No sé qué honor os puedo hacer, ya que no sé quiénes sois. Puesto que no os queréis dar a conocer, os pido que cada uno de vosotros tome sitio según el estado que tenéis: si sois reyes, tomad el sitio que merecen los reyes, si sois duques o de cualquier otro estamento, coged el sitio que os corresponda.

»Ellos agradecieron las palabras del rey, pero no contestaron. A pesar de eso, el rey mandó que les hiciesen sentarse delante de todos, cerca del altar, y con los leones a su lado. Los caballeros tomaron los libros de las bocas de los animales y leyeron sus horas. Cuando acabó la misa y devolvieron los libros de horas a los leones, permanecieron en compañía del rey y de la reina. Se admiraron mucho de la magnificencia de la roca y tuvieron gran placer cuando vieron a aquellas mujeres de plata que echaban agua y vino por los pechos y por la naturaleza. Pero por mucho que el rey se lo rogó, no quisieron quedarse a comer con él, sino que se despidieron y volvieron a su alojamiento.

»—Ahora conviene que sepa vuestra señoría —prosiguió Diafebus— que, cuando los cuatro caballeros hubieron terminado de dar los cuatro escritos el primer día que vinieron, inmediatamente después se despidieron del rey; Tirante, sin que nadie lo viese, fue a la ciudad, cogió cuatro escudos y los hizo pintar aquella noche, cada uno con su color: en uno pidió que pintasen las armas de su padre, en el segundo las armas de su madre, en el tercero las de su abuelo y en el cuarto las armas de su abuela. Mientras él hacía pintar sus escudos, había muchos caballeros que se reunían en grupos de cuatro porque querían combatir contra los cuatro caballeros: allí había de Francia, de Italia, de Aragón, de Castilla, de Portugal y de

Navarra; y entre ellos, muchos eran caballeros muy experimentados en armas. También el duque de Clarenza, el príncipe de Gales, el duque de Atzéterra y el duque de Betafort se habían concordado para combatirlos.

»Nosotros, por nuestra parte, rogamos a Tirante, puesto que ya estaba en condiciones de hacer armas, que eligiese cuatro de los más dispuestos de nuestro grupo. Pero, a pesar de que le pareció muy bien, hizo lo contrario.

»Una vez que los escudos estuvieron acabados de pintar, Tirante reunió a las doncellas más galantes y de mayor dignidad y les dio a cada una un escudo. También reunió al estamento de los caballeros y, con muchas trompetas y ministriles, todos fuimos delante del estamento real. Cuando el rey vio los cuatro escudos, preguntó de quién eran. Un heraldo dijo:

»—Señor, de Tirante el Blanco y de su compañía.

»Al ver Tirante al monarca, bajó del caballo y fue donde se encontraban el rey y la reina; les suplicó que le diesen licencia para que, con todo su estamento, pudiese ir a tocar los escudos para presentar armas a los cuatro caballeros. El rey se alegró mucho por dos razones: una, porque Tirante y la gente que lo acompañaba eran hombres muy valientes, y la otra, porque habían hallado tan rápidamente en su corte caballeros que les quisiesen combatir.

»Tirante se apresuró tanto, para que otros no se le adelantasen a tocar los escudos, que casi no tuvo tiempo de hacer pintar las cuatro grandes banderas que llevaba y cuatro cotas para dos reyes de armas, un heraldo y un persevante. De esta forma, fuimos hasta las tiendas de los caballeros.

»Cuando aquéllos oyeron las trompetas y vieron venir a tanta gente, se admiraron de cómo su petición había hallado respuesta tan pronto, porque no había pasado ni un día desde que ellos habían llegado. Los cuatro caballeros salieron de la tienda muy bien ataviados, aunque llevaban los papahígos para no ser reconocidos. Entonces hicieron bajar un poco la jaula para que las doncellas la pudiesen tocar: la primera en hacerlo fue la bella Inés, la cual tocó en el escudo de Amor; doña Guiomar, hija del conde de Flandes, no quiso tocar sino el escudo de Valor; Casandra, hija del duque de Provenza, tocó el escudo de Menosvalor; y la Bella Sin Par, hija del duque de Anjou, se alegró de tocar el escudo de Honor. Una vez que todas lo hubieron hecho, cada una colgó el escudo que llevaba al lado de aquél que había tocado.

»Habiendo sido colgados los cuatro escudos, los cuatro caballeros descabalgaron a las cuatro galantes damas que habían traído los escudos y las acompañaron al interior de la tienda donde estaban las camas. Uno de los caballeros, por escrito, dijo a la bella Inés:

A fe mía, dama y señora, que si vos estuviereis acostada en esta cama solamente con una camisa toda una noche de invierno, y de forma semejante las otras tres damas, bien podría decir que en todo el mundo no habría cuatro camas más singulares que éstas.

»—A vosotros, caballeros, no os es necesaria nuestra compañía —dijo la bella Inés—, porque veo allí cuatro gentiles damas que os acompañan por las noches; por lo tanto, no necesitáis desear nada más.

»—De lo bueno, cada uno elige siempre lo mejor —respondió el caballero.

»Después hicieron una abundante colación y, al partir, el caballero dio a la bella Inés un libro de horas muy singular y muy ricamente ornamentado. El otro caballero dio a doña Guiomar un brazalete mitad de oro y mitad de acero que tenía muchos diamantes y otras piedras finas. El tercer caballero ofreció a Casandra una serpiente toda de oro que se mordía la cola, muy rica en piedras preciosas y con dos grandes rubíes en los ojos. La Bella Sin Par tenía los cabellos muy rubios y largos y el otro caballero le dio una peineta toda de oro, de no menos valor que las otras joyas. A cada uno de los reyes de armas, heraldos, perseverantes, trompetas y ministriles, les ofrecieron mil monedas inglesas llamadas nobles. Los caballeros no quisieron abandonar a las doncellas hasta que estuvieron al lado de la reina, la cual estaba con el rey. El rey los recibió con mucho honor y afabilidad. Entonces los caballeros suplicaron con un escrito al rey y a los jueces de campo que les permitiesen construir una nueva liza cerca de sus tiendas, porque la que había no era sino una sepultura de caballeros, de tantos como habían muerto en ella. El rey y los jueces se lo otorgaron con mucho gusto.

»Puedo asegurar a vuestra señoría que muchos grandes señores estuvieron descontentos con Tirante porque él se había adelantando a presentar batalla antes que ellos.

»Después que se terminó de hacer la liza y que los caballeros habían descansado, pusieron un escrito en la puerta de la roca donde se decía

que el caballero que había tocado el escudo de Amor tendría que estar en el campo pasados tres días.

»—Llegado el día asignado, señor —continuó explicando Diafebus—, Tirante reunió a todas sus doncellas y a todo el estamento de los caballeros y fue hasta la liza con el ceremonial acostumbrado. El rey y la reina se encontraban ya sobre los tablados.

»Al llegar, Tirante fue recibido por los ayudantes, los cuales cerraron la puerta y lo condujeron a un lado de la liza, porque el otro caballero ya se hallaba en el otro lado. Cuando la trompeta sonó, los combatientes hirieron a los caballos con las espuelas e hicieron muchas carreras y muy buenos encuentros. El caballero tocó a Tirante con la lanza en una carrera y le hirió sobre el ristre, pero la lanza se desvió y le quitó el guardabrazo derecho y parte del jubón que llevaba; fue un golpe tan fuerte que Tirante casi se desmayó. En la otra carrera, le volvió a dar encima de la bisagra del almete, de tal forma que si le hubiese dado dos dedos más abajo, de mil vidas no le quedaría ni una. Como la lanza no se rompió, lo sacó de la silla de montar y Tirante cayó al suelo, pero volvió a montar a caballo tan pronto como pudo. En la carrera siguiente, Tirante le pegó en el guardabrazo izquierdo, donde ya le había dado dos veces anteriormente, de forma que le rompió el cuero por donde pasan las tiritas, pero como tenía el guardabrazo atado por dentro con una cuerda de seda muy gruesa, las cuerdecitas no se rompieron, porque eran de corazón de cáñamo crudo. Y de esta forma hicieron muchas carreras.

»La fortuna fue favorable a Tirante, ya que golpeó al caballero en aquel mismo lugar y, como las lanzas eran gruesas, le rompió el brazo. El miserable caballero aún quería que le atasen el brazo para continuar guerreando, pero el espíritu le falló, a causa de la mucha sangre que perdía y, con un espasmo, se quedó todo tieso sobre el caballo, de tal forma que no lo pudieron descabalgár sin la silla de montar.

»Entonces Tirante regresó, armado como estaba, sin quitarse el almete de la cabeza. Inmediatamente, el otro caballero dio un escrito al rey donde indicaba que quería combatir enseguida. Los jueces del campo dijeron que no podían romper las normas y que ni en aquel día ni en aquella semana podía haber dos muertes, ya que solamente un día a la semana se podían hacer batallas a toda ultranza. También les indicaron que, si aquello no les parecía bien, tenían libertad para irse cuando les placiese.

»—¿Ahora que nos han matado a un caballero, hermano nuestro de armas, decís que nos vayamos? O todos moriremos aquí o todos vengaremos la muerte de este hermano de armas —contestaron los caballeros.

»Cuando llevaron a enterrar al caballero muerto, el rey le hizo mucho honor, tal como hacía con los otros. Los tres caballeros se vistieron de rojo con telas de grana, porque el rojo significa venganza. E iban sin llorar ni hacer ninguna señal de tristeza.

»—Al llegar el día de hacer la batalla siguiente —continuó relatando Diafebus—, Tirante se armó tan secretamente como pudo, ya que nadie sabía nada, excepto tres de nosotros, parientes de Tirante, y un antiguo servidor suyo. Entonces Tirante hizo llevar las banderas y las sobrevestas para él, para los reyes de armas y heraldos, con las divisas de su abuelo; en la primera ocasión había usado las de la abuela. Bien armado, subió sobre su caballo perfectamente emparamentado. Yo, mientras tanto, estuve encerrado en una habitación porque Tirante me lo rogó mucho, de forma que todos pensaban que se trataba de mí.

»Tirante fue con el séquito habitual. Al llegar a la liza encontró al caballero del escudo de Honor. Tal como estaba establecido, tenían que luchar con el caballo y con el arnés sin ningún tipo de defensa. A los pocos choques, ya habían roto cinco lanzas. A la undécima carrera, Tirante dejó su lanza y pidió que le dieran otra más gruesa. Y con aquélla le asestó tan gran golpe que la lanza lo traspasó, pero sin romperse. Cuando el caballo de Tirante giró, la lanza le hizo mucho más daño, ya que le abrió mucho más la herida de lo que lo habría hecho si ésta se hubiese roto. Entonces el caballero cayó al suelo, gritando cerca de la muerte.

»Enseguida, Tirante bajó del caballo rápidamente y se puso cerca de él con la espada en la mano, para herirlo, matarlo, hacer que se desdijese o que se diera por vencido, según es práctica en las armas a toda ultranza. Tirante le preguntó si quería combatir más, pero el otro ya estaba más muerto que vivo.

»Los jueces de campo dijeron a Tirante que se podía ir sin esperar más. Entonces Tirante volvió a subir al caballo, armado como estaba, y se dirigió a su alojamiento, de forma que nadie lo pudo reconocer.

»Llegado el día asignado para el tercer caballero, el del escudo del Valor,

Tirante entró en el campo donde ya se encontraban el caballero, el rey y la reina. Cuando sonó la trompeta, los jueces mandaron que los dejaran irse y los combatientes fueron uno hacia el otro con las espadas en las manos como si fuesen leones. El caballo de Tirante era mucho más ligero que el del otro y, según la opinión de todos, parecía mejor. Se acercaron mucho el uno al otro y Tirante le asestó tal estocada con la espada debajo del brazo que le hizo una gran herida. Como Tirante vio que perdía mucha sangre, cogió la espada con la mano de la rienda, sacó el hacha y le comenzó a dar golpes muy fuertes. El caballero, cuando comprobó que el juego iba mal, quiso devolver la espada a la vaina, pero no podía, porque un hombre armado ya tiene bastante intentando guardar la espada en el estuche. Mientras lo hacía, Tirante le daba unos golpes tan desmesurados que lo turbaba aún más, de forma que el caballero se tuvo que poner la espada debajo del brazo para intentar coger el hacha. Pero Tirante lo tenía tan cerca y le asestaba unos golpes tan mortales, que tampoco le dejaba coger el hacha. Entonces Tirante le dio tres o cuatro golpes en la cabeza y lo dejó de tal manera que no pudo sacar el hacha del arzón de la silla de montar. Tenía la espada debajo del brazo para no perderla y, además, no podía hacer girar el caballo: en eso demostraba que era desmañado en armas y por esta razón tenía que morir avergonzado. A parecer del rey y de todos los demás, murió con mucha desventura y no como un caballero. Tantos golpes le dio Tirante sobre el brazo, que lo tenía sobre el cuello del caballo y no lo podía levantar. El último golpe que le dio fue en la cabeza: le hundió toda la celada, le hizo salir el cerebro por los ojos y por los oídos y, muerto, cayó del caballo.

»Entonces abrieron la puerta del campo y Tirante fue recibido por las doncellas con mucha alegría y con gran amor lo acompañaron hasta su alojamiento. A pesar de todo, Tirante no quiso descubrirse la cabeza para no ser reconocido. Se arregló muy bien y, tan secretamente como pudo, se mezcló con los otros caballeros».

—Sí que fue mala suerte —dijo el ermitaño— que muriesen tres caballeros de esta forma. Veamos qué fin tiene el cuarto.

—Señor, vuestra señoría tiene que saber que esta batalla se tenía que hacer a pie. El día asignado y presentes el rey, la reina, los jueces de campo y todos los grandes señores de la corte, los dos caballeros entraron en la liza. Se combatieron muy ferozmente y, como estaban abrazados, no podían utilizar ni las espadas ni las hachas, y, por tanto, usaron las dagas.

En un momento se soltaron las cuerdas de seda con que estaban atados los bacinetes.

—¡Cómo! —dijo el ermitaño—. ¿Tan poco saben de armas que usaron la seda para atar el bacinete?

—¿Con qué se puede atar mejor? —preguntó Diafebus.

—Hijo mío —dijo el ermitaño—, en mi juventud, aunque yo no estaba acostumbrado a llevar ni a hacer armas, pasé algunos días con un caballero que sabía mucho y lo vi combatir en liza a toda ultranza. En aquella ocasión, él habría muerto si no hubiese sido por el cordón de seda que llevaba. Ahora os diré, hijo mío, cómo se tiene que hacer. Debéis tomar hilo de hierro de aquél que ponen en las lámparas y cubrirlo todo de seda como si fuera de cordón: por mucho que lo liguéis siempre cede y se dobla por donde queráis y, si pretendéis cortarlo, no lo podréis hacer, ya que se podría cortar la seda, pero no el hierro. Aquí tenéis un buen secreto de armas.

—Si queréis, señor —indicó Diafebus—, veamos ahora el fin de la batalla.

»Diré a vuestra señoría que estando así abrazados y con los cordones de los bacinetes cortados, uno al otro se dieron grandes golpes y, aunque cayeron al suelo, se levantaron como buenos caballeros. En cuanto se levantaron, envainaron las dagas y echaron mano a las espadas. De nuevo la batalla fue muy áspera y cruel, porque el caballero sentía una gran desesperación por sus tres hermanos de armas que habían muerto. Tirante, por su parte, luchaba para no perder la vida. Tanto combatían los dos caballeros que todos los espectadores estaban admirados y deseaban que la batalla no acabase, para que ninguno de ellos muriese. Se volvieron a abrazar otra vez, dejaron las espadas y cogieron las dagas. Bien os puedo decir, señor, que ninguno de los dos caballeros fue herido en el cuerpo, sino exclusivamente en el cuello y en la cabeza. De nuevo volvieron a caer y el caballero, que llevaba el arnés de piernas hecho de papel con engrudo y cubierto de hoja de plata y por la parte de detrás llevaba cuero de toro clavado en el peto, iba muy ligero y tenía bastante más ventaja. Los dos se volvieron a levantar y continuaron la batalla, pero no se podían herir tanto como hubieran querido, porque tenían los bacinetes desatados y no podían ver bien. Entonces el caballero se acercó tanto a Tirante que lo hizo caer al suelo, pero Tirante lo arrastró con él, porque lo tenía muy fuertemente abrazado. Al caer, Tirante se dio un golpe

tan fuerte en la cabeza que el bacinete se le salió y se alejó tres pasos. Y como se encontró más ligero que el otro, por miedo a morir, se apresuró a levantarse antes. Cuando Tirante se puso en pie, el otro tenía las manos y las rodillas en el suelo para levantarse, pero Tirante le dio con las manos un gran empujón y lo hizo caer hacia la parte contraria. Le hincó las rodillas sobre su cuerpo e intentó quitarle el bacinete. Al sentir el caballero que Tirante tenía las rodillas sobre su pecho, giró todo el cuerpo y los dos arneses resbalaron, de forma que Tirante no se pudo sostener y cayó a la otra parte. Pero la suerte y la fortuna quisieron ayudar a Tirante, ya que se hallaba más ligero porque no llevaba bacinete y pudo levantarse más rápidamente».

—Señor —prosiguió Diafebus—, yo siento compasión por la muerte de estos cuatro caballeros hermanos de armas, ya que el último nunca se quiso dar por vencido, sino que prefirió morir como mártir de armas. Es cierto, señor, que Tirante ha ganado muchas batallas porque es muy diestro en armas y tiene más ingenio que fuerza, y sobre todo porque tiene mucha resistencia ya que, aunque esté armado y combatiendo de la mañana hasta el anochecer, nunca pierde el aliento.

—Ésa es la principal virtud que puede tener un caballero que quiere hacer armas —dijo el ermitaño—. Veamos ahora, vosotros que sois caballeros jóvenes y que conocéis el ejercicio de las armas, ¿qué preferiríais: ser fuerte pero no diestro ni ingenioso, o lo contrario?

Entre los caballeros que allí se encontraban hubo diversas opiniones.

Entonces el ermitaño les preguntó qué preferirían:

—¿Entrar en batalla concordada, igualmente armados a caballo, con espada y sin espuelas, o con espuelas y sin espada? Os tengo que decir que yo he visto hacer este tipo de batallas. Aunque vi otra delante del duque de Milán en la que combatían dos caballeros enemigos y uno iba a caballo y el otro a pie, pero ambos armados igualmente con armas defensivas. El del caballo llevaba una espada como única arma ofensiva, mientras que el que iba a pie llevaba una lanza con un puñal. ¿A quién de éstos elegiríais si os hallaseis en un caso semejante? Pero ahora —dijo el ermitaño a Diafebus—, dejemos esto y decidme si Tirante ha hecho otras caballerías a toda ultranza.

—Señor —prosiguió Diafebus—, después de que estos cuatro caballeros

murieran, llegó otro que se llamaba Villahermosa, un valentísimo caballero natural de Escocia, el cual dijo a Tirante las siguientes palabras ante el rey y la reina:

»—Virtuoso caballero, vuestra mucha fama resplandece por todo el mundo, y yo he venido aquí, habiendo dejado mi tierra y el servicio a mi rey y señor, porque he oído hablar de vos. La razón de mi venida ha sido a causa de una señora que me tiene cautiva el alma y que no quiere admitir mis requerimientos hasta que no haya combatido y vencido en campo cerrado y a toda ultranza a aquel caballero que tanta gloria se ha sabido ganar en este mundo. Y como vos, Tirante, sois aquél a quien se refiere mi señora, os requiero en batalla a toda ultranza a caballo y con bacinete sin careta. El resto de las armas, designadlas vos a vuestro gusto, que yo ya he elegido una parte.

»No tardó Tirante en responder:

»—Caballero, me parece que vuestra petición es un tanto superflua y os aconsejo que la dejéis para tiempos de mayor necesidad, porque una batalla a toda ultranza es difícil de digerir. Y puesto que yo no tengo las heridas bien curadas, os ruego que, por vuestra bondad y gentileza, busquéis a otro caballero de los cuales encontraréis muchos en esta próspera corte, y de tantas virtudes, que satisfarán vuestro deseo.

»—Bien podría hacer lo que vos decís —indicó el caballero—, pero ¿qué puedo hacer si mi señora no estaría satisfecha si no combato contra vos? Por tanto, no quiero a otro, sino a vos. Si teméis combatir conmigo por miedo a morir, aquí, ante la majestad del señor rey, me ofrezco a daros un pesado arnés de ventaja.

»—Yo me quería excusar por el bien de vuestra persona —dijo Tirante—, pero, ya que tanto me forzáis y me requerís, no querría que los buenos caballeros pensasen que no lo hago por cobardía. Con la ayuda de la divina bondad acepto vuestra batalla y requerimiento y, ya que habéis comenzado a designar una parte de las armas, os doy libertad para que las elijáis todas, aunque me toque hacerlo a mí. Y naturalmente que no acepto la pieza de arnés que me ofrecíais.

»—Ahora que ya hemos acordado nuestra batalla —añadió el caballero—, vos, Tirante, me tenéis que jurar, en presencia de la majestad del señor rey, de la señora reina y de los buenos caballeros que aquí se hallan, no

aceptar ningún otro requerimiento para hacer armas, porque podríais resultar herido o impedido de alguno de vuestros miembros y la batalla que acabáis de aceptar no podría tener el fin que tanto deseo.

»Entonces Tirante, en presencia de todos, hizo el juramento. Después, el caballero se despidió del rey, de la reina y de toda la corte y regresó a Escocia. Una vez allí, suplicó a la reina de Escocia que le quisiese asegurar el campo. La reina se lo otorgó graciosamente para cuatro meses después, para que las heridas de Tirante pudiesen sanar».

—Señor —prosiguió Diafebus—, como Tirante tenía falta de dinero para ir a Escocia a hacer la batalla, mandó a casa de su padre y de su madre a un servidor suyo que había estado con él mucho tiempo y que conocía sus secretos.

»Cuando éste fue al puerto de Dobra para pasar el mar, encontró allí a los servidores de los cuatro caballeros que Tirante había dado muerte, los cuales estaban esperando una nave.

»El servidor de Tirante hizo amistad con ellos y, hablando de los cuatro caballeros muertos, supo que uno era el rey de Frisa y el otro su hermano, el rey de Apolonia. Como el rey de Frisa era su señor natural, se alteró mucho y comenzó a lamentar su desventura de forma que, llorando abundantes lágrimas, decía con voz piadosa:

»—¡Oh, triste e infortunado de mí! ¡Qué mala suerte me ha conducido a ayudar a armar al caballero que ha dado muerte a mi señor natural! Ya ha sido mala suerte que yo haya servido a tal caballero. ¡Oh, fortuna! ¿Por qué has permitido que el vasallo de un señor tan excelente como era el rey de Frisa haya participado en su dolorosa muerte?

»Tan llenas de dolor estaban las palabras que decía el servidor de Tirante, que se llamaba Maldonado, que todos los que se encontraban en la nave quedaron admirados de las grandes lamentaciones que hacía. Tanto duró su desolación, que se enteró el anciano caballero, que era mayordomo de los cuatro caballeros muertos y que estaba en un camarote de la nave llorando su desventura. Salió del camarote y, llevándose al servidor de Tirante a un rincón, le rogó que le dijese por qué lloraba tanto.

»—Señor —contestó Maldonado—, soy vasallo del rey de Frisa y en su tierra tengo padre y madre. De muy joven salí de su reino y, para mi

desgracia, pasé a Bretaña. Allí entré al servicio de este maldito caballero a quien ayudé en todo lo que pude. Me lamento de que, con engaños, un solo caballero haya hecho morir a dos reyes y a dos duques, y en especial a mi señor natural.

»Entonces el anciano hizo entrar al vasallo dentro de su camarote y quiso saber cómo había ocurrido todo. Cuando lo hubo escuchado, le dijo:

»—Amigo, os ruego que si amáis a vuestro señor natural, aceptéis venir conmigo y que dejéis el servicio de Tirante.

»Maldonado, por la fidelidad, amor y voluntad que tenía a la patria de donde era natural, no fue a Bretaña, sino que partió con el caballero, después de haber pagado a un hombre para que llevase las cartas de Tirante a su casa.

»Al llegar el caballero y el criado de Tirante a la mayor ciudad de Frisa, encontraron toda la ciudad y el reino muy afligidos por la muerte de su rey y señor.

»A causa de la información del caballero anciano, la noticia llegó a otro caballero que se llamaba Kirieleisón de Montalbán. Éste era hijo de gigantes, de forma que era de muy gran estatura, muy fuerte y más animoso que ningún otro. Ciertamente, un valentísimo caballero. Kirieleisón, en presencia de todos, dijo que este hecho no pasaría sin castigo para el mal caballero Tirante. Inmediatamente escribió una carta, tomó a un rey de armas, llamado Flor de Caballería, y una doncella para que fuesen, una a hablar y el otro a obrar. Dentro de una nave y bien acompañados, pasaron a Inglaterra. Cuando llegaron ante el rey de Inglaterra, con grandes gritos, la doncella dijo:

»—¡Oh, rey prudentísimo y de gran excelencia! He venido ante tu majestad para denunciar a un falso y réprobo caballero que se hace llamar Tirante el Blanco, aunque sus actos son negros. Si se encuentra aquí, que venga, que yo le diré cómo, con gran traición, maldad, armas disimuladas y gran engaño, ha matado a dos reyes y a dos duques, y de esto aún no hace ni un mes.

»—¿Cómo puede ser, doncella —preguntó el rey—, eso que decís? Tirante hace cerca de un año que se encuentra en mi corte y yo no he visto ni he sabido que haya hecho esas cosas de las que vos lo incrimináis.

»Allí había algunos parientes de Tirante que querían contestar, pero el rey los hizo callar. Y, como Tirante no se hallaba lejos, ordenó que lo hiciesen venir, porque él quería saber qué pasaba con este caso de traición.

»Inmediatamente fueron a buscar a Tirante, que aún permanecía en cama a causa de la gran cantidad de sangre que había perdido y de las heridas que todavía tenía. Le dijeron que una doncella había venido ante el rey y la reina y que lo desafiaba por traición.

»—¡Ah, válgame Santa María —dijo Tirante—, nunca en mi vida he pensado en hacer traición! ¿Cómo puede ser que esta doncella haya venido tan mal informada sobre la verdad y me culpe de un crimen tan feo?

»Así que se vistió y, sin acabar de hacerlo, se cubrió con un manto bordado de perlas y de orfebrería, ya que le habían dicho que con la doncella había llegado un rey de armas. Rápidamente fue donde estaba el rey, que le esperaba delante de la iglesia, y dijo:

»—Señor, ¿quién me incrimina de traición? Aquí estoy para defender mi derecho, mi honor y mi fama.

»La doncella se le acercó y, cuando supo que era Tirante el Blanco, le dijo:

»—¡Oh, traidor y mal caballero, derramador de sangre real, que con armas falsas y engañosas has dado muerte con tus propias manos a dos duques y a dos hermanos reyes, uno de Frisa y el otro de Apolonia! De estas muertes no puedes salir sin un cruel castigo a tu réproba persona.

»Entonces, habló el rey y dijo:

»—Doncella, yo no he tenido noticia de que ningún rey haya venido a mi reino y mucho menos a mi corte.

»—¿Cómo, señor? ¿No recuerda vuestra majestad que hace pocos días —contestó la doncella— vinieron cuatro caballeros, hermanos de armas, que no querían hablar y que llevaban cuatro leones coronados?

»—Sí —respondió el rey—, bien que lo recuerdo. Pero a fe mía que nunca pude saber quiénes eran ni de qué tierra; porque si hubiese sabido que eran reyes, nunca habría permitido que voluntariamente hubiesen hecho armas a toda ultranza, ya que el peligro es muy grande. Os repito que

nunca lo supe. Por cierto, doncella, ¿quiénes eran los duques?

»—Señor, uno de ellos era el duque de Burguña, que vino como embajador del rey de Francia.

»—Bien que lo recuerdo —dijo el rey—, y me causa mucho enojo su muerte. Y el otro, ¿quién era?

»—Era hijo del emperador de Alemania y duque de Bavera —respondió la doncella—. El traidor Tirante, con maldad y engaño ha matado a los cuatro, con sus manos de mal caballero, que nunca perdonan la muerte de nadie.

»Tirante no se pudo contener y con gran ira dijo:

»—Doncella, mucho me duele que seáis mujer, porque si fueseis caballero os haría ir llorando con las manos en la cabeza. A pesar de todo, intentaré no alterarme por las viles y deshonestas palabras que salen de vuestra boca, porque es sabido que todo el esfuerzo de las mujeres radica en la lengua. Pero si el caballero que se hace llamar Kirieleisón de Montalbán hubiese dicho de mí lo que vos habéis dicho delante de mi señor el rey, bien podría pedir ayuda a nuestro señor Dios, porque yo haría que fuese donde ahora están los otros. Doncella, os ruego que moderéis vuestro lenguaje y dejéis a los caballeros este asunto.

»Inmediatamente Tirante se giró hacia los caballeros y dijo:

»—Si he matado a los cuatro caballeros, lo he hecho como tenía que ser, sin engaño ni trucaje de armas. El señor rey, los jueces de campo y todos los nobles caballeros han visto cómo han ocurrido los combates y ellos podrán dar testimonio verdadero. Es por eso que me quiero someter a juicio ante la majestad del señor rey y de los jueces de campo.

»Cuando el rey y los jueces de campo escucharon su justo parlamento, se pusieron muy contentos: todos coincidieron en que Tirante era un caballero valentísimo y muy discreto. Entonces, el rey de armas Flor de Caballería se acercó a Tirante y en presencia de todos le presentó la carta de Kirieleisón de Montalbán. Ésta fue la respuesta que le dio Tirante:

»—Rey de armas, a causa de tu oficio, tienes la obligación de presentar cartas de batalla y concordar caballeros y gentilhombres, tanto en batallas

obligadas como voluntarias. Ante la majestad del señor rey, de la señora reina y en presencia de todos los otros, yo, Tirante el Blanco, acepto la carta.

»Entonces Tirante cogió la carta, se la dio a uno que sabía leer muy bien y aquél, en presencia de todos, inició lectura:

A vos, Tirante el Blanco, más cruel que un león famélico, falsificador y esparcidor de la sangre real de aquellos bienaventurados caballeros, mi señor el rey de Frisa y el rey de Apolonia; a vos que habéis utilizado armas falsas, prohibidas entre caballeros de honor. Porque sois un caballero desleal y para decirlo más claramente, traidor y falsificador de armas, yo, habiendo tenido noticia de vuestra gran maldad, aunque sé que seré vituperado por los buenos caballeros a causa de admitiros para entrar en liza y a toda ultranza, os combatiré según la costumbre de Francia. Os doy poder para elegir las armas y esperaré vuestra respuesta por un periodo de veinticinco días desde que el requerimiento os sea presentado. Si por temor a mí, no osáis aceptarla, tened por cierto que os giraré las armas de arriba a abajo, os colgaré hacia abajo según corresponde a un traidor y por todas las cortes de los grandes señores iré pregonando la gran traición que habéis hecho en las personas de estos dos reyes. Escrita, y escrita de mi mano, sellada con mis propias armas y partida por A.B.C. Dada en la ciudad de Frisa a dos de julio.

KIRIELEISON DE MONTALBÁN

»Cuando Tirante conoció el contenido de la carta, dijo al rey:

»—Señor, cada cosa viene a su tiempo. Bien veis que este caballero me incrimina de traición. Yo me defenderé hasta la muerte y daré ésta por buena si alguna vez maquiné algún mal contra los cuatro caballeros.

»—Ya sabemos —contestó el rey— que vuestro honor está a salvo. Pero ya que ahora hemos conocido que se trata de reyes coronados, vamos a la iglesia del señor san Jorge y les haremos los honores que se merecen.

»Con la aprobación de los jueces de campo, todos fueron hasta allí. Entonces, dijo Tirante:

»—Señor, yo pido a vuestra majestad y a los jueces de campo que, ya que

los reyes fueron matados por mí lícitamente, sin engaño ni fraude, y puesto que vuestra majestad quiere trasladarlos de sepultura, que me permitáis ir armado detrás de ellos hasta que sean enterrados, para poner a salvo mi derecho y actuar de acuerdo con la justicia.

»A estas palabras, respondió el príncipe de Gales:

»—Por lo que parece, queréis estar ahíto de honor, Tirante el Blanco, ya que no os contentáis con haberles dado muerte, sino que aún queréis sacar más provecho.

»—Señor —dijo Tirante—, el peligro de las armas es tan grande y tanta sangre ha salido de mi persona, que me duele todo el cuerpo. Si ellos hubiesen hecho conmigo lo que yo les he hecho, ¿se habrían conformado con otra cosa? A tal honor no renunciaré, porque así está ordenado en el estilo y la práctica de armas.

»A continuación, Tirante fue a armarse. Cuando hubo terminado, entró todo armado de blanco con la espada desnuda en la mano en la iglesia de San Jorge acompañado de las doncellas y los caballeros, de muchos ministriles, trompetas y tamboriles, reyes de armas, heraldos y persevantes.

»Entonces el rey y la reina con todos los estamentos, que ya se encontraban en la iglesia, se acercaron a la tumba donde estaban los cuatro caballeros, cada uno en su caja. Tirante dio grandes golpes sobre la tumba con la espada y dijo:

»—Que salgan los reyes que aquí yacen dormidos.

»Entonces, los ministros de la justicia abrieron la tumba y sacaron las dos cajas de los reyes y, por mandato del rey, las pusieron en medio de la iglesia donde ya había dos grandes y altas tumbas guarnecidas con ricos brocados. Aquí fueron puestos los dos reyes y les fueron hechos el honor y las ceremonias que corresponden a los monarcas.

»Posteriormente el rey mandó hacer una muy bella tumba de madera de áloe muy artísticamente elaborada. Sobre la tumba colocaron un bello tabernáculo donde el rey hizo pintar las armas de los dos reyes, y sobre las cuales estaban pintadas las de Tirante. Alrededor del tabernáculo había un filacterio que, con letras de oro, decía:

AQUÍ YACEN EL REY DE APOLONIA Y EL REY DE FRISA, HERMANOS, QUE ERAN REYES CORONADOS Y QUE MURIERON COMO VALENTÍSIMOS CABALLEROS MÁRTIRES DE ARMAS, A MANOS DEL VIRTUOSO CABALLERO TIRANTE EL BLANCO.

»Acabadas las ceremonias, Tirante fue acompañado a su alojamiento y, después de haberse desarmado, redactó la respuesta a la carta que el rey de armas le había llevado, el principio de la cual decía:

Kirieleison de Montalbán: He recibido vuestra carta de manos del rey de armas Flor de Caballería, partida por A.B.C., escrita y firmada por vuestra mano y con sello de vuestras armas, la cual solamente contiene palabras viles y deshonestas. Me parece que tales razones no están bien en boca de un caballero y que con ellas solamente queréis vengar la muerte de los dos reyes. Si tuvieseis el deseo que mostráis, no me escribiríais sino que habríais venido aquí, porque hay caballeros que prefieren buscar a encontrar. Os digo que mentís y mentiréis tantas veces como digáis que he matado a los reyes con traición. Yo los he matado como caballero, dentro de un campo cerrado y con las armas ofensivas y defensivas que ellos habían elegido. Pero sin saber quiénes eran, Dios me ha dado a mí la victoria y mis manos han sabido ganar el precio del honor delante de la serenísima majestad del rey de Inglaterra y de los jueces de campo, aunque tanto podía haber recibido la muerte yo como ellos. Para defender mi derecho, honor y fama, yo acepto vuestro requerimiento a toda ultranza, según el uso y costumbre del reino de Francia. Y ya que me habéis dado la opción, designo hacer la batalla no a caballo, para que no digáis que con la ayuda de un animal os he matado o vencido, sino a pie, con un hacha de siete palmos, sin gancho ni ningún otro ingenio escondido, tal y como es costumbre llevar en liza; una espada de cuatro palmos y medio desde el pomo hasta la punta, y puñales de dos palmos y medio. Os ruego que no me escribáis más, porque no aceptaré ninguna carta vuestra más, sino que vengáis personalmente y sin procurador. Os aseguro que no tendréis necesidad de ir por las cortes de los grandes señores ni de buscar engaño en mis armas ni de cumplir las otras deshonestidades que salieron de vuestra falsa boca. Firmada de mi mano, acuñada con el sello de mis armas, partida por A.B.C., en la ciudad de Londres y hecha a trece de julio.

TIRANTE EL BLANCO

»—El rey de armas —continuó relatando Diafebus— tuvo la respuesta al día siguiente de haberle presentado a Tirante la carta de Kirieleisón de Montalbán y rápidamente partió con la doncella. Cuando el caballero de Montalbán conoció la respuesta, se despidió de todos sus parientes y partió de su tierra. Con él venía el rey de armas y, después de distintas jornadas de camino por tierra y por mar, llegó ante el rey de Inglaterra.

»Una vez hecha reverencia a los monarcas, preguntó quién era Tirante. El rey de armas, que vestía el manto que Tirante le había dado cuando le presentó la carta, valorado en más de tres mil escudos, le dijo:

»—Señor, éste es quien me dio el manto que llevo. A él di vuestra carta, él la aceptó y me dio respuesta.

»Kirieleisón se acercó a Tirante; éste también lo hizo y ambos se abrazaron, pero no de buena voluntad. Entonces, el caballero le dijo:

»—Tirante, pues habéis aceptado la batalla en la que yo os he requerido, suplicamos al señor rey que, esta noche o mañana por la mañana, nos permita batirnos.

»Tirante estuvo de acuerdo y, cuando estuvieron delante del rey, le suplicaron que les permitiese que aquel día pudiesen entrar en el campo.

»—A mí me parece —dijo el rey— que no es justo, porque vos venís ahora de camino y si alguna cosa os pasase, la gente podría decir que había sido a causa del cansancio del viaje. A pesar de eso, que vengan los jueces.

»Pero éstos dijeron que la lucha no era posible porque el día anterior era el indicado para entrar en campo cerrado y, por tanto, tenían que esperar a la semana siguiente. Pero el caballero Kirieleisón dijo:

»—Más contento estaría de ejecutar la batalla ahora mismo, que si me dieseis un reino.

»—Y yo —contestó Tirante— para satisfacer vuestro deseo, querría ya encontrarme dentro de la liza.

»Como todavía no se podía celebrar la batalla, al día siguiente Kirieleisón suplicó al príncipe de Gales que lo acompañase a la sepultura de los dos reyes. El príncipe fue gustoso. Cuando el caballero vio la sepultura,

comprobó que sobre los cuatro escudos estaban los de Tirante. Kirieleisón reconoció enseguida las armas de su señor y las del rey de Apolonia, como también las de los duques, y con abundantes lágrimas y grandes gritos se lamentó de la muerte de su rey y señor. Tan grande fue el dolor, que rápidamente fue a descolgar los escudos de Tirante. Y era tan alto que con la mano le bastó; los cogió con gran ira y los lanzó por el suelo. Estando así llorando, vio que en el tabernáculo también estaban pintadas las armas de su señor y, sobre aquéllas, las de Tirante y, entonces, dio tan grandes golpes con la cabeza que el príncipe y los otros que allí se encontraban lo tuvieron que apartar medio muerto. Al volver en sí, abrió el tabernáculo y vio el aspecto que tenía su señor. Y podéis creer que tan grande fue su dolor y tan fuerte su ira, que la hiel le reventó y allí mismo, murió. Realmente, señor, si él no hubiese muerto en la forma que lo hizo, aquel día habría habido una gran batalla porque, cuando Tirante supo la noticia del gran ultraje que el caballero le había hecho con los escudos, hizo que nos armásemos trescientos caballeros.

»—También os tengo que informar, señor —continuó Diafebus—, que aquel Kirieleisón era muy amado por el rey de Frisa y que tenía un hermano no menos querido por el rey de Apolonia, ya que uno estaba con un rey y el otro, con el otro. Cuando Tomás de Montalbán supo que su hermano se había puesto en pie de batalla para vengar la muerte de los dos reyes, partió de Apolonia para ir donde estaba su hermano. Al llegar a Frisa, preguntó por él y le dijeron que hacía pocos días que había pasado a Inglaterra para combatir con Tirante el Blanco. Sin más deliberación partió a embarcarse. Cuando llegó al puerto, encontró a los servidores de su hermano, que le contaron lo que había ocurrido. Él, con gran ira, tanto por la muerte de los reyes como por la desventura de la muerte de su hermano, rápidamente se embarcó y pasó a la corte del rey de Inglaterra. Antes de ir a rendirle cortesía, se dirigió a la iglesia de San Jorge, pero allí no encontró los escudos, porque Tirante los había hecho llevar a su alojamiento. El caballero, al ver que no estaban, oró, miró la sepultura de los reyes y de los duques y el lugar donde habían puesto a su hermano, sin parar de lamentarse y llorar por su desventura. Después fue a presentar cumplidos al rey y a la reina y, rápidamente, preguntó por Tirante, el cual estaba con unas damas. Cuando Tirante supo que habían preguntado por él, dejó a las damas y se presentó ante el rey. Al verlo, el caballero dijo:

»—Tirante, he venido para vengar la muerte del virtuoso caballero y

hermano mío Kirieleisón de Montalbán. De acuerdo con el derecho de armas no me podéis rehusar. Yo os combatiré a toda ultranza sin añadir ni quitar nada según el requerimiento que os había hecho mi hermano.

»—Caballero —respondió Tirante—, el requerimiento que me acabáis de hacer es voluntario y, en tal caso, los jueces no tienen por qué aceptar que sea a toda ultranza. Por tanto, decid lo que hayáis de decir, porque yo os aseguro que si es cosa de honor, en breve seréis servido de todo lo que demandéis.

»—Tirante, yo creo que ya he dicho bastante para que entremos en batalla. Además aquí tenéis la carta de mi hermano y la respuesta que vos le disteis. Todo lo que se contiene en ellas, y a toda ultranza, lo combatiré.

»—Ceñíos a la batalla —dijo Tirante— y no os vayáis por las ramas, porque todo lo que habéis dicho no basta, ya que no ha salido de vuestra boca y, si no es así, no aceptaré vuestra demanda.

»—Soy persona muy cercana a Kirieleisón de Montalbán y, sin perderme en palabrería, os digo que como gran traidor habéis matado a mi soberano rey y señor, el rey de Frisa y a su hermano el rey de Apolonia, con quien me crié. Por este caso de traición os requiero a muerte a toda ultranza y, sobre todo, pensando en mi buen hermano, a quien yo tanto amaba.

»—Pues —dijo Tirante—, yo acepto la batalla como defensor del caso de traición que vuestro hermano y vos me habéis interpuesto, y digo que mentís por vuestra falsa boca. Entre nosotros sólo falta que pongáis vuestra petición en poder de los jueces de campo, para que asignen el día y, según la costumbre del reino de Francia, si tal día fallaseis, que yo pueda usar todos los derechos del defensor, ya que es muy feo el caso del que me habéis culpado.

»Entonces el caballero se quitó de la cabeza el bonete que llevaba; Tirante cogió una cadena de oro y lo pusieron en poder de los jueces de campo. Después se abrazaron y se besaron para perdonarse si uno de los dos moría.

»El día asignado para la batalla, Tirante, para ganar la ayuda de Nuestro Señor y en presencia del rey, dijo al caballero al entrar en la iglesia:

»—Mucho me gustaría que entre nosotros hubiese paz, amor y buena

amistad y que vos me perdonaseis a mí y yo a vos de las injurias que vuestro hermano y vos me habéis hecho. Pero no penséis que lo digo por cobardía, sino que estoy preparado para entrar en batalla ahora o cuando los jueces me lo manden. Os prometo ir descalzo a la casa de Jerusalén, estarme allí un año y un día y hacer decir cada día treinta misas por las almas de los reyes y de los duques que yo haya matado con mis manos y por la muerte de vuestro hermano, en la que no he tenido nada que ver.

»Este caballero, llamado Tomás de Montalbán, era un hombre de extraordinaria fuerza, muy bien proporcionado y tan alto que Tirante apenas le llegaba a la cintura. También era un caballero mucho más valiente que su hermano Kirieleisón. Cuando vio hablar así a Tirante, pensó que lo hacía porque le tenía miedo. Eso mismo pensaron otros caballeros, pero era todo lo contrario, ya que lo hacía para dar alguna satisfacción por la muerte de los cuatro caballeros.

»Muchas mujeres y doncellas dijeron a Tirante que se concordase con Tomás de Montalbán y que no entrase con él en el campo, porque era el hombre más fuerte y grande que se podía encontrar en aquel tiempo en toda la cristiandad. Pero Tirante les respondió:

«—Señoras, no os preocupéis, porque aunque fuese dos veces más grande y tan fuerte como Sansón, con una espada en la mano, no dudo en ganarle.

«—Mirad, Tirante —dijeron las señoras—, no quisiéramos que perdiérais el mérito de la fe, las caballerías y el honor que por vuestra virtud habéis sabido ganar, ya que a nosotras nos parece que el caballero es muy valiente. Sería para todas un gran consuelo que siguierais nuestro consejo, que os retractaseis y que no hiciérais esta batalla.

«—Señoras, esta oferta ya se la he hecho yo —respondió Tirante—. A partir de ahora, él sabe lo que tiene que hacer. Bien sé que este caballero es muy valiente o, como mínimo, ésta es la fama que tiene por el mundo. Pero la valentía no se demuestra con testimonios, porque muchas veces ocurre que alguien que es loado por alguna virtud, después posee muy poca. Ahora dadme licencia porque ya es hora de ir a armarme.

»Todas aquellas damas le pidieron que fuese al otro caballero y le rogaron que, con voluntad por ambas partes, cesase la batalla. El caballero, sin embargo, no lo quiso consentir, sino que con mucha soberbia respondió

que no haría nada por ellas ni por ninguna otra persona del mundo.

»Después de que el rey hubo comido, a la hora asignada, los caballeros se dirigieron al campo de la forma siguiente: Tomás de Montalbán iba a pie, todo armado y le llevaban cuatro lanzas bajas: con la primera lanza iban el príncipe de Gales y muchos duques; la segunda, en el lado derecho, la llevaba el marqués de San Empeire acompañado de muchos condes; la lanza del lado izquierdo la llevaban caballeros, y la lanza de detrás, honrados gentilhombres; él iba en medio de todos. Y así lo llevaron hasta la puerta del campo, donde había una gran tienda plantada, y allí lo dejaron. Entonces, todos los que lo habían acompañado se despidieron de él.

»Tirante fue también con cuatro lanzas, pero no quiso permitir que las trajesen caballeros, sino las más bellas, más galantes y mejor ataviadas doncellas de toda la corte. Él iba sobre un magnífico caballo todo blanco, con muchos ministriles, trompetas y tamboriles, mostrando gran alegría. Cuando Tirante estuvo dentro de su tienda, agradeció a todas las damas el honor que le habían hecho y todas las doncellas se arrodillaron en el suelo y suplicaron a la divina bondad que diese vida y victoria a Tirante.

»Los ayudantes elegidos por los jueces cogieron primero a Tomás de Montalbán, ya que era el requeridor, y lo pusieron dentro del campo en un pequeño pabellón de satén que cada uno tenía a un lado del campo. Después entró Tirante, ya que era el defensor; hizo reverencia al rey y a la reina y santiguó el campo con un pequeño abanico que llevaba en la mano. Hecho todo esto, fueron dos frailes de la orden de San Francisco al pabellón de cada uno y, por mandato de los jueces, los volvieron a confesar y comulgaron con un trozo de pan, porque no procedía darles, en un caso como aquél, el cuerpo de Jesucristo. Al salir los frailes de la liza, llegaron los jueces y pidieron al caballero requeridor que quisiese perdonar las injurias que le hubiesen hecho: esto era un ruego del propio rey y de ellos mismos. Pero el caballero respondió:

»—Muy magníficos señores, bien podéis ver que ahora no es el momento de perdonar la injuria hecha a mi rey y señor, el rey de Frisa, a mi hermano y a aquél que me ha criado, el rey de Apolonia. Por nada del mundo dejaría mi petición, ni por todo el tesoro, la gloria y el honor que en este mundo pudiese tener.

»—¡Oh, caballero! —dijeron los jueces—. Poneos en poder de la majestad

del señor rey y de nosotros, jueces de campo: elegiremos para vos la mayor parte del honor ya que sois el requeridor y la ofensa es contra vuestro señor natural, contra vuestro hermano y contra el rey que os ha criado. Nosotros estamos aquí para enmendarlo todo.

»—¡Eh! No hablemos tanto —dijo el caballero con gran soberbia—, que quiero comenzar ya la batalla. No hablemos, por tanto, de concordia ni de perdón, que de parte mía no los tendréis, sino que con mi cruel y afilada espada, daré nefandísima muerte a aquel ruin caballero y gran traidor Tirante el Blanco, gran falsificador de armas.

»—¿Cómo sois así —dijeron los jueces—, que queréis vencer las batallas con la soberbia? ¿No recordáis cómo Lucifer fue lanzado del cielo y perdió la silla de la gloria eterna porque quería ser igual a aquél que lo había creado? Y el Señor, que es humilde, piadoso y lleno de misericordia, perdonó a aquéllos que tanto daño le hicieron y que lo pusieron en la cruz.

»Entonces llamaron a un sacerdote con la custodia, el cual, con el Corpus en la mano, entró en el pabellón y le dijo:

»—Caballero, no seas cruel con tu Señor y creador que te ha hecho a imagen suya. Puesto que él perdonó a los que le dieron muerte, perdona tú a aquél a quien tienes que perdonar.

»El caballero se arrodilló cuando vio el precioso cuerpo de Jesucristo y lo adoró. Después dijo:

»—Señor, tú perdonaste a todos los que te dieron muerte. Yo, en cambio, no perdono, ni quiero perdonar a aquel traidor y réprobo perjuró Tirante el Blanco.

»Los jueces fueron al pabellón en el que estaba Tirante y le dijeron que si quería perdonar a su contrario. Tirante dijo:

»—¿Habéis hablado con el requeridor?

»Respondieron que sí y Tirante les dijo:

»—Yo hablaré como defensor. Si el caballero quiere batalla, aquí me encontrará; e igualmente si quiere paz. Que vea él qué le parece mejor y más seguro para él, que yo estaré de acuerdo.

»Los jueces, habiendo visto la buena respuesta de Tirante, volvieron al caballero y le dijeron:

»—Nosotros hemos estado con Tirante y él se ha ofrecido a hacer todo lo que nosotros creamos que es justo. Por esto queremos volver a rogaros que pongáis la decisión en nuestras manos y, con la ayuda de Nuestro Señor, vuestro honor será bien guardado.

»—¡Oh, cómo me disgusta —respondió el caballero— que queráis atormentar más a aquél que está tan atormentado! Bastantes palabras habéis malgastado ya, y cuantas más digáis, más en vano las malgastaréis.

»—Vámonos —dijo uno de los jueces—, que en este cruel hombre no encontraremos nada que sea para bien.

»Los jueces partieron descontentos con el caballero. Entonces hicieron tres rayas a cada parte de la liza, de forma que el sol no diese más en la cara de uno que en la del otro. Hecho esto, los jueces subieron al estrado, sonó una trompeta y dieron la orden por las cuatro esquinas de la liza de que, bajo pena de muerte, nadie osase hablar, toser ni hacer ninguna señal.

»Cuando todo estuvo a punto, quitaron los pabellones y pusieron a los caballeros en la primera raya. Cuatro ayudantes estaban con un caballero y otros cuatro con el otro, y cada uno tenía una lanza. Además, los cuatro ayudantes estaban repartidos dos en una parte del campo y los otros dos en la otra, para retener a los caballeros.

»Estuvieron un buen rato en la primera raya y, cuando sonó la trompeta, un rey de armas dijo:

»—¡Dejadles ir para que cumplan con su deber!

»Y los pasaron a la segunda raya. Poco después volvió a sonar la trompeta y los pasaron a la tercera raya, de forma que uno estaba enfrente del otro. Al sonar la trompeta por tercera vez, el rey de armas dijo:

»—Dejadles ir.

»Cuando los ayudantes los dejaron ir, levantando las lanzas por encima de la cabeza, el caballero se paró y no se movió. Tirante, cuando vio que no

se movía, comenzó a pasear por el campo. Después de estar pensando un rato, el caballero avanzó hacia Tirante y le dijo:

»—Gírate, traidor.

»—Mientes y por eso te combato —respondió él.

»El combate fue muy duro y fuerte. Pero el caballero era tan grande y tenía tanta fuerza que daba unos golpes tan fuertes que Tirante se veía obligado a inclinar la cabeza en cuanto recibía uno. Cuando la batalla hubo durado bastante tiempo y todos pensaban que Tirante llevaba la peor parte, se vio obligado a defenderse. El caballero le volvió a asestar tan gran golpe sobre el bacinete que le hizo hincar las dos rodillas en el suelo. Tirante, de rodillas como estaba, le tiró el hacha, le pegó en la ingle y le hirió, ya que no llevaban bragas de malla. Tirante se levantó rápidamente y la batalla continuó tan fuertemente como antes. El caballero, como se sentía herido, pensó en acabar rápidamente por miedo a desangrarse y le tiró la punta sobre los ojos con tanta fuerza, que le pasó la babera del bacinete y se la atravesó, de tal forma que la punta del hacha le tocaba el cuello y le hizo algunas heridas. Así, con los hierros clavados en el cuerpo, lo llevó desde el medio del campo hasta ponerle la espalda en la liza, y así lo tuvo durante un buen rato, de forma que Tirante no podía mover ni un pie ni una mano.

»—Ya sabe vuestra señoría —añadió Diafebus— que cuando las batallas se hacen siguiendo la costumbre de Francia, si se saca un pie, un brazo o una mano de la liza, se lo han de cortar; y en aquel caso, yo no daba nada por la vida de Tirante. Estando de aquella forma, el caballero no lo podía derribar y por esta razón soltó el hacha de la mano derecha y le levantó la careta del bacinete mientras con el cuerpo y la mano izquierda lo tenía muy fuertemente cogido. Cuando él vio que le tenía levantada la careta, con la manopla le pegaba en la cara y le decía:

»—Otorga, traidor, la traición que has hecho.

»Como vio que Tirante no hablaba ni decía nada y que con la manopla no le hacía bastante daño, pensó en quitársela. Lo hizo y le puso la mano entre la mejilla y el tejido del bacinete. En aquel momento a Tirante le cayó el hacha de donde la tenía atravesada y, cuando se vio libre de aquella arma, levantó su hacha con una mano e hirió la mano del caballero. Después, con la punta le hizo dos heridas, de forma que se vio obligado a

soltar las manos que apresaban a Tirante. El caballero, que se encontró sin hacha y sin manoplas, cogió la espada; pero de poco le valió, ya que Tirante, cuando se vio libre, lo sorprendió con unos grandes golpes de hacha. Así lo hizo retroceder hasta el otro lado de la liza y lo obligó a poner las espaldas pegadas al palenque. Cuando el caballero se vio en tal punto, inició la siguiente conversación.

»—¡Oh, triste y miserable de mí! ¡Triste fue la hora de mi nacimiento! ¡Grande ha sido mi desventura cuando he perdido las manoplas y el hacha, lo mejor de todo lo que tenía!

»—Ahora hace un momento, caballero —dijo Tirante—, vos me habéis recriminado de traición. Retractaos y os dejaré recoger las manoplas y el hacha, para que podamos combatir de nuevo a toda ultranza.

»—Tirante —dijo el caballero—, si me hacéis este favor, de buena gana renunciaré a todo lo que queráis.

»Inmediatamente Tirante llamó a los ayudantes y, delante de ellos, el caballero se desdijo de su demanda de traición. Entonces, dieron al caballero el hacha y las manoplas, pero tenía las manos muy heridas y la herida del vientre le hacía mucho daño a causa de la gran cantidad de sangre que perdía. Tirante se arregló la careta del bacinete y se puso en el medio del campo esperando a su contrincante.

»Cuando el caballero hubo recobrado sus armas, volvieron a la lucha. Ahora aún era más cruel y brava. Tirante tiene esa virtud: no pierde nunca el aliento, sino que le dura tanto como quiere. El otro caballero, por contra, aunque era grande y grueso, tenía muy poca resistencia; muchas veces le fallaba el aliento y tenía que reposar sobre el hacha para recuperarlo. Tirante se dio cuenta del defecto que tenía el otro y no le dejaba reposar, para que se cansase y para que se desangrase; lo tenía entretenido conversando y unas veces se acercaba y otras se alejaba, mientras que el pobre caballero hacía un gran esfuerzo para dar golpes tan mortales como podía. Por fin, a causa de la sangre que había perdido y por la falta de aliento, llegó un momento en que las piernas no lo podían sostener.

»Al observar Tirante que los golpes que le daba el caballero eran muy flojos y que ponía en ello muy poco coraje, se acercó a él con el hacha y le pegó un golpe tan grande sobre la cabeza, al lado de la oreja, que lo turbó. Inmediatamente le dio otro tan fuerte que lo hizo caer a tierra.

Rápidamente, Tirante se le puso encima, le levantó la careta del bacinete, le puso el puñal en el ojo para matarlo y le dijo:

»—Caballero de buena ventura, encomienda tu alma y no permitas consentir tu plena perdición. Date por vencido, ya que has renunciado a incriminarme y a la infamia que tú y tu hermano me habíais hecho. Dame por leal y liberado, ya que Nuestro Señor, que conoce la verdad, ha visto mi inocencia. Como caballero obtuve victoria sobre los reyes y sobre los duques. Si aceptas lo que te he dicho, gustosamente te perdonaré la vida.

»—Pues la fortuna lo ha permitido o quiere que así sea —dijo el caballero—, con mucho gusto aceptaré todo lo que me mandes, para liberar mi alma de la muerte eterna.

»Entonces Tirante llamó a los ayudantes y, en presencia de ellos, Tomás de Montalbán se desdijo de la infamante traición que le había hecho. Entonces Tirante hizo que los notarios del campo levantaran el acta correspondiente.

»Después, Tirante lo dejó, se colocó en el medio del campo, puso las rodillas en el suelo y dio gracias a la divina bondad porque, con su ayuda, había obtenido la victoria.

»Acabada la oración, Tirante fue al rey y a los jueces y les suplicó que le hiciesen justicia. Los jueces bajaron al campo, hicieron coger al caballero y, con la espalda por delante, lo hicieron llevar hasta la puerta de la liza sin ninguna arma ofensiva. Tirante, con la espada en alto en la mano, iba detrás de él, cara a cara. Cuando llegaron a la puerta, pararon al caballero y lo hicieron desarmar; a cada pieza de la armadura que le quitaban, la echaban sobre el palenque y caía fuera del campo. Cuando estuvo desarmado del todo, los jueces dictaron sentencia, en la que lo daban por falso, desleal, vencido, perjuro y sin fe. Le hicieron salir del campo antes que a nadie y lo llevaron, boca abajo, hasta la iglesia de San Jorge, mientras los jóvenes lanzaban muchos improperios contra él. Tirante iba siempre detrás. Al entrar en la iglesia, un perseverante cogió un plato de estaño y, con agua muy caliente, lo roció por la cabeza y por los ojos, diciendo:

»—Éste es aquel caballero que se ha retractado, vencido y sin fe.

»Seguidamente vino el rey con todos los estamentos, las mujeres y las

doncellas, y acompañaron a Tirante, el cual fue a caballo y armado hasta al apartamento del rey. Allí las doncellas lo desarmaron y los médicos lo curaron. Después lo vistieron con un manto de brocado forrado con martas cibelinas que el rey le dio. Cuando hubieron terminado, el rey lo invitó a cenar con él y seguidamente hicieron muchas danzas que duraron casi hasta el amanecer.

»—Señor —prosiguió Diafebus—, una vez que el caballero vencido se curó, se metió a fraile en un monasterio de la observancia de San Francisco. Cuando pasaron unos cuantos días, partimos con licencia del rey y fuimos a Escocia para hacerle honor a Tirante el día de la batalla que tenía acordada. Habiendo llegado, el rey y la reina de Escocia nos hicieron mucho honor.

»La reina, que era juez de la batalla y del campo, vio que cuando entraron en la liza para hacer armas, su caballero llevaba el bacinete con ventaja y fraude, y por eso solamente los dejó combatir un poco y no permitió que la batalla acabase».

—Veamos ahora, señor, y todos vosotros, caballeros entendidos en honor y en las armas —prosiguió Diafebus—, la siguiente cuestión: Tirante, en presencia del rey y de muchos nobles señores y caballeros, hizo juramento de no entrar en batalla ni emprender armas hasta que la batalla de Escocia acabase. Después vino Kirieleisón de Montalbán y lo requirió incriminándolo de traición. ¿A cuál de las dos cosas tenía que acudir primero: al juramento que había hecho o al caso de traición que le pusieron Kirieleisón y su hermano? Muchas razones se pueden hacer en uno y otro sentido. Pero la determinación la dejó a los buenos caballeros de honor. Señor, ¿qué puedo decir de Tirante a vuestra señoría? En once campos de liza a toda ultranza ha entrado y en todos ha sido vencedor, sin contar las otras armas que ha hecho. Pero señor, debo haber enojado a vuestra señoría de tantas cosas que os he contado. La cena está preparada y Tirante esta vez es el mayordomo. Después de cenar, contaré a vuestra señoría la orden y la fraternidad que el señor rey de Inglaterra ha establecido. Os avanzo que es muy semejante a la orden de la Mesa Redonda que el buen rey Arturo estableció en su momento.

—Diafebus —dijo el ermitaño—, mucho me han gustado tus palabras, pero sobre todo estoy contento de conocer la práctica de las armas que se ha hecho y, en especial, las del famoso caballero Tirante el Blanco, que tan buenas y virtuosas batallas ha hecho, aunque es muy joven. Si yo tuviese

un hijo tan virtuoso y tan buen conocedor de la orden de caballería, me tendría por el más bienaventurado cristiano del mundo.

Habiendo terminado el ermitaño de decir estas palabras, se acercó Tirante con mucha humildad y le dijo con la rodilla en el suelo:

—Me haríais un gran honor si vuestra señoría aceptase una pequeña cena con estos señores y hermanos míos.

Así pues, todos juntos fueron cerca de la cristalina fuente, donde encontraron muchas mesas preparadas. Después que el padre ermitaño hubiese dado la bendición, fueron servidas unas viandas tan exquisitas y abundantes como si se hallasen en una gran ciudad, ya que Tirante se había sabido proveer de todo. Y pasaron toda la noche hablando amablemente de las justas que se habían hecho en tan extraordinarias fiestas.

Capítulo VI. La Orden de la Jarretera

Al día siguiente, cuando el ermitaño bajó de su celda, Tirante y los demás le salieron al encuentro. Se sentaron sobre el verde y florido prado y el ermitaño les preguntó cómo se había instituido aquella nueva fraternidad que el rey había creado. Los caballeros dieron la palabra a Tirante, pero éste rogó a Diafebus que lo relatara él. Tirante se levantó y se dirigió a organizar las cosas que necesitaría el padre ermitaño. Entonces el virtuoso Diafebus se quitó el bonete de la cabeza y comenzó a hablar:

—Aunque ya se había cumplido el año y un día de las fiestas, el señor rey rogó a todos los estamentos que esperasen todavía algunos días, ya que su majestad quería publicar una fraternidad, nuevamente instituida, compuesta por veinticinco caballeros. El comienzo de esta hermandad, señor, según oímos todos los caballeros aquí presentes de boca del mismo rey, fue el siguiente: estando el rey cansado, un día en que se hacían muchas danzas, fue a reposar al fondo de la sala y la reina continuó con sus doncellas en el otro lado, mientras los caballeros bailaban con las damas. Madresilva, una de las doncellas, bailando, se acercó a la parte donde estaba el rey y, cuando giró, le cayó una liga de la media. No creáis señor que se trata de una doncella especialmente agraciada, sino que es una dama poco desenvuelta en la danza y, aunque canta bien, se pueden encontrar trescientas más agraciadas y más bellas que ella; pero, como sabéis, los deseos y apetitos de los hombres están muy repartidos. Entonces, uno de los caballeros que estaba cerca del rey le dijo:

»—Madresilva, habéis perdido las armas de vuestra pierna; me parece que habéis tenido un mal paje para atáoslas.

»Ella, un poco avergonzada, dejó de bailar y volvió para recogerla, pero otro caballero fue más rápido que ella y se la cogió. El rey, que vio la liga en poder del caballero, le llamó y le dijo que se la atase a él sobre la media de la pierna izquierda, justo debajo de la rodilla.

»El rey llevó esta liga más de cuatro meses y la reina nunca le dijo nada. Y

cuanto mejor se ataviaba el monarca, con más voluntad hacía brillar la liga. Nadie se atrevió a decir nada al señor rey, pero un día, un criado que gozaba del favor real, estando a solas con el rey le dijo:

»—Señor, vuestra majestad tendría que saber las murmuraciones que hacen los extranjeros, vuestros súbditos y hasta la misma señora reina.

»—¿Qué es? —dijo el rey—, ¡dímelo enseguida!

»—Señor, todos están admirados de que vuestra alteza lleve durante tanto tiempo y tan notoriamente una pieza de una doncella de tan baja condición y tan poco valorada. ¡Bien habría estado si se tratase de una reina o de una emperatriz! ¿Es que en todo vuestro reino no podríais encontrar una doncella de mayor categoría y más adecuada en linaje, belleza, gracia y saber, y más llena de virtudes?

»El rey contestó:

»—¡Así, pues, la reina está descontenta y los extranjeros y mis súbditos, admirados! Pues, *puni soit qui mal y pense!* —dijo estas palabras en francés y continuó—. Ahora prometo a Dios que sobre este hecho instituiré una orden de caballería que el mundo recordará siempre.

»En aquel punto, se hizo quitar la liga y no la quiso llevar nunca más.

»—Acabadas las fiestas, como os he dicho —dijo Diafebus al ermitaño—, el rey dio las siguientes órdenes:

»En primer lugar, que se hiciese una capilla bajo la invocación del bienaventurado san Jorge dentro del castillo de Óndisor y que la referida capilla fuese hecha como si se tratase del corazón de una iglesia de un monasterio de frailes. Mandó que, en la entrada de la capilla, se pusiesen dos sillas a cada lado y que, a partir de allí, se colocasen once sillas a cada lado, hasta llegar a veintiséis, para que en cada silla se sentase un caballero. En la parte superior del respaldo de la silla cada caballero tenía que tener una espada muy bien dorada y con vaina de brocado o de carmesí, bordada con perlas o plata. Al lado de la espada cada uno tenía que tener un yelmo, que podía ser de acero muy reluciente o de madera muy dorada y, sobre el yelmo, la divisa que cada caballero quisiese. En la parte de atrás del respaldo tendría que haber una plancha de oro o de plata con las armas del caballero en cuestión pintadas.

»—Después relataré a vuestra señoría —continuó diciendo Diafebus— las ceremonias que se tenían que hacer en la capilla y ahora os diré los caballeros que fueron elegidos. El rey eligió veinticinco caballeros y con él fueron veintiséis, ya que el mismo monarca fue el primero que juró guardar todas las ordenanzas contenidas en los capítulos. Tirante fue elegido el primero de todos los demás caballeros, porque había sido el mejor; los otros fueron elegidos entre los caballeros del reino: el príncipe de Gales, el duque de Betafort, el duque de Lencastre, el duque de Atzétera, el marqués de Sófolc, el marqués de san Jorge, el marqués de Bellpuig, el gran condestable Juan de Varoic, el conde de Nortabar, el conde de Salasbery, el conde de Estafort, el conde de Vilamur, el conde de las Marcas Negras, el conde de la Gozosa Guarda, el señor de Escala Rompuda, el señor de Puigverde, el señor de Terranova, micer Juan Stuart, micer Alberto de Rioseco; y por lo que hace a los extranjeros, lo fueron el duque de Berna, el duque de Anjou y el conde de Flandes. En total, veintiséis caballeros.

»Señor, a cada caballero elegido para formar parte de la hermandad le hacían esta ceremonia: elegían un arzobispo u obispo, le daban los capítulos de la fraternidad cerrados y sellados, y le enviaban al caballero que querían elegir. También le mandaban una tela bordada con jarreteras, o sea, ligas, forrada con martas cibelinas. Le hacían llegar igualmente un manto de damasco azul forrado con armiños, con un cordón de seda blanca para poder atárselo al cuello y así poderse doblar el manto sobre los hombros de forma que se les viese la ropa. El capirote estaba bordado y forrado con armiños. La ropa, el manto y el capirote estaban todos bordados con jarreteras; o sea, que estaban hechos de tal forma que representaban una correa de ceñir con hebilla y, de forma semejante a como la suelen llevar muchas mujeres galantes en las piernas para sujetar las medias, la correa daba una vuelta sobre la hebilla haciendo un nudo, de forma que de la cabeza de la correa colgaba un trozo donde se podía leer: «*Puni soit qui mal y pense*»! Cada caballero tiene la obligación de llevar la jarretera durante todos los días de su vida en cualquier situación en la que se halle. Y si se le olvidase o no la quisiese llevar, cualquier rey de armas, heraldo o persevante que lo vea ir sin ella, tiene absoluta potestad para poderle quitar la cadena de oro del cuello, aquello que lleve en la cabeza, la espada o cualquier otra cosa, aunque sea delante del rey o en la plaza mayor. Cada vez que no la lleve, el caballero tendrá que pagar dos escudos de oro y dárselos al rey de armas, al heraldo o al

persevante, de los cuales tendrán que ofrecer uno para comprar cera en cualquier capilla de San Jorge.

»El obispo, arzobispo o prelado que se ha indicado tiene que ir como embajador de la hermandad y no de parte del rey. Si hay iglesia de San Jorge, tendrá que llevar al caballero directamente allí, y si no, a cualquier otra iglesia. Entonces el prelado hará poner la mano del caballero sobre el altar y dirá las siguientes palabras:

«—Yo he sido enviado como embajador de toda la fraternidad de la próspera orden del bienaventurado señor san Jorge. A vos, caballero, que habéis recibido la orden de caballería y como de vos tienen buena opinión los buenos caballeros, para exigiros que, por el juramento que habéis hecho, lo guardéis todo en secreto y no manifestéis ninguna de estas cosas ni por vía directa ni indirecta, ni de palabra ni por escrito.

»Cuando el caballero jura cumplir y guardar todas estas cosas, le dan los capítulos. Después de haberlos leído, si los acepta, se arrodilla en el suelo, delante del altar o de la imagen de san Jorge y, con honor y reverencia, recibe la orden de la fraternidad de la jarretera. Si no quiere aceptarla, tiene tres días para pensárselo y, entonces, puede decir: «Mi persona no está en disposición de recibir una orden tan alta y llena de virtud como ésta».

»Entonces, escribe dentro de los capítulos su nombre, cierra el libro y, mediante el embajador, los devuelve a los de la fraternidad.

»Los capítulos de la orden de la jarretera son los siguientes:

»El primero indica que, si no se es caballero ordenado en armas, no se puede pertenecer a la fraternidad de la orden del bienaventurado señor san Jorge.

»El segundo señala que, quien recibe la orden, nunca podrá desatarse del vínculo de vasallaje que lo une a su rey y señor natural, por muchos males y daños que éste le pueda hacer.

»El tercero obliga a ayudar y amparar a mujeres viudas, hijos sin hermanos y doncellas; y, si les es solicitado, a entrar en campo cerrado con armas o sin ellas y a reunir gente, parientes y amigos para entrar en combate en pueblos, ciudades o castillos si la señora de honor en cuestión

fuese presa o detenida por fuerza.

»El cuarto ordena que, cualquier caballero que se halle en armas, tanto en mar como en tierra, nunca huirá por muchos enemigos que vea. Se puede retirar, retrocediendo sin dejar de mirar a los enemigos, pero nunca volverá la cara, porque si lo hiciese caería en un perjurio muy feo y la fraternidad tendría que expulsarlo de su seno, y degradarlo de la orden de caballería. En tal caso, se tendría que hacer un hombre de madera con manos, brazos y pies, y después de vestirlo con todas las armas, bautizarlo y ponerle el nombre de la persona a la que se va a degradar.

»El quinto señala que, si el rey de Inglaterra decidiese ir a conquistar la tierra santa de Jerusalén, el caballero lo tendrá que seguir aunque esté herido o enfermo, porque la conquista de Jerusalén pertenece al rey de Inglaterra y no a otro.

»—Con los capítulos —prosiguió Diafebus—, a cada caballero le mandan también una jarretera muy rica, ornada con diamantes y rubíes y otras piedras finas. Si acepta la jarretera y quiere pertenecer a la fraternidad, un día de aquella semana hace una gran fiesta por toda la ciudad o lugar donde esté, se viste con las ropas de la orden, cabalga sobre un caballo muy blanco, si lo puede conseguir; y, acompañado de mucha gente a pie, tiene que ir por toda la ciudad a hacer oración a la iglesia de San Jorge, si la hay; y si no, a otra.

»A partir de aquí, el rey lo nombra hermano de armas o conde, que quiere decir tanto como hermano de armas. Si en tal día alguno de los veintiséis caballeros se encuentra sano y dentro de la isla de Inglaterra, tiene que venir al castillo donde se hace la fraternidad. Si está en la isla y no va, tiene que pagar diez marcos de oro que han de ser destinados a cera. En cambio, si se encuentra fuera de la isla, no tiene que pagar nada.

»Señor, el rey ha concedido a esta fraternidad cuarenta mil escudos de renta al año, que se utilizan para los siguientes gastos: para hacer los vestidos y mantos para los caballeros de la fraternidad, y para comer la víspera y el día de San Jorge, ya que en tal jornada se tiene que organizar una gran fiesta.

»Ahora diré a vuestra señoría las ceremonias que se han de hacer en la iglesia en tan solemne ocasión. La víspera del santo, todos los miembros de la orden han de encontrarse allí con las vestimentas indicadas. Todos

han de ir a caballo hasta la puerta de la capilla, mientras que el resto tiene que ir a pie. Cuando hayan descabalgado, han de ir los veintiséis ante el altar donde se arrodillarán para hacer oración, porque entre ellos y el rey no tiene que haber ninguna diferencia. Después, cada uno tiene que sentarse en su silla. Cuando llegue el momento de perfumar con el incienso, lo harán conjuntamente dos presbíteros u obispos, de forma que uno irá por una parte de las sillas y el otro por la otra, y de igual forma se dirá la misa, la ofrenda y la paz. Cuando acaben de decirse las vísperas, con el mismo ceremonial, irán hasta una plaza donde habrá una gran colación de confites. Después de esto vendrá la gran cena, donde todos comerán tanto como quieran.

»A la mañana siguiente, día de San Jorge, volverán con idéntico ceremonial y, antes de la misa, tendrán capítulo en el cual será necesario que haya un rey de armas elegido, que se llamará Jarretera. A éste le dan mil escudos de salario cada año para visitar a los caballeros de la fraternidad que se encuentran al otro lado del mar, a fin de saber cómo se hallan y hacer la relación pertinente. Durante el consejo, elegirán a otro caballero, si alguno hubiese muerto, si hubiese faltado e incumplido con sus obligaciones o si hubiese huido en batalla; en este último caso, en presencia de todos, cogerán a un hombre de madera, lo bautizarán con todas las ceremonias habituales y le pondrán el mismo nombre del caballero; después lo degradarán del honor de la fraternidad y, si es posible, le darán cárcel perpetua hasta la muerte.

»Al día siguiente volverán, siguiendo el ceremonial acostumbrado, y harán celebrar un oficio de difuntos por el alma del caballero o caballeros que hayan muerto, mueran en aquel año, o por el primero que muera. Y éstos son los festejos establecidos para el día de San Jorge de cada año.

»Además señor, también ha sido decretado que veinte mujeres de honor pertenezcan a la orden de la Jarretera. Estas damas, que han de llevar la jarretera atada al brazo izquierdo, encima de toda la ropa, hacen los siguientes tres votos:

»El primero es que nunca dirá a marido, hijo o hermano, si se encuentra en guerra, que vuelva.

»El segundo es que, si sabe que alguno de los suyos se encuentra sitiado en pueblo, castillo o ciudad y pasa necesidad de víveres, ellas harán todo lo posible por enviárselos.

»El tercero es que, si alguien de éstos cae preso, se esforzarán todo lo que puedan para sacarlo, y pondrán sus bienes en este empeño, hasta la mitad de su dote».

—Señor —continuó Diafebus—, ya que os he hablado sobre la orden de la Jarretera, ahora os relataré cómo es el collar de la divisa instituida por el rey.

—Mucho me gustaría saberlo —asintió el ermitaño.

—Yendo un día el rey y la reina de caza con todos los estamentos —dijo Diafebus—, el rey había mandado a los monteros que preparasen para aquella jornada muchas bestias de especies diversas. Entre todos hicieron una gran matanza, ya que mandaron llevar las bestias a un portillo y allí, con flechas, ballestas y lanzas, las cazaron. Los cocineros, desollando un gran ciervo, casi blanco de tan viejo como era, que habían cazado, le encontraron un collar en el cuello todo de oro, y se lo notificaron al encargado de compras. Aquél rápidamente fue a verlo y, habiendo cogido el collar con la mano, lo llevó al rey. El rey lo tomó con gran placer y comprobó que en el collar había unas cartas escritas que decían que era del tiempo en que Julio César vino a conquistar Inglaterra y la pobló de alemanes y vizcaínos. Por lo que parece, antes de partir los romanos, cogieron este ciervo, le cortaron el cuero del cuello, le pusieron allí el collar, le volvieron a coser la piel y lo dejaron libre. El collar pedía que el rey que lo encontrase lo utilizase como divisa. El collar estaba formado por eslabones en forma de eses redondas, porque de todo el abecedario es la letra más perfecta. La ese, efectivamente, significa: santidad, sabiduría, sapiencia, señoría y muchas otras cosas. El magnánimo rey ha dado copias de este collar a todos los componentes de la fraternidad. También ha ofrecido otras copias de plata a muchos caballeros, tanto extranjeros como del reino, a mujeres y doncellas y a muchos gentilhombres. También a mí y a todos los caballeros que aquí estamos nos ha dado una copia.

—Mucho me ha alegrado todo lo que vuestra gentileza me ha narrado —dijo el ermitaño—. La orden de la Jarretera me place mucho porque está basada en virtuosas leyes de caballería y se adecúa mucho a mi voluntad y a mi espíritu. Decidme, caballero virtuoso, ¿no es de admirar lo que me habéis contado sobre el collar, sobre todos los festejos y sobre los combates que se han practicado? Nunca en mi vida había oído que se hubiesen celebrado unas fiestas tan solemnes.

Estas y otras palabras parecidas decía el ermitaño, cuando llegó Tirante y dijo:

—Padre y señor, ruego a vuestra merced que acceda a venir cerca de la fuente para tomar con nosotros un ligero refrigerio y nos conceda permiso para permanecer aquí cuatro o cinco días para hacer compañía a vuestra santidad.

El ermitaño aceptó la petición de buena gana y con él se quedaron más de diez días, durante los cuales hablaron de los virtuosos actos de armas, al tiempo que el ermitaño les daba muy buenos consejos.

Cuando llegó el momento de partir, habiendo observado Tirante que el padre ermitaño no comía otra cosa que hierbas y agua, le hizo llevar muchas viandas y otras cosas necesarias para la subsistencia.

El día que tenían que partir, Tirante y todos los demás le suplicaron que pernoctase aquella noche en una tienda suya porque querían salir muy temprano y no lo harían si él no les daba antes la bendición. El ermitaño, pensando que lo hacían por esta razón, aceptó. Le prepararon una cama pequeña y, una vez adormecido, Tirante hizo llevar dentro de su ermita gallinas, capones y otros avituallamientos para más de un año, y hasta le trajeron carbón y leña para que no tuviese que ir fuera de la ermita si llovía.

A la hora de partir, se despidieron del padre ermitaño y se dieron las gracias los unos a los otros.

Cuando ya estaban en el camino que los tenía que conducir a Bretaña, y el padre ermitaño había subido a su habitáculo para decir las horas, se encontró toda la casa llena de víveres y dijo:

—Ciertamente esto lo ha hecho el virtuoso Tirante. Quiero que, como prueba de su bondad y virtud, tenga parte en todas las oraciones que yo haga.

SEGUNDA PARTE. TIRANTE EN RODAS Y SICILIA

Capítulo VII. El sitio de Rodas

Tirante y sus compañeros caminaron tanto, que muy pronto llegaron a la ciudad de Nantes. Cuando el duque de Bretaña supo que Tirante venía con sus parientes y amigos, salió a recibirlo con todos los regidores y caballeros de la ciudad y le hicieron el mayor honor que pudieron, ya que había sido el mejor caballero de todos los que habían tomado parte en las grandes fiestas de Inglaterra.

Estando un día Tirante con el duque y con muchos otros caballeros hablando entretenidamente, vinieron dos caballeros de la corte del rey de Francia. El duque les preguntó si en la corte había alguna noticia y los caballeros contestaron lo siguiente:

—Sí, señor. Hay una noticia: cuando los templarios fueron matados y destruidos, se instituyó otra orden que se llama de San Juan de Jerusalén; cuando Jerusalén se perdió, estos caballeros poblaron la isla de Rodas, de forma que quedó vacío el templo de Salomón. También la isla fue poblada por griegos y por gentes que provenían de muchas otras naciones, y tanto la ciudad como el castillo fueron muy bien fortificados. Cuando el sultán de Alcaide tuvo noticia de ello, le disgustó mucho que los cristianos hubiesen poblado aquella isla y, por esta razón, cada año se preparaba para poder conquistarla. Al enterarse los genoveses de las intenciones del sultán y al ver que el puerto era muy bueno y la tierra pródiga en muchas mercancías, pensaron que, ya que ellos con sus naves iban muy a menudo a Alejandría y a Beirut, les vendría muy bien poseer aquel puerto. Esta idea fue expuesta al duque, el cual deliberó, con su consejo, que con poca dificultad podrían tomar la ciudad y el castillo. Entonces se pusieron manos a la obra, armaron veintisiete naves con gente muy buena y, a la entrada de la cuaresma, enviaron cuatro naves más. Pasados quince días enviaron cinco más, haciendo ver que lo que pretendían era sacar las naves a seco para arreglarlas. Después, a mitad de cuaresma, enviaron otras tantas y lo hicieron de tal forma que el domingo de Ramos las veintisiete naves se encontraban a la vista de Rodas, aunque fingían que unas iban a Alejandría y otras a Beirut. Algunas naves se detuvieron navegando mar adentro para no ser vistas desde tierra.

»Se había acordado que el Viernes Santo todas las naves entrarían en el puerto de Rodas, confiando en que aquel día tomarían la ciudad, ya que todo el mundo estaba dentro del castillo, porque quien en Viernes Santo oye los santos oficios, gana indulgencia plenaria. Además, aquél era el día más adecuado porque en aquella jornada sacaban todas las reliquias y las mostraban al pueblo, especialmente una espina de la corona de Jesús, que florece y está florida en tal día hasta la hora en la que Jesucristo entregó el espíritu. Los genoveses, malos cristianos, que sabían esta práctica del maestro de Rodas, se pusieron de acuerdo con dos genoveses más que estaban dentro del castillo. Éstos tomaron todas las nueces de las ballestas y las cambiaron por otras que eran de jabón blanco y de queso para que no pudiesen ser utilizadas si las necesitaban.

»Pero Nuestro Señor algunas veces permite un gran pecado si de ello se deriva un gran beneficio. Dentro de la ciudad había una gran dama que a causa de su belleza era festejada por muchos caballeros de la orden, pero con la que, por su gran virtud, no tenían nada. En especial, la amaba un caballero oriundo del reino de Navarra llamado Simón de Far. También un escribano de la nave del capitán de los genoveses, que había bajado a tierra, vio a la gentil dama y se enamoró mucho de ella. Angustiado por tanto amor como sentía, se decidió a hablarle y le rogó que le concediese su amor, que él le daría todo lo que quisiera, de forma que quedaría muy contenta. Así pues, le presentó un diamante y un rubí que valían quinientos ducados; metió la mano dentro de una bolsita que llevaba en la cintura, sacó un puñado de ducados y se los echó en la falda, cosa que le hizo alegrarse mucho. Después de hablar mucho, el Jueves de la Cena, el escribano obtuvo todo lo que quiso. Y la gentil dama, para poder conseguir mucho más de él, le hacía grandes halagos y le demostraba un gran amor.

»—Ahora —dijo el genovés—, puesto que me habéis concedido todo lo que quería de vos, os prometo que mañana os daré la casa amueblada más rica de toda esta ciudad, para que seáis la más rica y bienaventurada dama de ella.

»—¡Ay, mezquina! —replicó ella—, ahora que habéis tenido todo lo que queríais, ¿pretendéis burlaros de mí con promesas imposibles? Marchad con la paz de Dios y no volváis más a mi casa.

»—¡Oh, señora! —se lamentó el escribano—, yo creía haber conquistado un reino y me tenía por el más bienaventurado hombre del mundo

creyendo que vuestra vida y la mía serían una sola, que nuestros cuerpos no se podrían separar sino por muerte natural y que os convertiría en la señora más rica de toda la isla, ¿ahora me despedís? No crea vuestra galante persona que lo he dicho por burlarme de vos, porque os amo más que a mi propia vida, sino que os hablo con toda sinceridad. No tendréis que esperar mucho para ver que lo que os he dicho es verdad.

»—Si lo que acabáis de decir fuese verdad y alguna cosa buena podemos esperar, me lo tendríais que contar para que mi espíritu permaneciese consolado, ya que decís que me tenéis tanto amor. Pero vosotros los genoveses sois como los asnos de Soria, que van cargados de oro y comen paja, y por esto creo que lo que me habéis dicho tiene que ser burla y que lo decís solamente para engañarme.

»—Señora, si me prometéis guardar el secreto, os lo diré todo.

»La gentil dama se lo prometió y el genovés le dijo lo que tenían previsto hacer a la mañana siguiente. Cuando el escribano se fue, ella envió a un joven bien entendido y discreto al castillo. Éste encontró al maestro dentro la iglesia con todos los frailes que estaban oyendo los oficios de tinieblas. El joven habló con Simón de Far, le hizo salir fuera de la iglesia y le dijo:

»—Señor comendador, mi señora os ruega, si esperáis conseguir lo que de ella deseáis, que aunque estemos en días de Pasión, dejéis todas las cosas y que vayáis corriendo, ya que con mucha humildad os espera y desea serviros en una cosa que nunca olvidaréis.

»El caballero, movido más por el amor que por la devoción, dejó el servicio de Nuestro Señor y, tan secretamente como pudo, se dirigió a casa de la señora. Cuando ésta lo vio, lo recibió abrazándolo con mucho amor y, tomándolo de la mano, se sentaron. Entonces la señora le dijo en voz baja:

»—Caballero virtuoso, ya sé el gran amor que me profesáis y los afanes que habéis sostenido para obtener de mí lo que deseáis, pero como yo quiero guardar el honor y la fama que tiene que resplandecer en las mujeres de honor, nunca he querido admitir vuestras galanterías. Pero, para que tales trabajos tengan premio y para que no me tengáis por ingrata, os quiero dar a conocer dos cosas: primero, quiero que sepáis que estoy contenta de serviros en todo aquello que me sea posible; pero sobre todo os tengo que decir que os he hecho venir en tal día puesto que la necesidad lo pide, ya que os he de manifestar el inestimable dolor que

siente mi alma, que un sudor frío corre por mi cuerpo a causa del terrible espanto que tengo por la gran pérdida que le puede ocurrir al maestro de Rodas, a toda la orden religiosa y a todo el pueblo de esta ciudad.

»—Señora de mucha estima —dijo el caballero—, es una gran gloria para mí haber obtenido tan gran premio por lo poco que os he servido, y esta gracia la aprecio más que si me hubieseis hecho monarca del mundo. Suplico a vuestra gentileza que me queráis manifestar el caso al que os referís, para que por mediación mía pueda ser mantenida nuestra religión. Así pues, besándoos las manos, os suplico que me lo expliquéis para ver si se puede dar algún remedio a este hecho. No hay duda de que debéis ser ensalzada sobre todas las mujeres de honor y, por mi parte, os ofrezco mi persona, mis bienes y mi honor, aunque ya era todo vuestro.

»Muy contenta quedó la agraciada señora de las palabras del caballero y le contó todo lo que el escribano le había dicho. Cuando el caballero oyó sus palabras se admiró mucho pensando en la gracia que la Divina Providencia le había concedido al revelar un secreto tan grande. Entonces se arrodilló en el duro suelo para intentar besar los pies y las manos a la virtuosa señora, pero ella no lo consintió, sino que lo tomó del brazo, lo levantó del suelo, lo abrazó y lo besó con amor virtuoso. El caballero se despidió de la dama y fue prestamente a avisar al maestro para que tuviese tiempo de preparar la defensa. Al partir, la noche ya era oscura y el castillo estaba cerrado. A pesar de eso, Simón de Far fue a la puerta del castillo, sin temor a los peligros que le pudieran ocurrir, y llamó con grandes golpes. Los caballeros que hacían la guardia en la parte alta de la muralla preguntaron quién era aquél que llamaba. El caballero respondió que era Simón de Far y que le abriesen sin tardar. Entonces dijeron los de la guardia:

»—Vete, malaventurado: ¿no sabes los peligros que te esperan si el señor maestro sabe que a esta hora estás fuera del castillo? Vuelve por la mañana y podrás entrar sin problemas.

»—Ya sé todo eso que me decís —contestó Simón de Far—, pero esta noche quiero entrar en el castillo por encima de todo, por eso os ruego que digáis al señor maestro que me abran, ya que no me importa lo que me pueda acontecer.

»Uno de los guardias fue a la iglesia y encontró al maestro, que estaba cerca del monumento rezando las horas. Cuando supo que Simón de Far

se hallaba a tal hora fuera del castillo, dijo con gran ira:

»—Si Dios me deja ver la mañana, haré que le den tal disciplina que será castigo para él y ejemplo para los otros. ¡Oh, del mal fraile que así deja la religión! Desde que soy maestro no he oído ni sabido de nadie que a tal hora se encontrase fuera del castillo. Marchad y decidle que esta noche no puede entrar y que mañana recibirá una buena reprimenda.

»El maestro continuó haciendo oración, mientras que el guardia regresó con la respuesta. Cuando Simón de Far la supo, humildemente volvió a rogar a los caballeros de la guardia que pidiesen de nuevo al maestro que le hiciese abrir la puerta, ya que su entrada era muy necesaria y que después ya le daría la penitencia que merecía. Por tres veces se lo volvieron a decir, pero el maestro de ninguna forma le quería abrir. En aquel momento, un caballero muy viejo que se hallaba allí dijo al maestro:

»—Señor, ¿por qué vuestra señoría no da audiencia a este fraile Simón de Far? A veces ocurren cosas en una hora que no ocurren en mil años. Este caballero ya sabe la pena que le corresponde; por lo tanto, no le tengáis por ningún loco que quiera entrar sin causa a esta hora. Señor, yo he visto en otra ocasión que si no hubiesen abierto la puerta a la medianoche, el castillo de San Pedro se habría perdido si el maestro no se hubiese enterado a tiempo de que había allí una gran multitud de turcos.

»El maestro finalmente permitió que le abriesen y, después de hacerlo entrar, cuando lo tuvo delante le dijo:

»—¡Oh, mal fraile y peor caballero que, no temiendo a Dios ni a la orden que profesáis, estabais fuera del castillo en horas no honestas para frailes de cualquier religión! Yo te daré la penitencia que mereces. Venid vosotros, ministros de la justicia, ponedlo en cárcel y no le deis para comer más que cuatro onzas de pan y dos de agua.

»—La señoría vuestra —dijo el caballero— no tiene costumbre de condenar a nadie sin escucharlo. Si la razón que os daré no basta por redimir la pena, yo mismo pido recibirla doblada.

»—No te quiero oír —replicó el maestro—. Al contrario: quiero que mi orden sea ejecutada inmediatamente.

»—¡Oh, Señor! —insistió el caballero—, ¿seré tratado tan vilmente que ni

tan siquiera me querréis escuchar? Pienso que la señoría vuestra me tendría que escuchar, ya que en ello no os va solamente la vida y la dignidad, sino también el bien para toda la religión. Después, si lo que digo no es verdad, no quiero otra pena sino que me hagáis lanzar dentro del mar con una muela al cuello.

»El maestro, cuando vio que el caballero tanto se justificaba, mandó que le dejaran y dijo:

»—Ahora veremos qué tienes que decir.

»—Señor —contestó el caballero—, no es cosa que pueda decirse en público.

»Entonces, el maestro hizo retirar a toda la gente y el caballero comenzó su explicación:

»—Señor, por la inmensa y divina clemencia ha sido hecha a nuestra religión la mayor gracia que nunca pudiese hacer nadie, porque mañana vuestra señoría y todos nosotros podríamos estar muertos y se habría desmembrado toda nuestra orden, mientras que la ciudad y todo el pueblo habrían sido robados, las mujeres y las doncellas deshonradas y todo destruido. Por esto, señor, he venido en esta hora no temiendo ningún peligro para salvar la vida de vuestra señoría y la de todos los hermanos de religión. Y si de esto merezco castigo, lo soportaré con paciencia, porque prefiero morir que dejar que nuestra orden religiosa se pierda.

»—Te ruego, hijo mío —pidió el maestro—, que me digas qué ocurre. Yo, a fe de religioso, te prometo que la pena que te mereces se convertirá en honor para ti y que te haré el de mayor rango de toda nuestra orden, después de mí.

»Entonces el caballero, de rodillas, le besó la mano y le dijo:

»—Vuestra señoría tiene que saber que dos frailes genoveses de nuestra religión nos han vendido, porque por consejo de ellos han venido estas naves, llenas de genoveses y con poca mercadería. Los traidores que tenemos dentro del castillo han hecho una gran maldad, porque han quitado todas las nueces de las ballestas y han puesto otras de jabón blanco y de queso. Para mañana, que es Viernes de Pasión, han elegido los hombres más fuertes y dispuestos de todas las naves para entrar en el

castillo, cada uno de ellos con un nuevo tipo de ballesta descabalgada. Cada uno llevará también una espada o irá secretamente con armas largas hasta tierra. Vendrán de dos en dos con la excusa de adorar la cruz y de oír el oficio para que nadie sospeche nada. Cuando haya bastante gente, fácilmente podrán salir de la iglesia y, con la ayuda de los dos frailes que ya habrán tomado la torre del homenaje, darán entrada a los otros y se harán con todas las torres. Así, antes de que vuestra señoría se haya dado cuenta, se habrá tomado la mitad del castillo y en tal caso no dejaríais de caer muerto o preso y con vos, todos nosotros.

»—Si es así —respondió el maestro—, vayamos secretamente a la habitación de las armas y veremos si es verdad eso de las ballestas.

»Al llegar, encontraron que, de más de quinientas ballestas que había allí, solamente tres tenían nueces y que el resto las tenían de jabón o de queso. En aquel punto, el maestro se quedó atónito y reconoció que el caballero había dicho la verdad. Prestamente hizo reunir consejo de caballeros y ordenó prender a los dos frailes genoveses, los cuales, cuando vieron que el maestro los quería hacer atormentar, confesaron. Entonces los tomaron y los lanzaron a la base de una torre donde había muchas serpientes y víboras, como también otros animales viles. En toda la noche nadie durmió, sino que doblaron las guardias secretamente y eligieron a cincuenta caballeros jóvenes y dispuestos a apresar a quien viniese. Todos los demás se armaron por si se precisaba su ayuda.

»A la mañana siguiente, cuando hubieron abierto las puertas, los genoveses empezaron a entrar de dos en dos. Tres eran las puertas por las que tenían que pasar: la primera estaba toda abierta y solamente la guardaban dos porteros; mientras que en las otras dos solamente se podía pasar por la portilla. De esta forma, cuando se encontraban dentro del patio, cincuenta caballeros apresaban a los genoveses que entraban, los desarmaban y los echaban dentro de unas mazmorras profundas, unos sobre otros, de modo que si gritaban no podían ser oídos por los de fuera. Así murieron mil trescientos setenta y cinco genoveses aquel día y, si más hubiesen entrado, más habrían muerto. El capitán, que estaba fuera, cuando vio que tantos genoveses habían entrado pero que no salía ninguno, se refugió en las naves. Entonces el maestro, al ver que ya no entraba más gente, hizo salir fuera del castillo a la mayor parte de los caballeros y mandó que apresasen a todos los genoveses que encontrasen. Por su parte, el capitán hizo subir a bordo a la gente que le

quedaba y mandó zarpar hacia Beirut, porque sabía que el sultán se hallaba allí. Al encontrarse el capitán ante él, le contó todo lo que le había ocurrido en Rodas y, a instancias de los genoveses, se acordó que el sultán en persona se dirigiese a la isla, ya que con sus naves podría hacerlo en dos o tres viajes. Inmediatamente el sultán hizo preparar veinticinco mil mamelucos y los envió hacia Rodas. Cuando las naves regresaron, se embarcó el sultán con treinta y tres mil moros. Las naves iban y venían hasta el punto de que pasaron ciento cincuenta mil combatientes a la isla. Cuando la hubieron destruido toda, de cabo a rabo, pusieron sitio a la ciudad, mientras las naves guardaban el puerto para que no pudiesen entrar víveres. Cada día hacían tres combates en el castillo, uno por la mañana, otro al mediodía y el otro antes de la puesta del sol. Y aunque los de dentro se defendían muy virilmente como caballeros, estaban con mucha angustia porque les faltaban los víveres y cayeron en tan gran necesidad que tuvieron que comerse los caballos, los gatos y hasta las ratas. El maestre, viéndose en aquella situación, mandó llamar a todos los marineros para ver si podrían hacer pasar un bergantín entre las naves. Abastecieron el bergantín y el maestre escribió cartas al Papa, al emperador y a todos los reyes y príncipes cristianos en las que les notificaba el trance por el que estaban pasando y les rogaba que lo quisiesen ayudar. Una noche que llovía y había gran oscuridad, partió el bergantín entre las naves sin ser oído y consiguieron enviar las cartas.

»Pero a pesar de que todos los príncipes le daban muy buena respuesta, la ayuda tardaba mucho. Este hecho ocurrió también con el rey de Francia, el cual prometió mucho pero aún no ha hecho nada para ayudarlo».

Todo esto es lo que contaron los caballeros que habían venido desde la corte del rey de Francia a la del duque de Bretaña, el cual se dolió mucho de los peligros en que se encontraban el maestre y su orden religiosa y, allí, delante de todos, dijo que enviaría embajadores al rey de Francia y que, si él quería enviar socorros al gran maestre de Rodas, él iría de buena gana como capitán y para aquella empresa aportaría doscientos mil escudos de su parte.

Al día siguiente, por la mañana, hubo consejo en el cual fueron elegidos cuatro embajadores: un arzobispo, un obispo, un vizconde y el cuarto fue Tirante el Blanco, ya que era buen caballero y pertenecía a la orden de la Jarretera.

Cuando los embajadores se encontraron ante el rey de Francia, aquél les

indicó que al cuarto día les daría una respuesta. Pero pasó más de un mes antes de que pudiesen saber qué iba a hacer. Finalmente les dijo que, de momento, él no podía atender aquella causa, porque se hallaba ocupado en otros asuntos de mayor interés. Entonces los embajadores volvieron con la respuesta.

Tirante, al saber que tanta morisma estaba sobre Rodas y que nadie los socorría, habló con algunos marineros y les preguntó si él los podría socorrer. Le dijeron que si iba hasta allí, podría entrar dentro del castillo de Rodas no por la parte del muelle, sino por la otra.

Entonces Tirante, con el consentimiento del duque y licencia de su padre y de su madre, compró una nave grande y la hizo armar muy bien y proveerla de muchos víveres. Tirante tenía amistad con los cinco hijos del rey de Francia. El más pequeño de los hijos del rey, infante que era un poco ignorante y muy grosero, y por esta razón su padre le tenía en poca estima, era servido por un gentilhombre que dijo a Felipe las palabras siguientes cuando se enteró de que Tirante pensaba ir con una nave a Rodas para pasar después a Jerusalén:

—Señor, los caballeros que quieren conseguir honor cuando son jóvenes y dispuestos para ejercer armas, no tendrían que detenerse demasiado en casa de sus padres, especialmente si son los de menor edad y el padre no hace ninguna mención de ellos. Yo en vuestro lugar, antes preferiría ir paciando hierbas por los montes que permanecer un día más en esta corte. Recordad aquel refrán que dice: cambiando la edad, se cambia la ventura; y os aseguro que podríais encontrarla mejor en otro lugar que aquí. Fijaos en aquel famoso caballero Tirante el Blanco: después del gran honor que ha sabido ganar en las batallas en que ha luchado en Inglaterra, ahora está armando una nave grande para ir a Rodas y a la casa santa de Jerusalén. ¡Oh, qué gloria sería para vos partir secretamente de aquí y no decir nada a nadie hasta que estuviéramos dentro de la nave y cien millas dentro del mar! Tirante, que es un caballero virtuoso, os obedecerá y os dará el honor que merecéis, según la casa de donde venís.

—Mi buen amigo Tenebroso, reconozco que me dais muy buen consejo —afirmó Felipe—, y mucho me alegraría si lo pusiésemos en práctica.

—A mí me parece, señor —aconsejó el gentilhombre—, que tendría que acercarme a Bretaña, al puerto donde Tirante está preparando la nave, y pedirle que me deje ir en su compañía, atendiendo la buena amistad que

tengo con él. De esta forma pondré en la nave todas las cosas que podamos necesitar.

Felipe quedó muy satisfecho de esta decisión y dijo:

—Tenebroso, mientras vos vais a hablar con Tirante, yo recogeré todo el dinero que pueda, y también ropas y joyas, para que me pueda mostrar en cualquier lugar.

Al día siguiente, el gentilhombre partió con dos escuderos y caminó hasta que llegó donde se hallaba Tirante. Cuando Tirante lo supo, se alegró mucho, ya que sabía que Tenebroso era un gentilhombre valentísimo y muy discreto. Por esta razón le respondió de la forma siguiente:

—Señor y hermano mío Tenebroso, mis bienes, mi persona, la nave y todo lo que yo tengo se encuentra a vuestras órdenes. Tengo mucha suerte de que vos vengáis en mi compañía; pero por ninguna cosa del mundo permitiría que un caballero y gentilhombre pusiese víveres en mi nave, ya que se os dará todo lo que queráis.

Después de dar las gracias a Tirante, dejó allí a uno de sus servidores para que hiciese preparar una habitación dentro de la nave donde Felipe pudiese permanecer en secreto durante algunos días.

Mucho se alegró Felipe de saber la buena acogida de Tirante y, como Felipe ya tenía preparado todo lo que se tenía que llevar, a la mañana siguiente fue a ver a su padre el rey y, delante de la reina, le suplicó que le diese licencia para ir hasta París, que estaba a dos jornadas de allí, para ver la feria. El rey, con muy mala cara, le dijo que hiciese lo que quisiese. Él le besó la mano y lo mismo hizo con la reina; y a primera hora de la mañana, partieron. Al llegar al puerto, se embarcó y se escondió en una habitación de la nave, sin dejarse ver por nadie. Cuando la nave zarpó y estaban doscientas millas dentro del mar, Felipe se presentó a Tirante y éste se alegró mucho. Ya que se encontraban en alta mar, se vieron forzados a ir hacia Portugal, hasta llegar a la ciudad de Lisboa. Cuando el rey de Portugal supo que Felipe, el hijo del rey de Francia, venía en aquella nave, le envió un caballero con el ruego de que le hiciese el honor de su visita. Tirante y Felipe se ataviaron muy bien y, acompañados de muchos caballeros que iban con ellos, salieron de la nave y se dirigieron al palacio. Al ver el rey a Felipe, lo abrazó y le hizo un gran cumplido. Dos días estuvieron en su corte y, cuando decidieron irse, el rey hizo abastecer

muy bien la nave de todas las cosas necesarias. Y desde allí mismo, Tirante envió un gentilhombre al rey de Francia con unas cartas, en las que le explicaba lo que había ocurrido con su hijo. El rey, por su parte, se alegró mucho al saber la buena compañía en la que se hallaba Felipe, ya que pensaba que habría muerto o que se había recluso en algún monasterio.

Entonces Felipe se despidió del rey de Portugal, la nave se hizo a la mar y se dirigió hacia el cabo de San Vicente para pasar el estrecho de Gibraltar. Allí se encontraron con muchas embarcaciones de moros que se organizaron para tomar la nave de Tirante y, en consecuencia, se produjo un gran combate que duró medio día y en el que murió mucha gente de una parte y de otra. La batalla fue muy brava porque, si bien es verdad que la nave de Tirante había partido de Portugal solamente con cuatrocientos hombres de armas, era mucho más grande y alta que ninguna de las de los moros; no obstante, estaba sola, mientras que las otras eran quince, entre grandes y pequeñas. En la nave de Tirante había un marinero muy diestro que se llamaba Cataquefarás, hombre valentísimo que, viendo que la situación iba mal, tomó muchas cuerdas e hizo una red que colocó desde el castillo de popa hasta la proa de manera que abrazaba el árbol. Ató las cuerdas muy altas, de forma que no suponían ningún estorbo a los que combatían, sino que les impedía que cayeran heridos, ya que las piedras que lanzaban los moros eran tantas y tan gruesas, que si no hubiese sido por aquella red, toda la cubierta de la nave se habría llenado de piedras y de barras de hierro. Con aquel artificio, en cambio, no pudo entrar ni una sola piedra, ya que la que daba en las cuerdas salía rebotada al mar. ¿Qué más hizo este marinero? Cogió todos los colchones que encontró dentro de la nave y con ellos cubrió tanto el castillo de popa y el de proa como los lados, de forma que cuando los moros tiraban las bombardas caían encima de los colchones y no podían hacer ningún mal ni daño. Y aún hizo más: cogió aceite hirviendo y pez y, tan pronto como se afrenillaron las naves enemigas, echaban el aceite con cazos y, con la pez hirviendo, causaban grandes padecimientos a los moros, que se tenían que separar de la nave. A pesar de eso, tuvieron que pasar todo el estrecho de Gibraltar combatiendo noche y día, y fueron tantas las bombardas, dardos y pasadores que recibieron, que las velas estaban clavadas en el árbol de la nave, de forma que al querer bajar la antena, no

podieron conseguirlo. Por otra parte, se encontraban tan cerca de tierra que temían que la nave encallase al lado de la ciudad de Gibraltar. Pero los marineros eran tan buenos que rápidamente hicieron virar la nave, levantaron las velas y salieron del estrecho para entrar en el gran mar. En estos combates fueron heridos Felipe y Tirante, y también muchos otros. Por esta razón, fueron a una isla despoblada que hay cerca de tierra de moros y allí sanaron las heridas y repararon la nave tan bien como pudieron. Después navegaron por la costa de Berbería, donde todavía tuvieron que soportar muchos combates de naves genovesas y de naves moras hasta que llegaron cerca de Túnez. Y allí acordaron ir a la isla de Sicilia para cargar trigo.

Capítulo VIII. Tirante el Blanco en Sicilia

En poco tiempo llegaron al puerto de Palermo, donde se encontraban el rey de Sicilia, la reina, dos hijos y una hija de inestimable belleza, que se llamaba Ricomana, que era una doncella muy instruida y llena de virtudes. Como los de la nave estaban necesitados de víveres, hicieron bajar a tierra al escribano acompañado con cinco o seis hombres, pero con el mandato de que no dijese nada de Felipe ni de Tirante, sino que les hiciesen saber que se trataba de una nave que había partido de poniente y se dirigía a Alejandría con algunos peregrinos que iban al santo sepulcro.

Cuando el rey supo que venían de poniente, mandó llamar al escribano y a los que venían con él para saber nuevas de aquella tierra. Ellos le narraron los grandes combates que habían tenido en el estrecho de Gibraltar con los moros y con los genoveses y, habiendo olvidado el mandato que les había hecho Tirante, dijeron que allí venía Felipe, hijo del rey de Francia, en compañía de Tirante el Blanco. El rey, cuando supo que Felipe se hallaba en aquella nave, mandó hacer un gran puente de madera desde tierra hasta la nave, todo cubierto de raso. Además, para hacerle honor, entró con sus hijos en la nave y rogó a Felipe y a Tirante que saliesen a tierra y que descansasen allí unos días. Felipe y Tirante le dieron las gracias y dijeron que, para complacerlo, irían. Entonces el rey los sacó de la nave, los aposentó muy bien y les hizo servir muy buenas viandas y otras cosas necesarias para hombres que salen del mar. Pero, por consejo de Tirante, Felipe dijo al rey que no se alojaría hasta que no hubiese visto a la reina, cosa que alegró mucho al rey. Cuando llegaron a palacio, la reina y su hija la infanta los recibieron muy afablemente. Al volver a la posada la encontraron tal como merecía un hijo de rey.

Cada día, después de la misa y de comer, se reunían con el rey y especialmente con la infanta, la cual demostraba tanta afabilidad a los extranjeros que iban y venían, que por todo el mundo se hablaba de su virtud. Como se veían cada día, Felipe se enamoró de la infanta y ella también de él. Pero Felipe era tan vergonzoso que, cuando se hallaba delante de ella, casi no osaba hablar y cuando ella le hacía preguntas, no sabía qué responder, sino que era Tirante quien lo hacía por él. Y así,

Tirante decía a la infanta:

—¡Oh, señora, qué cosa es el amor! Felipe, cuando nos hallamos fuera de aquí, no se cansa en loar los bienes y las virtudes de vuestra señoría, pero cuando vos estáis presente, difícilmente puede hablar por exceso de amor. Ciertamente os digo, que si yo fuese mujer y encontrase alguien de la cualidad y linaje de Felipe, dejaría de amar a todos los demás y solamente a él amaría.

—¡Ay, Tirante! —dijo la infanta—, habláis muy bien. Pero, si es grosero por naturaleza, ¿qué placer y qué consuelo puede tener una doncella si todo el mundo se ríe de su caballero? Preferiría a un hombre que no fuese tan grosero y tan avaro, aunque no fuese de un linaje tan alto.

—Señora —respondió Tirante—, tenéis toda la razón, pero no se sienta en este banco el hombre de quien habláis. Éste es un hombre joven, pero viejo en sensatez, liberal, más animoso que ningún otro y muy afable y gracioso en todas las cosas. Cada noche le parece un año, mientras que el día le es placentero. Y si quiero darle gusto no tengo que hacer otra cosa más que hablar de vuestra señoría. Si esto no es amor, decidme, ¿qué es? Señora, amad a aquél que os ama, porque si bien es verdad que no habla mucho, aún lo deberíais tener por mejor. Guardaos, señora, de los hombres que con gran audacia y atrevimiento osen requerir a mujer o doncella, ya que un amor como ése no es bueno, sino que el amor que viene de pronto, más pronto se pierde. Éstos se llaman hombres corsarios y se dedican a robar a todo el mundo. Al contrario, señora, vale más un hombre que con temor y vergüenza llegue ante su amada, que difícilmente pueda pronunciar ninguna palabra y que con las manos llenas de temor diga lo que quiere decir.

—Tirante —añadió la infanta—, bien hacéis en elevar a Felipe a tal honor, ya que sois muy amigo suyo. Por la noble orden de caballería que tenéis, solamente podríais hablar bien de los vuestros, y por eso os tengo como el mejor. Pero no penséis que soy mujer que cree fácilmente, sino que quiero asegurarme de cuál es su práctica, su estado y su condición, y también saber si sería la persona adecuada para dar consuelo a mi alma. Y a pesar de que mis ojos se alegren de su visión, mi corazón y mi experiencia me manifiestan que aquél que yo contemplo es grosero y avaro, y éstas son enfermedades incurables.

—¡Oh, señora! Quien quiere mirar demasiado sutilmente, a menudo le

ocurre que elige la cosa más ruin, en especial tratándose de amores honestos y lícitos. Aún no hace tres días que paseando vuestro padre y yo por el jardín, comentamos sobre los diversos príncipes de la cristiandad y, hablando de vos, entre otras cosas me dijo que os quiere dotar de todas las tierras del ducado de Calabria, junto con doscientos mil ducados, cosa que querría hacer en vida, ya que así, cuando su alma partiese del cuerpo, se iría consolada. Yo, viendo su buena y recta intención, loé su decisión porque la señoría vuestra es merecedora de mucha dignidad y honor. Por esto os suplico que me queráis dar audiencia y que no os enojéis por lo que os tengo que decir. He visto llegar embajadores del Papa para contratar vuestro matrimonio con su sobrino, que muchos dicen que es su propio hijo, y lo mismo he visto hacer al embajador del rey de Nápoles, de Hungría y de Chipre. Y aunque yo no tengo el poder del cristianísimo rey de Francia, quiero contratar con vuestro padre y con vos este matrimonio con Felipe. Con los ojos podéis ver si es cojo o tuerto, si está lisiado de alguno de sus miembros, si es viejo o joven, si es valiente o cobarde. Y no piense vuestra señoría que, por ser servidor de Felipe, os doy razones ficticias o falsas, porque en el hombre que os propongo podéis ver todas las perfecciones. Vos, por la grandísima dignidad y cualidades que poseéis, sois merecedora de sentaros en silla imperial y bajo la corona de Francia, porque es de mayor dignidad que la del imperio romano. La gran dignidad del rey de Francia se muestra porque, por mandato de Nuestro Señor, un ángel le envió tres flores de lirio, cosa que no ha ocurrido con ningún otro rey del mundo. De esta forma, señora, no solamente podréis tomar parte en las cosas terrenales, sino que gracias a este infante podréis conseguir la santidad. Pensad, ¿quién es aquélla que puede tener asegurada la gloria en este mundo y el paraíso en el otro?

En esto vino la reina, los encontró hablando de esta manera y, al poco rato, dijo a Tirante:

—Virtuoso caballero, no hace una hora que el rey y yo hablábamos de vos y de vuestras caballerías, y el rey quiere encargarnos un hecho en el que nos va mucho a él y a mí. Estoy convencida de que lo aceptaréis como corresponde a un buen caballero.

—Señora —contestó Tirante—, vuestra excelencia me habla tan enigmáticamente que no sé qué tengo que responder. Pero con consentimiento del rey haré de buena gana todo lo que pueda por vuestra majestad.

La reina le agradeció mucho su buena voluntad. Entonces Tirante se despidió de la reina y de la infanta. Cuando se retiró a su posada, se ocupó de que la nave fuese preparada para partir rápidamente. Tirante vio venir otra por alta mar y, antes de ir a comer, le envió un bergantín armado para tener nuevas. Le dijeron que esta nave venía de Alejandría y de Beirut y que habían tocado la isla de Chipre, pero que no habían podido recalar en Rodas a causa de la multitud de moros que la tenían sitiada por mar y por tierra. También le dijeron que había muchas embarcaciones de genoveses que guardaban el puerto y la ciudad de Rodas, la cual se hallaba en tan mal estado que ya ni tenían pan para comer. Tres meses hacía que ni el maestre ni ninguna otra persona del castillo, ni de la ciudad, habían comido, y solamente, si podían, comían carne de caballo. También le indicaron que en pocos días se verían obligados a entregarse a los moros.

Cuando Tirante supo estas nuevas, después de pensarlo mucho, decidió cargar toda la nave de trigo y de otros víveres e ir a socorrer a los habitantes de la isla de Rodas. Y así lo hizo. Prestamente pagó a los mercaderes para que llenasen ésta de trigo, de vinos y de carnes saladas.

Enterado el rey de los preparativos que estaba haciendo, mandó llamar a Tirante y le dijo:

—Tirante, la gloria de vuestra empresa os eleva por encima de todos los príncipes de la cristiandad que, en tan gran necesidad como se encuentra, no han querido socorrer al maestre de Rodas. Si la divina bondad lo permitiese, yo querría ir con vos a la santa tierra de Jerusalén, pero disfrazado, para que nadie me reconozca. Preferiría esto a que me dieseis un reino y, por esta razón, os ruego que no me lo denegéis.

—Mucha gloria sería para mí —contestó Tirante— que vuestra excelencia me quisiese tomar por servidor, ya que no soy merecedor de otra dignidad. Y si la necesidad lo requiriera me ampararía bajo vuestra alteza como si fueseis mi señor natural. Tanto mi nave, señor, como mis bienes y mi persona, todos son de vuestra excelencia y en ellos podéis mandar como si se tratase de vuestra propiedad. Porque tengo que deciros, señor, que yo partí de mi tierra con el leal propósito de ir a Rodas para socorrer la santa religión.

—Tirante —dijo el rey—, ya veo vuestra intención y vuestro propósito y

observo que os comportáis como un católico y singular caballero cristiano. Mucho me alegro de vuestra meritoria empresa, que es santa, justa y buena, y por eso ahora aún tengo mayor interés en ir con vos. También os quiero decir que pongo a vuestra disposición todas las cosas que podáis necesitar para tal empresa.

Tirante se lo agradeció mucho, quedaron de acuerdo y suplicó al rey que subiese a la nave y mirase qué apartamento le agradaba más. Examinado el bajel por el rey, pidió que se le preparase una habitación cerca del árbol, porque es el lugar más seguro.

Muchas horas pasaban Tirante y el rey hablando cada día y ocurrió que empezaron a hablar de Felipe, al que Tirante deseaba casar con la infanta. Este casamiento, por otra parte, le venía bien al rey, porque así se vinculaba con la casa de Francia. Por esta razón el rey le dijo:

—Tirante, no querría cerrar nada sin conocer la voluntad de mi hija. Si a ella le place, por mi parte os ofrezco el matrimonio junto con la dote que le he ofrecido. De buena gana lo hablaré con la reina y con mi hija. Cuando sepa su determinación y antes de vuestra partida, se llevará a término el matrimonio.

Entonces el rey hizo venir a la reina y a su hija a su habitación y les dijo:

—Os he mandado venir aquí para manifestaros mi inminente partida, ya que he decidido ir en compañía de Tirante al santo sepulcro de Jerusalén. Pero como no quiero que nadie lo sepa, solamente deseo llevar conmigo un gentilhombre que me sirva. Antes de mi partida, querría que vos, hija mía, fueseis unida en matrimonio de forma que quedaseis alegre y consolada. Si dais vuestro consentimiento, nos podremos atar en hermandad con el más alto rey de la cristiandad, porque estoy seguro de que con el consejo y la ayuda de Tirante y con la voluntad que Felipe muestra, el asunto llegará a buen fin.

—Me parece —contestó la infanta— que vuestra señoría sabe que no pasarán quince días hasta que la nave esté preparada y en orden para partir. Durante este tiempo, con el consejo de mi tío y hermano vuestro, el duque de Messina, podréis concordar el matrimonio.

—Muy bien decís, hija mía —asintió el rey—, ya que bueno es pedir consejo.

—Perdóneme vuestra alteza —propuso la infanta— que me atreva a aconsejaros; pero, ya que habéis deliberado hacer este santo viaje, tendríais que celebrar una gran fiesta para que Tirante y todos sus compañeros os sirviesen de mejor grado cuando os encontréis mar adentro. Por otro lado, si se enterase el rey de Francia, sabría el trato que otorgáis a su hijo Felipe. Os pido, pues, que el domingo próximo mandéis celebrar fiesta y sala general que dure tres días, que las mesas estén preparadas noche y día y que todos los que quieran venir, puedan hallar en ellas viandas abundantes.

—En verdad, hija mía —dijo el rey—, vos habéis pensado mejor que yo. Satisfecho estoy, pues, que así se haga. Y como estoy muy ocupado en dejar el reino en buena situación a causa de mi partida, os ruego, infanta, que os dediquéis a organizado todo.

Entonces el rey hizo venir al mayordomo y a los compradores y les mandó que hiciesen todo lo que su hija Ricomana les indicase. Todo fue bien ordenado y organizado por la infanta, que demostraba así su gran discreción. Pero, en realidad, ella quería preparar esta fiesta para probar a Felipe y ver qué comportamiento tenía en la mesa. El día designado para el solemne convite, la infanta había ordenado que el rey, la reina, Felipe y ella comiesen en una mesa puesta en alto; mientras que el duque de Messina, Tirante, los otros condes y barones y las demás gentes, comerían en una mesa situada más abajo. La víspera de la fiesta, el rey mandó dos caballeros a Felipe y a Tirante para rogarles que a la mañana siguiente lo acompañasen a misa y a comer, cosa que aceptaron humildemente.

Por la mañana, se ataviaron lo mejor que pudieron, fueron a palacio con todos los suyos e hicieron reverencia al rey. Éste los recibió con gran afabilidad, tomó a Felipe de la mano y al duque de Messina y a Tirante, y así fueron hasta la iglesia. Cuando el rey entró en su capilla le pidieron licencia para acompañar a la reina y a su hija. Felipe tomó del brazo a la infanta, pero Tirante no se alejaba de Felipe por miedo a que hiciese o dijese alguna estupidez que desagradase a la infanta.

Celebrada la misa, fueron a comer. El rey se sentó en medio de la mesa y la reina a su lado. Y para hacerle honor, hizo que Felipe presidiese la mesa y puso a la infanta enfrente de Felipe. Y, aunque Tirante quería permanecer de pie cerca de Felipe, el rey le dijo:

—Tirante, mi hermano, el duque de Messina os espera y no quiere sentarse sin vos.

—Señor —respondió Tirante—, plazca a vuestra merced mandarle que se siente, porque en una fiesta como ésta es justo que yo sirva al hijo de un rey.

La infanta, un poco airada, intervino para decirle:

—No os preocupéis, Tirante, y no estéis continuamente en las faldas de Felipe, porque en la casa del señor rey, mi padre, hay bastantes caballeros que le servirán.

Como Tirante se vio forzado a irse, se acercó a Felipe y le dijo al oído:

—Cuando el rey tome agua, veréis que la infanta se levanta, se arrodilla en el suelo y mantiene la bacía en la mano; haced vos lo mismo que ella y no hagáis ninguna grosería.

Él respondió que así lo haría y Tirante se fue. Habiéndose sentado todos, trajeron el aguamanil al rey y la infanta, arrodillada, tomó un poco de agua de la bacía. Felipe quiso hacer lo mismo, pero el rey no se lo permitió. Cuando le tocó lavarse a la infanta, tomó la mano de Felipe para lavarse juntos; Felipe, cortés y gentil, dijo que eso no procedía y colocando la rodilla en el suelo, quiso sostener el plato, pero la infanta no se quiso lavar hasta que los dos no lo hiciesen juntos. Después trajeron el pan y lo pusieron delante de cada uno de los comensales, pero nadie lo tocó esperando que trajesen la vianda. Felipe, cuando vio el pan delante, cogió un cuchillo y lo partió en doce rebanadas y las aderezó. La infanta, cuando vio tal acción, no pudo dejar de reír. El rey y todos los que estaban allí se burlaban de Felipe, de forma que Tirante, que no quitaba nunca el ojo de él, se levantó corriendo y dijo:

—¡Dios mío! Felipe debe haber hecho alguna estupidez.

Se puso delante de la mesa y vio las rebanadas de pan que Felipe había cortado, mientras que nadie lo había tocado, y enseguida supo la causa de las risas. Entonces Tirante le arrebató las rebanadas, metió la mano en la bolsa y sobre cada rebanada colocó un ducado de oro. Cuando el rey y la infanta vieron lo que Tirante había hecho, dejaron de reír. El rey preguntó

a Tirante qué significaba aquello que había hecho.

—Señor —contestó Tirante—, cuando haya terminado lo que tengo que hacer, lo diré a vuestra alteza.

Tirante comenzó a dar las rebanadas a los pobres, se acercó la última a la boca, dijo una avemaría y acabó de repartirlas. Entonces preguntó la reina:

—Mucho me gustaría conocer el significado de esta acción.

Y Tirante respondió de la forma siguiente:

—Señor, vuestra excelencia y todos los demás estáis admirados de lo que Felipe ha iniciado y yo he terminado. La causa, ya que vuestra alteza lo desea saber, es que los cristianísimos señores reyes de Francia, por las muchas gracias que han obtenido de la inmensa bondad de Nuestro Señor Dios, instituyeron que todos sus hijos, antes de recibir la orden de caballería, del primer pan que les pongan delante al comer hagan doce rebanadas, que en cada una pongan un real de plata y lo den por amor de Dios en recuerdo de los doce apóstoles. Cuando han recibido la orden de caballería, en cada rebanada han de poner una pieza de oro. Y hasta la actualidad, así lo han practicado todos los que salen de la casa de Francia. Por esto, señor, Felipe ha cortado el pan y ha hecho doce rebanadas, para que cada apóstol tenga la suya.

—Así Dios me salve la vida —dijo el rey—, que esta caridad es la más bella que nunca haya oído. Yo, que soy rey coronado, no hago tanta caridad en todo un mes.

Cuando la vianda fue servida, la infanta dijo a Tirante que se marchase a comer. Felipe, conociendo su falta y la discreta reparación que Tirante le había hecho, tuvo gran cuidado durante la comida y solamente comía como lo hacía la infanta. Al levantarse de la mesa, ésta se puso a hablar con una doncella de su confianza y, con un poco de ira mezclada con amor, se lamentó de esta forma:

—¿No es mala suerte que no pueda hablar con Felipe ni una sola vez sin que intervenga Tirante? Si fuese hijo, hermano o señor natural suyo, no estaría siempre tan encima de él. ¡Oh, Tirante! Vete con tu nave y que seas bienaventurado en otros reinos, porque si no te vas, siempre viviré con pena porque con tu gran discreción reparas las indiscreciones de

otros. Di, Tirante, ¿por qué me enojas tanto? Si nunca has amado, habrías de saber que se encuentra un gran placer hablando a solas con la *persona* amada; pero yo, hasta ahora, nunca he sentido estas pasiones del amor. Me gustaba festejar y ser amada, pero como pensaba que eran vasallos y de la casa de mi padre, prefería ser loada que ser amada. Pero ahora, miserable de mí, cuando quiero dormir no puedo; mientras que nada de lo que como me parece dulce, sino que me parece amargo como la hiel. Mi alma no tiene bastante tiempo para pensar. Deseo estar sola y que nadie me diga nada. ¡Si esto es vivir, no sé qué debe ser morir!

Con palabras como éstas, la enamorada infanta se lamentaba al tiempo que destilaba lágrimas de aquellos ojos que tantas llamas de fuego habían encendido en el cuerpo de Felipe. Estando en esta situación, entraron en su habitación el rey y su hermano, el duque de Messina, que era virrey y lugarteniente general de todo el reino. El rey, que vio a su hija con la cara y el gesto llenos de dolor, le preguntó:

—¿Qué es esto, hija mía? ¿Por qué estáis tan triste?

—¿Cómo, señor, no os parece bastante razón —contestó la infanta— que vuestra señoría esté a punto de partir? ¿Qué haré tan desconsolada? ¿En quién tomará descanso mi alma?

Entonces el rey se giró hacia su hermano y le dijo:

—Duque, ¿qué os parece? La sangre propia no se puede volver agua.

El rey consoló tanto como pudo a la infanta con palabras de gran amor. Entonces, hicieron venir a la reina y estando los cuatro juntos, el rey dijo:

—Pues mi buena suerte y la divina providencia han decidido que no deje de hacer este santo viaje, me voy sin ninguna preocupación, ya que mi hermano permanece aquí en mi lugar y yo le ruego que os obedezca en todo lo que mandéis y ordenéis, porque éste será el mejor servicio que me podrá hacer. Además, os ruego, duque, que me digáis vuestro parecer sobre este matrimonio con Felipe.

—Señor —contestó el duque—, mucho me gustará manifestar mi parecer, ya que a vuestra excelencia y a la señora reina así os place. Puesto que vuestra alteza ha decidido emprender este viaje, en el que también va Felipe, soy del parecer que el matrimonio se tendría que hacer con el

consentimiento de su padre y de su madre. Llamad a Tirante y hacedle escribir cartas al rey de Francia para ver si este matrimonio es del gusto de los monarcas, para que no hagamos de la concordia, discordia y de la paz, guerra; y no puedan decir que hemos engañado a su hijo a causa de su corta edad. Porque si fuese hija mía, más me gustaría darla a un caballero con consentimiento de sus parientes que a un rey contra la voluntad de su pueblo.

El rey y la reina aceptaron con mucho agrado el consejo del duque. La infanta, de vergüenza, no osó contradecirlo, aunque, por otro lado, se alegró de que las bodas no se celebrasen tan rápidamente, porque aún no conocía bastante a Felipe. Más tarde llamaron a Tirante y le contaron la deliberación que habían tenido sobre el matrimonio. Él se encargó de escribir cartas al rey de Francia donde le pedía su consentimiento para esta boda y las envió en un bergantín que el rey hizo armar.

Mientras tanto, la nave de Tirante fue cargada de trigo y de otros víveres. Cuando el bergantín estaba para partir, el rey hizo ver que se iba en él, pero se encerró en una habitación de forma que no fue visto por nadie e hicieron correr la noticia de que iba hacia a Roma para hablar con el Papa. Por la noche, Tirante hizo entrar al rey y a Felipe, con toda la gente, dentro del bajel y fue a despedirse de la reina, de la infanta y de la corte. Entonces, la reina dijo a Tirante que tuviese cuidados con él porque era hombre de delicada complexión. Tirante le contestó que lo serviría como si se tratase de su señor natural.

Al punto de la primera guardia, la nave salió del puerto con muy buen tiempo y viento próspero; así, en cuatro días pasaron el golfo de Venecia, llegaron a la vista de Rodas, fueron al castillo de san Pedro y esperaron viento propicio. Durante la noche, con buen viento de popa, izaron de nuevo las velas y por la mañana, al amanecer, llegaron muy cerca de Rodas.

Capítulo IX. En la isla de Rodas

Cuando vieron los genoveses venir a aquella nave, pensaron que era una de las dos que habían enviado para traer víveres al campo. Como observaron que venía de levante, no podían pensar que ninguna otra nave tuviese el atrevimiento de llegar en medio de tantos bajeles como había en el puerto de Rodas. La nave se acercó a toda vela y por esto, y por la estructura general de la embarcación, los genoveses reconocieron que no era una de las suyas y se prepararon para atacarla. Pero la nave se hallaba ya tan cerca, que las de los genoveses no tuvieron tiempo de enarbolar las velas, de forma que la nave de Tirante, a velas llenas, pasó por en medio de todas las otras. A pesar de eso, recibieron muchas lanzas y pasadores, y también muchos golpes de bombardas y de otros ingenios de guerra. Tirante mandó al timonel que no girase la nave, sino que dirigiese la proa hacia un arenal que había al lado de la muralla. Y, a toda vela, embarrancaron en la playa.

Cuando los de la ciudad vieron la nave, pensaron que era de los genoveses, que, por fin habían decidido tomarla. Todos se acercaron a aquella parte de la población y les combatieron muy bravamente, mientras que los de la nave rebatieron con gran angustia el ataque, hasta que un marinero tomó una bandera de Tirante y la levantó. Al verla, los de la población detuvieron la lucha. Entonces, Tirante hizo saltar a un hombre que se aproximó y les comunicó que aquélla era una nave de socorro. Al saber los de tierra que el capitán era francés y que llevaba la nave cargada de trigo, fueron a decírselo al maestre, el cual, arrodillado en el suelo, dio gracias a la divina providencia porque no los había olvidado. El maestre bajó del castillo junto con los caballeros, mientras que los hombres de la ciudad, con talegos, entraban en la nave para sacar trigo y almacenarlo.

Cuando el maestre supo con certeza que se trataba de Tirante, mostró un gran deseo de verlo, ya que conocía su extraordinaria virtud; así pues, mandó a los dos caballeros de mayor rango a pedir a Tirante que bajase a tierra. Tirante los recibió con mucho honor y los caballeros le dijeron estas palabras:

—Señor capitán, el señor maestro ha bajado del castillo y se encuentra en la ciudad esperándoos, concededle la gracia de ir, ya que desea mucho veros a causa de la fama de virtuoso que tenéis.

—Señores caballeros —contestó Tirante—, decid a mi señor el maestro que lo más pronto posible estaré con él; que ya habría salido a hacerle reverencia si no fuese porque espero descargar la nave, no sea que se parta, a causa del peso que lleva, y que el trigo se pierda. Ahora, caballeros, os ruego que me queráis hacer dos favores: uno, que toméis una ligera colación conmigo; y el segundo, que permitáis que dos gentilhombres míos vuelvan con vosotros porque es importante que hablen con el maestro antes de que yo salga a tierra.

—Señor capitán —respondieron los caballeros— no os podemos denegar estas cosas, especialmente la primera, que nos llena de placer.

Tirante les dio de comer tan bien que a ellos les pareció que habían vuelto de la muerte a la vida. Por otro lado, había hecho preparar una magnífica comida en una posada de la ciudad porque sabía que el maestro y todos los de su religión lo necesitaban mucho. Cuando los caballeros se fueron, Tirante llamó a dos de sus gentilhombres y les dijo que hablasen en secreto con el maestro y que le hiciesen saber que con él venían el rey de Sicilia y Felipe, hijo del rey de Francia, los cuales se dirigían a Jerusalén y que le preguntasen si estarían seguros en su tierra. Cuando los gentilhombres le hubieron explicado la embajada al maestro, éste les dijo:

—Gentilhombres, decid al virtuoso Tirante el Blanco que gustosamente mantendré en secreto todo lo que él diga y que en mi tierra no tiene que pedir ninguna seguridad, porque es la suya, puesto que se ha ganado tanto nuestra voluntad que es señor de nuestras personas y de nuestros bienes. Por tanto, le ruego que él mande y ordene como si fuese maestro de Rodas. Y si quiere el cetro de la justicia y las llaves del castillo y de la ciudad, enseguida todo le será entregado.

Habiendo conocido Tirante la respuesta de sus embajadores, manifestó al rey de Sicilia la gran cortesía del maestro. El rey y Felipe salieron disfrazados de la nave y se dirigieron a la posada que les habían preparado; Tirante, por su parte, fue también allí muy bien ataviado. En aquella ocasión vestía un jubón de brocado carmesí debajo de un jaserán de malla y sobre él una chaqueta de orfebrería bordada con muchas perlas. Llevaba ceñida la espada, la jarretera en la pierna y se cubría la

cabeza con un bonete de grana que llevaba un broche de gran valor.

Tirante entró en la ciudad, muy bien acompañado de caballeros, y encontró al maestro en una gran plaza. Las mujeres y las doncellas estaban en las ventanas, en las puertas y en las azoteas para ver quién era aquel bienaventurado caballero que les había liberado de tan cruel hambre y penosa cautividad. Cuando Tirante llegó delante del maestro, le hizo honores de rey y le quiso besar la mano, pero el maestro no lo consintió sino que lo cogió del brazo y lo besó en la boca. El maestro le contó los grandes combates que noche y día les presentaban el sultán por tierra y los genoveses por mar. También le indicó que estaban a punto de rendirse a causa de la extrema hambre que tenían, y que no se podían mantener más porque se habían comido los caballos y los otros animales que había allí, hasta el extremo de que sería una auténtica maravilla si se hallaba un solo gato.

Acabada la relación de los males pasados, Tirante dijo al maestro:

—Vuestras justas plegarias, reverendísimo señor, y las dolorosas lágrimas del afligido pueblo, han movido a la inmensa bondad de Nuestro Señor Dios, el cual no permite ni permitirá que vuestra hermandad sea destruida a manos de los enemigos de la fe católica. Alegraos, porque con la ayuda divina toda esta morisma lo más pronto posible estará fuera de la isla. Pero como la necesidad más grande es lo primero que se ha de socorrer, os ruego que toméis una pequeña comida en nuestra posada, ofrecida por mí a vos y a todos los que aquí se hallan.

—Virtuoso caballero —dijo el maestro—, con infinitas gracias acepto vuestro ruego dada nuestra necesidad, porque estoy en tal punto que solamente con fatiga pueden salir las palabras de mi boca.

Después de esto, Tirante hizo poner muchas mesas en medio de la gran plaza, en las que hizo sentarse al maestro, a su estamento y a todos los caballeros de la religión y, a pesar de que el maestro rogó a Tirante que se sentase cerca de él, aquél se excusó porque quería repartir comida a la gente de la ciudad. Tirante tomó un bastón de mayordomo, hizo llevar las viandas al maestro, le dio dos parejas de pavos, muchos capones y gallinas de Sicilia y a todos los demás aquello que necesitaban. Cuando hubieron comenzado a comer, Tirante mandó tocar las trompetas e hizo llamada para que todos los que quisiesen comer y no tuviesen mesa, se sentasen en el suelo y allí les sería servido todo lo que necesitasen.

Prestamente muchas mujeres y doncellas, y también gran multitud de la gente del pueblo, se sentaron alrededor de la plaza, que era muy grande. Tirante ordenó que todos tuviesen qué comer. Así mismo, se encargó de llevar muchas viandas a los que guardaban el castillo. Con la ayuda de Nuestro Señor y con la buena diligencia de Tirante, todos quedaron muy alegres. Después Tirante hizo sacar de la nave muchos toneles de harina, los hizo poner en medio de la plaza y suplicó al maestre que dos caballeros de la orden, con los regidores de la ciudad, repartiesen toda aquella harina entre la gente del pueblo, ya que él todavía tenía más para abastecer al castillo. Además, le suplicó que hiciese poner a punto los molinos porque hacía mucho tiempo que no habían molido.

Inmediatamente Tirante mandó hacer un bando para que todos los que quisiesen harina viniesen a la plaza. Cuando ésta fue repartida, hizo distribuir el trigo por las casas según las personas que vivían. Y en este mismo orden repartieron el aceite, las legumbres, las carnes y todas las otras provisiones.

Distribuidos todos los víveres, el maestre rogó a Tirante que le llevase a la posada donde se alojaban el rey de Sicilia y Felipe de Francia. Tirante se alegró mucho y les mandó aviso para que estuviesen preparados. El maestre y Tirante entraron en la habitación y al verse el rey y el maestre se abrazaron y se hicieron los honores mutuamente. Entonces el Maestre abrazó a Felipe. Después les rogó que abandonasen la posada y fuesen al castillo. Pero el rey dijo que allí estaba muy bien instalado y no se quiso cambiar.

—Señor —dijo Tirante al maestre de Rodas—, se hace de noche, subid a vuestra fortaleza y mañana nos ocuparemos de la guerra para liberar a la ciudad y a la isla de esta morisma.

Cuando llegó la noche, movidos por la gran alegría que sentían, la gente del castillo y de la ciudad encendieron tan grandes hogueras que se podían ver desde Turquía e hicieron sonar trompetas, tambores y otros instrumentos. A causa de las hogueras, se extendió por todas partes la noticia de que el sultán había tomado la ciudad y el castillo con el maestre de Rodas y toda su gente dentro. Aquella noche Tirante y los suyos estuvieron de guardia en el puerto. Las naves de los genoveses estaban muy cerca de tierra, en especial la nave de su capitán. Casi a medianoche un marinero se acercó a Tirante y le dijo:

—Señor, ¿qué daría vuestra merced a quien quemase la nave del capitán de los genoveses?

—Si haces tal cosa —contestó Tirante—, de buena gana te daré tres mil ducados de oro.

—Señor —añadió el marinero—, si vuestra merced me promete dármelos, a fe de caballero, yo pondré en esta empresa todo mi saber. Si no lo consigo, me haré vuestro preso.

—Amigo —respondió Tirante—, no quiero que pongas prendas de ningún tipo ni que te obligues a ninguna cosa porque la infamia y la vergüenza que tendrás si no haces lo que me has dicho, te será bastante castigo. Por lo que a mí respecta, te prometo que si mañana, entre todo el día y la noche, la quemas, te daré todo lo que te he prometido y aún más.

Y durante la mañana siguiente el marinero organizó todo lo que necesitaría.

Cuando el maestro hubo oído misa se reunió con el rey, con Felipe y con Tirante. Entonces, un caballero de la orden dijo:

—Me parece, señores, que el maestro tendría que hacer un presente al gran sultán de muchos y distintos víveres para hacerle perder la esperanza que tiene de tomarnos a causa del hambre. Y ahora que saben que ha venido una nave que ha entrado a pesar de ellos, que sepan también que estamos muy bien provistos de todo lo que necesitamos y que les queremos hacer partícipes.

Este consejo del anciano caballero fue aprobado y loado por todos los magnánimos señores y enseguida ordenaron que le fuesen enviados cuatrocientos panes calientes, vino y confites de miel y de azúcar, tres parejas de pavos, gallinas y capones, miel, aceite y de todo lo que habían traído. Cuando el sultán vio el presente, dijo a los suyos:

—Que sea quemado este presente y el traidor que lo envía, ya que será la causa de hacerme que pierda todo el honor.

A pesar de eso, recibió amablemente al portador y agradeció al maestro lo que le había enviado. Recibieron la respuesta casi a la hora de comer, cuando el maestro se disponía a despedirse del rey y de los demás. Entonces, el rey dijo:

—Señor maestro, ayer fuisteis el invitado de mi amigo Tirante, por eso os ruego que hoy comáis conmigo.

El maestro aceptó la invitación y se quedó a comer. Cuando acabaron, Tirante aconsejó a Felipe que invitase al maestro para la mañana siguiente, cosa que aquél aceptó de buena gana. El maestro y Tirante partieron de la posada y fueron reconociendo la ciudad para ver los lugares donde podrían combatir a los moros. Llegada la hora, el maestro se dirigió a su castillo y Tirante volvió a la posada del rey. Después de cenar fueron a hacer la guardia y a observar si el marinero hacía lo que había dicho.

En la oscuridad de la medianoche, el marinero quemó la nave del capitán y lo hizo de la forma que a continuación se relata.

El diestro marinero aseguró fuertemente un cabrestante —o sea, un torno de tracción— en tierra, al lado del mar. Después cogió una maroma, de un dedo de gruesa y muy larga, y una cuerda de cáñamo, y las puso dentro de una barca en la que había dos hombres que bogaban. Cuando llegaron cerca de la nave, de forma que podían oír a los que hacían guardia en el castillo de popa, hizo detener la barca, se desvistió de todo, se ciñó una cuerda y se colocó en la cintura un pequeño puñal bien afilado. Entonces pidió a los de la barca que no dejaran de darle cuerda. Se lanzó al agua y se acercó tanto a la nave que podía oír muy bien hablar a los que estaban de guardia. Metió la cabeza debajo del agua para no ser visto, llegó donde estaba el timón de la nave y se paró para comprobar que nadie lo había visto. En la parte de debajo del timón de todas las naves encontraréis grandes anillas de hierro que se usan para girar las naves cuando se quiere que enseñen carena o cuando es necesario despalmarlas y también para atarlas al timón cuando se rompen las agujas. El marinero pasó la cuerda por la anilla, tomó el cabo y se lo volvió a atar; buceando, volvió a la barca. Ató el cabo de la cuerda en el cabo de la maroma, lo embadurnó todo muy bien con sebo y cogió otro gran trozo con el fin de embadurnar también la anilla para que la cuerda pasase mejor y no hiciese tanto ruido. Había ordenado a los hombres de la barca que, cuando hubiesen cogido el cabo de la maroma, tomasen un trozo de hierro y que lo cruzasen por en medio de la maroma para que al llegar la anilla no pudiese pasar y que él pudiese de esta forma saber que ya había llegado el cabo. Se volvió a lanzar al agua y regresó a la nave. Hizo todo tal como estaba previsto y cuando le pareció que era el momento adecuado, se fue. Salió a tierra y

ató un cabo de la maroma en el cabestrante y el otro a una gran barca, como si fuese un ballenero, la cual ya estaba llena de leña y de tea rociada con aceite para que quemase bien. Entonces le prendieron fuego y cuando ya ardía con viveza, cien hombres empezaron a poner en funcionamiento el cabrestante. La fuerza del cabestrante fue tan potente que el ballenero llegó rápidamente al lado de la nave y ésta rápidamente se prendió con tan gran furia, que nada en el mundo hubiese sido suficiente para apagar el fuego. Todo fue tan inesperado, que los de la nave no tuvieron tiempo más que para huir con las barcas o lanzarse al mar para intentar pasar a las otras naves. Pero muchos murieron quemados porque no tuvieron tiempo de poder salir, especialmente los que dormían.

Los que hacían la guardia en el castillo fueron a decir al maestre que había un gran fuego en la nave de los genoveses. Al instante el maestre se levantó, subió arriba de una torre y cuando vio el gran fuego exclamó:

—Por Dios, estoy seguro de que esto lo tiene que haber hecho Tirante, porque anoche me dijo que quería probar si podía hacer alguna luminaria entre las naves de los genoveses.

Cuando llegó la mañana, Tirante dio tres mil ducados al marinero, y también un vestido de seda forrado con martas y un jubón de brocado. El marinero le dio infinitas gracias y quedó muy contento. Cuando el sultán vio la nave quemada, dijo:

—¿Qué hombres del diablo son éstos que, no temiendo a los peligros de la muerte y a toda vela, han pasado por en medio de tantas naves como había en el puerto y han socorrido a la ciudad? Y si han comenzado por quemar la nave del capitán, lo mismo harán con las otras, porque es de gran admiración que nadie se haya enterado de nada y que nadie sepa cómo lo han hecho.

Mientras la nave se quemaba, también se quemó la maroma con que estaba atado el ballenero y de esta forma los de tierra pudieron recobrar el cabo con el cabrestante. Por eso, los moros no podían sospechar cómo había llegado el ballenero precisamente a aquella nave y no a ninguna otra. El sultán mandó llamar a todos sus capitanes, tanto a los de tierra como a los de mar, y les contó no solamente este hecho sino también el presente que el maestre le había enviado para demostrarle que la ciudad estaba muy bien provista. Por eso deliberaron levantar el sitio e irse, aunque, eso sí, con la promesa de que al siguiente año volverían.

Prestamente hizo sonar las trompetas y los añafiles, izaron las velas y fueron al norte de la isla donde pensaba reunirse con toda su gente. Cuando las naves llegaron hasta aquel punto, la morisma que había en tierra asediando la ciudad comenzó a irse muy rápidamente y con gran desorden por miedo a que saliesen los de la ciudad.

La prisa fue tanta que un jinete no pudo controlar su caballo y se dirigió hacia la ciudad, de forma que los demás no se atrevieron a seguirlo. Cuando Tirante vio que los moros levantaban el campo, hizo armar a toda su gente; rápidamente salieron de la ciudad y prendieron fuego a las barracas para que, si volvían, tuviesen el trabajo de rehacerlas. En esto, el jinete se acercó donde ellos estaban y, con gran alegría de Tirante, lo hicieron preso.

Aquella noche los moros montaron las tiendas cerca de una corriente de agua. Por la mañana, Tirante oyó misa y preparó su caballo. Tomó una ballesta y muchas flechas envenenadas y se las colocó en la correa. También cogió una lanza corta de mano y salió solo de la ciudad para ver si los moros habían partido del lugar donde habían levantado las tiendas. Subió a un monte y vio que los moros se iban, con mucha prisa, en dirección al mar. Miró hacia todas partes y observó que habían quedado dieciocho moros rezagados a causa de una jaca cargada que había caído en el fango. Cuando Tirante los vio tan lejos de los otros y observó que no los podían ayudar, picó de espuelas al caballo y se dirigió donde aquéllos se encontraban. Al comprobar que no llevaban ballestas, sino lanzas y espadas, dijo:

—¡No puedo menos que matar a alguno de estos perros de moros!

Entonces clavó en el suelo la lanza, tomó la ballesta, colocó en ella una flecha envenenada y se acercó tanto a los moros que fácilmente podía hacer blanco. Le tiró a un moro y lo hirió en el pecho, de forma que cayó al suelo muerto. Volvió a picar de espuelas al animal, se alejó un poco y de nuevo tensó la ballesta, puso otra flecha y mató a otro. Todos los moros se dirigieron hacia él, pero no le podían hacer nada, porque él picaba cada vez de espuelas, y de esta forma hizo caer al suelo a ocho, entre muertos y malheridos; los otros solamente se preocuparon de huir. Podéis estar seguros de que, si Tirante hubiese tenido más flechas, los habría matado a todos, aunque hubiesen sido cien. Inmediatamente se acercó a los que habían quedado y les dijo que se diesen por prisioneros. Ellos deliberaron

que preferían ser cautivos antes que morir y, por eso, Tirante les ordenó que dejasen todas las armas. Cuando lo hubieron hecho, les hizo alejarse un buen trecho de donde estaban y se colocó entre los moros y las armas. Entonces cogió una cuerda y mandó a uno de ellos que atase las manos de los otros por detrás:

—Si los atas tan bien —le dijo— que nadie se pueda soltar, te prometo dejarte libre y hacer que llegues sano y salvo donde está el sultán y toda su gente.

El moro, para conseguir la libertad, los ató muy bien. Tomaron la jaca, que iba cargada de monedas y joyas de mucha valía, y se dirigieron a la ciudad. Tan pronto como Tirante hubo entrado con su conquista a la ciudad, encontró al maestre en la plaza con muchos otros caballeros de la orden que le estaban esperando para comer. Cuando lo vieron venir solo y con diez prisioneros, se admiraron extraordinariamente de aquella hazaña. Después de haber comido, Tirante hizo armar un bergantín y lo mandó para averiguar dónde se encontraban el sultán y su gente. Una vez que el bergantín hubo partido, dio al moro un vestido de seda y, de acuerdo con la promesa que le había hecho, lo hizo pasar a Turquía.

Aquel mismo día regresó el bergantín y su capitán dijo que el sultán ya se había reunido con todos los suyos y que los caballos ya se encontraban dentro de las naves. Tirante suplicó al maestre que le diese dos o tres guías que conociesen bien el territorio porque él quería ir aquella noche a visitar a los moros. Y a pesar de que mucha gente se lo desaconsejó, tomó quinientos hombres que, después de caminar toda la noche, subieron a una montaña sin que nadie los viese. Desde allí podían observar muy bien la prisa que tenían los moros por retirarse. Cuando Tirante constató que quedaban aproximadamente unos mil hombres, bajó de la montaña y los combatió tan bravamente que hizo una gran matanza. Al enterarse el sultán, se desesperó y ordenó que reuniesen las barcas para que pudiesen refugiarse, pero lo hicieron muy pocos, ya que la mayor parte habían sido matados o se habían ahogado al intentar llegar a las barcas.

Habiendo visto todo esto, el sultán mandó izar velas y regresar a su tierra. Cuando llegó, los grandes señores que se habían quedado en su tierra fueron muy bien informados de la causa de su regreso. Entonces se reunieron todos y fueron a ver al sultán. Un gran alcaide, en nombre de todos, le dijo estas palabras:

—¡Oh, tú, traidor de nuestro santo profeta Mahoma, destructor de nuestros tesoros, degenerador de la noble gente pagana, fornicador de mares, amante de cobardías, vanaglorioso entre la gente no entendida, que siempre rehuyes las batallas, rompedor del bien público! Con el pie izquierdo has hecho todas tus viles obras en deshonor y en perjuicio de todos nosotros. Con la mano negra y desnuda, en compañía de tu falsa lengua, has huido de aquella noble isla de Rodas sin consejo de los buenos caballeros. Por una sola nave hiciste desfallecer tu flaco ánimo. ¡Oh, caballero poco esforzado! Con la cara girada al revés has señoreado sobre doce reyes coronados que siempre te han sido obedientes. Pero ahora te has concordado con la malvada intención de tus próximos parientes y ficticios cristianos, los genoveses, que no sienten piedad ni amor por nadie, porque no son ni moros ni cristianos. Tus réprobos males, por tanto, te condenan a que mueras de muerte vituperiosa e ignominiosa.

Entonces fue apresado y lo encerraron en la casa de los leones, donde murió con gran desventura. Después fue elegido otro sultán. Éste, para demostrar que apreciaba la cosa pública, ordenó que hiciesen una gran armada con las naves de los genoveses y toda su gente que había venido de Rodas y que pasasen a Grecia. Y así se hizo. El Gran Turco también fue invitado y estuvo de acuerdo en unirse a ellos con mucha gente de armas a pie y a caballo. Los dos ejércitos juntos llegaban a ciento diecisiete mil moros. Llevaban dos banderas: una toda roja, en la que había pintado el cáliz y la hostia, ya que los genoveses y los venecianos los tenían como divisa; y la otra era de terciopelo verde con letras de oro que decían: «Vengadores de la sangre de aquel bienaventurado caballero don Héctor el Troyano».

En la primera entrada que hicieron a Grecia tomaron muchas ciudades y castillos, pero también dieciséis mil infantes pequeños, que fueron enviados a Turquía y a la tierra del sultán para que se educasen en la secta de Mahoma. También muchas mujeres y doncellas fueron encerradas a cautividad perpetua.

Cuando los habitantes de Chipre supieron que la escuadra del sultán había partido de la ciudad de Famagosta, cargaron muchas naves con trigo, bueyes, carneros y otros víveres y lo llevaron todo a Rodas porque sabían que allí se padecía gran hambre. También llegaron provisiones de muchas otras partes. En poco tiempo, la ciudad y la isla tuvieron tan gran abundancia que los viejos decían que nunca habían visto ni oído a sus

antecesores que en la isla hubiese habido tantas provisiones.

Pocos días después de que los moros hubiesen partido de la isla de Rodas, llegaron dos galeras venecianas cargadas de trigo que también llevaban peregrinos que se dirigían a la casa santa de Jerusalén. Cuando Tirante tuvo conocimiento, fue a dar al rey y a Felipe esta grata nueva. Entonces el rey dijo al maestre:

—Señor, pues a la divina providencia le ha placido que estas galeras vengan aquí, nosotros queremos partir, con vuestra licencia, para cumplir nuestro santo viaje.

El maestre respondió:

—Señores, mucho me gustaría que vuestras señorías quisiesen permanecer aquí, porque estaríais como si os encontraseis en vuestra propia casa. Pero ir o permanecer aquí está en vuestra mano.

El rey le agradeció mucho sus palabras. Entonces el maestre convocó a capítulo a los caballeros de la orden y les dijo que Tirante le había pedido licencia para partir y que a él le parecía de justicia que le fuesen pagados el trigo y la nave que Tirante había perdido para socorrerlos. Todos estuvieron de acuerdo y dijeron que este deseo fuese satisfecho como él había dicho, y aún con más. Y, por lo tanto, ordenaron que a la mañana siguiente, en medio de la gran plaza y en presencia de todos, le hiciesen la ofrenda.

Al día siguiente por la mañana el maestre hizo cerrar todos los portales de la ciudad para que nadie pudiese salir y fuesen al encuentro de él y de Tirante. También rogó al rey de Sicilia y a Felipe que asistieran y mandó sacar todo el tesoro de la iglesia. Cuando todos se reunieron, el maestre dijo:

—¡Oh, tú, Tirante el Blanco, única esperanza de esta atribulada ciudad! Deberías llevar corona y cetro real sobre todos los nobles y ser dueño de todo el imperio romano, ya que eres más digno de ello que cualquier otro a causa de tus virtuosas obras y tus singulares actos de caballería. Tú has sido consuelo y salud para todos nosotros, porque hemos padecido mucha hambre, mucha sed y otros dolores y miserias que seguramente merecíamos a causa de nuestros pecados. Solamente por ti hemos obtenido la salvación y la libertad cuando habíamos perdido toda

esperanza, ya que si tú no hubieses venido en aquel bendito día, nuestra ciudad habría sido desolada, y con ella toda la religión. Por lo tanto, ¿a quién se le tiene que dar toda la triunfal gloria sino a ti, que eres el mejor de los caballeros? Nosotros estamos muy agradecidos a tu gran nobleza, porque todas estas personas que ves aquí estarían en vías de perdición: perdida la ciudad y la fortaleza, perdido el pueblo, los bienes y su riqueza y los cuerpos subyugados a perpetua cautividad. ¡Bendita sea la hora en la que viniste a socorrer a los famélicos y los consolaste con la dulzura de abundantes viandas, porque ya no esperábamos sino morir por la fe de Jesucristo! ¡Oh, dolor y pena de nuestras personas puestas en cautiverio perpetuo! ¿A quién daremos, pues, el premio de nuestra próspera libertad? ¿Quién será nuestro protector y defensa segura, si alguna otra vez los malignos infieles vuelven? Nunca hubo mayor miseria, ni pasaron los gloriosos santos mártires pena más grande en comparación con la nuestra, pero la muerte es común a todos; una vez pasada da fin a todos los males. Por eso, virtuoso caballero, yo y toda nuestra hermandad os suplicamos que te plazca extender tu generosa y victoriosa mano sobre nuestro tesoro y que tomes de él todo lo que deseas, aunque no sea premio suficiente por tus singulares actos. Porque con nada te podremos premiar el honor que nos has hecho y la piedad que nos has demostrado, ya que has puesto en peligro tu benigna y próspera persona demostrando que no eres un caballero perezoso, aunque te podías haber excusado de las batallas y de los combates por tierra y por mar. Por eso se dice que quien hace caballerías es llamado caballero, quien hace gentilezas es llamado gentilhomme y quien hace noblezas es llamado noble. Pues bien, Tirante, señor, recibe con tu mano llena de caballería lo que quieras del tesoro que te ofrece esta comunidad. Porque tienes que saber que, cuanto más tomes, más grande será nuestra gloria.

Cuando dio fin a su parlamento, Tirante no tardó en responder con las siguientes palabras:

—Comienzo por recordar que vino al mundo el profeta y glorioso san Juan Bautista para anunciar el advenimiento de nuestro redentor Dios Jesús. De igual forma, yo he venido aquí con fe firme y pensamiento intencionado, gracias a la ayuda divina, para socorrer y ayudar a vuestra reverenda señoría y a toda la religión, y todo a causa de una carta que vi en manos del próspero y cristianísimo rey de Francia que vos le habíais enviado. Doy gracias a la majestad divina porque me ha concedido tan gran honor y misericordia que me ha hecho llegar aquí en tiempos de tanta necesidad y

me ha permitido obtener tanta gloria en este mundo. El honor que he obtenido es premio suficiente a mis trabajos y gastos y espero conseguir el mérito de Nuestro Señor en el otro mundo. Porque a honor, loor y gloria de nuestro maestre, del señor Dios Jesús y de san Juan Bautista, protector y defensor de esta isla y sobre cuya invocación está fundada esta orden, de buena gana os concedo todos los derechos que pueda merecer, y no quiero otra satisfacción excepto que cada día hagáis celebrar una misa cantada en memoria de mi alma. Además, os pido que todo el pueblo sea liberado de tener que devolver aquello que les ha sido repartido, tanto de trigo y de harina como de las otras cosas, y que no tengan que pagar nada. Y esto, señor, es lo que suplico a vuestra señoría que se haga.

—Tirante, señor —dijo el Maestre—, no se puede hacer todo lo que vuestra gentileza dice, sino que con vuestra mano llena de caridad tenéis que tomar todo lo que os pertenece, ya que si en algún otro momento regresasen los moros, no encontraríamos a nadie que quisiese socorrernos si corren noticias por el mundo de que vos, cuando vinisteis a darnos socorro, perdisteis la nave y, después de haber provisto la ciudad de víveres, acabasteis descontento. Por eso os suplico y pido que toméis todo lo que queráis de nuestro tesoro.

—Decidme, muy reverendo señor —contestó Tirante—, ¿quién me puede impedir que yo dé, por amor a Dios, todo lo que me pertenece? No piense vuestra señoría que yo pueda ir por el mundo hablando mal de vuestra religión, ya que valoro más el honor y el premio de Dios Nuestro Señor que cualquier tesoro del mundo. Y para que vuestra señoría se quede contento, y para que todos los que aquí están lo puedan ver y puedan dar testimonio de ello, en presencia de todos pongo las dos manos sobre el tesoro.

Entonces mandó a los trompetas que hiciesen llamada pregonando cómo él se tenía por satisfecho de la merced que le había hecho el señor maestre y toda su religión, y que daba de buena gana al pueblo el trigo, la harina y todas las cosas que habían cogido sin que nadie pagase nada.

Cuando se hubo hecho la llamada, Tirante suplicó al maestre que fuesen a comer. Desde entonces, el pueblo cada día loaba y bendecía a Tirante por todo lo que habían recibido de él. Al llegar la noche, el rey, Felipe y Tirante se despidieron del maestre y subieron a las galeras de los venecianos. Con ellos también fueron Diafebus, pariente de Tirante, y Tenebroso, servidor de Felipe, y muy poca gente más, ya que los demás

permanecieron en Rodas. En pocos días llegaron al puerto de Jafa y de allí, con mar tranquila, llegaron a Beirut. En este puerto desembarcaron los peregrinos y cada grupo de diez tomó un guía. Una vez ya en Jerusalén, permanecieron catorce días para visitar los santuarios. Después fueron a Alejandría, donde encontraron galeras y muchas otras naves cristianas.

Paseando un día el rey y Tirante por la ciudad, encontraron un cautivo cristiano que lloraba. Cuando Tirante lo vio tan triste y afligido, le dijo:

—Amigo, te ruego que me digas por qué te lamentas tanto. Porque si en algo puedo ayudarte, lo haré de muy buena gana.

—Mi fortuna es tan adversa —contestó el cautivo— que no podré encontrar ayuda ni en vos ni en ningún otro. Hace veintidós años que estoy cautivo y más deseo la muerte que la vida, porque no quiero renegar de mi Dios y por eso he recibido muchos palos y me ha faltado muchas veces la comida.

—¿Quién es aquél —preguntó Tirante— que te tiene como cautivo?

—Lo encontraréis en esa casa —respondió—, es aquél que lleva vergas en la mano con las cuales me arranca la piel de la espalda.

Tirante suplicó al rey que le dejase en la casa de aquel moro, al cual le preguntó si, ya que el cautivo era pariente suyo, se lo quería vender o si podía hacer alguna cosa para rescatarlo.

El moro contestó que sí. Acordaron un precio de cincuenta y cinco ducados de oro. Tirante le pagó y enseguida preguntó al moro si sabía si había allí otros que tuviesen cautivos cristianos, porque él estaba dispuesto a comprarlos. La noticia se difundió por toda Alejandría y todos los que tenían cautivos los llevaron a la alhóndiga, donde se hospedaba Tirante. En dos días liberó cuatrocientos setenta y tres cautivos y si más hubiese hallado, más habría redimido. Tuvo que vender toda la vajilla de oro y de plata, y todas sus joyas para liberar a los cautivos y para recogerlos en galeras y naves que los trasladaron a Rodas.

Cuando el virtuoso maestre supo que el rey y Tirante venían, hizo construir dentro del puerto un gran puente de madera que llegaba desde tierra hasta las galeras, todo cubierto de piezas de seda. Y en aquella ocasión, el rey de Sicilia se dio a conocer a todos. El maestre entró en la galera e hizo

salir al rey, a Felipe y a Tirante; los alojó en el castillo y les dijo:

—Señores, en tiempo de necesidad me disteis de comer; ahora, en época de prosperidad, seré yo quien, si os place, os dé a vosotros.

En cuanto Tirante llegó a Rodas, se proveyó de muchas piezas de tela e hizo vestir a todos los cautivos con mantos, ropas, jubones, medias, zapatos y camisas. Hizo que se quitasen las camisas, que estaban amarillentas, y que las enviasen a Bretaña para que cuando él muriese las pusiesen en su capilla junto con los escudos de los cuatro caballeros que había vencido. Cuando el maestre supo lo que Tirante había hecho, dijo al rey, a Felipe y a todos los que allí se encontraban:

—A fe mía que si Tirante vive mucho tiempo, llegará a señorear todo el mundo. Él es más liberal, osado, sabio e ingenioso que ningún otro caballero. En verdad os digo que si nuestro Señor me hubiese dotado de algún imperio o reino y tuviese una hija, antes se la daría a Tirante que a ningún otro príncipe de la cristiandad.

El rey consideró las prudentes palabras del maestre y pensó que, cuando llegase a Sicilia, ofrecería a su hija a Tirante. Una vez los cautivos habían sido convenientemente vestidos y a punto de partir, Tirante los invitó a comer y, después, les dijo:

—Amigos y hermanos míos: no hace muchos días que todos vosotros os encontrabais en poder de los infieles y encarcelados con fuertes cadenas. Ahora, por la gracia de la divina majestad y por mi esfuerzo, habéis llegado a tierra de promisión francos y liberados de cualquier cautividad. Yo os doy la libertad de elegir entre iros o permanecer aquí. Aquéllos que quieran venir conmigo, podrán hacerlo. Quien quiera, que se quede aquí, y quien desee irse a otro lugar, que lo diga, porque yo le daré el dinero para los gastos.

Al oír los cautivos las palabras del virtuoso Tirante, se lanzaron a sus pies para besárselos y después, las manos. Pero Tirante no lo quiso consentir. Y a cada uno dio tanto que todos quedaron muy contentos.

Cuando las galeras estuvieron a punto de partir, el rey, Felipe y Tirante se

despidieron del reverendo maestro y de toda la hermandad. Antes de partir, el maestro volvió a indicar a Tirante si quería que le pagasen la nave y el trigo, pero Tirante, con gran gentileza, se excusó y dijo que no quería nada.

Capítulo X. Tirante vuelve a Sicilia y acuerda el matrimonio de Felipe con Ricomana

Con tiempo próspero y favorable, en pocos días llegaron a una parte de la isla de Sicilia. La alegría de los sicilianos por la venida de su señor natural fue muy grande, y los de tierra enviaron un correo a la reina para anunciarle la llegada del rey. Entonces éste preguntó por el estado de la reina, de su hija, de sus hijos y de su hermano, el duque. Le respondieron que todos se encontraban en prosperidad y que el rey de Francia había enviado cuarenta caballeros como embajadores suyos que iban muy bien ataviados y con una gran compañía de gentilhombres.

Mucho gustó a Tirante la venida de los embajadores, pero no al rey, que recordaba las palabras del maestre de Rodas. Después de que reposaron algunos días, el rey y toda su compañía partieron hacia Palermo donde estaba la reina.

El día que el rey tenía que llegar, salió a recibirlo, en primer lugar, su hermano el duque, muy bien acompañado. Después iban los menestrales lujosamente vestidos y ataviados. Posteriormente salió el arzobispo con todo el clero. A continuación, la reina acompañada de todas las mujeres de honor de la ciudad y, un poco detrás, salió la infanta Ricomana con todas sus doncellas y las de la ciudad, tan bien ataviadas que era cosa de gran placer verlas. Finalmente salieron los cuarenta embajadores del rey de Francia vestidos con ropas de terciopelo carmesí, largas hasta los pies, con gruesas cadenas de oro y todos con la misma divisa.

Cuando el rey hubo visto a la reina y su hija le hubo hecho reverencia, Felipe y Tirante presentaron sus respetos a la reina y Felipe tomó del brazo a la infanta. Así fueron hasta el palacio. Pero antes de llegar, los cuarenta embajadores se acercaron a hacer reverencia a Felipe antes que al rey, por cuya razón Tirante dijo a Felipe:

—Señor, mandad a los embajadores que vayan primero a presentar sus respetos al rey, antes de hablar con vos.

Felipe se lo hizo saber, pero los embajadores le contestaron que ellos tenían mandato de su señor el rey de Francia, en el sentido de ir ante el rey y darle las cartas que traían después de haberle hecho reverencia a su hijo. Felipe les mandó otra vez que por nada del mundo le presentasen reverencia a él, sino que ordenaba que en primer lugar tenían que hablar con el rey.

—Pues si a Felipe place —dijeron los embajadores—, haremos lo que él mande.

Cuando el rey llegó al palacio con toda la gente, los embajadores del rey de Francia le presentaron sus respetos y le entregaron las credenciales. Después fueron a Felipe y le hicieron el honor al que estaban obligados porque era hijo de su señor natural.

Una vez acabadas las fiestas por la venida del rey, los embajadores explicaron el contenido de su embajada, que se concretaba en tres cosas. La primera era que el rey de Francia se alegraba mucho de que su hijo Felipe se casase con la infanta Ricomana, según había sido acordado por el virtuoso Tirante. La segunda decía que si el rey de Sicilia tenía un hijo, él le daría una hija suya por mujer con cien mil escudos como dote. La tercera hacía referencia al acuerdo al que había llegado con el Papa, el emperador y los otros príncipes de la cristiandad para ir contra los infieles, y por esta razón le pedía que, si deliberaba formar parte de la cruzada, le enviase una armada capitaneada por Felipe. La respuesta del rey fue que le placía mucho el matrimonio, pero que de las otras cosas se reservaba la decisión. Cuando los mensajeros vieron que el rey había otorgado el matrimonio, dieron a Felipe, de parte de su padre, cincuenta mil escudos para que organizase todo cuanto fuese necesario para las bodas. El rey de Francia envió también para su futura nuera cuatro bellas piezas de brocado, tres mil martas cibelinas y un collar de oro todo engastado con muchas piedras finas de gran valor. La reina, madre de Felipe, le envió muchas piezas de tejido de seda y de brocado, así como cortinajes de seda y de raso muy especiales, entre otras cosas.

Cuando la infanta supo que su padre había otorgado su matrimonio, se dijo para sí misma que si podía encontrar en Felipe una falta donde demostrase ser zafio o avaro, nunca sería su marido. Estando la infanta en este penoso pensamiento, entró en su habitación una doncella con quien tenía mucha confianza y le dijo:

—Decidme, señora, ¿en qué piensa vuestra alteza y por qué tenéis la cara tan alterada?

Entonces respondió la infanta:

—Yo te lo diré. El señor rey, mi padre, ha otorgado mi matrimonio a los embajadores de Francia pero aún estoy dudando de la zafiedad y avaricia de Felipe. Es cierto que si tuviese alguno de estos defectos, no podría estar una hora acostada con él en una cama y antes preferiría hacerme monja y estar encerrada en un monasterio. He hecho todo lo que he podido para conocer a Felipe, pero veo que la suerte no me acompaña, a causa del traidor de Tirante. Por esta razón, ruego a Dios que lo pueda ver asado y hervido por su enamorada, ya que si Tirante no hubiese intervenido, yo habría conocido la manera de proceder de Felipe el día de las rebanadas de pan. Pero, antes de que yo otorgue mi matrimonio, lo he de probar otra vez y por eso haré venir de Calabria a un gran filósofo, hombre de mucha ciencia, que me dirá lo que deseo saber.

El día de Nuestra Señora de Agosto el rey invitó a Felipe, a los embajadores y a todos los de su reino que tenían un título. Aquel día el rey los hizo sentarse en su mesa. Para tal ocasión, Felipe llevaba un vestido de brocado carmesí forrado con armiños que arrastraba por el suelo. Tirante se había puesto un vestido del mismo color y calidad, pero pensó que no estaría bien que él se ataviase en tal jornada tan ricamente como lo había hecho Felipe, ya que la fiesta se hacía por él y por los embajadores. Entonces se puso otro vestido bordado de argentería y unas medias brocadas con gruesas perlas.

Estando en la sobremesa comenzó a caer una gran lluvia y la infanta pensó que aquélla era una buena ocasión para poner a Felipe a prueba. Después de las danzas y la colación, el rey entró en la habitación para descansar, pero la infanta no quiso dejar de danzar por miedo a que Felipe se fuese. A última hora de la tarde, el cielo se despejó y salió el sol. Entonces dijo la infanta:

—¿No estaría bien que diésemos una vuelta por la ciudad, ya que hace un día tan bello?

Pero Felipe respondió al instante:

—¿Cómo queréis ir por la ciudad, señora, con un tiempo tan indispuerto?

Si vuelve a llover, os mojaréis toda.

Tirante, que conocía la malicia de la infanta, tiró a Felipe de la falda para que callase. La infanta casi vio la señal que Tirante le había hecho, por cuya razón se enojó mucho y mandó que trajesen las caballerías. Cuando llegaron, Felipe tomó del brazo a la infanta y la llevó hasta el cabalgador. La infanta, con el rabillo del ojo, no perdía de vista a Felipe. Éste dijo a Tirante:

—Sería conveniente que me hicieseis traer otra ropa para que ésta no se eche a perder.

—¡Oh —respondió Tirante—, no os preocupéis por eso!

—Por lo menos —añadió Felipe—, ved si hay dos pajes que me puedan llevar las faldas para que no toquen el suelo.

—¡Parece mentira que seáis hijo de rey —lo recriminó Tirante— de lo avaro y grosero que sois! Daos prisa, que la infanta os espera.

Entonces Felipe se fue con gran dolor de corazón. La infanta estaba continuamente atenta a lo que decían, pero no llegaba a comprender de qué hablaban. De esta manera pasearon por la ciudad. La infanta disfrutaba mucho cuando veía mojarse la ropa de aquel miserable Felipe, el cual no dejaba de mirársela. Entonces la infanta pidió que llevasen los gavilanes y que salieran fuera de la ciudad para cazar alguna codorniz.

—¿No veis, señora —dijo Felipe—, que no hace tiempo para ir de caza? Todo está lleno de barro y de agua.

—¡Ay, pobre de mí! —se lamentó la infanta—. ¡Qué zafio es este hombre que no sabe contentarme ni siquiera un poco!

Pero ella no le hizo caso, sino que salió fuera de la ciudad y encontró a un labrador. Le preguntó si cerca de allí había algún río o alguna acequia de agua y el labrador le respondió:

—Señora, cerca de aquí hay una gran acequia, cuya agua llega hasta las cinchas de una mula.

La infanta se puso delante e hizo que todos la siguieran. Entonces, atravesó la acequia y Felipe se quedó detrás preguntando a Tirante si

habría algunos mozos que pudiesen recogerle las faldas.

—Ya estoy cansado de estos romances —contestó Tirante—. La ropa ya no se puede estropear más de lo que está. No os preocupéis, que yo os daré la mía. Daos cuenta de que la infanta ya ha pasado y se va. Daos prisa para ponerlos a su lado.

Tirante comenzó a reír para hacer ver que estaban hablando de alguna cosa graciosa. Cuando hubieron atravesado la acequia, la infanta preguntó a Tirante de qué se reía.

—A fe mía, señora —dijo Tirante— que me he reído de una demanda que Felipe me está haciendo durante todo el día: me pregunta qué cosa es amor y de donde procede. También ha inquirido dónde se pone el amor. La verdad es que yo no sé qué es el amor ni de dónde procede, pero creo que los ojos son mensajeros del corazón: los cinco sentidos obedecen al corazón y hacen lo que él les manda; los pies y las manos son súbditos de la voluntad y la lengua da remedio a muchas cosas del alma y del corazón. Por eso dice aquel refrán: la lengua va allá donde al corazón duele. Y es que, señora, el amor que os tiene Felipe es tan verdadero y leal que nada puede temer.

Ya de regreso, al atravesar de nuevo la acequia, la infanta miró si volvían a hablar los dos. Pero como Felipe vio que la ropa ya estaba mojada, solamente se preocupó de pasar. La infanta quedó muy contenta y aceptó todo lo que Tirante le había dicho. Pero su alma no estaba del todo tranquila y por eso dijo a Tirante:

—Me encuentro en manos de la variable fortuna. Antes elegiría renunciar a los bienes y a la vida que tomar un zafio, vil y avaro por marido. Os he de decir, Tirante, que la fortuna siempre me ha sido adversa. Si tomo a este hombre por marido y no me sale como yo querría, más valdría que me matase, porque prefiero estar sola que con mala compañía. ¿No conocéis, Tirante, aquel refrán que dice: quien da al asno petral y al zafio caudal, pierde la gloria de este mundo?

No tardó Tirante en contestarle:

—Muy admirado estoy de vos, señora, ya que a pesar de ser la doncella más discreta que nunca he conocido, queréis poner a prueba a Felipe, aunque éste sea uno de los mejores caballeros del mundo: joven, más

dispuesto que ningún otro, animoso, liberal y sin duda más sabio que zafio. Como tal ha sido considerado tanto por los caballeros como por las mujeres y doncellas en todos los lugares donde hemos ido; hasta las moras que lo veían lo apreciaban y deseaban servirle. No tenéis más que mirarle la cara, las manos y todo el cuerpo. Y si lo queréis ver todo desnudo, estoy dispuesto a mostrároslo, señora, porque conviene no confundir la belleza con la castidad. Yo sé que vuestra alteza lo ama extraordinariamente. Si pasáis una noche con él en una cama bien perfumada con benjuí, algalia y almizcle fino y al día siguiente no quedáis contenta, aceptaré de buena gana la pena que me queráis imponer.

—¡Ay, Tirante! —contestó la infanta—. Mucho me gustaría conseguir una persona que fuese plenamente de mi agrado. Pero ¿de qué me valdría tener una estatua cerca de mí que solamente me diese dolor y tribulación?

En esto llegaron al palacio y encontraron al rey que hablaba con los embajadores de Francia. Cuando vio a su hija, la cogió de la mano y le hizo decir dónde había ido y de dónde venía. En aquel momento les avisaron de que la cena ya estaba preparada, y Felipe y los embajadores se despidieron y se fueron a su posada.

Aquel día llegó a la ciudad el filósofo que la infanta había llamado de Calabria y a quien esperaba con gran deseo para pedirle su opinión sobre Felipe. El filósofo se alojó en un hostel y puso a asar un trozo de carne. Entonces vino un rufián con un conejo y le dijo que apartase su carne, porque él quería asar primero su conejo.

—Amigo —dijo el filósofo—, ¿no sabes que en estos casos quien llega primero es quien más derecho tiene?

—Eso ni me va ni me viene —contestó el rufián—. El conejo que yo tengo es comida más fina y debe preceder al carnero, de la misma forma que la perdiz debe ir delante del conejo.

Muchas razones y palabras injuriosas hubo entre ellos, hasta el punto de que el rufián pegó una gran bofetada al filósofo y aquel, teniéndose por injuriado, levantó la broqueta del asador y con la punta le dio un gran golpe en la sien con tan mala suerte que el rufián prestamente cayó muerto al suelo. Los oficiales cogieron al filósofo y lo metieron en la cárcel. A la mañana siguiente el filósofo declaró su condición para tener ciertos privilegios a la hora del juicio, pero el rey mandó que no le diesen más que

cuatro onzas de pan y cuatro de agua. La infanta, por su parte, no osó hablar con el rey para que no supiese que había sido ella quien lo había hecho venir. Pocos días después metieron en la misma cárcel donde estaba el filósofo a un caballero de la corte del rey que había herido a otros caballeros. El nuevo prisionero, por piedad, le daba parte de la vianda que le traían. Cuando ya hacía catorce días que el caballero estaba preso, le dijo el filósofo:

—Señor caballero, os estaría muy agradecido si mañana cuando os encontréis con el rey le dijeseis que tenga misericordia de mí. Ya veis en la angustia y pena en que me encuentro y, si no hubiese sido por la caridad que vuestra merced me ha hecho, ya habría muerto de hambre, porque no permite que me den más que cuatro miserables onzas de pan y cuatro de agua. También querría que dijeseis a la señora infanta que recuerde que yo he obedecido su mandato.

A estas palabras respondió el caballero:

—¿Cómo podéis decirme tal cosa? Creo que pasará este año y el otro antes de que salgáis, si no es que Nuestro Señor hace un milagro.

—Antes de que pase media hora —dijo el filósofo— estaréis en libertad, y si no es así, no saldréis en vuestra vida.

El caballero estuvo muy preocupado por lo que le había dicho el filósofo y, estando en estas preocupaciones, el alguacil lo sacó de la cárcel. Uno de aquellos días, un gentilhombre se enteró de que el rey mandaba buscar caballos que quería comprar para enviarlos al emperador de Constantinopla. Este gentilhombre tenía el más bello caballo de toda la isla de Sicilia y deliberó llevárselo. Cuando el rey lo vio se admiró de la gran belleza del animal, porque, aunque solamente tenía cuatro años era muy grande, muy bien formado y muy ligero y no tenía ninguna falta más que las orejas caídas.

—Este caballo —dijo el rey— valdría ciertamente mil ducados de oro si no tuviese tan gran defecto.

No había nadie que pudiese saber ni conocer cuál era la causa de aquella gran falta. Entonces, el caballero que había estado preso dijo:

—Señor, si vuestra alteza manda llamar al filósofo que está en la cárcel, él

os lo sabrá decir, porque durante el tiempo que yo estuve preso con él, me dio a conocer cosas muy singulares y me dijo muchas verdades. Por ejemplo, me hizo saber que, si en media hora yo no salía de la cárcel, no saldría en mi vida.

El rey mandó al alguacil que le trajese al filósofo inmediatamente. Cuando lo tuvo delante de él, el rey le preguntó por qué causa un caballo tan bello tenía las orejas caídas. Entonces dijo el filósofo:

—La razón es bien natural: este caballo ha mamado leche de burra y como las burras tienen las orejas caídas, el caballo ha tomado de la madre de leche esta característica.

—¡Santa María Señora! —dijo el rey—. ¿Será verdad lo que dice este filósofo?

Entonces mandó llamar al gentilhombre amo del caballo y le preguntó qué leche había mamado el animal.

—Señor —contestó el gentilhombre—, cuando este caballo nació, era tan grande y tan grueso que la yegua no lo podía parir y la tuvieron que abrir con una cuchilla para que pudiese salir. Como la yegua murió, lo hice criar por una burra.

—Muy grande es el saber de este hombre —dijo el rey, refiriéndose al filósofo.

Entonces mandó que lo devolviesen a la cárcel y después de haber preguntado cuánto pan le daban, estableció que se lo duplicaran. Y así fue hecho.

Aquellos días había llegado un hombre procedente de las grandes ciudades de Damasco y de El Cairo que llevaba muchas joyas para vender, en especial un balaje —un rubí violáceo— muy grande y fino por el que pedía sesenta mil ducados. El rey solamente le ofrecía treinta mil y no podían llegar a un acuerdo. El rey deseaba mucho poseer la piedra porque era muy singular y de tal tamaño como nunca se había visto otra igual en el mundo, más grande todavía que las que hay engastadas en San Marcos de Venecia o las que se encuentran en la tumba de Santo Tomás de Conturbery. Deseaba tener la piedra para ataviarse como corresponde a un rey ante el rey de Francia, el cual había anunciado que venía a Sicilia

para verse con él y conocer a su nuera, la pomposa Ricomana. Entonces, el caballero que había estado preso dijo:

—¿Cómo puede ofrecer vuestra alteza tal cantidad por esta piedra? Fijaos que en la parte inferior hay tres pequeños agujeros.

Pero el rey dijo que la había enseñado a los plateros y que le habían dicho que, al engastarla, aquella cara la pondrían en la parte de abajo y los agujeritos no se verían.

—Señor —adujo el caballero—, estaría bien que el filósofo viese la pieza y os dijese cuál es su justo precio.

Así pues, hicieron venir al filósofo y el rey le mostró el balaje. Cuando vio los agujeros, se lo colocó en la palma de la mano, se lo acercó al oído, cerró los ojos y, después de un buen espacio de tiempo, dijo:

—Señor, en esta piedra hay un cuerpo vivo.

—¿Cómo? —dijo el joyero—. ¿Quién ha visto nunca que en una piedra fina haya un cuerpo vivo?

—Si no es así —contestó el filósofo— no solamente os daré los trescientos ducados que tengo, sino que también me podréis quitar la vida.

Entonces el joyero añadió:

—También yo pongo mi vida en juego si la piedra tiene un cuerpo vivo.

Habiendo tomado esta decisión y después de haber puesto los trescientos ducados en la mano del rey, tomaron el balaje, lo colocaron sobre un yunque, con un martillo lo rompieron por la mitad y encontraron que dentro había un gusano. Todos los que allí estaban se admiraron mucho de la gran sutileza y saber del filósofo. Pero el joyero quedó muy turbado temiendo por su vida.

—Señor, hacedme justicia —pidió el filósofo.

El rey le devolvió el dinero y le dio el balaje. También hizo venir a los ministros de la justicia para ejecutar al joyero.

—Ahora —dijo el filósofo—, ya que maté a aquel rufián que era un mal

hombre, quiero perdonar la muerte de éste otro que es bueno.

Con el consentimiento del rey, el joyero fue puesto en libertad y el filósofo dio al rey las piezas del balaje. Entonces el rey mandó que lo devolviesen a la cárcel y preguntó cuánto pan le daban. El mayordomo respondió que ocho onzas y el rey dijo:

—Dadle otras ocho y que sean dieciséis.

Cuando lo devolvían a la cárcel, el filósofo dijo a los que lo llevaban:

—Decid al rey que él no es hijo del magnánimo y glorioso rey Roberto que fue el más animoso y liberal príncipe del mundo. Por sus obras, más bien demuestra que es hijo de un hornero. Y si no lo cree, yo se lo demostraré. Decidle también que posee el reino de forma ilegítima. El reino y la corona de Sicilia pertenecen al duque de Messina, porque un bastardo no puede ser admitido como señor de ningún reino de acuerdo con lo que dice la Sacra Escritura, donde se señala que todo árbol que no da buenos frutos ha de ser cortado y echado al fuego.

Al oír los alguaciles las palabras del filósofo, enseguida fueron a decírselo al rey. Cuando éste lo supo, dijo:

—Quiero saber la verdad de todo esto. Cuando llegue la noche, traédmelo secretamente.

Una vez que el filósofo estuvo delante del rey a solas en una habitación, éste le preguntó si era verdad lo que el alguacil le había contado. Entonces el filósofo, con cara y ánimo muy sereno, le dijo:

—Señor, ciertamente que es verdad todo lo que os han dicho.

—Dime, pues —pidió el rey—, cómo sabes tú que yo no soy hijo del rey Roberto.

—Señor —contestó el filósofo—, hasta un asno podría haberlo deducido, y eso por las razones siguientes. La primera es que cuando dije a vuestra señoría la razón por la que el caballo tenía las orejas caídas, me concedisteis cuatro onzas de pan como premio. A continuación, señor, está el hecho del balaje. Después de haber puesto en peligro mi vida y haberos ofrecido todo mi dinero, en lugar de sacarme de la cárcel, solamente me recompensasteis con pan. Por estas razones supe que

vuestra señoría era hijo de hornero y no del rey Roberto.

—Si quieres quedarte a mi servicio —dijo el rey—, me gustaría que formases parte de mi consejo. Pero antes quiero conocer la verdad de todo lo que me has dicho.

—Señor, no me lo pidáis —apuntó el filósofo—, ya que a veces las paredes tienen oídos y, como dicen en Calabria, mucho hablar perjudica, y mucho rascar, escuece.

Sin tener en cuenta el peligro que corría, el turbado rey hizo venir a su madre, la reina, y con ruegos y amenazas la obligó a que dijese la verdad, esto es, que había cedido al apetito y voluntad del hornero de la ciudad de Ríjols.

Cuando el filósofo fue puesto en libertad, la infanta lo hizo ir a entrevistarse con ella y le pidió su parecer sobre Felipe.

—Antes de decir nada a vuestra señoría —dijo el filósofo—, preferiría poder ver a Felipe.

Entonces la infanta envió un paje con la petición de que viniese Felipe porque quería danzar con él. Cuando el filósofo hubo observado su comportamiento y condición, ya a solas con la infanta, le dijo:

—Señora, el galán que vuestra señoría me ha hecho ver lleva escrito en la frente que es hombre ignorante y avaro. Os hará sentir mucha angustia, pero será hombre animoso, valentísimo, muy afortunado en los hechos de armas y morirá siendo rey.

La infanta reflexionó sobre las palabras que acababa de escuchar y dijo:

—Siempre he oído decir que del mal que alguien tiene miedo, de eso se tiene que morir. Prefiero ser monja o mujer de zapatero, que tener a éste por marido, aunque fuese rey de Francia.

Hay que saber que el rey había hecho confeccionar un cortinaje de brocado muy especial para darlo a su hija el día de las bodas. También hizo preparar otro todo blanco en una habitación para que lo hiciesen a la misma medida que aquél. Cuando el cortinaje de brocado estuvo terminado, los pusieron uno cerca del otro y también prepararon dos camas. Una tenía el cubrecama del mismo brocado, las sábanas con que

la infanta tenía que hacer las bodas y los cojines muy bien bordados. La otra cama era toda blanca, y por lo tanto había una gran diferencia entre las dos.

La infanta mantuvo las danzas hasta altas horas de la noche. Al ver el rey que la medianoche ya había pasado, se fue sin decir nada para no turbar el placer de su hija. Como comenzaba a llover, la infanta preguntó al rey si le placía que Felipe se quedase aquella noche a dormir con su hermano, el infante, dentro del palacio. El rey le respondió que estaba de acuerdo.

Poco después de que el rey se hubiese retirado, dieron fin las danzas y el infante rogó mucho a Felipe que se quedase allí aquella noche a dormir. Felipe se lo agradeció vivamente pero declinó la invitación. Entonces la infanta cogió a Felipe por la ropa y le dijo:

—Ya que a mi hermano el infante le place que os quedéis, ésta será vuestra posada por esta noche.

En eso, Tirante dijo:

—Pues tanto os lo piden, concededles la petición y yo me quedaré con vos por si os puedo servir.

—No os preocupéis, Tirante —dijo la infanta—, que aquí ya tenemos quién le sirva.

Tirante, que vio que no quería que se quedase, partió hacia su posada. Entonces vinieron dos pajes con dos antorchas y dijeron a Felipe si le placía irse a dormir. Él respondió que haría lo que la señora infanta y su hermano ordenasen. Y como dijeron que ya era la hora, Felipe hizo reverencia a la infanta y siguió a los pajes que lo acompañaron hasta la habitación donde estaban las dos camas. Los pajes habían sido avisados por la señora y ella estaba en un lugar desde donde podía ver todas las cosas que Felipe hacía. Cuando Felipe vio la cama tan pomposa, se admiró mucho y pensó que valía más acostarse en la otra.

Aquella noche, mientras bailaba, se había roto un poco la media y pensó que él se levantaría antes de que viniesen sus amigos. Por eso, Felipe dijo a uno de los pajes:

—Ve y tráeme una aguja de coser y un poco de hilo blanco.

La infanta había visto que Felipe decía alguna cosa al paje, pero no supo qué era hasta que el servidor se lo dijo. Entonces le hizo dar una aguja y un poco de hilo. Cuando el paje se lo trajo, encontró a Felipe paseando de un lado de la habitación al otro. Cuando Felipe tuvo la aguja, se acercó a la antorcha y hurgó en un pequeño eccema que tenía en la mano. La infanta pensó que para eso había pedido la aguja. Entonces Felipe dejó la aguja sobre la cama blanca donde había decidido dormir. Comenzó a quitarse la ropa y se sentó sobre la cama. Cuando los pajes le hubieron descalzado, Felipe les dijo que se retirasen y que le dejaran una antorcha encendida. Ellos lo hicieron y cerraron la puerta. Entonces Felipe se levantó de donde estaba sentado para coger la aguja y coserse la media. Comenzó a buscarla por toda la cama, levantó la colcha y tanto la revolvió, que ésta cayó al suelo. Después quitó las sábanas y deshizo toda la cama, pero no consiguió encontrar la aguja. Entonces pensó en volver a hacer el lecho, pero como vio que estaba toda deshecho se dijo para sí mismo:

—¿No valdrá más que me acueste en este otro?

Muy especial fue aquella aguja para Felipe, ya que se acostó en la otra cama y dejó toda la ropa por el suelo. Por eso, la infanta, que había visto todo lo que había ocurrido, dijo a sus doncellas:

—Mirad cuánto es el saber de los extranjeros, y en especial el de Felipe. Tal como he hecho en otras ocasiones, lo he querido probar con eso de la cama. Pensé que si él fuese zafio y avaro, no habría tenido el coraje de acostarse en esta cama. Pero él ha tenido una idea mejor: ha deshecho la cama blanca, ha esparcido la ropa por tierra y se ha acostado en la mejor para demostrar que es hijo de rey. Ahora he podido saber que el virtuoso Tirante, como leal caballero, siempre me ha dicho la verdad. También os digo que el filósofo no sabe tanto como yo creía. Mañana haré venir a Tirante y desde ahora solamente aceptaré sus consejos.

Y, después de haber dicho esto, se fue a dormir.

Temprano fueron Tenebroso y los pajes de Felipe y le llevaron otra ropa para que se cambiase. La infanta, que estaba deseosa de hablar con Tirante, no pudo acabar de vestirse y, mientras se abrochaba la gonela, lo mandó llamar. Cuando éste estuvo en su presencia, le dijo con mucha alegría:

—Con mis propios ojos he podido conocer las perfecciones y la real condición que adornan al príncipe Felipe. Por esto he decidido aceptar este matrimonio, una vez disipadas mis dudas. De ahora en adelante cumpliré con agrado todo lo que mi padre el señor rey me mande. Y he querido que seáis vos, Tirante, el primero en saberlo, ya que fuisteis el primero en sugerir nuestra unión.

Habiendo oído palabras tan afables de la infanta, Tirante fue el hombre más feliz del mundo, y no tardó en responderle:

—Ya habéis podido conocer con cuánta afección y solicitud he trabajado para daros una compañía con la que consiguiérais al mismo tiempo honor y alegría. Aunque en muchas ocasiones he sabido que vuestra alteza estaba enojada y descontenta por haberos manifestado las perfecciones de Felipe, ahora me quedo satisfecho porque habéis conocido la verdad y habéis olvidado los pasados errores. Con esto habéis demostrado vuestra gran discreción. Ahora mismo iré a hablar con el señor rey para intentar dejar cerrado el asunto de los esponsales.

Tirante tomó licencia de la infanta, se fue a ver al rey y le dijo:

—La gran angustia que veo que están pasando los embajadores de Francia sobre este matrimonio me hace suplicaros que, ya que lo habéis otorgado, haced que se le dé cumplimiento y conceded licencia a los embajadores para que puedan regresar. Si vuestra alteza no lo toma a mal, yo, de parte vuestra, hablaré con la señora infanta y creo que, con la ayuda divina y las razones que le sepa dar, ella aceptará hacer todo lo que vuestra majestad le ordene.

—Muy satisfecho quedaré —dijo el rey— de que así se haga. Os pido, por lo tanto, que vayáis a la infanta y que le habléis de parte mía y de parte vuestra.

Tirante partió, fue a la infanta, que aún se estaba vistiendo, y le contó el parlamento que había tenido con el rey. Entonces dijo la infanta:

—Tirante, mucho confío en vuestra gran nobleza y virtud. Por esto, pongo todo este hecho en vuestras manos y lo que vos hagáis, por bien hecho lo tendré yo.

Tirante, viendo su disposición, observó que Felipe estaba en la puerta

esperando a la infanta para acompañarla a misa. Entonces suplicó a Ricomana que alejase de allí a las doncellas porque quería decirle unas cosas en presencia de Felipe.

Cuando Tirante vio que las doncellas se habían ido, abrió la puerta de la habitación e hizo entrar a Felipe.

—Señora —dijo Tirante—, aquí tenéis a Felipe, que más desea servir a vuestra señoría que a todas las princesas del mundo. Por esto suplico a vuestra merced, de rodillas como estoy, que lo queráis besar en señal de fe.

—¡Ay, Tirante! —contestó la infanta—, ¿éstas son las cosas que me querías decir? Vuestra cara manifiesta lo que tiene en el corazón.

Tirante hizo una señal a Felipe, quien tomó a la infanta por los brazos, la dejó en una cama de reposo que había allí y la besó cinco o seis veces. Entonces dijo la infanta:

—Tirante, ¿qué me habéis hecho hacer? Os tenía en lugar de un hermano y me habéis puesto en manos de aquél que no sé si me será amigo o enemigo.

—Veo, señora, que me decís crueles palabras. ¿Cómo puede Felipe ser enemigo de vuestra excelencia si os ama más que a su vida y desea teneros en aquella cama de brocado donde ha dormido esta noche, bien sea desnuda, bien en camisa? Pensad que ése sería el mayor bien que él podría tener en este mundo. Por tanto, señora —continuó diciendo Tirante—, ya que os elevará al superior grado en dignidad de que sois merecedora, dejad sentir a Felipe, que muere por vuestro amor, parte de la gloria que tanto desea.

—¡Dios me guarde —replicó la infanta— de tal error! ¡Por muy vil me tendría si lo consintiese!

—Señora —añadió Tirante—, Felipe y yo estamos aquí solamente para servirlos. Tenga vuestra benigna merced un poco de paciencia.

Entonces Tirante tomó las manos de la infanta mientras Felipe intentaba usar todas sus artes. Pero la infanta llamó y vinieron las doncellas, que los pacificaron.

Cuando la infanta acabó de vestirse, Felipe y Tirante la acompañaron a misa junto con la reina. Y allí, antes de decir misa, los esposaron. El domingo siguiente se hicieron con mucha solemnidad las fiestas de las bodas que duraron ocho días y en las que hubo torneos, danzas y momos noche y día. De tal forma fue festejada la infanta, que quedó muy contenta de Tirante y más todavía de Felipe, ya que le hizo una obra tal que nunca la olvidó.

Capítulo XI. La Cruzada del Rey de Francia

El rey de Sicilia había deliberado, una vez acabadas las fiestas de las bodas, ayudar en la cruzada organizada por el rey de Francia. Por esta razón hizo armar diez galeras y cuatro naves. Tirante también compró una galera porque deseaba ir por su cuenta. Cuando las galeras estuvieron armadas y bien provistas de víveres, tuvieron noticia de que el rey de Francia estaba en Aguas Muertas, con las naves del rey de Castilla, de Aragón, de Navarra y de Portugal.

El infante de Sicilia iba en compañía de Felipe, el cual había sido elegido capitán. En el puerto de Saona se unieron con las naves del Papa, del emperador y de todas las ciudades que se habían ofrecido a tomar parte. Todos juntos partieron y navegaron tanto que encontraron al rey de Francia en la isla de Córcega. Allí cargaron los diferentes bajeles con todo lo que podían necesitar y, directamente, llegaron al amanecer a la gran ciudad de Trípoli, en Siria; pero nadie, excepto el rey, sabía dónde iban. Cuando los marineros vieron pararse la nave del rey de Francia y que todos preparaban las armas, pensaron que ya habían llegado a su destino. Entonces Tirante acercó su galera a la nave del rey y subió a ella. Lo mismo hicieron muchos de los otros. En aquel momento, el rey se armaba y quería oír misa.

Cuando llegaron al evangelio, Tirante se arrodilló delante del rey y le suplicó que le dejase hacer un voto. Fue a los pies del sacerdote que celebraba la misa, se arrodilló, puso las manos encima del misal y dijo:

—Como por la gracia de Dios Omnipotente he recibido la orden de caballería, libremente y no forzado por nadie, como caballero que desea ganar honor, hago votos a Dios, a todos los santos y a mi señor, el duque de Bretaña, capitán general de esta escuadra y portavoz del muy excelente y cristianísimo rey de Francia, de ser el primero en salir a tierra y el último en recogerme en la nave.

Después juró Diafebus y prometió escribir su nombre en las puertas de la ciudad de Trípoli, en Siria. Otro caballero prometió que si iban a tierra se

acercaría tanto a la muralla que uno de sus dardos llegaría a entrar dentro de la ciudad. Otro hizo el voto de que él mismo entraría. Otro dijo que entraría, tomaría a una doncella mora y la ofrecería a Felipa, hija del rey de Francia. Finalmente, un caballero prometió poner una bandera en la torre más alta de la ciudad.

En la nave del rey había unos cuatrocientos cincuenta caballeros y es sabido que cuando hay mucha gente del mismo oficio se engendra envidia y mala voluntad. Es por eso que muchos quisieron romper el voto de Tirante y hacían todos los preparativos para ser ellos los primeros en salir a tierra.

Al ver tan gran escuadra, una gran cantidad de moros se reunieron en la orilla del mar para no permitir que los cristianos tomasen tierra. Tirante pasó a su galera, mientras el rey salió de la nave y subió en una galera. Todas se dirigían tan juntas que casi se tocaban unas con otras.

Cuando llegaron tan cerca de tierra que ya podían echar las escaleras, todas las galeras se giraron para que la gente pudiese salir por la popa, excepto la de Tirante, ya que éste mandó que su galera diese en tierra por la proa. Cuando sintió que ya había encallado, Tirante, que estaba armado, saltó al agua. Los moros que lo vieron fueron hacia él para matarlo, pero Diafebus y los demás lo defendían con ballestas y espingardas. Después de él, muchos otros hombres armados y marineros saltaron a tierra para ayudarlo.

Las demás galeras echaron las escaleras a tierra, pero ¿quién se atrevía a salir entre tanta morisma? Huelga decir que la mayor ferocidad del combate era donde estaba Tirante. Finalmente el rey y sus hombres, como valentísimos caballeros que eran, salieron a tierra por las escaleras, y lo hacían con tanta prisa por llegar hasta los moros que muchos caían al mar.

Ya todos en tierra firme, presentaron una gran batalla a los moros y allí murió mucha gente de una parte y de otra. Cuando los moros se retiraron a la ciudad, entraron en ella muchos buenos caballeros mezclados entre ellos, pero solamente pudieron tomar cinco calles. A pesar de todo, los caballeros cumplieron los votos que habían hecho, y cargaron las naves y las galeras con un gran botín.

Todos los cristianos habían regresado a las naves y a las galeras, excepto Tirante, que aún no había cumplido su voto. Su galera ya había

desencallado y estaba a punto esperando que él subiese. Con Tirante se había quedado un caballero que deseaba ganar honor y que se llamaba Ricardo el Venturoso. Este caballero dijo a Tirante:

—Toda la gente está ya en las naves o muerta. Aquí solamente quedamos tú y yo. Tú has tenido la gloria de haber sido el primero de los vencedores y tus pies fueron los primeros en pisar esta tierra de maldición, donde la secta de aquel engañador Mafomet canta noche y día. Puesto que tú ya has conseguido este honor y teniendo en cuenta que yo te he defendido de muchos peligros, ten conocimiento y entra tú primero en la galera: así seremos iguales en honor, fama y buena hermandad. Fíjate que quien quiere toda la gloria mundana, a veces toda la pierde. Entra en razón y concédeme lo que es mío.

—No es momento de perder el tiempo hablando —contestó Tirante—. En tu mano está la muerte o la vida. Por victorioso me tendrán si los dos morimos a manos de estos infieles y estoy seguro de que nuestras almas se salvarán. Cuando yo hice mi voto, pensé antes en la muerte que en la vida, pero todo me pareció poco en espera de conseguir el honor de caballería, porque muriendo como caballero se puede tener gran honra, gloria, honor y fama en este mundo y en el otro. Ya que hice el voto delante del rey y delante de mí mismo, antes moriré que dejaré de cumplirlo, porque la caballería no es otra cosa que dar fe en obrar virtuosamente. Por lo tanto, Ricardo, dame la mano, vayamos a morir como caballeros y no estemos aquí perdiendo el tiempo en palabras superfluas.

—Estoy de acuerdo —dijo Ricardo—. Dame la mano, salgamos del agua y vayamos contra los enemigos de la fe.

Los dos caballeros estaban en el agua, que les llegaba al pecho, y las galeras los defendían de las lanzas, dardos, pasadores y piedras que les lanzaban. Cuando Ricardo vio que Tirante salía a la orilla del mar para atacar a los moros, lo estiró de la sobrevesta, lo hizo volver al agua y le dijo:

—No conozco a ningún otro caballero en el mundo menos temeroso que tú y ya que veo que tu ánimo es tan esforzado, haz esto: pon tú primero el pie en la escalera, y después yo subiré primero.

Tirante accedió a su petición y con esto dio cumplimiento a su voto. El rey

y todos los caballeros dieron mucho honor a Tirante porque había efectuado lo que había prometido. Entonces Ricardo, viendo que todos daban el honor a Tirante, delante del rey comenzó a decir:

—¿Por qué dais a Tirante toda la gloria y honor si me debe ser atribuida a mí? Tirante debe ser considerado un hombre cobarde y poco esforzado en las batallas, aunque la fortuna le haya sido favorable y lo haya ayudado en muchas cosas. Por lo tanto, el premio de este acto me debe ser otorgado a mí. Ahora estoy descalzo y prometo que nunca más me calzaré hasta que el señor rey y los nobles caballeros determinen otorgarme la fama. Por todos es sabido que después de que la gente subiera a las naves, quedamos Tirante y yo solamente en la orilla del mar. Entre nosotros hubo muchas palabras sobre quién subiría primero. Como él había hecho voto y yo no, quise comprobar qué puede hacer un caballero cuando se halla rodeado de grandes peligros, ya que había una gran multitud de moros. Cuando él vio que yo no quería subir, aceptó poner el pie en la escalera antes que yo. Por eso, señor, dad el honor a aquél a quien pertenece; es decir, a mí, ya que es de derecho y justicia. Y si vuestra alteza no lo quiere hacer, en presencia de todos diré que soy mejor caballero que Tirante y que lo combatiré a toda ultranza.

Entonces el rey respondió con las palabras siguientes:

—Ricardo, ningún juez puede determinar si no oye primero a las dos partes y, por lo tanto, eso no se podrá hacer si Tirante no se halla presente.

Al enterarse Tirante, acercó su galera a la nave del rey. Al subir a ésta, el rey dormía, pero Ricardo, que supo que acababa de llegar, se acercó a él y le dijo:

—Tirante, si osáis decir que yo no soy mejor caballero que vos, os presentaré batalla a toda ultranza.

Y le lanzó unos guantes como prenda. Tirante, que vio que le quería combatir con tan poco fundamento, levantó la mano y le pegó un gran guantazo. La riña fue tan grande que el rey tuvo que ir con una espada en la mano. Cuando Tirante lo vio, subió al castillo de popa y le dijo:

—Señor, castigue vuestra majestad a este desvergonzado caballero que es inicio de todo mal. A este caballero nunca se lo ha visto en hechos de armas, y ahora me quiere combatir a toda ultranza por nada. Si él me

vence, habrá vencido todas las caballerías que con tantas dificultades yo me he sabido ganar, pero si yo soy vencedor, habré vencido a un hombre que nunca ha batallado.

Acabando de decir estas palabras, Tirante hizo señal a la galera y se volvió con sus hombres.

Con toda la escuadra, el rey partió de Trípoli, en Siria, hizo la vía de Chipre, robó y destruyó toda la costa de Turquía y cargaron todas sus naves con la riqueza que tomaron. Cuando llegaron a Chipre, atracaron en la ciudad de Eamagosta, donde se avituallaron y regresaron de nuevo hacia Túnez. Allí desembarcó el rey y todos juntos combatieron contra la ciudad. Tirante y los suyos combatían una torre, a cuyos pies había un gran foso en el que cayó Tirante. Ricardo iba completamente armado para ver si se podía vengar de Tirante. Cuando vio que éste yacía dentro del foso, saltó dentro de la zanja, armado como iba, lo ayudó a levantarse y le dijo:

—Tirante, aquí tenéis a vuestro mortal enemigo, el cual puede darte muerte o vida, pero no quiera Dios que yo consienta que muráis a manos de moros, ya que puedo ayudarte.

Entonces ayudó a salir a Tirante y, ya fuera, le dijo:

—Tirante, ahora ya te he puesto en libertad. Ten cuidado, porque te aseguro que haré todo lo que pueda para matarte.

—Virtuoso caballero —contestó Tirante—, en ti he visto mucha bondad y gentileza y sé que me has librado de una muerte cruel. Me arrodillo en el suelo y te pido perdón por la ofensa que te he hecho. En tu mano pongo mi espada, para que con ella tomes la venganza que te plazca. Si no quieres admitir los ruegos de mi demanda, te digo que nunca en la vida levantaré mi espada en tu contra.

Cuando el caballero vio que Tirante había dicho palabras de tanta humildad y sumisión, lo perdonó y se alegró mucho de ser su amigo. Y su amistad fue tanta que se mantuvieron juntos toda la vida hasta que la muerte los separó.

Habiendo tomado el rey la ciudad de Túnez, pusieron rumbo hacia Sicilia para ver a la nuera del rey y desembarcaron en Palermo. Al enterarse el

rey de Sicilia de su venida, hizo preparar una gran fiesta. El siciliano entró en la nave del rey de Francia para darle la bienvenida. Después salieron a tierra, donde Ricomana los esperaba a la orilla del mar, y allí fue donde se encontraron, con gran alegría, suegro y nuera. El rey de Francia le ofreció grandes presentes, y cada día que permaneció allí, antes de que la infanta se levantase, le enviaba un rico presente, un día brocados, otros sedas, cadenas de oro, broches y otras joyas de gran estima. Por su parte, el rey de Sicilia ofreció al rey de Francia cien caballos muy bellos y muy singulares y ordenó a su hija que, ella en persona, entrase en todas las naves a comprobar cómo se encontraban de víveres para hacerlas abastecer adecuadamente.

En cuanto las naves fueron avitualladas y embarcados los caballos, el rey de Francia se despidió del rey de Sicilia, de la reina y de la infanta. Se llevó con él al príncipe de Sicilia y cuándo llegó a Francia le dio una hija suya por esposa.

La escuadra partió de Palermo, se dirigió a Berbería y, costeano, llegaron a Málaga, a Orán y a Tremicén; pasaron el estrecho de Gibraltar, fueron a Ceuta, a Alcácer Seguer y a Tánger. Al regreso pasaron por la otra costa, es decir, por Cádiz y Tarifa, Gibraltar y Cartagena, ya que en este tiempo era toda costa de moros; y, por las islas de Ibiza y de Mallorca, se dirigieron a desembarcar al puerto de Marsella. Allí el rey dio licencia a toda la armada y pidió a Felipe que fuese a ver a la reina, su madre. Tirante los acompañó y desde allí pasó a Bretaña para ver a su padre, a su madre y a sus parientes.

Unos días después de que el rey de Francia hubo esposado a su hija con el príncipe de Sicilia, quiso que Felipe volviese con su mujer. Entonces se enteró de que el otro hijo del rey de Sicilia se había hecho fraile y había renunciado al mundo. Por esta razón, Felipe suplicó a su padre, el rey de Francia, que avisase a Tirante para que lo acompañase hasta llegar a Sicilia. El rey escribió cartas al duque de Bretaña y a Tirante. Éste, en vista de tantos ruegos, se vio forzado a obedecer el mandato; partió de Bretaña y fue a la corte del rey. Allí, el rey y la reina le pidieron repetidamente que acompañase a Felipe, y él accedió.

Felipe y Tirante partieron de la corte y fueron a Marsella. Los dos se embarcaron y tuvieron el tiempo tan próspero que en pocos días llegaron a Sicilia, donde rey, reina e infanta los agasajaron mucho. Pasados ocho días y estando el rey en su consejo, se acordó de la carta que le había

enviado el emperador de Constantinopla en la que le hacía partícipe de sus angustias y padecimientos. Entonces mandó llamar a Tirante y en presencia de todos hizo leer la carta, que era del tenor siguiente:

Nos, Federico, por la inmensa y divina majestad del soberano Dios eterno, emperador del Imperio griego, salud y honor a vos, rey de la gran isla de Sicilia. Por la concordia hecha por nuestros antecesores, y confirmada y jurada por vos y por mí, os notificamos que el sultán, moro renegado, se halla con gran poder y junto con el Gran Turco dentro de nuestro imperio; nos han tomado la mayor parte de nuestro reino. A este hecho no podemos dar remedio, porque por mi senectud no puedo ejercer las armas. Aparte de la gran pérdida que hemos tenido de ciudades, villas y castillos, me han matado en batalla el mayor bien que tenía en este mundo, mi hijo primogénito, que era mi consolación y escudo de la santa fe católica. Y estoy especialmente desconsolado porque ha sido matado no por los moros, sino por manos de los míos. Aquel triste y doloroso día perdí mi honor y la fama de la casa imperial. Es sabido y es públicamente conocido que tenéis en la corte a un valentísimo caballero, que se llama Tirante el Blanco, que es miembro de la singular orden de caballería y del cual dicen que ha participado en actos dignos de gran honor, entre los cuales destaca el que ha hecho al gran maestre de Rodas. Como el sultán con todo su poder se halla ahora en nuestro imperio, os pido por la fe, amor y voluntad de nuestro Señor Dios, que le roguéis de parte vuestra y mía que quiera venir a mi servicio, ya que le daré de mis bienes todo lo que quiera. Si no viene, suplico a la divina justicia que le dé a sentir mis dolores. ¡Oh bienaventurado rey de Sicilia! Aceptad mis ruegos, que son de doloroso lamento, y ya que eres rey coronado, ten piedad de mi dolor y que la inmensa bondad de Dios te guarde de un caso parecido. Dios, por su merced, quiera mirar nuestra buena y sana intención. Y ahora doy fin a la pluma, no a la mano, que no se cansaría de recitar por escrito los pasados, presentes y futuros males.

Una vez leída la carta del emperador, el rey, dirigiéndose a Tirante, dijo:

—Tirante, conviene que demos infinitas gracias al omnipotente Dios, porque os ha dado tantas perfecciones que en todo el mundo triunfa la gloria de vuestro nombre. Aunque mis ruegos no merecen ser escuchados, porque nunca hice nada por vos, sino que os estoy muy agradecido por lo que vos habéis hecho por mí, me atrevo a rogaros y a pedirlos de parte del emperador de Constantinopla y de parte mía que tengáis compasión de

aquel triste y afligido señor, el cual os ruega y pide que tengáis misericordia de su senectud para que con vuestra ayuda no sea desposeído de su imperial señoría.

Entonces dijo Tirante:

—No es poca, señor, la voluntad que tengo de servir a vuestra excelencia, porque el amor es la más fuerte obligación que hay en el mundo. Y como vuestros ruegos son mandamientos para mí, si vuestra majestad me manda que vaya a servir al emperador de Grecia, lo haré por el gran amor que os tengo. Pero debéis tener presente que solamente soy un hombre, aunque la fortuna me ha sido próspera y amiga y me ha querido dar victoria, honor y estado. Mucho me admira que aquel magnánimo emperador, dejando de lado tan excelentes reyes, condes y marqueses más entendidos y más valientes que yo en el arte de la caballería, me haya elegido a mí. Estoy seguro de que no tiene muchos buenos consejeros.

—Tirante —contestó el rey—, ya sé que en el mundo hay muy buenos caballeros, pero si el honor de todos fuese examinado, para vos sería el honor y la gloria como el mejor de todos. Por eso os ruego y os requiero, como caballero que un día hicisteis juramento en la orden de la Jarretera, que queráis ir a servir al estado imperial, y os lo aconsejo como si fueseis mi propio hijo. Porque he conocido vuestra noble condición y habilidad, sé que de vuestra ida se seguirán muchos beneficios, ya que salvaréis a muchos pueblos cristianos de la dura y grave cautividad y que por todo esto seréis premiado por la bondad divina en este mundo y en la eterna gloria. Por lo tanto, virtuoso caballero, ya que mis galeras están preparadas y bien armadas, os ruego que vuestra partida sea en breve.

—Puesto que vuestra señoría me lo manda, yo iré con agrado —contestó Tirante.

Cuando los embajadores del emperador supieron que Tirante había aceptado ir, se alegraron mucho y dieron infinitas gracias al rey.

Desde que habían llegado a Sicilia se habían dedicado a contratar gente. A un balletero le pagaban medio ducado al día y a un hombre de armas, un ducado. Como en Sicilia no había demasiada gente, pasaron a Roma y a Nápoles, donde encontraron mucha gente que aceptaba su oferta. También compraron muchos caballos. Tirante, por lo tanto, no se preocupó

de otra cosa más que de preparar las armas y comprar cinco cajas grandes de trompetas. Por su parte, el rey y Felipe le procuraron caballos, que hicieron entrar en las naves.

Finalmente, Tirante se despidió de la familia real y con buen viento y mar tranquila, una mañana se encontraron delante de la ciudad de Constantinopla.

TERCERA PARTE. TIRANTE EN CONSTANTINOPLA

Capítulo XII. Tirante llega a Constantinopla

Cuando el emperador supo que Tirante había venido, demostró gran alegría y dijo que, a su parecer, su hijo había resucitado. Las once galeras llegaron causando tales manifestaciones de alegría que hacían resonar toda la ciudad. El pueblo, que estaba triste y dolorido, se alegró mucho porque le parecía que Dios se le había manifestado. Entonces el emperador se puso sobre un estrado para mirar cómo venían las galeras y, cuando Tirante lo supo, hizo sacar tres banderas, dos del rey de Sicilia y una de las suyas; hizo armar a tres caballeros de blanco, sin sobrevestas, con una bandera en la mano, y cada vez que pasaban delante del emperador, bajaban las banderas hasta cerca del agua, excepto la de Tirante, que hacían que tocase el mar. Cuando el emperador vio esto, se puso muy contento por haber visto tal ceremonia, pero lo estuvo más aún por la llegada de Tirante.

Después de haber dado varias vueltas, la una arriba y la otra abajo, las galeras tendieron la escalera para bajar a tierra. Aquel día, Tirante salió vestido con una cota de mallas que llevaba una franja de oro en las mangas y, sobre ésta, una jornea confeccionada a la francesa; llevaba la espada ceñida y un bonete de grana con un gran broche guarnecido de muchas perlas y piedras finas en la cabeza. Diafebus salió de manera parecida, pero con jornea de satén morado, mientras que Ricardo salió tan bien vestido como los otros aunque su jornea era de damasco azul. También el resto de los caballeros y gentilhombres iban muy bien ataviados.

Cuando Tirante llegó a tierra, encontró en la orilla del mar al conde de África que, con mucha gente, lo estaba esperando y que lo recibió con grandes manifestaciones de honor. Desde allí se dirigieron al estrado.

Cuando Tirante vio al emperador, hincó la rodilla en el suelo. Habiendo llegado a su lado, se arrodilló y quiso besarle los pies, pero el valeroso señor no lo consintió. Tirante le besó la mano y el monarca lo besó en la boca. Cuando todos le hubieron presentado pleitesía, Tirante le dio la carta que llevaba de parte del rey de Sicilia y cuando el emperador la hubo leído

en presencia de todos, dijo a Tirante:

—No es poca la alegría que tengo por vuestra venida, virtuoso caballero. Doy infinitas gracias al bienaventurado rey de Sicilia por el buen recuerdo que ha tenido de mi dolor, porque la esperanza que tengo en vuestra gran virtud de caballería me hace olvidar los pasados males. Y para que todos conozcan la gran alegría que tengo por vuestra presencia y el gran amor que por vos siento, os confiero la capitanía imperial y general de la gente de armas y de la justicia.

También quiso darle la vara, que era de oro macizo y que en la cabeza tenía pintadas con esmalte las armas del imperio, pero Tirante no quiso aceptarla, sino que con voz humilde y afable le dijo:

—No se ofenda vuestra majestad si no he querido aceptar la vara, porque con vuestra venia os diré que he venido aquí para poder atacar a la gran morisma que se halla en vuestro imperio. Solamente somos ciento cincuenta caballeros y gentilhombres y no queremos nada que no sea ganado justamente, y por el momento, no soy merecedor de tal dignidad ni de ser vuestro capitán por muchas razones. La primera, por no saber qué ejercicio de armas he de practicar; la segunda, por la poca gente que tengo; y la tercera, por la gran deshonra e injuria que haría al señor duque de Macedonia, al cual pertenece más la dignidad que me ofrecéis a mí.

—En mi casa —dijo el emperador— no puede mandar nadie, sino quien yo quiera. Y yo quiero y ordeno que seáis vos la tercera persona en mando del ejército, ya que por desgracia, he perdido a aquél que consolaba mi alma. A causa de mi indisposición y por mi vejez, os cedo mi lugar a vos y no a otro.

Habiendo visto la voluntad del emperador, Tirante aceptó la vara y la capitanía, junto con el cargo de justicia. Entonces los trompetas y los ministriles, por mandato del emperador, comenzaron a tocar y anunciaron por toda la ciudad que Tirante el Blanco había sido elegido capitán mayor por orden del señor emperador.

Después, el emperador partió del estrado para regresar a palacio. Necesariamente debían pasar por una posada que tenía que servir de alojamiento a Tirante y a todos sus hombres. Entonces dijo el emperador:

—Capitán, ya que estamos aquí, retiraos y descansad durante unos días.

Dadme el gusto de quedaros y dejad que yo me marche.

—¿Cómo podéis suponer, señor —respondió Tirante—, que yo pueda cometer tal falta? Para mí, acompañaros es un descanso. ¡Si iría con vos hasta el infierno, cómo no hasta palacio! Es más, señor, dadme licencia para que, al llegar a palacio, pueda presentar mis respetos a la señora emperatriz y a su bienamada hija, la señora infanta.

El emperador accedió y, cuando llegaron a la gran sala del palacio, lo tomó de la mano y lo entró en la habitación donde estaba la emperatriz. La habitación estaba muy oscura y el emperador dijo:

—Señora, aquí tenéis a nuestro capitán mayor, que viene a haceros reverencia.

Ella, con la voz casi mortecina, respondió:

—Bienvenido sea.

Entonces dijo Tirante:

—Señora, solamente por fe tendré que creer que aquella que habla es la señora emperatriz.

—Capitán mayor —dijo el emperador—, aquél que tenga la capitania del Imperio griego tiene la potestad de abrir las ventanas, de mirar a todas las mujeres a la cara y de quitarles el luto que puedan llevar por marido, padre, hijo o hermano. Por lo tanto, quiero que uséis vuestro oficio.

Entonces Tirante mandó que le trajesen una antorcha encendida. Cuando la habitación se iluminó, el capitán vio un gran dosel todo negro. Se acercó, lo abrió y vio a una señora cubierta hasta los pies con un gran velo negro. Tirante le quitó el velo de la cabeza y, habiéndole visto la cara, puso la rodilla en el suelo, le besó el pie sobre la ropa y después la mano. Ella llevaba en la mano unos paternóster de oro esmaltados. Los besó y los dio a besar al capitán. Después vio una cama con cortinas negras. La infanta estaba acostada sobre aquella cama vestida y cubierta con un tejido de terciopelo negro como también negro era el brial de satén que llevaba. A los pies, encima de la cama, estaban sentadas una mujer y una doncella. La doncella era hija del duque de Macedonia y la mujer, que había amamantado a la infanta, se llamaba la Viuda Reposada. En la otra

parte de la habitación había ciento setenta mujeres y doncellas que acompañaban a la emperatriz y a la infanta Carmesina.

Tirante se acercó a la cama, hizo una gran reverencia a la infanta y le besó la mano. Después fue a abrir las ventanas. Y, como hacía muchos días que se encontraban en tinieblas por la muerte del hijo del emperador, a todas las damas les pareció que habían salido de cautividad. Entonces dijo Tirante:

—Señor, con vuestra venia, os diré, a vos y a la señora emperatriz, mi intención. Veo que el pueblo de esta insigne ciudad está muy triste y dolorido por dos razones. La primera es por la pérdida de aquel animoso caballero el príncipe, vuestro hijo. Vuestra majestad no se debe entristecer, puesto que ha muerto en servicio de Dios, sino que debéis dar gracias a la inmensa bondad de Nuestro Señor que lo ha puesto en la gloria del paraíso. La segunda causa de la tristeza del pueblo es que ven muy cerca la gran morisma y temen perder los bienes y la vida o caer cautivos en poder de los infieles. La necesidad requiere que vuestra alteza y la señora emperatriz pongáis buena cara a todos los que os vean, para que se sientan consolados del dolor en el que se hallan y tomen ánimo para batallar contra nuestros enemigos.

—Buen consejo ha dado el capitán —dijo el emperador—. Mando que inmediatamente, tanto los hombres como las mujeres, abandonen el luto.

Mientras el emperador decía estas palabras los oídos de Tirante estaban atentos, pero sus ojos contemplaban la gran belleza de Carmesina. A causa del gran calor que hacía, porque habían estado las ventanas cerradas, ésta estaba medio desabrochada, mostrando en los pechos dos manzanas del paraíso que parecían de cristal, las cuales dieron entrada a los ojos de Tirante y, a partir de entonces, sus ojos no pudieron encontrar la puerta por donde salir, sino que para siempre quedaron prisioneros en poder de persona liberta, hasta que la muerte los separó. Ciertamente os tengo que decir que los ojos de Tirante nunca habían recibido un pasto parecido a éste de ver a la infanta, por muchos honores y consuelos que hubiesen visto.

En aquel momento el emperador tomó a su hija Carmesina de la mano y la sacó fuera de la habitación. Entonces el capitán tomó a la emperatriz del brazo y entraron en otra habitación muy bien ornamentada, decorada con tablas que representaban historias de amor, como, por ejemplo, la de

Flores y Blanca Flor, la de Tisbe y Píramo, la de Eneas y Dido, la de Tristán e Isolda, la de la reina Ginebra y Lanzarote, y de muchos otros. Entonces Tirante dijo a Ricardo:

—Nunca habría creído que en esta tierra hubiese cosas tan admirables como las que veo.

Y lo decía sobre todo por la gran belleza de la infanta, pero aquél no lo entendió. Después de esto, Tirante pidió licencia y se fue a la posada. Entró en una habitación y puso la cabeza sobre un cojín a los pies de la cama. Cuando fueron a preguntarle si quería comer, él contestó que no, que le dolía la cabeza. Pero en realidad estaba herido de pasión. Diafebus, que vio que Tirante no salía, entró y le preguntó:

—Señor capitán, os ruego que me digáis cuál es vuestro mal, porque si puedo daros algún remedio, lo haré con gusto.

—Primo mío —contestó Tirante—, no necesitáis saber la causa de mi mal, porque no tengo otro que el aire del mar que me ha afectado.

—¡Oh, capitán! Os queréis guardar de mí, que soy conocedor de todos los males y bienes que habéis tenido y ahora, por tan poca cosa, ¿me escondéis vuestros secretos? ¡Decídmelo! No me escondáis nada de vos.

—No queráis atormentar más a mi persona —respondió Tirante—, porque nunca he sentido un mal tan grave como el que ahora siento, dolor que me hará caer en una muerte miserable o, por el contrario, me dará reposada gloria, si la fortuna no me es adversa.

Avergonzado, se volvió hacia el otro lado para no mirar a Diafebus a la cara y no le pudo salir otra palabra de la boca más que:

—Amo.

Habiéndolo dicho, de sus ojos cayeron vivas lágrimas entremezcladas con sollozos y suspiros.

Diafebus, viendo el vergonzoso comportamiento de Tirante, supo cuál era la razón, ya que él siempre había dicho a todos aquéllos que hablaban de amor: «Sois locos todos los que amáis. ¿No tenéis vergüenza de quitaros la libertad y de poneros en manos de vuestro enemigo, que antes os deja morir que os ayuda?» y de todos hacía gran burla.

—Ahora veo que Tirante ha caído en el lazo que ninguna fuerza humana puede resistir.

Pensando Diafebus en los remedios existentes para este mal, comenzó a hablar afablemente:

—Amar es natural en los humanos, ya que dice Aristóteles que cada cosa quiere su semejante. Aunque os parezca duro y extraño caer subyugado en el yugo del amor, podéis creer que nadie se puede resistir. Por eso, capitán, cuanto más sabio es el hombre, más discreción tiene que usar y no tiene que manifestar la pena y el dolor que afligen a su pensamiento. Alegraos y dejad esos pensamientos, que vuestro corazón muestre alegría, ya que la buena suerte ha hecho que en lugar tan alto hayáis puesto vuestro pensamiento. Así, vos por una parte y yo por la otra, podremos dar remedio a vuestro nuevo dolor.

Tirante quedó muy consolado por las palabras de Diafebus, se levantó aún lleno de vergüenza y juntos se fueron a comer. Pero Tirante comió muy poco y se embebió las lágrimas cuando se dio cuenta de que había subido un grado más alto de lo que le correspondía. A pesar de eso, dijo:

—Si esta cuestión ha comenzado en el día de hoy, ¿cuándo querrá Dios que obtenga un resultado victorioso?

Pero los demás, cuando vieron que Tirante no comía, pensaron que se había destemplado a causa del viaje por mar.

Finalmente, y por la gran pasión que Tirante sentía, se levantó de la mesa y se refugió en una habitación. Diafebus y otro caballero fueron al palacio, no con la idea de ver al emperador, sino a las damas. Pero el emperador, que estaba sentado junto a una ventana, los vio pasar y les mandó encargo de que fuesen a verlo. Entonces los dos caballeros subieron a las habitaciones donde el monarca se hallaba acompañado de todas las damas. El emperador le preguntó por su capitán y Diafebus le dijo que estaba un poco enfermo. Al instante el emperador mandó que sus médicos lo fuesen a visitar.

Cuando volvieron los médicos, dijeron al emperador que Tirante estaba muy bien y que su enfermedad se limitaba al cambio de aires. El magnánimo emperador rogó a Diafebus que le narrase todos los festejos

que se habían celebrado en Inglaterra durante las bodas del rey con la hija del rey de Francia, qué caballeros habían hecho armas y cuáles habían sido los vencedores.

—Señor —dijo Diafebus—, no querría que vuestra alteza pensase que por ser pariente de Tirante le quiero dar más honor que a los otros, sino que os quiero contar lo que realmente pasó. Y para que lo podáis comprobar, aquí tengo todas las actas firmadas de la propia mano del rey, de los jueces de campo, de muchos duques, condes y marqueses, y también de los reyes de armas, heraldos y persevantes.

El emperador le rogó que las hiciese traer mientras él contaba los festejos y los combates por el orden en que se celebraron. Después leyeron todas las actas y comprobaron que Tirante había sido el mejor de todos los caballeros. Mucho gustaron al emperador, a su hija Carmesina y a todas las damas las singulares caballerías de Tirante. Cuando hubieron terminado, quisieron saber nuevas del matrimonio de la infanta de Sicilia y de la liberación del gran maestro de Rodas.

Después de eso, el emperador fue a reunirse con su consejo. Diafebus lo quiso acompañar, pero el valeroso señor no se lo permitió, sino que comentó:

—Ya se sabe que para los jóvenes caballeros es más agradable estar entre las damas.

Entonces la infanta Carmesina suplicó a su madre la emperatriz que pasasen a otra sala donde poder solazarse, ya que habían estado encerradas durante mucho tiempo por el luto de su hermano. La emperatriz le dijo que fuese donde desease.

Pasaron a una gran sala trabajada muy artificiosamente que tenía las paredes de jaspes y de pórfidos de diversos colores, las ventanas y las columnas eran de cristal puro y el pavimento resplandecía, porque estaba hecho con material centelleante. Las imágenes de las paredes reproducían historias de Bores, Perceval y Galeas, de forma que se representaba toda la conquista del Santo Grial. El techo era de oro y de azul y alrededor estaban las imágenes, todas de oro, de todos los reyes de los cristianos, cada uno con corona en la cabeza y cetro en la mano; bajo los pies de cada rey había un canecillo con un escudo en el cual figuraban sus armas o su nombre en letras latinas.

Ya en la sala, la infanta tomó a Diafebus y se apartaron un poco de las otras doncellas para hablar de Tirante. Diafebus, que vio tan buena disposición hacia Tirante por parte de la infanta, comenzó a decir:

—¡Gran alegría ha sido para nosotros atravesar el mar y haber tenido la suerte de que nuestros ojos hayan visto la más bella imagen humana que ha vivido y que vivirá desde Eva, la primera mujer y madre de todos! ¡Oh, ser lleno de todas las gracias, virtudes, belleza, honestidad y dotada de infinito saber! Nada me duelen los sufrimientos que hemos tenido ni los que tendremos, ya que hemos hallado a vuestra majestad, que es merecedora de ser la reina del universo. No piense vuestra alteza que hemos venido por los ruegos del valeroso rey de Sicilia, ni por las cartas de vuestro padre el emperador; tampoco hemos venido para practicar combates; ni siquiera por la belleza de la tierra ni por vivir en palacios imperiales. Bien podéis creer que nuestra venida no ha tenido otra razón que serviros. Y si hacemos guerras y batallas, todas serán por amor y en homenaje a vos.

—¡Oh, triste de mí! —dijo la infanta—, ¿qué me decís? ¿He de creer que habéis venido aquí por amor a mí y no por mi padre?

—A fe mía os podría decir —añadió Diafebus— que Tirante, que es hermano y señor de todos, nos rogó que lo acompañásemos para poder contemplar a la hija del emperador, ya que era lo que más deseaba en el mundo. Y la primera vez que os ha visto, tanto le habéis impresionado, que ha caído enfermo en la cama.

Mientras Diafebus decía estas cosas a la infanta, ella estaba tan conmovida que no podía hablar y su angelical cara cambiaba, poco a poco, de color. Por un lado la asediaba el amor, pero por el otro la retenía la vergüenza.

En aquel instante llegó el emperador, llamó a Diafebus y hablaron los dos hasta que fue la hora de la cena. Entonces Diafebus se despidió de él, se acercó a la infanta y le preguntó si ordenaba alguna cosa.

—Sí —respondió ella—, dejad que os abrace varias veces, guardaos abrazos para vos y retened una parte para Tirante.

Diafebus se acercó e hizo lo que le había mandado. Al saber Tirante que

Diafebus había ido a palacio y que seguramente había hablado con la infanta, sólo deseaba que viniese para que le diese noticias de su señora.

Cuando Diafebus entró en la habitación, Tirante se levantó de la cama y le preguntó:

—Hermano mío, ¿qué nuevas me traéis de aquella que está llena de virtudes y me tiene el alma cautivada?

Diafebus, viendo el extraordinario amor de Tirante, lo abrazó de parte de la infanta y le contó todo lo que había ocurrido. Tirante quedó con más alegría que si le hubiesen dado un reino y, con nuevos ánimos, cenó con el deseo de que llegase la mañana para poder ir a verla.

La infanta, por su parte, se quedó tan pensativa que se vio obligada a apartarse del lado de su padre y a entrar en su habitación. Había una doncella que la infanta tenía en gran estima porque se habían criado juntas, que se llamaba Estefanía y era la hija del duque de Macedonia. Cuando ésta vio que la infanta había entrado en su habitación, la siguió. Entonces Carmesina le contó lo que Diafebus le había dicho, y también la extraordinaria pasión que sentía ella a causa del amor de Tirante:

—Te digo que más me ha gustado su sola imagen que todas las otras que he visto en el mundo. Es un hombre de gran disposición, que en el gesto muestra su coraje y las palabras que salen de su boca van acompañadas de mucha gracia. Lo veo cortés y afable como ningún otro. ¿Quién no amaría a un hombre como éste? ¡Y pensar que ha dicho que ha venido más por mí que por mi padre! Ciertamente, mi corazón se inclina hacia él y me parece que será mi vida.

Entonces dijo Estefanía:

—Señora, entre los buenos hombres siempre se tiene que elegir el mejor y, habiendo conocido sus singulares actos de caballería, no hay mujer ni doncella en el mundo que con mucho gusto no lo tenga que amar y subyugarse a su voluntad.

Mientras charlaban de esta forma, vinieron las otras doncellas y también la Viuda Reposada, que estaba muy en contacto con Carmesina porque la había amamantado; ésta les preguntó de qué hablaban. La infanta le respondió:

—Hablamos de lo que nos ha contado aquel caballero sobre los festejos y honores que hicieron en Inglaterra a todos los extranjeros que habían ido allí.

Y con estas y otras razones prácticamente pasaron la noche, de forma que la infanta no durmió ni poco ni mucho. A la mañana siguiente, Tirante se vistió con un gran manto de orfebrería; su divisa representaba gavillas de mijo cuyas espigas estaban hechas con perlas muy gruesas y bellas. En cada esquina del manto había una leyenda que decía: «Una vale mil y mil no valen una». Las medias y el capirote los llevaba atados a la francesa y en la mano portaba el bastón de oro de la capitánía. Los otros miembros de su séquito se ataviaron también muy bien con brocado, sedas y argentería. Entonces, todos juntos, se dirigieron a palacio.

Cuando llegaron a la puerta mayor, vieron una cosa de gran admiración: que a cada lado de la puerta que da a la entrada de la plaza, en su parte interior, había sendas piñas de oro, tan altas como un hombre y tan gruesas que cien hombres no las podrían levantar. Estas piñas habían sido hechas en tiempos de prosperidad para un acto de gran magnificencia. Cuando entraron en palacio, encontraron muchos osos y leones que estaban atados con gruesas cadenas de plata y subieron a una gran sala toda labrada con alabastro.

En cuanto el emperador supo que su capitán había llegado, ordenó que le dejasen entrar. El emperador se estaba vistiendo mientras su hija Carmesina, tal como hacía cada día, lo peinaba. La infanta llevaba gonela de orfebrería toda trabajada que representaba una hierba llamada amorval y con una leyenda bordada con perlas a su alrededor que decía: «Mas no a mí».

El emperador preguntó a Tirante cuál era el mal que sentía el día anterior y Tirante le respondió:

—Majestad, todo mi mal procede del mar, porque los vientos de estas tierras son más suaves que los de poniente.

Antes de que el emperador contestase, intervino la infanta:

—Señor, el mar no hace daño a los extranjeros que son como han de ser, sino que les da salud y larga vida.

Estas palabras las dijo mirando siempre a Tirante a la cara y con una leve sonrisa para hacer ver a Tirante que ella había entendido. Después el emperador y el capitán salieron de la habitación. La infanta tomó a Diafebus de la mano y, cuando se detuvieron, le dijo:

—A causa de las palabras que me dijisteis ayer, no he podido conciliar el sueño durante toda la noche.

—Señora, ¿queréis que os diga una cosa? Lo mismo nos ha ocurrido a nosotros. Pero me ha gustado mucho cómo habéis entendido a Tirante.

—¿Pensabais que las mujeres griegas —dijo la infanta— saben menos que las francesas? En esta tierra todas sabrán entender vuestro latín, por oscuro que lo queráis hablar.

—Esto es lo que verdaderamente nos place, señora —replicó Diafebus—, platicar con personas que sean buenas entendedoras.

En eso la infanta mandó que viniese Estefanía con doce doncellas más para acompañar a Diafebus. Al verlo tan bien acompañado, entró en la habitación para acabar de vestirse.

Mientras, Tirante había acompañado al emperador a la gran iglesia de Santa Sofía, donde lo dejó leyendo las horas, y volvió a palacio para acompañar a la emperatriz y a Carmesina. Cuando llegó a la gran sala encontró a su primo Diafebus entre muchas doncellas, a las cuales estaba contando los amores de la hija del rey de Sicilia con Felipe. Diafebus se comportaba tan bien, que parecía que toda la vida se hubiese criado entre ellas.

Al ver entrar a Tirante, lo saludaron y le hicieron sentarse entre ellas. Entonces salió la emperatriz vestida de terciopelo gris oscuro. No tardó mucho la infanta en salir con un vestido del color de su mismo nombre —o sea, carmesí—, forrado con martas cibelinas, y abierto a ambos lados y en las mangas. En la cabeza llevaba una pequeña corona con muchos diamantes, rubíes y piedras de gran valor. Su gesto agraciado y su belleza extraordinaria la habrían hecho merecedora de ser la primera entre todas las otras damas del mundo, si la fortuna la hubiese querido ayudar.

Tirante, ya que era el capitán mayor, tomó a la emperatriz del brazo. Allí

había muchos condes y marqueses, grandes hombres de estado, que quisieron ofrecer su brazo a la infanta, pero ella les dijo:

—No quiero que a mi lado venga otro que no sea mi hermano Diafebus.

Todos la dejaron y aquél la tomó. Pero bien sabe Dios que Tirante hubiese preferido más haber estado cerca de la infanta que de la emperatriz. De camino a la iglesia, Diafebus dijo a la infanta:

—Mire vuestra alteza cómo se sienten los espíritus.

—¿Por qué decís esto? —preguntó la infanta.

—Señora —explicó Diafebus—, porque vuestra excelencia va vestida con gonela de chapería bordada con perlas gruesas, mientras que Tirante lleva una pieza que vuestro vestido necesita. ¡Oh, cuánto me gustaría poder colocar aquel manto sobre esta gonela!

Como iban muy cerca de la emperatriz, Diafebus tomó el manto de Tirante. Éste, al sentir que se lo estiraban, se detuvo un poco. Diafebus lo puso sobre la gonela de la infanta y dijo:

—Señora, ahora está la pieza en su lugar.

—¡Ay, triste de mí! —se lamentó la infanta—. ¿Os habéis vuelto loco o habéis perdido del todo el juicio? ¿Tan poca vergüenza tenéis que en presencia de tanta gente decís estas cosas?

—No, señora, que nadie oye, ni siente, ni ve nada —contestó Diafebus—. Además, yo podría decir el paternóster al revés y nadie lo entendería.

—Ciertamente creo —dijo la infanta— que vos habéis estudiado en la escuela de honor, allá donde se lee al famoso Ovidio, poeta que habla en todos sus libros del verdadero amor. Y no hace mucho hubo quien intentó imitar a tal maestro.

Entonces llegaron a la iglesia. La emperatriz entró en el recinto encortinado, pero la infanta no quiso entrar porque dijo que hacía demasiado calor. Pero si no lo hizo era porque quería observar a Tirante. Éste se colocó cerca del altar. Todos le concedieron el honor de estar el primero a causa del oficio que tenía. Él siempre tenía costumbre de oír misa de rodillas. Al verlo la infanta con las rodillas en el suelo, tomó un

cojín de brocado que tenía y lo dio a una de sus doncellas para que se lo llevase. Cuando se lo colocó, Tirante se levantó y, con el capirote en la mano, hizo una gran reverencia a la infanta. No penséis que la infanta pudo acabar de rezar sus horas a lo largo de la misa; en realidad la pasó mirando a Tirante y a sus compañeros, tan bien ataviados a la francesa.

Tirante, por su parte, contempló la singular belleza de la infanta, mientras pasaban por su mente todas las mujeres y doncellas que recordaba haber conocido. Concluyó que nunca había visto ni esperaba ver otra a la que la naturaleza hubiese dotado con tantos bienes como a Carmesina, ya que en ella resplandecían linaje, belleza, gracia y riqueza, acompañados de infinito saber, de forma que más parecía angélica que humana. Observando la proporción de su femenina y delicada persona, la naturaleza demostraba que había hecho todo lo que podía, que nada había fallado ni en el conjunto ni en los rasgos particulares. Estaba admirado de sus cabellos rubios que resplandecían como si fuesen madejas de oro, cabellos que llevaba partidos mediante una raya tan blanca como la nieve. Estaba admirado también de sus cejas, ya que parecía que fuesen hechas a pincel, finas y ligeramente arqueadas. Así mismo contemplaba sus ojos, que parecían dos estrellas redondas que lucían como piedras preciosas, cuyas graciosas y discretas miradas parecía que comportasen firmeza y confianza. Su nariz era delgada, afilada y ni demasiado grande ni demasiado pequeña, de acuerdo con la perfección de la cara, que era de extraordinaria blancura de rosas mezcladas con lirios. Tenía los labios rojos como el coral y los dientes, muy blancos, pequeños y espesos, parecían de cristal. Más admirado aún estaba de las manos, que eran de extrema blancura y tan bien carnadas que en ellas no se marcaba ningún hueso, con los dedos largos y afilados, las uñas cañoneadas y encarnadas que parecían estar pintadas con alheña. Su cuerpo era tal, que no tenía ninguna imperfección.

Cuando se acabó la misa, volvieron a palacio y Tirante se despidió del emperador y de las damas. Al llegar a la posada entró en la habitación y se lanzó sobre la cama pensando en la gran belleza que la infanta poseía. Su agraciado gesto le hizo aumentar tanto su dolor, que si antes sentía una pena, ahora sintió cien. Entonces Diafebus entró en la habitación y, cuando vio que Tirante estaba muy triste y afligido, gimiendo y suspirando, le dijo:

—Señor capitán, vos sois el más desmesurado caballero que he visto en

mi vida. Otros estarían muy contentos por haber visto a su señora, sobre todo después de los agasajos y honores que os ha hecho por encima de los otros señores que había allí. Y especialmente por el hecho de haberos enviado con tanta gracia y amor, y en presencia de todos, su cojín de brocado. Tendríais que ser el hombre más feliz del mundo y vos hacéis todo lo contrario, sin tener en cuenta la realidad.

Habiendo visto Tirante el consuelo que le ofrecía Diafebus, con voz dolorosa le dijo:

—La extrema pena que siente mi alma es porque amo y no sé si soy amado. Entre los otros males que siento, éste es el que más me atribula. Mi corazón se ha vuelto más frío que el hielo, porque no tengo esperanza de conseguir lo que deseo, ya que la fortuna siempre es contraria a aquéllos que aman bien. ¿No sabéis que en todos los combates que he llevado a cabo nadie me ha podido vencer, y en cambio la sola vista de una doncella me ha vencido y me ha hecho caer al suelo, de forma que no he podido oponer ninguna resistencia? Si ella me ha provocado el mal, ¿de qué médico puedo esperar medicina? ¿Quién me podrá dar vida, muerte o auténtica salud si no es ella? ¿Con qué ánimo y con qué lengua podré hablar para poderla inducir a apiadarse de mí, ya que ella me sobrepasa en todo, o sea, en riqueza, en nobleza y en señoría? Si el amor, que tiene idéntica balanza y que iguala las voluntades, no inclina su alto y generoso corazón, estoy perdido; me parece que todas las vías que pueden restablecer mi salud se hallan cerradas.

Diafebus no permitió que Tirante hablase más, de tan atribulado que lo veía, sino que comenzó a decir:

—Los anteriores enamorados, que deseaban dejar fama de su gloria, con gran esfuerzo se preocupaban por conseguir reposada alegría. Vos, en cambio, queréis una miserable muerte. Ya que habéis caído en tal amor, no penséis que lo habéis de obtener por ninguna fuerza extraña, sino que con ingenio y esfuerzo lo tenéis que llevar a buen fin. Por mi parte, me ofrezco a haceros todos los preparativos posibles. Si continuáis comportándoos así, conseguiréis perpetua infamia, ya que todo caballero tiene que intentar refrenar su loca voluntad. Si de esto se enterase el emperador, Dios no lo permita, ¿cómo quedaríamos tanto vos como nosotros, si el primer día os habéis enamorado de su hija para difamarle el estado y la corona? Queréis que nadie sepa que os habéis enamorado, pero haciendo lo que hacéis será evidente para todo el mundo. Ya lo dice

el conocido ejemplo: «Allá donde se hace fuego, humo tiene que salir». Por lo tanto, señor capitán, ya que tenéis discreción, usadla, y no queráis dar a conocer a nadie vuestras pasiones.

Tirante se alegró mucho del consuelo que le dio su amigo y pariente. Pensó un rato, después se levantó de la cama y salió a la sala. Huelga decir que todos estaban admirados de su extraño comportamiento.

Cuando hubo comido, pidió a Diafebus que fuese a palacio a llevar a la infanta un libro de horas, con cubiertas de oro macizo y finamente esmaltado que se cerraba con un broche de caracol que, cuando se le sacaba la llave, no se podía saber por dónde se abría.

Diafebus tomó un pequeño paje muy bien ataviado para que lo acompañase y llevase el libro. Al llegar a palacio, encontró al emperador en la habitación de las damas y le recitó las mismas palabras que Tirante le había dicho:

—Sacra majestad, vuestro capitán os suplica que le deis licencia para poder ir en breves días a ver el campo de los moros. Por otro lado, envía a vuestra alteza este libro de horas. Pero si no os parece bueno, podéis darlo a alguna doncella de la infanta.

Cuando el emperador vio el libro, se admiró mucho y dijo:

—Es un libro tan magnífico, que tendría que ser para una doncella de casa real.

Y dio el libro a su hija Carmesina. Ella, tanto por la belleza del libro, como por tener alguna cosa de Tirante, se alegró mucho, se levantó y dijo:

—Señor, ¿complacería a vuestra majestad que hiciésemos llamar al capitán y a los ministriles y organizásemos una fiesta? Ya hace demasiado tiempo que dura el luto y me gustaría que la prosperidad imperial fuese cultivada como corresponde.

—Hija muy amada, ¿no sabéis que en este mundo no tengo ningún otro bien más que a vos y a Isabel, reina de Hungría, que a causa de mis pecados ha sido expulsada de mis ojos y, por lo tanto, desde la muerte de mi hijo, solamente os tengo a vos en este miserable mundo? Toda la alegría que podáis tener será un magnífico descanso para mi vejez.

Entonces la infanta mandó llamar a Tirante e hizo sentarse a Diafebus a sus faldas.

Tirante, cuando supo el mandato de su señora, fue delante del emperador, quien le rogó que danzase con su hija. Las danzas duraron hasta la noche. Cuando terminaron, Tirante regresó muy alegre hacia su posada porque continuamente había danzado con la infanta, la cual le había dicho palabras muy graciosas que él tuvo en gran estima.

Al día siguiente, el emperador ofreció un gran banquete en honor de Tirante. Todos los duques, condes y marqueses que asistieron comieron en la misma mesa que él, la emperatriz y su hija. El resto de la gente se sentó en otras mesas. Después de comer danzaron y posteriormente el emperador decidió cabalgar para mostrar toda la ciudad a su capitán. Tirante y todos los suyos se admiraron mucho de los bellos y singulares edificios que había en ella. También les mostró las fortalezas y las grandes torres que había sobre los portales y la muralla.

El emperador hizo quedarse aquella noche a Tirante para que cenase, ya que quería darle muestras de la buena voluntad que le profesaba. Como la infanta estaba en su habitación, el emperador la llamó para que fuese con ellos.

—Señor —dijo Tirante—, me parece muy impropio que la hija, que es la heredera, sea llamada infanta. ¿Por qué vuestra majestad le roba el nombre que le corresponde, que es el de princesa? Bien es verdad que vuestra alteza tiene otra hija mayor, mujer del rey de Hungría, pero también lo es que ella renunció a todos los derechos en favor de Carmesina. Por esta razón, señor, es necesario que le sea cambiado el nombre, ya que la hija que ha de ser la heredera es conveniente que reciba el nombre de princesa.

Y el emperador, cuando vio que Tirante tenía toda la razón, mandó que a partir de ese momento Carmesina fuese llamada princesa.

Al día siguiente, el emperador tenía consejo general y dijo a su hija que asistiese. La princesa asistió, tanto por deseo de ver la práctica del consejo, como por oír hablar a Tirante.

Cuando se sentaron, el emperador dio la bienvenida a Tirante y dijo:

—Ya que la divina providencia ha permitido que hayan muerto o caído presos los más nobles y animosos caballeros de nuestra hueste y que los que nos quedan se hallan en el mismo peligro, nuestro imperio caerá en manos de los crueles e inhumanos moros, enemigos de la santa ley cristiana y yo seré desposeído de la señoría imperial, si no somos ayudados, Tirante, por vuestra mano victoriosa. Como el día que perdí a mi hijo, que era flor y espejo de la caballería de Grecia, perdí todo mi honor y mi bien, solamente tengo esperanza en vos, porque confío en que obtendremos gloriosa victoria gracias a la misericordia divina y a vuestro brazo vencedor. Por esto, virtuoso capitán, os ruego que os dispongáis a ir contra nuestros enemigos. Puesto que ostentáis la capitanía, tomad las armas vencedoras, ya que tenemos noticias de que las naves genovesas han llegado al puerto de Aulida cargadas con gentes de armas, que provienen de Toscana y de Lombardía, con caballos y con víveres. Por otro lado, nuestras naves han llegado a la isla de Judea, llamada de los Pensamientos, y creo que pronto llegarán aquí.

Tirante, quitándose el bonete de la cabeza, respondió con continencia:

—Vuestra majestad no me tiene que rogar, sino que me debe ordenar, porque vuestra alteza me ha hecho demasiado honor nombrándome capitán y lugarteniente general vuestro, cargo que yo no merecía; pero, ya que he aceptado el oficio, estoy obligado a servirlo. El día que partí de la noble isla de Sicilia, me despojé de toda mi libertad y la puse en manos de vuestra majestad. Así pues, puesto que os he hecho mi señor y vuestra alteza me ha aceptado por servidor, os suplico que de ahora en adelante no me roguéis nada, sino que me lo mandéis. Por lo tanto, ruego a vuestra majestad que me diga cuándo desea que vaya a ver a los genoveses, ya que estoy dispuesto a ir rápidamente. A pesar de eso, señor, con vuestra venia, os diré mi parecer. La guerra de guerrillas necesita tres cosas y si falla alguna de ellas, tal guerra no se puede hacer: gente, plata y trigo. Como los moros son muchos y cuentan con la ayuda de los genoveses que les traen muchos víveres, armas, caballos y gente bien armada, es necesario que nosotros nos preparemos para darles una batalla fuerte, dura y cruel.

—Tenemos —dijo el emperador— todo lo que vos decís. De nuestro tesoro podéis pagar a doscientos mil bacinetes durante veinte o treinta años. Tenemos un número suficiente de gente: sesenta mil son los que se hallan en la zona de la frontera, bajo las órdenes del duque de Macedonia.

Más de ochenta mil son los que hay entre la ciudad y el campo y veinticinco mil son los que vienen en las cuarenta naves. Estamos muy bien provistos de armas, de caballos y de toda la artillería necesaria para la guerra. En cuanto al trigo, no vamos escasos. Además, las naves que vienen traen bastante y, cuando lleguen, ordenaré que vuelvan a Sicilia y que continuamente nos traigan más. También he pedido a Escandor, por vía de Esclavonia, que venga con trigo y otros víveres.

—Mucho me ha placido —dijo Tirante— escuchar lo que habéis dicho. Puesto que estamos provistos de todas las cosas necesarias, demos fin al consejo y preparémonos para la guerra.

—Os diré qué tenéis que hacer ahora —añadió el emperador—. Id a Safir, donde está mi silla de juicio; os mando que os sentéis allí y actuéis con justicia y misericordia.

Entonces, un miembro del consejo que se llamaba Montsalvat, dijo:

—Señor, vuestra majestad debería mirar mejor los tres impedimentos que tenemos. El primero es que no es necesario retirar la capitanía general al duque de Macedonia, ya que él es más cercano en parentesco a la corona imperial. La segunda es que ningún extranjero tiene que tener oficio ni beneficio en el imperio, sobre todo los que son de un lugar desconocido. Y la tercera es que, antes de partir de aquí, la gente de armas tiene que ir en romería a la isla donde Paris se llevó a la reina Elena y hacer presentes a los dioses, de la misma forma que hicieron en tiempos antiguos los griegos, que consiguieron la victoria sobre los troyanos.

El emperador no pudo soportar las locas palabras del caballero y se apresuró a decirle con mucha ira:

—Si no fuese porque Dios nos está mirando y por mi edad, ahora mismo te haría cortar la cabeza porque eres un malvado y réprobo cristiano. Quiero y mando que Tirante sea superior sobre todos nuestros capitanes, ya que él es merecedor de rango por su gran virtud y caballería. Además, el duque de Macedonia, que es flojo de ánimo y poco diestro en la guerra, no ha sabido vencer nunca ni en una sola batalla. Por eso ordeno que Tirante sea el capitán y castigaré a todos los que lo contradigan, de tal forma que permanecerá para siempre en la memoria de todo el mundo.

Aquí tuvo que acabar sus palabras, porque sus fuerzas Saqueaban al

hablar. Entonces la princesa continuó las palabras de su padre y dijo:

—A ti se te puede decir hijo de la iniquidad, engendrado bajo el negativo influjo de Saturno. Mereces una gran reprensión y castigo, ya que por tu malicia y envidiosa iniquidad quieres ir en contra de la decisión imperial y en contra de la ley humana y divina al aconsejar el gran pecado de idolatría, porque quieres que hagamos sacrificio al diablo, del cual eres servidor. ¿No sabes —continuó la princesa— que por la gloriosa venida del rey Dios Jesús cesó toda la idolatría? Más punible es aún que, en presencia de la majestad del señor emperador, hayas tenido la audacia de injuriar a una persona y de decir que un hombre extranjero no debe tener el cetro de la justicia, ni la capitanía general. Dime, si los extranjeros son mejores que los de la tierra, más hábiles, más fuertes y más diestros en la guerra y en otras cosas, ¿qué quieres que hagamos? Mírate a ti mismo, que no has tenido nunca el atrevimiento de ir a la guerra para defender a tu patria y a tu señor natural. ¿Eres digno de estar en el consejo o no deberías estar en ningún lugar donde haya otros caballeros?

Pero el emperador concluyó el consejo porque no quería oír a nadie más. Seguidamente mandó hacer una llamada para que todos aquéllos que tuviesen petición contra alguien, fuesen a partir de la mañana siguiente a la Casa del juicio donde se les impartiría justicia.

Al día siguiente, Tirante se sentó en la silla del real juicio, escuchó a los que clamaban y a todos administró justicia. Al otro día, convocó a los miembros del consejo y a los regidores de la ciudad y organizó en primer lugar a los miembros de la casa del emperador de esta forma: todos sus servidores fueron divididos de cincuenta en cincuenta y los de mayor dignidad fueron nombrados capitanes. De forma semejante hicieron con toda la ciudad, porque necesitaban gente de mando. También ordenó Tirante que todas las noches durmiesen cincuenta hombres en la puerta de la habitación del emperador y, cada noche, fuese el capitán mayor o su lugarteniente a comprobarlo. Cuando el emperador entraba a dormir, el capitán estaba diciendo a aquellos cincuenta hombres:

—Bajo vuestra vida y vuestra fidelidad os encomiendo a la persona del emperador.

Y lo mismo mandó hacer con la emperatriz y con la princesa. Además, alrededor del palacio hacían guardia cuatrocientos hombres de armas, de forma que la persona del emperador se hallaba bien guardada. Al ver el

emperador lo que su capitán había decidido, se mostró muy satisfecho. Tirante nunca dejaba de ir a las horas establecidas, aunque lo hacía más por ver a la princesa que por el emperador.

Por otro lado, Tirante ordenó que por todas las calles de la ciudad pusiesen cadenas gruesas y que no las soltasen hasta que tocase una pequeña campana que había en palacio. Más adelante, ordenó que de noche, a causa de la poca seguridad que había en la ciudad por la presencia de ladrones, la mitad de las casas de cada calle pusiesen luces en las ventanas hasta la medianoche y la otra mitad, lo hiciesen hasta que llegase el día. Todas las noches el capitán hacía guardia desde que salía de la casa del emperador hasta la medianoche. Pasada aquella hora eran Diafebus, Ricardo o algún otro hombre de su confianza los que tomaban el bastón de la capitania. De esta forma la ciudad era preservada. Es más, ordenó que los regidores de la ciudad fuesen por todas las casas y sacasen a la plaza el trigo, la cebada y el mijo que encontrasen, excepto el que pudiesen necesitar sus moradores. Así pues, organizaron el avituallamiento porque, antes de que Tirante hubiese venido, no se podía encontrar en toda la ciudad quien vendiese pan, ni vino, ni ningún otro alimento. Y en pocos días abundaron en la ciudad todas las cosas necesarias. Todo el pueblo estaba muy agradecido a Tirante y lo bendecían por la organización que había establecido en la ciudad, ya que les permitía vivir con gran tranquilidad, paz y amor.

Quince días después de la venida de Tirante, llegaron las naves del emperador cargadas de gente, trigo y caballos. Pero antes de llegar las naves a Constantinopla, el emperador había ofrecido al capitán ochenta y tres caballos muy grandes y muy bellos, y también muchos arneses. Tirante hizo venir a Diafebus para que eligiese a su placer entre aquellas armas y caballos, y después lo hicieron Ricardo y todos los demás.

Capítulo XIII. Tirante, entre el amor y la guerra

Tirante sentía una extraordinaria pasión por los amores de la princesa y, día a día, le aumentaba el dolor. Era tanto el amor que le profesaba que, cuando la tenía delante, no se atrevía a hablarle. Se acercaba el día de su partida y ya sólo esperaba que los caballeros que habían llegado por mar descansasen.

El avisado corazón de la princesa había notado el amor que Tirante le tenía. Así pues, un día mandó un pequeño paje para pedir a Tirante que, a la hora del mediodía, fuese a palacio porque en aquel momento casi todos descansan. Cuando Tirante conoció la petición de su señora, le pareció que se hallaba en el más elevado lugar del paraíso.

Al instante hizo venir a Diafebus, le comunicó la noticia y le hizo saber que la infanta quería que fuesen dos solamente. Tan pronto como Diafebus lo supo, dijo:

—Señor capitán, muy alegre estoy de cómo comenzó la cosa, aunque no sé cómo acabará. Ahora bien, como valiente caballero que sois, cuando estéis con ella tened ánimo, mostraos valeroso delante de doncella que no lleva armas ofensivas y expresadle vuestras pasiones ardientemente. Recordad que muchas veces los ruegos temerosos son denegados.

Llegada la hora de la cita, los dos caballeros subieron a palacio y, con pasos suaves, entraron en la habitación de la princesa con la esperanza de la victoria. Cuando ella los vio, se alegró mucho, se levantó, tomó a Tirante de la mano y le hizo sentarse cerca de ella. Diafebus tomó a Estefanía de un brazo y a la Viuda Reposada del otro y las apartó para que no pudiesen oír lo que la princesa quería decir a Tirante. Entonces Carmesina, en voz baja y con gesto afable, dijo:

—No penséis que por cosa deshonesto ni por vicio he querido hablar con vos, sino que os he llamado con santa y honesta intención, ya que no querría que por desconocimiento y por ser extranjero os ocurriese ningún daño. Sé que habéis venido a esta tierra gracias a los ruegos del rey de Sicilia, el cual no os pudo manifestar los peligros en que os podíais

encontrar, porque él los ignora. Pero como tengo compasión de vuestra persona noble y virtuosa, he decidido daros un consejo del que sacaréis gran provecho si dais fe a mis palabras, ya que con él podréis volver sano y salvo a vuestra propia patria.

Entonces Tirante dijo:

—¿Cómo podré servir a vuestra majestad, señora de tanta estima cuando, sin merecerlo, he recibido tanta ayuda de vos? Solamente vuestro recuerdo es demasiado para mí y os doy humildes gracias porque con tanta virtud de caridad hayáis tenido compasión de mí y de mis trabajos. Y para que no me tengáis por ingrato del bien que me hacéis, acepto vuestra oferta y, agradecido, os beso pies y manos, y me obligo a seguir todo lo que vuestra alteza me mande. En el hecho de dar sin pedir, también se muestra que vuestra excelsa condición es más angélica que humana.

Tirante le suplicó que le diese la mano, porque se la quería besar, pero la señora no se lo consintió. Se lo suplicó muchas veces y, como vio que se negaba, llamó a la Viuda Reposada y a Estefanía, las cuales le pidieron que se la dejase besar. Pero ella, finalmente, no aceptó que le besase la parte de fuera, sino la interior, porque besar dentro es señal de amor, mientras que besar fuera es muestra de señoría. Aunque la princesa le volvió a decir:

—Bienaventurado caballero, significa mucho para el señor emperador, padre mío, y para mí, que soy la sucesora del imperio griego y del reino de Macedonia, que por tu victoriosa mano podamos recuperar toda nuestra señoría. Si por tu excelente virtud pudiesen ser expulsados los genoveses, italianos y lombardos, junto con los moros, mi alma quedaría muy consolada. Pero me temo que la fortuna nos sea adversa. Si cumples con tu misión, yo te prometo darte un premio de acuerdo con tu condición y virtud. Ruego a Dios que te guarde de las manos del cruel, envidioso y muy diestro y sabio en actos de traición como es el famélico león, el duque de Macedonia. Es bien conocido que él mató a mi valentísimo hermano, porque guerreando valientemente contra los enemigos, se le acercó por detrás, le cortó las cuerdas del bacinete para que se le saliese de la cabeza, y así pudo ser matado por los moros. Tan gran traidor como éste es digno de gran pavor, porque en él señorean los siete pecados mortales. Por esta razón, virtuoso caballero, os aviso y os aconsejo que, durante la guerra, os guardéis de él y no os fiéis ni en la comida ni en la hora de dormir. Si no olvidáis este consejo, mantendréis vuestra vida.

Estando en estas razones, vino la emperatriz, se sentó cerca de ellos y les preguntó de qué hablaban.

—Señora —contestó la princesa— hablamos de cuándo podremos hacer salir de nuestra tierra a las gentes que dicen que los genoveses han traído para ayudar a los moros.

—¡Quién puede saberlo! —indicó la emperatriz—. Yo comparo la guerra con la enfermedad en el cuerpo del hombre, que un día se encuentra bien y el otro mal; un día le hace daño la cabeza y el otro el pie. Lo mismo ocurre con las batallas: un día se vence y al otro se es vencido.

Tanto habló la emperatriz que Tirante no pudo satisfacer las palabras de la princesa. Cuando estaban a punto de despedirse, la emperatriz dijo:

—Vamos a mostrar nuestro palacio al capitán, porque él no ha visto más que las habitaciones y las salas que hay aquí abajo. También le enseñaremos el tesoro de tu padre.

Entonces todos se levantaron. Tirante tomó del brazo a la emperatriz y Diafebus se lo cogió a la princesa. Cuando llegaron a la torre del tesoro, la princesa abrió las puertas. La parte interior de la torre estaba realizada con mármol blanco y decorada con las historias de Paris y Viana. Todo el techo era de oro y de azur, de forma que lanzaba un gran resplandor. La princesa hizo abrir setenta y dos cajas llenas de monedas de oro y otras llenas de vajillas de oro y de joyas, y también de objetos para la decoración de la capilla, que eran muy singulares y de gran valor. De vajilla de plata, había tanta que era cosa de espanto, ya que en una parte de la torre había un montón tan alto que llegaba hasta el techo.

Tirante y Diafebus se admiraron mucho del tesoro que tenía el emperador, porque nunca habían visto tanta riqueza. Aquella noche Tirante pensó mucho, por un lado en lo que le había dicho la princesa y por el otro en todo lo que había visto. Al llegar el día siguiente, el capitán hizo confeccionar unas banderas. En una mandó pintar candados de oro sobre campo verde, de forma que toda la bandera estaba llena; también llevaba una divisa que decía:

La letra que está primera
en el nombre de esta pintura

es la llave con la que ventura
cerrada tiene la última.

La otra bandera, toda roja, llevaba pintado un corazón. Alrededor de la bandera unas letras latinas decían:

*Avis mea sequere me, quia de carne
mea vel aliena saciabo te.*

Un día Tirante quiso servir la mesa donde comían la emperatriz y la princesa, porque ser mayordomo real era uno de los derechos de capitán. Cuando acababan de comer, suplicó a la emperatriz que le contestase una cuestión sobre la cual estaba muy dudoso.

—Decidme, señora —preguntó Tirante—, ¿qué es mejor y más honroso para un caballero, morir bien o morir de mala manera?

La emperatriz calló, pero la princesa respondió:

—¡Válgame Santa María! Qué petición hacéis a mi madre, cuando todo el mundo sabe que vale más morir bien que de mala manera. Si por fuerza se tiene que morir, vale más que todos digan que aquél que ha muerto lo ha hecho como buen caballero. Al contrario, si muere vilmente, gran infamia y perpetuo deshonor habrá para él y para los suyos. Fijaos en los romanos que cuando morían en defensa de la cosa pública, conseguían gran honor y gloria, de forma que cuando volvían a la ciudad de Roma, derrumbaban un gran trozo de muro y el cadáver entraba en la ciudad triunfalmente; mientras que si morían como caballeros de poco ánimo, no se hacía ninguna mención. Por lo tanto, soy del parecer de que vale más morir bien que de mala manera.

Habiendo terminado la princesa estas palabras, Tirante dio un golpe con la mano sobre la mesa y dijo entre dientes que así sería, de forma que casi no lo pudieron entender. Y sin decir nada más se giró de espaldas y se dirigió a su posada. Todos quedaron muy admirados de lo que Tirante había hecho.

Cuando llegó el emperador, le narraron lo que Tirante había dicho y, entonces, el emperador dijo:

—Me pregunto si este caballero no tiene alguna pasión escondida, si no se ha arrepentido de encontrarse tan lejos de su tierra, de sus parientes y amigos, o si teme el poder de los turcos. De todo esto no habléis con nadie ni lo hagáis llamar, porque antes de que llegue la noche sabré qué le pasa.

Entonces el emperador se retiró a descansar. Cuando se levantó se sentó junto a una ventana que daba sobre la plaza y vio que Ricardo venía cabalgando. Lo llamó, y cuando éste estuvo delante del emperador, le dijo:

—Caballero, por el amor que profesáis a vuestra enamorada, os ruego que me digáis por qué mi capitán está tan triste.

—Señor —contestó Ricardo—, quien os haya dicho eso no os ha dicho la verdad, porque en realidad está muy alegre y preparando las banderas y las armas.

—Mucho me place —dijo el emperador— lo que me habéis dicho. Marchad y decidle que venga a caballo, que yo lo espero aquí.

Cuando Ricardo fue a la posada, contó a Tirante todo lo que el emperador le había dicho. Tirante se imaginó que la emperatriz o su hija le habían relatado la conversación que habían tenido. Así pues, muy bien ataviado fue al palacio sobre una hacanea blanca con todos los suyos. Allí encontraron al emperador que les esperaba para cabalgar. Cuando Tirante vio a la princesa que estaba en la ventana con las otras damas, le hizo una gran reverencia y ella lo saludó con gesto afable. Después el emperador preguntó a Tirante por qué estaba tan preocupado. Tirante no tardó en responder:

—No hay ninguna cosa en el mundo, por fuerte que sea, que yo no os manifestase por el gran amor y deseo que tengo de serviros. Aunque es cosa de gran dolor, quiero obedecer el mandato que me hace vuestra alteza. Cuando yo vi a la serenísima señora emperatriz y a la excelsa princesa sentadas a la mesa, sentí que la emperatriz suspiraba y pensé que lo hacía por aquél a quien había parido. Mi alma sintió un gran dolor. Entonces internamente hice un voto de venganza: mi alma no tendría descanso hasta que mi mano derecha, sanguinaria y cruel, haya hecho morir a aquellos que de forma vil derramaron la sangre del glorioso y esforzado caballero, vuestro hijo el príncipe.

Con vivas lágrimas en los ojos, el benigno señor agradeció a Tirante el

gran amor que le demostraba. Tirante, que lo vio llorar así, comenzó a hablarle de otras cosas para que el dolor se le pasase.

Y, hablando, llegaron a la ciudad de Pera, que distaba tres millas de Constantinopla. La ciudad tenía un singular palacio, muchos jardines y deliciosos y magníficos edificios. Se trataba de una ciudad extraordinariamente rica porque era puerto de mar y centro de mercancías. Cuando lo hubieron visto todo, dijo el emperador:

—Capitán, os quiero contar la historia de esta antigua ciudad. Hace mucho tiempo que fue edificada y poblada de gente que era idólatra y, después de la destrucción de Troya, fue convertida a la santa fe católica por un noble y valentísimo caballero llamado Constantino, que era mi abuelo. Su padre había sido elegido emperador de Roma y era señor de toda Grecia y de muchas otras provincias. Cuando san Silvestre lo curó de una gran enfermedad que tenía, se hizo cristiano. Elevó a aquel santo al papado, puso el imperio de Roma bajo la custodia de la Iglesia y regresó a Grecia, donde se proclamó emperador. Le sucedió su hijo Constantino y abuelo mío, el cual, además de emperador, fue elegido Papa por su humanidad y benignidad. Entonces, mi abuelo edificó nuestra ciudad y le puso el nombre de Constantinopla donde, desde entonces, fue llamado emperador.

Al llegar a Constantinopla ya era noche oscura. Tirante subió con el emperador a la habitación de la emperatriz y, aunque hablaron de muchas cosas, su cara no se veía muy alegre. Cuando fue hora, pidió licencia al emperador y regresó a su posada.

A la mañana siguiente, estando el emperador en misa, Tirante fue a la iglesia e hizo oración. Después entró en el recinto encortinado del emperador y le dijo:

—Señor, las galeras están preparadas para partir e ir a Chipre para llevar víveres. ¿Da vuestra majestad permiso para que partan?

El emperador contestó que le gustaría que ya se hallasen a cien millas mar adentro. Tirante fue inmediatamente al puerto para hacerlas partir. Cuando la princesa vio que Tirante se disponía a irse, llamó a Diafebus y le rogó que, de parte suya, dijese a Tirante que fuese después de comer, porque quería hablar con él y que, después, danzarían.

En cuanto que Tirante lo supo, compró el espejo más bello que pudo

encontrar y se lo puso en la manga. Cuando llegaron a palacio, el emperador llamó a los ministriles para bailar. Al poco rato se retiró a su habitación, momento que aprovechó la princesa para dejar de bailar, coger a Tirante de una mano y sentarse con él en una ventana. Entonces la princesa comenzó a decir:

—Caballero virtuoso, os tengo mucha compasión por el mal que os veo pasar. Os ruego que me queráis manifestar qué mal, o qué bien, siente vuestra virtuosa persona. Si se trata de un mal, yo, a causa del amor que os profeso, tomaré una parte de él. Si en cambio es un bien, mucho me alegrará que sea todo para vos. Por lo tanto, hacedme el favor de decírmelo.

—Señora —contestó Tirante—, no quiero el mal cuando llega en tiempo de bien y mucho menos cuando por el mal se pierde el bien. Debéis saber que del mal que tengo no os haría parte a vos, sino que lo quiero todo para mí y no deseo compartirlo con nadie. Y de estas cosas no se debe hablar. Hablemos de otras, señora, que sean alegres y placenteras, y dejemos las que atormentan el alma.

—Ciertamente —insistió la princesa— que no hay ninguna cosa que vos quisieseis saber que yo no os la dijese de buena gana. Vos, en cambio, no me lo queréis decir a mí. Por eso os vuelvo a rogar que me lo digáis por la cosa que más améis en este mundo.

—Señora —respondió Tirante—, os suplico que no me pongáis en tal situación. A pesar de eso, me habéis conjurado de tal forma que os diré todo lo que sé. Inmediatamente os diré el mal que me aflige, aunque estoy seguro de que llegará a los oídos de vuestro padre y será la causa de mi muerte. Pero si no os lo digo, también tendré que morir de dolor y de ira.

—¿Pensáis, Tirante —preguntó la princesa—, que yo diré a mi padre o a alguna otra persona aquello que es necesario mantener en secreto? No creáis que soy de esa clase de personas. Por lo tanto, no tengáis temor de decírmelo, que yo lo mantendré en secreto.

—Señora, puesto que vuestra alteza me fuerza a contároslo, no os puedo decir sino que amo.

Y no pudo decir otra cosa, sino que bajó los ojos a las faldas de la princesa.

—Tirante —pidió la princesa—, ¿quién es la señora que tanto daño os hace pasar?, porque si en alguna cosa os puedo ayudar, lo haré con muy buena voluntad.

Tirante se puso la mano en la manga, sacó el espejo y dijo:

—Señora, la imagen que podréis ver aquí me puede dar la muerte o la vida. Mándele vuestra alteza que me tenga piedad.

La princesa tomó el espejo y, con pasos rápidos, entró en la habitación pensando que encontraría alguna mujer pintada, pero no vio nada más que su cara. Entonces supo que por ella se hacía la fiesta y se admiró mucho de que, sin palabras, pudiese un hombre requerir de amor a una dama.

Cuando estaba pensando en lo que había visto hacer a Tirante, llegaron la Viuda Reposada y Estefanía y encontraron a la princesa muy alegre con el espejo en la mano. Ellas le preguntaron:

—Señora, ¿de dónde habéis sacado un espejo tan galante?

Entonces la princesa les contó el requerimiento de amores que Tirante le había hecho y comentó que nunca lo había oído decir a nadie:

—Ni en ningún libro que he leído he hallado un requerimiento tan gracioso. ¡Cuán grande el saber de los extranjeros! ¡Y yo que pensaba que el saber, la virtud, el honor y la gentileza se encontraban entre nuestra gente griega! Pero ahora sé que hay mucha más gente así en las otras naciones.

Entonces, la Viuda Reposada dijo:

—¡Ay, señora! ¡Cómo os veo caminar por el pedregal! Veo vuestras manos llenas de piedad y que vuestros ojos otorgan lo que los otros quieren. Decidme, señora, ¿es justo y honesto que vuestra alteza haga tantos halagos como hizo a un servidor de vuestro padre? ¿Por un hombre como éste queréis perder la fama de vuestra honesta castidad? Si lo hacéis así, no podréis llevar vestidos de doncella ni ser tratada como hija del emperador. Estáis dejando la honestidad de lado y vanagloriándoos de aquello de lo que tendríais que abominar. Toda doncella tiene que alejarse de los peligros que pueden conllevar vergüenza. Habéis rechazado a grandes señores reyes y a hijos de éstos que os desean tomar en

matrimonio. Habéis decepcionado y engañado a vuestro padre no queriendo acercaros a vuestro propio bien, honor y fama y os queréis olvidar de la deuda que corresponde a vuestra condición. Más os valdría morir o no haber salido del vientre de vuestra madre, antes de que esta infamia llegue a saberse entre las gentes de honor. Si os unís a Tirante con amor no tácito, ¿qué dirán de vos? Y si lo hacéis por lícito matrimonio, decidme qué título tiene, si es duque, conde, marqués o rey. No os quiero decir más. ¿Queréis saber la verdad? Nunca habéis sabido de qué color van vestidas la virtud y la honestidad. En esto demostráis el poco conocimiento que tenéis. Más os valdría, hija mía, morir amando honestamente que vivir vergonzosamente.

Cuando acabó de hablar, la princesa se quedó muy alterada por las palabras de la Viuda Reposada y, casi llorando, entró en su cámara privada. Estefanía la siguió con la intención de consolarla y diciéndole que no se tenía que angustiar tanto.

—¿No es suficiente —dijo la princesa— que haya de estar subyugada al padre y a la madre y, sin ninguna causa, haya sido reprendida por la nodriza que me ha amamantado? ¿Qué habría dicho si me hubiese visto hacer alguna cosa deshonesta? Sin duda lo hubiese propagado por la corte y por la ciudad. Tengo la esperanza de poder castigar su malvada, deshonesta y maldiciente lengua.

—¿Quién me haría dejar, por temor a mi padre, de bailar y festejar —indicó Estefanía— como corresponde a doncellas de la corte? Es cosa sabida que las doncellas tienen a mucho honor ser festejadas y amadas, y ya sabéis que hay tres formas de amor: el virtuoso, el provechoso y el vicioso. El primero es cuando algún gran señor, infante, duque, conde o marqués que sea muy favorecido y caballero virtuoso, requiere en amor a una doncella. Para ella es un gran honor que todas las otras sepan que aquél danza, se junta o entra en batalla por su amor; en tal caso, la dama tiene la obligación de amarlo porque es virtuoso caballero y su amor también lo es. El amor provechoso ocurre cuando algún gentilhombre o caballero de antiguo linaje y muy virtuoso ama a una doncella con donativos, intenta inducirla a su voluntad y ella solamente lo ama por el provecho. Este amor a mí no me agrada porque, tan pronto como cesa el provecho, muere el amor. El amor vicioso es cuando una doncella ama al gentilhombre o al caballero solamente por su placer. En este caso, el caballero tendrá que justificar sus razones con palabras que os dan vida

por un año. Pero si pasan de las palabras, pueden llegar a la cama encortinada y a las sábanas perfumadas, y así pueden estar toda una noche de invierno. Y este amor es el que me parece mejor que ninguno de los otros.

Cuando la princesa oyó hablar así a Estefanía, comenzó a reír y se le curó gran parte del mal que sentía.

—Esperad un poco, señora —añadió Estefanía—, que aún os quiero decir tres artículos de fe que vuestra alteza no conoce y que seguramente no ha oído decir nunca. Nuestra buena condición es tal que si los hombres la supiesen, con menos dificultades inducirían a las doncellas a su voluntad. Todas nosotras tenemos tres características y por mi propio mal conozco el de las demás. En primer lugar, todas somos codiciosas; en segundo, somos golosas, y en tercero, lujuriosas. En el primer caso, el hombre de buen sentimiento tiene que poner sus afanes en conocer cuál de estas tres características es más fuerte en la mujer que ama. Porque si es codiciosa y, en el caso de que se haya enamorado de otro, si le dais más que aquél, por codicia lo dejará y os amará a vos. Si es golosa, enviadle presentes con muchas clases de dulces, de frutas tempranas y de todo lo que a ella más le agrada. Si es lujuriosa, cuando habléis con ella, no lo hagáis de otra cosa más que de lo que ella desea. Y aún tienen otra característica más las que están casadas, porque cuando se enamoran de alguien, no quieren hacerlo de un caballero que sea igual o mejor que su marido, sino que se rebajan y prefieren amar a hombres más viles. De esta forma engañamos nuestro honor y nuestra corona de honestidad. Cuando la mujer sale del vientre de su madre, lleva escrita en la frente la palabra castidad con letras de oro. Esto no osaría decirlo delante de ninguna otra persona, pero yo misma me acuso la primera. Mirad cómo la condesa Miravall cometió adulterio y tuvo la pena que merecía, porque estando durmiendo su marido en la cama, ella hizo entrar en la habitación a un gentilhomme, y no de los mejores, del cual estaba enamorada. El conde se despertó y no encontró a la mujer a su lado; se incorporó en la cama y oyó ruidos en la habitación. Rápidamente se levantó, tomó una espada que tenía en la cabecera de la cama y comenzó a dar grandes gritos. La condesa apagó la luz. El hijo, que dormía en una recámara, saltó de la cama, encendió una antorcha y entró en la habitación del padre. El gentilhomme, que vio al hijo con la luz, le pegó con la espada en la cabeza y lo mató. Después el conde mató al gentilhomme y a la condesa, de forma que ambos pagaron por su maldad.

Mientras tanto, la emperatriz preguntó dónde se hallaba su hija, porque hacía mucho que no la había visto. Carmesina salió de la sala y encontró a la emperatriz, que le preguntó por qué tenía los ojos tan rojos.

—Señora —se excusó ella—, todo el día de hoy me duele la cabeza.

Al día siguiente, Tirante dijo a Diafebus:

—Pariente y hermano, os ruego que vayáis a palacio, que habléis con la princesa y tratéis de saber cómo ha tomado su alteza el hecho del espejo.

Diafebus fue a palacio y, acabada la misa, se acercó a la princesa y ella le preguntó por Tirante.

—Señora —contestó—, ha partido de la posada para ir a sentarse en la silla del juicio.

—¡Si supieseis —dijo la princesa— qué juego me hizo ayer! Con un espejo me requirió de amores. Ahora, en cuanto lo vea le diré algunas cosas que no le gustarán nada.

—¡Ay, buena señora! —dijo Diafebus—, Tirante ha traído aquí llamas de fuego y en cambio él no ha encontrado ninguna.

—¡Sí —contestó la princesa—, pero la leña es de malva y a causa del agua se hallaba toda humedecida! En palacio encontraréis leña mejor y que quema mucho más. Se trata de una leña que se llama lealtad, que es mucho más fresca pero seca, y que da alegre descanso a quien se puede calentar con ella.

—Señora, hagamos lo que os diré —sugirió Diafebus—. Si a vuestra celsitud le place, cojamos un poco de vuestra leña, que es buena y seca, y de la nuestra, que es blanda y húmeda, y hagamos un haz a semejanza vuestra y del virtuoso Tirante.

—¡No —respondió la princesa—, que dos extremos no se pueden unir!

Así estuvieron departiendo hasta que volvieron a la habitación. Al cabo de un rato, Diafebus se despidió, volvió a la posada y contó a Tirante la conversación que había tenido con la princesa.

Cuando hubieron comido, Tirante intuyó que el emperador debía estar durmiendo, y él y Diafebus fueron a palacio. Estefanía, desde una ventana, los vio llegar y rápidamente fue a decírselo a la princesa:

—Señora, ya vienen nuestros caballeros.

La princesa salió de la habitación y cuando Tirante la vio, le hizo una gran reverencia, pero la princesa le aceptó las saluciones con cara no tan afable como tenía por costumbre. Tirante, no demasiado satisfecho a causa del gesto de su señora, en voz baja y piadosa le dijo:

—Señora llena de todas las perfecciones, suplico a vuestra excelencia que me digáis en lo que estáis pensado, porque ya hace días que no os he visto comportaros como lo hacéis ahora.

—Mi comportamiento —respondió la princesa— no puede desagradar ni a Dios ni al mundo, pero os diré la causa y en ella se mostrarán vuestro poco saber y vuestra escasa bondad. Creo que habéis perdido parte del juicio, porque si lo hubieseis tenido completo no habríais querido perder vuestra nobleza. Por lo que habéis hecho, sois digno de gran infamia y merecedor de gran castigo y habéis demostrado que vuestras costumbres no son las de un hombre virtuoso, que no teméis ni a Dios ni al honor del mundo, ni tenéis en cuenta el inmenso favor que la gran humanidad del señor emperador, mi padre, os ha hecho. ¿Qué dirá de vos la gente cuando sepa que la hija del emperador ha sido requerida de amores por el capitán de su padre, el cual como prueba de amor había puesto su persona y sus bienes bajo su custodia? No me habéis guardado el honor y la reverencia a los que estabais obligado y, como un juez injusto, no habéis obrado con justicia, sino con mala fe. ¡Oh, capitán, qué gran falta habéis cometido contra la majestad del señor emperador y contra mí! Si se lo dijera a mi padre, habríais perdido el honor, la fama y la señoría que tenéis. Si en vos hubiese la virtud necesaria y vieseis en mí algún comportamiento vicioso, vos me tendríais que reprender en lugar de mi padre por la gran confianza que tiene en vos. Esto será notorio a todo el mundo, porque grande es la ofensa que me habéis hecho.

Entonces se levantó con la intención de entrar en la habitación; pero cuando Tirante vio que se iba, la siguió, la cogió por el manto y le suplicó que lo quisiese oír. Tanto se lo suplicaron también Estefanía y Diafebus que volvió a sentarse y entonces Tirante comenzó a decir:

—¡Oh, la más virtuosa de todas las mortales! La celsitud vuestra no tendría que ignorar que el gran poder del amor mueve los cielos. Mi alma quedó muy dolorida porque yo, contemplando la singular belleza, gracia y nobleza vuestra, puse mi libertad bajo el dominio de vuestra excelencia. Ahora veo que vuestra alteza, con ira cruel, me condena a la total destrucción. Temiendo que mis palabras agraviasen a vuestra celsitud y forzado por el amor, os lo hice saber con señales de mucha honestidad; si he fallado, no me podéis denegar el perdón, porque el amor tiene poder absoluto sobre mí. Inculpad, pues, a Amor y dejadme a mí, porque si vuestra excelsa persona no estuviese dotada de tantas insignes virtudes como tiene, ni mi alma ni mis ojos se habrían alegrado el día que vieron a vuestra majestad, de forma que me dejaron a mí y os tomaron a vos por señora. No quiero hablar más para no enojaros. A pesar de todo, quiero que vuestra alteza sepa que si los santos hiciesen una doncella mortal a semejanza vuestra, yo la requeriría de amores: ¡cuanto más a vos, majestad, que sois hija de un emperador! Sé que por todas las partes del mundo encontraréis caballeros de mayor estado, dignidad, linaje y riquezas, más gentiles en honor y fama, más afables y agraciados, más valientes en las armas y con mayor ánimo en la caballería. Pero, señora, os tengo que decir que si mil años vivís en el mundo, nunca encontraréis caballero, paje o escudero que desee la gloria, el honor y vuestra prosperidad tanto como lo hago yo. Ahora sabréis cuánto era el amor y la voluntad que tenía de serviros y, ya que mi corazón, al fallar, ha agraviado tanto a vuestra singular persona y me ha traído a mí tanto daño, antes de que el sol haya traspasado las columnas de Hércules, lo partiré en dos partes. Una la enviaré a vuestra excelencia, para que con ella tome cumplida venganza; la otra se la enviaré a la madre que lo llevó nueve meses en su vientre para que tenga el último consuelo. ¡Oh, excelente día que darás descanso a mi fatigado pensamiento, esconde tu luz para que en poco tiempo pueda cumplir mi determinación! ¡Bien sabía yo que así tenían que acabar mis tristes y afligidos días! ¿No recuerda vuestra alteza que yo pregunté ante la señora emperatriz qué valía más, si morir bien o morir de mala manera? Vos me respondisteis que valía más morir bien. Ya sabía yo que si no os hacía partícipe de mi atribulada pena, una noche me habrían hallado muerto en un rincón de la habitación, y si os lo manifestaba, me tenía que encontrar donde ahora estoy. Éste será el último año, mes, día y hora que vuestra alteza me verá vivo y éstas las últimas súplicas que haré a vuestra celsitud. Porque así, de rodillas como estoy, no os pido otra gracia: que vuestras angélicas manos, después de mi muerte, me quieran vestir la mortaja y, sobre mi tumba, me haga

escribir esta sentencia:

AQUÍ YACE TIRANTE EL BLANCO, QUE MURIÓ POR MUCHO AMAR.

Y haciéndosele los ojos casi agua y con dolorosos suspiros, se levantó de los pies de la princesa, salió de la habitación y se dirigió a su posada.

Cuando la princesa vio que Tirante había partido tan desconsolado, sus ojos destilaron tan vivas lágrimas, movida de gran amor y de extrema piedad, e hizo tantos suspiros y sollozos, que ninguna de sus doncellas la podía consolar. Entonces, con voz dolorosa, comenzó a decir:

—Venid vos, mi fiel doncella, ¿qué haré, triste de mí, que pienso que ya no lo podré ver, si no es muerto? Así me lo ha dicho él y ya que es tan alto y tan noble, enseguida lo pondrá en ejecución. Por lo tanto, Estefanía, tened piedad de mí. Marchad corriendo a Tirante y rogadle de parte mía que deje de hacer lo que me ha dicho, porque me ha desagradado mucho.

Estefanía, para alegrar la voluntad de su señora, tomó una pequeña doncella y fue a la posada de Tirante que estaba muy cerca del palacio. Subió a la habitación y encontró que entonces Tirante se estaba despojando de un manto de brocado y que Diafebus lo estaba consolando. Cuando Estefanía lo vio en jubón, pensó que se había desnudado para dar sepultura a su cuerpo. Entonces se lanzó a los pies de Tirante y le dijo:

—Señor Tirante, ¿qué vais a hacer con vuestra persona? Por causa tan mínima no queráis perder los afanes ni el premio de vuestros gloriosos actos y no permitáis aborrecer vuestra propia carne, porque para siempre quedaría como ejemplo de vileza. Si lo hacéis, os abandonarán vuestro gran honor y vuestra fama, porque más valen las obras de piedad y de virtud que la ira de este mundo que, por tan poca cosa como os ha dicho mi señora, os hayáis agraviado, que queráis perder su amor y vuestro cuerpo y alma. ¿Os puedo decir que su majestad lo decía amigablemente para burlarse de vos y a vos, por el contrario, os ha reportado una intolerable ira?

Estefanía calló y no dijo nada más. Tirante, para satisfacer las palabras de la doncella, le dijo:

—Tantos son los males que soporto que no pueden aceptar ninguna tardanza, ya que unas llamas atormentan continuamente mi corazón.

Éstos son los fuegos de mi ahogado pensamiento, ya cansado de vivir. Por esto, mi alma se ha rebelado contra mi cuerpo, queriendo dar fin a los tormentos de este miserable mundo. Pienso que, si la voluntad no me engaña, en el otro mundo serán de menor pena, porque no serán de amor, ya que éste es el más alto de todos los tormentos. Cuando pienso morir por tal señora, no me duele hacerlo de amor, porque muriendo reviviré en el mundo con gloriosa fama, ya que las gentes dirán que Tirante murió de amor por la más bellísima y virtuosa señora que hay y que habrá en el mundo. Por todo esto, os suplico que os vayáis y que me dejéis con mi dolor.

Por su parte, la princesa estaba extraordinariamente angustiada cuando vio que Estefanía no regresaba para darle las nuevas de Tirante. Y no pudiendo soportarlo más, llamó a una doncella que se llamaba Placerdemivida, se puso un velo sobre la cabeza para no ser reconocida, y bajó por la escalera del huerto. De allí, sin ser vista, pasó a la casa donde se hallaba Tirante. Cuando Tirante la vio entrar, se lanzó al suelo y ella, también arrodillada, comenzó a decir:

—Te ruego, Tirante, que si mi lengua ha esparcido algunas palabras ofensivas contra ti, las quieras olvidar, porque me las ha dictado la ira. Ya sabes que la ira expulsa la piedad y que la piedad ensalza la ira. Pero yo revoco las palabras que he dicho y te pido que me concedas el perdón.

Cuando Tirante vio hablar con tanto amor a su señora, fue el hombre más contento del mundo, tanto como si, finalmente, hubiese conseguido su deseada victoria y, lleno de humildad, se ofreció a hacer todo lo que le mandase. Los dos fueron a palacio y ya delante de la princesa, dijo Estefanía:

—Ya que habéis hecho la paz, señora, os he de decir que le he prometido que vuestra alteza le dejaría besar vuestros cabellos si él hacía lo que le pedíais.

—Quedaré bien contenta —aprobó la princesa— si me besa los ojos y la frente y si me promete, a fe de caballero, no cometer ninguna acción contra su persona.

Tirante se lo prometió de buena gana y se lo juró. Con eso, sus grandes dolores se tornaron en abundante alegría. Después Tirante y Diafebus acompañaron a la princesa hasta el huerto. Entonces, Carmesina mandó a

Placerdemivida que hiciese venir a las demás doncellas. Entre ellas se encontraba la Viuda Reposada, la cual estaba preocupada por la princesa, pero más aún por la parte que le tocaba, y eso la hacía estar muy pensativa. Desde una ventana, el emperador veía que Tirante estaba con su hija. Bajó al huerto y dijo a Tirante:

—Capitán, yo os había mandado buscar en vuestra posada, y no os han hallado. Mucho me ha gustado cuando os he visto aquí.

—Señor —contestó Tirante—, yo había preguntado por vuestra majestad y me habían dicho que vuestra alteza descansaba y, por no molestaros, he venido aquí con estos otros caballeros para bailar o tener algún solaz.

—¡Mal solaz y negro lo tenemos! —dijo el emperador—. Es de gran necesidad que tengamos consejo.

Inmediatamente mandó que tocasen la campana del consejo. Cuando éste se hubo reunido, el emperador hizo venir al embajador del campo, le hizo leer delante de todos la credencial y dijo que las malas noticias debían de ser conocidas por todos. Después mandó al embajador que explicase su embajada. Éste, después de haber hecho una reverencia y con gran modestia, comenzó a decir:

—Muy excelente señor, a vuestra serenísima majestad notifico que, por ruegos y mandato del gran condestable y de los mariscales del campo, he venido a vuestra alteza para deciros que la noche del pasado jueves vinieron catorce mil hombres a pie que se acostaron en medio de un gran prado y no pudieron ser vistos, porque la abundancia de agua ha hecho crecer mucho la hierba. Cuando el sol comenzó a salir, vimos venir caballos y jinetes turcos, en número de mil cuatrocientos, más o menos, que llegaron al río que hay allí. Entonces el duque de Macedonia, hombre muy soberbio y poco entendido en armas según se puede ver, hizo tocar trompetas para que todo el mundo subiese a caballo. El condestable, y otros que saben más de guerra que él, le aconsejaron que no atacase. Pero por mucho que le dijeron, no quiso obedecer a nadie y, con toda la gente, fue hasta al río, donde ordenó que todos lo cruzasen, tanto los que iban a pie como a caballo. El agua llegaba hasta las cinchas de los caballos y había lugares que tenían que ser atravesados a nado. En la parte de los enemigos había una ribera por donde, con los caballos, solamente podían subir con gran dificultad. Los enemigos los atacaban con lanzas, de forma que los hombres de armas o sus caballos iban

cayendo al agua y eran arrastrados río abajo. Si el duque se hubiese dirigido una milla más arriba, casi toda la gente habría podido pasar a pie seco. Entonces los enemigos simulaban que se replegaban a un pequeño monte, montículo que el duque intentó tomar. Cuando los que estaban emboscados vieron que los griegos batallaban tan intensamente, salieron con gran furia, atacaron a los cristianos y provocaron un gran derramamiento de sangre. El duque, impotente, huyó secretamente y con él lo hicieron todos los que pudieron. Los moros, en su avance victorioso, pusieron sitio a la ciudad. Allí han ido en persona el Gran Turco, el sultán, todos los reyes que han acudido en su ayuda, y también los duques, condes y marqueses de Italia y de Lombardía que están con ellos como mercenarios. Habiendo sabido el sultán la noticia, se intituló emperador de Grecia y dijo que nunca levantaría el sitio hasta que hubiese prendido al duque y a todos los que se hallan con él. También indicó que después vendría a poner cerco a esta ciudad de Constantinopla. Os he de decir, señor, que el duque no tiene provisiones más que para un mes o mes y medio. Por lo tanto, vea vuestra majestad qué es lo que se puede hacer.

Entonces, Tirante dijo:

—Decidme, caballero, ¿cuánta gente se ha perdido en esta batalla?

—Señor capitán —respondió el caballero—, hemos sabido que nos faltan once mil setecientos veintidós hombres entre muertos en la batalla, ahogados y prisioneros.

Entonces tomó la palabra el emperador y dijo:

—Os ruego, capitán, que por amor a Nuestro Señor Dios y a mí, os deis prisa y que en quince o veinte días partáis con vuestros hombres para socorrer a estos miserables.

—¡Oh, señor! —indicó Tirante—. Si tardamos tantos días en partir, los enemigos presentarán batalla a la ciudad y, como son muchos y muy poderosos, podrían apoderarse de ella.

Entonces Tirante preguntó al embajador cuántos podrían ser los enemigos y éste le respondió que eran más de ochocientos mil hombres y que, además, eran muy hábiles en la guerra y extraordinariamente crueles.

—Por esta razón, señor —dijo Tirante—, yo sería del parecer de que se

hiciese una llamada real por toda la ciudad para que todos aquéllos que se han enrolado, o que quieran hacerlo, vayan a la Casa del Imperio para recibir la paga y que en seis días todo el mundo esté preparado para partir.

Hecha la llamada, los grandes señores que se encontraban fuera de la ciudad fueron avisados y todos se presentaron el día previsto con los caballos descansados. La mala noticia de las pérdidas que habían tenido se propagó por la ciudad y mucha gente del pueblo, tanto hombres como mujeres, acudieron a la plaza del mercado. Unos lloraban por sus hermanos, otros por los hijos, unos terceros por los amigos y parientes, y el resto por la destrucción del imperio.

Entonces, dos barones del imperio aconsejaron al emperador que mandase a su hija Carmesina a Hungría con su hermana. Al oír Tirante estas palabras, su alma se alteró. Al ver la cara de muerte que Tirante hacía, el emperador le preguntó qué mal tenía y él le contestó que durante todo el día había padecido de dolor de vientre. Al instante, el emperador hizo venir a los médicos para que le diesen alguna medicina para su mal. Cuando vio que Tirante ya estaba bien, informó de la situación a su hija Carmesina y le dijo:

—Hija mía, ¿qué os parece lo que me han aconsejado los miembros del consejo sobre vuestra persona? A mí me parece correcto, ya que si el imperio se pierde, al menos vos os salvaríais.

—¡Oh, padre piadoso! —respondió la discreta señora—. Bien sabe vuestra majestad que casos como éstos se han de poner en manos de la divina providencia. Vuestra alteza no puede permitir que yo sea separada de vuestra vista, porque prefiero morir cerca de vuestra majestad y en mi propia patria que vivir rodeada de riquezas en tierra extraña.

Cuando el emperador escuchó las palabras de su hija y comprobó que contenían tanta discreción y amor, fue el hombre más feliz del mundo; sobre todo cuando dijo que quería morir cerca de él.

Llegada la noche, Tirante tomó dos hombres de la ciudad que conocían muy bien el territorio y, después de caminar toda la noche, al mediodía de la mañana siguiente llegaron a una gran planicie que se llamaba Valbuena, un valle donde tenían guardado todo el ganado, ya fueran bestias grandes o pequeñas. Tirante hizo coger todas las yeguas que pudo y las mandó atar las unas con las otras. Entonces, mandó a doscientos de los hombres

que allí había que las dirigiesen al campo de los enemigos, mientras que Tirante regresó a la ciudad de Constantinopla.

En una procesión solemne, al día siguiente por la mañana bendijeron las banderas. Cuando hubo terminado la ceremonia, toda la gente se armó y subieron a caballo dispuestos a partir. En primer lugar salió la bandera del emperador, llevada por el caballero Fonseca, que iba sobre un caballo todo blanco. Después salió la bandera de la divisa del emperador, que representaba, sobre campo azul, la torre de Babilonia elaborada en plata, dentro de la cual había una espada que era sostenida por un brazo con armadura; en la empuñadura de la referida espada había una leyenda con letras de oro que decía: «Mía es la ventura». Esta bandera iba acompañada por todos los servidores de la casa del emperador. A continuación, venían las escuadras de los duques de Pera, de Babilonia, de Sinópoli y de Deperses, seguidos por las de los duques de Casandria y de Montsanto, que habían llegado de Nápoles. Después venía la escuadra del marqués de san Marcos de Venecia y la del marqués de Montferrat. El marqués de San Jorge salió muy bien ataviado y con los caballos adornados de brocado y de seda. Después salió el marqués de Pescara con su escuadra, y también la del de Guast y la del marqués de Arena. El marqués de Brandis, el de Prota, el de Montnegre y un hermano bastardo del príncipe de Tárantol les seguían con sus escuadras. A continuación, salieron el conde de Bel-lugar, el conde de Plegamans, el de Áger, el de Aguas Vivas, el de Burguenza, el de Capaci y muchos otros condes, vizcondes y capitanes con sus escuadras de gente armada. En total, había cuarenta y ocho escuadras y ciento ochenta y tres mil combatientes.

La última de todas las escuadras era la de Tirante, con sus banderas, o sea, la de los candados y la de los cuervos. Cuando el emperador vio pasar toda la comitiva, desde la ventana llamó al capitán y le dijo que no partiese porque quería hablar con él y darle algunas cartas para el duque de Macedonia. Con toda la gente de armas fuera de la ciudad, Tirante volvió a palacio y subió a las habitaciones del emperador donde lo encontró escribiendo con su secretario. Para no perturbarlos, no les quiso decir nada. Pero la princesa vio a Tirante, lo llamó y le dijo:

—Capitán, según veo, os encontráis a punto de partir. Ruego al Señor Dios que, como a Alejandro, os dé victoria y honor.

Tirante, en prueba de afecto, puso la rodilla en el suelo y le besó la mano, en señal de buena suerte. Entonces, la princesa volvió a decirle:

—Tirante, antes de vuestra partida quiero que me digáis si queréis alguna cosa de mí. Decídmelo, porque os aseguro que os lo otorgaré todo.

—Singular señora —contestó Tirante—, vuestra majestad es igual que el fénix, que no tiene par, tanto en dignidad como en virtudes. Yo, señora, sí que pediría una gracia tan grande que, si me fuese otorgada, me sentiría más feliz que los santos coronados y no querría poseer otros bienes de este mundo; pero como sé que me será denegado por vuestra alteza, no oso hablar.

—¡Ay, capitán! —dijo la princesa—. ¡Qué simple sois! Aunque no he estado en Francia, también entiendo vuestro lenguaje. Vos pedís fortuna de virtud, mientras que yo no pido señoría, sino libertad de amor.

—Señora —contestó Tirante—, no me alejéis de vuestro lado y no hagáis como hacen las mujeres judías que, cuando quieren parir y tienen ya los dolores del parto, se encomiendan a la Virgen María y, cuando ya han parido, cogen una toalla y van por todos los rincones de casa diciendo: «Fuera, María, fuera de casa de esta judía».

—¡Ay, qué simple sois! —volvió a decir la princesa—. Os presentáis como ignorante y, en cambio, no necesitáis un asesor que hable por boca vuestra. Yo quería decir que, si necesitabais oro, plata o joyas, de buena gana os daría sin que se enterase mi padre.

—Señora —replicó Tirante—, os doy muchísimas gracias, pero solamente os suplico que me concedáis un singular favor.

—Si me parece honesto —contestó la princesa—, mucho me alegrará hacéroslo. Pero quiero saber qué deseáis de mí, porque estoy hecha de un metal tan especial que nunca he prometido nada que no pudiese cumplir, sea para bien o para mal.

—Señora —dijo Tirante—, solamente pido que vuestra alteza me haga la gracia de dejarme esta camisa que lleváis, porque es aquello más cercano a vuestra preciosa carne. También os pido que sean mis manos las que os desvistan.

—¡Válgame Santa María! —exclamó la princesa—. ¡Qué me decís! Mucho me alegraré de daros la camisa, joyas, ropas y todo lo que tengo. Pero me

parece que no es justo que vuestras manos toquen donde no ha tocado nadie.

Así pues, entró en la habitación, se quitó la camisa y se puso otra. Salió a la sala, llamó a Tirante a una parte y se la dio después de haberla besado muchas veces.

Con gran alegría, Tirante cogió la camisa y, antes de irse a su posada, dijo a las doncellas:

—Si el emperador pregunta por mí, decidle que volveré lo más pronto posible, que he ido a armarme para poder partir enseguida.

Cuando Tirante llegó a la posada se acabó de armar. Allí encontró a Diafebus y a Ricardo que habían ido para ponerse las nuevas cotas de armas, todas de chapería, que les habían confeccionado. La de Ricardo tenía bordadas unas madejas de oro enrolladas y una leyenda que decía:

NO HAY PRINCIPIO NI FINAL.

La de Diafebus, toda bordada con adormideras, llevaba una filacteria con la expresión:

AQUELLO QUE A OTRO HACE DORMIR, A MÍ ME DESPIERTA.

Cuando Tirante se acabó de armar, miró la camisa de la princesa y observó que era toda de hilo de seda, con unas franjas de grana muy amplias; en las franjas había bordadas anclas de nave y llevaba la siguiente leyenda:

QUIEN BIEN ESTÁ QUE NO SE MUEVA, Y QUIEN SE SIENTA SOBRE PLANO NO TIENE DE DÓNDE CAER.

También estaba bordada a ambos lados y las mangas eran tan largas que llegaban al suelo. Tirante se puso la camisa encima de la armadura; recogió la manga derecha hasta cerca del hombro mientras que la izquierda se la dobló hasta medio brazo; se ciñó la camisa con cordón de oro de san Francisco y, sobre ella, se hizo poner un san Cristóbal con el niño Jesús a la parte izquierda, todo hecho de oro y bien atado para que no se cayese.

De esta manera fueron los tres caballeros a despedirse del emperador y

de las damas. Cuando el monarca vio a Tirante, le dijo:

—Señor capitán, ¿qué cota de armas es ésa que os habéis puesto?

—Señor —contestó Tirante—, si vuestra majestad supiese la propiedad que tiene, estaríais muy admirado.

—Mucho me gustaría saberla —añadió el emperador.

—Su virtud —explicó Tirante— consiste en hacer el bien, porque cuando yo partí de mi tierra, me la dio la doncella más bella y más llena de virtudes de todo el mundo, sin contar con la señora princesa ni con las otras doncellas que aquí se hallan.

—La verdad —comentó el emperador— es que nunca se realizó en el mundo un buen combate que no se hiciese por amor.

Después de haber comido, el emperador entró en una habitación, se hizo acompañar de la emperatriz, de su hija y de Tirante, y también del resto de las damas y de los caballeros. En presencia de todos, el emperador dijo a Tirante:

—Hasta ahora, la adversa fortuna ha permitido que haya disminuido la libertad y la señoría de nuestro imperio, tanto por la pérdida de un caballero y capitán tan valeroso como era mi hijo, como por el hecho de que yo haya llegado a una edad en la que no me basta solamente la virtud para poder llevar armas. Pero la divina providencia os ha enviado a vos, Tirante el Blanco, en quien reposa toda nuestra esperanza. Por eso, os rogamos que, con vuestra gran virtud, queráis poner vuestro saber y esfuerzo en honor mío y del imperio. Por eso he mandado a todos mis duques, condes, marqueses y, en general, a todo el mundo, que os amen, honren y obedezcan como si se tratase de mi propia persona. Ahora os pido, Tirante, que deis estas cartas al duque de Macedonia y a mi condestable.

Al acabar el emperador de hablar, Tirante dijo:

—La firme esperanza que tengo en Dios Todopoderoso me asegura la victoria. Alteza, tened plena confianza en que, con la ayuda de Dios, todos vuestros enemigos serán vencidos.

Y posando la rodilla en el suelo, besó la mano del emperador y se despidió

de él. Lo mismo hizo con la emperatriz y con la excelsa princesa, aunque ésta no consintió que se la besase. El emperador le dio un saco con treinta mil ducados, pero Tirante no lo quiso tomar, sino que dijo:

—¿No me habéis dado ya, majestad, bastantes armas, caballos, joyas y toda clase de ayudas?

Pero la princesa insistió diciendo que se trataba de una decisión imperial y que él tenía que aceptar por fuerza.

Ya en el montador, Ricardo dijo a Tirante:

—¿No estaría bien, puesto que el emperador está en la ventana y todas las damas han salido a mirarnos, que cabalgásemos con los caballos encubiertos y con los bacinetes en la cabeza y, ya que tenemos penachos grandes y bellos, hiciésemos aquí un combate con las lanzas y con las espadas, sin hacernos daño?

—Mucho me gustará que lo hagamos —contestó Tirante.

Entonces se pusieron en el medio de la plaza con sus ligeros caballos sicilianos. En primer lugar, corrieron un rato con las lanzas. Después, cogieron las espadas y, haciendo entradas y salidas, fueron los unos contra los otros con las espadas en llano. Finalmente, se unieron los dos caballeros contra Tirante. Después de combatir un rato, hicieron una gran reverencia al emperador y a las damas e iniciaron su camino.

No penséis que los angelicales ojos de la princesa perdieron nunca de vista a Tirante, hasta que estuvo fuera de la ciudad. Entonces, su vista se convirtió en amorosas lágrimas.

El emperador dijo que hacía mucho tiempo que no había tenido un placer tan grande que el de haber visto combatir así a aquellos tres caballeros.

Capítulo XIV. Tirante en el campo de batalla

Ya fuera de la ciudad, los caballeros dieron sus caballos a los pajes y cabalgaron con otros rocines. Cuando, en poco tiempo, se unieron a las otras gentes de armas, Tirante iba de escuadra en escuadra, visitando a la gente y amonestándolos para que fuesen en completo orden.

Aquel día recorrieron cinco leguas; llegada la noche, plantaron las tiendas en un bello prado abundante en aguas. Tirante fue de tienda en tienda avisando a los duques, condes y marqueses para que fuesen a cenar con él. Todos fueron tan bien servidos como si se hallasen dentro de la ciudad de Constantinopla, ya que llevaban los tres mejores cocineros que encontraron en Francia. Después de cenar, Tirante se encargó de organizar las guardias y de prepararlo todo. También mandó a sus hombres que estuviesen siempre armados como si fuesen a entrar en batalla. Tirante tenía la costumbre, cuando estaba en guerra, de no desvestirse nunca, excepto para cambiarse la camisa. Cada mañana, dos horas antes de amanecer, hacía sonar las trompetas para ensillar los caballos y oír misa. A continuación, se acababa de armar e iba por los campos haciendo que todo el mundo se pusiese el arnés, de manera que cuando llegaba el alba, se encontraban a punto de partir. Y esta práctica la mantuvieron hasta que estuvieron a legua y media de los enemigos, en la ciudad que se llamaba Pelidas, que se hallaba cerca de la población donde las tropas del duque de Macedonia estaban sitiadas por los turcos.

Cuando los de la ciudad supieron que venían socorros, enseguida les abrieron las puertas. Pero el capitán no quiso que entrasen de día para no ser vistos. A pesar de eso, los moros los oyeron. El Gran Turco fue avisado de que había llegado gente de armas a la ciudad de Pelidas, pero que no sabían en qué número. El Gran Turco lo comunicó al sultán, el cual dijo:

—¿Cómo podéis saber que ha llegado gente de armas? Todos sabemos que el emperador tiene muy poca gente, excepto aquel desmañado grupo que vino el otro día. Debe tratarse de la gente que huyó con el duque de Macedonia. Nosotros, en cambio, hemos conquistado y tenemos nueve

partes y media de las diez del imperio. No nos queda más que apresar al duque de Macedonia, avanzar las veinticinco leguas que quedan hasta la ciudad de Constantinopla, tomar por la barba a aquel viejo emperador y condenarlo a cárcel perpetua, hacer que Carmesina sea nuestra camarera mayor y que la emperatriz sea la cocinera de toda la hueste. Y como recordatorio de esta gesta, cuando lleguemos a Constantinopla, mandaré hacer una imagen mía de oro y la haré colocar en medio del mercado de la ciudad.

—Señor —comentó el Gran Turco—, todo lo que decís se podría hacer, pero tendríais que tener precaución y no menospreciar las posibilidades del enemigo, como hizo el rey de Troya.

Entonces el sultán hizo venir a un caballero de aquéllos que tenían a cargo del campo y sin que le pudiese oír nadie, le dijo:

—Mira el cobarde del turco, miedoso como no hay otro, que dice no sé qué locuras que creo que solamente son un sueño. A pesar de eso, envía a un hombre cerca del camino de la ciudad de Pelidas para que observe todo lo que allí ocurra.

Y el turco, por su lado, mandó cuatro hombres con la misma finalidad por ver si podían saber cuánta gente había llegado.

A la mañana siguiente de haber llegado a Pelidas, Tirante fue por todas las casas de la ciudad rogando a la gente que herrase los caballos y preparase las sillas. Después cogió a un hombre que conocía el territorio y, por caminos apartados y escondidos, fueron hasta cerca del campo de batalla. Desde un collado podían ver cómo los moros lanzaban bombardas a la ciudad y cómo los de la ciudad tiraban mucha tierra a la barbacana, obra de fortificación que obliga a la escisión y al escalonamiento de las tropas enemigas. Como la barbacana estaba llena de tierra, las piedras de las bombardas agujereaban la muralla, pero no la derrumbaban. También observaron la disposición del campo de batalla: las tropas del sultán estaban en una parte de la ciudad y las del Gran Turco en la otra.

De vuelta, vieron que había guardias moros espiando. Ya en la ciudad, Tirante fue a la plaza y dijo a la gente que allí se encontraba:

—Venid aquí, hermanos. Acabamos de ver a cuatro espías de los moros. ¿Quién querrá ir a por ellos? Por cada uno que me traigáis vivo, os daré

quinientos ducados. Y si me traéis su cabeza, os daré trescientos.

Entonces, siete hombres que conocían muy bien el territorio partieron de noche para no ser vistos. Ya lejos de la ciudad, uno de los hombres sugirió que se escondieran cerca de una fuente, porque con el calor del mediodía irían los moros y los podrían coger. Así lo hicieron. Al llegar los moros, uno de los cristianos que estaban escondidos dijo a los otros que no se moviesen hasta que los moros se hubiesen hartado de agua, porque así no podrían correr. Cuando los moros hubieron comido y bebido, los cristianos apresaron a tres de golpe, mientras que el otro pudo huir. Le dispararon una ballesta que le dio en el costado y cayó. Entonces le cortaron la cabeza y la pusieron en la punta de una lanza. Habiendo acabado, llevaron a los otros tres al capitán, quien los hizo meter en la cárcel. Tirante invitó a los hombres que los habían cogido a cenar con él, les concedió un gran honor, y les dio dos mil ducados y un jubón de seda a cada uno.

Tirante había ordenado aquel día que todo el mundo cenase temprano, que ensillasen los caballos y que estuviesen armados y a punto de partir. Ya de noche oscura, Tirante hizo salir a toda la gente de la ciudad: en primer lugar, a la gente de a pie; y después, a tres mil hombres con las yeguas. Ya cerca del campo, hizo apartar a la gente de armas para que pudiesen pasar las yeguas sin que las oyesen los rocines. Con las yeguas dentro del campo, los hombres de a pie se dividieron en dos partes: una se dirigió hacia el sultán y la otra hacia el Gran Turco. Pero tan pronto los caballos sintieron a las yeguas, unos se soltaron, otros rompieron los dogales, y otros arrancaron las estacas. Tendríais que haber visto a todos los caballos por el campo, unos por aquí, otros por allá, detrás de las yeguas. Cuando los caballeros moros vieron sus rocines sueltos corriendo unos arriba, otros abajo, salieron de las tiendas en camisa o en jubones, todos desarmados.

Tirante, comandando la mitad de la gente por una parte, y el duque de Pera con el resto por la otra, aprovecharon todo este desconcierto para presentar batalla a los moros, mientras invocaban al glorioso caballero san Jorge. En un momento, se vieron las tiendas por el suelo y a un gran número de moros muertos y heridos. El Gran Turco salió desarmado de su tienda y cabalgó sobre un jinete, pero un hombre de armas le mató el rocín y le dio una gran puñalada en la cabeza. Entonces, vino un servidor suyo, que corriendo bajó de su caballo y se lo dio a su señor. A pesar de esto,

los cristianos mataron al servidor, junto con todos aquéllos que se les pusieron por delante, con gran terror y espanto.

Los turcos, viéndose desarmados y que habían perdido los caballos, huyeron con su señor. El turco, después de ponerse muchas toallas sobre la herida, mandó decir al sultán que se apresurase a salir fuera del campo, pues la batalla estaba perdida y el campo, derrotado. Pero cuando se enteró de que el sultán estaba guerreando, el Gran Turco, herido como estaba, se puso una malla y entró en el campo con un pequeño grupo de gente para socorrer al sultán. Lo pudo ayudar porque era un caballero valentísimo, y lo sacó fuera del campo. Nunca en Grecia se había hecho una batalla tan sangrienta como aquélla.

Finalmente, se dio la orden de retirarse al otro lado de un gran río que había allí. El sultán y el Gran Turco se dirigieron por la montaña mientras que otro grupo de moros intentó huir por el llano. Pero Tirante y sus hombres les iban a la zaga, matando tantos como podían. Todos los que escaparon por la montaña se salvaron, porque el camino hacia el río era más corto, y una vez que hubieron pasado el puente de madera que había allí, el sultán, cuando vio que los cristianos se acercaban, hizo destruir el puente. Por el contrario, todos los que habían huido por el llano se ahogaron o fueron matados o encarcelados por los cristianos. Aquel día Tirante consiguió una gran victoria, de forma que todos dijeron que había sido más una obra divina que humana.

Los turcos decidieron replegarse en una montaña y hacerse fuertes. Cuando Tirante lo vio, decidió no combatirles, sino asediarlos. Entonces, plantaron las tiendas alrededor de la montaña. Conviene saber que cuando los caballeros entraron en el campo de los moros y lanzaron tan grandes gritos de batalla, el duque de Macedonia, que se hallaba sitiado en la ciudad, se espantó mucho e hizo armar a su gente pensando que iban a darles el combate definitivo, porque ya habían perdido toda esperanza de recibir socorro. Por esta razón, deliberó que les convenía más ser cautivos de los moros que morir. Al observar que continuaban los gritos, pero que no les atacaban, se extrañaron mucho. Al llegar la mañana, cesaron los gritos a causa de la huida y vieron que las banderas del emperador iban por el llano pisando los talones a los turcos. Entonces, los de la ciudad llamaron a algunos que se habían quedado en el campo, bien porque estaban heridos, bien porque estaban robando, y ellos les contaron la victoria que había tenido el capitán del emperador.

Cuando el duque de Macedonia lo supo y vio que no quedaba ya ningún enemigo, salió con toda su gente y robaron todo lo que había en el campo de batalla. Allí encontraron muchos objetos de oro, de plata, ropas, armas y muchísimas joyas. En ninguna de las historias romanas ni troyanas se puede leer que un campo tan rico como éste hubiese sido vencido en tan poco tiempo. Cuando todo fue robado, lo llevaron a la ciudad y el duque puso gente de armas para que la guardasen e impidiesen la entrada de Tirante o de alguno de los suyos. Entonces, el duque se dirigió por el llano hacia donde estaban las banderas.

Al verlos venir, los guardias del campo dijeron al capitán que llegaba gente de armas. Tirante, pensando que se trataba de enemigos, les salió al encuentro. Pero cuando se acercaron se reconocieron. Entonces, Tirante se quitó el bacinete de la cabeza y se lo dio a su paje. Ya delante del duque, Tirante bajó del caballo y, a pie, se acercó en prueba de cumplido. El duque, en cambio, no se movió, sino que se limitó a ponerse la mano en la cabeza sin decirle nada. Todos los presentes consideraron aquella acción del duque como muy vil, por cuya razón nadie más quiso descabalgár. Tirante volvió a su caballo y le dio las novedades, pero aquél casi no habló. Por el contrario, los otros caballeros y gentilhombres que acudieron, les hicieron grandes honores y, de esta forma, se mezclaron victoriosos y vencidos y, así, fueron hasta las tiendas. Cuando llegaron, Tirante dijo al duque:

—Señor, si preferís alojaros en aquel prado, más cerca del río, haré mudar las tiendas a otro lugar.

—A mí —respondió el duque—, lo que no me place es alojarme cerca de vos.

—Podéis hacer lo que queráis —dijo Tirante—, pero yo os lo he dicho porque soy conoedor de la gentileza que merecéis.

El duque no le quiso escuchar, sino que cogió las riendas del caballo y, sin decir nada, acampó una milla río arriba. Tirante mandó a tres de sus caballeros al duque y éstos le dijeron:

—Señor, nuestro capitán pide a vuestra señoría si queréis ir a comer con él, porque aunque él ya sabe que vuestros manjares son mejores, los de él estarán preparados más pronto.

El duque, empero, con gran ultraje, se giró de espaldas y contestó que no quería ir. Cuando los caballeros estaban a punto de partir, el duque les dijo:

—Decid a Tirante que prefiero que él venga a comer conmigo que ir yo con él.

—Señor —comentó Diafebus—, si en todo vuestro campamento no hay fuego encendido, ¿qué le podréis dar de comer? Es seguro que solamente le podréis dar comida de gallinas y bebida de bueyes.

Entonces, con villanía, el duque respondió:

—No es cierto, le puedo dar gallinas, capones, perdices y faisanes.

Pero los caballeros no quisieron escucharle más y se volvieron. Entonces, uno de los caballeros de su hueste dijo al duque:

—Señor, no habéis entendido lo que os ha dicho el caballero que se va. Cuando os ha dicho que le daríais comida de gallinas y de bueyes, quería decir que solamente le podríais dar salvado y agua.

—¡Por los huesos de mi padre! —respondió el duque—. Y yo que no lo había entendido. Estos extranjeros son muy soberbios. Si lo hubiese entendido, le habría hecho ir con las manos en la cabeza.

En cuanto Tirante conoció la respuesta, no se preocupó de otra cosa que de comer con los suyos. Cuando hubo acabado la comida, Tirante cabalgó con doscientos rocines y fue a una ciudad que había allí cerca, de nombre Miralpez, que se hallaba junto al río. Cuando los turcos que estaban dentro de la ciudad supieron que habían perdido la batalla, salieron corriendo y no quedaron en ella más que los griegos, que eran los naturales de allí. Apenas hubo llegado el capitán le sacaron las llaves de la ciudad y del castillo. Como la ciudad era muy rica, el capitán les ordenó que a todos los que viniesen les diesen víveres. De esta forma, la ciudad proveía todo el campo.

También mandó el capitán que los alguaciles levantasen seis o siete horcas, que colgasen en cada una un cuerpo muerto y que hiciesen correr la noticia de que uno de ellos había querido forzar a una mujer, que el otro había robado y que el otro no quería pagar lo que había cogido. Cuando Tirante volvió al campo, ordenó hacer una llamada de que nadie osase,

bajo pena de muerte, entrar en una iglesia para robar, que nadie se atreviese a violar a ninguna mujer y que nadie cogiese ninguna cosa sin pagarla. Cuando oyeron la llamada y vieron a los que estaban colgados, la gente se asustó mucho. Gracias a este hecho, Tirante fue muy amado y temido por todos.

Al llegar la noche, los turcos, que estaban sitiados, no habían comido en todo el día y veían que no tenían otra esperanza que morir o caer presos, se avinieron a pactar. Tirante, haciendo uso en esta ocasión de la clemencia, les aseguró la vida y la integridad física, y ellos por su parte renunciaron a las posesiones que habían conquistado y se sometieron como servidores. A la mañana siguiente, Tirante mandó plantar entre su campamento y el del duque, una tienda muy grande y muy bella hecha a dos vertientes, encima de la cual colocó una campana. Esta tienda solamente servía para decir misa y celebrar consejo. Cuando llegó la hora de la misa, Tirante envió a preguntar al duque si quería venir, pero aquél, con gran soberbia, respondió que no. En cuanto a Tirante, es necesario decir que tenía tanta humanidad que no obraba como un capitán, sino que se comportaba como si fuese vasallo de cualquiera de aquellos señores porque, tanto en la misa como en la mesa, se ponía el último de todos.

Una vez acabada la misa celebraron consejo y determinaron que el marqués de San Jorge y el conde de Aguas Vivas fuesen al duque de Macedonia como embajadores. Cuando llegaron al campamento, el marqués de San Jorge le dijo:

—Hemos venido aquí, ante vuestra señoría, de parte de nuestro virtuoso capitán y de los ilustres duques, condes y marqueses del consejo para pedirte que nos des parte de los tesoros y botín que has cogido del campo de nuestros enemigos.

—¡Cómo se alegran mis oídos de oír palabras que no tienen ninguna eficacia! —dijo el duque—. ¿Cómo podéis pensar que pueda consentir daros lo que he conseguido con sudores de sangre y con muchos trabajos, cuando de noche y de día he ejercitado las armas, conservando la orden de caballería contra los enemigos de la fe, sin dar placer a la carne ni dormir entre sábanas perfumadas? Nosotros solamente olemos a hierro acerado; nuestras manos no están habituadas a tocar el arpa ni ningún otro instrumento, sino a sostener la espada; nuestros ojos no se han acostumbrado a ver damas en las habitaciones ni en las iglesias; nuestros pies no tienen el hábito de la danza ni de los recreos. Si con justicia hemos

sabido ganar el botín, ¿por qué osáis pedir aquello que no os pertenece? Es más, decid a vuestro capitán que haría muy bien en volverse a su propia tierra, porque, si no, le haré beber tanta agua que con la mitad tendría bastante.

Entonces, el marqués respondió:

—No soy trompeta ni heraldo, pero os tengo que decir que nosotros, que somos todos de la misma tierra, nos conocemos y sabemos cuánto vale cada uno. Vuestras bravatas son tantas que ya tengo los oídos cansados de oírlas. ¿Qué habéis hecho excepto perder batallas y haber provocado la muerte por vuestra demencia a un infinito número de virtuosos caballeros? Como un ladrón habéis robado todo el botín del campo. ¿Cómo es posible que hayáis poseído hasta ahora el rango que tenéis? Este título tendría que estar reservado a personas experimentadas y virtuosas, cualidades que vos no poseéis en absoluto.

—Bien sé que estas locuras que decís —añadió el duque de Macedonia— no proceden de vos, sino que vienen de vuestro hermano el duque y de vuestro capitán. Por esta vez os las pasaré, pero no en otra ocasión.

—Ni el duque de Pera ni el capitán tienen la costumbre de hablar mal de nadie. Pero tenéis que saber que ellos han tenido sitiados a los que os sitiaban a vosotros, de forma que han elevado el ánimo y la virtud de los caballeros. No me falta más que deciros que me deis vuestra respuesta final: sí o no.

—No digáis más palabras en vano —contestó el duque—. Ya os he dicho que no lo haré.

—Pues si no lo hacéis con gusto —indicó el marqués—, tendremos que hacerlo por la fuerza. Armaos, porque, antes de una hora, nos veremos las caras.

Cuando los embajadores volvieron al campo, el marqués contó la respuesta del duque y añadió:

—¡Que suba todo el mundo a caballo, porque una injuria como ésta no se puede dejar pasar así!

Todos se apresuraron a armarse, pero cuando Tirante vio tan gran

alboroto, hizo llamada de que, bajo pena de muerte, nadie subiese a caballo, sino que iba rogando a todos que no hiciesen tal cosa, ya que si batallaban entre ellos, los turcos que habían prendido se les rebelarían. Tanto se esforzó Tirante que, finalmente, los tranquilizó. Después, fue al duque de Macedonia, a quien encontró armado y a caballo, y le rogó tanto que le hizo descabalar. Pero cuando Tirante se fue, el duque no consintió que ninguno de sus hombres se desarmase ni que desensillase el caballo.

Una vez pasado el alboroto, Tirante ordenó que fuesen, que se quitasen las aljubas —túnicas largas usadas por los sarracenos— a los cadáveres que encontrasen y que las guardasen. Algunos caballeros le preguntaron para qué las quería y él contestó que podían ser útiles en algún momento. En cuanto los moros fueron vencidos, Diafebus pensó en dar renombre y fama a Tirante, y por lo tanto, se acercó a él y le pidió el anillo de la capitanía. Diafebus cogió un escudero suyo, le entregó el anillo y le dio instrucciones sobre todo lo que tenía que decir al emperador, a Carmesina y a toda la corte. El escudero giró su caballo, picó de espuelas y sin detenerse llegó a la ciudad de Constantinopla. Las doncellas que se encontraban en las ventanas lo vieron venir y reconocieron que se trataba de Pírimus. Rápidamente entraron en la habitación donde se hallaba la princesa y le dijeron:

—Señora, no hay duda de que tenemos noticias de nuestros caballeros. Ahora mismo llega Pírimus corriendo y seguro que nos trae buenas o malas nuevas.

La princesa dejó de bordar y, cuando vio descabalar a Pírimus con el caballo tan bañado por el sudor que goteaba como si fuese lluvia, le preguntó:

—Buen amigo, ¿qué noticias traéis?

—Muy buenas, señora —contestó Pírimus—, ¿y el emperador? Me muero por verlo para pedirle albricias.

—Yo te las prometo de parte suya y mía.

Inmediatamente lo cogió de la mano y lo llevó a la habitación donde dormía el emperador. Cuando abrieron las puertas, Pírimus se arrodilló ante él y le dijo:

—¡Buenas noticias, señor! Dadme albricias.

El emperador se las prometió. Entonces el escudero le dio el anillo y le contó cómo había sido la batalla y cómo habían vencido a los turcos. Al saber las buenas nuevas, el emperador le dijo:

—Amigo, seas bienvenido. Debes saber que, después de la gloria del paraíso, no me podríais traer mejores noticias que éstas.

Y el emperador mandó voltear todas las campanas de la ciudad y que fuesen a la iglesia de Santa Sofía a dar gracias a Dios y a su Madre. Como albricias, el emperador dio al escudero dos mil ducados, lo vistió de seda y le ofreció un buen caballo siciliano. La emperatriz, por su parte, se despojó delante de todos y le dio una pieza de ropa de terciopelo negro forrada de martas cibelinas que llevaba. Y la princesa, una gruesa cadena de oro. A la mañana siguiente, el emperador escribió cartas al capitán e hizo partir al escudero.

Conviene saber, por otra parte, que cuando Tirante hubo pacificado a su gente, partió con seiscientos rocines para poder recuperar muchas ciudades y castillos que se encontraban en poder de los turcos. Y todas las conquistó. Un día, tres embajadores del sultán cruzaron el río en una barca y se presentaron delante de Tirante. Uno de los embajadores era un hombre muy docto en todas las ciencias, que el Gran Turco quería como si se tratase de un padre, de manera que no hacía ninguna cosa sin su consejo. Este moro se llamaba Abdalá, pero era conocido con el sobrenombre de Salomón a causa de su sabiduría. Éste cogió una caña, puso una hoja de papel y la levantó en señal de petición de seguridad. El duque de Macedonia le respondió con una señal semejante.

Cuando vieron al duque los embajadores moros, fueron a su tienda y le dieron una carta con el pacto que habían redactado, pensando que se trataba del capitán. Pero al leerla, el duque dijo que no era para él y mandó a decir a Tirante que había allí unos embajadores del sultán. Todos se reunieron en la tienda donde se decía la misa, y Tirante hizo leer la carta en presencia de todos. La carta decía lo que sigue:

Nos, Arminio, por la voluntad de Dios omnipotente, gran sultán de Babilonia, señor de tres señorías, a saber: del imperio griego, del santo templo de Salomón de Jerusalén y del santo templo de la Meca; señor y defensor del pueblo morisco; mantenedor de la santa secta y doctrina de

nuestro santo profeta Mahoma. A ti, glorioso Tirante el Blanco, capitán de los griegos y mantenedor de la fe cristiana, nos te enviamos salud, honor y gloria. Te notificamos, por consejo y deliberación del Gran Turco y de cinco reyes que se hallan bajo nuestra potestad, que si me pides paz final o tregua de seis meses, te la concederemos por reverencia al Dios omnipotente, según la forma antigua. Que de esta paz sea servido Dios omnipotente que nos ha creado y nos gobierna. También te pedimos que creas todo lo que nuestros embajadores te dirán de nuestra parte. Escrito en nuestro campo de la playa oriental, a dos de la luna y de la natividad de nuestro santo profeta Mahoma, etc.

Habiendo leído la carta, Tirante pidió a los embajadores que se explicasen. Entonces se levantó Abdalá Salomón y, después de hacer una reverencia, comenzó a decir:

—Nosotros, representantes de los magnánimos y gloriosos señores, el Gran Turco y el sultán, hemos venido delante de ti, Tirante el Blanco, porque con tu victoriosa mano nos has vencido y has conseguido infinita riqueza tal como la guerra quiere y consiente. Después de la gran matanza que has hecho, has metido en la cárcel a un pequeño infante, cuñado de nuestro soberano el Gran Sultán, hermano carnal de su mujer, y a muchos otros virtuosos caballeros. Por eso te rogamos de parte de tan alta señoría que, por el arte de la caballería y por vuestra gentileza, te plazca querernos dar el infante del cual te hemos hablado y en gratitud, nosotros rezaremos para que consigas tener cumplimiento de amor, en breves días, con la mujer, doncella, viuda o casada que más ames en el mundo. Si no quieres hacerlo por amor, indica qué rescate fijas en oro o en plata y tu voluntad será satisfecha. Entonces Tirante les dijo:

—Yo, con el poder que tengo, deseo hacer honor al sultán sin perjuicio del próspero y bienaventurado señor emperador. Y ya que me pones ante el dilema de decir que te dé el preso que tengo, por la persona que más amo en este mundo, en honor de aquélla que amo, la cual es digna y merecedora de señorear todo el mundo, tanto vuestra tierra como la nuestra, te otorgo al preso y con él cuarenta más. En cuanto al otro punto de vuestra embajada, ya os devolveré la respuesta.

Después Tirante hizo venir a los alguaciles y les dijo que permitiesen a los embajadores elegir cuarenta y un prisioneros.

Cuando salieron los embajadores, un caballero griego, que conocía a los turcos y sabía por cuáles podían pedir rescate, dijo:

—Señor capitán, delante de todos os quiero decir que os deis cuenta de lo que habéis dicho. Tened presente que hay muchos que, por salir de la cárcel, pueden pagar veinticinco o treinta mil ducados. Procurad, por lo tanto, que elijan aquéllos que no pueden pagarse un rescate digno.

—Mucho más se alegra mi alma —respondió Tirante— si puedo dar cosas de gran estima, porque quien da no debe ofrecer cosas de poca valía. Todo lo que hago y doy, lo hago en mi nombre y por servir a la majestad del emperador.

Después, dirigiéndose a los magnates que allí se encontraban, dijo:

—Muy ilustres príncipes y señores, hemos visto la petición que nos hacen. Vean vuestras señorías qué me aconsejáis y si las treguas que piden serán beneficiosas para el señor emperador.

El primero en hablar fue el duque de Macedonia, que dijo:

—Este negocio me corresponde más a mí que a vosotros, porque soy más cercano a la imperial corona. Por eso aconsejo y quiero que se otorgue la tregua de seis meses que piden. E incluso la paz si la quieren, vaya o no en beneficio del emperador.

El duque de Pera, que malquería al de Macedonia a causa de la princesa, ya que ambos pretendían casarse con ella, no pudo consentir que continuase hablando y reaccionó diciendo:

—La mayoría de las veces la fortuna es contraria a los soberbios, y esto ocurre porque la soberbia va en contra de todo bien. Mi parecer, señor, es que, para servir a la majestad del señor emperador y para conseguir el descanso de todo el imperio y de la cosa pública, no les tendríamos que dar ni paz ni tregua. Ya que hemos vencido esta batalla, con la ayuda de nuestro señor Dios, venceremos muchas otras. A pesar de eso, me someto a los consejos que puedan dar los demás señores.

Y en esto hubo diversidad de pareceres, aunque había más caballeros que abonaban la opinión del duque de Pera.

—Ahora —dijo Tirante—, puesto que todos habéis hablado, me

corresponde hacerlo a mí, ya que mi señor el emperador me ha dado el bastón de la capitanía.

Y en aquel momento, dio al condestable y a los mariscales de campo las cartas que el emperador le había entregado. Una vez las hubieron leído, Tirante volvió a decir:

—En nombre del señor emperador, digo a vuestras señorías que no me parece que sea útil para nadie dar treguas de ninguna clase. Ellos pidieron la paz o tregua de seis meses, porque esperan las naves de los genoveses que traen gente de a pie y de caballo, y en este tiempo llenarán la tierra con tanta multitud de gente que, después, los cristianos no seremos suficientes para echarlos fuera. Si piden paz es porque ahora tienen la esperanza perdida. Pero si puedo hacerlo, les daré tantas batallas y tan a menudo que saldrán del imperio o firmarán la paz final.

Entonces el duque de Macedonia volvió a hablar y dijo:

—Tirante, si vos no queréis las treguas ni la paz, yo las quiero y las haré. Y eso mismo aconsejaré a todos los que me quieran oír para que las hagan conmigo.

—Señor duque —contestó Tirante—, no queráis contradecir las órdenes del emperador, porque si lo hacéis me verá obligado a enviaros preso a la majestad del monarca, cosa que me sería muy enojosa. Y ya que tengo el cargo, quiero hacer uso de él como caballero. Por tanto vos, señor duque, tendríais que animar a todos a que hiciesen las batallas, para poder recuperar de una vez la patria y, con ella, vuestras tierras que ya tenéis perdidas.

Entonces el duque, con los ojos llenos de agua, se levantó, salió de la tienda y se dirigió a su campo. Tirante y su gente se recogieron en el suyo. Inmediatamente, Tirante mandó que se hiciese un umbráculo cerca de una fuente muy fresca y que debajo pusieran muchas mesas. Entonces hizo sentarse a los embajadores en una mesa y a los prisioneros en otra, mientras que aposentó a los duques y señores en una tercera. Todos fueron muy bien servidos de gallinas, de capones, de faisanes, de arroz y de cuscús, pero también de muchas otras viandas y de vinos muy singulares. Cuando hubieron comido, hizo que les dieran una magnífica colación de confites de azúcar con malvasía de Candía.

Después de haber comido, el marqués de San Jorge preguntó a los embajadores cuántas bajas habían tenido en aquella batalla. Ellos respondieron que alrededor de cincuenta y tres mil entre muertos y presos. Desde allí se dirigieron a la tienda del consejo y Tirante mandó aviso al duque de si quería acudir a oír la respuesta definitiva que iban a dar a los embajadores, pero aquél dijo que no podía ir. Ya todos en la tienda, Tirante inició la respuesta siguiente:

—Es obligación de los caballeros buscar la gloria de las batallas en señal de virtud. Vosotros habéis olvidado la antigua gloria de los griegos, pero la grandeza de su número no podrá desaparecer mientras dure la memoria de Troya. Y puesto que la majestad del señor emperador sobresale en virtud entre la de los gloriosos caballeros antiguos, se merece señorear sobre todos los reyes del mundo. El sultán y el Gran Turco, sin temor de Dios, han querido tomar y ocupar con violencia el título y la dignidad imperiales. Pero Dios, que es concededor de todas las cosas, me dará la virtud necesaria para que pueda matar al sultán y al turco. Por todas estas razones, decid a vuestros señores que, por nada del mundo, les daré ni paz ni tregua, excepto si ellos juran delante de la alquibla y delante de los caballeros de honor que, en un periodo de seis meses, ellos y todos los suyos saldrán del imperio y restituirán todas las tierras ocupadas. Pero no penséis que lo digo por soberbia, sino solamente a causa de la justicia que está de parte mía, aunque sé que por esta decisión posiblemente tendré muchos jueces y pocos abogados.

Habiendo acabado de hablar, se levantó el embajador Abdalá Salomón y dijo:

—¡Oh, malévolas fortuna que te muestras próspera al joven capitán que ha hecho un gran daño al pueblo morisco! Guárdate de no perder el honor y la fama que se concede a los caballeros que practican la virtud. Los romanos habrían estado bien alegres si hubiesen obtenido las ganancias que tú has conseguido. No creas que pido paz bajo amenazas de batalla, pero ten por seguro que, el decimoquinto día de la luna, vendrá tanta multitud de moriscos que la tierra no los podrá sostener.

Y continuó hacia el río Transimeno y añadió:

—¡Oh, pacífico río, ahora veo tu cara blanca, pero antes de que pasen unos días, te mostrarás todo ensangrentado! Las batallas serán muy grandes y su fama recorrerá el mundo. Por otro lado, capitán, no te

deberías extrañar de la actual situación de tu emperador, porque cuanto más noble, excelente y poderoso es un reino, con mayor envidia quieren poseerlo sus vecinos. Por esta razón, los griegos siempre tendrán enemigos. No es justo, por lo tanto, que por miedo a ti y a los griegos, tanto grandes reyes como señores se tengan que volver a su tierra, ya que ellos tienen ahora la mayor parte del imperio. Lo que deberíais hacer vosotros es acogeros a vuestra fe y comportaros como buenos cristianos.

Dicho esto, los embajadores se despidieron después de que Tirante les diese muchos regalos y, con una pequeña barca, cruzaron el río. Aquella noche Tirante ordenó que Diafebus, acompañado de mucha gente, partiese con los prisioneros para llevarlos a Constantinopla. Los cautivos iban atados con cuerdas, uno detrás de otro, acompañados con las banderas del sultán ondeando, mientras que las banderas de los presos iban arrastrándose por tierra en señal de derrota. Cuando llegaron a la gran plaza, el emperador desde la ventana y también toda la gente, inmediatamente supieron que Tirante había sido el vencedor. Al llegar, Diafebus dio al emperador, de parte de Tirante, los cuatro mil trescientos prisioneros. Después de esto, Diafebus subió y presentó sus respetos al emperador, a la emperatriz, a la excelsa princesa y a las otras damas. El emperador lo hizo desarmar y le dio, para que se vistiese, una ropa de estado bordada con oro y perlas, larga hasta el suelo para que no se constipase. Lo hizo sentarse delante de él y le hizo relatar todos los actos que habían hecho desde su partida. Bien podéis creer que Diafebus no se olvidó de nada que fuese en honor y loor de Tirante. Y si el emperador estaba alegre, mucho más lo estaba la princesa.

Después de la cena, el emperador tomó a Carmesina de la mano y Diafebus cogió a la emperatriz del brazo. Todos entraron en una habitación que habían preparado para Diafebus y allí, delante de las damas, le hicieron muy gran honor. Cuando el emperador preguntó a Diafebus cuáles eran las intenciones de Tirante, Diafebus le contestó que en breves días presentaría una batalla fuerte y cruel.

A la mañana siguiente, el emperador contó a los prisioneros y dio a Diafebus quince ducados por cada uno para que se los llevase a su capitán. La princesa, habiendo sabido que Diafebus había terminado sus faenas, le mandó recado de que viniese a su habitación. Diafebus, por otra parte, no deseaba ninguna otra cosa más que poder hablar con ella y con Estefanía, de la cual estaba profundamente enamorado. Cuando la

princesa lo vio, le dijo:

—Buen hermano, ¿qué nuevas me traéis del virtuoso caballero que tiene mi alma cautiva? ¿Cuándo será el día en que le podré ver y en que le podré tener cerca de mí sin ningún recelo? Más deseo verlo a él que ninguna otra cosa del mundo; pero estoy segura de que él, en cambio, piensa muy poco en mí.

Entonces Diafebus le respondió:

—Las afables palabras que vuestra majestad ha dicho alegrarían el alma de aquel famoso caballero, si las hubiese oído, ya que su alma habría subido hasta el noveno cielo. Humildemente os doy las gracias de parte del virtuoso Tirante y, por mi parte, ofrezco a vuestra majestad mi persona y mi alma. Habéis culpado a mi capitán de poco, cuando él no es más que puro amor; ya que a él, por su naturaleza, no le faltan ni amor, ni honor, ni nada que vaya en detrimento de vuestra excelencia; y si vos supieseis las penas que pasa por vuestro amor, no le inculparíais de nada. Cada noche está armado como si tuviese que entrar en batalla y, mientras todos los del campo duermen y descansan, él recorre el campamento y muchas veces lo hace bajo la fuerte lluvia. Entonces se viene directamente a mí y me habla de vuestra alteza y, si yo quiero darle placer, hablamos durante dos horas de vos, de forma que vuestra majestad siempre está presente. Cuando entra en combates no invoca a ningún santo, sino el nombre de Carmesina. Y siempre que yo le pregunto por qué junto al de Carmesina no invoca ningún otro nombre de santo, él me dice que, quien sirve a muchos, no sirve a nadie.

Gran placer daban a la princesa las palabras de Diafebus. Entonces Estefanía dijo:

—Puesto que ya habéis hablado vosotros, ahora me toca a mí el turno. Decidme, señora, ¿qué otro caballero merece ser digno de llevar corona de emperador si no es Tirante? ¿Quién merece ser vuestro marido sino él? Vos, señora, tenéis el bien en vuestras manos y no lo queréis coger. Algún día os arrepentiréis. Bien sé que Tirante no os ama ni por los bienes ni por la dignidad que tenéis. ¿Sabéis por qué os ama? Por las virtudes que posee vuestra noble persona. ¿Qué buscáis, pues, mezquina señora? En todo el mundo no encontraréis caballero que se le pueda igualar. Vuestro padre no desea otra cosa en este mundo que veros casada. ¿A quién podréis tomar que sea mejor que este joven tan dispuesto, valentísimo en

las armas, liberal, animoso, sabio y diestro? ¿Por qué Dios no me hizo a mí la hija del emperador, de manera que vos fueseis Estefanía y yo Carmesina? Os aseguro que no le denegaría nada de mi persona y, si él me levantara la falda de mi vestido de seda, yo le levantaría mi camisa y le alegraría un poco. Si decidís tomar algún rey extranjero, ¿sabéis si os hará vivir dolorosamente? Y si tomáis un caballero de esta tierra, aunque hablo en contra de mi padre, porque por su dignidad le corresponde ser vuestro marido, no hay duda de que cuando vos queráis jugar, él roncará y cuando vos queráis hablar, él querrá dormir. En cuanto al duque de Pera, no es adecuado a vuestra edad. Tirante es lo que necesitáis, un hombre que os sepa guardar de todo daño, a vos y a todo el imperio, y que lo sepa defender y aumentar, tal como hace Tirante, que es quien os hará buscar, ahora desnuda, ahora en camisa, por todos los rincones de la habitación.

Las palabras de Estefanía hicieron reír mucho a la princesa. Inmediatamente habló Diafebus:

—Señora Estefanía, decidme la verdad: si la señora princesa, para suerte de Tirante, lo tomase por marido, vuestra merced, ¿a quién tomaría?

—Señor Diafebus —contestó Estefanía—, os digo que si la buena suerte hace que la señora princesa sea mujer de Tirante, ciertamente yo tendría que tomar a su pariente más cercano.

—Si tiene que ser por linaje de parentesco, por derecho me corresponde a mí. Por tanto, os ruego, señora, como camarero mayor de vuestra habitación, que, en señal de fe, me beséis.

—No sería justo ni honesto —replicó Estefanía— que os hiciese ni os otorgase ninguna cosa sin el mandato de mi señora, ya que ella me ha criado desde mi infancia.

Entonces, Diafebus se arrodilló en el duro suelo y, con las manos cruzadas, suplicó a la princesa, tan devota y humildemente como si se tratase de una santa del paraíso, que permitiese que la besase. Pero por mucho que se lo suplicó, no pudo obtener tal licencia.

—¡Oh, corazón endurecido hasta la crueldad! —exclamó Estefanía—. Nunca se ha querido inclinar a la piedad por muchas súplicas que le hayan hecho.

—¡Ay, hermano Diafebus! —dijo la princesa—, no me pidáis ahora cosas injustas porque no podréis subvertir el virtuoso hábito de mi corazón.

Y estando en estas placenteras conversaciones, el emperador mandó llamar a Diafebus para que regresara enseguida al campo. Entonces llegaron unos guardias del mar que informaron al emperador de que cinco grandes naves venían de Levante. El emperador, pensando si serían de los genoveses, hizo regresar a Diafebus y mandó embarcarse a mucha gente en las naves y galeras que había en el puerto. Cuando llegaron las naves, supieron que las enviaba el maestre de Rodas, cargadas con gente de armas. Entonces, bajó a tierra el buen prior de san Juan acompañado de muchos caballeros de la cruz blanca. Como Diafebus estaba en el puerto con toda su gente, cuando los vieron los reconocieron enseguida. Diafebus les presentó los honores pertinentes y los acompañó a palacio, donde encontraron al emperador sentado en su trono. Después de hacer una reverencia, el prior de san Juan comenzó a decir:

—Serenísimo señor, por mandato del reverendo y virtuoso señor el gran maestre de Rodas, hemos venido aquí sabiendo que el mejor de todos los caballeros, Tirante el Blanco, se encuentra al servicio de vuestra majestad. Por esta razón, mi señor el gran maestre le envía dos mil hombres con los sueldos pagados para quince meses, para que Tirante pueda servir mejor a vuestra alteza. Me complacería mucho saber dónde está él.

El emperador se alegró mucho de su venida, abrazó al prior y agradeció al maestre su gran virtud y gentileza. Después les hizo dar buenas posadas y todo lo que necesitasen. Cuatro días después, partieron en compañía de Diafebus e hicieron la vía del campo. Una vez que estuvieron a cinco leguas, supieron que Tirante había ido a tomar una plaza fuerte que se hallaba tan cerca que, incluso, podían oír los grandes golpes de las bombardas.

Cuando Tirante vio un gran trozo de la muralla rota, bajó del caballo y dirigió el combate a pie. Se acercó tanto a la muralla que una gran cantera le dio sobre la cabeza y lo lanzó al suelo. Los suyos, con gran esfuerzo, lo tuvieron que sacar del foso y, justo en aquel momento, llegaron el prior y Diafebus ante la ciudad. Los turcos, desde dentro de ésta, se asustaron al ver tanta gente y perdieron toda esperanza. Ricardo, después de haber atendido a Tirante, volvió a presentar un combate tan fuerte que, con la ayuda de la gente del prior, conquistó la ciudad.

Habiendo conseguido la victoria, todos fueron a la cama donde reposaba Tirante, y el prior le explicó la razón de su venida. Tirante se lo agradeció mucho, aunque no podía hablar a causa del dolor de cabeza que tenía. Entonces los médicos tomaron cabezas de carnero, las hicieron hervir con buen vino y mediante cataplasmas se las pusieron sobre la cabeza. Y a la mañana siguiente ya se encontró mucho mejor.

Dejaron la ciudad bien protegida y regresaron al campo de batalla donde descansaron hasta que llegó el decimoquinto día de la luna. Entonces, tal como los embajadores habían dicho, vinieron los turcos, los cuales llegaron hasta el principio del puente, de forma que un campo estaba a una parte del río y el otro campo, a la otra. El puente estaba roto. Primero llegaron las tropas del Gran Turco, pero capitaneados por su hijo; porque él aún no había sanado de la herida de la cabeza. Después las del rey de Asia, las del rey de África, las del rey de Capadocia y las del rey de Armenia. A continuación, venían las del rey de Egipto, que era un valentísimo caballero de gran ánimo y muy diestro en las armas. También llegaron las tropas de muchos otros grandes señores como las del hijo del duque de Calabria, las del duque de Melfi, las del conde de Montoro, las del conde de Caserta, las del conde de Valentino y las de muchos otros condes y barones que habían ido como mercenarios del Gran Turco y del sultán. En total, había doscientas sesenta formaciones.

Después de plantar las tiendas, pusieron las bombardas en orden. A la mañana siguiente, bombardearon tan fuertemente y tan a menudo que Tirante se vio obligado a mudar el campamento a una alta montaña cerca del río. Cuando los de Tirante vieron tanta gente se quedaron atónitos y había muchos que hubieran preferido encontrarse a cien leguas de allí.

Cuando el sultán vio que no podía pasar el río para presentar batalla a los cristianos, hizo reconstruir el puente. Tirante, por su parte, fue con cuatro hombres a una legua de allí donde había un puente hecho de piedra. A cada parte del puente había un pequeño castillo. Cuando el sultán conquistó toda aquella tierra, llegó a aquel puente, pero el caballero que era señor de aquellos dos castillos, por muchos donativos que aquél le prometió, no quiso llegar a un acuerdo, porque no quería ser ingrato ni con Dios ni con el emperador, que era su señor natural. Es más, desde aquellos dos castillos del puente, presentaba muchas batallas contra los pueblos y las ciudades que los turcos habían tomado. Ésta fue la razón por la que el sultán tuvo que hacer un puente de madera que permitiese pasar

a su gente para continuar la conquista del imperio.

El dueño del castillo se llamaba Malveí y tenía un hijo muy dispuesto y valentísimo que se llamaba Hipólito. El padre regía un castillo y el hijo, el otro. Cada uno de ellos tenía treinta rocines.

Al llegar Tirante al castillo, hizo tanta amistad con el hijo que nunca se separaban. Padre e hijo pidieron a Tirante que les hiciese el honor de armar caballero a Hipólito, cosa que Tirante hizo con muy buena voluntad.

Entonces, Tirante hizo cortar los árboles más secos que encontraron en un pequeño bosque. Con las medidas de la anchura del río, tomaron vigas y las juntaron unas con otras con clavos muy gruesos. Después pusieron aquellas vigas en el río, justo debajo del puente de piedra. De viga a viga, clavaron unos cabrios gruesos y sobre ellos unas tablas de forma que de un lado al otro había como una especie de puente. También colocaron una cadena a cada parte atada al puente de piedra y lo cubrieron todo con ramas verdes. O sea, que había dos puentes, uno debajo del otro.

Cuando los turcos acabaron de organizar el puente de madera, empezaron a pasar poco a poco. En ese momento, Tirante hizo tocar las trompetas y todo el mundo subió a caballo y trasladaron el campamento cerca del puente de piedra. Los turcos pensaban que lo hacían por temor y se imaginaban que estaban huyendo. Una vez que hubieron pasado las tropas del sultán y del turco, se dirigieron hacia donde se encontraban los cristianos. Ya cerca de ellos, Tirante pasó el puente de piedra y plantó la tienda en la orilla. Los moros, viendo que había pasado a la otra parte, rápidamente volvieron al puente de madera y, una vez al otro lado, subieron río arriba para presentarles batalla. Entonces Tirante levantaba el campamento y cruzaba a la otra parte. Y así estuvieron durante tres días.

Reunidos en consejo, los turcos pensaron lo que les convenía hacer. Entonces, el rey de Egipto dijo:

—Quiero manifestaros que, si hacéis caso a mis opiniones, podremos conseguir la esperada victoria. Porque a mí no me gusta el honor que no se gana con peligros. Dadme cien mil hombres con los cuales yo iré a una parte del río, mientras que vosotros tenéis que permanecer en la otra. Cuando yo les presente combate, enviadme, tan pronto como podáis, los socorros necesarios. De esta forma, tendremos la victoria que deseamos. Y como nosotros tenemos muchos más hombres que ellos, sin duda

ganaremos la batalla.

Todos loaron la deliberación del rey de Egipto, pero el sultán replicó:

—Todas las cosas son más sencillas de decir que de hacer, y yo no estoy de acuerdo con el desorden de vuestras palabras deshonestas cuando decís que queréis combatirlos con cien mil hombres, ya que ellos son muchos menos. A pesar de eso, de mi atónito ánimo nace una esperanza de gloriosa victoria. Tomad la mitad de nuestra gente, que yo tomaré la otra mitad y a aquél que elija la suerte, que sea el primero en presentar batalla.

Los reyes tomaron una parte de la hueste y el sultán tomó la otra. Cuando Tirante observó que el río dividía a los enemigos, dijo:

—Esto es lo que yo tanto deseaba.

Entonces levantó el campamento e hizo poner todas las tiendas y los carruajes dentro de los dos castillos. Antes de que el sol hubiese pasado las columnas de Hércules, Tirante cruzó el puente hacia la parte donde había iniciado su estrategia e hizo subir a toda la gente, excepto a cuatro escuadras, a un monte que había delante del castillo. El sultán, que se hallaba en aquella parte, pensó que subían para dar batalla desde la falda de la montaña y, como vio que habían quedado allí las cuatro escuadras solamente, se apresuró a presentarles batalla. Eso hizo que se dispersasen y que subiesen a la montaña, pero pudo matar a sesenta cristianos. Así iba la cosa cuando llegó la noche y los turcos se acercaron al pie de la montaña, donde plantaron las tiendas pensando que a la mañana siguiente los podrían derrotar sin demasiada oposición, pero el sultán no permitió que los suyos descabalgasen por si los cristianos les atacaban mientras no había sol.

Cuando Tirante subió a la montaña, encontró a los caballeros y a grandes señores muy desconsolados, ya que iban por aquí y por allá llorando y gimiendo, pensando que pronto caerían presos en poder de los infieles. Al verlos, Tirante les recriminó:

—¡Oh, virtuosos caballeros! ¿No veis la gran ofensa que hacéis a Dios y a la orden de caballería? Si fueseis mujeres no tendríais el ánimo más abatido. Vosotros, que tendríais que animar a los otros, ¿no os avergonzáis de lamentaros, renunciar al arte de caballería y aceptar ser

vencidos sin ninguna resistencia? Solamente os quiero decir y rogar que os esforcéis en hacer el bien, porque, con la ayuda de Nuestro Señor y de su sacratísima Madre, en tres horas os haré señores de vuestros enemigos.

Casi todos quedaron consolados excepto el duque de Macedonia, el cual previamente había enviado un escudero suyo al emperador. Cuando llegó aquél cerca de la ciudad de Constantinopla, bajó del caballo y dejó el rocín, de forma que demostraba que había huido del sitio y que venía con ojos llorosos. Ya en palacio, dijo:

—¿Dónde está aquel infortunado que se llama emperador? Subió a la gran sala y rápidamente fueron a comunicar a su majestad que había llegado Albí, el escudero del duque de Macedonia. El emperador salió y, cuando Albí lo vio, se dejó caer en el suelo, se arrancó los cabellos de la cabeza e hizo un gran duelo.

—Este escudero debe traer muy malas nuevas —dijo el emperador—, según las señales que manifiesta. Te ruego, amigo, que no me hagas padecer más: dime qué ocurre.

El escudero levantó las manos hacia el cielo y comenzó a decir:

—La virtud se duele de las cosas mal hechas, porque nos dispone a hacer el bien; pero cada uno es el causante de los males que hace y no se tiene que lamentar de los males que puedan acarrearle. Vos quisisteis degradar a vuestros caballeros y vasallos y disteis la capitania a los extranjeros de mala fama. ¡Oh, emperador! Puesto que vos mismo habéis hecho el daño, justo será que llevéis la pena que os corresponde. ¿Y sabéis cuál será? Pues que en lugar de las exequias dirán por vos el salmo de la maldición, porque os habéis perdido a vos mismo y a todos los vuestros. Y eso a causa de haber quitado la sucesión del imperio al famoso e ilustre señor el duque de Macedonia, para dársela a un vil hombre extranjero que ha perdido todo el campo y que ha huido no se sabe a dónde. ¡Éste es el mérito de aquél que fue emperador! Mejor sería ahora que fueseis por el mundo haciendo penitencia y llorando por el gran daño de vuestros vasallos y servidores. Porque los moros nos tenían sitiados en un pequeño monte, sin pan, ni vino, ni tan solamente agua para los caballos. Y ahora, ya deben de haber muerto todos. Yo me voy con gran dolor y vos, que fuisteis emperador, quedaos con el vuestro.

—¡Oh, infortunado de mí! —se lamentó el emperador—. Después de una alegría, he tenido una gran tristeza. Ahora que he perdido toda mi esperanza, solamente me falta ir mendigando por el mundo desamparado de cualquier bien.

Con estas lamentaciones entró en su habitación, se lanzó sobre la cama, y entre llantos, exclamaba:

—¿De qué vale ser señor del imperio griego si lo tengo que perder? ¿De qué me valen tantos bienes de fortuna como tengo, si tengo que ser desposeído de ellos? ¿De qué me vale tener una hija honesta y buena que no pueda sucederme y que a causa de mis grandes pecados y culpas se tiene que ver cautiva en poder de los infieles? ¿De qué me vale tener esposa, mujeres y doncellas que me sirvan, si tengo que verme sirviendo a los moros y que las mujeres y doncellas sean deshonradas por ellos? Creo que mi corazón se romperá de tanto dolor.

Entonces la princesa se acercó a su padre para consolarlo, ya que a la emperatriz y a las otras doncellas no había quien las pudiese consolar.

La mala noticia se extendió por toda la ciudad y los lamentos de las madres eran tan notorios que levantaban los ojos al cielo y lloraban como si la ciudad ya hubiese sido tomada por los enemigos.

Pero dejémoslos con su luto y volvamos a ver qué hace Tirante.

Éste, mientras, habiendo animado a los caballeros con su exhortación, devolvió la esperanza al campo, porque confiaban en la providencia del capitán. Entonces Tirante cogió un hombre con él y bajó por la parte de atrás de la montaña, para no ser visto. Ya abajo, dejó las armas debajo de un árbol, pero rápidamente se dirigió cerca del castillo del señor de Malveí donde, de acuerdo con la señal que habían convenido, éste le abrió las puertas del puente. Entró y encontró las cosas necesarias para lo que tenía que hacer. En primer lugar, había que poner en cuezos de madera mucho aceite y alquitrán, pasta de azufre vivo y otras cosas para encender fuego. También cogió mucha leña seca y lo hizo poner todo en el cuezo de madera que habían hecho. Después mandó que atasen a él dos cuerdas largas. Dos hombres se pusieron dentro de una pequeña barca y cada uno de ellos cogió una cuerda con la mano. Desatado el cuezo, con la corriente, fueron río abajo. Antes de salir, Tirante les había dicho que no le prendiesen fuego hasta que estuviesen cerca del puente.

Cuando los turcos vieron tantas llamas río abajo, se tuvieron por perdidos. El sultán y todos los demás salieron del campo de batalla y, corriendo tanto como pudieron, llegaron al puente de madera. El sultán y algunos otros moros, como tenían buenos caballos, pudieron pasar el puente antes de que llegase el fuego hasta allí, pero no lo pudieron conseguir más de veintidós mil personas a pie y a caballo, porque el puente se quemó muy rápidamente.

Cuando Tirante vio ir el fuego por el río, rápidamente subió donde estaban los suyos. Al día siguiente, estando el sol sobre el horizonte, el capitán hizo tocar las trompetas y todo el mundo subió a caballo. Desde la montaña pudieron ver claramente la gente que había quedado aislada. Algunos caballeros sugirieron al capitán bajar al llano para presentarles batalla, pero Tirante dijo que no, que se esperasen hasta la mañana siguiente, porque para ellos representaba un inconveniente mayor perder un caballero que para los enemigos perder cien.

Diafebus, que vio la gran angustia de los turcos, pensó en el honor de Tirante. Le cogió el anillo de la capitania y dijo a Tirante que quería enviar a Pírimus al emperador, porque hacía muchos días que en la corte no tenían noticias suyas. Entonces Tirante le dijo que Pírimus tenía que pedir al emperador que enviase naves y galeras con harina y otros víveres.

Al llegar Pírimus a Constantinopla, vio a todas las gentes tristes y doloridas. Entró en palacio y aún encontró las cosas peor: las caras arañadas y las vestiduras rotas. Y como nadie le quería responder, él pensó que debía de haber muerto el emperador, la emperatriz o su hija. En la gran sala encontró algunos hombres muy afligidos, se acercó a uno y le preguntó en voz baja si el emperador había muerto o cuál era la causa del dolor que mostraban. Él le respondió:

—¡Traidores! Desde Judas hasta ahora no se ha hecho una traición tan grande como la que han cometido los tuyos. Apártate de mí, si no, yo te prometo, por los santos del paraíso, que te haré saltar ventana abajo.

Pírimus bajó la cabeza, pasó a otra sala y vio al camarero del emperador. Cuando se acercó a él riendo, aquél le recriminó:

—¿Cómo te atreves a acercarte a la habitación del emperador con tanta alegría?

—Amigo —contestó Pírimus—, no conozco la causa del dolor que sentís. Haz que hable con el emperador, que si él siente dolor, yo le daré alegría.

Aquél, sin decir nada más, entró en la habitación de la emperatriz, donde se hallaban el emperador, su hija y todas las doncellas con las ventanas cerradas en señal de duelo. Entonces dijo el camarero:

—Señor, a la puerta ha llegado Pírimus, uno de aquellos grandes traidores que vivía con Tirante el Blanco. Seguro que debe haber huido de la batalla con su señor, pero dice que querría hablar con vuestra majestad.

—Ve —respondió el emperador— y dile que se vaya y que salga de mi tierra. Que si lo encuentro a él o alguno de los suyos, los haré lanzar desde la torre más alta que hay en palacio.

Mientras el emperador decía estas palabras, ya podéis pensar cómo se doblaban los dolores en el corazón de la princesa, porque, por mucho daño y mal que Tirante hubiese hecho, no le podía olvidar. Cuando Pírimus supo la respuesta del emperador, dijo:

—Por mi fe que no me iré, porque ni mi señor ni ninguno de los suyos, nunca han hecho tal traición. Si el emperador no quiere que hable con él, decidle a la princesa que salga a la puerta de la habitación, que yo le diré unas palabras que la pondrán muy alegre.

El camarero accedió a volver a decir al emperador lo que Pírimus le había dicho. Entonces el monarca indicó a Carmesina que saliese a hablar con él, pero que no le hiciese entrar. Cuando la princesa salió, lo hizo con la cara muy triste. Al verla, Pírimus se arrodilló a sus pies, le besó la mano y comenzó a decir:

—Señora de gran excelencia, mi alma está alterada por el gran cambio que veo en vuestra majestad. Y yo, que ignoro la causa, estoy muy admirado, ya que nadie me ha querido decir qué ha pasado. Por esto, os ruego que me lo hagáis saber. Más admirado estoy aún de las palabras que el camarero me ha dicho de parte del señor emperador. Si a vuestro padre no le place que el famoso caballero mi señor Tirante tenga la capitanía ni que haga actos dignos de gloriosa memoria, decídmelo e inmediatamente saldremos de vuestro imperio y no sufriremos tantas batallas ni peligros.

Habiendo oído la princesa las palabras de Pírimus, con lágrimas en los ojos le contó todo lo que había dicho el escudero del duque. Cuando Pírimus oyó tan gran maldad, se pegó con las manos en la cabeza y, como respuesta, dijo:

—Señora, haced que prendan a aquél que, con sus noticias, ha traído tanto dolor al corazón de la majestad del señor emperador, al vuestro y al de toda la ciudad. Y haced que me prendan a mí si Tirante no ha sido vencedor, si no ha hecho huir al sultán, si no ha quemado el puente y si no tiene sitiados cerca del río a más de veinte mil hombres. Si no es así, quiero que hagan cuartos de mi persona. Como prueba de certeza, ved aquí el sello de la capitania.

Cuando la princesa oyó tan gloriosas noticias, rápidamente entró en la habitación y narró a su padre todo lo que Pírimus le había contado. El afligido emperador, de tanta alegría, cayó de la silla y se desmayó. Entonces mandaron llamar a los médicos, los cuales lo reanimaron e hicieron entrar a Pírimus para que le detallase la noticia. En cuanto la supo, mandó voltear todas las campanas de la ciudad y fueron a la iglesia mayor a dar gracias a Nuestro Señor y a su sacratísima Madre. Al volver a palacio, el emperador hizo meter en la cárcel al escudero que el duque había enviado. Entonces Pírimus suplicó que hiciese partir naves con víveres. A la mañana siguiente, Pírimus partió.

Cuando Tirante supo todo lo que había ocurrido, se admiró mucho de las obras del duque de Macedonia, pero no se preocupó más, porque se había descubierto la verdad. El día que Pírimus partió del campamento, los turcos ya habían perdido toda esperanza y se dieron cuenta de que no les convenía presentar batalla. Y como de los males es necesario siempre elegir el menor, decidieron rendirse. Fue una gran suerte que con ellos permaneciese el sabio moro Abdalá Salomón, ya que sería él el encargado de volver a ir a Tirante como embajador. Abdalá Salomón puso una toalla en una lanza, fue donde estaba Tirante y, con gran reverencia y humildad, dijo:

—Magnánimo capitán, muy admirado estoy de que no hayas apresado al sultán y a todos los que con él se encontraban, porque si hubieses hecho lo que tienes por costumbre hacer, no habrías errado. Por experiencia sabemos que todo aquello que has emprendido, a la fortuna le ha placido. Tu gran virtud es de temer, porque sabes salvarte tú y salvar a los tuyos, y

éstas son cosas que hacen aumentar tu gloria, tu honor y tu fama. Y respecto a lo que te quiero decir, te debo hacer saber que aquella miserable gente, y yo con ellos, no hacemos otra cosa que gritar: ¡hambre, hambre! Si a tu señoría, magnánimo capitán, le place concedernos alguna gracia, te pedimos, por tu piedad, que nos quieras perdonar la vida. Te ruego, por lo tanto, que te plazca actuar virtuosamente, de acuerdo con tu magnanimidad, y que no tengas en cuenta lo que ellos habrían hecho.

El capitán hizo entrar a Abdalá Salomón y a todos los que venían con él en la tienda y mandó que les dieran de comer, que bien lo necesitaban. Después, el capitán pidió consejo a los grandes señores y éstos se mostraron de acuerdo con lo que Tirante había dicho. Entonces hicieron venir al embajador Abdalá y Tirante le dio la siguiente respuesta:

—Cid Abdalá, la nuestra ha sido una gloria muy grande, pero aunque nuestro objetivo ha sido realizar actos propios de caballeros, no podemos olvidar la ofensa que habéis hecho al señor emperador. Y como la verdad está de mi parte, invoco el auxilio divino. Antes de que pasen muchos días, con mis manos daré al sultán y a los otros la pena y el castigo que merecen, ya que poseo el título de la justicia y deseo que sepan que no quiero hacer todo el mal que podría. Me conformo con que ellos mismos lleven todas las armas ofensivas y defensivas que deseen allí, en medio de aquel prado, pero no todos juntos, sino de cien en cien. También quiero que después lleven allí mismo a los caballos.

El embajador tomó licencia del capitán, regresó e hizo cumplir lo que Tirante había mandado. Tuvieron que depositar las armas y los caballos y Tirante lo hizo subir todo a la montaña. Los turcos se alegraron mucho de que no les diese muerte, porque aunque habían caído cautivos, pensaron que podrían liberarse mediante rescate. Entonces el capitán los hizo venir al pie de la montaña donde les dieron comida en gran abundancia. Después Tirante los hizo entrar en una gran tienda, lugar en el que fueron muy bien servidos de todo aquello que necesitaban, aunque a muchos caballeros cristianos no les gustaban los honores que el capitán les dispensaba.

Conviene saber que Tirante no dejaba que el moro Abdalá se separase de él por los buenos consejos y las discretas observaciones que le hacía. Un día, después de haber comido, Tirante rogó al sabio moro que les dirigiese la palabra, porque siempre se podía aprender mucho de sus doctas opiniones. Entonces Abdalá Salomón hizo un magnífico discurso en el que

evidenció los grandes honores de los que eran merecedores aquellos caballeros que ponían todos sus afanes en defender la cosa pública. Tan magnífico y juicioso fue su discurso que los caballeros decidieron que se merecía un premio por su gran saber, y después de haber deliberado, convinieron darle la libertad. Tirante, por amor a los caballeros que se lo habían pedido, decidió otorgársela no solamente a Abdalá y a su hijo, sino también a veinte prisioneros más.

En cuanto al resto de los cautivos, Tirante los retuvo hasta que llegaron las naves. Dos días después, deliberaron hacer subir a los cautivos a las naves y enviarlos al emperador. Tirante encargó su custodia al gran condestable. Cuando la comitiva llegó al puerto hicieron desnudarse a los cautivos para ver qué llevaban. Y entre joyas, dinero y los sueldos que habían ganado en la guerra, comprobaron que había allí más de ciento ochenta mil ducados. Enviaron esta suma al capitán y él la hizo repartir entre todos los que habían tomado parte en las batallas.

Capítulo XV. Repercusiones de las victorias de Tirante en la corte

El condestable ordenó izar las velas y, con próspero viento, en pocos días llegaron al puerto de Constantinopla. El emperador y todas las damas estaban en las ventanas viendo cómo atracaban las naves. Al llegar, el condestable hizo sacar a los prisioneros, los llevó a palacio, subió a ver al emperador y le besó la mano y el pie. Posteriormente, de parte del capitán, le presentó a los cautivos. El magnánimo señor los recibió con muchísima alegría y, una vez puestos en buena guarda, el emperador hizo entrar al condestable en la habitación donde estaban la emperatriz y la princesa. Allí le pidió el estado del campo, de sus caballeros y de cómo se comportaba su capitán. El condestable, con gran modestia, dijo:

—Próspero emperador y mi señor natural, la verdad de los singulares actos y la gran virtud de vuestro valeroso capitán no puede ser callada, aunque algunos maldicientes hayan puesto en conocimiento de vuestra majestad noticias falsas y palabras engañosas para crear confusión. Y como es necesario que conozcáis la verdad, os tengo que decir que el marqués de San Jorge, el duque de Pera y algunos otros amotinados estuvieron a punto de rebelarse contra vuestro capitán a causa de algunas confrontaciones sobre el vencido y la distribución del botín arrebatado a los turcos. Pero Tirante, como virtuoso capitán que es, apaciguó el campo y quiso que las ganancias fuesen nuestras. Os he de decir toda la verdad, alteza, pues tenéis el más singular capitán que haya habido y que habrá en el mundo. Podéis creer que ni Alejandro, ni Escipión, ni Aníbal fueron unos sabios tan discretos, ni caballeros de tan esforzado ánimo como es Tirante: sabe más de la guerra que cualquiera de los hombres que yo haya visto ni oído nombrar.

—¿Cuál es su proceder? —intervino el emperador.

—Vuestra majestad encontrará en él —contestó el condestable— al hombre más solícito del mundo, amador y guardador del bien público, amparador de los desamparados y auxiliador de los enfermos. Si alguien es herido, manda que lo lleven a su tienda y lo sirvan como si se tratase de

un rey.

—Decidme, condestable —volvió a preguntar el emperador—, ¿cómo tiene organizados el campo y a la gente?

—Señor —respondió el condestable—, cada mañana hace ensillar dos mil rocines, según a quién toque el turno, y los hace mantenerse armados como si tuviesen que entrar ya en batalla. Al llegar la noche, dobla la guardia y no permite que se desarmen ni que desensillen los caballos. Y no penséis, señor, que vuestro capitán duerme en toda la noche, sino que va y está con la gente de armas incesantemente. Nunca lo veréis ni dormir ni descansar. Cuando llega el día claro hace tocar a misa para que pueda oírla quien quiera. Pero, ¿pensáis que es un hombre ceremonioso? No, señor, porque a todos nos toma del brazo, da los mejores lugares a los magnates y él se mete en un rincón de la tienda. Después de misa celebran el consejo, en el cual no se habla de otra cosa que del estado del campo. Entonces, el capitán se va a su tienda o a la primera que encuentra y encima de un banco o en la misma tierra abre una de las piezas con las que se cubren las acémilas y se pone a dormir dos o tres horas como máximo. A la hora de comer, se sirven maravillosas y muy variadas viandas y él no se sienta a la mesa hasta que no han comido todos antes. Después de comer, tienen otro consejo donde estudian si hay ciudades, castillos o lugares cerca de allí bajo el dominio turco, qué gente de armas se necesita para conquistarlas, qué capitán irá, etc. Os tengo que decir, señor, que hemos recuperado más de setenta plazas. No hay duda de que Tirante rige mucho mejor el campo de lo que lo hacía el duque cuando era capitán.

—¿Y sus parientes? —preguntó el emperador—. ¿Cómo se comportan en la guerra?

—Muy bien, señor, —contestó el condestable—. Esta noche o mañana llegará aquí Diafebus con los grandes señores que tenemos presos.

—¿Cómo —inquirió el emperador—, aún hay más presos?

—¡Sí, por Santa María! —contestó el condestable—. Con él vienen el duque de Andria, el duque de Melfi, el hijo del duque de Calabria y muchos otros grandes señores.

—¿Y a vos? —preguntó el monarca—. ¿Os ha dificultado vuestro oficio de

gran condestable?

—En absoluto, señor —dijo aquél—, sino que, en cuanto me hubo dado vuestra carta, me dijo que ejerciese mi cargo, tanto en su campo como en el del duque. Y es más, quería que el condestable que él llevaba fuese lugarteniente mío.

A la mañana siguiente, llegó Diafebus con tantos prisioneros que todos estaban admirados. Diafebus hizo una gran reverencia al emperador, que estaba en la ventana, y enseguida subió a la habitación y le besó la mano; después saludó a la emperatriz y a la excelsa princesa. Cuando hubo abrazado a todas las damas, dijo al emperador que Tirante le presentaba sus bendiciones, su amor y su voluntad. Y, a continuación, añadió:

—Señor, suplico a vuestra majestad que me quiera poner en libertad, porque preso es aquél que prisioneros guarda. Por eso pido a vuestra alteza que quiera aceptarlos por el gran peligro que esta obligación comporta. Y porque mi deseo esté de acuerdo con vuestra forma de proceder, pido a los notarios que me hagan una carta pública de este acto. Os ruego, señor, que sean testigos de la entrega de los prisioneros la señora de gran excelencia, princesa del imperio griego, la egregia Estefanía de Macedonia, la virtuosa Viuda Reposada, la bella Placerdemivida y la honesta, próspera y bienaventurada señora emperatriz.

Inmediatamente fue levantada acta y el emperador recibió los prisioneros y los hizo encerrar en las torres más altas que había en palacio. Después habló con Diafebus durante largo rato y le pidió de qué forma su capitán había tratado a los prisioneros y qué honores les había hecho, y Diafebus le recitó las atenciones que les había dispensado.

Cuando Diafebus vio el momento de hablar con la princesa, fue a su habitación. Al verlo, Carmesina se levantó del estrado y se le acercó. Diafebus se apresuró, puso la rodilla en el duro suelo, le besó la mano y le dijo:

—Este beso es de parte de aquel que vuestra celsitud ha condenado en una cárcel más fuerte que la que tienen los que yo he traído aquí.

Como las otras doncellas se les acercaron, Diafebus no pudo continuar hablando, por temor a que oyesen lo que diría. Pero la princesa lo cogió de la mano y fueron a sentarse junto a una ventana. Entonces, Carmesina

llamó a Estefanía y Diafebus comenzó a decir:

—Pienso que si el mar se transformase en tinta y la arena en papel, no bastaría para escribir el amor, la voluntad y las infinitas recomendaciones que el próspero y virtuoso Tirante envía a vuestra majestad; porque tenéis que saber que todo se ve de acuerdo con su fin y éste muestra quién es cada uno y da premio o condena según sus obras, y que el premio de amor de un valeroso caballero no es otro que conseguir la muerte o la gloria. Por lo tanto, no deberíais amar la vida hasta el punto de desconocer el amor que os tiene un tan esforzado capitán, que el día que os conoció perdió su libertad.

El final de las palabras de Diafebus fueron el inicio de las de la princesa, la cual, con cara afable, respondió diciendo:

—El juicio de los hombres se muestra en sus obras y como las cosas hechas con malos propósitos quedan siempre imperfectas, por eso os condenan las mujeres de honor. ¡Ay, hermano mío Diafebus! Yo me entregaré a vosotros para toda la vida, cuando poseáis títulos de buenos y verdaderos caballeros. Por otra parte, estoy admirada de la gran carga de recomendaciones que de parte de Tirante habéis podido traer sobre vuestras espaldas, pero yo las recibo como de vasalla a señor y os ofrezco las mías dobladas y una más.

En aquel momento entró el emperador y comentó:

—¡Por los huesos de mi padre! ¡Qué agradable es a las doncellas oír las caballerías que hacen los buenos caballeros!

Entonces dijo a su hija que saliese para ir a la plaza del mercado. Diafebus acompañó al emperador y después volvió a por la emperatriz y la princesa. En la plaza había un gran estrado todo cubierto con telas de oro y de seda. Una vez que estuvieron todos sentados, el emperador dijo que trajesen allí a todos los prisioneros y mandó que todos se sentasen en el suelo, tanto los moros como los cristianos. Todos lo hicieron, excepto el duque de Andria, el cual dijo:

—Yo estoy acostumbrado a sentarme en trono real, ¿queréis tratarme ahora como un esclavo abatido? Podéis estar seguro de que no lo haré. Podréis subyugar mi persona, pero no podréis hacer doblar mi corazón.

Habiendo oído esto, el emperador hizo venir ministros de la justicia, mandó que le atasen las manos y los pies y que lo hiciesen sentarse. Entonces, después de haber pedido silencio, el emperador hizo publicar la siguiente sentencia:

Nos, Federico, por la divina gracia emperador del imperio griego de Constantinopla. Siguiendo la ley de nuestros gloriosos antecesores y con el objeto de que la prosperidad y el beneficio del imperio griego sean conservados, queremos que sea notorio y manifiesto a todo el mundo que algunos malvados caballeros y muy infieles cristianos han tomado sueldo de los infieles y, en compañía de ellos, han venido contra la cristiandad para ensalzar la secta de Mahoma y para destruir la fe católica; éstos son, por tanto, merecedores de gran pena y de ser degradados de la orden de caballería; además, queremos manifestar que aunque sus antecesores hayan sido hombres nobles y virtuosos, por la gran maldad que han cometido, ellos han hecho morir su honor y, por tanto, han de ser desnaturalizados. Atendiendo a las cosas dichas ahora mismo, decimos, notificamos y denunciemos a todo el mundo que les sea hecha toda la solemnidad acostumbrada que a semejantes traidores como éstos corresponde, de tal forma que signifique un castigo para ellos y un ejemplo para los otros.

Publicada la sentencia, salieron doce caballeros y el mismo emperador, vestidos con gramallas y capirotos, los hicieron subir a un estrado donde los desarmaron y degradaron con todo el ceremonial que se acostumbra a hacer, según se explica en el principio de este libro. Cuando el duque de Andria se vio en tan infamante proceso, tomó tan gran alteración que la hiel le estalló y murió de inmediato. El emperador ordenó que no fuese enterrado en sagrado, sino que fuese lanzado en medio de un campo para que se lo comiesen los perros y otras fieras.

El emperador envió esta sentencia a todos los reinos cristianos. Cuando la leyeron el Papa y el emperador de Alemania, la tuvieron por muy justificada. Después que los caballeros hubieron recibido el honor que se merecían, los volvieron a meter en la cárcel. Entonces dijo el emperador:

—Procedamos con justicia y no tengamos misericordia de nadie. Así que hizo llevar al escudero del duque de Macedonia con una cadena gruesa al cuello, le dio sentencia de muerte y mandó que fuese colgado cabeza abajo. Al oír la sentencia, Diafebus se arrodilló a los pies del emperador y le suplicó que no lo matasen para que las malas gentes no fuesen diciendo

que lo había matado por haber malhablado de su capitán. Pero el emperador, con buenas palabras, insistía en la ejecución. Cuando la princesa comprobó que Diafebus no podía conseguir nada, se levantó del estrado, se arrodilló a los pies de su padre y, junto con Diafebus, se lo suplicó. Pero el emperador tampoco quiso acceder a la petición. También se lo suplicaron la emperatriz y las doncellas, pero el emperador respondió:

—¿Quién ha visto nunca que una sentencia dada por el consejo general se haya revocado? No lo he hecho nunca, ni lo haré ahora.

Entonces la princesa le tomó las manos con la excusa de besárselas, pero le quitó el anillo del dedo y dijo:

—Vuestra majestad, señor, no tenéis la costumbre de usar tanta crueldad con nadie.

—A mí no me satisfacen —dijo el emperador— las vanas palabras que Diafebus me ha dicho; pero vos, hija mía, ya que ahora tenéis el anillo, cambiadle la muerte, según vuestra voluntad.

La princesa le dio el anillo a Diafebus y él, con un rocín, fue corriendo al mercado donde se hacían las ejecuciones y dio el anillo al alguacil. Entonces Diafebus cogió al escudero y se lo llevó a su posada. Cuando partió para volver a palacio, el escudero se apresuró a entrar en el monasterio de San Francisco y hacerse fraile. De esta forma dejó los peligros del mundo y se puso al servicio de Nuestro Señor.

A la mañana siguiente, el emperador hizo tomar a los turcos que no eran de rescate y les envió a otras tierras para venderlos: a Venecia, a Sicilia, a Roma y a Italia. Los que no podían ser vendidos eran canjeados por armas, caballos o víveres. Y de los rescates se sacó una gran suma. Entre los que no tenían para pagar, unos juraban servir lealmente al Imperio y los que no lo querían hacer eran obligados a hacer obras en las torres de la ciudad y de palacio.

Cuando el condestable y Diafebus tenían que partir, el emperador envió al capitán los dinares que había recibido del rescate de los prisioneros. Antes de partir, Diafebus fue a la habitación de la princesa y allí encontró a Estefanía. Después de una gran reverencia le dijo:

—Gentil dama, mi buena suerte me ha hecho la gracia de haberos hallado.

Mucho me gustaría que admitieseis la petición que os haré. Me tendría por hombre de buenaventura si me quisieseis hacer vuestro más cercano servidor, aunque yo, habida cuenta de la gran belleza, gracia y dignidad que vos poseéis, no soy ni digno ni merecedor de ello. Pero el amor iguala las voluntades y hace digno de ser amado a aquel que es indigno. Como yo os amo sobre todas las damas del mundo, vos no podéis denegar mi petición. Haced un gesto con vuestras manos y extendedlas hacia mí en señal de asentimiento. Si así lo hacéis, habréis hecho una buena elección. Pero si decidís lo contrario, cosa que no es presumible, acarrearéis a vuestra merced una gran confusión y la vergüenza de ser mujer de pocos amores, por cuya razón seréis reprobada por todas las mujeres de honor, ya que no querréis sentir la gloria que se consigue con el amor y, por tanto, os condenarán a permanecer exiliada en la isla de los Pensamientos, en la que nadie ha hallado nunca descanso. Si esto no es suficiente para que deis vuestro consentimiento a mi petición, yo haré públicos a las mujeres y doncellas todos los requerimientos que os he hecho. También daré a conocer vuestras crueles respuestas.

La virtuosa Estefanía, con cara muy afable, contestó:

—Puesto que la ignorancia no es digna de perdón y no es excusa, abrid los ojos y veréis lo que las mujeres de honor pronunciarán en contra vuestra y a favor mío. Vuestra petición os ofende más que nada y requiere que enmendéis el pasado, especialmente si se tiene presente que decís palabras que claman en contra de vuestro propio honor, ya que os veo con tanta prisa por conseguir vuestros propósitos. No desesperéis de mi poco amor, porque es más grande de lo que decís y de lo que podríais pensar.

En el momento en que Diafebus se disponía a contestar, vino un camarero y le dijo que el emperador lo llamaba. Diafebus suplicó a Estefanía que lo esperase, que volvería en cuanto pudiese. El emperador lo quería ver para darle los dinares de los prisioneros; pero Diafebus rogó al gran condestable que los recogiese, porque él no sabía contar, y regresó a la habitación donde encontró a Estefanía pensativa y con lágrimas en los ojos, porque sabía que el emperador solamente lo había llamado para ordenarle que partiese. Diafebus, que la vio en tal situación, intentó consolarla y le hizo saber que más dolor sentía él por su partida que ella.

Estando en estas cosas, entró en la habitación la princesa, que venía en camisa, con faldas de damasco blanco y con los cabellos esparcidos por la espalda a causa del gran calor que hacía. Cuando vio a Diafebus, quiso

salir, pero éste no se lo permitió.

Entonces Placerdemivida, que había llegado con la princesa, le dijo:

—Señora, ¿no veis la cara de Estefanía? Parece que ha soplado el fuego, porque tiene la cara más roja que una rosa de mayo. Creo que las manos de Diafebus no han estado muy ociosas mientras nosotras nos encontrábamos en la torre. ¡Ya podíamos esperarla! Y ella, en cambio, estaba aquí con la cosa que más ama. ¡Dolor de lado que te venga! Si yo tuviese un enamorado, también jugaría como hacéis vosotros, pero soy mujer estéril y no tengo nada que nadie quiera. Diafebus, señor, ¿sabéis a quién amo de todo corazón y quiero bien? A Hipólito, el paje de Tirante. Y si fuese caballero, aún lo querría más.

—Os prometo, señora —dijo Diafebus—, que en la primera batalla en la que tome parte, tendrá el honor de la caballería.

Entonces dijo la princesa:

—¿Queréis que os diga una cosa, hermano Diafebus? Cuando miro por todas las esquinas de palacio y no veo a Tirante, mi corazón me hace morir; pero si lo pudiese ver, mi alma quedaría consolada. Tengo tan gran deseo que pienso que me moriré antes de verlo. Solamente una cosa me consuela: no me duele pasar angustia, porque amo a un caballero valeroso y lleno de todas las virtudes. Lo que más me gusta de él es que es liberal, según se deduce de las palabras del gran condestable. Y como veo que Tirante no tiene en esta tierra ni bienes ni heredad, no querría por nada del mundo que decrezca su honor, y por eso querría ser para él como padre y madre, hermana e hija, enamorada y mujer. Y ésta es la razón por la que querría que vos, hermano mío, le llevaseis muchas recomendaciones y, escondida entre ellas, sin que lo sepa ni lo vea nadie, media carga de oro, para que pueda utilizarlo a su placer. Decidle de mi parte que no deje de hacer todo lo que pueda darle más honor, porque su honor yo lo tengo por mío. Cuando haya gastado el oro, le daré más y no consentiré que él, ni ninguno de los suyos, pasen ningún tipo de necesidad. Si yo supiera que hilando en un torno podría sostener su honor, ciertamente que lo haría. O si con sangre de mi persona lo pudiese subir al grado más superlativo, de buena gana lo haría, si Dios me ayudaba. Por esta razón quiero hacer que el emperador le conceda el título de conde. Debéis recordar lo que dijo el otro día la Viuda Reposada: que ella sabía que yo amaba a Tirante y que le hacía gracia el título que tenía. Siempre

recordaré estas palabras. Debéis saber que una tía que yo tenía me dejó en su testamento un condado que se llama de San Ángel. Pues bien, quiero que sea de Tirante y que de ahora en adelante se le llame conde de San Ángel. Así, si oyen decir o saben que amo a Tirante, dirán que amo a un conde.

Diafebus se quedó admirado de las palabras que con tanto amor había pronunciado la princesa y dijo:

—No sé cómo agradecer los honores y las prosperidades que vuestra majestad hace a Tirante, aunque a causa de sus virtudes se merece eso y muchas otras cosas más. Ahora bien, con la gracia y amor que vuestra celsitud lo ha dicho, el obsequio tiene que ser considerado con mayor estima, ya que dice el proverbio que no da quien tiene, sino quien lo tiene por costumbre; y yo observo que las gracias son tales según de dónde procedan. Por eso os pido la gracia de que yo, de parte de aquel famoso caballero, os bese las manos y los pies, y que después lo hagamos todos los de su parentela.

Estefanía no pudo resistir más su pasión por el amor que sentía y dijo:

—La única cosa que me detiene de irme con Diafebus es la vergüenza, ya que mi honor sería tenido en ninguna estima por los buenos; pero lo haría con licencia de vuestra alteza, ya que me ha dado envidia lo que habéis hecho por vuestro glorioso maestro, Tirante el bueno. Y como yo tengo que imitar a vuestra excelencia, quiero hacer donación de todo lo que tengo a Diafebus, aquí presente.

Entonces se levantó, entró en la habitación y escribió un albarán. Cuando hubo terminado se lo puso entre los pechos y regresó. Mientras Estefanía había ido a escribir, Diafebus suplicó mucho a la princesa que le permitiese besarla, pero ella no lo quiso consentir, por cuya razón Diafebus volvió a decirle:

—Señora, puesto que nuestras voluntades son contrarias, razón es que también lo sean nuestras obras. De aquí viene el refrán: cuando uno no quiere, dos no riñen. Sería conveniente que cambiaseis vuestra decisión. Hasta aquí os he sido un leal servidor y si vuestra alteza me hubiese comprado por cautivo, no podríais mandarme más de lo que ahora hacéis, ¡pero, como iba con los ojos vendados! ¡Si cien vidas tuviese, todas las pondría al servicio de vuestra majestad, por gran peligro que me reportase

y, en cambio, la celsitud vuestra no me quiere alegrar el espíritu con un poco de fruta! De ahora en adelante, buscad otro hermano y servidor. Y no piense vuestra alteza que diga nada a Tirante de parte vuestra, ni mucho menos que le lleve los dinares. En cuanto llegue al campo, me despediré de él y volveré a mi tierra. A pesar de eso, algún día os lamentaréis de mi ausencia.

Estando en esto, el emperador entró y dijo a Diafebus que se preparase para partir. Entonces lo sacó de la habitación y lo llevó, junto con el condestable, paseando por el palacio y recordándoles lo que tenían que hacer.

—¡Ay, triste de mí! —se lamentó la princesa—. ¡Cómo se ha enojado Diafebus! Pienso que ya no querrá hacer nada por mí. Estefanía, ruégale, por amor a mí, que no esté tan indignado.

Entonces, Placerdemivida dijo:

—¡Mira que sois rara, señora! En tiempo de tanta necesidad como es la guerra, no sabéis conservar la amistad de los caballeros. ¡Ponen los bienes y las personas en defensa vuestra y de todo el imperio y por un beso os hacéis tanto de rogar! ¿Qué mal tiene besar? En Francia no le dan más importancia que si se diesen la mano. En este tiempo de tanta necesidad, si os quisiese besar, lo habríais de permitir, e incluso si os ponían las manos debajo de las faldas. ¡Buena mujer, buena mujer, qué engañada vais! En tiempo de guerra se requieren armas, pero en tiempo de paz no son necesarias las ballestas.

Como Estefanía no estaba allí, la princesa fue a su habitación y le rogó que hiciese venir a Diafebus:

—Hazlo, no sea que se vaya como ha dicho. Y si se va, no será nada extraño que Tirante se vaya por amor a él. Y aunque Tirante, por amor a mí, no se fuese, partirían muchos otros caballeros y nosotros, pensando en ganar, perderíamos.

—Demasiado bien lo queréis hacer, señora —dijo Placerdemivida—. No mandéis ir a nadie y, con la excusa de ver al emperador, id vos y cuando le digáis lo que pensáis, le pasará el enojo.

Entonces la princesa fue a buscar a su padre y los encontró hablando.

Cuando hubo acabado, tomó a Diafebus de la mano y le rogó que no se enojase. Diafebus respondió:

—Señora, de buena fe lo he intentado todo por convencerlos. Pero a vuestra majestad le ha ocurrido como a san Pedro que, huyendo por no morir en Roma después de la aparición, volvió con conocimiento de su falta. Señora, ya lo sabéis: o besar o decir adiós.

—Yo sería la más bienaventurada doncella del mundo —dijo la princesa— en permitir aquello que muchos desean: besar.

Entonces Diafebus puso las rodillas en el duro suelo y le besó la mano. Se acercó a Estefanía y la besó tres veces en la boca en honor de la Santísima Trinidad. Y Estefanía dijo:

—Puesto que os he besado con tan gran esfuerzo, insistencia vuestra y mandamiento de mi señora, quiero que toméis posesión de mí, pero de la cintura hacia arriba.

Diafebus no fue nada perezoso. Al instante le puso las manos en los pechos y, tocándole éstos y todo lo que pudo, le encontró el albarán y, pensando que era una carta de algún enamorado, se quedó parado.

—Leedlo —dijo Estefanía—, y no estéis preocupado por este pensamiento.

La excelsa princesa tomó el albarán de mano de Diafebus y leyó el papel, que decía lo siguiente:

La experiencia nos muestra todos los días cómo la naturaleza ha ordenado siempre sabiamente todas las cosas. Habiendo obtenido la libertad de hacer de mí lo que quiero y, como tengo la honestidad propia de las doncellas, todos verán y sabrán con este albarán que yo, Estefanía de Macedonia, hija del ilustre príncipe Roberto, duque de Macedonia, con mucho gusto y no constreñida ni forzada, teniendo a Dios delante de mis ojos y tocando los santos Evangelios con mis manos, prometo con las presentes palabras a vos, Diafebus de Muntalt, que os tomo por marido y señor, que os doy mi cuerpo libremente, sin fraude ni ningún engaño y que os aporto como dote de matrimonio el referido ducado de Macedonia, además de ciento diez mil ducados venecianos, tres mil marcos de plata trabajada, y joyas y ropas estimadas en ochenta y tres mil ducados. También aporto la cosa que más quiero: mi persona.

Si no cumplo alguna de estas cosas, quiero ser perseguida por falsa y mentirosa, de forma que no me pueda acoger a ninguna ley de nuestros emperadores pasados ni presentes, ni tan siquiera a las de Roma y en especial renuncio a aquella que hizo el emperador Julio César, conocida por ley de más valer, que favorece a las doncellas, viudas y herederas.

Y porque de esto pueda ser dada fe, pongo mi propio nombre firmado con sangre de mi persona.

ESTEFANÍA DE MACEDONIA

Estefanía no era hija del actual duque. Su padre había sido un glorioso príncipe y un valentísimo caballero muy rico, que era primo hermano del emperador y que no había tenido ninguna otra hija. Cuando murió le dejó el ducado y mandó en su testamento que éste le fuese dado a los trece años. Su madre quedó como tutora junto con el emperador. Esta mujer, para tener más hijos, tomó al conde de Albí por marido, el cual tomó el título de duque de Macedonia. Estefanía tenía entonces catorce años.

Al llegar la noche, todos estaban a punto de partir y Diafebus, más alegre de lo que era de esperar, mandó a recoger los dinares que la princesa le había rogado que le llevase a Tirante. Cuando los tuvo en su posada, se dirigió a palacio a pedir licencia del emperador, de las damas y en especial de Estefanía a la cual rogó que, cuando estuviese ausente, se acordase de él.

—¡Ay, Diafebus, señor mío! —dijo Estefanía—. Todo el bien de este mundo está en la fe. ¿No veis que el santo Evangelio dice: «Benditos serán aquéllos que no me verán y creerán»? Vos me veis, pero no creéis. Tened esto de parte mía porque, de mí, tenéis más parte que todas las personas del mundo.

Y lo besó muchas veces delante de la princesa y de Placerdemivida.

A su partida derramaron muchas lágrimas, porque ésta es la costumbre de los que se quieren bien. Diafebus besó las manos de la princesa de parte del virtuoso Tirante y suya. Cuando llegó a la parte superior de la escalera, Estefanía se le acercó y le dijo:

—Para que os acordéis de mí.

Y le dio una cadena gruesa de oro que llevaba al cuello.

—Señora —agradeció Diafebus— si mil horas tuviese un día, cada una de ellas sería un recuerdo de vuestra merced.

Diafebus la volvió a besar y se dirigió hacia la posada. Entonces hizo cargar las acémilas y a las diez de la noche todos subieron a caballo. Cuando llegaron con Tirante, éste se alegró mucho de su llegada. El condestable y Diafebus le dieron los dinares de los prisioneros. Entonces, Tirante los dio a los condes para que los repartiesen. Cuando hubo acabado, Diafebus contó a Tirante la razón de los otros dinares que le traía. Pero Tirante de nada tuvo tanta alegría como del albarán escrito de la mano de Estefanía, especialmente de su firma con sangre. Entonces dijo Diafebus:

—¿No sabéis cómo lo ha hecho? Se ató el dedo con un hilo fuerte y, cuando el dedo se hinchó, se lo pinchó con una aguja.

—Con esto —dijo Tirante—, hemos ganado mucho delante de mi señora, pues la galante Estefanía estará de parte nuestra.

—¿Queréis que pesemos cuánto oro nos ha dado?

Lo pesaron y comprobaron que había allí dos quintales, todos en ducados.

—Os ha dado más —comentó Diafebus— de lo que me dijo. Así suelen hacer los grandes señores; los que tienen el corazón valeroso dan más de lo que prometen.

Dejémoslos ahora y veamos qué ocurre en el campo.

Una vez el condestable y Diafebus hubieron partido, los turcos, que por dos veces habían sido derrotados, maldecían del mundo y de la fortuna que los había puesto en tal desesperación. Entre los muertos y los presos, habían perdido más de cien mil hombres. Entonces, llenos de ira como estaban, se reunieron en consejo para decidir de qué forma podrían matar a Tirante. Deliberaron que fuese el rey de Egipto quien lo hiciese, ya que era más diestro y más entendido en armas que ningún otro. También acordaron que él iría al campo de los cristianos y enviaron un trompeta a Tirante.

Tan pronto como el trompeta llegó ante el capitán le pidió salvoconducto para el rey de Egipto y para diez caballeros más. El capitán se lo otorgó. A la mañana siguiente, cuando vino el rey, Tirante y todos los grandes señores fueron a recibirlo y le hicieron el honor que le correspondía. El rey, que iba armado, llevaba una rica sobrevesta toda de oro y de perlas; el capitán, por su parte, llevaba sobre sus armas la camisa que le había dado su señora. Entonces el capitán hizo preparar muy buena comida: arroz y cuscús y muchos otros potajes; y se lo hicieron servir de la forma adecuada. El rey de Egipto permaneció allí hasta la mañana siguiente. Cuando miró el campo y vio tanta gente a caballo, preguntó a Tirante la razón. Éste le respondió que era para festejarlo.

—Si nosotros lo hubiésemos hecho así —dijo el rey—, no habrías podido invadir nuestro campo. Por eso deseo tu muerte y no siento hacia ti ningún tipo de admiración. Porque no es justo ni razonable que yo haya de amar a aquél que me persigue en la guerra, ya que de ésta nunca nace el amor. Te digo que tienes que morir en mis manos de amarga muerte, porque tu naturaleza es cruel, ya que das muerte a quien no la merece.

—El movimiento de vuestra lengua —respondió Tirante— me parece que es demasiado fuerte. Por eso os atacaré con mi cortante espada y heriré a aquéllos que han seguido vuestra maléfica secta, y no quiero mantener con vos más palabras deshonestas, especialmente dentro de mi tienda.

El rey le quiso contestar, pero Tirante salió de la tienda y el rey regresó a su campo.

A la mañana siguiente, los moros convocaron consejo y cuando todos estuvieron reunidos, el rey de Egipto comenzó a decir:

—Yo no soy del metal de aquellos que ponen la lengua antes que las manos, sino que me place encargar a las manos los actos viriles y enviarlos a la fortuna próspera o adversa, para que los caballeros que hacen tal cosa ganen gloria en el mundo. Por eso, magnánimos señores, os quiero indicar que la práctica de los cristianos es muy buena, porque he visto noche y día gente guardando el campo y por nada del mundo les podríamos ganar como ellos han hecho con nosotros. Desde que este capitán ha venido, ha puesto en orden a toda su gente.

—¿A vuestro parecer —preguntó el sultán—, cuánta gente puede haber allí?

—Yo creo —contestó el rey — que los de a pie no llegan a cuarenta y cinco mil y los de a caballo deben ser unos diez mil. Pero aunque son pocos, el orden que mantienen es muy grande. Bien sabe vuestra señoría que cuando el duque de Macedonia era el capitán, siempre era vencido por la mala organización que guardaba y porque no entendía de guerra. Si este diablo de hombre no hubiese venido de Francia, ya estaríamos en el palacio de Constantinopla y de su iglesia tan bella habríamos hecho una mezquita; habríamos matado al emperador, mientras que su mujer, su hija y todas las otras doncellas serían nuestras esclavas; pero no lo podremos hacer si este capitán continúa viviendo. Y respecto a lo que nos interesa, no es posible que lo podamos matar o meter en la cárcel si no es con una batalla a toda ultranza, mi persona contra la suya. Como es un caballero muy animoso, no dejará de aceptarla, de forma que cuando venga aquí, dejadnos combatir, que yo lo mataré. Pero si se diese el caso de que él me pudiese a mí, de lejos tiradle flechas y, en cualquier caso, haced que muera él y todos los que lo acompañan.

Acabado el consejo, el rey de Egipto entró en su tienda e hizo escribir una carta de batalla.

El sultán tenía un servidor natural de Famagosta que de pequeño había sido cristiano y que fue tomado por una nave de moros. Cuando llegó a la edad conveniente, habiendo tenido conocimiento intuitivo de que es mejor la ley cristiana que la secta de Mahoma, decidió volver al buen camino. Este moro se armó, cogió un caballo muy bueno y se acercó al puente de piedra donde estaba el señor de Malveí. Una vez estuvo cerca, puso la toca que llevaba en la cabeza en la punta de la lanza e hizo señal de seguro. Los del castillo vieron que solamente venía uno y por esta razón le respondieron a la señal, de forma que le dieron el seguro. Cuando el moro se acercó, un ballestero que no había visto la señal que Malveí le había hecho, le tiró un pasador y le hirió el caballo.

—¡Oh, señores! —dijo el moro— ¿tan poca fe tenéis que, encima de haberme dado la seguridad, me matáis a mí y a mi caballo?

Mucho disgustó al señor de Malveí lo que había ocurrido. Lo hizo descabalar, le curaron el rocín y le prometió que, si moría, le daría otro mejor. El moro dijo que venía para hacerse cristiano y que quería hablar con el capitán, ya que si lo hacía le informaría de muchas cosas que le convenía saber. Quedaron de acuerdo en que a la mañana siguiente

volvería. Y después el moro, muy alegre, regresó al campo. El sultán le preguntó de dónde venía y cómo había sido herido su rocín. Aquél le respondió:

—Señor, fui hacia el puente y, desde lejos, vi a un cristiano a caballo y él me esperó. Cuando estuve cerca de él, me lanzó este pasador, pero yo piqué de espuelas y al llegar donde estaba él, descabalgué para matarlo. Pero él me pidió perdón y, como yo me inclino siempre a perdonar, hemos entablado una gran amistad y me ha prometido avisarme de todo aquello que se haga en el campo de los cristianos.

—¡Oh, qué buena nueva es para nosotros poder saber qué se hace en el campo de los cristianos! —dijo el sultán—. Te ruego que vuelvas allí mañana para enterarte si quieren presentar batalla o si irán a Constantinopla.

A la mañana siguiente, el moro cogió a uno de los mejores jinetes que el sultán tenía y fue al puente. Cuando hizo la señal convenida, lo dejaron entrar. Poco después llegó Tirante, que entró en la habitación donde la señora de Malveí hablaba con el moro. Después de haber abrazado a la señora, el moro le dijo que venía para hacerse cristiano y le suplicó que lo aceptase como servidor.

—También os tengo que decir, señoría —añadió el moro—, que mañana o pasado os será enviada una carta de batalla. Pero, guardaos, señor, y no aceptéis la batalla porque de ella se derivará un gran daño para vuestra persona y para todos los que vayan con vos.

Tirante le agradeció mucho el buen aviso y lo aceptó como servidor. Después fueron a la iglesia, donde recibió el bautismo, en el que fueron padrinos Tirante y el hijo del señor de Malveí y madrina, la señora. Le pusieron el nombre de Ciprés de Paterno. Una vez bautizado, éste dijo:

—Señor, por la gracia de Dios he recibido el santo bautismo y me tengo como un verdadero cristiano. Y en esta santa fe quiero vivir y morir. Si queréis que permanezca aquí, lo haré de buena voluntad, pero si queréis que vuelva al campo y que cada día os avise de todo aquello que se haga, soy la persona adecuada, porque formo parte del consejo del sultán.

Entonces Tirante le dio, como gratificación, una cadena de oro que llevaba; su padrino, cuarenta ducados y su madrina, un diamante que valía

veinticinco ducados. El moro le rogó a la señora de Malveí que se lo guardase todo.

Después Tirante le pidió que volviera al campo y que avisase al señor de Malveí de todo lo que los turcos tenían proyectado hacer. Ciprés de Paterno respondió:

—Egregio capitán y señor mío, por la fe que he recibido, os seré tan leal como si me hubieseis criado toda la vida. Bien sé que no tenéis razones para fiaros de mí porque he sido moro, pero en el futuro conoceréis cuánta firmeza y amor os tengo. También os suplico, señor capitán, que me concedáis la gracia de dejarme algún tipo de confites para que pueda hacerle un presente al sultán, ya que le gustan mucho, y con esta excusa podré ir y venir.

—Yo os daré —dijo el señor de Malveí.

Y le dio una caja de confites y otra de dátiles. El moro partió muy alegre. Ya en su campo, el sultán le pidió información sobre los cristianos. Él le respondió que su amigo le había dicho que no pensaban partir de allí hasta que los moros levantaran el campo. Además le dio los dátiles y los confites.

Al sultán le gustó mucho lo que le había traído y a menudo lo hacía ir. De forma que Ciprés de Paterno avisaba de todo lo que sabía al señor de Malveí y éste se lo hacía saber al capitán.

Cuando el rey de Egipto hubo terminado la carta de batalla, cogió un trompeta, se la dio y le mandó que la llevase a Tirante, capitán de los griegos. La carta decía lo siguiente:

Abenamar, por la voluntad de Dios rey de Egipto y vencedor de tres reyes en batalla campal: del poderoso rey de Fez, del virtuoso rey de Botgía y del próspero rey de Tremicén; a ti, Tirante el Blanco, capitán de los griegos. He visto que sobre tus armas llevas camisa de doncella y, según la señal, muestras que estás enamorado de una de ellas. Y para que yo pueda cumplir un voto que hice delante de mi señora, te requiero a ti en batalla a toda ultranza como capitán mayor de los cristianos; de esta forma haré servicio a mi doncella y me liberaré de mi voto, ya que si osas venir, te mataré o te dejaré dentro de la liza vencido y como un mentiroso. Así probaré públicamente que mi doncella es más bella y virtuosa de linaje que

la tuya. Cuando te haya vencido, le enviaré tu cabeza como presente y, si tu ánimo es capaz de beber el cáliz de la batalla, me alegraré mucho de que mi persona y tú se puedan enfrentar. Pero si no tienes ánimo para combatir conmigo, no es necesario que te diga qué nombre tan vergonzoso te pondrán aquéllos que amen su honor. Todo caballero tiene que defenderse y, a causa del daño que has hecho invadiendo dos veces nuestro campo, me considero con derecho a no dejar tu feo crimen impune. Yo, sosteniendo la verdad, te combatiré, mi cuerpo contra el tuyo, a pie o a caballo, según decidas. Y delante de un juez competente nos combatiremos tantas jornadas como sea necesario hasta que el uno o el otro muera. Si me quieres responder a la presente carta de batalla, da tu aceptación a mi trompeta Egipto, que yo la tendré por recibida y, con eso, basta para concordarnos y llevar nuestra batalla al fin que yo deseo. Dada en nuestro campo de la playa oriental, el primer día de la luna. Aquí pongo mi signo.

REY DE EGIPTO

Cuando Tirante hubo leído la carta, rogó a los caballeros del campo que le aconsejasen si debía de aceptar la batalla o no. Entonces el duque de Macedonia le dijo:

—Yo creo que le tendríais que responder en el mismo estilo, porque según canta el sacerdote, ha de responderle el monaguillo. Esta carta presenta dos razones; primera, la de la doncella y después el caso de traición. El rey de Egipto es el enamorado de la hija del Gran Turco, la cual es de gran belleza, y su padre le ha prometido dársela por mujer cuando acabe la guerra. Mirad si amáis a una doncella de vuestra tierra que sea de gran estado, porque en la carta dice doncella de gran linaje. Y no conviene que entréis en batalla si no tenéis toda la justicia de vuestra parte.

—Señor —respondió Tirante—, en mi tierra yo amaba a una viuda, a la cual quería para casarme y pienso que ella a mí, aunque quería aparentar que era doncella. Fue quien me dio esta camisa, que siempre he llevado en todos los combates en los que he tomado parte.

—A mi parecer —dijo el duque de Pera—, no basta con lo que habéis dicho. Ésta es hija del Gran Perro, el cual tiene seis reyes sometidos a él. ¡Es más que un rey y, aunque no es de tan alto grado como el sultán, es señor de muchas tierras y reinos y el mismo gran Carmaño es su vasallo! ¿Sabéis sobre cuánta tierra señorea este Carmaño? Más que toda Francia

y toda Hispania juntas. Por eso soy de la opinión de que, para que vuestra querrela fuese más justa, tendríais que estar enamorado de la princesa, señora nuestra. En este caso, la querrela sería buena y, en este punto, le adelantaríais en dignidad. Y os doy este consejo, porque creo que como esta señora no hay otra en el mundo.

—No me gustaría —dijo Tirante— que el señor emperador tuviese ningún tipo de sospecha sobre mí.

—¿Qué agravio podrá tener el emperador —preguntó el duque de Sinópoli— de aquello que se hace justamente y sin engaño ni difamación? Estoy seguro de que a él le gustará.

—Suponiendo que su majestad estuviese de acuerdo —indicó Tirante—, ¿cómo se lo tomaría la señora princesa? ¿No se enojará, ya que soy extranjero, de poca condición y sin ningún título?

—No hay ninguna mujer ni doncella —contestó el duque de Casandria— que no se vanaglorie de ser amada por todos. Esta señora tiene tan gran sentimiento que, cuando conozca la razón por la que se hace, seguro que le será placentero.

—¿Quién puede cambiar el orden que Dios ha puesto en las cosas? —dijo el duque de Montsanto—. No es nuevo que un rey se haya enamorado de una sencilla doncella, o que una reina lo haya hecho de un pobre gentilhomme. Nuestra señora tiene tanta gracia y honestidad que no se enojará de nada que hagáis o digáis.

A continuación habló el marqués de San Jorge y dijo:

—Capitán, mostráis que la ignorancia es vuestra guía. Es sabido que los caballeros han realizado combates por amor a doncellas que resplandecen por su gloriosa fama. Y en ésta habita toda la dignidad y la señoría.

—No hay nada que sea más placentero a una mujer —añadió el marqués de Ferrara— que el amor de un hombre. Y como ella es excelente y virtuosa, mucho le gustará que lo hagáis.

—Todos somos hijos de Adán y de Eva —comentó el marqués de Pescara—. Es cierto que algunos se han condenado y que otros se han salvado; pero yo creo que si nuestro capitán es vencedor en nombre de la

princesa, será de los salvados, y en el caso de que le pusiese las manos bajo las faldas, no conseguiría otra cosa que honor y amor.

Entonces Tirante hizo dejar por escrito todas estas opiniones y mandó que fuesen enviadas, junto con la carta, al emperador para que, si se siguiese algo de ello, fuesen culpados los demás y no él.

Después del consejo, se dirigió a su tienda y respondió a la carta del rey de Egipto con otra que decía:

Yo, Tirante el Blanco, vencedor y destructor de la gente pagana de aquel famoso y gran sultán de Babilonia y también de la del señor de Turquía; a ti, rey de Egipto, quiero hacer saber que: he recibido tu carta donde dices que me has visto llevar camisa de doncella y donde afirmas que la tuya es más virtuosa y más bella que la que yo amo. Quiero decirte primeramente que, con el voto que has hecho, has puesto cautivos tu honor y tu fama. Habría sido mejor si hubieses prometido permanecer diez años en la casa de la Meca, haciendo penitencia por tus abominables pecados. Todos saben que la doncella de quien yo soy servidor no tiene par en el mundo, porque en belleza, dignidad y virtuosa excelencia es superior a cualquier otra. Y en cuanto a linaje, gracia y saber, está por encima de todas las que hay. Es sabido que tú amas a la hija del Gran Turco y yo, a la del emperador. La tuya es mora, la mía cristiana. La tuya tiene cisma, la mía crisma. Todos juzgarían a la mía como mejor y de mayor dignidad porque la tuya no sería digna ni de descalzarle el zapato del pie. También dices que enviarás mi cabeza como presente a tu doncella. Te respondo que no lo conseguirás. Pero si fuese como tú dices, no es necesario que hagas tal presente porque se trataría, sencillamente, de la cabeza de un vencido. Por el contrario, yo prometí a la majestad de la señora princesa que ganaría cuatro batallas y que en la quinta haría preso a un rey, que lo llevaría delante de su majestad y le ofrecería mi espada vencedora como presente. También dices que yo, con maldad y traición, atacué dos veces vuestro campo; pero yo, siguiendo la ley del emperador romano que decía que quien llamase traidor al otro le respondiese que mentía, eso mismo te respondo. Todos te dirán que yo no he hecho ninguna traición, sino que he seguido el gentil estilo y la costumbre que pide la orden de caballería en semejantes hechos de guerra. Y si soy más apto y más diestro que vosotros, ¿qué infamia me puede ser aplicada en mi honor y fama? Por todo esto yo, Tirante el Blanco, en nombre de Nuestro Señor, de su sacratísima Madre y de la señora Carmesina, defendiendo mi derecho, mi

honor y mi fama, acepto vuestro requerimiento a toda ultranza. Por la facultad de elegir armas que me corresponde, decido hacer la batalla a caballo, con las armas defensivas que cada uno desee, pero sin ningún tipo de argucia. Como armas ofensivas, una lanza de catorce palmos de longitud y con un hierro de cuatro dedos para que no se pueda romper; la espada de cinco palmos desde el pomo hasta la punta; hacha de una mano; daga de tres palmos y medio; los caballos encubiertos de aquello que a cada uno le parezca mejor, bien sea cuero o loriga; testera de acero sin espada ni ninguna otra argucia y silla de montar de guerra con los estribos desatados. Pero pasemos a otro punto. Habéis hablado de un juez competente, pero ¿quién podrá serlo? ¿Tu rey, que es tenido como infiel? Si lo que pretendes es que vayamos por el mundo en busca de juez, hazlo tú, porque yo no puedo dejar el gobierno de tantos duques, condes y marqueses como se hallan bajo mi capitania, y no soy caballero que se conforme con armas de dudosa ejecución. Si quieres que como juez actúe el sultán, te respondo que, como no tiene fe, no puede darla. ¿Quién me asegura que si te venzo dentro de la liza podré volver a mis tiendas? Si dices de venir a nuestro campo, te digo que no lo hagas, porque lo que no quiero para mí, tampoco lo quiero para ti. A todos es notorio que, teniendo sitiado al ilustre duque de Macedonia, yo fui a buscaros, os presenté batalla y obtuve la gloria y el honor; después vinisteis vosotros a buscarme a mí y os vencí; por lo tanto, la razón quiere y pide que vuelva yo a buscaros a vosotros, pues a mí me toca el turno. Prometo a Dios, a la señora a la cual pertenezco y al honor de la caballería que, cuatro días antes o después del veinte de agosto, iré a la playa oriental delante de vuestro campo con el mayor poder que pueda para dar batalla, si la queréis. Entonces cumplirás tu deseo y no podrás decir que lo he hecho con maldad o con traición. Al resto de vilezas de que estaba lleno tu cartel, no quiero responder; te dejo en tu gloria y, para que sea conocido de ahora en adelante por mujeres y doncellas y por todos los caballeros de honor mi descargo te envío la presente por tu trompeta Egipto, partida por A.B.C, escrita por mi mano y sellada con el sello de mis armas en el campo llamado Transimeno a cinco de agosto.

TIRANTE EL BLANCO

Una vez Tirante hubo terminado la carta, la enseñó a los señores, los cuales le mostraron su acuerdo. Entonces Tirante hizo venir al trompeta, le dio una pieza de argentería y doscientos ducados y le dijo:

—Te ruego que digas al gran sultán que doy licencia a este rey de armas que irá contigo para hablar ante él.

Cuando estuvieron en el campo de los moros, el rey de armas dijo al sultán que quería hablar con su señoría en presencia de todos los otros señores que allí se encontraban. Ya todos reunidos, el rey de armas comenzó a decir:

—El capitán del imperio griego, representando la gloria del señor emperador, os notifica a través mío que, de acuerdo con las leyes de la caballería, como habéis perdido dos batallas y las banderas, no podréis llevar ninguna, ni vos ni ninguno de los vuestros (aunque sí podréis llevar estandartes). Y os requiere que hagáis eso por arte de caballería y al estilo y derecho de armas. Si hacéis lo contrario, usará de su derecho como vencedor, o sea: os hará pintar en un pavés, con toda la señoría que tenéis, y os lo hará arrastrar de la cola de un caballo por todo el campo y después por todas las ciudades.

—¡Maldito sea quien tal cosa decidió! —dijo el sultán—. Pero ya que lo requiere el estilo de armas, estoy de acuerdo.

E hizo doblar sus banderas y las de todos sus súbditos y dejaron solamente sus estandartes. Después el rey de armas se volvió hacia el rey de Egipto y le dijo:

—Señor, nuestro capitán ha respondido a tu carta y dice que te ruega que le indiques qué sobrevesta llevarás el día de la batalla para que te pueda reconocer.

—Amigo —contestó el rey—, dile de parte mía que mucho me habría gustado si él y yo, espada contra espada, hubiésemos combatido, pero ya que a él no le place excusarse de los feos cargos de los que ha sido recriminado por mí, le dices que llevaré una aljuba carmesí que era de la virtuosísima señora de la cual soy servidor. En la cabeza llevaré un águila de oro y sobre aquélla un pendón pequeño con mi excelente señora pintada.

Después el rey de armas regresó donde estaba su capitán y le hizo la relación de lo que le habían dicho. Entonces los turcos ordenaron muy bien el campo en espera de la batalla.

Al día siguiente, el duque de Macedonia, que tenía envidia por la gloria de Tirante, delante de todos le dijo:

—Ya que no vivís según las leyes de los caballeros ni guardáis ninguna lealtad, tendríais que tomar, Tirante, la religión de los moros porque ellos, cuando les falta la razón, la defienden con la espada en la mano. Vos, fingiendo que sois un caballero virtuoso, queréis presentar batalla a un gran número de caballeros turcos en la playa oriental. Pero interrogad vuestra conciencia y ella os dirá que os encontráis en un estado miserable; porque, ¿qué amor de vida y temor de muerte os ciega tanto la razón que os impide conocer la gran falta que hacéis al querer batallar contra los turcos y querer poner nuestras vidas en juego? ¿Queréis presentar batalla voluntaria cuando no es necesario y cuando, si la perdemos, todos seremos matados y destruidos y a vos no os costará nada el daño que nos pueda sobrevenir? ¡Tristes de los que somos naturales de esta tierra y de los que tenemos mujer e hijos! ¡Y pensar que hemos tenido que poner nuestro destino en manos de un extranjero de linaje desconocido! Decidme qué trato has hecho con el sultán, bajo la excusa de luchar a toda ultranza con el rey de Egipto, cuando lo que queréis es engañarnos y vendernos a los turcos. Decid, ¿qué precio habéis fijado? ¿Seréis el segundo Judas que vendió a Jesucristo por treinta dinares? Así nos vendéis vos a nosotros. Decid, ¿sois vos aquel famoso Caín que mató a su hermano Abel? ¿Por ventura sois Canate, que tomó a su hermana Marcareu, la violó, se pasó a la hueste de los romanos y por dinares traicionó a su señor natural? ¡Oh, Tirante! Abrid los ojos, que todos estamos despiertos y conocemos muy bien quién sois. ¿No sabéis que según habéis dicho en vuestra carta, quien no tiene fe no puede darla? ¿Cómo podemos dar la vuestra, que habéis cometido tan gran maldad en contra de todos nosotros que os teníamos como si fuésemos un hermano? No quiero dejar de decir que la gente opina que la capitania no os corresponde ni por derecho ni por justicia, y que no deberíais haberla tenido sin mi consentimiento ni el de los otros que se encontraban a mi servicio. Por eso no quiero que, de ahora en adelante, mantengáis el referido regimiento.

A causa de las palabras del duque, estuvo en un tris de producirse un gran escándalo, ya que toda la gente se armó y muchos subieron a caballo como si tuviesen que entrar en batalla, porque mucha gente estaba a favor de Tirante y otros en contra. Entonces Tirante, muy descontento del loco parlamento del duque, dijo:

—Si creéis que por ser antiguos vuestros malos actos han huido de la memoria de las gentes, estáis muy equivocado. Por no ensuciarme la boca no hablaré tanto como podría, pero por algunas evidencias todo el mundo conocerá que vos tenéis la lengua ligera. Por lo que respecta a mí, yo no fui quien cortó las correas del bacinete del glorioso príncipe, hijo del emperador, ni le di el primer golpe en la cabeza que le obligó a pasar de esta vida a la otra. No he sido yo aquél bajo cuya bandera han muerto tantos duques, condes, marqueses, barones y otros caballeros del imperio. Es por esta razón que os llaman perdedor de las batallas, porque no habéis vencido ni en una sola y no habéispreciado nada vuestro honor, que es la cosa que los caballeros más aman. No soy yo aquel que perdió el condado de Albí ni el ducado de Macedonia, sino que sois vos. También habéis perdido la ciudad y la provincia de Capadocia, que es la mayor de todo el imperio griego y, si hubieseis tenido juicio, no habrías vivido con vestimentas de caballero entre gente que os conoce. ¿Pensáis que los griegos os tienen como un fiel a la patria? Hacéis mal en tener tal pensamiento, porque tendrías que saber la opinión que tienen de vos pero que no osan decir. Perdido el temor que soláis tener, vuestro corazón se habituó a hacer traiciones domésticas. Ya conocéis la ley de nuestros antepasados: quien algo malo quiere oír, primero lo tiene que decir. Y ya no os quiero decir nada más, sino dejaros en vuestra falsa opinión. Solamente me consuela una cosa: que yo digo la verdad y seré creído, mientras que vos solamente venís con falsedades y maldades que por ellas mismas son abominables.

Habiendo oído estas razones, el secretario las fijó por escrito. Entonces el capitán dijo a todos:

—Muy ilustres, egregios y magníficos señores, por todo esto no dejaré de cumplir la promesa que he hecho. Ruego a todos que, por el poder que su majestad el emperador me ha dado, estéis preparados para entrar en batalla el día indicado.

A estas palabras, el duque de Macedonia respondió:

—Tirante, más seguro sería para vos si os acostaseis a dormir en lugar de pensar en las locuras que hacéis, porque es bien cierto que ni yo ni ninguno de los míos iremos el día indicado, y pienso que todos los demás harán igual. Gracias al proceso habido entre nosotros se ha podido descubrir vuestra culpa, porque conseguisteis la capitania de forma

deshonesta y por eso queremos que bajo el juicio de los caballeros entendidos pongamos nuestras discrepancias. ¡Si no lo hacéis, con cuánta vergüenza habréis verificado mis acusaciones y las profecías que de aquí saldrán! Porque la vergüenza y la ira son y serán suficiente venganza y contento para mi espíritu.

—No tengo costumbre de pleitear —respondió Tirante— en tiempo de guerra, ya que mis manos han de hacer trabajos más necesarios al honor que escribir todas estas razones. Pero, habiendo aconsejado bien a otros, me estaría mal no darme un buen consejo a mí mismo. Nunca se ha visto un hombre de nuestra casa que haya puesto su honor en disputa y yo, con la ayuda de Dios, quiero conservarlo tanto como me sea posible. Del regimiento que se me ha otorgado, no penséis que he tenido gran alegría, porque ni lo busqué ni busqué que se me diese y, si he tenido algunas ganancias, no las he pedido, sino que me han reportado ansia continua y trabajos. Pienso que mi regimiento no ha fallado en ninguna cosa ni por engaño ni por negligencia por la que pueda ser reprendido. Bien es verdad que, al elegirme la majestad del señor emperador, no se os pide vuestro consentimiento, pero no os habéis de admirar, porque entonces no os encontrabais presente. Para que nadie piense que codicio la capitanía, no me importa que sea elegido otro para compartirla conmigo. ¿Decís que vuestra hueste no puede dar batalla sin vuestro consejo? Pues es normal. El día asignado me pondré a la vista de los enemigos y si ninguno de tus hombres me quiere seguir, yo iré con los que habéis venido conmigo y con los que ha enviado el gran maestro de Rodas y, con la ayuda de Dios, seré el vencedor. ¡Oh, duque! Si tenéis temor de ver tal batalla, quedaos dentro del campo con los pequeños pajes y con todos aquéllos que se hallan inútiles y no pueden entrar en batalla.

De esta forma se separaron aquel día. A la mañana siguiente, el capitán hizo tocar las trompetas cuando salían de misa y, delante de todos los grandes señores, dijo:

—Muy ilustres, egregios y magníficos señores que lleváis junto conmigo las cargas de esta guerra. Desde que por mandato del señor emperador recibí este regimiento bajo mi gobernación, he sudado buscando las mejores maneras para que todo fuese regido con salud. Ahora, puesto que al duque de Macedonia le place, dejo la capitanía. ¡Hagamos elección de algún otro que sea más dispuesto que yo! No piensen vuestras señorías que de esto me tenga que tener por agraviado, porque quiero vivir y morir

en compañía vuestra y en servicio de la majestad del señor emperador. Cualquiera de vosotros me podrá tener como hermano o, si queréis como vasallo, me aprestaré a obedeceros en servicio de dicho señor tanto como dure la conquista.

El marqués de San Jorge, no pudiendo escuchar aquellas palabras, no le dejó hablar más, sino que comenzó a decir:

—Por Dios, capitán, podéis estar seguro de que yo no os fallaré. Atended la promesa que habéis hecho al rey de Egipto, porque yo iré con vos, si no puedo armado, en camisa. Hago voto solemne al señor san Jorge de que si alguien acepta la capitanía sin el mandato expreso del señor emperador, lo haré morir con mis propias manos. Tirante es nuestro capitán, según la decisión imperial y nosotros hemos de obedecerle como a la propia persona del emperador.

—Señor capitán —dijo el duque de Pera—, mandadnos lo que queráis que hagamos. Si decís que matemos al duque de Macedonia, dejádmelo a mí y veréis qué pronto está hecho.

—Aquél que acepte la capitanía —dijo el duque de Sinópoli— será matado por mi espada, que nunca perdona.

De la misma forma se expresaron el duque de Casandria, el de Montsanto y el marqués de San Marco. También el marqués de Ferrara, gritando en voz alta, quiso hablar y dijo:

—Quiero que todo el mundo sepa que cuando el duque de Macedonia perdió la última batalla, las mujeres y las doncellas de la ciudad de Constantinopla decían en la plaza del mercado: «¿Dónde se encuentra el temeroso duque de Macedonia, perdedor de batallas y desparramador de la gentil sangre griega?». «¿Dónde está?». «Pongamos fin a su vida porque él ha puesto fin a la luz de nuestros ojos». Entonces añadió el conde de Aguas Vivas:

—Nuestro señor natural ha dado a Tirante la capitanía y la gobernación de todo el imperio, ¿qué os incita a vos, duque de Macedonia, a perturbar a nuestro capitán?

Muchas razones de este tenor hubo entre los unos y los otros, especialmente entre el duque de Macedonia y el marqués de San Jorge.

Cuando el de Macedonia se fue, Tirante no permitió que nadie hablase más de aquello, sino que ordenó que todo el mundo regresase a su alojamiento y que se preparasen para la batalla.

Por su parte, el emperador estaba muy deseoso de saber nuevas del campo. Un día vio venir siete naves de vela. En cuanto llegaron supo que venían de Sicilia y que llevaban siete mil hombres de armas y muchos caballos que enviaba el nuevo rey de aquella isla.

Según ya ha sido dicho, el rey de Sicilia tenía el hijo mayor en Francia, casado con una hija del rey francés. Como era un caballero muy discreto y virtuoso, su suegro no permitía que partiese de su corte por el gran amor que le profesaba. Pero desgraciadamente un día enfermó y murió. Cuando su padre el rey de Sicilia lo supo, sintió un gran dolor y, aunque se lo pidió, el otro hijo, que era fraile, no quiso dejar la religión ni aceptó ser el heredero. Esta fue la causa que provocó que el de Sicilia cayese enfermo y, teniéndose por muerto, dejó ordenado en su testamento que fuese heredera su hija, la mujer de Felipe. Cuando Felipe fue coronado, se acordó del bien y del honor que Tirante le había hecho y deliberó ir a ayudarlo. Pero todos los caballeros del reino le suplicaron que no fuese porque su mujer, la reina, estaba encinta. Entonces le envió como capitán, en lugar suyo, al duque de Messina con cinco mil hombres. La reina le envió dos mil más y designó al señor de Pantanalea como capitán.

Al llegar a Constantinopla, bajaron a tierra y encontraron al secretario que venía del campo y que traía las cartas del rey de Egipto y de Tirante, como también los consejos de los señores y el voto que cada uno de ellos había hecho en favor de Tirante, porque de todo esto se había hecho un proceso para mostrárselo al emperador. Entonces el duque de Messina le dijo:

—Caballero, decidme dónde está aquel famoso caballero, lleno de tanta virtud, Tirante el Blanco, capitán de los griegos.

—Señor mío —contestó el secretario—, vuestra señoría encontrará a este famoso caballero en los campos de batalla. Ahora lo he dejado con sus tiendas preparadas delante de los turcos, cerca del río llamado Transimeno.

—¿Qué se hace en su corte? —preguntó el señor de Pantanalea—. ¿Se dedican al deporte o al placer? ¿Cómo es y cómo se comporta Tirante en el campo como capitán?

—¡Bien, por Santa María! —respondió el secretario—. En él encontraréis primeramente la clemencia que a todos contenta. También conoce bien quiénes son los buenos y los malos y sabe juzgar con juicio y discreción. Nunca se corrompe por los ruegos, por las amenazas ni por los dinares. Y aún tiene otra característica: da todo lo que tiene, lo reparte entre la gente y no se preocupa nada de él. Cuando un amigo necesita algo, se lo da generosamente. Y esto que os digo lo comenta todo el mundo; y si habláis de nobleza, de osadía y de gentileza, podéis creer que no hay otro en el mundo que se le parezca. Debéis saber que ha obtenido grandes victorias contra los turcos. Es muy alegre con sus amigos y a todos da placer: en sus tiendas unos luchan, otros saltan, juegan los unos a las tablas y los otros al ajedrez, unos se convierten en locos y otros en juiciosos, unos hablan de guerra y otros de amor y, mientras unos tocan el laúd, otros el arpa, y otros las flautas y también cantan a tres voces, todo para practicar el arte de la música. Nuestro capitán honra mejor a Dios que ningún otro hombre de ninguna nación que yo haya conocido, y si se le presentan seis mil barones, a todos sabe honrar y todos se van contentos. Trata muy bien a los suyos, pero más aún a la gente extraña. Hace pocos días vinieron dos barones de Alemania, de aquéllos que tienen el poder de elegir emperador y, al irse, dijeron que no habían visto nunca ningún hombre con tanta afabilidad como nuestro capitán.

Entonces el secretario se despidió y fue a palacio, donde encontró al emperador. Éste le preguntó cómo estaba el campo y si se necesitaban víveres u otras cosas. El secretario le respondió:

—Señor, por ahora no nos falta comida, sino amor y honor.

El emperador le pidió que le diese los escritos que llevaba. El primero que le dio fue la carta del rey de Egipto, y el segundo, el que contenía los consejos de los duques. Entonces, se giró hacia su hija y le dijo:

—Carmesina, los nuevos caballeros quieren que Tirante sea vuestro enamorado.

Carmesina, de vergüenza, cambió de color como una rosa y durante un buen espacio de tiempo no pudo responder. Después, habiendo recobrado el ánimo, dijo:

—Señor, me siento muy satisfecha de que los virtuosos caballeros se

enamoren de mí. Y como Tirante tiene tanta virtud y ánimo, es vencedor de batallas, echa por tierra las fuerzas de los reyes turcos y no teme a los sutiles engaños del duque de Macedonia, no permita vuestra majestad que se digan palabras engañosas. Yo lo amo igual que a los otros. Pero si vuestra alteza piensa otra cosa, no me tenéis que condenar sin saber primero la verdad.

—No, hija mía —contestó el emperador—, que no lo dicen con esa intención. Leed aquí y veréis los votos de los caballeros.

Cuando acabó de leerlos, su espíritu descansó, se giró hacia Estefanía y le dijo:

—No me ha quedado ni una gota de sangre en mi cuerpo, porque he temido que lo nuestro se hubiese descubierto. El diablo, que es tan ingenioso, me ha hecho darle dinares. Pero mi crimen, que consiste en haber socorrido a Tirante, es un crimen meritorio, porque es de moneda y tiene que ser tomado con la finalidad con que se hace, o sea, como un acto de caridad.

—Señora, lo que ha hecho vuestra alteza —contestó Estefanía— es un acto de virtud, porque siempre se tiene que socorrer a las personas a las que se quiere bien y las cosas han de ser juzgadas según la intención con que se hacen, ya que vos no deseáis al virtuoso Tirante, si no es en lícito matrimonio.

Estando en estas razones, entraron los barones sicilianos, hicieron reverencia al emperador y él los recibió con mucho honor. Entonces le narraron la causa de su venida y le dieron las cartas de paz y de confederación entre los dos reinos. Después los dejó con la emperatriz y Carmesina y entró en el consejo. Los caballeros sicilianos estaban admirados de la extraordinaria belleza de la princesa. Entonces uno de ellos, el señor de Pantanalea, dijo:

—Claramente, señora, se puede ver que la naturaleza no podía obrar más altamente de lo que ha hecho en la singular belleza que vuestra majestad posee. Por ella puedo tener noticia de la gran gloria que los bienaventurados sienten en el paraíso al contemplar la divina esencia, según se puede leer en la Santa Escritura: «Señor, quien se encuentra delante de tus ojos, piensa que ha pasado un día y ya han pasado mil años». Señora, estoy seguro de que si todos los días de mi vida yo

estuviese ante vos, como ahora estoy, me pasaría lo mismo que dice el salmista. Y a aquél que me haga partir de aquí, le deseo poca salud, poca vida, poca bondad y poca virtud y que vaya vagabundo por el mundo sin encontrar nunca un puerto salvador. En nuestro reino es conocida la gran belleza de vuestra majestad y me sería imposible repetir las grandes singularidades que he conocido de vuestra alteza y, sólo por el hecho de haberos visto, me tengo por bienaventurado.

En aquel momento, entró el emperador y la princesa no le pudo responder.

Cuando al duque de Messina le pareció la hora de irse a la posada, se despidió de todos. Allí encontraron la cena muy bien preparada según había mandado el emperador.

Una vez solos, el emperador dijo a los suyos:

—¿Nunca habéis oído decir o habéis leído en alguna crónica que parientes o amigos mandasen ayudas a un capitán que sirviese a otro señor? Es cosa de gran admiración y por esto estoy muy agradecido a Tirante, porque han venido siete mil hombres, aparte de los que el gran maestre de Rodas ha enviado. Por esta razón, he decidido ir yo mismo al campo para pacificar al duque de Macedonia y a nuestro capitán, porque, de otra manera, se matarán entre ellos algún día. Y si puedo hacerme con el duque de Macedonia, prometo que le separaré la cabeza de la espalda.

Inmediatamente mandó el emperador que todos se preparasen para partir.

—¡Cómo, señor! —dijo la emperatriz—, ¿iréis al campo de batalla con tan poca gente?

Pero el emperador contestó que lo acompañarían los barones de Sicilia.

A la noche siguiente, estando la princesa durmiendo, fue Estefanía a su cama, la despertó y le dijo:

—Señora, me ha parecido que tenía delante a Diafebus y que me decía: «¡Estefanía, vida mía, cuánto nos alegra a Tirante y a mí vuestra venida! Solamente por la virtud de vuestra contemplación, tenemos ganada la batalla contra los moros». En cuanto me he despertado he venido aquí a deciros que, si quisieseis, podríamos cumplir nuestros deseos, si vamos, de conocer por propia experiencia cómo es de grande nuestro amor, ya

que ellos no pueden venir donde estamos nosotras.

—Dame la camisa y no me digas nada más —contestó la princesa.

Inmediatamente se vistió, se dirigió a la habitación del emperador y le dijo:

—Señor, cuando las doncellas oyen llamar a la guerra y especialmente a las batallas, sienten un gran temor; pero os pido que no me denegéis una gracia que me debéis otorgar por dos razones. La primera es que no es conveniente que vuestra majestad, teniendo en cuenta vuestra edad, vaya a ninguna parte sin mí, porque no hay otra persona que os pueda servir con tanto amor si caéis enfermo. La segunda es que, de acuerdo con la naturaleza, quien nace primero, primero tiene que morir, aunque a veces ocurre lo contrario, y si yo voy con vuestra majestad, podría conocer la práctica de la guerra por si en el futuro me fuese de provecho.

—Hija mía —respondió el emperador—, ya conozco vuestro gran amor y voluntad, pero no es habitual que las doncellas vayan a las guerras, porque son muy peligrosas, y especialmente vos, que tenéis tan poca edad.

—Señor —replicó la princesa—, no quiero que vuestra majestad se preocupe por mí, porque mucho me entristecería perderos de vista, especialmente en medio de los enemigos. Ya que os he sido hija y sirvienta en tiempos de necesidad, permitidme que lo sea en la prosperidad. Nunca desampararé a vuestra majestad mientras tengáis el espíritu en el cuerpo y después os mandaré hacer una sepultura digna de vos. Tengo miedo de que si no voy con vuestra majestad, mis ojos nunca os puedan volver a ver.

—Hija mía —otorgó el emperador—, pues tanto lo suplicáis, yo consiento, porque conozco que os lo manda el buen celo. Preguntad a vuestra madre si prefiere venir o permanecer aquí y preparaos, porque mi partida será lo más pronto posible.

La princesa fue a comunicárselo a la emperatriz y ésta respondió que no iría de ninguna de las maneras, porque si veía al duque de Macedonia o el lugar donde murió su hijo, de dolor acabaría sus días.

Entonces Carmesina llamó a los argenteros de la ciudad y les pidió que le hiciesen unos gocetes, mitad de oro y mitad de plata. De igual forma pidió unos antebrazos y unas manoplas de hoja muy delgada. También se hizo componer una celada para la cabeza toda de plata y, sobre aquélla, una corona idéntica a la que ella solía llevar. Por otro lado, suplicó a su padre que le dejase la gente que la reina de Sicilia enviaba a Tirante.

Capítulo XVI. La corte se traslada al campo de batalla

El día que partieron, la princesa vistió una gonela de orfebrería, se puso el arnés que le habían hecho y, con un bello caballo blanco y con una virgen en la mano, iba capitaneando a su gente. Con ella iban las sesenta más bellas y galantes doncellas de toda la corte. Nombró a Estefanía como condestable; mientras que Saladria, hija del duque de Pera, era la mariscal; Comtesina actuaba de alguacil mayor; Placerdemivida llevaba el estandarte con la divisa pintada con la hierba amorval y una filacteria que decía: «Mas no a mí». Eliseu llevaba la gran bandera, mientras que la Viuda Reposada era la ujiera mayor de la cámara. De esta forma llegaron a las tiendas de Tirante, pero allí no encontraron a ningún hombre sano, excepto a los pajes que el capitán había mandado que se quedasen. El emperador llegó a la hora nona, pero Tirante había partido el día anterior a medianoche, había pasado el puente y, río arriba, había plantado la tienda en el centro de un valle que se llamaba Espinosa.

En cuanto el emperador se aposentó, mandó llamar al señor de Malveí. Cuando aquél se enteró, fue a presentarle reverencia y a contarle los virtuosos actos que Tirante hacía cada día. Mucho gustaba a la princesa oír todos aquellos loores de Tirante. Entonces el señor de Malveí suplicó al emperador que se dirigiese a su castillo, porque allí estaría mucho más seguro, y así lo hizo. Mientras, los barones sicilianos plantaron las tiendas cerca del río. Entonces el señor de Malveí, secretamente, mandó a un hombre para avisar al capitán de que habían venido el emperador, su hija y los barones de Sicilia. Pero Tirante mantuvo el secreto para que nadie se fuese con la excusa de ver al emperador. Solamente se lo hizo saber a Diafebus. Al llegar la medianoche, todo el mundo subió a caballo y Tirante hizo que cuatrocientas lanzas se colocasen delante, con Diafebus como capitán. Tirante rogó a Diafebus que permaneciese detrás de una roca que había a una legua del campo de los enemigos y que por nada del mundo saliese aunque vieran que se perdía la batalla o que lo mataban a él. Y no contento con esto, le hizo jurar que no se movería hasta que se lo mandase decir.

Cuando los que iban con los caballos cubiertos llegaron a un tiro de

bombarda y los del campo los oían, los guardias gritaron. Como toda la noche los moros habían estado preparados a caballo, en número aproximado de diecisiete mil, Tirante no osó atacar el campo por la gran multitud de gente que había allí. Los moros que se encontraban a caballo se dirigieron hacia los cristianos y cada parte organizó sus tropas.

Tirante ordenó a los suyos de esta forma: hizo poner todos los caballos en fila. Las banderas del emperador iban en medio. El duque de Sinópoli estaba en una esquina del ala y el de Pera, en la otra. Solamente el duque de Macedonia no quiso obedecer los ruegos del capitán. Tirante iba de una parte a otra rogando a toda la gente que mantuviese el orden, porque si lo hacían, él los haría vencedores aquel día con la ayuda de Nuestro Señor Dios. Y mientras los enemigos organizaban a su gente, Tirante hizo la arenga siguiente a todos los caballeros para enardecerlos:

—¡Oh, caballeros dignos de honor! No me gusta el honor que no se gana con peligros, pero ha llegado el día, tan deseado por mí, en el cual obtendremos contra nuestros enemigos honrosa victoria, gracias a la cual se podrá recuperar la heredad perdida, ya que cada uno tiene que desear la gloria que se consigue en actos como éstos. Ahora, por lo tanto, es necesario que hagamos armas y que vayamos a abrir el camino de nuestra salvación. Suplico a aquéllos a quienes lo tengo que hacer, y a los otros como hermanos, que seáis valentísimos y que combatáis con esforzado ánimo porque, teniendo presente a aquél que es vencedor de todas las batallas, conseguiremos honor, gloria y libertad. Si vencemos, magníficos señores, todo el imperio será nuestro; pero si la adversa fortuna nos quiere huir, no obtendremos nada. Los enemigos de la fe no se preocupan demasiado de nuestro combate a causa de la potencia que tienen. Pero, nosotros combatimos por la patria y por la libertad. No temáis, virtuosos caballeros, a la multitud de los enemigos porque es cierto que, en ocasiones, unos pocos han vencido a muchos; y eso porque cuantos más son, más difícil resulta poderlos organizar, ya que aquello que vence en las batallas es el buen orden y seguir las órdenes del capitán. Recordad, señores, que en dos ocasiones hemos guerreado contra ellos y no penséis que ahora son más valientes porque han olvidado la triste muerte de los suyos y el gran derramamiento de sangre que vosotros les habéis producido. Pensad cuánto dolor y cuánta miseria deben tener. Por todo eso, a nosotros nos es necesario presentarles batalla, porque cuando seamos vencedores tendremos la riqueza y todas sus armas serán nuestras. No dudo de nuestra victoria, pero si por ventura

alguien piensa huir por temor, le vale más perder la vida ya que quien lo haga será apresado y cortado en pedazos como las ovejas. Si combatimos virilmente y con ánimo esforzado, obtendremos sobre ellos una sangrante y dolorosa victoria. Volved la mirada hacia aquel castillo desde donde está mirando la batalla el próspero y virtuoso caballero, el señor emperador, con la serenísima princesa, hija suya. ¡Oh, enamorados que bien amáis! ¡Qué glorioso será para vosotros llegar victoriosos delante de las damas y delante del señor emperador, al cual le besaréis la mano como vencedores! ¡Cuánta infamia será para vosotros, en cambio, si vais delante de su alteza vencidos y fugitivos! Antes prefiero que la tierra cubra mis ojos y que las fieras y golosas bestias se coman mi carne, que ver caer sobre mí tan gran falta.

Y no pudo decir más porque observó que los turcos estaban preparados para la batalla. El sultán había organizado a su gente de la forma siguiente: en primer lugar, colocó a los que llevaban lanzas y paveses; después, venían los ballesteros y los arqueros; a continuación, iban los cristianos que estaban a sueldo del Gran Turco con los caballos muy bien cubiertos y con grandes penachos; detrás de todos, iban los turcos con más de cuatrocientas bombardas. Confiaban en que, con las bombardas, podrían matar más de setecientos hombres. Cuando todo estuvo a punto, el rey de Egipto mandó decir a Tirante que lo mataría o lo encarcelaría aquel mismo día y que, una vez que hubiese tomado la ciudad de Constantinopla, mandaría hacer una imagen de oro en recuerdo de tan memorable batalla y ordenaría ponerla sobre la puerta de la ciudad. También le hizo saber que pronto le haría saborear la amargura de su lanza. Tirante le respondió que se alegraba mucho de que se la hiciese catar, porque él llevaba tanto azúcar que no sentiría la amargura, sino que, más bien, aquel mismo día su dolorosa sangre mora sería derramada.

Tirante volvió a amonestar a su gente, los hizo alejarse del temor y convirtió su ánimo en esperanza de victoria. Entonces, los turcos dispararon una bombardas que pasó demasiado alta y no hirió a nadie. Tirante llevaba atada en el brazo una pequeña hacha con un cordón de seda y una pequeña bandera en la mano. Con ésta hizo una señal y el duque de Pera, que comandaba la cabeza del ala, giró a toda su gente hasta el centro, donde estaban las banderas, de forma que ordenadamente se colocaron en círculo con la espalda hacia los enemigos. Seguidamente, Tirante hizo otra señal y el duque de Sinópoli giró en el mismo orden, de forma que estaban de cara a la montaña donde

se encontraba Diafebus y presentaban igualmente la espalda a los enemigos. Una vez colocados todos, se pusieron a correr a galope tendido, siempre en un magnífico orden.

Cuando los turcos los vieron ir de esta forma, se pusieron a gritar:

—¡Ya huyen, ya huyen! Entonces los de a pie lanzaron los paveses y los otros, las lanzas y las ballestas, para poder correr detrás de los enemigos cristianos. Entre los de a caballo se pensaba que quien más podía correr, ganaba; y los que llevaban los caballos cubiertos lanzaron las cubiertas para ir más ligeros. Tirante, de tanto en tanto, miraba atrás y veía venir a toda la gente desordenada. Pero no se preocupaba más que de seguir corriendo y en orden, aunque los moros, que tenían buenos caballos, incluso llegaban a atacarles con las lanzas por los lados.

El emperador, que desde las torres veía venir la gente huyendo, pensaba que la batalla se había perdido. Aquella noche las doncellas no se habían desnudado, sino que habían estado rezando plegarias con gran devoción en las que suplicaban al vencedor de todas las batallas y a su sacratísima Madre que diese la victoria a los cristianos.

Pero una vez que Tirante vio que la gente de a pie se había quedado retrasada y habían pasado el lugar donde estaba Diafebus, levantó la bandera que llevaba y todo el mundo se paró. Cada escuadra se apartó de la otra, de manera que, entre ellas, se alejaron un tiro de piedra. Los turcos, cuando los vieron detenerse, se pararon muy decepcionados. Entonces, Tirante ordenó al duque de Pera que atacase primero. Cuando el capitán vio que los enemigos reforzaban a su gente, hizo que tomase parte el marqués de San Jorge. Después lo hizo el duque de Sinópoli. Y entre todos hicieron una matanza tan grande que era cosa de admiración.

Al ver Tirante que el rey de Capadocia, al que reconoció por la cimera donde llevaba un león de oro y una pequeña bandera, venía matando y atacando a muchos cristianos, tomó una lanza y se acercó a él. El rey, por su parte, lo esperó de muy buena gana. Tan grande fue el choque que ellos y los caballos cayeron al suelo. Cada uno de ellos se levantó muy valerosamente. Tiraron las espadas y se enfrentaron con grandes golpes, pero la prisa de la gente en ayudarlos era tanta que no podían combatir bien, y los turcos hicieron un esfuerzo tan grande que consiguieron subir a su rey a caballo. Entonces, Pírimus se puso delante del rey para que Tirante pudiese montar su caballo. En aquel momento, atacó la escuadra

del conde de Plegamans, la cual llegó donde se hallaba el capitán y lo ayudaron a subir a las ancas del caballo del señor de Agramunt. Como muchos caballos iban perdidos, apresaron a uno y se lo dieron al capitán.

Inmediatamente, Tirante volvió a la batalla y, con la pequeña hacha que llevaba atada en el brazo, comenzó a dar unos golpes tan mortales que aquél a quien encontraba, en tierra tomaba posada. Entonces el capitán mandó que atacasen todas las escuadras. ¡Gran admiración fue ver caer bacinetes por el suelo y caballeros muertos y heridos en las dos partes! Tirante atacaba ahora en una parte, ahora en la otra, y socorría allí donde era necesario.

El rey de Egipto, el de Capadocia y el de África salieron un poco de la batalla y el primero les rogó que dejaran todos los otros frentes y que solamente se preocupasen de matar a Tirante. Habiendo llegado a este acuerdo, volvieron a la lucha. Entonces, cuando Tirante estaba combatiendo, vino el duque de Macedonia y, por la espalda, le dio una estocada con la espada debajo del bacinete y le clavó toda la punta en el cuello. Cuando lo vieron Hipólito y Pírimus, empezaron a gritar:

—¡Oh, duque traidor! ¿Por qué quieres matar a traición a uno de los mejores caballeros del mundo?

Por su parte, los tres reyes moros habían tomado la lanza y se acercaron con mucho esfuerzo hacia Tirante, pero solamente le pudieron presentar combate el rey de Egipto y el de Capadocia. Y el encuentro fue tan fuerte que capitán y caballo cayeron al suelo. El caballo tenía siete heridas.

Mientras tanto, el rey de África combatió con el duque de Macedonia y tan grande fue el choque, que le clavó la lanza entre los pechos y lo traspasó. Ésta fue la lanza mortal con la que el duque pagó sus maldades.

A Tirante le costó mucho levantarse del suelo, porque tenía el caballo sobre la pierna. Aún así, se puso en pie con gran esfuerzo y le cayó la babera del capacete, porque allí le había herido una lanza, mientras que la otra le hirió en el guardabrazo izquierdo. Y si no hubiese sido por la cualidad de sus armas defensivas, allí hubiera muerto aquella vez. Al verlo en el suelo, el rey de Egipto quiso descabalar. Pero cuando puso la pierna encima de los arzones de la silla de montar, vino el señor de Agramunt y le hirió en el centro del muslo, de forma que se lo traspasó. El rey cayó al suelo y al verlo así, Tirante se dirigió hacia él, pero no lo pudo

alcanzar gracias a la ayuda de su gente. Cuando el rey se levantó, cogió una lanza que encontró en el suelo, se acercó a Tirante y se la arrojó. Como no tenía babera, le pegó en medio de la mejilla y le hizo saltar cuatro muelas, por donde perdía mucha sangre. A pesar de todo, Tirante continuaba haciendo armas. Entonces Hipólito, que había sido hecho caballero aquel día, se acercó a él, bajó del caballo tan rápidamente como pudo y le dijo:

—Mi señor, por Dios, os ruego que cabalguéis aquí. Subió al caballo y preguntó a Hipólito: —Y tú ¿qué harás?

—Señor —contestó—, salvad vuestra persona, que aunque me maten a mí, no me importará morir por amor a vuestra señoría.

Tirante volvió a la batalla buscando al rey de Egipto, pero aquél había salido a causa del dolor que le produjo la herida. Como Tirante no lo podía encontrar, continuamente batallaba contra los otros. Por suerte, después de un buen rato se encontró con el rey de Capadocia.

El rey, con la espada, le tiró a la mano en la que llevaba el hacha y le hirió un poco, pero Tirante se acercó tanto a él que le pegó con el hacha encima de la cabeza, le hundió el bacinete y lo hizo caer al suelo medio muerto. Entonces, Tirante bajó del caballo y le cortó las correas del bacinete. En aquel momento, llegó un caballero que, con voz alta y piadosa, gritó:

—Señor, no matéis al rey, porque se encuentra mortalmente herido y, ya que está en tal situación, os pido, por vuestra benignidad, que le deis un poco de vida, porque tenéis bastante con el hecho de ser vencedor.

—¿Por qué razón —replicó Tirante— te apiadas de nuestro público enemigo que con tanta crueldad ha intentado matarme? Es justo que sea condenado según él quería hacer con nosotros. Ahora no es tiempo de otra cosa más que de crueldad, porque la victoria está condicionada a nuestra virtud.

Dicho esto, le quitó el bacinete y le cortó la cabeza. El hacha de Tirante se reconocía entre las otras porque estaba toda roja y chorreaba sangre de los hombres que había matado. Además, la tierra estaba cubierta de cuerpos muertos y toda roja por la sangre que se había derramado allí. Tirante volvió a caballo. Cuando los turcos vieron la muerte del valentísimo

rey, fueron hacia el capitán en gran multitud e hicieron un gran esfuerzo para matarlo. Tirante fue herido y cayó del caballo, pero al instante se levantó y continuó luchando a pie hasta que los suyos le consiguieron otra cabalgadura.

Diafebus, cuando ya era casi hora de vísperas, comenzó a maldecir a Tirante, que lo había arrinconado en aquel lugar, diciendo:

—Él quiere para sí todos los honores y no quiere dar una parte a nadie. Me ha dejado aquí como si yo no fuese bueno para nada. Pero por Dios que quiero tomar parte en la batalla. ¡Vamos! Ataquemos a los enemigos y no temamos los peligros.

Entonces salió de donde estaba y atacó con gran violencia. Cuando los turcos vieron salir a tanta gente, se asustaron mucho. El sultán se salió de la batalla y dijo:

—Veo que nuestra gente va a menos. Pienso que vale más huir que morir.

Al ver Tirante que el sultán y su gente huían con las banderas, corrió hacia aquella parte, les quitó los estandartes, los persiguió tres leguas y mató a mucha gente. Finalmente, el capitán llegó con la mayoría de la gente a una ciudad que había sido del marqués de San Jorge y que los moros habían dado al rey de Egipto, el cual la había provisto muy bien. Cuando el rey de Egipto vio perdida la batalla, huyó y se refugió allí, porque para ir a la ciudad de Bellpuig a donde se dirigía el sultán tenía que pasar por allí necesariamente. Como la ciudad estaba muy bien protegida y el dolor que lo atormentaba era muy grande, entró dentro.

Cuando Tirante llegó, era casi noche oscura y pernoctaron junto a las puertas hasta la mañana siguiente. Llegado el día, el capitán hizo armar a toda la gente y combatieron contra la ciudad. Los turcos se defendían maravillosamente porque había mucha gente dentro. Después de haberles dado cuatro combates, el marqués de San Jorge fue hacia la puerta de la judería y llamó a un judío que se llamaba Jacob. Éste, al reconocer a su señor, bajó y le abrió la puerta. Todos entraron y tomaron media ciudad sin que el rey de Egipto ni los moros se enterasen.

El marqués mandó decir al capitán que no se fatigase más combatiéndola, porque la ciudad ya había sido tomada, y que entrase por el portal de la judería. También le hizo saber que él y los suyos habían derrotado a todos

los turcos y encarcelado al rey de Egipto. Entonces, el marqués mandó decir al capitán que viniese para degollar él mismo a su enemigo, pero él respondió que por nada del mundo mataría a un hombre preso. Habiendo sabido la respuesta, el marqués cogió al rey por los cabellos y le pasó el puñal por el cuello.

Aunque aquel día había tenido una gran victoria, Tirante no se alegró ni lo vieron reír ni consintió solaces ni fiestas. Y para que nadie tuviese la sensación de que él había sido el vencedor, no quiso que nadie lo dijese. Así, atemperó la excesiva alegría y el dolor de los enemigos. Solamente dijo en presencia de todos:

—Si Diafebus hubiese hecho lo que yo le había mandado, yo habría matado al sultán, habría encarcelado a todos los grandes señores que había allí y ahora podría ser señor de todo el imperio.

Acabó de decir esto y enseguida regresó donde estaba el emperador. Éste, después del dolor que había sentido al imaginarse que Tirante había perdido la batalla, gracias a las informaciones de un hombre que había enviado el señor de Malveí, se sintió muy consolado. Al saber las nuevas, el emperador se arrodilló en el suelo en presencia de todos y, levantando los ojos al cielo y con las manos juntas, dio infinitas gracias a Jesucristo y a su sacratísima Madre, Señora Nuestra, por la victoria que había obtenido sobre sus enemigos. También suplicaba a Nuestro Señor Dios que guardase de todo mal a su capitán porque sin él no tenía esperanza de victoria. Y aún añadió:

—Bien es cierto que nuestros barones y caballeros, con la virtud de Tirante, han ganado ésta y las otras batallas, mientras que al principio todas se perdían. Desde que ha venido este valentísimo caballero, hemos sido los vencedores y, de ahora en adelante, los turcos no pueden esperar más que su destrucción.

Al momento, el emperador y los barones de Sicilia subieron a caballo y la princesa los acompañó. Cuando llegaron al campo de los moros, encontraron todas las tiendas dispuestas con mucha riqueza y toda la gente pretendía robar. Pero el emperador no lo permitió, sino que ordenó a los señores de Pantanalea y de Malveí que cuidasen de toda aquella riqueza hasta que los que habían vencido fuesen avisados.

La princesa, al entrar en el campo de los moros, vio de lejos un pequeño

negro y se apresuró a ir hacia aquella parte. Descabalgó, entró en la tienda donde el negro se había escondido y lo cogió de los cabellos; después lo llevó ante el emperador y dijo:

—Bien podré presumir delante de nuestro capitán, porque he sido una caballera valiente que, dentro del campo enemigo, he sabido meter en la cárcel a un turco.

Al emperador le gustó mucho la gracia con la que su hija lo decía. Diafebus, viendo que Tirante estaba enojado con él, no osaba presentarse ante él y, con este pensamiento, se olvidó de rendirle cumplido al emperador como había hecho otras veces. Cuando el emperador supo de la gloria de la batalla por otros y no por Diafebus, dijo a la princesa:

—Temo que Diafebus haya muerto en la batalla, porque no ha venido a contárnosla.

Al oír Estefanía estas palabras, sus ojos no pudieron contenerse de lanzar vivas lágrimas delante del emperador y de todos los que se encontraban con ellos. Entonces la princesa la hizo levantar de allí para que no manifestase sus dolores en público y, al llegar al castillo de Malveí, tomó un escudero y lo envió, con una carta, para intentar tener noticias de Diafebus.

Una vez que Diafebus la hubo leído y comprobó que era de su señora, la alegría que sintió fue tanta que no se podría explicar. Con la carta en la mano fue a la habitación donde estaba Tirante y se la dio para que la leyese. Entonces, Tirante hizo venir al escudero y le preguntó por el emperador y por la virtuosa princesa. Éste le relató todo lo que había ocurrido en el campo, y también cómo Carmesina había ido armada, cómo había hecho preso a un negro y con qué celo lo custodiaba para enseñárselo al capitán en cuanto lo viese.

Mucho gustaron a Tirante las palabras del escudero, y por esta razón ordenó a Diafebus que fuese a ver a la majestad del señor emperador. Al llegar Diafebus al castillo de Malveí, fue directo donde estaba el emperador y todas las doncellas se apresuraron a ir hasta allí, especialmente Estefanía, cuya cara demostraba la angustia que había pasado. Cuando llegaron a la habitación del monarca, vieron que estaba contando al emperador toda la batalla, la muerte de los dos reyes y las heridas que Tirante había recibido. La princesa, cuando oyó que hablaba

de las heridas, preguntó muy alterada:

—Decid, Diafebus, ¿son profundas las heridas de nuestro capitán? ¿Se teme por su vida?

—No, señora —contestó Diafebus—, los médicos dicen que no representan ningún peligro.

Pero la princesa no pudo conseguir que sus palabras no se convirtiesen en abundantes lágrimas. También las demás doncellas, e incluso el viejo emperador, se pusieron a llorar. Una vez consolados, el emperador preguntó a Diafebus cuánta gente había muerto de una parte y de otra.

—A fe mía —respondió Diafebus—, no podría deciros el número de muertos que ha habido entre los turcos, pero vuestra majestad tiene que saber que de aquí a la ciudad de San Jorge no se puede transitar por el camino real porque está lleno de cuerpos muertos. En cuanto a los nuestros, os tengo que decir que el capitán ha hecho recoger todos los cuerpos y darles sepultura. Asimismo tengo que comunicaros que hemos hallado muertos al duque de Macedonia, al marqués de Ferrara, al duque de Babilonia, al marqués de Guast y al conde de Plegamans. También han muerto muchos otros caballeros, como el gran condestable, y han sido registradas un total de mil doscientas setenta y cuatro bajas. El capitán ha ordenado hacerles muy honradas sepulturas, aunque el duque de Macedonia no se la mereciese, porque según afirmaciones del señor de Agramunt y de Hipólito, él hizo la herida que tiene en el cuello nuestro capitán.

El emperador estaba muy alegre del honor que Tirante le había hecho y no sabía cómo podría premiarlo. Por su parte, Diafebus se quedó allí convaleciendo, por cuya razón el emperador le hacía servir tan bien como si se tratase de su propia hija. Después, el monarca rogó a los barones de Sicilia que permaneciesen con él, ya que quería llamar a su capitán para repartir la ropa que habían tomado. Pero cuando Tirante lo supo, le mandó decir que él no hacía falta allí, porque donde se encuentra una persona de rango superior, el menor es innecesario; también le envió los prisioneros que tenía. Así pues, el emperador fue el encargado de repartir el botín entre toda la gente.

Tirante ya se hallaba muy bien y, aunque herido, no dejaba de proteger la ciudad y el campo. Hay que saber que, de la ciudad de San Jorge, donde

estaba Tirante, hasta la de Bellpuig, había menos de cuatro leguas en dirección al mar. El sultán y todos los que habían escapado se hicieron fuertes en la ciudad de Bellpuig. Allí, el sultán pasó quince días sin salir de una habitación como manifestación de luto por la pérdida de la batalla y por la muerte del rey de Capadocia. Pero no sabían que también había muerto allí el rey de Egipto y, a causa de las ganas que tenían de saber nuevas, Ciprés de Paterno dijo:

—Señor, ¿quiere vuestra señoría que vaya yo? Si puedo hablar con mi amigo, sabré todo aquello que nos puede interesar.

El sultán le agradeció mucho su oferta y le dijo:

—¡Cabalga, corre!

De inmediato, Ciprés de Paterno se vistió con una jornea de damasco blanco que Tirante le había dado con una cruz de san Jorge bordada, y sobre aquélla una aljuba grana. Ya de camino, cuando los turcos no lo podían ver, se quitó la aljuba y puso una toalla en la cabeza de la lanza. Al verlo, los guardias cristianos no le dijeron nada, porque pensaron que era uno de los suyos. Cuando llegó a la ciudad preguntó por la posada del capitán; y Tirante, cuando lo vio, lo saludó cordialmente y le inquirió qué noticias había del campo de los enemigos. Aquél le respondió que el sultán estaba herido de poca importancia. También le dijo que lo había enviado el sultán para saber si el rey de Egipto había muerto o estaba vivo.

—Decidme —preguntó Tirante—, ¿cuánta gente creen haber perdido en la batalla?

—Señor —respondió Ciprés—, trescientas mil setecientas personas son las que faltan, entre presos y muertos. Nadie recuerda una batalla tan cruenta como ésta. Y si hubiese durado más, los habríais apresado a todos, porque los rocines ya no los podían sostener de lo fatigados que estaban.

—¿Hay alguna otra noticia? —preguntó Tirante.

—Sí, señor —contestó Ciprés—, han venido siete naves muy grandes de Turquía cargadas de trigo y de otros víveres. Se comenta que el Gran Caramán viene con cincuenta mil hombres y trae a su hija para casarla con el sultán. También se dice que, con él, viene el rey de la soberana

India.

—¿Y han descargado ya esas naves? —preguntó Tirante.

—No, señor —contestó Ciprés—, parece que tienen el viento contrario y no pueden entrar en el puerto.

Hablaron de muchas otras cosas, mientras Tirante le hacía muchos halagos y le daba parte de sus bienes. También le dio confites y otras golosinas, para que pudiese alegrar al sultán. Cuando Ciprés regresó, enseñó al sultán el salvoconducto que el capitán le había dado, le dijo que se lo había conseguido su amigo, y le informó de que el rey de Egipto había muerto. Esta noticia refrescó el dolor y los lamentos de todos los moros, porque este rey era muy amado a causa de su gran virtud. Por su parte, Tirante, que se hallaba mucho mejor de las heridas, tomó a un hombre que conocía muy bien el territorio y los pasos secretos para que lo acompañase.

Cuando llegaron a la vista del mar, vieron la ciudad de Bellpuig sobre un gran monte y las naves que daban bordadas a vela sin poder entrar en el puerto. Entonces el capitán volvió y se enteró de que el emperador había partido con los barones de Sicilia a tomar muchas ciudades y castillos que había cerca de donde se encontraban y que, para conseguirlo, Diafebus tuvo que convencer a los barones de Sicilia para que obedeciesen en todo al emperador, ya que ellos se habían empeñado en presentarse ante Tirante antes que nada. Al saber Tirante que el emperador iba guerreando, él y el duque de Pera partieron, después de haber nombrado capitán al marqués de San Jorge y de haber dejado la ciudad a su cargo. Cuando Tirante estuvo cerca del castillo de Malveí y se enteró de que la princesa se hallaba con sus doncellas bajo la custodia de Diafebus, hizo venir a Hipólito y mandó que dijese a la princesa unas palabras. Ya delante de Carmesina, Hipólito hincó la rodilla en el suelo, le besó las manos y le dijo:

—He sido enviado a vuestra majestad, señora, de parte de mi señor, el cual suplica a vuestra celsitud que le concedáis permiso para que pueda entrar y salir sin impedimentos y pueda permanecer en libertad absoluta.

—¡Oh, joven caballero! —dijo la princesa—. ¿Qué me pedís? ¿No sabe el capitán que todos estamos bajo su custodia y capitanía y que es él quien puede apresar y meter en la cárcel, puede absolver o condenar? ¿Por qué me pide a mí salvoconducto de seguridad? Le podéis decir que puede

venir con libertad absoluta porque ni el señor emperador ni yo misma tenemos noticia de que él haya cometido ninguna falta.

Inmediatamente, Hipólito se levantó y fue a abrazar a todas las doncellas. Y no penséis que fue poca la delectación que sintió Placerdemivida cuando lo vio. Cuando hubo acabado, volvió al capitán con la respuesta que le había dado la princesa, pero Tirante no se quiso mover, sino que envió de nuevo a Hipólito. Otra vez ante la princesa, éste volvió a decir:

—Mi señor vuelve a suplicar a vuestra celsitud, señora, una y mil veces, que no le denegáis el salvoconducto, porque él no osaría entrar en el castillo, ni allá donde se halle vuestra majestad, sin un permiso escrito de vuestra mano.

—No puedo entender a vuestro capitán —dijo la princesa—. ¿En qué nos ha ofendido al señor emperador o a mí para que nos pida un salvoconducto?

—Señora —comentó Estefanía—, ¿qué perdéis haciéndole el salvoconducto que él pide?

Entonces, se hizo traer tinta y papel y le escribió el salvoconducto tan anhelado. Cuando Tirante lo tuvo en la mano, subió al castillo, donde encontró a la princesa en una gran sala. Al verlo, ella se levantó, pero Tirante, en cuanto la vio, comenzó a proferir grandes gritos de forma que todos los del castillo le podían oír:

—¡Dadme el salvoconducto, señora! ¿Por qué no me lo dais? ¿Por qué me encarceláis tan cruelmente? No es propio de doncella tan noble meter en la cárcel a su servidor. Dadme el salvoconducto y devolvedme mi libertad.

—¡Oh, señor capitán! —contestó la princesa—. Estoy bien satisfecha de ofreceros vuestro salvoconducto. Pero no veo que nadie os toque ni os encarcele ni de parte mía ni del señor emperador.

—Dadme el salvoconducto, señora, porque vos me encarceláis —insistió Tirante—. Nunca en mi vida he estado en una cárcel tan cruel y tan fuerte.

Entonces la Viuda Reposada intervino para decir:

—¡Ay, señora, esta cárcel en que vos lo encerráis está vestida de amor!

¡La gramalla que lleva es de duelo, pero está toda bordada de esperanza y la camisa que lleva por divisa se lamenta por no estar ajustada con su señora!

Entonces la princesa entendió el requerimiento que Tirante le había hecho y dijo:

—Capitán, si la fortuna os ha encarcelado, tiempo habrá para que os encontréis en libertad.

Y dicho esto, le cogió el salvoconducto de la mano, lo rompió y le dijo:

—Habéis tenido muy poca razón, capitán, al haber pedido salvoconducto para venir aquí. Si yo me he equivocado, mi error ha sido debido a causas honestas y mi culpa será mayor aún que la pena, ya que tú vienes con las ganancias de la victoria.

Entonces tomó al duque de Pera de una mano y a Tirante de la otra y se sentó en medio de ellos. Mientras hablaban, Tirante demostraba gran dolor por las muertes del duque de Macedonia, de Ricardo y de Pírimus. También comentaron cómo el emperador iba reconquistando ciudades y castillos, y entonces deliberaron que, al día siguiente por la mañana, irían donde estaba el emperador, ya que hacía tres días que combatía contra una ciudad y no la podía tomar.

Cuando los oyó, dijo la princesa:

—Si vosotros partís, yo no dejaré de ir.

Entonces hizo traer allí a su preso y continuó:

—¿Pensáis que, aunque yo no he estado en cruentas batallas como habéis hecho vosotros, no sé meter en la cárcel a nuestros enemigos?

Y estando en estas razones fueron a cenar. Aquella noche la princesa comió muy poco porque tuvo bastante con la presencia de Tirante. El duque se puso a hablar con la señora del castillo y con la Viuda Reposada y les contó el éxito que habían obtenido gracias a Tirante.

Y, aunque la Viuda Reposada estaba muy inflamada de amor por Tirante, no osaba manifestar el gran dolor ni el padecimiento que tenía a causa de su honor. Estefanía estaba cerca de la princesa cuando ella dijo a Tirante

las palabras siguientes:

—La fortuna me ha mandado que viniese aquí, no por el placer de ver batallas, sino por el deseo de ver a aquél que señorea mi libertad. No encontrando otra forma de remediar mi pasión, tuve que engañar a mi padre con fingidas palabras de amor filial y así me dio licencia para venir a ver a mi bien.

—El mal anterior —dijo Tirante— no es nada en comparación con éste que ahora me atormenta, porque paso más dolor que nunca y estoy a punto de perder el juicio o de desesperarme cuando veo la extrema belleza que posee vuestra celsitud, que sobrepasa la de todas las damas del mundo: esto me ha forzado a amaros. Conociendo que en la majestad vuestra se juntan todas las virtudes, estoy admirado de ver que cometéis una gran falta (hablando siempre con vuestra venia y perdón): que no amáis según tendríais que amar. En cambio, yo amo más verdaderamente que todos los demás, pero no sé si soy amado. La lengua habla muy bien y dice todo lo que quiere; sin embargo, las obras ¿dónde las encontraré? Porque cuando se está seguro, de la duda nace una buena esperanza, porque el amor no produce vergüenza, ni se sienta en banco de zapatero, sino que ama a quien tiene que amar; o sea, a quien lo ama y le da gloria en este mundo y vida reposada. Por eso, señora, no queréis recordar lo que os cubre de temor y eludís aquello que vuestra majestad ha prometido. Recordad que cuando partí de vos y en presencia de Estefanía, me dijisteis estas palabras: «Tirante, ahora te separas de mí, pero haced por regresar vivo, porque yo estoy aquí preparada para reparar el leal y verdadero amor que me profesas. Dios es justo y todas las cosas del mundo le son presentes. Que él me haga la gracia de que se cumpla mi deseo, que yo satisfaré el tuyo». Y es muy feo para las doncellas nobles y estimables que no lleven a cabo sus promesas. Pero, señora, hagámoslo así: comuniquemos nuestro asunto a otros y que ellos determinen por nosotros. Yo propongo por mi parte a la egregia Estefanía, vuestra alteza puede poner a Placerdemivida o a Diafebus.

—Siempre he oído decir —contestó Carmesina— que quien tiene por juez a su padre, siempre va a pleito. Vos quisierais que fuese como habéis dicho porque no serías condenado, ya que esos jueces os son abogados, mientras que cualesquiera otros os condenarían si supiesen qué es amor y qué es honor.

En aquel momento se acercó Placerdemivida, se sentó a los pies de

Tirante y le dijo:

—Señor capitán, nadie os quiere bien excepto yo. Os tengo compasión porque ninguna de estas señoras os han dicho que os quitéis las armas, y eso que lleváis la camisa tan rota que ni el mejor bordador del mundo la podría arreglar. Yo la vi desvestir y vestir bien perfumada de algalia, y ahora la veo agujereada y perfumada de hierro y de acero.

Poco después, dijo la princesa:

—Dadme la mano que no ha perdonado la vida de nuestros enemigos.

Pero Estefanía fue quien le tomó la mano y se la puso sobre las faldas de la princesa. Y cuando ella vio que la tenía sobre sus rodillas, bajó la cabeza y se la besó.

—No solamente me place —dijo Tirante—, sino que lo tengo como una gran gracia y merced: pero veo las cosas al revés porque lo que yo quería hacer, vuestra majestad se ha apresurado a hacerlo. Y si vuestra alteza me diese licencia para besaros las manos siempre que yo quisiese, ¡cómo me tendría por bienaventurado! ¡Y más aún si me permitiese que lo hiciese en los pies y en las piernas!

Seguidamente la princesa volvió a cogerle las manos y le dijo:

—Desde ahora en adelante, señor capitán, quiero que tus manos tengan todos los privilegios sobre mi persona, ya que te has ganado todo el derecho.

Al instante se levantó, porque ya había pasado gran parte de la noche y, para que ni el duque ni los demás tuviesen ocasión de hablar, acompañaron a la princesa a su habitación y le dieron las buenas noches. Aquella noche el duque y Tirante durmieron en una cama.

A la mañana siguiente, sonaron las trompetas. Todos se armaron y subieron a caballo y Tirante hizo coger unas escaleras. La princesa también quiso ir con ellos, de forma que se armó y todos juntos cabalgaron hasta donde se hallaba el emperador, que entonces combatía contra una fuerte ciudad. Cuando llegaron, el duque y Tirante dejaron a la princesa acompañada de Diafebus y de otros caballeros tan lejos de la ciudad que no les podía llegar ninguna bombarda. Tirante fue un poco más abajo de

donde los sicilianos combatían e hizo colocar las escaleras sobre los muros. El capitán fue el primero en subir. Entonces, un turco le lanzó una gran piedra y Tirante, para que no le diese en la cabeza, se desvió un poco y se balanceó. La piedra pegó en la escalera y la rompió un poco, pero, a causa del balanceo, la escalera y él cayeron y se arrastraron por la pared, pero Tirante no se hizo daño. Rápidamente hizo izar otra escalera y dos más al lado de aquélla. Es conveniente saber que había muchos ballesteros que apostados al pie del foso y que no dejaban sacar brazo o mano sin que los hirieran; pero, a pesar de todo, Tirante volvió a subir.

El emperador, que había ido a ver a su hija, preguntó quién había caído de la escalera y le dijeron que su capitán; este hecho lo enojó mucho. Y aunque su majestad le mandó decir que no subiese, él contestó que por nada del mundo dejaría de hacerlo. Cuando todas las escaleras estuvieron preparadas, entraron por allí en la ciudad con mucho esfuerzo y mataron y encarcelaron a mucha gente.

Una vez hubo sido tomada la ciudad, todos los barones sicilianos se presentaron a Tirante y le dieron las cartas que llevaban del rey y de la reina de Sicilia. Tirante los recibió muy afablemente, les hizo un gran honor y les agradeció, tanto a ellos como al rey y a la reina, la buena voluntad que habían mostrado al ofrecerle su ayuda. Después de esto, fueron hacia donde se encontraban el emperador y su hija. Tan pronto como Tirante le hubo hecho reverencia, el emperador le dijo:

—Capitán nuestro, no es justo que vos subáis por escaleras en combates como éstos por el gran peligro en que os podéis poner. La confianza que tenéis que por vuestros méritos siempre obtendréis victoria, cosa ésta que no se lee en ninguna historia, os hace arriesgar vuestra vida a muerte; pero yo deseo que tengáis una vida más reposada y que no pongáis vuestra persona en tan grandes peligros. Y aunque vuestro deseo sea obrar bien, no tenéis que dejar de cumplir mis peticiones.

—Señor —respondió Tirante—, mi obligación es hacer estos actos mejor que ningún otro, para poder elevar el ánimo de las tropas. ¿Qué debemos hacer yo y todos los caballeros, si no es esforzarnos en hacer el bien? En cambio, no es lícito que vuestra majestad se preocupe de semejantes asuntos, porque ni vuestra dignidad ni vuestra edad lo permiten; vos os tenéis que defender con la virtud y no con las armas.

El emperador, habiendo oído lo que Tirante le acababa de decir, pensó

que lo trataba con celo, fidelidad y amor. Entonces Tirante se llevó al emperador y a su hija a la ciudad.

A la mañana siguiente, celebraron consejo para ver hacia qué zona irían para recuperar las tierras que habían perdido. Como no se ponían de acuerdo, el capitán dijo:

—Señor, ya os he dicho que no es conveniente que vuestra alteza continúe combatiendo, sino que conviene que volváis a la insigne ciudad con los barones sicilianos y con todos los prisioneros. El duque ya tiene el encargo de conquistar y guardar las villas y ciudades que haya por los alrededores. Es necesario que vuestra majestad nos haga llegar las naves de trigo, porque la guerra hace tanto tiempo que dura que los labradores no pueden hacer pan.

—Anoche tuve noticias —contestó el emperador—, de que cinco naves que había mandado venir han llegado al puerto de Cafa cargadas de trigo.

Al oírlo, inmediatamente el capitán mandó que se pusiesen a moler todos los molinos que había en el río Transimeno. Tirante había dicho que a la mañana siguiente acudiesen al castillo de Malveí todos los prisioneros del campo y de la ciudad de San Jorge. Cuando llegaron al castillo, el emperador llamó al capitán. Después hizo venir a la princesa y dijo:

—Capitán, ya que la fortuna nos ha sido tan contraria que ha matado a nuestro gran condestable, el conde de Bitimia, ¿a quién aconsejáis que demos este título?

Tirante se arrodilló en el duro suelo y contestó:

—Señor, si a vuestra majestad le placiese dar tal oficio a Diafebus, yo lo tendría como gran gracia y merced.

—No seré yo —dijo el emperador— quien me separe de vuestro deseo. Y por vuestro amor y por su gran merecimiento, yo otorgo a Diafebus el oficio y la capitanía de gran condestable. A vos os doy, quitándoselo a mi hija, el condado de San Ángel con todos los derechos, pertenencias y emolumentos que le corresponden, como también la tenencia de Altafulla, con una renta de setenta mil ducados. Tengo esperanza en que Dios os podrá dar otras cosas mejores; pero ahora quiero que mañana se celebre una fiesta y que toméis el título de conde. Y tenéis que saber que prefiero

daros el título de conde antes que el de marqués, aunque aquél sea de más alto grado, porque debéis tener presente que conde quiere decir hermano de armas y mi deseo es que entre nosotros haya una relación de hermandad.

—Señor —le contestó Tirante—, os agradezco mucho el gran honor que me hacéis y lo aprecio más que si tuviese cuatrocientos mil ducados de renta. Pero, yo por nada del mundo lo aceptaría. Por dos razones. La primera porque hace poco tiempo que estoy al servicio de vuestra alteza y no merezco tan alto premio. La segunda, porque si el padre que me engendró supiese que yo poseo algún título, perdería la esperanza que tiene de verme y también porque, si la madre que me parió y me trajo al mundo con tantos dolores durante nueve meses se enterase, yo sería la causa de abreviarle la vida. Pero os doy más de mil gracias como todo humilde servidor tiene que hacer con su señor.

—Por nada permitiría —insistió el emperador— que el condado que os he ofrecido no sea vuestro. Pero si no queréis el título, al menos tomad su señoría y su renta.

—Hay otra razón para no aceptarlo —dijo Tirante—, y es que temo que pueda enojar a la alteza de la señora princesa, porque le habéis quitado el condado para dármelo a mí.

—Este condado —intervino la princesa— me lo dio una tía mía, pero las cosas que poseo son de la majestad de mi señor padre, aquí presente, y él puede mandar a su voluntad sobre todos mis bienes y sobre mi persona. No dudéis en aceptar lo que os da tan graciosamente y con tanta liberalidad.

El emperador insistió ante Tirante para que lo aceptase, pero él continuaba rechazándolo. Entonces el emperador volvió a rogárselo:

—Con razón se creará de vos todo lo contrario de lo que manifiesta vuestra lengua. Vuestra virtud tiene que pensar que lo que os he ofrecido aumenta vuestro honor y tendríais que aceptarlo con alegría, por ser yo el donante y vos el receptor. Yo os he conservado el don de la fortuna que todos los hombres van buscando por todo el mundo, o sea: honor y provecho. Por esta razón, si habláis sin ficción, no tenéis que fingir que no lo queréis aceptar. Si no lo hacéis, pensaré que vuestra virtuosa persona quiere alejarse de mí.

—No quiera Dios —contestó Tirante— que yo me aparte de vuestra majestad, y más en tiempos de necesidad. Y, ya que me forzáis tanto, aceptaré el condado y por él os juraré homenaje de fidelidad. Pero ya que Diafebus me es pariente tan cercano y lo que es suyo es mío y aquello mío es suyo, él tomará el título de conde.

—A mí me da igual —comentó el emperador— si, después de habérselo dado y de haber sido aceptado por vos, lo queréis vender o dar a quien os plazca.

Entonces Tirante se lanzó a los pies del emperador y le besó el pie y la mano por la gracia que le había hecho.

—Mañana nos quedaremos aquí —propuso el emperador— y ofreceremos una fiesta a Diafebus en la cual le concederemos el título de conde y el oficio de gran condestable.

—En tal caso, señor, os suplico que mañana vos, la princesa y todas las demás damas seáis nuestros invitados.

Un momento después, el capitán se despidió del emperador y dio orden al señor de Malveí de preparar muchos pavos reales, capones, perdices y gallinas para la mañana siguiente; y también de hacer cocer pan y preparar todas las cosas necesarias. Diafebus, que no sabía nada, llegó al castillo con otros caballeros y, cuando vio a Tirante tan atareado, le preguntó:

—Primo, ¿qué ocurre que vais con tanta prisa? ¿Hay noticias de los enemigos?

—No —contestó Tirante—, pero id a la habitación del emperador y besadle el pie y la mano, porque os ha otorgado el condado de San Ángel y el oficio de gran condestable.

Y Diafebus así lo hizo. Después fue a la habitación donde se hallaban Estefanía y las otras damas, las cuales se estuvieron burlando de él un rato pidiéndole oficios para el condado o para la guerra.

Entonces llegó la princesa y él se apresuró a arrodillarse y a besarle la mano. Carmesina le dio diez mil ducados y un escrito envuelto en un pañuelo y le dijo:

—Hermano mío, tomad esto y prometedme que no lo abriréis hasta que no lleguéis a vuestra habitación.

Él se lo prometió y también le dijo que haría todo lo que encontrase en el escrito. Al partir de allí, fue donde se hallaba Tirante y le dijo:

—Ya que he besado el pie y la mano al señor emperador y la mano a la excelsa princesa, y ahora bien me parece hacerlo a vos, pues os habéis desprendido del condado para dejármelo a mí.

Se arrodilló y le cogió la mano y se la quiso besar, pero Tirante no se lo permitió, sino que le puso la mano en la cabeza y lo besó tres veces en la boca. Es más, Tirante le dijo que todavía deseaba muchas mejores cosas para él. Después de darle muchas veces las gracias, Diafebus dijo a Tirante:

—Ahora, capitán ¿queréis que veamos qué es lo que me ha dado la virtuosa señora?

Entonces puso el pañuelo en manos de Tirante y encontraron un pequeño albarán que decía:

Hermano mío, gran condestable y conde de San Ángel, con mucho amor os ruego que aceptéis este pequeño regalo para la fiesta. Me avergüenzo de daros tan poco, pero vuestra gran virtud me excusará en consideración del lugar donde me encuentro. De antemano confieso la falta que he cometido al dar tan poca cantidad a un hombre que es tan grande en virtudes.

Los dos se quedaron pensando y Diafebus, por probar y tentar la paciencia de Tirante, le dijo:

—¿Queréis que no lo tomemos y se lo devolvamos?

—¡No lo hagáis! —contestó Tirante—, porque entre padre e hija tienen un corazón tan grande y tan generoso que, si se lo devolviereis, lo tendría por una gran ofensa.

Cuando lo tuvieron todo preparado para la mañana siguiente, fueron a la habitación del emperador para hablar de las cosas de la guerra, momento que Diafebus aprovechó para acercarse a la princesa y darle infinitas

gracias. Más tarde, el emperador bajó hacia el río, donde vio que muchos hombres estaban preparando mesas y bancos. Entonces les preguntó qué hacían y el señor de Malveí le manifestó que era para el banquete y la fiesta de la mañana siguiente. Tirante llevaba del brazo a la princesa mientras paseaban por la ribera del río. Entonces ella le dijo:

—Decid, Tirante, ¿por qué razón no habéis querido aceptar mi condado que el señor emperador os daba a requerimiento mío? Tres veces intenté hablar, y tres veces la palabra me falló cuando iba a deciros: «Aceptadlo, pues ya es vuestro». Pero no me atreví a decirlo por vergüenza y porque el viejo emperador supiese quién es mi dueño. A pesar de eso, las cosas que habéis hecho son completamente aceptables a mis ojos.

Sin embargo, me queda la duda de que no lo hayáis querido aceptar por haber sido mío.

—¡Que no vea yo a Dios —contestó Tirante—, si tal cosa ha pasado por mi mente! Antes querría tener este condado que si me hubiesen dado diez ducados o marquesados, solamente por haber sido de vuestra majestad. Así, quiera Dios cumplir las cosas que yo le pido, o sea: que quiera confirmar vuestro querer y que se cumpla mi deseo. Y para que vuestra celsitud conozca más claramente mi intención os tengo que decir que nunca en la vida tomaré ningún título si no es el de emperador. Porque, ¿sabéis con qué me matáis? Con la extraordinaria belleza que poseéis. Debéis saber que el primer día que os vi, vestida con vestido de seda negro de satén, con los cabellos un poco esparcidos, que parecían madejas resplandecientes de oro y con vuestra cara que parecía hecha de rosas mezcladas con lirios, vuestros pechos dieron entrada a mis ojos y desde aquel día mi alma está cautiva de vuestra alteza... ¡Oh, qué cosa tan cruel es querer dar pena a quien tanto os ama! Y si puede haber súplicas de vasallo a su señora, o de caballero a doncella de tanta nobleza y dignidad, me arrodillo y hago la señal de la cruz y ante vuestra persona pido que me sea otorgado un don.

Sus ojos casi se le volvieron agua y la princesa no tardó mucho en responderle con las palabras siguientes:

—Las lágrimas a veces son derramadas con razón, pero otras, con engaño. Tu petición es muy grave y amarga para mí, porque tú me pides una cosa que ni se puede, ni razonablemente se tiene que hacer, ya que, del mal principio, no se puede seguir un buen fin. Si pensaras en tu honor

y en el mío y me quisieras tan bien como dices, no me pedirías una cosa tan infamante para ti como vergonzante para mí.

Pero como el emperador se acercó a su hija, ella no pudo continuar hablando. Al día siguiente por la mañana, el emperador mandó que celebrasen la misa en medio de un gran prado y quiso que Diafebus estuviese entre él y su hija. Cuando hubo escuchado misa, el emperador le puso el anillo y lo besó en la boca. Después todos los trompetas empezaron a tocar y un rey de armas proclamó en voz alta: «Éste es el muy egregio y virtuoso caballero, conde de San Ángel y gran condestable del imperio griego». Hecho esto, empezaron las danzas y las fiestas, y la princesa no hizo en aquel día otra cosa que bailar con el gran condestable. Cuando llegó la hora de comer, el emperador hizo sentarse a Diafebus a su lado, y a la princesa a la parte derecha de aquél; Tirante servía de mayordomo, porque él daba la fiesta. Aquel día todos, incluso algunos prisioneros, comieron en la mesa porque se había de honrar la fiesta. Incluso Tirante quiso que los rocines comiesen en aquel momento avena mezclada con pan.

Después de comer cabalgaron con las banderas del condestable, practicaron armas sin hacerse daño y corrieron lanzas delante del emperador. Cuando les pareció que era la hora de cenar, lo hicieron allí mismo y todos fueron muy bien servidos de numerosas y diversas viandas. Mientras Tirante servía la cena, estaba con la cara muy triste, por cuya razón la princesa hizo que se le acercase y le dijo al oído:

—Tirante, ¿cuál es la pena y el mal pensamiento que tenéis y que vuestra cara manifiesta tan claramente? Os ruego que me lo digáis.

—Señora —contestó Tirante—, tantos son los males que tengo que aguantar que no se podrían contar, ya que mañana partirá vuestra celsitud y yo, infortunado de mí, tendré que permanecer en mi extrema pena pensando que no os podré ver.

—Quien hace el daño —contestó la princesa— razón es que pase la pena. Vos mismo habéis aconsejado al emperador que vuelva a nuestra ciudad con todos los prisioneros. Nunca he visto que un hombre enamorado diese tan mal consejo. Pero si vos queréis, yo me quedaré quince o veinte días enferma, por amor a vos, y el emperador seguro que se quedará por amor a mí.

—Pero ¿qué haremos con todos los prisioneros que tenemos aquí? —intervino Tirante—. No sé encontrar remedio a mi dolor. Muchas veces tengo deseo de envenenarme y en otras ocasiones deseo morir con puñal o de muerte súbita para salir de la pena.

—No lo hagáis, Tirante —contestó la princesa—. Id a hablar con Estefanía y veamos qué se puede hacer que no sea negativo para mí y sea placentero para vos.

Tirante se fue y le contó su mal a Estefanía. Entonces, junto con el condestable, acordaron que, cuando todo el mundo se hubiese acostado y las doncellas durmiesen, los dos irían a la habitación y allí pensarían qué remedio podían tomar para sus pasiones.

Todas las damas dormían con la Viuda Reposada, excepto cinco que dormían en la habitación que estaba en la antesala donde se acostaban Estefanía y la princesa. Placerdemivida vio que la princesa no se quería acostar, aunque le había manifestado su deseo de ir a dormir, pero después oyó cómo se perfumaba y enseguida pensó que tenían que celebrar festividad de bodas sordas.

Al llegar la noche y la hora oportuna, Estefanía tomó una candela encendida y fue a la cama donde reposaban las cinco doncellas y, una por una, las miró para ver si dormían. Como Placerdemivida deseaba ver y oír todo lo que ocurriese, se mantuvo despierta, pero cuando Estefanía se acercó, cerró los ojos haciendo como si durmiese. Entonces, Estefanía abrió las puertas sin hacer ruido y encontró en los portales a los caballeros que esperaban con más devoción que con la que los judíos esperan al Mesías. Al pasar apagó la luz, cogió de la mano al condestable y Tirante los siguió. Así llegaron a la puerta de la habitación donde la princesa estaba esperándolos.

Carmesina llevaba gonela de damasco verde bordada de perlas muy gruesas y redondas. El collar era de hojas de oro esmaltadas y de cada flor colgaban rubíes y diamantes. En la cabeza, sobre sus dorados cabellos, llevaba un sombrerito de muchos batientes que lanzaba muy gran resplandor. Al verla Tirante tan bien ataviada, le hizo una gran reverencia y, poniendo la rodilla en el duro suelo, le besó las manos muchas veces. Y así pasaron entre ellos muchas amorosas razones. Cuando les pareció hora, desaparecieron y volvieron a su habitación. ¿Quién pudo dormir aquella noche, unos por amor y otros por dolor?

En cuanto se hizo de día, todo el mundo se levantó, porque el emperador tenía que partir. Placerdemivida fue a la habitación de la princesa y la encontró vistiéndose. Estefanía estaba a medio vestir y sentada en el suelo, intentando atarse el sombrero. Estaba con los ojos medio húmedos y escasamente podía ver.

—¡Ah, válgame Santa María! —dijo Placerdemivida—. Di, Estefanía, ¿qué mal tenéis? Llamaré a los médicos para que vengan.

—No hace falta —contestó Estefanía—, pronto estaré bien. Se ve que el aire del río anoche me sentó mal.

—¡Mira! —exclamó Placerdemivida—. ¿Y qué dices? Será bien fácil que mueras y, si mueres, tu muerte será nefasta. Observa, no sea que te hagan daño los talones, porque he oído decir a los médicos que a nosotras las mujeres, el primer dolor nos viene por las uñas, después por los pies; sube a las rodillas y a los muslos; y a veces, entra en el secreto donde produce un gran tormento y de aquí se sube a la cabeza, turba al cerebro y de aquí viene la pérdida del equilibrio. Esta enfermedad, no pienses que se tiene muchas veces, sino que según dice el filósofo Galilén, médico muy famoso, sólo se padece una vez en la vida y, aunque es incurable, no es un daño mortal porque se le pueden aplicar muchos remedios. Esto que te he dicho es verdad y tienes que saber que yo sé diferenciar entre las enfermedades y, si me muestras la lengua, te sabré decir qué mal padeces.

Estefanía le sacó la lengua y cuando Placerdemivida la hubo visto, le dijo:

—Renegaría de todo el saber que mi padre me enseñó si no habéis perdido sangre esta noche.

Estefanía respondió:

—Dices toda la verdad, porque me ha salido de la nariz.

—Yo no sé si de la nariz o del talón —insistió Placerdemivida—, pero sangre habéis perdido. Si vos queréis, señora, os contaré un sueño que he tenido esta noche, pero os ruego que si digo alguna cosa que pueda agraviar a vuestra alteza, no me neguéis el perdón.

A la princesa le había gustado mucho lo que Placerdemivida había dicho y, con grandes risas, le dijo que contase todo lo que quisiese, que ella la

perdonaba de buena gana. Entonces Placerdemivida comenzó su sueño con estas palabras:

—Os diré todo lo que he soñado. Yo dormía en una habitación con otras cuatro doncellas y Estefanía vino con una candela encendida y se acercaba a nuestra cama para comprobar si dormíamos. Yo estaba de tal forma que no sabía si dormía o estaba en vela y entonces vi cómo Estefanía abría la puerta de la habitación, muy suavemente para que no hiciese ruido, y encontró a mi señor Tirante y al condestable, que ya estaban esperando. Venían con jubones, mantos y espadas, y calzaban peúcos de lana para no hacer ruido al pasear. Cuando entraron, ella apagó la luz y, como si fuese el lazarillo de un ciego, pasó primero con Diafebus de la mano, seguido por el virtuoso, y los metió en vuestra habitación. Vuestra alteza estaba bien perfumada y no mal ataviada, pero vestida y no desnuda. Tirante os tenía en sus brazos y os llevaba por la habitación besándoos muy a menudo mientras vuestra alteza decía: «¡Déjame, Tirante, déjame!». Y él os ponía sobre la cama.

Habiendo acabado de decir esto, Placerdemivida se acercó a la cama y exclamó:

—¡Quién os ha visto y quién os ve ahora, que estáis solo, sin compañía y sin ningún provecho! ¿Dónde está aquél que había aquí en mi sueño?

—Y me pareció —continuó diciendo Placerdemivida— que me levantaba en camisa de la cama y que iba al agujero de la puerta y miraba lo que vosotros hacíais.

—¿Has soñado alguna otra cosa? —le preguntó la princesa con muchas risas y mucho placer.

—¡Sí, por Santa María! —contestó Placerdemivida—, ahora os lo contaré. Vos, señora, decíais: «Tirante, te he dejado venir aquí para darte un poco de descanso, por el gran amor que te tengo». Tirante dudaba de hacer lo que vuestra alteza le decía, pero vos insistíais: «Si tú me amas, no tienes que dejar de asegurarme el futuro porque el cargo que yo he tomado por tu amor no es necesario para una doncella que tiene tanta autoridad como yo. No me deniegues lo que te pido, porque la castidad en la que yo he vivido es digna de alabanza, pero por ruegos de Estefanía has obtenido esta amorosa gracia. Por eso te ruego que te alegres con lo que has conseguido». Entonces Tirante contestaba: «Por la extrema angustia que

veo pasar a vuestra majestad, que tomáis armas que os ofenden, seréis condenada por todos aquéllos que entienden de amor pero, a pesar de esto, no quiero que desconfiéis de mí. Con gran esperanza creía que os acordaríais de mi querer y que no temeríais a los peligros futuros. Pero ya que a vuestra alteza no le place, estoy contento de hacer todo lo que a vuestra majestad le guste». Y vuestra alteza decía: «Calla Tirante, y no te preocupes de nada, porque mi nobleza yace bajo tu amor». Y le hacíais jurar que no os enojaría en nada y continuabais diciendo: «Y si lo quisieseis cometer, no sería poco el daño que me haríais, porque durante todos los días de mi vida me lamentaría de ti, porque la virginidad perdida no se puede reparar». Éstas son las cosas que he soñado. Después vi cómo él os besaba muy a menudo y después os desabrochabais la túnica que llevabais sobre los pechos y con gran prisa os los besaba, y cuando os los hubo besado bien besados, os quería poner la mano debajo de la falda para buscaros las pulgas, y vos, mi buena señora, no lo queríais consentir porque si lo hubieseis hecho, tengo dudas de que el juramento no hubiese estado en peligro. Y vuestra alteza le decía: «Tiempo vendrá en el que lo que tanto deseas estará a tu disposición, porque conservaré para ti mi virginidad». Después puso su cara sobre la vuestra y, poniendo los brazos sobre vuestro cuello y los vuestros entrelazados con los suyos como los sarmientos con los árboles, tomaba de vos amorosos besos. Después vi, soñando, que Estefanía estaba sobre aquella cama con las piernas que, a mi parecer, le veía blanquear y que decía a menudo: «¡Ay, señor, qué daño me hacéis! Compadeceos de mí y no me matéis del todo». Y Tirante le decía: «Hermana Estefanía, ¿por qué queréis poner en peligro vuestro honor con tan grandes gritos? ¿No sabéis que muchas veces las paredes tienen oídos?». Ella, entonces, cogía la sábana y se la ponía en la boca y con los dientes la apretaba con fuerza para no gritar. Pero no pudo contenerse y un poco después dio un grito y dijo: «¿Qué haré? El dolor me obliga a gritar y, según veo, tenéis previsto matarme». Entonces el condestable le tapó la boca. Y cuando mi alma oía tan doloroso llanto me compadecía de mí misma, porque yo no formaba la tercera pareja con mi Hipólito. Y cuanto más pensaba en ello, más dolor sentía, y así pues, cogí un poco de agua y me lavé el corazón, los pechos y el vientre. Mi alma tuvo sentimientos de amor que hasta entonces ignoraba y, en aquel momento, la pasión por mi Hipólito se dobló, porque no podía tomar parte en los besos de Tirante y Carmesina ni en los del condestable y Estefanía. Y cuanto más pensaba en ello, más dolor sentía. Después, mi espíritu volvió a mirar por el agujero y vio que Estefanía había extendido sus brazos y había entregado las armas, aunque dijo: «Vete,

cruel y hombre con poco amor, porque no tienes piedad ni misericordia de las doncellas hasta que les has violado la castidad. ¿De qué pena seréis digno si yo no te quiero perdonar? Pero me compadezco de ti y aún te amo más fuertemente. ¿Dónde están los santos que tenían que hacer de testigos, y que tú ayer nombrabas cuando me prometiste que no me haríais daño y que yo no quedaría defraudada?». Entonces gritó la princesa, les mostró la camisa y dijo: «Mi sangre tiene que ser reparada con amor». Todo esto lo decía con lágrimas en los ojos y después añadió: «¿Quién se fiará de mí, que no he sabido guardarme a mí misma? ¿Cómo podré guardar a otra doncella que me sea confiada? Solamente tengo un consuelo, que no he perjudicado en nada el honor de mi marido, sino que he cumplido su voluntad en contra de la mía. A mis bodas no han venido los cortesanos, ni el capellán se ha revestido para decir misa; no han venido ni mi madre ni mis parientes; no han tenido el trabajo de quitarme las ropas y vestirme la camisa nupcial; no me han subido a la cama por la fuerza, porque yo sola he sabido hacerlo; los ministriles no han tenido que cantar ni tocar, ni los caballeros cortesanos han tenido que bailar, porque éstas han sido unas bodas sordas. Pero todo lo que he hecho ha sido por el placer de mi marido». De estas cosas Estefanía decía muchas. Después, como el día ya se acercaba, vuestra majestad y Tirante la consolabais lo mejor que sabíais. Más tarde, cuando los gallos volvieron a cantar, vuestra alteza rogaba humildemente a Tirante que se fuese para no ser visto por nadie del castillo. Tirante suplicaba a vuestra alteza que le hicieseis la gracia de liberarle del juramento para poder obtener el victorioso triunfo que deseaba, como lo había obtenido su primo. Pero la celsitud vuestra no lo quiso consentir, sino que vos quedasteis como vencedora en la batalla. Cuando ellos se hubieron ido, me desperté y no vi nada, ni a Hipólito ni a nadie. Entonces, caí en una gran turbación porque me encontré los pechos y el vientre mojados de agua, de forma que pensé que todo debía haber sido verdad. Tal fue el dolor que sentí que decidí amar a Hipólito con corazón verdadero. ¿Estaré con los ojos cerrados y nadie me dará remedio? El amor me ha turbado tanto los sentimientos que muerta soy, si Hipólito no me ayuda. Por cierto: fuerte dolor causa el hecho de despertar a aquél que buen sueño sueña.

En aquel momento las otras doncellas se levantaron y entraron en la habitación para ayudar a vestirse a su señora.

Después de la misa, el emperador partió con los barones de Sicilia, el duque de Pera y todos los prisioneros. Tirante y el condestable los

acompañaron una buena legua, hasta que el emperador les dijo que regresasen. Después de que Tirante se hubo despedido del emperador, se acercó a la excelsa princesa y le preguntó si le mandaba alguna cosa. La princesa se levantó el velo y sus ojos no pudieron dejar de lanzar vivas lágrimas, por cuya razón solamente pudo decir:

—Será. Porque la palabra le faltó y se convirtió en sollozos y suspiros a causa de la partida. Entonces dejó caer el velo sobre la cara para que nadie se enterase.

No se recuerda un caso semejante al que a continuación le ocurrió a Tirante, porque habiéndose despedido de Carmesina, fuera de sí, cayó de la hacanea en la que cabalgaba. El emperador, que lo vio, fue hacia él mientras Tirante hacía como que miraba el pie de su cabalgadura; al llegar a su lado, el emperador le preguntó:

—Capitán, ¿cómo habéis caído?

—Señor —contestó Tirante—, me ha parecido que mi rocín se quejaba, me he bajado un poco para ver su daño y, con el peso del arnés, se ha roto la pernera. Pero no es cosa de admirar que un hombre caiga, porque si un caballo de cuatro patas puede caer, ¿cuánto más un hombre que solamente tiene dos?

De nuevo volvió a cabalgar y cada uno siguió su camino.

Capítulo XVII. Las batallas que Tirante hizo por mar

Tirante llegó al castillo de Malveí con el condestable y, apenas estuvo allí, ordenó a Diafebus que, con la mitad de la gente, fuese a guardar el campo.

—Yo, por mi parte —dijo Tirante—, iré al puerto donde están las naves y haré que las descarguen. Si veo que no hay bastantes provisiones, haré que regresen a la ciudad, a Rodas o a Chipre.

Cuando Tirante llegó al puerto, encontró las naves casi descargadas. Todos se alegraron mucho de su llegada y le dijeron que las siete naves genovesas habían entrado en el puerto de Bellpuig.

Entonces cogieron una barca de pesca, la armaron y la enviaron para ver cuánta gente, más o menos, había llegado y cuántas embarcaciones había en el puerto. A la mañana siguiente, volvió la barca e informó de que habían venido siete grandes naves, que habían desembarcado a los caballos y a la gente y que en aquel momento comenzaban a descargar el trigo y otros víveres.

—Por el Señor que sostiene el mundo —dijo Tirante—, puesto que ya han desembarcado los caballos, yo haré todo lo que pueda por comer de aquel trigo.

Al instante, hizo preparar las naves donde colocó muchos hombres de armas y muchos ballesteros. Tirante partió con ellas y se hizo a la mar aquella noche. De un puerto al otro no había más de treinta millas. Tan pronto como llegó el día, los de tierra descubrieron las cinco naves de Tirante y pensaron que se trataba de las que venían con el Gran Caramán, de forma que no se preocuparon.

Las naves se acercaron, entraron en el puerto y cada una embistió contra otra de las del enemigo. Cuando las hubieron tomado, embistieron a las dos que quedaban. No les costó mucho hacerse con todas las naves porque allí permanecía muy poca gente. Sacaron las naves del puerto todas cargadas de trigo y avena, de bueyes salados y de vino de Chipre, y estos víveres fueron de mucho provecho para los cristianos, porque a

causa de la guerra estaban faltos de trigo y de carne, y todo lo tenían que recibir por mar. Tirante dio trigo al señor de Malveí y el resto lo hizo llevar al campo de batalla, a la ciudad de San Jorge.

Cuando Tirante venía con las naves, habló con los turcos que había en ellas y les pidió noticias de Turquía para comprobar si lo que le había dicho Ciprés de Paterno era cierto. Aquéllos se lo confirmaron y, además, le dijeron que, acompañando a la hija del Gran Caramán, venían muchas doncellas y la esposa del hijo del Gran Turco. Uno de los turcos comentó:

—Yo vi vestir un día a la hija del Gran Caramán con una aljuba bordada de piedras finas que estimaban que valía más que una gran ciudad. Vienen veinticinco esposadas para grandes señores y la mujer del rey de Capadocia, cada una con su ajuar. Al llegar al puerto, nos dijeron que había venido un diablo francés a capitanear a los griegos, que gana todas las batallas y que se llama Tirante. A fe mía que él puede haber realizado excelentes hechos, pero su nombre es vil y feo, ya que Tirante quiere decir usurpador de bienes o, por decirlo más correctamente, ladrón. Y se cree que, según el nombre, han de ser sus obras, ya que se dice que no osa combatir cuerpo a cuerpo con el rey de Egipto y que decía que estaba enamorado de la hija del emperador. También se comenta que cuando haya vencido las batallas, dejará preñada a la hija, después a la mujer y seguidamente matará el emperador, porque así suelen hacerlo los franceses, que son muy mala gente. Estaos seguros de que, si lo dejan vivir mucho tiempo, él se hará emperador.

—Por mi fe —contestó Tirante— que tú dices una gran verdad: estos franceses son muy mala gente. Pero aún hará más de lo que tú dices, ya que es muy ladrón y va por los caminos a robar; seguro que preñará a la hija del emperador y se hará con la señoría, y una vez conseguido esto, ¿quién le podrá impedir que deshonre a todas las doncellas?

—¡Buena Pascua os dé Dios! —dijo el marinero—, porque como lo conocéis bien, sabéis la gran traición que ha hecho y que hará.

Hipólito, que se hallaba allí, desenvainó la espada para arrancarle la cabeza, pero Tirante se levantó inmediatamente y se la quitó de la mano. Tirante continuó hablando con él, y el marinero añadió:

—Juro, por el agua con que me bauticé, que si pudiese hacerme con él, lo colgaría del palo más alto de la nave.

Tirante reía mucho y le hacía mucha gracia lo que decía el marinero. En agradecimiento, el capitán le dio un jubón de seda y treinta ducados y, cuando llegaron a tierra, lo puso en libertad. ¡Imaginaos cómo se debió quedar el mezquino del marinero cuando se enteró de que aquél era Tirante! Se arrodilló a sus pies y le pidió perdón. Tirante le perdonó y dijo:

—Es conveniente dar a los malos para que digan bien y a los buenos para que no digan mal.

Entonces Tirante reunió a los marineros y les pidió su parecer sobre cómo podrían obtener la victoria sobre los turcos. Uno de los marineros dijo:

—Es sabido que los turcos vienen con veintitrés grandes naves genovesas en las cuales traen tanta gente y en tan gran número que aunque viniese aquí la mitad de todas las fuerzas cristianas juntas no los podrían vencer. Nosotros tenemos doce naves y tres galeras y ellos, además de las naves, traen cuatro balleneros y dos naves ligeras. Por esto os aconsejamos que no os empeñéis en hacer batallas por mar, porque no son como las de tierra, ya que cuando se cierran las escotillas, no se puede huir.

Entonces se levantó el marinero que había hablado mal de Tirante, que se llamaba Galanzón y era de Esclavonia, y dijo:

—Señor capitán, no os debéis de extrañar de mis primeras palabras, porque yo era enemigo de vuestra patria desde hace muchos años. Pero ya que he conocido la virtud de vuestra señoría, me ha desaparecido la ira que tenía contra los franceses, porque me veía preso y gracias a vos he obtenido la libertad. Es por eso que quiero daros un consejo de marinero y pienso que con él podréis obtener la victoria. Como son cerca de treinta naves, si vos tenéis doce y cuatro galeras, es conveniente que las hagáis descargar, para que vayan ligeras. Las de ellos, como vienen cargadas, no podrán aventajar en rapidez a las vuestras, y vos podréis tomar o dejar la batalla según os convenga.

—¡De acuerdo! —decidió Tirante—. No necesito oír nada más: hagamos descargar las naves y preparemos todo lo que necesitamos.

Entonces Tirante fue al castillo de Malveí y a la mañana siguiente se dirigió al campo de batalla. Mucho se alegraron los del campo de su venida y le dijeron que los turcos habían llegado una mañana al alba con siete mil

hombres a caballo. También le informaron de que el marqués de Próxita había salido con gran desorden y había atacado el primero, con la confianza de que sus hombres lo socorrerían.

—Y fue todo lo contrario: cuando vieron que eran pocos, se lanzaron sobre el marqués, lo mataron y lo cortaron a piezas; después vinieron al lado de la muralla y toda la gente, espantada, se refugió dentro de la ciudad. En total han muerto ciento ochenta hombres.

—¡Válgame Santa María! —dijo Tirante—. ¿A quién se le ocurre salir? Y vos, marqués de San Jorge, que habéis perdido las muelas en la guerra, ¿lo dejasteis salir? ¿Por qué no hicisteis destapar las acequias, como habíais dicho, y hubieran sido vuestros? Pero ¿queréis que os diga una cosa? La virtud y el poder no están en las riquezas, sino en el ánimo virtuoso y en el ingenio.

Así estuvieron hablando durante un rato. Finalmente Tirante pidió al condestable que eligiese los mejores dos mil hombres del campo. Diafebus se fue, pero pensó en lo que Tirante le había dicho, regresó y le dijo:

—Me habéis pedido los mejores hombres. Pero ¿quién puede saber cuáles son buenos y cuáles malos, quién es esforzado y quién no?

—Pues, ya que no lo sabéis —respondió el capitán—, yo os lo demostraré. Haced tocar la alarma, decid que vienen los enemigos y, cuando lleguen al campo, hacedlos descabargar e id tocando las espuelas: si las llevan flojas, dejadlos en paz; si las llevan ajustadas es seguro que son buenos y virtuosos en las armas.

Ya se iba, pero aún volvió y preguntó:

—Y los hombres de a pie, que no llevan espuelas ¿cómo los conoceré?

—De forma semejante —respondió Tirante—. Haced que vuestros ayudantes les toquen los faldones para saber si los llevan flojos o estirados. Y de ahora en adelante, aprended a distinguir el grano entre la paja.

Cuando el capitán estaba a punto de partir con la gente que el condestable había elegido, llegó el prior de San Juan y dijo:

—Señor capitán, he sabido que no os conformáis con las siete naves que habéis tomado y que queréis volver al mar. Os pido que me hagáis el favor de dejarme ir con vos.

Tirante estuvo de acuerdo. Cuando llegaron al puerto, el capitán encontró las naves descargadas y preparadas. Entonces Galanzón le dijo:

—Señor capitán, me parece que vuestra señoría tendría que enviar dos galeras a alta mar para que, cuando viesen la escuadra enemiga, una regresara y la otra siguiese a la nave del Gran Caramán, porque si pudieseis tomar aquélla, tendríais mucha riqueza y gran honor.

—¿Cómo sabrán —preguntó Tirante— que es la nave en la que va el Gran Caramán?

—Señor —contestó el marinero—, porque lleva las velas rojas y pintadas con sus armas, porque todas las cuerdas son de seda y el castillo de popa es de brocado. Ha preparado así su nave para hacer gala de su magnificencia, porque en ella lleva a su hija y porque no ha ido nunca por mar.

El capitán siguió el consejo de Galanzón y mandó que la nave que tenía que seguir a la escuadra llevase una linterna con una luz encendida en el toldo de popa durante la noche. Los barones de Sicilia, habiendo dejado al emperador en su ciudad y después de descansar dos días, volvieron al campo. Al llegar al castillo de Malveí encontraron muchos carros que llevaban bombardas hacia el puerto. Cuando supieron que el capitán se hallaba en el puerto, fueron hasta allí y le pidieron que les permitiese ir con él. Tirante se lo agradeció, porque eran hombres de isla y estaban acostumbrados a navegar. Ya todo a punto, organizó a sus capitanes e hizo embarcar a muchos hombres de armas y ballesteros.

Muy pronto vieron venir una galera a vela y a remos y pensaron que era la que anunciaba que venían las naves de los enemigos. Ya era casi la hora de vísperas cuando las naves se encontraban a la vista desde el puerto. Entonces salió la nave del capitán y, cuando la vio, los turcos mostraron una gran alegría, porque pensaban que ya era suya. Tanto lo creyeron que el Gran Caramán hizo salir a su hija y a todas las demás damas a cubierta para que mirasen la nave que estaban seguros de tomar enseguida. Unos instantes después, salió la nave del señor de la Pantanalea, y a

continuación la del duque de Messina, y la alegría de los turcos y de los genoveses aumentó tanto que el Gran Caramán dijo a su hija:

—Elige una de aquellas tres naves, porque te la doy.

Ella pidió la que había visto en primer lugar. Al poco tiempo, salió la nave del señor de Agramunt, la de Hipólito y seguidamente y en orden, todas las demás. Ya era noche oscura cuando salió el prior de San Jorge, que iba el último porque era el capitán de la retaguardia. Al ver las doce naves, los genoveses se admiraron mucho y se preguntaron de dónde habían salido. Después salieron los balleneros, las naves y, finalmente, las barcas de los pescadores. Las embarcaciones que no tenían árbol, levantaron un gran bastón o un remo, lo ataron fuertemente y en la parte de arriba pusieron una luz dentro de un farol. Lo mismo hizo el resto de las embarcaciones, de forma que se podían contar setenta y cuatro. Cuando los enemigos vieron tantas luces, creyeron que todas eran naves y dijeron:

—No hay duda de que el maestre de Rodas, el rey de Sicilia y los venecianos han preparado una gran armada y vienen a prendernos.

Ésta fue la razón por la que decidieron huir y volver a Turquía. Una de las naves genovesas sacó un farol tres veces y ésta fue la señal: todas las naves giraron y se dieron a la fuga. Unas tomaron la vía de levante, otras, la de poniente, otras, la de mediodía y otras, la de tramontana. La galera que Tirante había mandado que siempre llevase una luz encendida, nunca se alejó de la nave del Gran Caramán, que hizo la vía de Chipre con la intención de pasar a las islas y, si podían, desembarcar en Alejandría, pensando que no la seguiría ninguna nave, aunque se preguntaban de quién sería la galera. La nave de Tirante, por su parte, siguió a la galera a toda vela.

Al llegar la mañana, Tirante no vio ninguna de sus naves, pero divisó la del Gran Caramán y, casi a mediodía, la pudo embestir. El combate que se estableció fue muy fuerte: los turcos lanzaron tantas piedras que casi no podían caminar por la nave. La del capitán lanzaba muchas ballestas, y en la primera batalla hubo muchos heridos y muertos. Pero no penséis que la galera osaba acercarse. Pasada la primera batalla, descansaron durante media hora. Después unos y otros volvieron bravamente al combate: los turcos les echaban mucha cal, para que les cegase la vista, y después aceite hirviendo en cazos; y unos y otros echaban pez griega hirviendo de forma que, ni de noche ni de día, tenían descanso. Mucha fue la gente que

murió en aquellas dos naves y tantas eran las lanzas rotas, los paveses, los dardos, las flechas y los pasadores, que los cuerpos muertos que echaban al mar no se podían hundir bajo del agua.

Dejémosles combatir, de momento, y veamos qué hacen los otros barones y caballeros. Como Tirante hizo apagar su luz, las otras once naves no vieron dónde iba. Pero cuando comprobaron que tenían diez de las del enemigo a tiro de bombardas, se afrenillaron las unas con las otras, o sea, se amarraron para formar una escuadra compacta. Hipólito no quiso acercarse a ninguna, sino que se separó un poco. Entonces vio que la nave del señor de la Pantanalea estaba en peligro, porque habían subido a ella casi todos los turcos de una de las naves enemigas, y fue a socorrerla. Una vez que hubo socorrido a la nave en peligro, regresó a la suya para ayudar a aquéllos que lo necesitaban. El señor de la Pantanalea, de esta forma, pudo tomar la nave que lo había atacado e hizo subir en ella a la mitad de su gente. Inmediatamente persiguió a otra que huía y, como eran dos contra una, también la tomó, de forma que en poco tiempo ya tenía tres: la suya y dos de los turcos.

Tan bien combatieron las once naves cristianas que pudieron apresar, en total, catorce de las enemigas e hicieron encallar a dos más. El resto de las naves turcas salieron huyendo.

Veamos ahora qué hace Tirante.

En total, hicieron veintisiete batallas y estuvieron combatiendo desde el mediodía hasta que al día siguiente el sol se puso, sin descansar ni siquiera durante la noche. Tirante, desamparado de toda ayuda, apartando todo el temor y sin dejar de golpear, no paraba de repetir:

—Te apresaré o moriré.

En una de las batallas Tirante fue herido en el brazo de un golpe de pasador y, queriendo subir al castillo de proa, le dieron con una flecha en el muslo. En aquel momento tres turcos saltaron dentro del castillo de proa, pero en cuanto estuvieron dentro, fueron inmediatamente lanzados al agua. Cuando el Gran Caramán vio que tenía la batalla perdida, hizo subir la caja del dinero, las joyas y las ropas y la ató a un cabo de una cuerda de oro y seda; después hizo que su hija se vistiese con una aljuba de brocado de oro, le ató el otro cabo de la cuerda al cuello y la lanzó al mar. A continuación lanzó a todas las demás mujeres que había dentro de la

nave. Entonces él y el rey de la soberana India entraron en la habitación donde solía estar su hija, pusieron la cabeza sobre la cama y se cubrieron a esperar la muerte que seguro les darían.

Una vez la nave fue presa, Tirante pasó a ella, herido como estaba, y preguntó qué había pasado con el Gran Caramán.

—Señor capitán —dijo un gentilhombre que venía en la nave de Tirante y que fue el primero que entró en la de los turcos—, el miedo de la batalla es más fuerte que la batalla misma. En una habitación está escondido con la cabeza cubierta y esperando la muerte, y con él está el soberano de la India.

—Hacedlos subir aquí —dijo el capitán—, que quiero hablar con ellos.

Pero el Gran Caramán no quiso ir, sino que dijo que prefería morir en la habitación de su hija que en cubierta.

—No lo hagamos —dijo el rey—, subamos y moriremos como caballeros.

Pero aquél se negaba con persistencia, hasta que el gentilhombre se vio obligado a utilizar la fuerza. Subieron a la cubierta y Tirante les hizo el honor que como reyes se merecían. Les hizo sentarse y él se puso de pie, pero como la herida del muslo no se lo permitía, mandó que le trajesen un asiento y se sentó delante de ellos. Entonces, con gran benignidad y cara muy afable les dijo:

—Nobles reyes y animosos caballeros, a la divina majestad ha placido darnos victoria, no porque haya fallado vuestro ánimo viril, sino porque Nuestro Señor Dios infinito, mirando vuestra crueldad y que inicua y tiranamente queréis destruir todo el imperio griego, ha querido favorecernos dándonos una fuerza tan grande que hemos podido vencer y someter a vuestras personas. Pero, aunque vuestra crueldad ha sido tan grande, especialmente la vuestra, Gran Caramán, que con una cruel falta de humanidad habéis dado muerte a vuestra hija, la clemencia del señor emperador es tanta que os perdonará la vida, no por vuestros méritos sino por su gran virtud y bondad.

El Gran Caramán, al acabar Tirante, comenzó a decir las palabras siguientes:

—Antes desearía la muerte que vivir bajo el miserable yugo de tu servidumbre. Ya que Dios te ha permitido la victoria, te quiero rogar que lo que quieras hacer de mí, lo hagas sin tardar, porque es peor la duda de la muerte que la muerte misma. Dices que he sido asesino de mi hija, pero de esto no tengo que dar cuenta ni a ti ni a ningún otro, ya que creo que he hecho lo que debía. Tampoco quiero que nadie se pueda aprovechar de las joyas y del tesoro. Te tengo que decir que estoy dispuesto a ofrecer mi cuerpo a la amarga mar o a la tierra, antes que hacer lo que tú me pidas. Pero no pienses que los caballeros y gentilhombres de mi tierra son menos diestros en las batallas que los franceses y, si me concedes la libertad, te mostraré qué grande es la ofensa que has hecho a un rey como yo, que señoreo sobre otros reyes.

Tirante no quiso satisfacer las palabras del Gran Caramán, sino que les rogó que pasasen a su nave, cosa que hicieron a su pesar. Cuando estuvieron dentro, distribuyó la poca gente que quedaba e izaron vela. Al destapar los imbornales de la nave, salía tan gran reguero de sangre que parecía que la nave fuese llena. Nunca se había oído decir que se hubiese producido una batalla tan fuerte ni tan sangrienta en el mar, porque en la de los turcos no quedó ni un alma viva, excepto las de los dos reyes, y en la del capitán, solamente quedaron cincuenta y cuatro y dieciséis heridos de las cuatrocientas ochenta personas que habían partido.

Cuando Tirante llegó al puerto de Transimeno vieron los balleneros que venían con la escuadra de los turcos y que entraban en el puerto de Bellpuig, huyendo y gritando. Al llegar, con mucho dolor, informaron sobre la muerte de los reyes y la innumerable pérdida de gente. El sultán y los otros se lamentaron muy amargamente: lloraban, plañían y estaban muy admirados de ver que un extranjero había obtenido tan gloriosas victorias. Entonces, a causa de la ira que sentían, decidieron presentar batalla a la gente del campo.

Libraron dos batallas con tan gran éxito que encerraron a los cristianos dentro de los muros de la ciudad, encarcelaron al conde de Burguenza y al de Malatesta y mataron muchos cristianos. En señal de la victoria obtenida, pidieron los cuerpos de los muertos. A pesar de eso, los turcos pidieron treguas o la paz, si lo preferían, no por ganas sino por el temor a enfrentarse en más batallas.

Al llegar Tirante al puerto, encontró muchas naves de los suyos y muchas de las que habían tomado. Previamente, el prior de San Juan, cuando vio

que el capitán no estaba allí, volvió con sus hombres a buscarlo, pero no lo encontraron y regresaron dos días después de que Tirante hubiese llegado al puerto. Únicamente faltaba Hipólito, el cual, cuando vio que su señor no estaba allí, pensó que se había dirigido a Turquía y mandó al naucher que se dirigieran hacia allá. Y aunque no halló al capitán, se encontró una de las naves de la escuadra enemiga, la cual huyó y llegó a una isla despoblada. Como el viento era de proa, lo tenían en contra y tuvieron que dejar la nave para llegar a tierra con la barca y el falucho.

Cuando Hipólito llegó a la nave no encontró a nadie, pero como era muy rica se la llevó. Al comprobar el capitán que faltaba Hipólito, hizo partir tres naves para buscarlo y no transcurrió mucho tiempo hasta que lo encontraron viniendo con la nave que había apresado. Al saberlo el capitán se alegró mucho. La verdad es que Hipólito era un valentísimo caballero, liberal y de ánimo esforzado que durante toda su vida hizo singulares actos y siempre quiso imitar a su maestro y señor.

El señor de Malveí, o sea, Hipólito, al saber que Tirante había vuelto con tan gran triunfo, se alegró mucho, cabalgó y fue a verlo. Pero antes de partir mandó a un hombre para informar al emperador de la victoria y a otro para avisar a los del campo de batalla. Cuando el emperador se enteró, hizo voltear todas las campanas de la ciudad, se colocaron grandes luminarias y se hicieron grandes fiestas: todos estaban admirados de las grandísimas gestas que Tirante hacía.

Al llegar el señor de Malveí donde estaba Tirante, le aconsejó que él mismo fuese delante del emperador con todo aquello que había tomado. Tirante aceptó de buena gana, porque deseaba ver a la princesa y hablar con ella. Y con esta intención se prepararon y se hicieron a la mar. Al llegar a las cercanías de la ciudad de Constantinopla, comunicaron al emperador que venía su capitán con una gran escuadra de naves. Él ya no sabía qué fiesta ni qué honor podía hacerle; pero, a pesar de ello, mandó construir un gran puente de madera que entraba dentro del agua más de treinta pasos, todo cubierto de magníficos tejidos de raso. También hizo colocar en el centro del gran mercado un gran estrado, todo cubierto de piezas de brocado y de seda para él, la emperatriz, la princesa y todas las doncellas; desde el estrado hasta el puente hizo poner piezas de terciopelo carmesí para que su capitán no tocase los pies en el suelo, sino que caminase sobre la seda.

Al llegar las naves al puerto, la del capitán dirigió la popa hacia el puente

de madera y Tirante salió, después de todos los barones, con el Gran Caramán a la derecha y el soberano de la India a la izquierda. Todo el pueblo fue a recibirlo como si fuese un regalo del cielo y le ofrecieron no solamente honores humanos, sino también divinos. De manera semejante salió el clero, en procesión, con todas las reliquias y todos los prelados, con el deseo de ponerlo en el más alto lugar del paraíso, si en sus manos hubiese estado. De esta forma llegaron al mercado donde lo esperaban el emperador y todas las damas, tanto las de la corte como las de la ciudad.

Al llegar Tirante al estrado, cerca del emperador, se arrodilló y le besó la mano. Entonces dijo al Gran Caramán que se la besase, pero como él respondió que no lo quería hacer, Tirante le pegó con la manopla en la cara tan fuertemente que le obligó a inclinarse a tierra y le dijo:

—Perro, hijo de perro, ahora le besarás el pie y la mano aunque no quieras.

—Lo haré por fuerza, pero nunca por gusto —contestó el Gran Caramán—. Y si tú y yo nos encontrásemos en lugar neutral, te haría saber qué significa eso de tocar la cara de un rey. Tú aún no sabes qué largos son mis brazos, pero te juro por Mahoma, nuestro gran profeta, y por esta barba que, si consigo la libertad, te haré besar los pies de uno de mis negros.

El soberano de la India, por no recibir ningún golpe, puso las rodillas en el duro suelo y le besó la mano y el pie. Entonces Tirante dijo, dirigiéndose al Gran Caramán:

—El noble rey de la soberana India puede hacer la auténtica relación de lo que ha pasado entre nosotros dos. Antes de venir aquí no habías osado llevarme la contraria. ¿Qué habéis visto ahora para que ante la majestad del señor emperador os atreváis a hablar con tan gran ultraje? Os recuerdo que yo no solamente os he subyugado el cuerpo sino que os he vencido el ánimo, y que vos os arrodillasteis, al haber elegido antes la vida que la honesta muerte, y delante de mí dijisteis: «Yo soy tu preso y vos sois mi señor» y en aquel momento yo demostré tener corazón de caballero y os dejé la vida que habíais comprado a un precio tan alto. No se sabe de ninguna otra persona que haya faltado tanto a un rey como lo habéis hecho vos.

Habiendo acabado Tirante sus palabras, el emperador hizo tomar al Gran

Caramán y al rey de la India y los hizo poner en una gran jaula de hierro. Entonces todos bajaron del estrado y fueron a la iglesia de Santa Sofía donde dieron gracias a Dios y a su sacratísima Madre por la gran victoria que habían conseguido. La emperatriz, que acompañaba a Tirante, le dijo:

—Capitán, vos sois el más glorioso hombre que hoy existe en el mundo, porque por vuestra caballería e inmenso ingenio habéis vencido a dos grandes reyes por aumentar vuestra fama en provecho del imperio griego. Ya me habría gustado que hubieseis venido al reino de Alemania, cuando mi padre era emperador de Roma y yo era requerida en amores por mil enamorados. Si entonces os hubiese conocido, entre todos os habría elegido a vos. Pero ahora soy vieja y casada y mi esperanza ha llegado tarde.

De esta forma fueron hablando hasta el palacio, y la princesa, que lo había oído todo, dijo a Tirante:

—La vieja de mi madre tiene piedad de sí misma, porque también le gustaría jugar y el fuego del amor la quema, ya que siente gran impaciencia cuando os ve a vos que sois la flor de todos los caballeros del mundo. Además piensa en la belleza que ha poseído, pero que ya no tiene. Ella presume de que si la hubieseis conocido en su época, habría conseguido vuestro amor. ¡Oh, qué gran locura es desear aquello que razonablemente no se puede tener, arrepentirse de una vida virtuosa y vivir viciosamente los últimos días de su vida!

-¡Oh, reprendedora de los crímenes de amor! —dijo Tirante—. Sois merecedora de mucha pena porque no amáis y, en cambio, sabéis que sois amada. Una actitud como ésta no es propia de una doncella de honor y, mucho menos, de noble linaje.

En esto llegó el emperador y preguntó a Tirante cómo estaba de las heridas. Como el capitán le respondió que tenía un poco de fiebre, el emperador le ordenó que se dirigiese a la posada junto con los médicos. Una vez curado, le aconsejaron que no se levantase de la cama. El emperador le visitaba cada día y mandó a la emperatriz y a su hija que le fuesen a ver por la mañana y por la tarde. La Viuda Reposada, más movida por amor que por piedad, le sirvió continuamente durante su enfermedad.

Volvamos ahora a relatar qué ocurría en el campo de batalla entre los

turcos y los cristianos. Después de que aquéllos hubiesen sabido la cruel batalla entre el capitán y el Gran Caramán y hubiesen hecho presos a los dos condes, muy a menudo venían a la ciudad de San Jorge, mataban y encarcelaban a muchos cristianos y los combatían muy cruelmente. ¡Cuánto dolor sentían los cristianos al pensar que Tirante no estaba con ellos y que tenían que salir a presentar batalla sin él, sin el sabio Diafebus, condestable mayor, y sin el señor de Agramunt! Y en esta necesidad todos reclamaban la presencia del capitán como si fuese un santo, porque todo el ánimo que tenían con la presencia del capitán se había perdido con su ausencia. Por esta razón, hacían oraciones especiales a Nuestro Señor, para que ayudase a Tirante, ya que en él estaba puesta toda su esperanza. Así pues, enviaron una carta al emperador en la que le suplicaron que les enviase a su mesías, Tirante. También le entregaron otra a Tirante que decía lo siguiente:

¡Oh, la más noble espada de virtud que hay en el mundo! Queremos notificar a tu excelencia que vengas a amparar a tus súbditos y servidores. Ten presente que, después de Dios, no queremos a nadie más, excepto a tu señoría, porque toda nuestra esperanza descansa en ti, señor, el mejor de los caballeros. Si entramos en batalla, es trabajo perdido. Por eso tenemos el propósito, de ahora en adelante, de no ir a ninguna batalla sin ti, porque preferimos perder la fama que perdernos a nosotros mismos.

Cuando el emperador hubo leído las cartas y supo la disposición en que se hallaba su gente, dudó entre dar inmediatamente la carta a Tirante o esperar a que sanase completamente. Y en esta deliberación dejó pasar tres días. Después dio la carta a su hija Carmesina para que se la entregase y para que le rogase que, en cuanto pudiese cabalgar, se dirigiese al campo. Cuando la princesa estuvo dentro de la habitación y delante de Tirante, le dijo:

—Flor de los mejores, he aquí cómo todos los de vuestro campo gritan: «¡Hambre, hambre! ¿Dónde está aquel virtuoso caballero que nos solía dar honrosa vida, dónde está aquel vencedor de batallas? Nuestra esperanza está toda perdida si aquel invencible caballero no viene». Os envían esta carta con una nota que dice: «Sea dada al mejor de todos los caballeros».

Entonces Tirante cogió la carta y la leyó. Después la mostró a la emperatriz y a todo el mundo. Entonces la princesa continuó diciendo:

—Podrías conseguir gloriosa fama, noble capitán, si quisieseis ir donde se hacen crueles batallas, porque con vuestra presencia todos los turcos serán vencidos, ya que solamente con vuestra visión quedarán tan temerosos que no podrán ni levantar las manos. Y con esto haréis un gran servicio a la majestad del señor emperador, a la señora emperatriz y a mí. Y si no queréis hacerlo por nosotros, hacedlo por vuestra muy virtuosa bondad.

—No hace falta que vuestra alteza me ruegue nada —contestó Tirante—, porque las peticiones del señor emperador son mandamientos para mí. Por eso su excelencia no me tiene que rogar, sino mandarme como simple servidor suyo. También vuestra celsitud sabe cuánto deseo serviros, ya que no hay cosa que yo pudiese hacer en el mundo que no lo cumpliera si vos me lo mandaseis, aunque tuviese que perder la vida. Podéis decir a la majestad del emperador y de la emperatriz que haré siempre lo que me sea mandado.

En aquel momento le tomó las manos y se las besó, un poco por la fuerza y otro poco con mucho gusto. Después se levantó la emperatriz y se puso al fondo de la habitación a decir sus horas con el salterio. La princesa quedó con Tirante y con las otras damas. Tirante, muy a menudo, cogía las manos de Carmesina y se las besaba, pero ella lo reprendió del tenor siguiente:

—Claramente veo, magnánimo capitán, que tus deseos se encienden contrariamente a mis razones. Me desagrade darte licencia para lo que quieres, porque las cosas que se consiguen sin dificultad pierden su valía. Veo que tus manos son codiciosas y, si yo lo permitiese, sobrepasarían de buena gana el mandato de su señor. Tus uñas no tienen vergüenza, porque la emperatriz está aquí y nos podría ver y, si nos ve, serás tenido como hombre de poca fidelidad y de poca paciencia y te dirá que en paz dejes a su hija. ¡Oh, mala conciencia tendrás si tomas la infidelidad como compañía! Pero me parece que tú debes haber bebido de la fuente donde murió el bello Narciso. Parece que los ruegos que te he hecho de parte del emperador para que vayas a la batalla impiden que pienses en mi amor. Pero yo estoy dispuesta a inclinarme a tus pies para pedirte que el señor, mi padre, sea servido.

—La enojosa fortuna —respondió Tirante— ha dado esfuerzo a los turcos para apartar de mí el mayor bien que ahora puedo poseer: vuestra visión, que es lo único que aligera en parte mi pena. ¿Qué cosa puede ser más

contraria a mi salud que verme ausente de vuestra alteza? Siempre he oído decir que las batallas hieren, mientras que cantar y bailar place. Por esto vuestra alteza tendría que buscar la muerte para los enemigos y no para aquél que os desea servir. ¿Quién será aquél que sea digno de tanto bien? Yo soy aquel Tirante, merecedor de tocar y poseer las virtudes de la serenísima Carmesina. Pero si vuestra majestad está enojada, aquél a quien forzáis a vivir sin vos, forzadlo a que muera por vos. Me parece que de mis huesos huye la virtud, pero me sostiene la esperanza del corazón. Esto que digo no me nace sino del amor, porque no he vivido ni vivo sino en pena, y por eso digo que prefiero quedarme y no ir, para poder ver todos los días a vuestra celsitud.

En esto vinieron los médicos. La emperatriz, que había terminado sus oraciones, se acercó y les preguntó cuándo darían licencia al capitán para poder ir hasta palacio, y los médicos respondieron que en tres o cuatro días. Poco después se fueron todas las damas. Una vez la princesa estuvo dentro de su habitación y, mientras pensaba en las razones que Tirante le había dicho, le vino una gran ternura a su corazón por exceso del amor que sentía por Tirante y cayó desmayada al suelo. Al verla, sus doncellas empezaron a gritar tan fuertemente que el emperador se enteró y fue hasta allí tan rápidamente como pudo, pensando que el mundo se hundía. Cuando encontró a su hija en el suelo, se acercó a ella mostrando un inmenso dolor. La madre había puesto la cabeza de la hija sobre su falda y daba tan grandes y afligidos gritos, que fue oída por todo el palacio. Entonces un caballero fue a llamar a los médicos que estaban en la posada de Tirante y secretamente les dijo:

—¡Daos prisa, señores, que la princesa está en tal punto que tendréis bastante si llegáis a tiempo de encontrárosela viva!

Los médicos fueron rápidamente a la habitación de la princesa. El corazón de Tirante, por su parte, presintió que alguna cosa le había ocurrido a Carmesina. Inmediatamente se levantó y, enfermo como estaba, se dirigió a la habitación de la princesa y la encontró acostada en la cama cuando ya volvía en sí. El emperador, al haber comprobado que su hija ya estaba mejor, se fue a su alojamiento con la emperatriz y con los médicos. Tirante entró en la habitación, se acercó a ella muy alterado y, con voz piadosa, comenzó a decirle:

—Nunca había sentido mayor dolor que el que siento ahora cuando creí haber perdido el mayor bien que en este mundo tengo firme esperanza de

poseer. Estoy ansioso por saber qué os ha ocasionado tanto padecimiento. Si el mal pudiese tomar armas, yo os juro que combatiría con él y que le infligiría tal castigo que nunca más atormentaría a vuestra majestad. La bondad divina ha tenido piedad de mí y ha aceptado mis plegarias, aunque yo sea un gran pecador. Vos sois el premio de mi victoria y para mí es peor la vida que la muerte si veo que la celsitud vuestra se encuentra en este punto.

La princesa no tardó en responderle:

—Te ruego Tirante, señor mío, que no consientas que mi esperanza sea cosa vana, porque de mi mal solamente tú has sido el causante y, si el mal me asaltó, fue por el pensamiento de tu amor. El amor puede más en mí de lo que yo querría, aunque preferiría que nuestro amor se mantuviese en secreto hasta que tengamos la posibilidad de no sentir temor. Pero ¿quién puede esconder el fuego para que de su gran llama no salga humo? Te digo palabras que son mensajeras del alma y del corazón y, por eso, te suplico que vayas al emperador y que no sepa que me has visto a mí primero.

Entonces puso la cabeza bajo la ropa, pidió a Tirante que pusiese la suya y le dijo:

—Bésame los pechos para consuelo mío y descanso tuyo.

Él lo hizo de muy buena gana. Después le besó los ojos y la cara. A continuación se fue muy satisfecho a la habitación del emperador y, cuando los médicos lo vieron, lo reprendieron mucho porque se había levantado sin su consentimiento. Pero Tirante les respondió:

—Aunque supiese que iba a perder la vida, no dejaría de venir ante la majestad del señor emperador por nada del mundo. Cuando os vi partir con tanta prisa, no podía imaginar más que mi señor me necesitaba urgentemente.

Entonces el emperador respondió:

—Recobrada la salud de mi hija Carmesina, os tengo que decir que el dolor que he sentido ha sido tan grande como el de aquél que no tiene más que un ojo y medio y pierde el ojo. ¡Pensad qué tipo de consuelo podría tener en tal caso mi alma! No tenía más que dos hijas y una, que es

la mujer del rey de Hungría, la tengo medio perdida y no la puedo ver ni oír; la otra, por lo tanto, es todo mi bien. Y cuando la vi casi muerta pensé morir de tanto dolor, pero ahora loo y agradezco a Dios que nos haya querido liberar de la muerte a ella y a mí. Os ruego, capitán, que la vayáis a visitar, porque seguro que se alegrará mucho de veros.

Y continuaron hablando de muchas cosas, pero los médicos aconsejaron a Tirante que se dirigiese a su posada.

—Mi deseo —comentó Tirante— es poder estar cerca de la majestad del señor emperador en la necesidad.

El emperador le agradeció mucho su buena voluntad y le aconsejó que hiciese lo que le indicaban los médicos, pero que pasase primero a visitar a su hija Carmesina.

Cuando Tirante estuvo en la habitación de la princesa, encontró a la emperatriz y estuvieron hablando de su enfermedad. Habiendo visto Tirante que no podía hablar a solas con Carmesina y pensando que podían venir los médicos, se vio forzado a irse y, cuando se despidió, dejó a la princesa con grandes suspiros. La galante Estefanía lo acompañó hasta el rellano de la escalera y le dijo:

—Señor Tirante, dadme remedio o dadme la muerte y enterrad mis miembros mojados con mis lágrimas en el medio del camino por donde pasará el bienaventurado señor condestable, el cual entonces podrá decir: «Aquí yace aquélla que me solía amar extremadamente». Soy merecedora de este premio, porque tiemblo como las delgadas aristas del trigo que son movidas por el suave viento ábrego. La sangre huye de mí mientras que el calor desampara mi corazón y mi cuerpo. ¿Qué he hecho yo para que los crueles hados me persigan? ¿Por qué pecado tengo que encontrarme lejos de aquél que tantos males me hace pasar? Decidme, capitán, ¿podré liberarme de este dolor que tanto me atormenta? Entonces Tirante le respondió con las palabras siguientes: —La lengua manifiesta lo que el corazón desea y el caballero tiene que seguir su camino y ejercitar las armas, que son su heredad, porque si no lo hiciese sería despreciado por los buenos caballeros de honor. Si vuestros ojos hubiesen visto la gran discreción que tiene el condestable en las batallas, tendríais paciencia y consideraríais el honor que él puede conseguir cumpliendo con su cargo. Pero, señora, yo os diré qué ocurrirá. Ya habéis visto que la señora princesa me ha mandado que vaya a ejercer mi oficio. Cuando llegue,

incluso si él se encuentra en el vientre de un pescado, os lo sacaré y os lo enviaré.

Muy contenta quedó la duquesa de estas palabras y Tirante regresó a la posada, donde encontró que los médicos lo estaban esperando. Le hicieron acostarse, le miraron las heridas y comprobaron que las tenía muy alteradas porque, estando con la princesa, se le habían inflamado a causa del gran amor que sentía por ella. Como la curación de las heridas fue larga, los del campo estaban desesperados por su tardanza.

Capítulo XVIII. El Sultán envía embajadores para pedir treguas y la mano de la princesa

Durante aquellos días, el sultán envió a sus embajadores al campo de batalla a hacer tratos con Tirante pero, cuando llegaron, no lo encontraron. Este hecho les dolió mucho y, mediante un correo, avisaron al emperador. Éste les mandó decir que viniesen donde él se hallaba porque, como es sabido, un príncipe no puede denegar la visita a ninguna embajada. Al llegar los embajadores a la ciudad de Constantinopla, Tirante ya estaba en buena disposición y cada día iba a palacio para hablar de su partida. Por esta razón, el emperador, al saber que venían los embajadores, no permitió que Tirante partiese. El día en que llegaron, el emperador hizo salir a los personajes más importantes de su corte a recibirlos y el capitán mismo fue hasta el portal de la ciudad. Cuando Abdalá Salomón vio a Tirante, bajó del caballo y se arrodilló, le hizo un gran honor y le dio infinitas gracias porque lo había liberado cuando cayó preso cerca del río de Transimeno. El capitán le hizo subir a caballo y ambos fueron en presencia del emperador, quien le hizo un gran honor porque con él venía como embajador el rey de Armenia, que era hermano del Gran Caramán.

Entonces hicieron hablar a Abdalá Salomón y éste dijo:

—Hemos sido enviados aquí, majestad, de parte del gran sultán de Babilonia, del Gran Turco, del señor de las Indias y de todos los otros reyes que se hallan en su campo, por tres razones, aparte del deseo que tienen de saber vuestro estado de salud. Las razones son éstas: la primera, pedirnos treguas de tres meses por mar y por tierra; la segunda, saber si queréis poner precio de rescate por el Gran Caramán, ya que estamos dispuestos a dar tres veces su peso en oro, y más aún porque, una vez acabado de pesar, añadiremos tantas piedras preciosas que quedaréis admirado. Por el soberano de la India os pagaremos su peso y la mitad. Aquí tenéis la tercera razón: se trata de pactar la paz entre vosotros de forma que uno y otro seáis como padre e hijo; como prueba de esta concordia, le tendríais que conceder a vuestra hija Carmesina por mujer, pero con la condición siguiente: si nace un hijo, tendrá que seguir la secta de nuestro santo profeta Mahoma; si es hija, podrá vivir en la ley

cristiana. El sultán, por su parte, como dote del referido matrimonio, os restituirá todas las ciudades, villas y castillos que ha tomado dentro de vuestro imperio.

Cuando hubo terminado de hablar, el emperador se levantó de donde estaba sentado y entró en una sala con el capitán y con los del consejo y acordaron otorgar las treguas, a causa de la enfermedad de Tirante. Entonces hizo entrar a los embajadores y les dijo que, por amor y deferencia al gran sultán, aceptaban las paces por tres meses, pero que las otras cosas del acuerdo quedaban en el aire. Firmadas las treguas, fueron hechas públicas por los dos bandos. Muchos consejeros, con tal de conseguir la paz, loaron el matrimonio de la princesa, de tal forma que el alma de Tirante no se sentía segura. Un día, estando Tirante en la habitación de la princesa y en presencia de las doncellas, comenzó a lamentarse de la siguiente forma:

—¡Oh, cómo me tengo por infortunado por haber venido aquí, ya que veo que dos contrarios han juntado su voluntad y deniegan su derecho a quien lo tiene! ¡Oh, cruel Tirante! ¿Por qué dudas en morir cuando ves el padre unido con su consejo contra la excelsa persona de su hija? ¡Que haya de ser sometida a un moro enemigo de Dios y de nuestra ley! Tanta belleza, virtud y gracia y tan gran linaje, ¿han de ser enterrados? Si a mí me fuese permitido referir las perfecciones que posee la señora princesa, que amo y que deseo servir, la tendría que comparar a una diosa. ¡Oh, cruel mensajero! Yo que te tuve prendido, si hubiese sabido que me habías de enojar tanto, no te habría perdonado la vida ni puesto en libertad. ¿Por qué inicias deliberadamente tan crueles batallas? ¡Oh, Abdalá Salomón! Has de saber que, aunque no cometes crueldad contra la princesa, la cometes contra mí. Pero ¿qué haríais si no supieses que es el amor? ¡Bienaventurada es la muerte que da remedio a todos los males! Yo, doncellas, no sé qué dolor es más grande. Aconsejadme vosotras qué me es más necesario: si estar cerca o lejos de aquello que más amo. Porque si la alteza vuestra se fuese, la pena del deseo que yo sentiré al no poder veros, será como la de Tántalo que eternamente quería tomar las manzanas que le huían y seguir con la boca el agua que se le escapaba. ¿Qué puedo hacer, pues? Si vuestra majestad se va, yo mismo me daré la muerte y ésta será la señal que demostrará que sin ficción amaba a vuestra celsitud más que a mí mismo.

Pero la princesa no tardó en responderle:

—Si la fortuna te ha encargado ser el juez de mi salud, mi vida y mi muerte están en tus manos. Y está claro que pondrías de manifiesto tu gran virtud si consiguieses que yo fuese tuya en premio a tus trabajos. ¿Cómo puedes pensar que mi persona se pudiese someter a un moro y que mi corazón, tan alto y generoso, se inclinase a ser amigo de un perro, uno de aquéllos que tienen tantas mujeres como quieren y ninguna de ellas es mujer, porque las pueden dejar siempre que quieran? Muchos magnánimos reyes del mundo me han deseado como esposa y yo siempre me he negado. Por esto, si yo aceptase ahora, demostraría que me he vuelto loca o que he perdido todo el juicio. Dudas de que mi padre pueda concordar con los del consejo, pero no tengas tal temor, porque toda la firmeza del emperador está en mi lengua, en el hecho de que yo diga sí o no. Pero la esperanza de tu amor no es firme, porque tienes poca fe. Aparta de ti, virtuoso caballero, todos estos pensamientos y fíate de tu Carmesina, ya que ella será segura defensa de todos tus derechos, de la misma forma que tú defiendes y has defendido los suyos.

Estando en estos razonamientos llegó la emperatriz y les preguntó de qué hablaban. Tirante respondió:

—Hablabamos de aquellos embajadores que han tenido la loca presunción de pedir que la señora princesa sea mujer de un perro, hijo de can; porque si ha renegado de su Dios y Señor, ¿no renegará también de su mujer, si la tiene? Sí, señora, así lo hará. Y cuando la tenga en su tierra y le dé mala vida, ¿quién la defenderá? ¿A quién podrá pedir socorro? A su padre no lo podrá hacer a causa de su edad; ni tampoco a su madre, porque las mujeres tienen miedo y no osan cruzar el mar. Cuando pienso en estas cosas, mi alma llora gotas de sangre y un sudor frío hiela todo mi corazón. Solamente oírlo ofende tanto a mis oídos que antes deseo morir que ver que se puede amar antes a un moro renegado que a un caballero de su tierra.

No tardó la emperatriz en consolar a Tirante diciéndole:

—Una causa injusta y una sentencia falsa rápidamente son revocadas. Estos embajadores vienen con la malicia por delante y querrían hacer lo que a ellos conviene. Dejad que el emperador sea aconsejado, porque la decisión es cosa de mi hija y mía. Por esto, virtuoso capitán, ya que veo que conocéis lo que se tiene que hacer y lo que no, poneos de parte nuestra. Pero si me hacen que saque la gonela de paciencia, yo os

aseguro que quienes aconsejen mal al emperador tendrán una penitencia tal que será castigo para ellos y ejemplo para los otros. Pero, dejemos estas razones, porque solamente os podría hablar de dolor. Y como tu caballería, virtuoso capitán, es digna de toda razón, antes daría a mi hija a un marido que fuese conocido y animoso, aunque fuese un pobre caballero, que darla al más alto señor del mundo si fuese cobarde y mezquino. Que nadie piense que la dejaría partir, porque para ella quiero un caballero que sea valentísimo y que sepa ganar y adquirir honor para sí y para los suyos.

—Señora —dijo la princesa—, ¿para qué quiere un caballero intrepidez si no es sabio? Es verdad que llevan consigo gran nobleza, pero a los grandes señores les es más útil la sabiduría que el coraje.

Estando en esto entró el emperador y, al querer conocer de qué hablaban, el capitán le dijo:

—Señor, aquí tenemos una de las cuestiones más graciosas que he oído estos días. La señora emperatriz dice que si ella tuviese un hijo, preferiría que fuese vasallo del virtuoso señor llamado Atrevimiento que de ningún otro. La señora princesa, por contra, dice que ella tiene en más alto grado y dignidad a la Sabiduría que al Atrevimiento, porque nadie que no sea sabio puede hacer ningún buen acto.

Después de estar hablando sobre este tema durante mucho tiempo, el emperador salió de la habitación y fue a reunirse con el consejo para preparar una fiesta en homenaje a los embajadores. El emperador pidió a Tirante que se hiciese cargo de todo: de las danzas, de los juegos de armas y de todo lo que fuese necesario. Tirante lo aceptó, ya que a él le correspondía, y se decidió que la fiesta se celebrase en quince días. Por su parte, Estefanía, cuando comprobó que habían venido todos los grandes señores a causa de las treguas excepto el gran condestable, le escribió una carta que decía lo siguiente:

Romper la fe no aprovecha a los caballeros, porque aquél que es desleal ofende al amor más que ningún otro. Tú me has ofendido a mí, ya que me prometiste que lo más pronto posible estarías de vuelta. Aquél que es desleal, con una sola falta le basta y quien perdona una, perdona muchas. ¿Temes que yo no sea de tanta valía y que no sea digna de casarme contigo? No sé por qué razón no vienes conmigo, pero si por ventura un nuevo amor abraza tu cuello y tus brazos, pondré fin al nuestro. ¡Oh, Dios,

haced que yo muera antes de que sea ofendida en criminal adulterio! Y tú compórtate de forma que puedas destruir a tus enemigos, pero no a tu desposada, porque de ti depende que mi deseo se convierta en bien o en mal, ya que en este último caso tu persona soportará muchos males con la pérdida de tu honor. Mi esperanza en el bien y mi temor en el mal me hacen creer ora una cosa, ora la otra; y mi mano, floja de tanto escribir, yace en mi falda.

Cuando recibió la carta, Diafebus le contestó inmediatamente con otra que decía:

¡Aunque estuviese muerto! Viviré con indigna fama, libre de infamia a la cual tú, más maliciosa que otra cosa, le has puesto nombre, mientras pides galardón por el extraordinario dolor por los males que te esperan. Tu belleza te hace merecer, no sólo ser amada con razón, sino que tu persona sea digna de ser adorada como una santa: solamente este pensamiento me fuerza a responder a tu carta. Si crees que mis manos están seguras en el ejercicio de las armas, creo que los términos de mi escrito te harán descubrir la razón por la que he mantenido mi amor escondido. Mi atribulada vida llegaría pronto a su final si mi amor no me hiciese ver claramente que tu carta es merecedora de una inmediata respuesta, solamente para dar sosiego a tu vida. ¿Quieres que te diga una cosa? Mi pensamiento se mantiene en su devoción: nunca podré amar a otra, excepto a ti. Recuerdo aquella última noche cuando tú y yo estábamos en la cama y entraban los rayos de la luna, y tú, pensando que era de día, decías: «Oh, ¿no te incitan a sentir piedad los grandes gemidos y dolorosos suspiros de la mezquina de Estefanía? ¡Dame oportunidad de que descanse un poco con Diafebus!». Y también exclamabas: «¡Oh, qué bienaventurada sería si supiese magia, para hacer que el día se convirtiera en noche!». Yo estoy contento del premio que consigo trae la virtud y de lo que tu carta pide. Y pongo fin a la mía temiendo que la tardanza de mi respuesta no ponga en peligro a tu persona.

Escrita la carta, la dio al escudero que le había traído la de Estefanía y le dijo:

—Amigo, di a tu señora que, a causa de los cargos que tengo, no puedo ir sin el consentimiento de mi superior. Pero pasadas las fiestas haré todo lo posible por ir. De parte mía, besa las manos a aquélla que está llena de todas las virtudes y que es mi señora.

Al llegar el escudero a palacio, encontró a Estefanía en la habitación de la princesa. Tan pronto como Estefanía lo vio, se levantó con cara muy alegre y le dijo:

—¿Qué es de aquél que tiene mi pensamiento subyugado a su voluntad? El escudero, sin responderle, fue donde estaba la princesa y le besó la mano. Después se giró hacia Estefanía, hizo lo mismo y le dio la carta que llevaba. Después de haberla leído, hubo muchas razones entre ellas durante las cuales Estefanía manifestó su gran dolor por que el condestable no estuviese presente durante aquellas fiestas. Pero llegado el día de la fiesta, el condestable vino a una legua de la ciudad muy secretamente y allí se detuvo hasta la mañana siguiente. Estefanía, por su lado, de ninguna manera quiso ir a la fiesta, puesto que allí no encontraría a quien ella amaba. La princesa se lo rogó mucho aduciendo que, si no iba, tampoco acudiría ella. E insistió tanto que Estefanía se vio forzada a ir.

Dichas las misas, se dirigieron al mercado, que estaba todo cubierto de tejidos de lana blancos, verdes y morados, y que tenía otros tejidos por las paredes, de raso con figuras francesas. Alrededor del mercado estaban las mesas preparadas y en especial era admirable el tálamo del emperador, que era muy rico, todo recubierto de brocado. El emperador se sentó en el centro, los embajadores cerca de él y, presidiendo la mesa, se sentaron la emperatriz y su hija. Las doncellas y todas las mujeres de honor se colocaron en la parte derecha de la plaza, con Estefanía presidiendo la mesa, mientras que los duques y grandes señores se sentaron en la parte izquierda. Pero el Gran Caramán y el rey de la India comían en el suelo, porque eran prisioneros. Había preparados veinticuatro aparadores llenos de vajilla de oro y de plata. En el primer aparador colocaron todas las reliquias de la ciudad; en el segundo, todo el oro de las iglesias; otros diez estaban llenos de capazos y cestas grandes con todo el tesoro del emperador, todos llenos de monedas de oro; después, las copas de oro; a continuación, todos los platos y saleros; después, sus joyas; y finalmente los jarrones de plata y los saleros dorados. Los manteles ya estaban colocados sobre las mesas. Cada aparador lo guardaban tres caballeros, con ropas de brocado que arrastraban por el suelo, y cada uno de ellos llevaba una Virgen María de plata en la mano. Mucha era la riqueza que aquel día mostró el emperador. En el espacio central, entre las mesas donde comían, había un lugar reservado para hacer justas, o sea, para representar simulacros de combate. Aquel día los mantenedores de los juegos eran el capitán, el duque de Pera y el duque de Sinópoli. Mientras

el emperador comía, los otros hacían justas a manera de espectáculo. En primer lugar, salió el duque de Pera, que llevaba los paramentos azules hechos de brocado de oro. El duque de Sinópoli los llevaba de brocado verde y buriel. Tirante, por su parte, llevaba unos paramentos de terciopelo verde de gran estima, todos cubiertos de ducados que colgaban, tan grandes que cada ducado de aquéllos valía treinta de los otros. También llevaba una media y un zapato muy singulares, la historia de las cuales es la que sigue:

Hacía unos días Tirante había ido a la habitación de la princesa, encontró a Placerdemivida en la puerta y le preguntó dónde estaba Carmesina. Ella le respondió:

—¡Ay, bendito! Si hubieseis venido lo más pronto posible, la habríais encontrado en la cama y si la hubieseis visto como yo, vuestra alma se habría alegrado mucho, porque la cosa amada cuanto más se ve, más se desea. Entrad si queréis, pero ahora ya la encontraréis vestida con el traje de seda. Por cierto, ¿por qué no viene con vos mi Hipólito?

Tirante, en lugar de responderle, le dijo:

—Doncella, os ruego que me digáis si, para mala suerte mía, la emperatriz o alguna otra persona se hallan dentro.

—Yo no diría a vuestra señoría una cosa por otra —contestó Placerdemivida—, porque ambos seríamos culpados igualmente: vos por haber entrado y yo por permitirlo. Yo sé que la princesa no quiere que el amor que sentís por ella tenga fácil recompensa, pero como conozco el apetito que tenéis por aquello que deseáis, os querría ayudar, porque quien desea y no puede conseguir se encuentra en pena.

Entonces Tirante entró dentro de la habitación y encontró que la princesa tenía sus dorados cabellos envueltos entre las manos. Cuando lo vio, dijo:

—¿Quién os ha dado permiso para entrar aquí? Vos no tenéis derecho a entrar en mi habitación sin mi licencia, porque si el emperador lo sabe, os puede incriminar de deslealtad. Te ruego que te vayas, porque mis pechos tiemblan de temeroso recelo.

Pero Tirante no atendió a las palabras de la princesa, sino que se acercó hacia ella, la cogió entre sus brazos y le besó muchas veces los pechos,

los ojos y la boca. Las doncellas, que veían que Tirante jugaba así con su señora, se mantenían a la expectativa, pero cuando le puso las manos bajo la falda, corrieron todas en su ayuda. Estando en estos juegos, la emperatriz fue a la habitación de su hija y, a causa de los juegos y las burlas no la oyeron hasta que llegó a la puerta. Entonces Tirante se lanzó al suelo y lo cubrieron con ropas. La princesa se sentó encima de él e hizo como que se peinaba. Su madre se sentó a su lado y poco faltó, para que lo hiciese sobre la cabeza de Tirante. ¡Sólo Dios sabe con qué vergüenza y con qué temor estaba Tirante en aquel momento! En esta postura se mantuvo hasta que vino una doncella y le trajo las horas a la emperatriz. Entonces ella se levantó y se dirigió a un rincón de la habitación. La princesa, que no se movió de allí por miedo a que su madre lo viese, cuando acabó de peinarse, puso la mano debajo de la ropa y peinaba a Tirante y él, ora le besaba la mano, ora le cogía el peine. Entonces todas las doncellas rodearon a la emperatriz y, sin hacer mucho ruido, Tirante se levantó y se fue con el peine que la princesa le había dado.

Ya fuera de la habitación, pensando que se hallaba en lugar seguro, vio venir al emperador con un camarero. Al verlos, Tirante no tuvo más remedio que volver a la habitación de la princesa y le dijo:

—Señora, ¿qué podéis hacer por mí? El emperador viene hacia aquí.

—¡Ay, triste de mí! —dijo la princesa—. Salimos de un mal y entramos en otro peor. Ya os lo decía, pero es que vos continuamente venís a horas intempestivas.

La princesa hizo ponerse a las doncellas delante de la emperatriz y, con suaves pasos, llevó a Tirante a otra habitación donde lo cubrieron con muchos colchones para que, si el emperador entraba, no lo pudiese ver. Cuando el emperador entró en la habitación encontró a su hija que se estaba acabando de vestir y esperó hasta que, tanto ella como las otras doncellas, estuviesen todas ataviadas. Entonces, la emperatriz acabó sus horas y se dispusieron a salir. Ya en la puerta, la princesa pidió sus guantes y dijo:

—Los he guardado en un lugar que ninguna de vosotras conocéis.

Entonces volvió a entrar en la habitación donde estaba Tirante y le quitó la ropa que tenía encima; él dio un gran salto, cogió a la princesa entre los brazos y, bailando, la llevó por toda la habitación al tiempo que la besaba.

Entonces dijo Tirante:

—¡Oh, cuánta belleza, nunca he visto tanta perfección en ninguna doncella del mundo! Vuestra majestad supera tanto a todas en saber y en discreción que no me extraña que el sultán desee teneros en sus brazos.

—Las apariencias engañan —dijo la princesa—, porque no soy tan perfecta como tú dices, sino que eso te lo hace decir tu buena voluntad porque, cuanto más se ama, más se desea amar. Por esto te haré dar gloria, honor y fama. Bésame y déjame ir, porque el emperador me está esperando.

Tirante no pudo conseguir aquello que quería, porque las doncellas le cogían las manos con las que intentaba desatar el vestido de la princesa. Y como vio que se iba y que no podía tocarla con las manos, le alargó la pierna y le puso el pie debajo de las faldas. Con el zapato le tocó el lugar vedado mientras le colocaba la pierna entre los muslos. Entonces la princesa salió corriendo junto a su padre y poco después la Viuda Reposada sacó a Tirante por la puerta del huerto. Cuando Tirante llegó a su posada, se quitó la media y el zapato y las hizo bordar muy ricamente con perlas, rubíes y diamantes que costaron más de veinticinco mil ducados.

El día de la fiesta, Tirante se puso aquella media y aquel zapato y todos estaban admirados de la singularidad de las piedras finas con que estaban bordados. Como es natural, en aquella pierna no llevaba arnés. Por cimera llevaba un almete con cuatro pilares de oro, sobre los cuales estaba el Santo Grial que conquistó el buen caballero Gáleas, y sobre el Santo Grial estaba el peine que la princesa le había dado con una divisa que decía:

NO HAY VIRTUD QUE EN ELLA NO SE HALLE.

En medio de la zona destinada a los torneos había un gran estrado cubierto de brocado, en cuyo centro se hallaba una silla ricamente adornada y con un eje que permitía que se pudiese girar. Sobre ella estaba sentada la sabia Sibila, muy ricamente ataviada; en la parte de abajo, al pie de la silla, estaban sentadas todas las diosas con las caras cubiertas porque, de acuerdo con la tradición, eran cuerpos celestiales. A su alrededor estaban sentadas las mujeres que habían amado, como era el caso de la reina Ginebra, que amó a Lanzarote; la reina Isolda, a Tristán; la reina Penélope, que amó a Ulises; Elena, a Paris; Briseida, a

Aquiles; Medea, a Jasón; la reina Dido, a Eneas; Deyamira, a Hércules; Adriana, a Teseo; la reina Fedra, que requirió a Hipólito, hijastro suyo; y muchas otras que sería muy fatigoso nombrar. Todas estas señoras fueron decepcionadas por sus enamorados. Cada una de ellas tenía unos azotes en la mano, porque el caballero que fuese tirado al suelo durante el encuentro, era llevado al estrado donde la Sibila le daba sentencia de muerte. Las otras mujeres y diosas se arrodillaban delante de la Sibila, le pedían que le perdonase la pena de muerte y que cambiase la sentencia por azotes. Entonces ella les otorgaba la petición, desarmaban al caballero delante de todo el mundo y le daban tantos azotes que le hacían bajar del estrado al suelo.

Cuando el emperador mandó hacer estos festejos y el condestable se enteró, se atavió muy bien y, estando el emperador en el mejor momento de la cena, entró por la gran plaza en la forma que relataré: llevaba los paramentos de dos colores, uno de brocado sobre brocado carmesí y el otro de damasco morado; el damasco estaba bordado con gavillas de maíz, cuyas espigas eran gruesas perlas, mientras que las cañas eran de oro. Llevaba el yelmo cubierto del mismo tipo de tela y, sobre éste, un sombrero de fieltro todo bordado de perlas y de oro fino. Con su espada ceñida, demostraba que venía de camino. Con él venían treinta gentilhombres, todos con mantos de color carmesí: unos forrados con martas cibelinas y los otros, con armiños. También iban diez caballeros vestidos con ropas de brocado. Todos llevaban las caras cubiertas con capirotos de cabalgar, igual que los seis trompetas que llevaba. Delante del condestable iba una doncella ricamente ataviada con una cadena de plata en la mano, con la cual estaba atada al cuello del gran condestable. Además, llevaba doce acémilas cargadas con albardas todas cubiertas de carmesí, una de las cuales contenía su cama, otras seis llevaban cada una una gruesa lanza cubierta de brocado y el resto de la ropa del condestable. De esta forma entró donde se celebraba el banquete y dio una vuelta. Cuando llegó delante del emperador, le hizo una gran reverencia y posteriormente saludó a todos los estamentos. Como el emperador vio que iban con las caras cubiertas hizo preguntar quién era el caballero que tan pomposamente venía. A los que se lo pidieron, respondieron como se les había mandado:

—Éste es un caballero de ventura.

De forma que no pudieron saber más y el emperador dijo:

—Aunque no se quiere presentar, la verdad es que demuestra que es un preso, porque lo lleva una doncella con una cadena. Debe ser un preso de amor. Ve y pregunta a la doncella qué amor lo ha encarcelado así. Si no te lo quiere decir, fíjate qué lleva escrito en el escudo: mira si allí hay algún nombre.

Cuando el camarero del emperador hizo la pregunta, la doncella le contestó:

—Una doncella virgen ha producido el daño y la cárcel de este caballero y, consintiendo a su voluntad, lo ha subyugado en la forma que veis.

No dijo nada más y aquél regresó con la respuesta. El emperador, entonces, comentó:

—Muchos caballeros aman y no son amados. Di, ¿has leído qué dice aquel escudo?

—Señor —respondió el camarero—, lo he leído una y muchas veces. Hay un filacterio escrito en lengua española o en francés que dice:

Mal amor tenga quien me la hizo apetecer, si no le hago mis dolores sentir.

En aquel momento, el condestable ya se hallaba en la cabeza del palenque con la lanza en el muslo y preguntó con quién podía combatir. Le contestaron que con el duque de Sinópoli y enseguida el uno fue hacia el otro, de forma que hicieron muy bellos choques. A la quinta carrera el gran condestable lo embistió tan bravamente que lo hizo salir de la silla de montar. Desde allí llevaron al duque a la sabia Sibila, donde fue desarmado y bien azotado por las mujeres que habían sido decepcionadas de amor por los falsos enamorados.

Habiendo acabado esta ceremonia, luchó con el duque de Pera. A la décima carrera, el condestable acertó en el medio de la visera, le hizo perder el oído y le lanzó al suelo junto con su caballo.

—¿Quién es este hombre de mala ventura —preguntó Tirante— que ha derribado a mis buenos amigos?

Al instante se hizo poner el yelmo en la cabeza, subió a caballo y pidió una

lanza gruesa. Pero el condestable dijo que no quería combatir más, porque sabía que su oponente era Tirante. Los jueces, a pesar de todo, le dijeron que tenía que cumplir obligatoriamente las doce carreras tal como estaba ordenado. Entonces dijo el emperador:

—Esperad un poco, que no sería extraño que derribase también a nuestro capitán.

—No lo hará —contestó la princesa— porque la Santa Trinidad le guardará de tal inconveniente.

—¡Por Dios! —replicó el emperador—, en mi vida he visto tirar al suelo a dos duques en diez carreras, ni haberse presentado un caballero de la forma como éste lo ha hecho. Y teniendo en cuenta las acémilas y cómo van ataviadas, es seguro que este caballero no pertenece a mi imperio, sino que es un rey o hijo de aquél. Por esto deseo saber de dónde es, no sea que se quiera ir por miedo a los que ha hecho caer al suelo.

Entonces Carmesina mandó a dos doncellas de inestimable belleza que fuesen al caballero y que le rogasen de su parte que les dijese su nombre. La respuesta del condestable fue la siguiente:

—Para que no parezcan vanas mis palabras, podéis decir a la señora princesa que yo soy del último poniente, o sea, de la Bretaña, la parte más occidental de Europa.

Las doncellas volvieron y se lo contaron a la princesa. Inmediatamente el condestable se vio forzado a combatir con Tirante y se pusieron a ambos lados del palenque. Pero el condestable se puso la lanza en el ristre y no la quiso bajar en ningún momento. Cuando Tirante le vio venir de esta forma, levantó su lanza y no le quiso encontrar. Tirante estaba muy melancólico porque el otro le guardaba cortesía y le dijo que si lo hacía porque era el capitán, que no dejase de combatir. El condestable respondió que lo que él había hecho, había sido por pura cortesía, pero que tuviese cuidado de sí mismo, no fuese caso que hiciese con él lo que había hecho con los otros. Entonces pidió la lanza más gruesa que tenía. En el momento del choque, volvió a levantar la lanza y Tirante, con mucha desesperación, tiró la suya al suelo, furioso porque no había podido vengar la injuria hecha a los duques. Entonces, los servidores que el emperador había enviado, para que no huyese, tomaron las riendas del caballo del condestable. A continuación vinieron los jueces y, con mucho honor, lo

llevaron al estrado de la Sibila y allí le quitaron el yelmo de la cabeza. Todas aquellas diosas lo recibieron con una alegría inestimable y le hicieron el mayor honor que supieron.

Al enterarse todos de que se trataba del gran condestable, lo sentaron en la silla de la sabia Sibila, y ella y todas las demás damas le sirvieron una colación con todas las viandas necesarias; también, mientras una lo peinaba, la otra le secaba el sudor de la cara. Al saber el emperador que aquél era el condestable, se alegró mucho y lo mismo hicieron la emperatriz y las damas que allí se encontraban. Estefanía, conociendo de quién se trataba, perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, el emperador le preguntó de qué le había venido aquella pérdida de sentido y ella le respondió que había sido a causa de la gonela, que la llevaba atada demasiado fuerte.

Al llegar la noche lucharon con muchas antorchas, pero el condestable estuvo siempre sentado en la silla de la Sibila, porque no encontró a nadie que pudiese desplazarlo. Después de cenar empezaron las danzas, los momos y otros entremeses que sirvieron para ennoblecer la fiesta. Eso duró unas tres horas. Pasada la medianoche, el emperador y toda la gente se fueron a dormir a una posada de la plaza del mercado que había sido preparada para no tener que ir a palacio.

A la mañana siguiente, muchos caballeros intentaron echar al condestable de su silla. En eso, vino al palenque un caballero, pariente del emperador, que se llamaba Gran Noble y que llevaba sobre la grupa del caballo a una doncella que apoyaba los brazos encima de sus hombros y cuya cabeza le sobrepasaba del yelmo. En el escudo llevaba una leyenda con letras de oro que decía:

Enamorados, miradla bien,
que en lo que falta, mejor no sé.

Previamente, había llegado otro caballero que llevaba otra doncella tal como san Cristóbal carga a hombros a Jesucristo. En los paramentos y en la cabeza del caballo figuraba un escrito que, puesto que su enamorada se llamaba Leonor, decía:

Enamorados, hacedle honor,
pues de todas es la mejor.

Tirante luchó con el Gran Noble y entre ambos hicieron muchos choques. Al final, Tirante lo encontró detrás del escudo, le rompió el manípulo, que rebatió en el yelmo, y le hizo caer de las ancas del caballo. Este encuentro fue casi mortal, porque el Gran Noble era tan grande y pesado que, al caer, se rompió dos costillas. Él encontró a Tirante un poco por debajo de las cuerdas del escudo, pero la lanza que llevaba era tan gruesa que no se pudo romper y el caballo de Tirante retrocedió tres pasos y el animal dio con las rodillas en el suelo.

Al sentir Tirante caer el caballo, sacó los pies de los estribos y se vio obligado a poner la mano derecha en el suelo. Le ayudaron para que no cayese y el caballo reventó allí mismo. El Gran Noble fue forzado a ir al estrado de la gran Sibila donde fue azotado, aunque no demasiado fuerte, a causa de las costillas que tenía rotas. Los jueces decidieron que Tirante, puesto que había tocado el suelo con la mano y el caballo había caído muerto, luchase sin defensas a partir de entonces y que no llevase el espolón derecho ni, en la mano, manopla. Cuando vio Tirante que había quedado avergonzado a causa de su caballo, hizo voto de no combatir más en su vida si no era con rey o hijo de rey.

Después el condestable bajó de la silla y pusieron a otro en su lugar para que pudiese actuar de mantenedor en lugar de Tirante. Y tan noble fue el primero como el último de los ocho días que duraron las fiestas, días en los que hubo aventuras, entremeses, viandas singulares, y también muchas otras cosas. Al día siguiente de la batalla de Tirante con el Gran Noble, el capitán salió ataviado con un manto de orfebrería bordado sobre terciopelo negro, con las medias con las que había luchado, una bordada y la otra no, y con el zapato que había tocado la cosa que él más deseaba. Antes de salir de su posada, hizo engalanar el mejor caballo que tenía y lo envió al Gran Noble junto con los paramentos con que había batallado, el arnés, la cimera y todo lo que llevaba en las justas.

Tirante pasaba cada día en la corte hablando y solazándose con todos. Y a diario se cambiaba de ropa, pero nunca de medias. El último día, andando hacia la ciudad de Pera, en presencia de Estefanía y la Viuda Reposada, la princesa le dijo a manera de burla:

—Decid, Tirante, ¿esta moda de llevar una media bordada y la otra no, se usa en Francia o en qué lugar?

—¡Y cómo, señora! —contestó Tirante—. ¿No sabéis de qué se trata? ¿No recuerda vuestra celsitud aquel día que vino la emperatriz y yo estaba escondido y cubierto con las ropas de vuestras doncellas y la emperatriz poco faltó para que se sentase sobre mi cabeza? Después vino vuestro padre y me escondisteis sobre el colchón y después, jugando con vuestra alteza, la pierna y el pie tuvieron que suplir lo que con las manos no pude conseguir, y mi pierna entró entre vuestros muslos y mi pie tocó un poco más abajo de allá donde mi amor desea tener cumplida su felicidad.

—¡Ay, Tirante! —dijo la princesa—. ¡Bien recuerdo todo lo que me has dicho! Pero llegará un tiempo que, así como te has bordado una media, te podrás bordar las dos porque las podrás pasar con toda libertad por donde desees.

Al oír Tirante decir aquellas palabras tan acompañadas de amor, bajó del caballo con la excusa de que se le habían caído los guantes. Le besó la pierna sobre la gonela y le dijo:

—Allá donde es otorgada la gracia, tiene que ser besada y aceptada.

Al llegar a la ciudad de Pera, vieron venir nueve galeras y el emperador mandó que no hiciesen ningún torneo hasta saber de dónde venían las naves. Cuando, antes de una hora, llegaron las galeras a puerto, el emperador se alegró mucho de saber que eran francesas. Su capitán era un primo hermano de Tirante que había sido paje del rey de Francia, el cual lo había investido como vizconde de Branches. Él, conociendo que el padre de Tirante, su tío, deseaba ver a su hijo y que estaba preocupado por la guerra que sostenía contra los infieles, emprendió el viaje con otros caballeros y gentilhombres para acudir en ayuda de su primo hermano. Con él venían cinco mil arqueros francos, cada uno con su paje y con su escudero, que había enviado el rey de Francia. Al pasar por Sicilia, el rey le rindió un gran honor y le dio muchos caballos.

Cuando Tirante supo que se trataba de monseñor de Amer, primo hermano suyo, él, el condestable y muchos otros caballeros subieron a las galeras. Grandísima fue la fiesta que allí se hizo. Después bajaron todos juntos a tierra y fueron a presentarse al emperador, el cual se alegró, sobre todo porque los embajadores no habían partido. Finalmente, fueron a presentar reverencia a las damas y el emperador aplazó el torneo para la mañana siguiente.

A la mañana del día siguiente, se armaron todos y el emperador pidió a Tirante que quisiese formar parte del torneo. Tirante lo aceptó porque no se trataba de justas. Entonces el vizconde de Branches rogó a Tirante que le prestase un caballo, porque él también quería entrar en el torneo. El emperador y las damas le dijeron que no lo hiciese, porque venía fatigado del viaje por mar. Pero él contestó que los viajes por mar no le fatigaban y que, por nada del mundo, dejaría de tomar parte en el torneo. Al ver que se reafirmaba en su voluntad, Tirante le envió los diez mejores caballos que tenía; el emperador le mandó otros quince muy bellos; la emperatriz, quince más; la princesa, por mandato de su padre, le dio diez; el condestable, siete muy buenos; y también los duques y los condes le enviaron otros más, de forma que aquel día se encontró con ochenta y tres de los mejores caballos que había en la ciudad. Así pues, se preparó y salió con unos paramentos que le había dado el rey de Francia, todos bordados con leones, que llevaban gruesos cencerros de oro al cuello, con leonas tumbadas y con sus hijos con campanillas de plata. Daba placer, pues, oír el son que hacían los cencerros cuando se movía el caballo.

Salieron al campo ochocientos caballeros con espuelas doradas, y no permitieron que aquel día entrase nadie que no hubiese recibido la orden de caballería y que no llevase paramentos de seda, de brocado o de chapería. Y por eso, muchos se hicieron caballeros aquel día, para poder formar parte del torneo. Al saberlo el vizconde, que no era caballero, subió al estrado de la emperatriz y le suplicó que le diese la orden de caballería.

—¿Cómo? —dijo la princesa—. ¿No sería más justo que el señor emperador os hiciese caballero por su propia mano?

—Señora —respondió el vizconde—, yo tengo la promesa de no recibir el honor de caballería de mano de ningún hombre, ya que soy hijo de mujer, amo a mujer, por amor de mujer he venido aquí y en mujer he hallado mucho honor. Es lógico, por tanto, que una mujer me haga caballero.

La emperatriz se lo hizo saber al emperador y él acudió con los embajadores y dio permiso a la emperatriz para que confiriese la orden de caballería al vizconde. Entonces la princesa hizo traer una espada muy bella que tenía su padre con el pomo y toda la guarnición de oro y se la ciñó. El emperador hizo que le trajesen unas espuelas de oro, en cada rueda de las cuales había engastado un diamante o un rubí, un balaje o un zafiro, y las dio a las hijas de los duques, pero no consintió que le calzasen

más que una, ya que quien quiere ser caballero por mano de mujer no puede llevar más que media de oro y media de plata, o sea, un espolón dorado y el otro blanco. También los paramentos, la ropa bordada y las medias han de ser la mitad blancas y la otra mitad de oro, aunque la espada puede ser toda dorada. La costumbre es que la señora que lo arma caballero lo bese, y así lo hizo la emperatriz.

El vizconde bajó del estrado y entró en el campo. El duque de Pera era el capitán de la mitad de la gente y Tirante el de la otra mitad y, para ser reconocidos, llevaban en la cabeza banderitas verdes los unos y blancas los otros. Tirante y el duque de Pera hicieron entrar en el campo a diez caballeros cada uno y empezaron a combatirse. Después entraron veinte caballeros y, a continuación, treinta. Poco a poco, empezaron a mezclarse y cada uno combatía lo mejor que podía. Tirante observaba el comportamiento de su gente y, cuando vio que iban mal, entró en batalla y atacó con la lanza a un caballero con tal fuerza que se la traspasó. Inmediatamente, cogió la espada y dio tan grandes golpes hacia todos los lados que parecía un león famélico.

Todos demostraban estar muy contentos viendo tan singular combate y, después de tres horas, el emperador bajó del estrado, subió a caballo y se puso entre la gente para separarlos, porque había observado que allí había muchos heridos. Una vez que los caballeros se hubieron desarmado, fueron a palacio y hablaron del torneo, el cual había sido tan singular que los extranjeros afirmaron que nunca habían visto gente tan bien ataviada y caballos y armas tan magníficamente emparamentados. Cuando más tarde el emperador se sentó a la mesa, hizo que todos los caballeros que habían practicado armas comiesen con él.

Cuando acabaron de comer, informaron al emperador de que había llegado una nave al puerto, sin árbol ni vela, toda cubierta de negro. Mientras se lo decían entraron en la sala cuatro doncellas de inestimable belleza, todas vestidas de luto y que se llamaban Honor, Castidad, Esperanza y Belleza. Todas juntas hicieron una gran reverencia al emperador y Esperanza comenzó diciendo:

—Señor emperador, como la fortuna, enemiga de toda alegría y descanso, nos ha privado de las posibilidades de cumplir nuestros deseos, nos ha condenado a exilio eterno y ha promulgado crueles leyes que, con gran dificultad, permiten aquello que la naturaleza nos otorga de forma liberal, porque las cosas que son extraordinariamente dañinas nunca pueden ser

buenas. Como las leyes de la fortuna no pueden ir en perjuicio del gran poder de mi señora, extendimos las Cándidas velas navegando por el tempestuoso mar de la adversidad y, llegadas a este puerto, hemos venido con el deseo de encontrar a aquel famoso rey inglés que se hace llamar el gran Arturo. Como ya hace cuatro años que vamos por el tenebroso mar con su hermana carnal, llamada Morgana, os rogamos que nos notifiquéis si sabéis o habéis oído decir en qué lugar se puede encontrar. Para suplicártelo hemos llegado a tu magnífico puerto con nuestra nave llena de dolor y aquí estamos las devotas mujeres y doncellas del gran Arturo continuamente llorando a causa de sus dolores y penas.

El emperador no dejó que acabase de hablar porque, al saber que Morgana, la sabia hermana del buen rey Arturo, había llegado, rápidamente se levantó de la mesa y fue, con todos los caballeros, hacia el puerto donde se hallaba la nave. Ya allí, entraron y vieron a la señora acostada sobre una cama y toda vestida de terciopelo negro. También la nave estaba cubierta de aquel mismo tejido. Con la dolorida señora, había ciento treinta doncellas de inestimable belleza, todas de dieciséis a dieciocho años de edad. El emperador y todo su séquito fueron muy bien recibidos y aquél, sentado cerca de Morgana en una silla real, dijo:

—Deja las tristes lágrimas, generosa reina, que muy poco sirven para obtener lo que vas buscando. Tu venida me alegra mucho porque así te puedo hacer el honor de que eres merecedora. Han venido cuatro doncellas que, de tu parte, me han pedido si sabía o había oído alguna cosa de aquel famoso rey de los ingleses. Ahora os diré lo que sé: en poder mío hay un caballero de gran autoridad, del cual no he podido saber su nombre, que tiene una muy singular espada de gran poder que se llama Excalibur. Se acompaña de un anciano caballero que se hace llamar Fe sin Piedad.

La reina Morgana, al oír estas palabras de boca del emperador, se levantó rápidamente de la cama, se arrodilló en el duro suelo y le suplicó que le hiciese la gracia de permitirle verlo. El emperador accedió, la levantó del suelo, la cogió de la mano y todos fueron al palacio imperial. El emperador la condujo a una habitación que era una muy bella jaula con las rejas de plata. El rey Arturo tenía la espada descansando sobre las rodillas y la contemplaba con la cabeza muy baja. Todos lo miraron, pero él no veía a nadie. La reina Morgana, que lo reconoció, le habló, pero él no quiso responder. Entonces, Fe sin Piedad reconoció a su señora, se acercó a las

rejas, le hizo una gran reverencia y le besó la mano. En ese momento, Arturo comenzó a hablar y dijo:

—El estamento real requiere que mueva a los demás hacia la virtud, porque es difícil que la voluntad, señora del verdadero juicio, haga torcer sus pasos a éste. La virtud es esperanza de todo bien y del vicio no se espera sino mal y temor de confusión y nadie debe de poner su esperanza más que en el bien futuro. La nobleza, la riqueza y la potencia han de ser contadas entre los bienes de la virtud y hay que usarlas convenientemente. No dicen, en cambio, que sean un mismo bien, porque ocurre que algunos son nobles, ya que provienen de un alto linaje, pero no son ricos; por esto, la pobreza no basta para confirmar que lo que es noble de corazón no pueda usar de la virtud de la nobleza porque, si hacen lo contrario, no se puede decir que sean nobles. En cambio, hay otros que son ricos y provienen de bajo linaje, pero son tan virtuosos que aman y usan las virtudes de la nobleza y han de ser mucho más queridos, ya que hacen más que lo que les otorga la naturaleza. Tanto los santos doctores como los filósofos están de acuerdo en que las virtudes han de ir juntas y que quien posee una, las posee todas y quien desea una, las quiere todas. ¿Por qué digo estas cosas? Porque veo rodar este miserable mundo y que, cuanto más adelanta, va peor, ya que los malos hombres que aman el fraude son prósperos; en cambio, veo menospreciar la lealtad y la virtud y que mujeres y doncellas que antes solían amar, ahora son compradas por oro y por plata.

—No hay nadie que ame virtuosamente —dijo el caballero Fe sin Piedad en presencia de todos—. Decid, señor, ¿qué veis en esa espada llena de virtudes sobre las cualidades que ha de tener una doncella?

Eso lo preguntó porque la princesa le había rogado que se lo pidiese. El rey Arturo, en respuesta, dijo:

—Yo te lo diré: amor, odio, deseo, abominación, esperanza, desesperación, temor, vergüenza de que alguien lo sepa, audacia, delectación, tristeza... Pero el mayor don que debe poseer una mujer noble es una vida casta.

—Decidme ahora —dijo Fe sin Piedad— las abominaciones del hombre.

Después de observar la espada, contestó:

—Sabio sin buenas obras, viejo sin honestidad, joven sin obediencia, rico sin limosna, obispo negligente, rey inicuo, pobre orgulloso, señor sin verdad, cautivo sin temor, pueblo sin disciplina y reino sin ley.

Entonces dijo el emperador:

—Preguntadle cuáles son los bienes de la naturaleza.

El rey le respondió que eran ocho:

—El primero es gran linaje; el segundo, grandeza y belleza de cuerpo; el tercero es gran fuerza; el cuarto, ligereza; el quinto, sanidad de cuerpo; el sexto es clara y buena vista; el séptimo, clara y buena voz; y el octavo, juventud y alegría.

—Preguntadle —volvió a decir el emperador— qué cosas jura guardar un rey cuando se corona.

—Primeramente jura que guardará amor y mantendrá la paz en su reino —respondió el rey—; en segundo lugar, que esquivará todas las maldades; la tercera, que guardará igualdad y justicia en todos sus hechos; la cuarta, que siempre será misericordioso; en quinto lugar, que apartará de sí toda tiranía; en sexto, que todo lo que hará será por amor a Dios; la séptima, que demostrará ser un verdadero cristiano en sus obras; la octava, que será el defensor del pueblo y que lo amará como si fuese su hijo; la novena, que todo lo hará en provecho de la cosa pública; la décima, que confesará ser hijo de la Santa Madre Iglesia, a la que defenderá, y nunca adquirirá para sí subsidios ni demandas ni hará ningún tipo de vejaciones; la undécima es que tiene que ser bueno, fiel y verdadero para sus súbditos; la duodécima, que castigará a los hombres malvados; la decimotercera es que será padre y protector de los pobres; y la última de todas es que enseñará a todo el mundo a honrar, temer y amar a Dios.

También le pidieron muchas otras cosas y a todas contestó. Entonces le fueron abiertas las puertas de la cárcel y todos los que quisieron pudieron entrar. Una vez que todos hubieron entrado, le quitaron la espada y ya no recordó nada. El emperador hizo que se la devolviesen porque quería preguntarle otras cosas: qué era el honor, qué necesita un hombre de armas, cómo se consigue la sabiduría, cuáles son los bienes de la fortuna, cuál ha de ser el pensamiento del caballero que es vencido en batalla, a

qué está obligado un príncipe respecto a sus vasallos y muchas otras cosas. El rey miraba la espada a cada pregunta y contestaba de forma muy afable y sabia.

Al cabo de un rato, el emperador le hizo quitar la espada para no fatigarlo más y el rey Arturo dejó de ver y de conocer a nadie. Entonces la reina Morgana se sacó del dedo un pequeño rubí y se lo pasó por los ojos. Inmediatamente el rey recobró el juicio, se levantó de donde estaba sentado y abrazó y besó con mucho amor a su hermana. Ella le dijo:

—Hermano, aquí tenéis a la majestad del señor emperador, a la señora emperatriz y a su hija. Concededles honores y agradecedles lo que han hecho por vos.

Él lo hizo y enseguida todos los caballeros que se encontraban allí besaron la mano al valeroso rey Arturo, tal como se merecía. A continuación, todos volvieron a la gran sala y realizaron muchas danzas y otras actividades muy alegremente. Entonces, el emperador rogó a la reina Morgana que danzase, ya que había hallado lo que más deseaba en el mundo y ella, para obedecer los ruegos del emperador, hizo que le trajesen de su nave otras ropas que no fuesen de luto. También sus doncellas se ataviaron muy bien con vestidos de damasco blanco, forrados con armiños, y con gonelas del mismo tejido. La reina se puso una gonela de satén burriel toda bordada con muy bellas y gruesas perlas y un vestido de damasco verde bordado de orfebrería. Llevaba por divisa ruedas de noria con los cangilones de oro y agujereados en la parte de abajo; las cuerdas eran de hilo de oro y esmaltadas con una leyenda hecha con gruesas perlas que decía:

TRABAJO PERDIDO POR NO CONOCER LA FALTA.

Cuando la reina Morgana se presentó delante del emperador, ataviada de esta forma y en compañía de su hermano el rey Arturo, dijo en presencia de todos:

—Gran cosa es llegar a una fuente, después de haber pasado una gran sed, y no beber para dejar que otro beba. De igual forma es muy liberal el caballero que da su honor.

Cuando acabó de pronunciar estas palabras, cogió a Tirante de la mano, ya que le pareció el caballero de mayor autoridad, y bailó con él durante un

buen rato en presencia de todos. Después, el rey Arturo bailó con la princesa. Cuando terminó, la reina Morgana suplicó al emperador que acompañase al rey Arturo hasta su nave, porque le quería ofrecer una pequeña cena ya que sabía que la majestad del señor emperador aventajaba en virtudes a todos los príncipes del mundo, puesto que daba a cada uno el premio que se merecía y eso, evidentemente, era el principio y la fuente de todo bien y de toda virtud. El emperador no permitió que la reina Morgana le continuase loando y, con palabras y gesto muy afables, le dijo:

—Tu real y elegante señoría, afabilísima reina, me hacen creer que estás dotada de todas las virtudes que puede poseer una criatura humana; de ti sí que se puede decir que eres cabeza y principio de todo bien, ya que por tu mucha virtud has paseado por todo el mar salado durante mucho tiempo para encontrarte con tu hermano. Y como tus merecimientos me obligan a darte placer y ofrecerte honor, me place mucho honrar y ensalzar tu honor y fama aceptando el requerimiento de ir a tu nave.

El emperador ofreció su brazo a la reina Morgana; el rey Arturo, a la emperatriz; y Fe sin Piedad, a la princesa y así fueron hasta la nave. El bajel ya no estaba cubierto de telas negras, sino todo bien adornado con brocado y estaba tan bien perfumado con distintas fragancias que no se percibía el mal olor de la sentina. También encontraron la cena preparada y las mesas dispuestas, razón por la que todos los buenos caballeros y todas las doncellas empezaron a comer. Acabada la cena, el emperador se despidió y todos salieron de la nave muy alegres. Estaban tan admirados de todo lo que habían visto que les parecía que era obra de encantamiento.

Entonces el emperador y todas las damas se sentaron junto al mar mientras esperaban que Tirante y sus parientes y amigos partiesen y que la embarcación se hiciese a la mar. A punto de zarpar, Tirante cogió una barca para ir a tierra y en aquel momento la emperatriz dijo a su hija Carmesina y a las demás doncellas:

—¿Queréis que pongamos a prueba a Tirante? Haremos entrar a un esclavo moro para que lo saque de la barca subido a sus hombros y, cuando esté en el agua, diremos al moro que simule caerse y que se moje el pie en el que lleva el zapato bordado. Mucho me gustaría saber el significado de este zapato que no se ha quitado en todas las fiestas, y es seguro que, cuando lo vea mojado, de su boca saldrá alguna palabra que

nos hará saber si lo ha hecho por amor o por desesperación.

Todas consintieron en que se hiciese esta burla a Tirante. Así pues, adiestraron al moro, pero aquél, queriéndole mojar solamente el pie, le mojó todo el cuerpo. Mojado como estaba, Tirante salió y observó que la emperatriz, la princesa y todas las otras damas se reían mucho. Como se imaginó que todo era una burla que habían ingeniado, cogió al moro por los cabellos y con buenas palabras le rogó que se acercase a tierra. Entonces Tirante le puso el pie del zapato bordado sobre la cabeza e hizo el siguiente solemne juramento:

—Hago voto a Dios y a la doncella de quien soy, de no dormir en cama ni vestir camisa hasta que haya muerto o encarcelado a un rey o a un hijo de rey.

A continuación, puso el pie sobre la mano derecha del esclavo y continuó diciendo:

—Tú, que eres moro, me has avergonzado, pero no me has ofendido. Ante la majestad de la señora emperatriz has cometido un delito civil, pero yo haré que sea criminal.

En eso llegó el vizconde de Branches, puso el pie sobre el cuerpo del moro y comenzó a decir:

—Aunque has abandonado la virtud de la gentileza, tu condición de cautivo hace que el crimen que has cometido sea civil y no merezca castigo, ya que has cumplido lo que te habían mandado. Pero yo hago voto solemne a Dios y a todos los santos de no volver nunca a mi tierra hasta haber entrado en batalla campal con más de cuarenta mil moros y hasta que, comandando a los cristianos bajo la bandera de Tirante, haya sido el vencedor.

Entonces se acercó el condestable, le puso el pie sobre la cabeza e hizo su voto de la forma siguiente:

—Para satisfacer el gran deseo que tengo de hacer armas, hago voto a Dios y a aquella gentil dama de quien soy cautivo, de llevar una señal en la barba, de no comer carne y de no sentarme, hasta haber cogido, en batalla campal, aquella bandera del gran sultán que es roja y tiene pintados la hostia y el cáliz.

Habiendo acabado, Hipólito se adelantó, puso el pie sobre el cuello del moro y de forma semejante hizo su voto:

—No dudo en sufrir algún peligro por un delito futuro el cual muchas veces he sufrido contra las fuerzas de los turcos para aumentar mi honor y por el gran deseo que tengo de servir a mi señor Tirante, del cual soy criado. Para ejercitar mi persona y por mejor obtener la gracia de mi bella dama que vale tanto, me propongo hacer el siguiente voto: no comer pan ni sal, comer siempre de rodillas y no dormir en cama hasta que no haya matado con mis propias manos a treinta moros sin ayuda de nadie.

Entonces cogió al moro por los cabellos, subió sobre su espalda y continuó diciendo:

—Yo tengo esperanza de poseer una larga vida y de cumplir pronto mi deseo con esta espada mía.

Cuando Tirante vio que sus parientes habían hecho votos por amor a él, se quitó con las manos todos los diamantes, rubíes y perlas que llevaba en la media y en el zapato y, junto con un rico manto que también llevaba, los dio al moro cautivo. También se despojó y le dio toda la ropa que llevaba, incluso la camisa, excepto el zapato y la media, que no se las habría dado nunca a nadie. El moro cautivo se lo agradeció mucho porque de cautivo había sido puesto en libertad y, además, antes, la pobreza había ocupado toda su vida y ahora era rico. A causa de esto, el emperador dijo que Tirante era el más extraordinariamente liberal, porque daba sin pensar de dónde podría sacar más.

Los embajadores del sultán estaban muy admirados de ver unos festejos de tanta magnificencia, pero dejaron de tener esperanza en la paz cuando oyeron los votos que habían hecho Tirante y los suyos. Así pues, Abdalá Salomón comentó al rey que venía con él como embajador que, si podían, tendrían que partir aunque fuese sin respuesta.

El emperador regresó aquella noche a Constantinopla con todas las damas y toda su gente y a la mañana siguiente, una vez oída la misa, todos volvieron al mercado, que estaba tan bien adornado como el primer día. Una vez que hubieron llegado los embajadores del sultán, el emperador respondió a sus ofrecimientos de la forma siguiente delante de todo el pueblo:

—No hay cosa de más angustia y dolor en el mundo que ver a su majestad ofendida por oír palabras que ofenden a Dios y al mundo. Hay muchas cosas que no quiero decir por honestidad a mi lengua, ya que me place no haberlas hecho y tengo vergüenza de recitarlas. Me parece justo que yo, que doy las leyes y las hago cumplir a los otros, también las cumpla, y mucho mejor aún. Porque las pasiones inclinan a las personas a hacer cosas poco razonables, y yo tengo que armarme de paciencia para oír razonamientos que no me gustan a mí ni a Dios. Por eso suplico a su inmensa bondad que no me deje hacer cosas que vayan en contra de la santa fe católica como es el hecho de dar a mi hija por esposa a un hombre alejado de nuestra ley. En cuanto al otro punto de vuestra petición, os quiero decir que aunque me pagasen con el tesoro más grande del mundo, no podrían conseguir la libertad del Gran Caramán ni la del rey de la soberana India, si no es que, con la paz, me restituyan todo mi imperio.

Oídas estas palabras, los embajadores se levantaron, pidieron permiso y regresaron donde estaba el sultán.

Capítulo XIX. El amor que Tirante siente por Carmesina

Terminadas las fiestas, partieron los embajadores y el emperador reunía muchas veces al consejo para deliberar sobre la guerra. Tirante, durante aquellos días, muy a menudo solicitaba los amores de la princesa, ya que veía que finalizaba el tiempo de las treguas. El emperador deseaba que su capitán fuese pronto al campo para poner en orden a su gente y Tirante, por su parte, hacía ver que cada día reclutaba la gente que tenía que ir con ellos y les ordenaba que preparasen todo lo que podrían necesitar. A pesar de eso, Tirante no dejaba de suplicar a la princesa que le concediese la gracia de otorgarle lo que tanto deseaba. Un día le dijo:

—Ya que la esperanza de mi propio deleite se tiene por perdida al conocer la grandeza de vuestra culpa, quiero recitaros mis ya pasados males, pero no los que están por venir, para que la tierra, el mar, las arenas y todo tipo de gentes puedan enojarse cuando vean mi afligido cuerpo, aunque la esperanza que tenía en el futuro placer me hacía olvidar la grandeza que el amor tiene en sí mismo. Por esto la pena que la majestad vuestra me podía dar por hacerme esperar tanto, me parecía poca cosa en comparación con la gloria que yo esperaba conseguir. Y si la celsitud vuestra admitiese mi petición, vuestra alteza sabría qué grande es mi firmeza, porque uno mismo será el fin de mi vida y de mi muerte. Por eso no dejaré de pronunciar mi petición delante de Estefanía, ni de estas gentiles damas, que considero mis hermanas. Pero, si no tenéis piedad de vos, ¿cómo podréis tenerla de mí? Y si no perdéis vuestra belleza, ¿quién encontrará en vos misericordia? Si de dos males hay que elegir el menor, ¿cuál será el otro, pues elijo la muerte por ser el menor? Ahora querría que me dijeseis qué elegiré vuestra celsitud.

La princesa, que se dio cuenta de lo grande que era la pasión de Tirante, con gesto afable dijo:

—Tirante, tus palabras merecen una respuesta, ya que tanto lo deseas, pero tienes que saber que mi fama es clara y conocida, ya que sin crimen he vivido hasta ahora. Di, ¿qué te ha dado esperanza de entrar en mi cama? Solamente el hecho de creerlo representa una gran infamia para

las doncellas. Porque, aunque otras doncellas pequen y haya muchas que no amen la castidad, ¿quién me impide que mi nombre esté entre esas pocas? Si consiento en lo que quieres, no puedo decir que no se sepa y no habría nada que pudiese cubrir mi falta. Y si es así, ¿cómo excusaré mi culpa? Por eso te ruego, Tirante y señor mío, que te plazca permitirme que defienda la belleza que la fortuna me ha confiado y que no quieras robarme mi tierna virginidad. Y creo lo que te diré: que no me desagrade que me ames, pero dudo en amar a aquél que piense que puede ser mío con gran esfuerzo, ya que no se ha hallado firmeza en el amor de los extranjeros, que tan rápidamente como viene, se va. Has de saber que, menospreciando matrimonios con grandes reyes, yo elegí no separarme de mi padre el emperador, porque pensaba que su vejez era digna de mi servicio. Con todo, él muy a menudo me dice: «Carmesina, hazlo de forma que, antes de que yo parta de esta vida, te vea colocada entre los brazos de un caballero que sea glorioso». Muchas veces me pongo a llorar por las benignas palabras que siempre me dice, pero él piensa que yo lloro por temor a entrar en la más placentera que peligrosa batalla, la cual las honestas doncellas a menudo parece que temen. Él loa mi casta vergüenza, y mi castidad le hace estar seguro, tanto como mi belleza le hace temeroso. ¡Ay, Tirante! Gran libertad me ha sido dada, porque no he conocido el arte de amar, y si yo no te amase, sería bienaventurada, porque no conocería la pasión, mientras que ahora aún recuerdo aquella triste noche en el castillo de Malveí. Y para acabar diré lo que el dolor quiere que diga: «Quien no tiene merced, merced no tiene que encontrar».

Cuando dejó de hablar, Tirante quedó muy preocupado pensando en lo que Carmesina había dicho y en el poco amor que le había demostrado. Él se tenía por bienaventurado pensando que sus amores iban avanzando y se encontró con todo lo contrario. Deshecho por su dolor, con ánimo esforzado dijo:

—Hasta este momento no había descubierto el poco amor que vuestra excelencia me profesaba y ahora, puesto que veo perdida toda mi esperanza, quiero dejar de vivir para que el gran amor que me tiene cautivo no me fuerce a servir a una persona ingrata. ¡Oh crueles hados! ¿Por qué me liberasteis de aquel virtuoso y famoso caballero, el señor de las Vilesermes, si sabíais que la muerte era mi vecina? Veo que por muchas palabras que pronuncie no tendréis piedad de mí y no me otorgaréis lo que me prometisteis: que daríais remedio a mi atribulada vida. A partir de ahora no me quiero fiar de las palabras, ya que si una

doncella de tanta dignidad, la más virtuosa del mundo, ha aniquilado mi fe, ¿quién se podrá fiar de las otras?

—Y, ¿qué es la fe? —preguntó la princesa—. Mucho me gustaría saberlo, para poderme servir de ella en el caso y lugar necesario.

—Mucho me place, señora —contestó Tirante—, que finjáis ignorancia por cubrir vuestra falta. Aún así, os diré lo que sé, pero antes os pido perdón si digo algo que os ofenda. Me parece haber leído que la fe y la virtud están ligadas, ya que fe es creer aquello que no se ve con los ojos corporales, sobre todo en las cosas de Dios, que se deben creer, según mande la santa madre Iglesia, porque la razón natural no basta para probar los secretos divinos, sino que hace falta el testimonio de la Santa Escritura. Pero vuestra excelencia quiere excusarse remitiéndome a una gran enemiga mía que se hace llamar Esperanza, la cual, a causa de su oficio, hace desesperar a muchas personas. Estoy admirado de vuestra majestad, ya que os he oído decir que nunca habéis hecho ninguna promesa ni gracia a nadie que no cumplieseis. Y de esto podrían dar testimonio todas las damas de vuestra corte. ¿Por qué tiene que ser tan grande mi desventura que yo, que os deseo servir y obedecer más que todos los hombres, no pueda conseguir vuestra grandísima liberalidad? Ya doliéndome de vuestra alteza, comenté a la Viuda Reposada y a Estefanía el desagrado que demostrabais tener por mí. Pero si pasa por vuestra mente alguna sombra por el hecho de ser extranjero, tened vuestra majestad la seguridad que tratáis con un caballero. Cuando salí de mi casa, acompañado de ánimo y de amor infinito, si en el camino sentía alguna pasión, reclamaba a la señora princesa, porque no esperaba socorro de otros y, con esta esperanza, entré en esta habitación pensando encontrar remedio para mi dolor.

La princesa, que no tuvo bastante paciencia para continuar oyendo a Tirante, con esforzado ánimo comenzó a decir:

—¡Oh, desprovisto de mente! ¿Con los bienes de Ja naturaleza quieres conseguir nombre de virtuoso, nombre que solamente se consigue con multitud de trabajosos actos? ¿Tanto confías en tu mano y fuerza corporal que tienes el atrevimiento de pedir, en presencia de tantas mujeres y doncellas, el premio que crees merecer? Has de saber que de la misma forma que tú puedes hablar con tu mala lengua, yo puedo oír pacientemente con mis oídos lo que tú afirmas que yo te he prometido.

Estando en estas razones, entró el emperador y les preguntó de qué hablaban. La princesa le respondió:

—Señor, nosotros preguntábamos al capitán, ya que él sabe sermonear muy bien, qué es la fe. Y él nos lo ha explicado.

El capitán, antes de que el emperador hablase, se apresuró a decir:

—Señor, nuestro maestro y señor Dios Jesús manda en sus sagrados Evangelios que nosotros creamos firmemente todo lo que en ellos se contiene. Y los que hiciesen lo contrario serán tenidos por herejes y expulsados de los bienes de la santa madre Iglesia. Por eso, las mujeres y doncellas que prometan fe se han de guardar de no romper la promesa, porque si lo hacen serán excomulgadas y, al morir, no podrán ser admitidas en eclesiástica sepultura ni ser enterradas en lugar sagrado.

El emperador asintió a las palabras de su capitán, aunque si hubiese sabido la causa de la cuestión de Tirante y de su hija, no habría loado tal respuesta. Después, el emperador tomó a Carmesina y ambos, solos, se subieron a la torre del tesoro con el objeto de coger monedas para dárselas a Tirante para que fuese al campo. Tirante quedó con las doncellas y, pensando sobre lo que a la princesa le había dicho, tuvo noticia de que la Viuda Reposada le había relatado su secreto y todo lo que él le había contado. Por eso, Tirante se dirigió a la Viuda con palabras muy afables y dijo:

—Es muy duro pensar en los peligros futuros y el mayor dolor que atribula a los mezquinos es que algún día hayan sido bienaventurados. Por esta razón, mi pensamiento está ofendido con mi señora. Si yo he entendido bien sus querellas, me parece que su amor por mí no ha prosperado, y por eso sus males solamente pueden ser creídos mediante mis palabras, razón por la que mi alma desea ser consolada y poder hacer a la señora princesa tales y tantos señalados servicios que su majestad pueda saber que soy digno de conseguir su amor. También querría colocaros a todas vosotras en honesto matrimonio. A mi pariente Estefanía, considerada una hermana por mí, aunque tiene muchos bienes y mucha riqueza, yo le querría dar muchos más; a la señora Viuda Reposada querría darle por marido un duque, un conde o un marqués, de forma que ella quede contenta y pueda hacer ricos a todos los suyos; y lo mismo querría hacer con Placerdemivida y con todas las otras.

Entonces Estefanía dio infinitas gracias al virtuoso Tirante por ella y por todas las demás a causa de la gran voluntad que les demostraba. En aquel momento, la Viuda Reposada dijo a Estefanía:

—Dale tú gracias de tu parte, que yo se las sabré dar de la mía. Y, volviéndose hacia Tirante y, con cara y gesto afable, le dijo: —Es principio de amistad y de amor dar como lo hace vuestra señoría. Y, además hace muy bien quien da aquello que no puede negar. Yo os doy infinitas gracias por tenerme presente, pero no quiero marido, por gran señor que sea, excepto uno, que tengo continuamente presente de noche y de día, aunque esté ausente. Aquél que amo no me ha matado, pero me da causa de muerte. Por eso prefiero ofrecer mi persona a las desgracias, antes que manifestar mi voluntad a causa de los peligros que se podrían seguir, ya que éstos constituirían un impedimento para mi propósito y ahora no es tiempo ni lugar de recitarlos.

Cuando terminó la Viuda Reposada, Placerdemivida comenzó a decir:

—Señor capitán, ¡cuán herido estáis por la virtud de la paciencia! ¿No sabe vuestra señoría que después del pecado viene el arrepentimiento? Vos habéis venido a las habitaciones de mi señora, que son para vos una sepultura, porque en ellas no encontráis misericordia. Pero yo os suplico que no perdáis la esperanza, porque Roma no se hizo en un día. ¿Y por una nimiedad que mi señora os ha dicho, estáis ya tan atribulado? Si en las más crueles batallas, vos sois un animoso león y siempre sois el vencedor, ¿teméis a una sola señora a quien podréis vencer fácilmente con nuestra ayuda? Me parece que Dios os paga según vuestros méritos. ¿Recordáis aquella placentera noche en el castillo de Malveí en que yo soñaba? En nuestra tierra se dice un ejemplo que viene al caso: «Quien es piadoso y después se arrepiente, no tiene que ser llamado piadoso». No os quiero decir otra cosa sino que os ayudaremos, para que vuestra señoría quede contento. Yo sé que es el último remedio que necesitáis, pero se ha de aplicar la fuerza, porque es la única forma de aparrar el temor. Tened presente que es muy feo que las doncellas que son requeridas de amor tengan que decir aquella espantosa frase: «Mucho me place». Y por esto yo os prometo, a fe de gentil mujer y por la cosa que más amo en este mundo, poner todos mis esfuerzos en este empeño. Si así lo hago, querría que vuestra merced me conservase el amor de mi Hipólito, aunque tengo mis dudas, ya que veo dónde querrían ir sus desmedrados pasos. Por eso temo el peligro futuro, porque sé que será un

buen esgrimidor, que no hiere en las piernas, sino que tira a la cabeza.

Tirante se alegró un poco con las burlas de Placerdemivida y al instante se levantó y le dijo:

—Doncella, según me parece, vos no amáis a Hipólito de forma encubierta, sino que queréis que todos lo sepan.

—¿Qué más me da a mí que todo el mundo lo sepa —preguntó Placerdemivida— si Dios me ha dado la alegría junto con la esperanza? Por eso vosotros, los hombres, muchas veces sois ignorantes, ya que quisierais cubrir vuestra culpa con disimuladas palabras, pensando que somos doncellas y que no tendremos el atrevimiento de decirlo. Es propio de vosotros tener buenos principios, pero malos finales, como el mar, donde cuando se entra, se encuentra el agua suave, pero después, cuando estáis mar adentro, es tempestuoso. Lo mismo os pasa en el amor, en el que al principio sois blandos, y después ásperos y terribles.

Estando en estas razones, vino el emperador y tomó al capitán para sacarlo de la habitación y hablar con él sobre la guerra. Cuando fue la hora de cenar, Tirante se retiró con los suyos a su habitación. Al llegar la noche, a la hora que la princesa se metía en la cama, la Viuda Reposada le dijo:

—Señora, si vuestra majestad supiese la extrema pasión que Tirante pasa por vuestra alteza y las cosas que nos ha dicho a todas, estaríais admirada. Después, a mí, habiéndome llevado aparte, me ha dicho de vuestra excelencia tales cosas que siento hastío de recitáros las, ya que con sus viles palabras me ha demostrado lo poco que os quiere.

La princesa se alteró mucho con las palabras de la Viuda Reposada y, deseosa de saberlo, se volvió a poner la gonela y las dos entraron en un pequeño apartado, para que nadie las pudiese oír; primeramente le contó todo lo que Tirante había dicho a todas las damas y como las quería colocar con matrimonios honrosos; después, con gran maldad, comenzó a decir la maldita Viuda:

—La experiencia muestra a las personas discretas que han de usar más el juicio que la voluntad, sobre todo cuando éstos son de gran alteza y dignidad. Pero tenéis que saber que, aunque un hombre tenga más ingenio y sea más experimentado que otro, como Tirante lo es con las armas, eso no significa que todos los hombres tengan inclinación a hablar

mal de las mujeres y a obrar todavía peor. Y como nosotras lo sabemos, hemos de utilizar nuestros remedios, porque nadie puede ser señora ni conservarse en su señoría si no tiene sabiduría. Vuestra alteza sabe que hay muchos caballeros que son sabios y de gran discreción, que desean y han deseado lo que Tirante querría; pero os tengo que decir que este Tirante es cruel y homicida. Bien sé que no ve más que los otros, pero tiene mayor atrevimiento; tampoco tiene más sabiduría que los otros, sino menos vergüenza y más locura. Si vuestra alteza supiese lo que dice de vos, nunca le tendríais que amar.

—Decídmelo enseguida —pidió la princesa— y no me hagáis penar tanto.

—Él me lo ha dicho en gran secreto —contestó la Viuda Reposada— y me ha hecho poner las manos sobre los Evangelios para jurar que no diría nada a nadie. Pero como sois mi señora natural, cualquier juramento que yo haya hecho no vale nada, porque iría contra la caridad y la fidelidad. En primer lugar me ha dicho que Estefanía y Placerdemivida se han puesto de acuerdo con él para conseguirnos, con mucho gusto o por fuerza, y que si no le dais vuestro consentimiento y no queréis hacer todo lo que él desea, os pasará la espada por el cuello y os dará muerte cruel. Después hará lo mismo con vuestro padre y, robando todo el tesoro, él y los suyos se embarcarán en sus galeras y se irán a su tierra. Y con el tesoro, ropas y joyas que se lleven podrán encontrar doncellas más bellas que vuestra alteza, porque dice que vos no parecéis sino una moza de hostel y que sois doncella con muy poca vergüenza. ¡Mirad, señora, por vuestra virtud, qué cosas piensa de vuestra alteza el malvado traidor! Y aún dice más el réprobo de poca fe: que él no había venido a esta tierra para hacer armas y que por mala suerte os ha conocido a vos y a vuestro padre. ¿Qué os parece, señora, lo que piensa él del honor de vuestra excelencia y del emperador, que tantos bienes le habéis hecho? Allá el fuego queme a quien tales cosas dice. ¿Sabéis aún qué más dice? Que no ama ni quiere bien a ninguna mujer del mundo si no es por sus bienes. De estas cosas, dice muchas y también muchas otras maldades. Ahora recuerdo que me dijo que si alguna otra noche se viese como aquélla de Malveí, aunque él os hiciese mil juramentos, no mantendría ninguno: por fuerza o con mucho gusto él se hará con vos, después os dará tres higos, os los pondrá en la barba y entonces os dirá: «Mala mujer, ni agrado ni gracias, ahora que ya tengo lo que deseaba». ¡Ay, señora, mi alma llora gotas de sangre cuando pienso en todas las maldades que ha dicho de vuestra alteza! Por esto, señora, os quiero dar un consejo aunque no me lo pidáis. Después del

honor de vuestros padres, no hay nadie que pueda sufrir tanto por vos como yo, porque os he tenido en mis brazos durante mucho tiempo y habéis mamado de mi leche, por cuya razón deseo buscaros honores y placeres. Por el contrario, vuestra alteza os habéis escondido de mí para hacer agasajos a este réprobo Tirante y habéis dado más fe a Estefanía y a Placerdemivida que a mí; pero ellas os han traicionado y vendido. ¡Ay, triste de vos, cómo os ha difamado y cuánto más lo hará de aquí en adelante! ¡Dejaos de tales amistades! Pero ahora quiero que me juréis que nunca diréis estas cosas que os he dicho a ninguna persona del mundo, porque no dudo que si el traidor de Tirante se enterase, me haría matar. Vos, señora, disimulad y, poco a poco, separadlo de vuestra amistad, para que continúe haciendo la guerra por vuestro padre; porque si vuestra alteza lo lanza de vos súbitamente, pensará que yo os lo he dicho. Y guárdese vuestra excelencia de éstas dos. ¿No veis que Estefanía tiene el vientre grueso? ¡Admirada estoy de que el emperador no lo haya notado!

Al oír esto, la princesa, que estaba muy dolorida, destilando de sus ojos vivas lágrimas acompañadas de mucha ira, comenzó a lamentarse de la forma siguiente:

—Mi alma quiere partir de mi cuerpo cuando pienso en mi dolorosa vida, pero solamente puedo sentir lástima y lamentar con amargas lágrimas mi gran desventura. Y ya que estoy forzada a dar razón de mi penosa vida, con mis frías manos secaré mi cara, húmeda por tantas lágrimas. Tengo queja de las leyes humanas, que con gran envidia me alejan de aquél que pensaba que me amaba y que yo amaba mucho a causa de los grandes beneficios que de él esperaba recibir la corona del imperio griego. ¡Oh, Dios justo! ¿Dónde está tu justicia? ¿Por qué no baja ya fuego del cielo para que haga convertirse en ceniza a aquel cruel e ingrato Tirante que yo pensaba que sería mío? ¡Ay, triste, cuán afligido está mi corazón y cuánto se mezcla mi amor con una ira cruel! Las cuatro pasiones combaten mi atribulado pensamiento; o sea, el goce, el dolor, la esperanza y el temor. Porque en esta vida nadie puede vivir sin ellas por gran señor que sea. ¡Quién habría podido pensar que de la boca de tan virtuoso caballero pudiesen salir semejantes palabras! ¿Qué daño le he hecho yo para querer la muerte de mi padre y de mi madre y de la miserable hija que tienen? ¿Queréis que os diga, señora Viuda?: antes podría Tirante hacer regresar el sol, que conseguir que yo hiciese ninguna cosa deshonesta. ¡Oh, Tirante! ¿Dónde está el amor que solía haber entre tú y yo? ¿Por qué razón soy merecedora de parecerme tan vil y abominable? Tu amor ligero y

de poca firmeza ¿por dónde ha huido tan pronto? Yo, miserable Carmesina, te ruego que me des la vida que diste al maestro de Rodas. ¿Será posible que seas más cruel con nosotros que con todos aquéllos? ¿Para enaltecer tu virtud, has dicho palabras que no están bien en boca de caballero: que no amas a mujer ni a doncella más que por sus bienes y que a la fuerza quieres tomar el despojo de mi virginidad? ¡Oh, qué gran derramamiento de sangre implican tus palabras! Si mi espíritu quisiese usar de crueldad, aún no habría salido el sol cuando tu habitación estaría llena de sangre tuya y de todos los tuyos.

Y no dijo nada más, sino que oyó tocar maitines y añadió:

—Viuda, vayámonos a la cama, aunque podéis estar segura de que mi dormir será muy poco esta noche por la gran ira que tengo contra Tirante, aquel que yo tanto solía amar.

—Os suplico, señora —dijo la Viuda—, que vuestra majestad no cuente a nadie lo que os he dicho, por el gran peligro que me podría reportar.

—No tengáis temor —respondió la princesa—, porque yo os guardaré de cualquier mal a vos, y a mí, de cargo.

Cuando salieron de la habitación, Estefanía las vio venir y dijo:

—Por el tiempo que habéis estado, señora, me parece que debéis haber obtenido un gran placer de las razones que teníais con la Viuda Reposada. Y por eso, me gustaría mucho saber en lo que estáis pensando.

Pero la princesa se metió en la cama sin responderle y puso la cabeza debajo de las sábanas y comenzó a llorar.

Al irse la Viuda, Estefanía le preguntó por qué lloraba y cuál era la causa de su angustia. Entonces la princesa le dijo:

—Estefanía, déjame en paz, si quieres, y ten cuidado de que todo este daño no caiga sobre ti, que lo tienes más cerca de lo que crees.

Estefanía se quedó muy admirada pensando qué podía ser, pero no le volvió a replicar, sino que se acostó cerca de ella como solía hacer.

La princesa no pudo dormir en toda la noche, sino que la pasó llorando y lamentándose y por la mañana se levantó enferma a causa de la vela de la

noche. Con todo, se esforzó para ir a misa. Cuando Tirante supo de su mal y fue informado por Estefanía de los llantos y angustias que había tenido durante la noche, se extrañó mucho pensando cuál podría ser la causa que tanto la había agraviado y, acercándose a la princesa, con gesto humilde y voz piadosa le dijo:

—El piadoso hablar lleva tristeza a los que lo oyen, en especial a aquéllos que aman con mucho amor. Me parece que ya tengo vuestro mal sobre mis ojos. Y si vuestra merced me quisiese hacer partícipe del mal que os atribula, o al menos decirme la causa que os hace lamentaros, mi alma sentiría la gloria en este mundo. Y si lo digo a vuestra señoría es porque lo conozco por la alteración de vuestra cara, la cual es necesario, si queréis que viva, que cambiéis. Os suplico que me comunicéis cuál es vuestro mal, porque aunque de mí no podáis tener remedios, al menos podré en alguna cosa ser útil a vuestra excelente persona; y más ahora que estoy tan contento porque el emperador me ha prorrogado el mandato para irme al campo.

Tirante no pudo contener por más tiempo las lágrimas de sus ojos e, intuyendo que la princesa se enojaba, añadió:

—Señora, para no fatigar a vuestra señoría detendré la pasión que mi atribulada alma siente, la cual quiere partir de la cárcel de mi cuerpo si ha de vivir con esta pena. Si vuestra majestad se enoja por mis atribuladas palabras, intentaré con servicios enamorados mudar la malevolencia que me mostráis, ya que os alegráis de la pena que paso y no me permitís que mis manos toquen ni tan sólo vuestras vestiduras. ¿Éste es el premio que yo espero de mi benevolencia? Si es así, en defensa de mi virtud dejaré de vivir.

No pudo continuar hablando Tirante a causa de la gran pasión que sentía y entonces la princesa, en voz baja, comenzó a decir:

—Con el mínimo cargo que pueda, quiero satisfacer vuestra petición, porque es cosa que comporta vergüenza y porque mi lengua con grandes trabajos puede decir tales palabras y mi cara, que es temerosa y muy vergonzosa, te dará motivo para negar que se aparte de mí una cuestión tan fea y tan grande. Me duelo de los trabajos y enfermedades que conllevan la miseria humana y así pasaré el tiempo de mi vida guardando la grandeza de mi extraordinaria pena. Y no pienses que es poco el trabajo que comporta mantener cubierto tan gran dolor, ya que es un gran

descanso poder manifestar los llantos y suspiros que atormentan a los atribulados.

Y no le pudo decir nada más porque los médicos vinieron acompañados de la emperatriz. Entonces Tirante tomó licencia y se dirigió a su posada pensando continuamente en lo que la princesa le había dicho. Y así estuvo sin comer, porque no quiso salir de la habitación hasta que el condestable fue a palacio y habló con Estefanía y con Placerdemivida y les comentó la preocupación que Tirante tenía por las palabras de la princesa.

—¿Qué remedio podremos dar —comentó Estefanía— a su gran dolor ya que lo que yo arreglo de día lo desbarata la Viuda de noche? Antes siempre quería que noche y día hablásemos de Tirante; ahora, en cambio, cuando lo intento, se cubre con el manto de honestidad y entra muy difícilmente y con gran dificultad en el juego del amor. La Viuda, por el contrario, cambia todo nuestro juego, como maestra que es en este arte. Porque si la Viuda no estuviese aquí, no una vez, sino cien, habría hecho entrar yo a Tirante dentro de su habitación, quisiese ella o no, como hice aquella noche en el castillo de Malveí. Pero, ya que soy persona libre, en voz baja le hablaré de Tirante.

Acabada aquella conversación entraron en la habitación, donde se hallaba la princesa hablando con la Viuda Reposada, y no le pudieron decir nada. El emperador, cuando supo que el condestable se hallaba allí, pensó que Tirante también debía encontrarse con él, así que los hizo llamar y, como tenían que reunirse en consejo, dijo:

—Vamos a la habitación de Carmesina a ver cómo está, porque hoy no se ha encontrado bien en todo el día.

El condestable fue el primero, después el emperador y a continuación llegaron Tirante y todos los miembros del consejo. Entonces encontraron a la princesa y a la Viuda jugando a naipes, apartadas en un rincón de la habitación. El emperador se sentó cerca de ellas, le preguntó por su mal y Carmesina rápidamente le respondió:

—Señor, cuando yo veo a la majestad vuestra, súbitamente se aparta el mal de mí.

Y mirando hacia Tirante se puso a sonreír. El emperador se alegró mucho de las palabras de Carmesina y ambos hablaron de muchas cosas. La

princesa, de buena gana, respondía a todo lo que Tirante le preguntaba, porque la Viuda Reposada le había aconsejado que hiciese buena cara a Tirante, no tanto como solía hacer con él, pero sí de una forma natural como lo hacía con los demás. Lo que pretendía la Viuda era que Tirante no regresara a su tierra, sino que perdiese la esperanza de amar a la princesa y que la amase a ella. Por esta razón, había urdido con toda maldad lo que le había dicho a la princesa y, por eso, fue ella la causa de tanto dolor.

A la mañana siguiente el emperador daba prisas a toda la gente que tenía que partir para ir al campo. Tirante y todos los demás se apresuraban tanto como podían. Estefanía, hablando aquella noche con la princesa, le dio noticias de Tirante y ella le respondió:

—Calla, Estefanía, no me quieras enojar más, porque los santos del paraíso se preocupan poco de lo que tú dices y de nuestras miserias, ya que nosotras hemos de ganar el premio con el mérito de nuestra propia virtud. No todos los que ponen cara de amor están hechos de oro, que a todo el mundo gusta, porque muchos son amigos de palabras y sólo sirven al viento. ¡Ay, si yo te recitase sus singulares actos! Deberías saber que él solamente es caballero en tiempo de treguas. En cambio tú, con agradables palabras, quieres poner mi vida en peligro. Vale más que vayamos a dormir antes que mi persona pase más dolor.

Estefanía quiso hablar, pero la princesa no lo permitió. Así que la princesa se fue y Estefanía quedó con los pensamientos propios de una mujer mortal. Así pasaron dos o tres días, durante los cuales la princesa mostraba la cara afable a todos y también a Tirante, porque sabía que pronto debían alejarse. Y así, dijo al emperador:

—Señor, aquí está Tirante, vuestro virtuoso capitán, que piensa que dentro de poco tiempo hará con el sultán lo que ha hecho con el Gran Caramán, con el rey de la soberana India y lo que hizo con el de Egipto. Porque si todo el mundo entrase en batalla, Tirante solamente iría para ganar honor y fama perdurable entre los que vendrán después de él, ya que con verdadero corazón y sin ningún fraude siempre ha batallado con gran humildad y ha ofrecido sus batallas a vuestra majestad. Entonces el emperador, dirigiéndose a Tirante, dijo: —Virtuoso capitán, os doy gracias por los muchos honores que me habéis hecho y os ruego que, de la misma forma que hasta ahora habéis obrado bien mostrando vuestra gran virtud, lo hagáis también de ahora en adelante, o mejor todavía; porque ésta es la

esperanza que tengo en vos. Y que nuestro Señor me dé la gracia de poderos premiar según vuestros grandes merecimientos.

Cuando Tirante vio tantas razones superfluas, que habían sido iniciadas por la princesa, casi como si se tratase de un escarnio, no le pudo decir otras palabras que:

—Así será.

Capítulo XX. Los esponsales de Diafebus y Estefanía

Tirante, por querer ir a su posada, bajó por una escalera y entró en una habitación donde encontró al gran condestable, a Estefanía y a Placerdemivida hablando. Se les acercó y les preguntó:

—Hermanas mías, ¿de qué habláis?

—Señor —respondió Estefanía—, del poco amor que la princesa muestra en este caso por vuestra partida, cuando ella se tendría que esforzar ahora más que nunca en demostraros su inclinación y amaros. También, señor, comentábamos qué será de mí si vos partís. Porque la emperatriz me dijo anoche: «Estefanía, tú amas». Yo me enrojecí de vergüenza y bajé los ojos. Estas señales eran bastante para demostrar mi amor, ya que en principio no sabía qué era amar hasta aquella noche en el castillo de Malveí. Si vosotros partís, me quedará poca bienaventuranza y solamente el dolor me hará compañía. Así pues, yo seré castigada a causa de vuestro pecado.

—Señora —le dijo Tirante—, ¿no os he dicho ya que el día de nuestra partida suplicaré al señor emperador, en presencia de la emperatriz y de la princesa, que conceda vuestro matrimonio? Así el condestable permanecerá aquí y su oficio será confiado al vizconde. Entonces podréis celebrar vuestras bodas.

—¿Y cómo las haré —preguntó Estefanía— sin vos? No habrá festejos, ni danzas, ni alegría si vuestra señoría no se encuentra aquí.

—¿Qué falta le hacen los festejos a las bodas —comentó Tirante— si en los esponsales no hubo? La fiesta y la alegría dejadla para la cama, donde no haya temores mezclados con recelo.

Estando en estas palabras bajó el emperador con Carmesina y Tirante pensó que aquél era el momento de decírselo al monarca. Se acercó el virtuoso Tirante al emperador y, delante de la princesa, puso la rodilla en el suelo y, con voz humilde y acompañada de mucha gracia, comenzó la siguiente súplica:

—Podemos contemplar, señor, la gloria que poseéis por veros codicioso de obtener la eterna gloria y la fruición celestial del paraíso, de la cual sois merecedor por las muchas virtuosas costumbres en que habéis ido envejeciendo, haciendo uso de obras de clemencia. Y como sabéis que toda gran señoría tiene una vida breve y no falta en este mundo quien hace el bien, con mucha sumisión quiero suplicar a vuestra majestad, a la señora emperatriz y a la señora princesa, que se encuentra aquí presente, que se haga el matrimonio de la doncella Estefanía de Macedonia con mi hermano, el conde de San Ángel y condestable mayor de vuestra alteza, ya que matrimonios como éstos son lazos de amor y, además se derivan hijos que siempre serán vasallos y servidores de la imperial corona y, por amor de ellos, también lo serán todos sus parientes y amigos. Y como la vida humana es muy breve en este mundo, es un gran consuelo para los hombres dejar hijos que puedan poseer sus bienes, ya que los peligros por los que pasan los hombres en este mundo son muchos, especialmente el miedo de los que van a la guerra; pero, al saber que dejan herederos, se van consolados y los parientes y amigos se consuelan con los hijos.

Dicho esto, calló y el emperador no tardó en responderle:

—Se lee en un tratado que Séneca dice que ninguna cosa es comparada tan cara como aquélla que se pide con plegarias y súplicas. Por eso, capitán, no me place que me hagáis tantas plegarías. Todo mi poder de decisión se lo doy a mi hija, aquí presente, aunque le pido que lo haga con el consentimiento de su madre.

El monarca se alejó sin decir nada más y dejó a la princesa con ellos. Cuando Estefanía vio que el emperador había partido tan bruscamente, intuyó que no le placía el matrimonio y, sin pensárselo, dejó la compañía de la princesa, de Tirante, del condestable y de Placerdemivida, y entró sola en una habitación donde comenzó a llorar y a dolerse.

Entonces Tirante tomó del brazo a la princesa y, acompañados de los otros dos, fueron a la habitación de la emperatriz. Allí, Tirante y Carmesina suplicaron a la emperatriz que consintiese este matrimonio, ya que el emperador también lo consentía, y aquélla respondió que estaba de acuerdo. Inmediatamente hicieron ajustar toda la corte para que fuesen a las bodas de Estefanía y se reunieron todos en una gran sala, junto con un cardenal que habían hecho venir para casarlos. A continuación avisaron a Estefanía para que acudiese y la encontraron aún llorando, cuando todas

las otras doncellas pensaban que estaba arreglándose. Pero ella no supo nada hasta que la fueron a llamar cuando ya todos la esperaban. Fueron celebrados los esponsales, seguidos de danzas y de una singular colación y el emperador quiso que a la mañana siguiente se hiciesen las bodas para no detener la partida de Tirante, y así fue. Se celebraron unos grandes festejos de justas, danzas, momos y muchos otros entremeses que ennoblecieron la fiesta, y todo el mundo estaba muy alegre, excepto el miserable de Tirante.

La primera noche que dieron la novia al condestable, Placerdemivida cogió cinco gatos pequeños y los puso en la ventana donde tenían que dormir, y en toda la noche no dejaron de maullar. Placerdemivida, después de haber puesto los gatitos, fue a la habitación del emperador y le dijo:

—Señor, id corriendo a la habitación de la novia, que el condestable debe de haberle hecho más daño de lo que creía, porque he oído grandes gritos. Por eso, dudo que no haya matado a vuestra querida sobrina o, al menos, la haya malherido, y vuestra majestad, que es su pariente más cercano, tiene que ir a salvarla.

Tanto gustaron al emperador las palabras de Placerdemivida que se volvió a vestir y los dos fueron a la puerta de la habitación de la novia y escucharon un poco. Cuando Placerdemivida observó que no se oía nada, se apresuró a decir:

—Señora novia, ¿cómo es que ahora no gritáis ni decís nada? Me parece que ya os ha pasado el dolor y la prisa de la batalla: ¡dolor que te venga a los talones! ¿No puedes gritar un poco aquel sabroso ay? Es un gran placer cuando se lo oye decir a las doncellas. ¡Si callas, es señal que ya te has comido el hueso de la fruta! Mal provecho te haga, si no te vuelve. He aquí al emperador que te está oyendo, porque tiene miedo que te hagan daño.

El emperador le mandó que callase y que no dijese que él se encontraba allí.

—A buena fe que no lo haré —contestó Placerdemivida—, al contrario, quiero que sepan que estáis aquí.

Entonces la novia comenzó a gritar diciendo que le hacía daño, y Placerdemivida comentó:

—Señor, todo lo que dice la novia es fingido, porque las palabras que dice no le salen del alma, sino que me parece que son ficticias y no me gustan nada.

El emperador se reía con gusto de las sabrosas palabras que oía a Placerdemivida. Entonces la novia, al oírlos reír, dijo:

—¿Quién ha puesto allí aquellos malvados gatos? Te ruego que los pongas en otro lugar, porque no me dejan dormir.

Y Placerdemivida respondió:

—Por mi fe que no lo haré, si Dios me ayuda, ¿acaso no sabes que yo sé sacar de gata muerta gatones vivos?

—¡Oh, qué bien caen en mi espíritu las cosas que dices! —exclamó el emperador—. Te juro por Dios que si yo no tuviese mujer no tomaría a otra sino a ti.

Entonces la emperatriz fue a la habitación del emperador y encontró la puerta cerrada. Un paje le dijo que el emperador estaba en la puerta de la habitación de la novia. Fue hacia allá y lo encontró con cuatro doncellas. Cuando Placerdemivida la vio venir, habló antes que nadie y dijo:

—Morid pronto, señora, porque el señor emperador me ha dicho que si no tuviese mujer, no tomaría a otra sino a mí.

—¡Ay, hija de mal padre! —contestó la emperatriz—. ¿Qué me dices? —y volviéndose hacia el emperador añadió—: Y vos, señor bendito, ¿para qué querríais a otra mujer? ¿Para darle golpes planos con la espada y no estocadas? Guardaos, que nunca morirá mujer o doncella en un juego donde le den golpes planos con una espada.

Y haciendo burlas, se volvieron todos a sus habitaciones. Al día siguiente por la mañana todo el mundo se alegró mucho de lo que había sucedido e hicieron gran honor al condestable y a la recién casada. Los llevaron a la iglesia mayor y, después del Evangelio, el sermoneador subió al púlpito e hizo un solemne sermón sobre los vicios y las virtudes. Después, por mandato del emperador, rezó una oración para dar esperanza a todos aquéllos que le servían de buen corazón. Cumplida la misa, el emperador hizo llevar cien mil ducados, todas las ropas, las joyas y todo lo que su

padre había dejado a Estefanía. Después vistieron al condestable con la sobrevesta de sus armas. A continuación le quitaron la ropa y le vistieron las del ducado de Macedonia; en la cabeza le pusieron una corona de plata muy rica, porque en aquellos tiempos se solía coronar a todos aquéllos que tenían título: a los condes les ponían corona de cuero; a los marqueses, de acero; a los duques, de plata; a los reyes, de oro; y a los emperadores, corona con siete coronas de oro. De forma semejante al condestable, coronaron a Estefanía.

Acabadas estas ceremonias, salieron de la iglesia y cabalgaron con las banderas extendidas por toda la ciudad. A continuación salieron de la ciudad hacia una bella pradera donde había una clara fuente, que se llamaba la Fuente Santa, porque todos los que tomaban título y se coronaban iban allí a bendecir las banderas. Y era justamente en aquel lugar donde le era concedido el título correspondiente. Cuando ya hubieron bendecido las banderas, bautizaron al duque y a la duquesa del reino de Macedonia con agua almizclada. A continuación, todas las trompetas sonaron y todos los heraldos y reyes de armas gritaron:

—Éste es el ilustre príncipe, duque de Macedonia, del gran linaje de Roca Salada.

En esto vinieron trescientos caballeros de espuelas doradas armados de blanco e hicieron gran reverencia al emperador y gran honor al duque de Macedonia, el cual desde entonces ya no fue llamado condestable, sino que este oficio se lo dieron a un caballero valentísimo llamado micer Adedoro. Los trescientos caballeros se dividieron en dos partes y cada uno tomó la más bella doncella, o aquélla que mejor le parecía, y se pusieron en orden de batalla. Cuando se encontraban, uno decía al otro que dejase la dama que llevaba o tendría que romper dos lanzas con él, de forma que aquél que antes las rompía, tomaba la dama de su oponente.

Estando los caballeros en estos festejos fueron el emperador y la emperatriz a la ciudad de Pera, donde se celebraban las justas. Pero Tirante no pudo ir por la promesa que había hecho de no combatir si no había allí rey o hijo de rey. Como ya había pasado el mediodía y aún no habían vuelto todos los caballeros, el emperador subió a una torre e hizo sonar un gran cuerno que podía ser oído a más de una legua. Los caballeros que aún no habían acudido, cuando oyeron el cuerno, se dirigieron a la ciudad de Pera.

Entonces, trescientos caballeros más, todos vestidos del mismo color, franquearon el paso y no los dejaron pasar. Y aquí se hizo un combate muy singular que gustó mucho al emperador. El combate de los caballeros duró alrededor de dos horas porque después de haber roto las lanzas combatieron con las espadas. Entonces el emperador mandó hacer sonar las trompetas y todos se separaron, los unos a una parte, los otros, a la otra. Cuando fueron separados, cada uno buscaba su dama y como no las encontraban, se lamentaron delante de la emperatriz por las damas que habían perdido. Ella les respondió que no sabía nada, pero que creía que los otros caballeros las tenían escondidas. Y aquéllos, con gran furia y con las espadas en alto, volvieron a combatirles de nuevo.

Después de un buen rato de lucha, vieron a las damas sobre el muro del palacio. Entonces sonó una trompeta y todos se unieron, descabalgaron y, con gran esfuerzo, atacaron el palacio que ellas defendían. Los de fuera entraron por la fuerza de las armas y, ya dentro del gran patio, se dividieron en dos partes, tomaron un rey de armas y lo enviaron a los caballeros que habían salido últimamente, a quienes pidieron que se fueran, ya que ellos habían ido para recobrar cada uno a su dama. Aquéllos les respondieron que por nada del mundo se irían, pues habían puesto sus personas en gran peligro de muerte. Sobre todo esto se hicieron armas a pie dentro del palacio, cosa que fue muy agradable de ver, porque unos caían aquí y otros allá, mientras que otros daban maravillosos golpes con las hachas; aquél que perdía el hacha no podía volver a combatir, ni tampoco aquél que tocaba el suelo con el cuerpo o la mano. Por fin, el emperador les hizo separarse y, después de ser desarmados, entraron en una gran sala donde comieron. Cuando acabaron, danzaron y, media hora antes que se pusiese el sol, comenzaron a bailar e hicieron una bella y larga danza.

Entonces tomaron a la princesa y a todas las damas y, bailando, fueron hasta a la ciudad de Constantinopla. Después de cenar, Tirante tomó a todos los suyos —que eran treinta y cinco caballeros y gentilhombres que habían venido con él y con el vizconde de Branches— y fueron a besar el pie y la mano al emperador por la mucha merced que les había concedido al dar a su bella sobrina por mujer a Diafebus, que era también del linaje de Roca Salada.

La razón por la que se llamaban así venía del tiempo en que dos hermanos conquistaron la pequeña Bretaña. Uno de ellos era capitán y

pariente del rey de Inglaterra, se llamaba Uterpandragó y fue el padre del rey Arturo. Este capitán, junto con su hermano, tomó un fuerte castillo que había sobre una gran roca que era de buena sal. Por esto, como fue el primer castillo que ellos conquistaron por la fuerza de armas, con gran trabajo y pérdida de mucha sangre, dejaron su nombre propio y tomaron el de la conquista. El hermano mayor, además fue titulado duque de Bretaña. El rey de Francia le concedió una hija suya por esposa. Entonces Uterpandragó mandó a su hermano a Francia para que la esposase. Pero cuando el hermano vio que era una dama de tan admirable belleza, dijo al rey que no tenía el consentimiento de su hermano para esposarla, porque el duque no la aceptaría por mujer si otro la hubiese esposado. Entonces hizo cartas credenciales ficticias que dio al rey de Francia y el monarca le envió a su hija, junto con doscientos mil escudos, con la condición de que se hubiese titulado rey de Bretaña dentro de tres años. El caballero otorgó todo lo que el rey quería y se la llevó muy bien acompañada, como correspondía a una hija de rey, y la llevó directamente al castillo de Roca Salada. Dejó a toda la gente en la ciudad, pero a la doncella la puso dentro del castillo y, rápidamente, la esposó y la tomó por esposa.

Cuando su hermano el duque supo tal nueva, lo tomó con mucha paciencia, porque lo amaba mucho. Después, los caballeros que habían venido con la doncella se volvieron a Francia y relataron al rey lo que había ocurrido. Éste se enfadó mucho, reunió a todas sus huestes y, con gran multitud de gente de armas, fue a poner sitio al castillo de Roca Salada. El duque de Bretaña, que supo que el rey de Francia venía para destruir a su hermano, le mandó súplicas al rey para que no lo hiciese. Por otro lado, el duque envió a su hermano mucha gente y muchos víveres y lo abasteció de todo lo que necesitaba para defender el castillo. El rey puso sitio al castillo durante un año y dos meses pero, por muchos combates que dio, nunca lo pudo tomar ni hacerle ningún daño. El duque, que se hallaba con el rey, continuamente suplicaba al monarca que perdonase a su hermano. Cuando el rey comprobó que no podía conseguir el castillo, concertó el matrimonio de su otra hija con el duque. Y para que su hermano no lo tomase a mal, el duque consintió tomar en matrimonio, únicamente, a una hija bastarda y sin ninguna dote. Todos los que habían venido con Tirante eran de aquel linaje, de forma que se trataba de caballeros de estirpe muy antigua.

Después de que los caballeros del linaje de Roca Salada hubieron dado las gracias al emperador, éste les dijo con cara muy afable:

—La gloria de este mundo no se basa en las apariencias, sino en el bien obrar. Y por la gran virtud que he observado en vos, Tirante, os amo con infinito amor; de tal forma que odio el nombre de cualquier otro que quiera ser pariente mío que no sea del linaje de Roca Salada, y eso porque, cuando recuerdo vuestros singulares actos, me olvido de todos los demás linajes. Así pues, yo os había rogado para que fueseis más cercano a la corona, que quisieseis tomar a mi sobrina Estefanía por mujer, con el ducado de Macedonia y muchas otras cosas que yo os habría dado. Pero dice la sabiduría popular que uno no tiene que amar a otro tanto que se haga daño a sí mismo. ¿Cómo es que Diafebus no se ha conformado siendo conde de San Ángel y condestable mayor? Tampoco vos quisisteis el condado cuando yo os lo daba, sino que lo cedisteis a vuestro pariente y ahora os ofrecía el ducado y tampoco lo habéis querido, y no habéis aceptado una pariente mía, buena y muy honesta. ¡No sé qué esperáis! Si deseáis que os dé mi imperio, no contéis con él, pues yo lo necesito. Ciertamente, yo creo que vos me haríais pobre antes que yo os pudiese hacer rico: así de magnánimo veo vuestro corazón. Porque los vicios son disimulados, muchas veces, bajo la apariencia de virtudes.

No tardó Tirante en replicar al parlamento del emperador:

—Nadie puede poseer en el mundo mayor riqueza que estar alegre, y mi voluntad no radica en desear bienes de fortuna ni en señorear grandes tierras, sino en poder servir a la excelencia de vuestra majestad, de forma que por medio de mis trabajos pueda reparar y aumentar la corona del imperio griego y restituirla a su primera señoría. Porque aunque mi ánimo sea magnánimo en dar, no es codicioso en juntar tesoros ni gran señoría, ya que me alegro y quedo premiado solamente con el honor, y otra cosa no quiero. La mayor gloria que yo puedo conseguir consiste en heredar a mis parientes y amigos, porque por heredad mía no quiero más que el caballo y las armas. No deseo que vuestra alteza tenga tanto trabajo en hacerme rico, ni quiero nada de la alteza vuestra que a vos pueda servir, pues solamente sirvo a Dios en aumento de la santa fe católica. Yo, señor, a la altísima majestad vuestra beso las manos y doy infinitas gracias por el beneficio que habéis hecho a Diafebus, ya que prefiero que Diafebus y los demás parientes posean bienes y honor antes que yo.

Mucho complacieron al emperador las virtuosas palabras del capitán. Entonces se volvió hacia su hija y le dijo:

—Nunca he conocido caballero de tan preclara virtud como Tirante y, si Dios me da vida, lo elevaré a rey coronado.

Capítulo XXI. Los padecimientos amorosos de Tirante

Pasadas las fiestas, Diafebus, duque de Macedonia, se quedó a vivir en el palacio del emperador. Un día, el duque invitó a todos sus parientes y, cuando estaban comiendo, el emperador dijo a su hija que fuese a la habitación de la duquesa para hacerle honor, ya que allí se encontraban todos los extranjeros del parentesco de Bretaña. Y acompañada de muchas mujeres y doncellas, Carmesina se dirigió a la habitación de la duquesa. Entonces, la Viuda Reposada se acercó a ella y, con gran malicia, le dijo las siguientes palabras:

—¡Oh, señora! ¿Por qué quiere vuestra alteza ir donde están estos extranjeros? ¿Queréis entretenerlos mientras comen, de forma que en presencia vuestra nadie ose continuar? Vos y vuestro padre pensáis ofrecerles honor, pero les haréis un gran daño, porque ellos preferirían la vista de un ala de perdiz que todas las doncellas que hay en el mundo. Y no es necesario que vuestra alteza vaya a todas partes, ya que sois hija del emperador; teneos en mayor estima, si queréis ser querida por la gente. Muy admirada estoy de la mala señal que veo en vos, que quisierais estar continuamente cerca de Tirante. No os diría esto si no fueseis la persona que más quiero, y porque veo que vuestro padre, con poca cautela y con falta de discreción, no se priva de deciros que vayáis a la habitación donde están los hombres.

—¿No deberé obedecer el mandato del señor emperador, mi padre?
—replicó la princesa—. Yo pienso que no puedo ser reprendida por nadie si cumplo su mandato. Ahora veo que la adversa fortuna me es contraria, porque quiere que aumente la pena de mis tristes pensamientos.

Pero la princesa regresó a su habitación y no fue a la de la duquesa. Cuando acabó de comer, Placerdemivida quiso saber qué hacía Tirante y hablar con Estefanía. Entonces vio a Tirante sentado en una ventana pensando, se acercó a él para consolarlo y le dijo:

—Señor capitán, mi alma siente gran dolor cuando os veo triste y pensativo. Vea vuestra merced en qué os puedo ayudar, ya que si Dios me

ayuda, no os fallaré.

Tirante le agradeció mucho sus palabras. Entonces la duquesa se acercó a ellos y preguntó a Placerdemivida por qué no había venido Carmesina. Aquélla le respondió que la Viuda Reposada había sido la causa. Pero no quiso decir lo que la Viuda le había dicho de Tirante, porque éste no se inflamase de ira. Entonces Estefanía se apresuró a agregar:

—Puesto que ahora tengo libertad de hacer de mí lo que quiero, tengo que decir que he tardado demasiado en ver la finalidad de las palabras de la princesa y en saber su última voluntad. Pero os prometo, por Nuestra Señora, que de aquí a mañana, os sabré decir toda la verdad.

—¡Oh, desventurada de mí, cómo me dais penas de dolor! —dijo Placerdemivida—. Como vos estáis bien ahíta, ¡qué poco os preocupáis de los que están en ayunas, ya que queréis esperar tanto! Pero yo sé bien que Carmesina no hará nada por vos y que cuando le habléis, ella demostrará tener los oídos llenos de algodón, especialmente si la Viuda se encuentra cerca de ella, porque no me atrevo a decir el mal que de vos, señora, dice.

—¡Oh, cómo me tendría por bienaventurado —exclamó entonces Tirante— si se tratase de un hombre! Porque, si fuese así, todo el mal que dice se volvería contra él.

—¿Queréis obrar bien? —preguntó Placerdemivida—. Dejemos el mal de lado y hagamos lo que conviene, que los remedios vendrán por sí mismos: sé que no haremos nada si en ello no se mezcla un poco de fuerza. Os diré lo que me parece: la señora me ha dicho que le haga preparar el baño para pasado mañana. Una vez que estén todos cenando, yo os podré poner, sin ser visto, dentro del lugar donde ella se tiene que bañar. Cuando salga del baño y se duerma en su cama, vos os podréis poner a su lado. Y de la misma forma que sois valentísimo y virtuoso en el campo, conviene que lo seáis también en la cama. Este camino es el más rápido para conseguir la cosa deseada. Si vosotros sabéis alguno mejor, decídmelo.

—Dejadme primero hablar con ella —pidió la duquesa—, y según ella cante, así le responderé yo, ya que lo que tú dices tiene que ser el último remedio para dar cumplimiento a nuestra empresa.

—Nunca me gustó algo que se tuviese que adquirir por medio de la suerte —dijo Tirante—, y no querría hacer nada que fuese en desagrado de mi señora. ¿Para qué me vale cumplir mi deseo si es contra su voluntad? Antes preferiría morir de cruel muerte que enojar a su majestad o hacer algo contra su voluntad.

—Por la fe que debo a Dios, que vuestras palabras no me parecen una buena señal —respondió Placerdemivida—, porque si en vos se encontrase el deseo del buen amor, no huiríais del paso estrecho que os he ofrecido. Mis trabajos pretenden únicamente servirlos y procuraros todo el bien que me sea posible, y todavía más, pero veo que os empeñáis y que queréis pasar por una calle que no tiene salida. Buscad de ahora en adelante quien os dé remedio a vuestra aflicción, que yo no me quiero preocupar más.

—Doncella —dijo Tirante—, yo os pido que, por merced, no os enojéis, que pensemos entre todos y que se haga lo mejor, ya que si os enfadáis, sólo me queda desesperarme como un hombre loco y fuera de sí, ya que la señora duquesa no podrá estar tan a menudo con ella como yo querría.

—Un ángel no os podría dar mejor consejo del que yo os doy —indicó Placerdemivida—, y vuestro ánimo no ha podido ver el placer tal como yo os lo había preparado, porque como caballeresa perseguía lo que yo había iniciado, de forma que por una vía o por otra tuvieseis que sentir su dulzura, porque es sabido que si las cosas dulces nunca se prueban, nadie podría conocer este sabor.

Entonces deliberaron que la duquesa iría a la habitación de la princesa para ver si podía hablar con ella. Cuando llegaron, Carmesina se estaba atando las ropas en un reservado. Entonces la duquesa pensó en una nueva femenil malicia: se puso en una habitación por donde tenía que pasar la princesa y se colocó apoyada a los pies de la cama con la cabeza baja. En cuanto Carmesina supo que se hallaba allí, le mandó decir que entrase, pero ella no quiso ir. Placerdemivida, que había ingeniado que todo se hiciese así, le dijo:

—Dejadla en paz, que no puede venir porque se encuentra afligida, pero no sé qué tiene ni por qué está tan triste.

Cuando la princesa se acabó de vestir, salió de la habitación y, cuando vio a la duquesa con un gesto tan triste, se acercó a ella y le dijo:

—¡Oh, mi querida hermana! ¿Qué es lo que te hace daño? Te ruego que me lo digas ahora mismo, porque tengo gran dolor de verte, y si en algo te puedo ayudar, lo haré con muy buena voluntad.

—Señora mía —respondió la duquesa—, mi pensamiento está alterado, porque he perdido la gran esperanza que había puesto en vos. Enojada ya de tanto hablar, desearía encontrarme sola en una montaña o en una espesa selva. Por eso, me he puesto en esta cama triste y dolorida. Os diré lo que me angustia, porque preferiría perder la vida ya que no puedo volverme atrás de la promesa que por mandato vuestro hice a Tirante en el castillo de Malveí. Por eso, señora, suplico a vuestra excelencia que no permita que quede como perjura, ni que seáis la causa de mi mal, ya que tendré que estar a malas con el duque y con Tirante.

Y mientras la duquesa decía esto, sus ojos destilaban vivas lágrimas que mostraban mucha pasión y dolor. Las dolorosas lágrimas de la duquesa movieron a piedad a Carmesina y le hicieron olvidar gran parte de la ira que sentía contra Tirante. Y, con voz humilde y cara afable, le contestó:

—Duquesa, tienes que pensar que yo no estoy menos afligida que tú. Pero, prima hermana y señora mía, no quieras dar más dolor a tu persona, porque sabes que te he amado y te amo sobre todas las personas del mundo. Tu deseo de que yo hable con Tirante será cumplido por amor a ti, aunque tengo muy pocas razones que me fuercen a hacer algo por él, porque si supieses cómo soy tratada por él y cómo ha dicho de mí todo lo que le ha placido, estarías admirada. Yo le soportaré por la gran necesidad que todos tenemos de él; pero, te juro, por este día bendito que es hoy, que nunca más le querría ver. ¡Quién habría podido pensar que tan poco juicio podría habitar en un caballero tan virtuoso!

—Señora mía —respondió la duquesa—, muy admirada estoy de que vuestra celsitud crea que un caballero de tanta virtud como Tirante haya podido decir alguna cosa que agravie a la majestad vuestra, porque si sus oídos oyesen decir algo que fuese en ofensa vuestra, se batiría con todo el mundo. Por lo tanto, no piense vuestra alteza que Tirante es como os lo han pintado, ya que alguna desventurada persona, queriendo calumniar al mejor caballero que hoy se encuentra en el mundo, os habrá hecho creer alguna fábula imaginada.

Placerdemivida, entonces, dijo:

—Señora, que pase de vuestro pensamiento sentir mala voluntad por Tirante, porque si a causa de su virtud hay alguien merecedor de mundanal mérito, éste ha de ser él. ¿Quién es la malvada persona que os ha hecho creer que él es el último caballero en honor, gloria, honestidad y virtud? No hay nadie, si no quiere mentir, que pueda decir, si no es con gran maldad, que Tirante haya podido decir de vuestra excelencia nada, excepto elogios. Dejad las palabras de las malas gentes, y amad a quien debéis amar, porque gran gloria para vos será poseer un caballero tan virtuoso y que él pueda señorear las habitaciones y vuestra cama, y vos, su persona, la cual no podría ser comprada ni con oro ni con plata. Amad, señora, a aquél que os ama, y dejad las malignas palabras de la endiablada Viuda, que ella es quien hace todo este mal. Confío que Dios se lo hará caer sobre ella. No tendría otro deseo que verla azotar con una tralla hecha de entrañas de vaca y que, desnuda por la ciudad, le pegasen por los lados, por los ojos y por la cara.

—Calla —exclamó la princesa—, tú crees que la Viuda Reposada me dice estas cosas y no lo hace, sino que soy yo quien veo todo el daño que se puede seguir. A pesar de ello, estoy contenta de hacer lo que me aconsejáis.

—Si os atenéis a mi consejo —dijo Placerdemivida—, no os diré ninguna cosa que no sea en provecho y honor vuestro.

Y así partieron. La duquesa regresó a su habitación, encontró allí a Tirante y le contó todo lo que había hecho. Tirante, muy contento y alegre, salió a la gran sala donde se encontraban el emperador, la emperatriz y todas las damas, y allí danzaron durante un buen espacio de tiempo, momentos en los que la princesa no dejaba de hacer festejos a Tirante.

Acabadas las danzas, Carmesina se retiró para ir a cenar y la Viuda Reposada se acercó a ella y, sin poder ser oída por nadie, le dijo:

—Las palabras de vuestra excelencia hacen aumentar mi dolor, porque yo estoy más dolorosa y quemada de amor por la honestidad que cualquier otra mujer. Ahora estoy viendo que vuestra alteza quiere entrar en el pozo de la perpetua infamia con los ojos abiertos. Y por esta causa vivo desesperada y me lamento de aquello que el amor consiente, hasta el punto de maldecir el fatídico día de vuestro triste nacimiento, ya que mucha gente, ocupada en volver los ojos hacia vuestra majestad, después

los giran hacia mí, y me dicen por tres veces: «¡Oh, Viuda, oh, Viuda Reposada! ¿Cómo puedes consentir que un hombre extranjero se lleve el despojo de la virginidad de Carmesina?». Pensad si al oír semejantes palabras tengo ocasión de dolerme, porque sé que ninguno de nosotros ofenderá a vuestra majestad. Si yo muriese, quedaría liberada de esta pena, ya que reposada en la muerte, mis oídos no tendrían que oír que yo lo he permitido. Y por esto, mis ojos destilan vivas lágrimas. ¿Cómo pensáis, señora, que la cosa se puede hacer sin que obispos y arzobispos den su consentimiento? Vos misma habéis dicho en público que no quisierais tomar marido extranjero aunque fuese rey o hijo de aquél sin conocer sus costumbres, que no quisierais estar sujeta a ningún otro rey o emperador del mundo y que, si teníais que tomar marido, no sería otro que Tirante. Y si os pasa por la fantasía quererlo por marido, si la alteza vuestra hace algo, qué deshonor será para él que, cuando seáis su mujer, no dudará en deciros: «Sois una mala mujer, porque lo que hicisteis conmigo también lo habréis hecho con otro». ¿Quién podrá asegurar que su corazón no estará siempre receloso? Bien sabe Dios que siempre tendrá razones para no fiarse de vos, y os tendrá encerrada sin dejaros hablar con nadie. Prefiero que me venga la muerte antes de que mis ojos vean tales cosas, ni que mis oídos escuchen tales nuevas.

Y no quiso decir más, esperando la respuesta de Carmesina. No fue poco el dolor que sintió el alma de la princesa, ya que no tenía tiempo para satisfacer las venenosas palabras de la maliciosa Viuda, porque el emperador estaba ya en la mesa esperándola, y por dos veces la había mandado llamar.

—Señora Viuda, mi cena sería placentera si pudiese ahora satisfacer todo lo que me habéis dicho.

Así pues, salió del reservado y la duquesa, que había ido para saber si Tirante iría aquella noche, cuando la vio tan alterada y toda roja de melancolía, no tuvo el atrevimiento de decirle nada. Pero cuando Placerdemivida la vio y observó que la Viuda venía detrás de ella, le dijo:

—Señora, siempre he visto que cuando el cielo está rojo, es señal de tempestad.

—Calla, loca —contestó la princesa—, que siempre dices locuras.

Pensad cómo venía ella, que el emperador lo advirtió y le preguntó por qué

estaba así y si alguien la había enojado en algo.

—No, señor —respondió Carmesina—, pero desde que partí de vuestro lado, me ha venido un dolor al corazón, aunque, por gracia de Nuestro Señor, he podido encontrar remedio.

Entonces el emperador mandó a los médicos que se preocupasen de su comida, y ellos ordenaron que cenase un faisán, porque es carne adecuada al corazón. La duquesa, por su parte, se sentó a su lado para poder decirle que Tirante la esperaba en su habitación. Cuando acabó de cenar, Estefanía se acercó a su oído y, en voz baja, le dijo:

—Si la nobleza de vuestro linaje y vuestro nombre de generosa os mueven la fe que me habéis prometido, vaya adelante y venga a efecto, porque las cosas manifiestas llevan testimonio de verdad y las escondidas, tal como hace la Viuda, muestran malevolencia y traición. Además, un vasallo no puede quitar nada ni defraudar a su señor: y lo digo porque la Viuda es vasalla mía y no me tendría que enojar, y en cambio me hace desear su muerte, porque sus actos son merecedores de castigo.

—Duquesa —dijo la princesa—, yo os amo en grado extremo y haré por vos todo lo que se puede por una hermana y aún mucho más, pero dejad en paz a la Viuda, porque aunque sea vasalla vuestra no tiene culpa de nada. Os pido por favor que no os preocupéis por ella, ya que yo no podría hacer tanto por vos como merecéis. No hay nada que me haga pensar mal excepto mi corazón, que tiene muchas dudas, porque es un cuerpo mortal y por eso dudo que mi desventura no me dé pasiones de doncella mortal. Os ruego, por lo tanto, que no me queráis quitar lo que no me podríais dar. Por eso, hermana mía, vos que estáis llena de paciencia, no tengáis en cuenta mis palabras y dejad estas cortesías para el jueves de la cena.

—Señora —insistió la duquesa—, respondedme a lo que os he dicho: ¿queréis que Tirante venga esta noche? Él lo espera con mucho deseo. ¡No me digáis que no!

—Mucho me alegrará —respondió la princesa— que venga por la noche. Aquí le esperaré y danzaremos, y si algo me quiere decir le escucharé con buena voluntad.

—¡Ay, señora bendita —exclamó la duquesa—, estáis llena de lealtad! En persona humana no hay tan gran saber como el que tenéis vos. Ahora

queréis cambiarme el juego. Pero cuidado señora, porque quien muchas yerra y acierta una, no se puede decir que las haya errado todas. Yo lo que os digo es si queréis que venga a veros el virtuoso Tirante, tal como hizo aquella placentera noche del castillo de Malveí. ¡A ver ahora si me entendéis!

—Cuando me hablaste de Tirante —dijo la princesa—, pensé únicamente que él quería contarme su mal. Podéis decir a Tirante que yo le suplico que, como caballero digno en fe y en virtud, deje de tentar mi alma, la cual desde hace unos días llora gotas de sangre. Pero, después de que haya venido, yo seré quien consienta más cosas de las que él cree.

—¡Oh, señora! —comentó la duquesa—, nadie tiene que llorar más que por sus pecados y, si vuestra celsitud quiere combatir con Tirante, hacedlo debajo de sus brazos con el mismo temor que teníais aquella noche de Malveí, y con los juramentos y promesas que entonces le hicisteis. Y a partir de aquí, podréis decir y razonar todos los singulares actos que habéis hecho. El hombre muerto no necesita larga esperanza, porque doncella semejante a vos en virtud y gentileza y adornada con corona imperial no hay ninguna en toda la cristiandad y menos en la paganía. Y ya que no os falta belleza, no dejéis que os falte la virtud de mantener las promesas.

—¿Queréis que os diga una cosa, hermana y señora mía? —indicó la princesa—. Quiero guardar la fama y el honor mientras la vida me acompañe y siempre me encontraréis con este mismo propósito. Porque una doncella honesta tiene que amar sobre todas las cosas y así lo haré yo, si a Dios le place.

La duquesa se fue muy enojada y, cuando vio a Tirante, le contó todo el mal propósito de la señora. Entonces él multiplicó su dolor aún en grado más alto del que solía sentir. Cuando el emperador hubo cenado, mandó llamar a Tirante y dijo a la princesa:

—Haced llamar a los ministriles para que los caballeros se alegren, ya que su partida es inminente.

—Señor —contestó la princesa—, hoy no, porque tengo más ganas de descansar que de bailar.

Así pues se despidió de su padre y se refugió en su habitación, porque no

quería hablar con Tirante. La Viuda Reposada se alegró mucho, mientras que Placerdemivida fue a la habitación de la duquesa y dijo a Tirante:

—Señor capitán, no tengáis ninguna esperanza en Carmesina mientras la Viuda esté cerca de ella. Ya se han retirado solas a su habitación para hablar, y nunca conseguiréis nada de ella si no hacéis lo que yo os diga: mañana tiene el baño y yo lo haré de tal forma que, por la tarde, os pondré en su cama, donde la encontraréis toda desnuda. Haced lo que yo os digo, que yo sé que ella nunca dirá nada.

—Doncella —contestó Tirante—, infinitas gracias doy a vuestra gentileza por lo que me decís, pero quiero que sepáis que, por nada del mundo, usaría yo la fuerza con mujer o doncella si supiese que ellas no lo aceptaban, aunque tuviese que perder la corona del imperio griego o romano. ¿Quién puede pensar que yo pudiese hacer tal cosa contra la voluntad de esta doncella que amo más que a mi propia alma? Si yo la viese llorar y angustiarse en un caso así, preferiría dar mi alma al enemigo antes que causarle el más mínimo enojo o daño. Cuando estoy en una cruel batalla y tengo un enemigo mortal en el suelo a punto de que le quite la vida y me pide merced, le perdono. Y si en un caso como éste lo hago por piedad, ¿cuánto más evitaré a mi señora el último mal que a las mujeres más les place guardar? Por nada haría enojar a su majestad y, en el caso de que quisiese hacerlo, el ánimo no me lo consentiría. Prefiero pasarme la vida afligido con la noble esperanza que tengo de hacerle honores y servicios. Porque no quiero, por vanagloria, ser llamado traidor, ya que la naturaleza y el honor me hacen tener piedad.

En cuanto acabó de hablar, Placerdemivida, mostrando que estaba descontenta con él, comenzó a decir:

—Tirante, Tirante, nunca seréis temido en batalla si al amar mujer o doncella no mezcláis un poquito de fuerza. Ya que tenéis gentil esperanza y amáis a una doncella valiente, id a su habitación y acostaos en la cama cuando ella esté desnuda, o en camisa, y embestid valientemente, porque entre amigos no es necesario ir con remilgos. Pero si no lo hacéis así, no quiero formar parte de vuestra bailía, porque yo sé que muchos caballeros, por tener las manos rápidas y valientes, han obtenido de sus enamoradas honor, gloria y fama. ¡Oh, Dios, qué gusto tener en sus brazos una doncella tierna, toda desnuda, de catorce años de edad! ¡Oh, Dios, qué gloria debe ser estar en su cama y besarla a menudo! ¡Oh, Dios, qué cosa es ser de sangre real y tener un padre emperador! ¡Oh, Dios, qué cosa es

tener a la enamorada rica, liberal y limpia de cualquier infamia! Aquello que más deseo es que hagáis lo que yo quiero.

Finalmente, como ya había pasado gran parte de la noche y tenían que cerrar el palacio, Tirante se vio forzado a partir. Y cuando ya se iba, Placerdemivida le dijo:

—Capitán, yo no podría encontrar quien hiciese tanto por mí: idos a dormir y no os volváis del otro lado.

Durante la noche Tirante pensó en lo que la doncella le había dicho. A la mañana siguiente el emperador le mandó llamar y él fue al instante y lo encontró vistiéndose. También estaba la princesa, que había ido para servirlo. Carmesina vestía gonela de brocado y no llevaba ropa en los pechos, mientras que los cabellos, un poco desatados, le llegaban casi cerca del suelo. Tirante se admiró mucho de ver tanta singularidad en un cuerpo humano. Al verlo, el emperador le dijo:

—Capitán nuestro, os ruego que hagáis todo lo posible para que vuestra partida sea rápida.

Pero Tirante estaba tan alienado que no pudo hablar a causa de la vista de tan singular dama, y después de un buen periodo de tiempo, dijo:

—Estaba pensando en los turcos y no he comprendido lo que me habéis dicho; por esto, suplico a vuestra alteza que me digáis qué queréis que haga.

El emperador, admirado de que sus ojos estuviesen tan alterados, creyó que así era, porque durante media hora Tirante estuvo en blanco. Entonces el emperador se lo volvió a decir y Tirante respondió:

—Señor, vuestra majestad tiene que saber que la llamada va por la ciudad notificando a todos la partida para el lunes, y hoy es viernes.

Entonces Tirante se puso detrás del emperador para que no le viese, y con las manos se cubría la cara mirando hacia la princesa. Ella y las otras doncellas comenzaron a emitir grandes risas y Placerdemivida dijo las siguientes palabras delante el emperador:

—Quien quiere tener señoría es necesario que tenga poder para coger y dejar eso que ama, ya que sin poder, la señoría poco vale.

Entonces cogió del brazo al emperador y le dijo:

—Señor, si habéis hecho alguna cosa digna de premio, a Tirante le toca, porque derrotó y venció al gran sultán en bella batalla campal y le hizo perder la temerosa locura que tenía de señorear todo el imperio griego. Él ha ganado premios con el mérito de su propia virtud y, si yo tuviese cetro real, fuese señora del imperio griego o Carmesina hubiese salido de mis entrañas, bien sé yo a quién la daría por mujer. Pero las doncellas no deseamos otra cosa que honor, estado y dignidad. ¿De qué me valdría que yo fuese del linaje de David y, por falta de un buen caballero, perder todo lo que tengo? Y tú, señor, no tengas esperanza de dar a tu hija otro marido. Lo tendré que decir. No lo haré... pero forzado es que lo diga: el virtuoso de Tirante. Mira, poderoso señor y entre los reyes el más cristianísimo, no quieras hacer como aquel rey de Provenza que tenía una bellísima hija que fue pedida como esposa por el rey de España y tanto demostró el rey amarla que no la quiso casar en su vida. Y después, cuando el rey murió, no encontró quien la quisiese por esposa, le quitaron la tierra y a ella la hicieron morir fuera del reino.

Entonces se dirigió a la princesa y le dijo:

—Tú, que has salido de alta sangre, toma marido pronto y bien pronto; y si tu padre no te da uno, yo te lo daré; y no será otro que Tirante, porque quien lo pueda tener, obtendrá marido y caballero. Éste, en proezas, sobrepasa a todos los otros; si no, vea vuestra majestad el desorden de vuestro imperio y el punto en el que estaba antes de que Tirante viniese a esta tierra.

—Callad, doncella, por merced —dijo Tirante—, y no queráis hablar tanto sobre mí.

—Marchad a las batallas —contestó Placerdemivida— y dejadme a mí en las habitaciones.

—Por los huesos de mi padre, el emperador Alberto —exclamó el emperador—, tú eres la más singular doncella del mundo y, cuanto más pasa el tiempo, te quiero más bien. Por eso ahora te hago donación de cincuenta mil ducados de estrenas de mi tesoro.

Ella se arrodilló y le besó la mano. La princesa estaba muy turbada por lo

que había dicho, y Tirante estaba medio avergonzado. Finalmente, el emperador fue a acabarse de vestir y después a misa. Más tarde, Tirante fue a acompañar a la emperatriz y a su hija. Entonces, Tirante tuvo la ocasión de hablar con la princesa y le dijo:

—Quien promete, en deuda se mete.

—La promesa —contestó la princesa— no se hizo con acto de notario.

Pero Placerdemivida, que oyó la respuesta, inmediatamente replicó:

—No, señor, que en promesa de cumplimiento de amor no se precisan testimonios, ni menos, actos de notario. ¡Ay de nosotras, si cada vez se tuviese que hacer una escritura! No bastaría con todo el papel del mundo. ¿Sabéis cómo se hace? A oscuras, sin que haya testigos, porque así nunca se puede errar la posada.

—¡Oh, qué loca estás! —exclamó la princesa.

Pero por más que Tirante se lo suplicó, no quiso hacer nada por él. Ya dentro del palacio, el emperador llamó a Carmesina y le dijo:

—Hija mía, las palabras que Placerdemivida ha dicho, ¿de quién son?

—Podéis creer, señor —contestó la princesa—, que yo no lo sé. Porque nunca le hablé de tal cosa, pero ella es tan loca y atrevida que dice todo lo que le viene a la boca.

—No está loca —comentó el emperador—, sino que es la más juiciosa doncella que hay en la corte y siempre da buenos consejos. ¿Tú querrías a nuestro capitán por marido?

La princesa se puso toda roja de vergüenza y no pudo decir nada. Pero después de poco tiempo, habiendo recuperado el ánimo, contestó:

—Señor, después de que vuestro capitán haya terminado la conquista de los moros, yo haré todo lo que la majestad vuestra me ordene.

Tirante, por su parte, se dirigió a la habitación de la duquesa, hizo llamar a Placerdemivida y le dijo:

—¡Oh, gentil dama! No sé qué remedio puedo tomar, ya que a veces

deseo la muerte y otras la vida, si vos no ponéis remedio a mi dolor.

—Yo os lo daré esta noche —contestó Placerdemivida— si vos me queréis creer.

—Decid, doncella —preguntó Tirante—, las palabras que sobre mí dijisteis en presencia del emperador y de la señora princesa, ¿quién os rogó que las dijeseis? Me habéis puesto en tal pensamiento que deseo mucho saberlo.

—Este mismo pensamiento tiene mi señora —respondió ella— y también el emperador, ya que me lo ha pedido. Yo le he dado aún otras razones más fuertes para justificar que vos sois digno de tener a la princesa por esposa. ¿A quién mejor que a vos la podía dar? Además, todo lo que digo, todo me lo toma a bien. Y la razón os la diré en secreto: él se hace el enamorado de mí y me querría levantar la camisa si yo se lo consintiera, y me ha jurado sobre los santos Evangelios que si la emperatriz se muriese, enseguida me tomaría por esposa. Es más, me dijo «en señal de fe, besémonos; porque aunque será poca cosa, será más que nada». Pero yo le respondí: «¿Ahora que sois viejo, sois lujurioso y cuando erais joven erais virtuoso?». No hace muchas horas que me ha dado esta tira de perlas gruesas y ahora está con su hija preguntándole si os desea por marido. ¿Y sabéis por qué se lo dije? Porque si vos entraseis esta noche en su habitación y por mala suerte os descubriesen, que no me inculpasen a mí, sino que podría cubrirme diciendo: «Señor, ya os lo había dicho a vuestra majestad. La princesa me mandó que lo hiciese entrar». Y de esta forma, todo el mundo tendría que callar.

Entonces dijo Tirante:

—Dime qué tengo que hacer, puesto que mucho lo deseo saber.

—Os lo diré para que veáis cuánto es el deseo que tengo de servir y honrar a vuestra señoría: cuando el emperador quiera cenar, dejad a parte vuestras dudas y yo os prometo ponerme en la recámara de mi señora y, en la reposada noche, cuando viene el solaz a las personas enamoradas, allí aumentará vuestro goce.

Estando en estas razones, el emperador lo mandó llamar a la habitación de la duquesa para asistir al consejo. Allí hablaron mucho de la guerra y de las cosas que hacían falta. Al llegar la noche oscura, Tirante volvió a la

habitación de la duquesa y, cuando el emperador cenaba con las damas, Placerdemivida entró en la habitación muy alegre, tomó a Tirante de la mano y se lo llevó. El caballero iba vestido con jubón de satén carmesí, manto abrigado y espada en la mano. Entonces Placerdemivida lo introdujo en el reservado. Allí había una gran caja con un agujero que había sido hecho para que pudiese respirar. El baño que tenían preparado estaba delante de la caja. Después de cenar las damas danzaron con los galantes caballeros, pero cuando vieron que Tirante no estaba allí, dejaron de bailar y todos se retiraron a sus habitaciones. Las doncellas dejaron a la princesa sólo con aquéllas que la tenían que servir dentro de su reservado y se fueron. Placerdemivida, con la excusa de sacar un paño de lino para al baño, abrió la caja, la dejó un poco abierta y sobre ella puso ropa para que ninguna de las demás pudiese ver a Tirante.

En aquel momento la princesa comenzó a desvestirse y Placerdemivida lo organizó todo de forma que Tirante la podía ver muy bien. Cuando ella estuvo completamente desnuda, Placerdemivida tomó una candela encendida para aumentar el placer de Tirante y, mientras miraba toda su persona, iba diciendo:

—A fe, señora, que si Tirante estuviese aquí y os tocase con sus manos como lo hago yo, creo que él lo preferiría más que si le hiciesen señor del reino de Francia.

—No creas eso —contestó la princesa—, que antes preferiría ser rey, que tocarme, tal como tú haces.

—¡Oh, Tirante señor! ¿Dónde os encontráis ahora? ¡Cómo me gustaría que estuviérais aquí cerca para que pudieseis ver y tocar la cosa que más amáis en este mundo y en el otro! Mirad, señor Tirante, ved aquí los cabellos de la señora princesa; yo los beso en nombre tuyo, que eres el mejor caballero del mundo. Vedle aquí los ojos y la boca: yo la beso por ti. Mirad ahora sus cristalinos pechos, cada uno de los cuales tengo en una mano: los beso por ti, mira cómo son de pequeños, duros, blancos y lisos. Mira, Tirante, ved aquí su vientre, los muslos y el secreto. ¡Oh, triste de mí, si fuese hombre, aquí querría acabar mis últimos días! Oh, Tirante, ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes a mí, que tan piadosamente te llamo? Solamente las manos de Tirante son dignas de tocar donde yo toco, porque éste es un bocado con el que no hay nadie que no quisiese ahogarse.

Tirante miraba todo esto y tomaba el mayor deleite del mundo por la mucha gracia con que Placerdemivida iba explicando todos sus actos, y le venían grandes tentaciones de querer salir de la caja. Cuando hubieron estado un rato de burla, la princesa se metió en el baño y dijo a Placerdemivida que se quitase la ropa y que entrase dentro del baño con ella.

—Solamente lo haré con una condición —dijo.

—¿Cuál? —preguntó la princesa.

—Que permitáis que Tirante esté una hora en vuestra cama y que vos también estéis en ella —respondió Placerdemivida.

—¡Calla, mira que estás loca! —exclamó la princesa.

—Señora, hacedme la merced de decirme qué le diríais si Tirante viniese una noche aquí sin que ninguna de nosotras lo supiese.

—¿Qué le habría de decir? —dijo la princesa—. Le rogaría que se fuese, y si no lo quisiese hacer, antes decidiría callar que ser difamada.

—A fe mía, señora —asintió Placerdemivida—, que eso mismo haría yo.

Estando en estas razones, entró la Viuda Reposada y la princesa le rogó que se bañase con ella. La Viuda se quitó la ropa completamente y sólo se quedó con unas medias rojas y en la cabeza un sombrero de lino. Y aunque tenía muy bella figura y bien dispuesta, las medias y el sombrero en la cabeza la desfavorecían tanto que parecía que fuese un diablo; porque ciertamente, cualquier mujer o doncella ataviada de esta forma os parecerá muy fea, por gentil que sea.

Acabado el baño, llevaron a la princesa la colación, que fue de un par de perdices con malvasía de Candía y después una docena de huevos con azúcar y canela. Después se acostó en la cama para dormir. Entonces la Viuda se dirigió a su habitación con las otras doncellas, excepto dos que dormían en la recámara. Cuando todas se durmieron, Placerdemivida se levantó de la cama y, en camisa, sacó a Tirante de la caja. Secretamente le hizo desvestirse para que nadie le oyera. A Tirante le tiritaban las manos, los pies y el corazón.

—¿Qué es eso? —preguntó Placerdemivida—. No hay hombre en el

mundo que sea animoso en armas y que no sea temeroso entre mujeres. En las batallas no tenéis temor de todos los hombres del mundo y aquí tembláis por la vista de una sola doncella. No temáis nada, que yo permaneceré siempre con vos y no me iré.

—Por la fe que debo a Nuestro Señor Dios, que preferiría entrar en liza a toda ultranza contra diez caballeros, que cometer semejante acto.

La doncella le tomó de la mano y él, temblando sin parar, la siguió y le dijo:

—Doncella, mi temor es de vergüenza por lo mucho que quiero a mi señora. Preferiría volverme atrás que seguir adelante cuando pienso que su majestad no sabe nada de esto. Espero que cuando vea una novedad tan grande no se altere toda, porque yo antes desearía la muerte que hacer una ofensa a su majestad. La querría adquirir con amor, no con dolor; y cuando veo que con ilícitas prácticas la tengo que conquistar, mi deseo no se pone de acuerdo con el vuestro. Por Dios y por vuestra merced, os ruego, virtuosa doncella, que os plazca que volvamos, porque antes prefiero perder lo que más he amado y que tanto he deseado, que hacer algo que la pueda agraviar lo más mínimo. Y no penséis, doncella, que solamente lo dejo por temor, sino que es por el extraordinario amor que siento por su alteza. Porque cuando ella sepa que he estado tan cerca de ella y que ha sido por amor por lo que no he querido enojarla, tendrá en cuenta mi infinito amor.

Pero Placerdemivida se enfadó mucho por las palabras de Tirante y, como estaba muy disgustada con él, comenzó a decirle:

—Vos sois el mayor en todos los vicios y el primero en la orden de las culpas mortales. ¿Ahora es el momento de dar estas razones? Si no lo hacéis, me obligaréis a vivir en dolorosa vida y me acortaréis los días. Contrariamente a vuestras palabras ficticias, yo hablaré claramente y así quedarán de manifiesto vuestros males, y los que me oigan y lo sepan, me tendrán compasión. Recordad que me rogasteis eso de lo que ahora huís, y tales palabras las dijisteis delante de la princesa, donde asegurasteis que de doncella la haríais mujer. Yo me he dado prisa y os he traído a esta deleitosa habitación, lugar más de placer que de peligro, y ahora veo que vuestro corazón se echa atrás como corresponde a caballero vencido. Pero sobre este caso quiero ver el fin. Ya estoy harta de esperar vuestra petición y me parece que os habéis elevado más en las palabras que en los hechos. Porque os satisfacen vanas palabras y dudáis ante el fin, os

aseguro que daré grandes gritos y diré al emperador y a los demás que habéis entrado aquí por la fuerza. ¡Oh, caballero de poco ánimo! ¿El temor de una doncella, os espanta a acercaros a ella? ¡Oh, desventurado capitán! ¿Tan poca fuerza tenéis que osáis decir semejantes palabras? ¡Haced el esfuerzo! Cuando el emperador venga, ¿qué excusa le daréis? Haced lo que os digo, que yo os daré vida segura y os haré llevar la corona del imperio griego, porque ya ha llegado la hora en que no os puedo decir otra cosa más que vayáis rápidamente a dar los honrosos pasos de estar cerca de la princesa.

Tirante, habiendo escuchado el claro hablar de Placerdemivida, en voz baja comenzó a decir:

—El temor de permanecer con tal vergüenza me hace perder la ganancia del paraíso en este mundo y el descanso en el otro, pero diré lo que me parece, ya que en tiempo de adversidad los parientes y los amigos se vuelven enemigos. Mi inocente deseo no es más que hacer servicios con amor a aquélla de quien soy y seré mientras la vida me acompañe, y con este artículo de fe quiero vivir y morir. Y si tu voluntad y mi deseo se pusieran de acuerdo, yo quedaría muy consolado. Todas las cosas que se presentan ante mi vista no son más que temor de vergüenza y, como es noche oscura, no puedo ver lo que deseo. Me desvisto del temor y de la vergüenza y me abrigo con el amor y la piedad. Por eso os ruego que vayamos sin tardar más, para poder ver yo ese cuerpo glorificado. Y ya que no hay luz, lo veré con los ojos del pensamiento.

—Puesto que con tanto esfuerzo os he traído —dijo Placerdemivida—, en defensa de mi amor y deleite y provecho vuestro, permaneced aquí.

Lo soltó de la mano y Tirante, cuando vio que Placerdemivida lo había dejado y que no sabía dónde se hallaba, porque en toda la habitación no había ninguna luz, la llamaba en voz tan baja como podía, pero ella, aunque le oía muy bien no le quería responder y así le dejó durante media hora, en camisa y descalzo. Pero cuando Placerdemivida pensó que se podía constipar, se apiadó de él, se le acercó y le dijo:

—¡Así se castiga a los poco enamorados! ¿Cómo podéis pensar que cualquier mujer o doncella de la condición que sea, no esté siempre deseosa de ser amada? Ellas prefieren a aquél que entra por las vías secretas, bien sea por una ventana, por una puerta o por un terrado. ¡Mira, no me desagradaría en absoluto a mí que Hipólito hiciese lo mismo!

Porque si ahora lo amo, cuarenta veces más lo amaría. Podéis estar seguro de que no me desagradaría nada que me tomase por los cabellos, que me arrastrase por la habitación, que me hiciese callar y que hiciese de mí todo lo que quisiese. Preferiría comprobar que es un hombre, no que hiciese lo que vos decís. En otros momentos la tenéis que honrar, amar y servir, pero si os encontráis con ella en una habitación a solas, no le guardéis cortesía. ¿No sabéis que dice el salmista que si queréis adquirir a una doncella no tenéis que tener vergüenza ni temor? Si lo hacéis, estad seguro de que no os tendrán por el mejor.

—A fe mía, doncella —contestó Tirante—, que vos me habéis señalado mis faltas mejor que nunca lo haya hecho ningún confesor. Os ruego, pues, que me llevéis rápidamente a la cama de mi señora.

Placerdemivida lo llevó hasta allí y lo hizo acostar al lado de la princesa. Las tablas de la cama no llegaban a la pared, de forma que, cuando Tirante se acostó, la doncella le dijo que no se moviese hasta que ella se lo indicase. Ella se puso, de pie, a la cabecera de la cama y colocó su cabeza entre Tirante y la princesa, pero con la cara mirando hacia ésta. Entonces, porque las mangas de la camisa lo impedían, se las quitó, cogió la mano de Tirante y la puso sobre los pechos de la princesa. Y aquél le tocó los pechos, el vientre y más hacia abajo. Entonces, la princesa se despertó y dijo:

—Dios mío, ¡mira que eres pesada! Mira si puedes dejarme dormir.

Placerdemivida le contestó:

—¡Oh, mira que sois una doncella poco complaciente! Acabáis de salir del baño y, como tenéis las carnes lisas y gentiles, me place mucho tocarlas.

—Toca donde quieras —consintió la princesa—, pero no pongas la mano tan abajo como lo haces.

—Dormid, que haréis bien, y dejadme tocar este cuerpo, que es mío, porque yo estoy aquí en lugar de Tirante. ¡Oh, traidor Tirante!, ¿dónde estás? ¡Si tuvieses la mano donde yo la tengo, cuán contento estarías!

Tirante tenía la mano sobre el vientre de la princesa, y Placerdemivida tenía la suya sobre la cabeza de Tirante. Y cuando notaba que la princesa se adormecía, aflojaba la mano y entonces, Tirante, tocaba donde quería.

Cuando Carmesina se despertaba, ella se lo hacía saber a Tirante presionando sobre su cabeza, y así él no corría ningún peligro. En este solaz estuvieron por más de una hora, durante la cual él no dejó de tocarla.

Cuando Placerdemivida notó que ella se dormía profundamente, aflojó del todo la mano que tenía sobre la cabeza de Tirante; entonces él quiso intentar llevar a término su deseo, pero la princesa comenzó a despertarse y, medio adormecida, dijo:

—¿Qué haces, desventurada? ¿No puedes dejarme dormir? ¿Es que te has vuelto loca, que quieres tentar contra tu propia naturaleza?

Pero cuando Carmesina se dio cuenta de que no podía tratarse de una mujer, no lo quiso consentir y comenzó a gritar. Entonces, Placerdemivida le cerró la boca y le dijo al oído, para que ninguna otra de las doncellas la pudiese oír:

—Callad, señora, y no queráis difamar a vuestra persona, no sea que lo oiga la señora emperatriz. Callad, que se trata de vuestro caballero, que por vos se dejaría matar.

—¡Oh, maldita seas! —dijo la princesa—. No has tenido ninguna vergüenza y, sin saber yo nada, has puesto en peligro mi honra.

—El daño ya está hecho, señora —replicó Placerdemivida—, por lo tanto, daos remedio, a vosotros mismos y a mí. Me parece que callar es lo más seguro.

Mientras tanto, Tirante también se lo suplicaba en voz baja. Y ella, viéndose en tal situación, como el temor que sentía era mayor que el amor, decidió callar y no decir nada. Cuando la princesa dio el primer grito, lo oyó la Viuda Reposada, la cual intuyó que este grito venía a causa de Placerdemivida y de Tirante. También pensó que si Tirante estaba con la princesa, ella no podría conseguir el deseo de hacerlo suyo. Pero en la habitación de la princesa ya no se oía nada, aunque ésta intentaba defenderse con palabras suaves para que la placentera batalla no llegase a su fin. Entonces la Viuda se sentó en la cama, dio un gran grito y dijo:

—¿Qué tenéis, hija?

Con su voz despertó a todas las doncellas y la noticia llegó a la emperatriz.

Todas se levantaron rápidamente, unas desnudas, otras en camisa, y fueron a la puerta de la habitación que se hallaba muy bien cerrada. Y en el momento que tocaban a la puerta y buscaban una luz, Placerdemivida cogió a Tirante por los cabellos y lo apartó de allá donde le habría gustado acabar su vida; le hizo saltar a un terrado que había allí y le dio una cuerda de cáñamo, para que pudiese bajar al huerto, desde donde ella tenía previsto hacerle salir, al llegar el día, por otra puerta. Pero tan grande fue el alboroto que montaron las doncellas y la Viuda que no le pudo sacar por el lugar por donde había pensado, sino que lo dejó en el terrado, cerró la ventana y fue con su señora.

Tirante ató la cuerda y, con la prisa que tenía por no ser visto ni conocido, no pensó si la cuerda llegaría al suelo. Se descolgó y notó que a la cuerda le faltaban más de doce almas para llegar al suelo, y se vio forzado a dejarse caer, porque los brazos no le podían sostener el cuerpo, y se dio tan gran golpe en el suelo que se rompió la pierna.

Dejemos ahora a Tirante que, todo lo largo que es, está acostado en el suelo sin poderse mover. Cuando llegó Placerdemivida, trajeron una lámpara y todas entraron con la emperatriz, la cual le preguntó qué alboroto había sido aquél y por qué causa había gritado.

—Señora —respondió la princesa—, una gran rata saltó sobre mi cama, se subió sobre mi cara y me espantó de tal forma que tuve que gritar como lo hice. Con la uña me ha arañado la cara y puedo dar gracias de que no me haya dado en el ojo.

Aquel arañazo se lo había hecho Placerdemivida cuando le cerraba la boca para que no gritase. Entonces se levantó el emperador y, con la espada en la mano, entró en la habitación de la princesa y, conociendo la causa de los gritos, buscó la rata por todas las habitaciones. Placerdemivida, cuando la emperatriz hubo entrado y estaba hablando con su hija, discretamente saltó al terrado y quitó la cuerda, pero sintió cómo Tirante se quejaba. Inmediatamente supuso que había caído y, sin decir nada, volvió a la habitación. Todo el palacio estaba tan alterado que era cosa de ver y oír, porque si los turcos hubiesen entrado en la ciudad, el desbarajuste no habría sido mayor. El emperador, que era un hombre muy sabio, pensó que no podía tratarse más que de una rata, la buscó por todas partes e incluso hizo abrir las ventanas; de tal forma que si la doncella hubiese tardado un poco en quitar la cuerda, el emperador la habría encontrado.

El duque y la duquesa, que conocían todo el asunto, pensaron que habían descubierto a Tirante. Pensad en qué angustia debía estar el corazón del duque, cuando creyó que debían de haberlo matado o encarcelado. Se armó rápidamente y se dijo a sí mismo:

—Hoy perderé toda mi señoría.

—¿Qué podré hacer yo —dijo la duquesa— si mis manos no tienen fuerza ni para ponerme la camisa?

Al salir el duque de su habitación se encontró con el emperador y le preguntó qué pasaba. Éste respondió:

—Las locas de las doncellas que de cualquier cosa tienen miedo. Según me han dicho, una rata ha pasado sobre la cara de mi hija y la ha arañado. Volved a la cama, que no es necesario que vayáis.

Cuando el duque se lo contó a la duquesa, se alegraron mucho de que a Tirante no le hubiese pasado nada. Entonces comentó el duque:

—Por Nuestra Señora, que yo había decidido que si el emperador hubiese prendido a Tirante, con esta hacha habría matado al monarca y a todos los que pensasen como él. Después, o bien Tirante, o bien yo, habríamos sido proclamados emperador.

—Es mejor que haya sido así —contestó la duquesa.

Se levantó y corriendo fue a la habitación de la princesa. Al verla, Placerdemivida, le dijo:

—Señora, os ruego que estéis aquí y que no deis vuestro consentimiento para que nadie hable mal de Tirante, mientras yo voy a ver qué está haciendo.

Cuando estaba en el terrado oyó que Tirante se estaba lamentado en voz alta y decía:

—El deseo que tengo de encontrar a quien me acompañe en mi dolor y la sensación de desamparo que tengo porque veo que no puedo organizar mi miserable vida, me hace suplicar mi muerte, ya que vivir sin ti, princesa, me resulta extremadamente odioso. Por eso suplico a Dios que mi alma

abandone mi cuerpo. ¡Oh, señor eterno, tú que estás lleno de misericordia, concédeme la gracia de que muera en los brazos de aquella virtuosísima princesa, para que mi alma tenga el mejor descanso en el otro mundo!

En esto, Hipólito, que no sabía nada de lo que había pasado, pero que había oído el gran desbarajuste que había en palacio y, sabiendo como sabía que Tirante se hallaba allí simulando que dormía en la habitación del duque, junto con el vizconde hicieron que se armase toda la gente. El señor de Agramunt comentó:

—No puedo pensar más que Tirante ha hecho alguna de las suyas en la habitación de la princesa y que se ha enterado el emperador. Por eso es necesario que todos estemos a punto y armados para socorrerlo si lo necesita, porque siempre que él ha dormido aquí no ha ocurrido nada, y en cuanto ha estado fuera, ya podéis ver qué alboroto tan grande hay por todo el palacio.

—Mientras vosotros os armáis —dijo Hipólito—, yo iré a la puerta del palacio para ver qué ha pasado.

Ya fuera de la posada, el vizconde siguió a Hipólito.

—Señor —dijo Hipólito— vaya vuestra señoría a la puerta mayor, que yo iré a la del huerto y quien más pronto pueda saber cuál ha sido la causa del ruido, que vaya a comunicárselo al otro.

Al vizconde le pareció muy bien y cuando Hipólito llegó a la puerta del huerto, pensando encontrarla cerrada, estuvo escuchando, oyó que alguien se quejaba con voz muy dolorida y, como le pareció que era una voz de mujer, dijo entre sí:

—¡Oh, cómo preferiría oír la voz de Tirante, que la de esta doncella, sea quien sea!

Estuvo mirando si podía subir por la pared y como no lo pudo conseguir, volvió a la puerta con el corazón más repuesto.

—Que llore quien sea —comentó—, mujer o doncella, ya que no se trata de mi señor Tirante.

Entonces partió de allí y fue a la plaza donde encontró al vizconde junto a otros que querían saber cuál había sido la causa del ruido. Entonces

Hipólito contó al vizconde cómo había estado en la puerta del huerto y aunque no había podido entrar, había oído quejarse a una voz de mujer y que pensaba que aquélla debía haber sido la causa de todo el alboroto.

—Por merced, vayamos allá —dijo el vizconde— y si se trata de una mujer o de una doncella que necesita ayuda, ofrezcámosela, si podemos, porque estamos obligados por el arte de la caballería.

Llegaron a la puerta del huerto y, aunque oían el gran lamento, no podían comprender las palabras ni reconocer la voz porque, con el gran dolor que sentía Tirante, la voz le había cambiado. Entonces dijo el vizconde:

—Echemos las puertas abajo, porque como es de noche, nadie sabrá que lo hemos hecho nosotros.

Pero la puerta estaba abierta, porque así la había dejado Placerdemivida, de forma que cuando los dos empujaron con los hombros contra ella, ésta se abrió enseguida. El vizconde entró el primero y fue hasta el lugar donde se oía la voz.

—Seas quien seas —dijo el vizconde— te pido de parte de Dios que me digas si eres alma en pena o si eres cuerpo mortal que necesitas ayuda.

Tirante creyó que se trataba del emperador y, para no ser conocido y hacer que se fuesen, disfrazó la voz aún más, y ya la tenía bastante, y dijo:

—Yo fui cristiano bautizado, pero por mis pecados llevo una gran pena. Ahora soy espíritu invisible, pero si me veis es porque a veces tomo forma. Los malos espíritus que se hallan conmigo me destrozan los huesos y la carne y, trozo a trozo, la lanzan por el aire. ¡Oh, qué pena tan cruel estoy sufriendo! Y si vosotros permanecéis aquí, también seréis partícipes de mi dolor.

Al oír esto, sintieron un gran temor, se santiguaron y recitaron el evangelio de san Juan. Entonces el vizconde dijo en voz alta, de forma que lo pudo oír Tirante:

—Hipólito, ¿quieres que vayamos a la posada, juntemos a toda la gente de armas y con agua bendita y crucifijos volvamos a ver qué es esto?

—No —contestó Hipólito—, no hace falta volver a la posada, porque vos y yo llevamos espadas en las que está la señal de la cruz. Dejad que me

acerque.

Cuando Tirante oyó el nombre de Hipólito, dijo:

—Si eres Hipólito, natural de Francia, acércate y no tengas ningún temor.

Entonces Hipólito tiró la espada, se puso la crucera delante, se santiguó y dijo:

—Yo, como verdadero cristiano, creo en los artículos de la santa fe católica y en todo aquello que cree la santa Iglesia romana, y en esta santa fe quiero vivir y morir.

Se acercó con gran temor, pero mayor era el del vizconde, que no osaba acercarse allí. Entonces Tirante lo llamó en voz baja y le dijo:

—Acércate, que soy Tirante.

Y como Tirante notó que le había aumentado el miedo y que estaba a punto de marcharse, le dijo:

—¡Qué cobarde eres, caballero! Aunque yo estuviese muerto, ¿cómo es que dudas de venir a mí?

Hipólito, al reconocerlo, se acercó rápidamente a él y le dijo:

—Señor, ¿sois vos? ¿Qué desgracia os ha traído aquí? ¿Estáis herido?

—No te preocupes ni digas nada —contestó Tirante—. ¿Quién viene contigo? Si es de los nuestros, hazlo venir.

—Es el vizconde —dijo Hipólito.

Al acercarse, Tirante les dijo que le sacasen de allí, que después se lo explicaría todo. Los dos lo tomaron de los brazos, lo sacaron del huerto y cerraron la puerta. Después lo llevaron cerca de su posada y lo pusieron debajo de un porche que había allí.

—Tantas veces como he sido herido y he estado a punto de morir —se lamentó Tirante— y nunca he sentido un dolor como éste. Necesitaría que me visitasen los médicos, pero sin que se enterase el emperador.

—Señor —dijo Hipólito— ¿queréis que os dé un buen consejo? Montad a

caballo, si podéis hacerlo, dirigios al palacio de Bellestar y haremos correr la noticia de que vuestro caballo os ha tirado y os ha roto la pierna.

—Ciertamente, el primo hermano Hipólito —respondió el vizconde— dice muy bien y yo también os lo aconsejo, porque si no se hace así, la noticia llegaría a oídos del emperador. Del amor no esperéis otra cosa que trabajos, angustias y dolor, ya que por un placer se consiguen cien dolores. Por eso, me gustaría que una vez curado y cumplidos nuestros votos, volviésemos a nuestra tierra.

—Señor vizconde —se apresuró a decir Tirante—, dejemos ahora eso, porque, ¿quién es aquél que ha podido meter cautivo a su corazón y ha conseguido liberarlo de la cárcel en la que está? No hablemos más de estas cosas; y tú, Hipólito, haz traer aquí las bestias con el mayor sigilo, para que pueda irme rápidamente.

Volvamos ahora a la princesa. Placerdemivida estuvo en el terrado hasta que vio que se llevaron a Tirante. Entonces entró en la habitación donde se encontraban las demás doncellas. La emperatriz estaba admirada porque una rata hubiese ocasionado tanto alboroto en palacio y recomendó a todos que se fueran a dormir.

Entonces la princesa llamó a Placerdemivida y le preguntó al oído dónde estaba Tirante.

—Señora —respondió aquélla—, ya se ha ido y lo ha hecho con mucho dolor.

Pero no osó decirle que tenía la pierna rota. Cuando la emperatriz ya se iba, la Viuda Reposada le dijo:

—Sería mejor, señora, que hicieseis que la princesa se fuese a dormir con vos porque, si la rata vuelve, no la espante todavía más.

—Bien dice la Viuda —asintió la emperatriz—. Ven, hija mía, que mejor dormirás cerca de mí que si lo haces sola.

—No, señora, id vos, que la duquesa y yo dormiremos juntas.

Entonces la Viuda Reposada dijo:

—Aunque ya soy de edad avanzada, me había ingeniado la manera de

conseguir aquella rata, pero huyó con el pie roto de mis malditas habitaciones.

—Vamos —insistió la emperatriz—, que aquí me enfrío.

La emperatriz se fue, pero mandó a Carmesina que rápidamente entrase en su habitación. Entonces la princesa se giró hacia la Viuda Reposada y le dijo:

—Ahora he conocido vuestra gran culpabilidad. No dejáis de tenderme trampas, unas con soberbia y otras con vanagloria, y con falsas palabras actuáis en mi contra. ¿Con qué derecho habéis dicho a mi madre que vaya a dormir con ella? ¿Pretendéis contrariarme en mi deseo y darme una mala noche? Vos solamente conocéis la envidia y la malicia. Está escrito que ninguna mujer que no sea honesta de lengua, puede ser llamada sabia y con las obras que hace se puede comprobar si éstas están de acuerdo con sus palabras. Vos no podéis mandar sobre personas libres. Recordad que en las historias antiguas se cuenta que un hijo de un senador de Roma que quería mandar en casa de un príncipe, se puso a sí mismo en tantos peligros que fue destruido.

Pero la Viuda no tardó en replicar a la princesa:

—Mis obras se fundamentan en hechos y no en palabras, ya que no hago mezquindades, deshonestidades, ni menos aún alcahueterías como hacen otros. Todas mis acciones se basan en la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la paciencia, la honestidad, la buena doctrina, las limosnas, la contrición y la penitencia. Hago huir de mí la soberbia, la vanagloria, la envidia, la ira, la mala voluntad, la lujuria, como también todos los demás vicios y pecados. Y por eso, excelentísima señora, no debéis enojaros conmigo si tengo los ojos un poco abiertos y me preocupo de lo que se refiere y toca a vuestro honor, pues lo quiero más que a mi propia alma. Bien sé que me haríais culpable si pudieseis. La falta que os he hecho es ésta: os he amado y honrado más de lo que vos queríais. Y por esta razón viviré dolorosamente toda mi vida y no gozaré ni de los buenos días ni menos aún de las buenas fiestas. No quiero que estas doncellas ni mucho menos vos, princesa, penséis que yo soy como el crisol de carnicero que da luz a otros y que me quemo a mí misma. ¿Pensáis, señora, que no he visto cómo Tirante se desprendía con la cuerda y cómo aquélla se ha roto y se ha dado tan gran golpe que creo que se ha roto todas las piernas y las costillas?

Y al acabar de hablar se puso a llorar y se lanzó por el suelo tirándose de los cabellos y diciendo:

—¡El mejor de los caballeros ha muerto!

Cuando la princesa oyó estas palabras, dijo:

—¡Jesús, Jesús, Jesús!

Y cayó desmayada. Estas palabras las había pronunciado en voz tan alta que la emperatriz, que estaba acostada en su habitación, la oyó; rápidamente se levantó y fue a la habitación de su hija donde la encontró tan desmayada que no la podían hacer volver en sí. El emperador, que también se levantó, hizo venir a los médicos. Pero la princesa permaneció durante tres horas en esta situación. Cuando el emperador preguntó por qué razón su hija había llegado a aquel punto, le dijeron:

—Señor, ha vuelto a ver una rata muy pequeña y como tenía el pensamiento en la rata que había hallado en su cama, ahora, cuando vio ésta otra se ha alterado mucho.

Entonces, el emperador perdió el sentido y cayó, como su hija, medio muerto. Las lamentaciones y los gritos fueron tan grandes que era cosa de ver y de oír los llantos que derramaban las gentes del palacio, mucho mayores aún que en el primer caso.

Capítulo XXII. La convalecencia de Tirante

En éstas, Tirante, que estaba delante del porche esperando a los animales, sintió tan grandes gritos que creyó que el cielo se le venía encima. Ya a caballo, Hipólito le envolvió la pierna con martas cibelinas para que no se le enfriase y, de la mejor forma que pudieron, fueron hasta el portal de la ciudad donde los guardias le preguntaron adónde iba a aquella hora. Él respondió que iba a Bellestar para ver cómo estaban sus caballos, ya que pronto tenían que ir al campo de batalla. Cuando hubieron cabalgado media legua, Tirante dijo:

—Estoy preocupado por si a la princesa le ha ocurrido algún daño por culpa mía. Quiero volver y ayudarla si lo necesita.

—¡A fe mía —comentó el vizconde— que estáis vos en buena situación para ayudarla!

—¡Señor vizconde —dijo Tirante—, si ya no siento ningún daño! Porque, como sabéis, un dolor mayor hace cesar el menor. Por esto os ruego que volvamos a la ciudad.

—¿Habéis perdido el juicio u os habéis vuelto loco? —insistió el vizconde—. ¡No se puede sostener levantado y quiere regresar a la ciudad, para que el emperador y todos los demás conozcan lo que ha hecho!

—¿No es justo —dijo Tirante— que yo, que he actuado vilmente, tenga que cargar con la pena? Mi muerte daré por buena si tengo que morir por tan virtuosa señora.

—¿Pero, cómo? —preguntó el vizconde—. ¿No está el duque para ayudarla? Vamos y no estemos más aquí, porque cuanto más tardemos, peor será para vos.

—Puesto que no me queréis dejar volver —sugirió Tirante— hacedme la gracia de ir vos allí. Y si hay alguien que quiera hacerle daño o hubiese intentado hacérselo, que mueran todos sin merced.

Tirante se lo rogó tanto, que el vizconde se vio forzado a volver a la ciudad y, al girar, dijo en voz baja a Hipólito:

—No será verdad que me tenga que preocupar de mujer ni de doncella, sino solamente de hacer venir a los médicos.

Y al instante Tirante se fue con Hipólito. Al llegar el vizconde al portal de la ciudad los guardias no le querían dejar entrar, hasta que no dijo que el capitán había caído del caballo y que venía a por los médicos. Pero no los pudo encontrar tan pronto como hubiera querido, porque todos estaban con el emperador y con su hija. Cuando acabaron de atenderlos, prepararon todo lo que necesitaban para ir con Tirante, pero no osaron comunicárselo al emperador. Entonces el vizconde hizo todo lo que pudo para ver a la princesa. Al volver ella en sí y abrir los ojos dijo:

—¿Ha muerto aquél que tiene mi alma cautiva? Decídmelo, porque si ha muerto, con él quiero morir.

La emperatriz no pudo comprender las palabras de su hija y preguntó qué había dicho. La duquesa le respondió:

—Señora, la princesa dice si han matado a la rata.

—Yo no digo eso —corrigió la princesa—, sino si ha muerto aquél en quien yo tengo puesta toda mi esperanza.

—No ha muerto —dijo la duquesa en voz alta— porque no han podido hacerse con ella. Y girándose hacia la emperatriz, comentó:

—Desvaría. Esta enfermedad es tal que hace volver locos a los más sabios, que no saben ni lo que se dicen.

Cuando Carmesina volvió en sí totalmente, dos médicos fueron con el vizconde y con el duque para curar a Tirante y, cuando la princesa lo supo, le entró tal angustia que, lamentándose, dijo:

—¡Oh, mi señor Tirante, padre de caballería! ¡Ahora ha caído el linaje de Roca Salada y la casa de Bretaña ha perdido mucho! ¡Muerto estáis vos, muerto! Porque quien cae de tan gran altura, no puede esperar larga vida. ¿Por qué el mal y el daño no vienen sobre mí, que he sido la causa, y vos quedáis liberado de estos peligros?

La duquesa, por su lado, estaba muy atribulada por los males de la princesa y por los de Tirante.

Cuando los médicos llegaron donde estaba Tirante, lo encontraron con una pierna muy dolorida. Se la miraron y comprobaron que estaba rota y que los huesos sobresalían de la piel. Con los movimientos que le hacían, Tirante se desmayó tres veces, y en cada ocasión lo hicieron volver en sí con agua de rosas. Entonces los médicos hicieron la primera cura lo mejor que pudieron y le dijeron que no se moviese de la cama por ninguna circunstancia. Al volver, el emperador les preguntó de dónde venían y adonde habían ido. Respondió uno de los médicos y dijo:

—Señor, nosotros hemos ido a Bellestar para dar remedio a vuestro capitán del mal que lo aflige.

—¿Qué mal tiene? —preguntó el emperador.

—Señor —contestó el médico—, según dice, bien temprano partió de esta ciudad para ir a comprobar que sus caballos estaban a punto para partir el lunes que viene. Cabalgó con un caballo siciliano y, en un salto que dio en el camino, cayó en una gran acequia y se ha hecho un poco de daño en la pierna.

—¡Válgame, por Santa María! —exclamó el emperador—. Nunca le faltan trabajos ni males. Quiero ir a verlo para hacerle saber que vivir virtuosamente es vida, mientras que vivir con vicios, supone la muerte.

Pero los médicos, cuando vieron la voluntad del emperador, lo detuvieron para que no fuese hasta la mañana siguiente. Pero aquél, cuando vio que los médicos no se lo aconsejaban, decidió permanecer allí y pasó a la habitación de la princesa a preguntarle por su mal y a contarle lo de Tirante. ¡Cuánto dolor sentía la princesa dentro de su corazón, aunque no osaba manifestarlo por temor a su padre! El emperador estuvo con su hija hasta la hora de cenar y, a la mañana siguiente, fue con los médicos a ver a Tirante. Al ver la cura que le hicieron, presintió que el capitán no se encontraría en condiciones de ir al campo de batalla durante mucho tiempo. Por eso, cuando lo acabaron de curar, el emperador dijo:

—Nadie se puede agraviar de las cosas ordenadas por la divina sabiduría, ya que a los hombres virtuosos les es necesario poseer paciencia en la

adversidad. He perdido la esperanza que yo tenía de veros partir al campo para combatir contra la gran cantidad de turcos que de nuevo han entrado en mi imperio y, cuando noten vuestra ausencia, ocuparán todo mi reino e incriminarán extraordinariamente mi honor y mi fama. Mucho deseo, por tanto, vuestra salud, porque sin ella, mi imperio no puede conseguir la libertad. Por eso os ruego, capitán virtuoso, que toméis con paciencia vuestro mal, ya que confío en que la divina misericordia tendrá piedad de vos y de su pueblo cristiano.

Tirante casi no podía hablar por el gran dolor que sentía, pero en voz baja y ronca comenzó a decir:

—Me veo rodeado de muchos dolores, pero el que más me afecta es ver tan triste a vuestra majestad, visión que me ha hecho perder la esperanza y desear la muerte. Señor, mi espada no será necesaria, porque aunque yo no esté presente, en vuestro imperio tenéis caballeros virtuosos capaces de enfrentarse con el enemigo. A pesar de todo, la petición que vuestra alteza me hace me evidencia que yo tengo que ir al campo. Por eso, señor, os aseguro que el día asignado estaré presto para partir.

Cuando el emperador escuchó sus palabras, se puso muy contento. Se despidió de él y volvió a la ciudad. Y cuando la emperatriz le preguntó sobre el estado del capitán, él, en presencia de la princesa y de las doncellas, le respondió:

—Señora, pienso que no se halla en peligro de muerte, pero sin duda está mal porque los huesos de la pierna los tenía encima de la piel, cosa que daba gran compasión de ver. A pesar de todo, él dice que el lunes estará a punto para partir.

—¡Válgame santa María! —exclamó la princesa—. ¿Qué quiere hacer vuestra majestad? ¿Queréis que vaya al campo un hombre que soporta tanto dolor y que, durante el camino, haya de acabar sus días? ¿Queréis poner en peligro a su persona y a todo vuestro estado? No, señor, porque vale más su vida que su muerte, porque si él vive, todos los enemigos le temerán, pero si muere, no tendrán miedo a nada.

Una vez hubieron terminado, el emperador pasó a la habitación del consejo donde lo estaban esperando para ver qué harían y, de acuerdo con sus informaciones, decidieron no mover a Tirante de donde se hallaba. Pero cuando el emperador partió de Bellestar, Tirante mandó que le

hiciesen una caja muy segura para poderse trasladar. Llegado el domingo y sin saberlo nadie, excepto Hipólito, cuando el duque y los otros volvieron a la ciudad, Tirante mandó que el vizconde y el señor de Agramunt fuesen con ellos para que no le pudiesen impedir nada. Entonces Tirante dio mucho dinero a un médico para que lo acompañase y, llegada la hora de medianoche, Tirante se hizo poner en la caja y, en unas andas a cuello de hombres, partió y se dirigió al campo en dirección a la ciudad de San Jorge. Al partir mandó que decorasen las salas con telas de raso y que dijese a los que viniesen de la ciudad que durante la noche no había dormido y que en aquella hora descansaba. Cuando fue mediodía el duque de Macedonia y el vizconde quisieron entrar en la habitación, porque dijeron que un hombre herido no podía dormir tanto; lo consiguieron por la fuerza y, entonces supieron que había partido. Entonces cabalgaron rápidamente en su búsqueda y, pensando que el emperador se lo había ordenado, se lo hicieron saber mientras maldecían al monarca y a todo su linaje. Al saberlo, el emperador dijo:

—¡Por Dios, mira cómo es Tirante, que cumple siempre todo lo que promete!

Cuando el duque y el vizconde lo encontraron y supieron que se había desvanecido cinco veces durante el camino, reprendieron al médico y a Hipólito con palabras como las siguientes:

—Tú, Hipólito, que eres de nuestro linaje y pariente de Bretaña, mira que dejar partir a nuestro maestro y señor. El día que él muera todos estaremos perdidos y nunca más nadie hará mención de nosotros. ¡Oh, infortunado caballero, sin piedad ni misericordia! ¡Desaparece de delante de nosotros!

Entonces, dirigiéndose hacia el médico, el duque dijo:

—Se me ha terminado la paciencia al pensar en el atrevimiento que ha tenido este médico cuando ha puesto en peligro el linaje de Roca Salada, hecho que me ha encendido la ira, la soberbia, la furia y el dolor. Este médico deberá ser castigado de tal forma que todo el mundo lo recordará.

Y con extraordinario furor el duque se acercó al médico con la espada. Éste quiso huir, pero le valió de poco porque con la espada le pegó en el medio de la cabeza y se la partió en dos partes hasta los hombros, de forma que se le salió el cerebro.

Al enterarse, el emperador cabalgó hacia la ermita donde el duque había llevado a Tirante para que fuese servido mucho mejor. Cuando lo vio, se compadeció de él e hizo venir a sus médicos para que le mirasen la pierna. Al examinarla, dijeron que estaba tan mal que si hubiese ido una legua más, ahora o bien estaría muerto, o bien le tendrían que cortar la pierna.

Entonces llegaron todos los mayores barones del imperio a ver a Tirante y, en consejo, deliberaron que aquéllos que habían recibido sueldo partieran a la mañana siguiente. Tirante intervino para decir:

—Soy del parecer que vuestra majestad dé dos meses de sueldo aunque tengan que servir un mes y medio porque se alegrarán y pondrán mejor ánimo para la guerra.

El emperador respondió que así lo haría y añadió:

—Esta noche he recibido cartas del marqués de San Jorge, el cual me ha avisado que ha venido una morisma tan grande que la tierra no los puede sostener y han tenido que ir al reino de Libia para conquistarlo mientras esperan que pasen las treguas. Y han hecho eso porque tenemos en la cárcel al Gran Caramán y al rey de la soberana India. Se dice que también ha venido el rey de Jerusalén, primo del Gran Caramán y que con él trae a su mujer, a sus hijos y a sesenta mil combatientes, todos tan bien adiestrados desde la infancia en los asuntos de guerra, que diez de ellos valen por cuarenta de otros. También ha venido el rey de la India menor, hermano del de la India soberana, que es un hombre muy rico que lleva cuarenta y cinco mil combatientes. Asimismo han llegado el rey Menador, con treinta y siete mil combatientes, el rey de Damasco, con cincuenta mil y el rey Verumtamen con cuarenta y dos mil, pero también muchos otros que los han acompañado.

—Dejadlos venir, señor —dijo Tirante—, porque confío en la divina clemencia de Nuestro Señor y de su santísima Madre, que con la ayuda de los caballeros tan singulares que tenéis, incluso si los enemigos fuesen diez veces más, nosotros seremos los vencedores.

Acabada la conversación, el emperador mandó a los médicos que no dejasen a Tirante ni le permitiesen que se moviese de allí. A todo esto, la princesa estaba muy entristecida por las heridas de Tirante.

Llegado el lunes toda la gente de armas, capitaneados por el duque de Pera y por el de Macedonia, se dispusieron a partir. Cuando llegaron al campo, aún faltaba cerca de un mes para que acabasen las treguas. Tirante estuvo en la ermita hasta que los médicos le concedieron permiso para ir a la ciudad. Tanto el señor de Agramunt como Hipólito habían estado en su compañía y éste último iba cada día a la ciudad, no solamente por las cosas necesarias, sino mucho más para llevar noticias a Tirante sobre la princesa. Carmesina, por su parte, a menudo reprendía a Placerdemivida por lo que había hecho, pero ella se defendía con muchas y buenas palabras, o con burlas y juegos. Y, entre otras cosas, le decía:

—¿Qué diría vuestro padre si lo supiese? ¿Sabéis qué le diría yo? Que vos me lo aconsejasteis y que Tirante se ha llevado los despojos de vuestra virginidad. Vuestro padre quiere que yo sea vuestra madrastra y cuando lo sea, os aseguro que os castigaré de tal forma que cuando Tirante vuelva, vos no volveréis a gritar, porque estaréis segura y no os moveréis.

Como la princesa se enojó mucho y le dijo que callase, ella le respondió:

—Señora, en tan mal tono me lo decís que quiero alejarme de vos y no serviros más, y por eso me vuelvo a casa de mi padre el conde.

Así pues, salió de la habitación, cogió todas sus ropas y joyas e hizo que la viuda de Montsanto se las guardase. Cabalgó con cinco escuderos sin decir nada a nadie y fue a ver Tirante. La princesa, al saber que Placerdemivida se había ido, se angustió mucho e hizo que todo el mundo la buscase y la hiciese volver, por la fuerza o con gusto.

Cuando Placerdemivida llegó donde estaba Tirante, éste dejó de sentir la tercera parte del mal que tenía y ella, cuando lo vio con el color tan alterado, no pudo dejar de llorar vivas lágrimas y, con voz y gesto piadoso, comenzó a decir:

—Mi corazón siente gran tristeza cuando pienso en el dolor que sufre vuestra virtuosa persona. Con vergüenza vengo delante de vuestra señoría por haber sido la causa de que el mejor caballero que se podría encontrar en todo el mundo haya padecido tanto daño. Por esto, con voz temerosa, me veo forzada a pedir os perdón, porque vos tenéis el poder de darme la muerte o de concederme la vida, ya que yo he sido la causante

de vuestro mal. Pido, pues, a vuestra señoría que me queráis perdonar.

—Virtuosa doncella —contestó Tirante después de lanzar un suspiro que le salía de lo más profundo del corazón—, vos no tenéis que pedirme perdón, porque de nada tenéis culpa y, en el supuesto de que la tuvieseis, no una, sino mil veces os perdonaría, porque conozco la buena voluntad que siempre me habéis profesado. Ruego a Dios que pueda levantarme pronto de la cama y tenga claro que poseéis más de mis bienes y de mi persona que ninguna otra doncella o mujer del mundo. Pero dejemos de hablar de esto, ya que deseo por encima de todo saber qué ha hecho en mi ausencia la serenísima princesa. Pienso que el amor debe de haber disminuido en ella y que no me querrá ver más ni permitirá que nunca me ponga ante ella: éste es el mayor dolor que en el mundo puedo sentir y no el físico, ya que otras veces he sido herido y he estado a punto de morir.

Placerdemivida, con cara afable, se mostró muy alegre de hacerle aquel servicio y le recitó en voz baja todo lo que había ocurrido desde que había salido al terrado y añadió:

—No os puedo explicar el gran deseo que la princesa tiene de veros, ya que incluso habría venido aquí si no hubiese sido por no perjudicar su honor y por la vergüenza que sentiría. Ahora se encuentra entre la esperanza y la confusión, porque desea veros, pero no sabe qué actitud tendrá que tomar cuando llegue el momento, ya que dice que si os muestra una cara afable, vos todos los días querríais volver; pero, si hace lo contrario, vos permaneceréis descontento.

—El hombre mortal tiene vida segura si la utiliza en defensa de la persona que quiere bien. Si mi señora se despoja de su piedad, no solamente me quitará la vida, sino que me demostrará que me quiere sacrificar. ¿Qué crimen puede decir ella que yo he cometido si no he hecho otra cosa que amarla? Por eso le suplico no ser atormentado a causa de mi amor. Grandísima sería la gracia que su majestad me haría si pudiese tener una visita de ella, porque soy del parecer que en tal caso le pasaría gran parte de la animadversión que ella siente injustamente contra mí.

—Señor, concededme una gracia —respondió Placerdemivida—. Escribidle una carta y yo procuraré que ella os dé respuesta en la cual podáis conocer su última voluntad.

Estando en esta conversación entraron dos hombres que la princesa había

enviado para buscar a Placerdemivida. Cuando la vieron le repitieron todo lo que Carmesina les había dicho, pero ella respondió:

—Decid a la princesa que ella no me puede forzar a que la sirva, sino que me quiero ir a casa de mi padre.

—Si os hubiese hallado en otro lugar —dijo el caballero— utilizaría la fuerza en haceros volver, pero estoy seguro de que el capitán no quedará contento si la majestad de la señora princesa deja de ser servida.

—No lo dudéis —indicó Tirante— porque mi señora será servida en todo. Yo se lo rogaré tanto a esta doncella que ella volverá con vosotros.

Entonces Tirante pidió tinta y papel y escribió las siguientes enamoradas palabras:

Si por temor a ofenderos, mi mano hubiese sido impedida de tocar la perfección de vuestra real persona, ahora mi deseo no descansaría en vos. Pero mi pensamiento entiende que el premio del perdón no se tiene que conseguir con vuestro valeroso acercamiento, porque de todo lo que ha pasado solamente yo tengo la culpa. El temor de ser desamado por vuestra excelencia me inflige doble pena, porque si pierdo a vuestra majestad, pierdo la suma de todo mi bien sin esperanza de poderlo recuperar. No podéis imaginar cómo me ha placido que a causa de mi mal dijerais: «Jesús, Jesús, Jesús». Pero lo que más me preocupa es pensar cuánto valéis vos, porque desde el día que hicisteis vuestro mi amor, mis fuerzas han seguido vuestra voluntad. Mi mano no se cansaría de escribir a vuestra real celsitud, porque me parece que es hablar con vos. Y os tengo que decir que mi deseo es no dejar nada en manos de la fortuna, sino que creeré que todo lo que vuestra alteza me mande será lo mejor. Además, recordad que no ha sido creado nadie que no haya errado.

Cuando Placerdemivida partió de donde estaba Tirante y la princesa supo que venía, salió corriendo al rellano superior de la escalera y le dijo:

—Querida hermana, ¿cómo os habéis vuelto tan rebelde que os habéis ido sin decirme nada?

—¡Cómo, señora —contestó Placerdemivida—, vos no queríais que me pusiera delante de vos!

Entonces la princesa la cogió de la mano, la llevó a una habitación y le dijo:

—¿No sabes que entre padre e hijos hay muchas veces desacuerdos y lo mismo ocurre entre hermanos? Si entre tú y yo ha habido algunas palabras, no por eso tienes que dejarme, porque sabes bien que te amo sobre todas las doncellas del mundo y que te manifiesto todos los secretos de mi alma.

—Vos sabéis muy bien decirlo de boca —contestó Placerdemivida—, pero vuestras obras no lo confirman. Queréis creer las maldades de la Viuda Reposada mientras me denostáis a mí y a todas las demás. Ella ha sido la causa de todo este mal y dudo que vuestra alteza no pierda más de lo que ya ha perdido. Recuerdo aquella amarga noche en la que mi señor Tirante se rompió una pierna y todos estábamos llenos de miedo y ansia, excepto la Viuda, que era el única que se alegró de aquella situación.

—Ahora —la interrumpió la princesa— dejemos estas razones y hablemos de Tirante, de cómo está y de cuándo lo podré ver, porque no hago más que pensar en él. Estoy realmente afligida por el dolor que está soportando, ya que los peligros que sufre a causa de su amor son tan grandes que mi mente no acaba de entenderlos. Yo siento un amor tan grande como nunca he oído contar; por eso te ruego, hermana mía, que me digas si se teme por su muerte, porque si él muriera yo sería aquella que haría tal cosa que sería recordada por las gentes como un ejemplo de fiel enamorada. Y no lo haría a escondidas, sino públicamente, para que todo el mundo se acordase. La mayor gracia que me podría hacer la inmensa bondad de Nuestro Señor sería verlo entrar a esta habitación sano y salvo. Placerdemivida no tardó en responderle:

—Que el Señor que tiene poder y es donante de todas las gracias, le conceda salud y una curación rápida, para que pueda conseguir estar cerca de vos. Ya con esto él se tendría por el más bienaventurado caballero del mundo. Ahora que se encuentra lejos de vos, los recuerdos de vuestra persona le hacen sollozar y suspirar. Estad segura de que ningún otro es merecedor de poseer, como premio, vuestra singularísima persona. Pero, sin querer injuriaros, os tengo que decir que en amor no sois iguales.

Entonces le dio la carta del virtuoso Tirante y Carmesina, cuando la hubo leído, con mucho placer, le escribió esta respuesta, tal como merecía:

Cuando iba a tomar papel, dudaba si mi pluma tenía que escribir palabras de amistad o si la carta tenía que demostrar la animosidad a que estoy obligada por tus obras, porque tanta crueldad, junto con tan extraordinario amor, pienso que nunca ha sido vista. Y solamente este pensamiento me fuerza a responder tu carta. Tus manos han tenido tal deleite y gloria que no son dignas de perdón, ya que estaban desprovistas de toda piedad. En distintas ocasiones intenté, con palabras amables, rogarte que no intentases robar el premio de mi honestidad; y si mis palabras no te movían a piedad, te tendrían que haber inducido a merced mis lágrimas y la tristeza de mi cara. Pero tú, más cruel que un león famélico, has llenado de dolor a tu princesa. Pero no me consintieron morir honestamente, sino que el susurro de mis palabras llegó a los oídos de la Viuda Reposada y entonces vino la emperatriz. La vergüenza, enemiga del extremo amor, cubrió con dolorosos suspiros el sentido de mis palabras y, no sé cómo, dije: «Jesús, Jesús, Jesús» y me dejé caer sobre las faldas de la duquesa, pensando en la causa que tiene mi vida aburrida... Quien yerra, pena merece, y por eso no tengas preocupación por mí, que yo no la quiero tener por ti.

Y le dio la respuesta a Hipólito, junto con infinitas recomendaciones. Al llegar Hipólito donde se hallaba Tirante, le dio la carta; él se alegró mucho de tener nuevas de Carmesina pero le disgustaron extraordinariamente las palabras que el pie de aquella carta contenía. Entonces se hizo traer tinta y papel y le escribió la misiva siguiente:

En la hora que todas las cosas toman descanso, yo me mantengo en vela pensando en las tristes palabras que habéis escrito: «No tengas preocupación por mí, que yo no la quiero tener por ti». Y, a causa de las pasiones que el amor me da, he tomado la pluma para esquivar los males que comporta vuestra ignorancia, ya que ponéis en olvido los años que he gastado amándoos. Pero la seguridad que tengo de vuestra valía me hace dar infinitas gracias a Dios por haberme otorgado el conocer a la doncella más cumplida en perfección de todo el mundo, razón por la que veo que vuestra belleza no merece sino ser poseída por mí. Si vuestra mente os hace ver que soy digno de respuesta, que así sea o, en caso contrario, que acabe pronto mi vida, porque no me hallo dispuesto más que a seguir todo aquello que me será mandado por vuestra celsitud.

Tirante dio la carta a Hipólito y le rogó que la entregase a la princesa en presencia de Placerdemivida y que esperase por si había respuesta. Hipólito hizo lo que Tirante le había mandado y Carmesina tomó la carta con gran placer. Pero como había llegado allí la emperatriz, la princesa no pudo leerla. Entonces la emperatriz comenzó a preguntar a Hipólito sobre la enfermedad de Tirante y Carmesina entró en su habitación con Placerdemivida para leer la carta.

Capítulo XXIII. Los amores de la Emperatriz e Hipólito

La emperatriz, después de haber hablado sobre la salud de Tirante, dijo a Hipólito:

—Veo tu cara toda alterada, flaca y sin color, y no sin causa, porque la enfermedad de tan valentísimo caballero como es Tirante debe tener a todos sus parientes y amigos en gran dolor. Yo misma he pasado y paso mucho sufrimiento: durante la noche me despierto como si se tratase de un marido, hijo, hermano o de algún pariente cercano a mí.

Al instante Hipólito le respondió:

—Si yo me encontrase en la cama de una señora, por muy dormida que estuviese, no la dejaría descansar tanto como hace vuestra majestad. Pero de vos no me extraña, porque dormís sola y nadie os dice nada; y eso justamente, señora, es la causa de la flaqueza y alteración de mi cara, y no la enfermedad de Tirante.

Entonces la emperatriz presintió que Hipólito debía amar y que la tristeza que su cara manifestaba no debía ser otra cosa que pasión de amor. Es más, pensó que Placerdemivida, que en presencia de muchos decía que quería a Hipólito, podía ser la causa de su dolor, razón por la que no tardó la emperatriz en preguntar a Hipólito quién era la dama que le hacía pasar tanta pena:

—Dime, Hipólito, ¿quién te hace pasar tan grandes males?

—Mi triste suerte —contestó Hipólito— me hace desconocer a Dios y a todos los santos, ya que en el punto donde me encuentro me hace pensar que mi vida se halla en tanto peligro o más que la de Tirante.

—Si quieres obrar bien —insistió la emperatriz— no tienes que tener vergüenza en decir la gloria de tus actos. Si me lo manifiestas a mí, el premio de este honor me hará callar para siempre.

—¿Quién osaría manifestar su dolor —dijo Hipólito— a una señora de tan

gran excelencia? ¿Qué le falta a vuestra excelencia si no es llevar diadema de santa y que por vos se cantase *te Deum laudamus* y que en todas las iglesias se hiciesen festejos, ya que tenéis que ser nombrada en todo el mundo diosa de la tierra? Pero ya que tanto lo queréis saber, amor es, amor, lo que tengo y no es ropa que se pueda desvestir.

—Ya había deducido que lo que tienes es lo que dices —intervino la emperatriz—, Tú dices que amas y yo te pregunto: ¿a quién?

—Los cinco sentidos corporales me fallan —respondió Hipólito— cuando intento decirlo.

—¡Oh, falta de mente! —exclamó la emperatriz—, ¿Por qué no manifiestas qué es aquello que te hace lamentarte?

—Son cuatro cosas —contestó Hipólito— que por su excelencia superan a todas las demás, y la quinta es que vuestra majestad es aquella que el cielo ha pronosticado que yo la tenga que amar y servir durante todos los días de mi vida...

Y habiendo dicho esto no osó levantar la cara. Se fue y, aunque la emperatriz lo llamó, de vergüenza no se atrevió a volver. Se dirigió a su posada pensando que había hablado mal y que había obrado de peor forma, por cuya razón se arrepintió de todo lo que había dicho. La emperatriz, por su parte, quedó cavilosa pensando en las palabras del caballero. Hipólito se vio forzado a volver a palacio para recibir la respuesta de la princesa, pero antes se aseguró de que la emperatriz no se encontrase con su hija. Y entró en la habitación de la princesa y la vio acostada sobre las faldas de Placerdemivida. Entonces Hipólito le suplicó que le diese respuesta a la carta que le había traído. La princesa no tardó en darle, de palabra, la respuesta siguiente:

—Le daré respuesta y ésta será muy clara, porque aunque nuestros cuerpos estén separados, nuestras almas están unidas en una voluntad. Le dices que yo conseguiré ir a verlo un día de esta semana con el señor emperador, pero confío en que nuestro Señor hará que sane antes y así nos ahorrará el viaje. Y ahora vete, porque deseo más estar sola que acompañada, para pensar en las palabras de Tirante.

—Señora —respondió Hipólito—, mostráis que tenéis un corazón sin piedad. Quiera vuestra celsitud tener merced de Tirante para que entre

todos los males que le habéis hecho le pueda recitar, por lo menos, un poco del bien que él espera de vos. Si conocieseis la esperanza de su deseo y la grandeza de su benevolencia, le daríais un poco de alegría, porque vuestra alteza tiene poder para perder o restaurar su vida. Haced lo que más os plazca, pero pensad que quien os desea no es un enemigo, sino un servidor.

Entonces la princesa no tardó en replicarle:

—Callaré, porque no quiero que se ponga de manifiesto la ignorancia de mi poco saber, aunque vuestro desconsiderado parlamento sea merecedor de respuesta. Tú, Placerdemivida, arráncame tres cabellos y dáselos a Hipólito para que se los lleve a su maestro Tirante y le diga que, ya que no le puedo escribir, que tome los cabellos por respuesta.

—No permita Dios que los tome —dijo Hipólito— si no me decís el significado de por qué tres cabellos, y no cuatro, diez o veinte. ¿Piensa vuestra alteza que estamos en tiempos antiguos cuando una doncella tenía algún enamorado y le daba un ramillete de flores perfumadas o un cabello o dos de su cabeza y aquél se tenía por muy bienaventurado? No, señora, no, que ese tiempo ya ha pasado. Sé muy bien lo que mi señor Tirante desea: poder teneros en una cama desnuda o en camisa y, aunque la cama no estuviese perfumada, ni se daría cuenta. Si vos me dais tres cabellos, tengo que deciros que no acostumbro a llevar tales presentes. Enviádselos con algún otro o dígame vuestra excelencia por qué han sido justamente tres.

—Un cabello —explicó la princesa— significa el gran amor que siempre le he tenido sobre todas las personas del mundo, amor que es tan fuerte que desconocería a mi padre y a mi madre y casi a Dios; y si tuviese libertad, a él ofrecería mi persona junto con todo lo que tengo. Este otro cabello significa el extraordinario dolor que me hace pasar, ya que mi lengua y mi honor no podrán recitar cuánto me ha ofendido. El tercero significa que he conocido el poco amor que él me profesa. Ahora ya sabes qué significan los cabellos; pero, por tu propia maldad, no te los llevarás.

Así pues, se los quitó de las manos y, con extraordinaria ira, los rompió y los lanzó al suelo. Mientras hacía esto, sus ojos lloraban tan vivas lágrimas que le bañaban sus pechos. Cuando Hipólito vio que por tan poca causa la princesa se había enojado por sus palabras, con voz piadosa y gesto humilde, le dijo:

—Aunque vuestra majestad diga que habéis sido violentada y, bajo el nombre de fuerza, queráis cubrir vuestra culpa y dar a Tirante una pena que es peor que la muerte, es verdad que habéis estado recogida en la habitación de vuestra madre, pero no habéis sido violada. Decid, señora, ¿de qué se puede inculpar a mi señor Tirante si él ha intentado hacer un acto tan singular? ¿Quién le puede condenar a ninguna pena? Vuestra celsitud, belleza, gracia, juicio, gentil saber y dignidad con perfección no tiene que ser tan dura en amar a aquél que siempre os desea servir y que os ama extraordinariamente. Estoy admirado de lo que ha entrado por mis oídos y la deliberación de la apenada vida que vuestra alteza quiere hacer pasar a Tirante. Deberíais dejar todas vuestras dudas, porque, si no, serán la causa de perder al mejor entre los mejores y tendréis que sufrir en este mundo y en el otro la pena que os mereceríais. Si él se pierde, se perderán más de diez mil combatientes y entonces comprobaréis si la Viuda Reposada hará las batallas por vuestro padre o por vos. Vuestra majestad es médico sin medicina, y es buen médico aquél que da salud al cuerpo y al alma; aunque veo que al infortunado Tirante no le puede venir sanidad ni gozo de donde hay tanta malquerencia.

Entonces Placerdemivida, que quería ayudar a Hipólito en favor de Tirante, comenzó a decir:

—Vuestra alteza será la causa de hacerme vivir una dolorosa existencia, porque veo que sois doncella creada por Dios con tantas virtudes que creo que no os puede faltar el mayor don que la naturaleza puede dar, esto es: amor. Este sentimiento os falla porque no anunciáis como tendríais que hacerlo a quien es merecedor de vuestro amor y que tan lealmente ha servido a vuestra majestad. ¿Con qué buen corazón os puedo servir yo, que veo que poseéis tan poca gratitud? Si Dios, por su merced, me otorgase haceros conocer y ver la gloria de los enamorados, seríais digna de estar entre las bienaventuradas que bien han amado. Pero vuestra celsitud hace como aquél que sentía aroma de la comida y no la quiso probar. Si vuestra alteza probase su dulzura, al morir reviviríais en gloriosa fama. Pero, señora, ya que veo que no amáis a mi señor Tirante, justo es que no améis a ninguno de los suyos. Vendrá un tiempo en que le lloraréis tanto a él como a los suyos, os arañaréis los ojos y la cara y maldeciréis el día y la noche y toda vuestra vida. Yo sé que Tirante, el día que pueda cabalgar, habiendo visto la malquerencia de vuestra alteza se irá a su tierra y vos permaneceréis aquí y, entonces, todo el imperio se perderá. Y,

cuando hayáis muerto y estéis en el momento del juicio, Nuestro Señor os pedirá cuentas y os lanzará al infierno junto con la Viuda Reposada. A mí, en cambio, me darán silla en la eterna gloria y en la más alta jerarquía y, como hija obediente, seré coronada entre los otros santos.

En eso el emperador entró en la habitación y estuvo un rato con su hija. Después tomó a Hipólito de la mano y ambos hablaron de la guerra y de la enfermedad del capitán. Así hablando, entraron en la habitación de la emperatriz donde, sin duda, Hipólito no habría querido ir de ninguna manera. Cuando ella lo vio, lo miró afablemente, se acercó al emperador y los tres hablaron de muchas cosas, sobre todo de la cruel fortuna que se había llevado a su hijo en edad tan joven, y aquí la emperatriz comenzó a llorar. Pasados unos minutos, entraron los del consejo y el emperador se apartó para hablar con ellos. Hipólito se quedó con la emperatriz y, como ella vio que no le decía nada, pensó que era por vergüenza, por cuya razón le hizo esta petición:

—Aunque por mi poco saber no sepa decirte, como querría mi intención, vos lo entenderéis mucho mejor de lo que yo pueda manifestar. Mis errores son grandes a causa de la edad que tengo y ésta es la razón que me hace dudar del significado de tus palabras. Te ruego, pues, que me manifiestes quién te ha obligado a decirme lo que me has dicho, especialmente si ha salido de tu maestro Tirante, porque si yo deliberase amarte, él podría conseguir con más seguridad la señoría que desea.

Hipólito no tardó en darle, en voz baja, semejante respuesta:

—¿Quién sería aquél que se atreviese a hablar delante de vuestra excelencia y que el cuerpo no le temblase veinte veces al día por el simple hecho de que vuestra majestad le pusiera mala cara? Sólo con un desdén que vuestra alteza me hiciese, desearía estar diez astas bajo tierra. Os hablaré con toda verdad: paseando con el emperador, cuando vi a vuestra majestad, con las dos rodillas caí en el duro suelo. Después di un suspiro y noté que vuestra alteza os reíais de mí con cara afable, por eso os suplico, señora, y os pido, que no os tenga que decir más sino que, como señora, me mandéis todas las cosas peligrosas que deseáis, y así vuestra majestad conocerá cuánta es la firmeza de Hipólito. Y aunque me arrancaseis los cabellos y con vuestras uñas me arañaseis la cara, todo lo aceptaría con paciencia e incluso temería que vuestra mano fuese herida al entrar en contacto con mi cuerpo. En cuanto a lo que vuestra majestad dice de Tirante, os tengo que indicar que ni él ni mi confesor saben

absolutamente nada de esto. Mi espíritu no puede decir más a vuestra majestad, excepto que el amor lo tiene cautivado.

—Yo querría, Hipólito —replicó la emperatriz—, que me hubieses dicho la verdad de lo que me has pedido, porque por nada tienes que dejar de decirme claramente tu intención, ya que el amor no hace diferencia en la nobleza ni en el linaje; sino que, si se lleva en secreto, conviene que sea exaltado con gran gloria y honor quien ama lealmente, porque el amor es una cosa natural. Mira, Hipólito, cuando una mujer ama, desconoce a su padre, a su marido y a sus hijos y pone todo su honor en aquél a quien ama. Y si es fea o bella, o si tiene algún defecto, forzado es que tal enamorado lo tenga que ver: pero no pienses que lo digo porque sienta en mi persona algún defecto o mácula, sino que lo quiero decir porque tiene que ser tenido en cuenta por el hombre que ama a una mujer. Por eso quiero volver a decirte que me alegró mucho tu parlamento y el atrevimiento que tuviste en decírmelo. Puedes estar seguro de que, por criminales que fuesen tus palabras, no las diría ni al emperador ni a ninguna otra persona. Y, si te detienes por vergüenza, has de saber que no me desplace tu amor.

Tantas cosas le dijo la emperatriz que Hipólito recobró la fuerza y, con voz ronca y baja, le dijo:

—El deseo que tengo de vos, señora, no pocas veces me ha invitado a manifestaros el gran amor que os guardo, pero el temor de errar ha retardado hasta esta hora el hecho de decíroslo, porque vos sois la más excelente en el mayor grado de excelencia que se pudiese encontrar. Vuestra belleza me hace gloriosa la vida y si Dios me otorga tal merced, ¿qué caballero puede igualarse conmigo? Pero yo, a causa de mi poca edad, he tenido la lengua embarazada y no apta para recitar lo que mi ánimo quería. Pero escuchar vuestras palabras me da nueva alegría cuando pienso que sin vuestra alteza yo no sería nada. Quiero que sepáis que la esperanza que tengo puesta en vos me da la vida y que si fuese desamparado por vos, me convendría más tomar la muerte. Solamente os suplico, de rodillas a vuestros pies, que me digáis cómo me he de regir, ya que para mí será de infinita estima.

—Tus afables palabras —respondió la emperatriz— merecen respuesta, pero no como tú querrías, ya que has puesto mi corazón en gran pensamiento. Me pregunto cuál ha sido la causa que te ha dado esperanza sobre mí, que soy de edad tan desproporcionada con la tuya,

que si fuese conocido dirían que me he enamorado de un nieto mío. Por otro lado, observo que el amor no es cierto ni firme en los extranjeros y son bienaventuradas aquéllas que no tienen marido y que pueden disponerse mejor a amar bien. Yo, que no estoy acostumbrada a estas cosas, pienso que me sería muy difícil poder satisfacer tu apetito, porque tu esperanza es tardía y vana, ya que otro posee lo que tú deseas. A pesar de eso, si yo quisiese olvidar los términos de mi castidad, lo podría hacer muy bien. Sé bien que eres digno de perdón por tu atrevimiento a causa de tu juventud y bella disposición; pero más prefiero que otra sea bienaventurada por tu amor sin crimen ni infamia, que caer yo por el amor de un hombre extraño.

Pero la emperatriz no pudo hablar más porque se acercaba el emperador. Aquella noche Hipólito no pudo hablar con la princesa, pero sí con Placerdemivida, la cual le preguntó:

—¿De qué hablabais con tan disimuladas palabras con la emperatriz? Debe de tratarse de grandes asuntos, ya que muy a menudo entabláis conversación con ella.

—No es otra cosa —respondió Hipólito— sino que ella me pregunta cuándo nuestro capitán podrá caminar. Yo creo que su deseo es que él se encontrase ya donde están los otros, porque cada día llegan noticias del campo.

Pero, con todo, al día siguiente a primera hora, Hipólito se fue del palacio sin ninguna respuesta. Al verlo, Tirante le dijo:

—Han pasado cinco días sin poderos ver.

—Señor —contestó Hipólito—, el emperador ha hecho que me quedase allí y también la princesa para que la acompañase y pudiese venir con ellos hablando de vuestra merced, porque quieren venir a veros todos juntos. Por esta razón la princesa no os ha querido dar respuesta, porque pronto os hará una visita.

Entonces mandó llamar a los médicos y les rogó que lo hiciesen llevar a la ciudad, porque se sentía muy bien, ya que, según les dijo, mejoraría más en un día en la ciudad que allí en diez, puesto que él había nacido y se había criado cerca del mar y el aire que de allí procedía le era muy conveniente para su salud. Los médicos loaron sus palabras y aceptaron

su decisión. Cuando se lo dijeron al emperador, éste cabalgó acompañado de gente y fue a ver a su capitán, el cual había sido llevado en cuatro días a la ciudad sobre unas andas. Estando ya Tirante en la posada, la emperatriz y todas las damas fueron a verlo, cosa que hacían siempre que podían. Y la emperatriz, que se olía alguna cosa, pocas veces dejaba a su hija a solas con Tirante. A pesar de eso, no dejaban de avanzar con sus amores gracias sobre todo a Placerdemivida, la cual, con gran solicitud, deseaba concordar el día en que la gran batalla llegase a su fin.

Dejemos de hablar de Tirante y vayamos a ver qué ocurría en el campo. Pasadas las treguas, comenzó una cruel y brava guerra, sobre todo porque los turcos conocían la enfermedad de Tirante. Cada día, cerca de la ciudad de San Jorge, se hacían bellos combates donde moría mucha gente de una parte y de otra. Un día los turcos vinieron con todo su poder con la intención de romper la conducción de agua, para que no les hiciesen tanto daño como les hacían, pero no la pudieron romper, ya que los cristianos inundaron todos los campos de agua para que los turcos no pudiesen regresar, de forma que aquel día mataron a más de tres mil enemigos. El número de moros era tan grande que los cristianos todos los días deseaban la recuperación de Tirante como si se tratase de la suya propia, por cuya razón el emperador les escribía cada día para animarlos y les decía que ya se levantaba de la cama para fortalecer su pierna y poder volver pronto a tomar la capitania.

Cada día Tirante mejoraba y ya podía ir por la habitación con una muleta. Las damas venían a verlo y la princesa lo hacía también, tanto por el interés como por el amor que le profesaba. Pero no penséis que Tirante deseaba restablecerse rápidamente, porque así podía ver todos los días a la princesa; en realidad, no pensaba ni deseaba ir a la guerra, sino que su deseo era poder tener cumplido placer con su señora, y la guerra, que la hiciese quien quisiese.

Estando el emperador y la emperatriz en la habitación de Tirante, como no podía hablar con Carmesina sin ser oído por la emperatriz, llamó a Hipólito y, en voz baja, le dijo:

—Vete fuera, vuelve lo más pronto posible y ponte al lado de la emperatriz; háblale sobre aquello que creas que le gustará saber y yo tendré ocasión de poder referir a la princesa mi pasión.

Hipólito así lo hizo y, con esforzado ánimo y en voz baja, dijo a la

emperatriz:

—El extremo amor que os guardo me fuerza a no poder estar más que cerca de vuestra excelencia, porque cuando me falta vuestra presencia estoy en un nuevo purgatorio. Y eso me viene por amar infinitamente a vuestra virtuosa persona, a la cual suplico que me sea otorgado un don que aumentará mi honor y fama. Pero solamente recordando la gran dignidad que conozco de vuestra majestad da gran descanso a mi cansado vivir ya que, cuanta más virtud posee la persona, más es amada por los demás. Pero, señora, mi fortuna me ha acompañado tan poco que os pido que me permitáis que sienta la gloria de este gracioso don: ser amado por vuestra alteza; porque en tal caso no se podría hallar a nadie más bienaventurado que yo.

Entonces la emperatriz, con gesto y cara afables, le dijo:

—Puesto que veo que eres digno de ser amado a causa de tu virtud y afable condición, por eso he decidido traspasar los límites de la castidad. Pídeme, por tanto, todo lo que te plazca, siempre que me asegures que ni el emperador ni ningún otro lo sabrá. Si quieres conseguir el máximo placer, no pienses en los peligros que puedan ocurrir; pero hagámoslo como yo deseo, durante la callada noche, que proporciona descanso y reposo a todas las criaturas. Espérame, por lo tanto, en el terrado que hay cerca de mi habitación. Si tú vienes, yo, que te amo extraordinariamente, no tardaré nada en llegar.

Hipólito le quería preguntar sobre una duda que tenía, pero la emperatriz le dijo que tenía que superar todos los peligros si era tanto el amor que sentía por ella como sus palabras demostraban.

La emperatriz, al cabo de poco tiempo partió con todas las damas de la posada de Tirante y cuando llegó al palacio fue a su habitación y mandó a sus doncellas que hiciesen venir a los camareros porque quería cambiar las cortinas de raso por otras brocadas de seda, y añadió:

—El emperador me ha dicho que quiere venir esta noche y yo deseo ofrecerle lo mejor, porque hace tiempo que no ha venido.

Entonces hizo ornamentar toda la habitación con brocado y seda y después hizo perfumar la habitación y la cama. Después de cenar, la emperatriz se retiró diciendo que le dolía la cabeza y, en presencia de

todos, una doncella que se llamaba Eliseu dijo:

—Señora, ¿quiere vuestra alteza que haga venir a los médicos?

—Haz lo que quieras —contestó la emperatriz—, pero que no se entere el emperador, para que no halle una excusa para venir aquí esta noche.

Al llegar los médicos le tomaron el pulso y se lo encontraron muy alterado, porque esperaba entrar en liza con un caballero joven y dudaba de la peligrosa batalla. Los médicos le aconsejaron que tomase unos pocos cañamones confitados con un vaso de malvasía y así podría dormir bien. Ella respondió:

—Pienso que dormiré bien poco a causa del daño que siento y que aún descansaré menos, porque, según me siento, creo que buscaré todos los rincones de la cama.

Cuando los médicos le dijeron que ellos podrían hacer vela en la puerta de la habitación, a su cabecera, ella respondió:

—En absoluto acepto vuestro servicio, porque quiero tener toda la cama para mí y no querría que ninguno de vosotros me mirase la cara en caso de que sintiese alguna emoción, ya que el daño que tengo no permite que sea visto por nadie. Ya os podéis ir, que quiero meterme en la cama.

Al partir los médicos, la emperatriz se comió una gran caja de cañamones, pidió que perfumasen la cama e hizo poner algalia sobre los cojines y sábanas. Después también se perfumó ella y mandó a sus doncellas que se fuesen a dormir y que cerrasen la puerta de su habitación.

En la habitación de la emperatriz había una recámara que le servía para vestirse, la cual comunicaba con el terrado donde estaba esperando Hipólito. Cuando ella se levantó de la cama, Eliseu lo oyó y al instante acudió pensando que se encontraba mal.

—¿Qué tiene vuestra alteza? —le preguntó—, ¿Os encontráis peor?

—No —respondió la emperatriz—. Me había olvidado de decir la oración que acostumbro a rezar cada noche, pero me siento mucho mejor.

—Señora —le dijo la doncella—, ¿no me haríais el favor de explicarme de qué oración se trata?

—De acuerdo, escucha —consintió la emperatriz—: cada noche, a la primera estrella que veas, arrodíllate y reza tres padrenuestros y tres avemarías en memoria de los tres reyes de Oriente, para que te encomienden a Dios Jesús y a su Madre. Ahora te ruego que me dejes y que no molestes mi oración.

Y la doncella regresó a la cama y la emperatriz entró en la recámara y se puso sobre la camisa una pieza de terciopelo verde forrada con martas cibelinas. Entonces abrió la puerta del terrado, donde encontró a Hipólito acostado en el suelo para no ser visto por nadie. Al verla, Hipólito se levantó rápidamente, se arrodilló delante de ella, le besó las manos e intentó besarle los pies. Pero la valerosa señora no lo consintió, sino que lo besó muchas veces en la boca y le rogó que fuesen a la habitación. Entonces, Hipólito dijo:

—Señora, vuestra majestad me tendrá que perdonar, pero no entraré en la habitación hasta que no haya sentido parte de los placeres de la gloria futura.

Entonces la cogió, la puso en el suelo y allí mismo sintieron el fin último del amor.

Después, con gran alegría, entraron en la recámara e Hipólito, demostrando su gran alegría, dijo:

—Si osase decir la gloria que siento en este momento, no creo que mi lengua fuese capaz de referir tanta gentileza como se halla en vuestra excelentísima persona. No sé por qué medio ni con qué palabras os puedo manifestar el amor que os profeso y cómo éste va aumentando de hora en hora.

—Aunque mi pensamiento —no tardó a contestarle la emperatriz— ha estado muy atormentado, ahora se encuentra contento en tan alto grado de haberte conocido y mucho me alegro de haberte sabido ganar.

—Señora —dijo Hipólito—, no es ahora momento de hablar. Vamos a la cama y allí trataremos de otros asuntos que aumentarán mucho vuestro placer y el mío.

Dicho esto, Hipólito se desvistió, se acercó a la gentil vieja, le quitó la ropa

y la dejó en camisa. La emperatriz tenía tal aspecto que quien la viese pensaría que, cuando era doncella, debía poseer tanta belleza como en el mundo no se hubiese podido encontrar otra. Y su hija se le parecía en muchas cosas, aunque en su juventud, la emperatriz la superaba en belleza. El galán la subió a la cama y allí estuvieron hablando y haciendo bromas como acostumbran a hacer las personas enamoradas. Cuando hubo pasado media noche, la señora lanzó un gran suspiro.

—¿Por qué suspira vuestra majestad? —preguntó Hipólito—, ¿Ha sido porque no os he satisfecho bastante?

—Todo lo contrario —respondió la emperatriz—. Ahora me ha aumentado el concepto que tenía de vos, ya que si en un principio os tenía por bueno, ahora os considero mucho mejor y más valiente. La causa de mi suspiro, sin embargo, es que pienso que te tendrán por hereje.

—¡Cómo, señora! —replicó Hipólito—, ¿Qué he hecho para que me consideren hereje?

—Bien pueden hacerlo —respondió—, porque te has enamorado de una mujer que puede ser tu madre y en ello has mostrado tu valentía.

—Señora —contestó Hipólito—, solamente yo conozco vuestra gran valía, ya que veo que vuestra galante persona posee todas las perfecciones y no hallo nada que lo contradiga.

En estas cosas y muchas otras pasaron el tiempo los dos enamorados y lo hicieron con los deleites y dulzuras como suelen hacerlo los que bien se quieren, de forma que no durmieron en toda la noche. Con razón había dicho la emperatriz a los médicos que aquella noche dormiría poco. Finalmente, ya cansados de velar, se durmieron. Ya avanzada la mañana, la doncella Eliseu entró en la habitación de la emperatriz para preguntarle cómo se encontraba. Cuando se acercó a la cama, vio a un hombre con la cabeza sobre el brazo de la emperatriz y la boca en el pecho.

—¡Válgame santa María! —exclamó Eliseu—. ¿Quién es este renegado que ha engañado a mi señora? ¡Muera el traidor que con cautela y engaño ha entrado en esta habitación para poseer la alegría de esta bienaventurada cama!

Estuvo tentada de llamar, pero al instante pensó que nadie habría tenido el

atrevimiento de entrar allí sin la voluntad de la emperatriz. Y aunque intentaba reconocer al caballero, no lo podía hacer y, por miedo a que entrasen las demás doncellas en la habitación para servir a la emperatriz, Eliseu fue donde aquéllas dormían y les dijo:

—La señora os ordena que no salgáis de la habitación para que no hagáis ruido, ya que aún no tiene bastante contentos sus ojos del deleitoso dormir en que se encuentra.

Pasada media hora los médicos fueron a comprobar cómo se hallaba la emperatriz. Pero la doncella fue a la puerta y les dijo que la señora descansaba, porque durante la noche no había dormido bien.

—No nos moveremos de aquí hasta que la señora se despierte —dijeron los médicos—, porque así nos lo ha mandado el señor emperador.

La doncella no sabía qué hacer, si despertarla o no. Y estando en este pensamiento, el emperador llamó a la puerta de la habitación. Eliseu, enojada y con poca discreción, rápidamente fue a la cama y anunció en voz baja a la emperatriz:

—Levantaos, señora, levantaos, que tenéis la muerte cerca: el triste de vuestro marido se encuentra en la puerta y sabe que, con deslealtad y en perjuicio de su persona, le habéis ofendido indignamente sin causa ni razón. ¿Quién es éste que tenéis al lado y que os tiene que reportar tanto dolor? ¿Se trata de un rey no conocido? Ruego al Dios soberano que yo vea cómo le ponen en la cabeza una corona de fuego. Si es un duque, que le vea acabar en cárcel perpetua; si se trata de un marqués, que yo pueda ver cómo le comen los pies y las manos. Si es un conde, que le vea morir con crueles armas; si se trata de un vizconde, que vea yo que la espada de un turco le parte la cabeza hasta el ombligo. Y si se trata de un caballero, que acabe sus días en el lugar más profundo del mar.

Cuando la emperatriz vio que la despertaban con un son peor que el de una trompeta, quedó tan inmóvil que no pudo hablar. Hipólito no entendió las palabras de la doncella, pero sí que distinguió su voz y, para no ser reconocido, puso la cabeza debajo de la ropa y, cogiendo por el cuello a la señora, la hizo esconderse también bajo la ropa para preguntarle cuál era la causa de aquellos gritos.

—¡Ay, hijo mío! —dijo la emperatriz—. En este mundo no se puede

obtener todo el gozo. Levántate, mira que el emperador está en la puerta; nuestros vicios están en este momento en manos de Dios. Tal día como éste habrá sido el principio y el fin de toda tu felicidad y el último término de tu vida y de la mía. Mucho me enojará que, después de tu muerte, no pueda bañar tu sepulcro con mis doloridas lágrimas y tampoco me podré lanzar sobre tu cuerpo muerto dentro la iglesia, ni le podré dar tristes, amargos y fríos besos.

Al oír Hipólito las palabras de la emperatriz, sintió gran piedad de sí mismo, porque nunca se había visto en semejante situación. Y, a causa de su juventud, no supo ofrecer consejos a la emperatriz, sino que se puso a llorar con ella. A pesar de eso, rogó a la doncella que le trajese la espada que tenía en la recámara. Pero la emperatriz le dijo:

—Ve, hijo mío, sálvate en aquel reservado, que yo los detendré y mientras tú podrás salvar tu vida.

—No desampararía a vuestra majestad —contestó Hipólito— aunque me diesen todo el imperio griego y cuatro veces más. Quiero abandonar la vida y todo lo que tengo antes que separarme de vuestra majestad. Es más, quiero que me beséis en señal de firmeza.

Al oír estas últimas palabras, aumentó el dolor de la emperatriz al mismo tiempo que el amor que le tenía. Entonces fue a la puerta de la habitación para escuchar si había allí gente de armas o cualquier otro indicio de mal y, a través de una rendija que había en la puerta, vio al emperador y a los médicos que hablaban de su mal, y así se enteró de que no pasaba nada. Volvió corriendo a Hipólito, le cogió de las orejas, lo besó apasionadamente y le dijo:

—Hijo mío, por el gran amor que por ti siento, te ruego que te escondas en ese reservado hasta que pueda dar al emperador y a los médicos alguna justificación.

Hipólito entró a la recámara, la emperatriz volvió a la cama e hizo abrir las puertas de la habitación. El emperador y los médicos entraron y le preguntaron cómo había pasado aquella noche. Ella les respondió que el dolor de la cabeza y del vientre no la habían dejado dormir ni descansar en toda la noche, hasta que las estrellas del cielo se habían escondido. Y continuó diciendo:

—Después de dormir un rato me siento mucho más alegre y contenta que anoche y me parece que querría continuar aquel placentero dormir que ha concedido a mi alma un gran consuelo. Pero en este mundo nadie puede tener un día o una noche de gozo cumplido, porque el despertar que me ha provocado esta doncella, me ha alterado tanto que mi espíritu se encuentra ahora tan mal que no se podría decir. Podéis creer, señores, que si pudiese volver a aquel glorioso descanso y tener en mis brazos las cosas que amo y he amado más en este mundo, mi alma estaría tan satisfecha que rápidamente me encontraría bien.

—Decid, señora —preguntó el emperador—, ¿qué teníais entre los brazos?

—Señor —contestó la emperatriz—, el mayor bien que he tenido en este mundo, al cual amo sobre todas las personas. En verdad puedo decir que, estando en piadosa vela, me adormecí y enseguida me pareció que estaba en camisa corta de terciopelo verde forrada con martas cibelinas en el terrado donde acostumbro a hacer mi oración a los tres reyes de Oriente. Y habiéndola acabado oí una voz que me dijo: «No te vayas, que en este lugar tendrás la gracia que pides». Inmediatamente vi llegar a mi amado hijo acompañado de muchos caballeros vestidos de blanco y con Hipólito de la mano. Se acercaron a mí, me tomaron las manos y me las besaron. También me querían besar los pies, pero yo no se lo consentí. Sentados en el pavimento del terrado tuvimos un gran rato de conversación entre nosotros, del cual tuve un gran placer, y fueron tan deliciosas sus palabras que nunca saldrán de mi corazón. Después entramos en la habitación y mi hijo y yo nos acostamos en la cama; yo coloqué mi brazo derecho debajo de su espalda, de forma que su boca besaba mis pechos. Nunca sentí un dormir tan placentero, porque mientras tanto mi hijo me decía: «Señora, puesto que no me podéis tener en este miserable mundo, tomad por hijo a mi hermano Hipólito, ya que lo amo tanto como a Carmesina». Y cuando decía estas palabras estaba acostado cerca de mí e Hipólito, por obediencia, estaba de rodillas en el centro de la habitación. Entonces yo le pregunté dónde tenía su habitación y él me dijo que en el paraíso entre los caballeros mártires, porque había sido matado en batalla contra los infieles. No pude preguntarle nada más porque Eliseu me despertó con un son más doloroso que el de una trompeta.

—¿No os decía yo —dijo el emperador— que se trataba de su hijo?

—¡Ay señor —exclamó la emperatriz— a nadie le cuesta tanto como a mí! Yo lo tenía en este brazo mientras su placentera boca tocaba mis pechos,

y tenéis que saber que muchos de los sueños que se tienen de madrugada, resultan verdaderos. Es más, pienso que aún no se debe de haber ido. Por eso querría intentar dormir por si me volvía a hablar y volvía a sentir el placer que tenía.

—Os ruego —dijo el emperador— que no os pongáis estas locuras en la cabeza y que, si ya estáis restablecida, os levantéis de la cama.

—Yo os suplico, señor —insistió la emperatriz—, que me dejéis descansar un poco ya que va en bien de mi salud y de mi placer y, además, tengo entelados los ojos de tan poco dormir.

—Señor —dijeron los médicos—, dejémosla dormir, porque si le quitamos su deseo podría aumentar su enfermedad.

Entonces el emperador partió e hicieron salir a todas las doncellas de la habitación, excepto a Eliseu. Cuando las puertas fueron cerradas, la emperatriz hizo volver a Hipólito y dijo a la doncella:

—Ya que la suerte ha permitido que hayas conocido estos asuntos, te ordeno que de ahora en adelante sirvas a Hipólito más que a mi persona. Entra en aquel reservado hasta que hayamos dormido un poco. Sigue mi mandato y serás la más favorecida de todas las doncellas, te casaré mejor que a las demás e Hipólito te dará tantos bienes que quedarás muy satisfecha.

—Haré lo que vuestra majestad me mande —contestó Eliseu— aunque no tengo ninguna voluntad de servir, amar u honrar a Hipólito. Es más, os digo que nunca he tenido tan mala disposición hacia un hombre como hacia él, desde que lo he visto estar cerca de vuestra alteza. ¡Quisiera que un león famélico le comiera los ojos, la cara y toda su persona!

—Doncella —dijo Hipólito—, nunca pensé en enojaros, sino que os quiero amar y hacer por vos más que por ninguna otra doncella del mundo.

—Haced por las otras —contestó Eliseu— y no os preocupéis por mí, porque no me place aceptar nada que de vos venga.

Y entró en el reservado y allí se puso a llorar fuertemente.

Los dos amantes se quedaron en la cama durante tanto tiempo que ya era casi por la tarde cuando se levantaron y encontraron que la doncella aún

estaba llorando. La emperatriz la consoló y le rogó que no dijese nada sobre el hecho del cual había sido testigo. La doncella le aseguró que así lo haría y la emperatriz, contenta, regresó a la cama mientras que Hipólito se quedó en la recámara. Inmediatamente la emperatriz mandó abrir las puertas y entonces acudieron su hija, todas las doncellas, y también el emperador y los médicos, y les volvió a recitar el placentero sueño que había tenido. Después la emperatriz comió como si se tratase de una persona cansada de mucho caminar; mientras que Eliseu, por su parte, dio de comer a Hipólito un par de faisanes y todo lo que podía necesitar. La emperatriz no se quiso levantar de la cama hasta la mañana siguiente, después de que el emperador ya hubiese comido y; después de vestirse, fue a la capilla para oír misa, cosa que implica una contradicción para los sacerdotes, que se preguntaban si tenían que consagrar cuando el mediodía ya había pasado.

Hipólito permaneció en estos placeres durante una semana hasta que la señora se dio cuenta de que ya había sacado de él todo lo que necesitaba. Entonces le despidió diciéndole que podría volver otro día, cuando ya hubiese descansado. En aquel momento la emperatriz sacó un collar de oro hecho con formas de medias lunas en cuyas puntas había dos grandes perlas y en el centro de la luna un gran diamante. Este collar tenía una cadenita hecha de acero con una piña esmaltada, la mitad de la cual estaba abierta y el resto cerrada, de forma que los piñones que se veían estaban formados por gruesos rubíes. No creo que nadie hubiese visto nunca tan sabrosos piñones: ¡pero Hipólito conocía este sabor, ya que aquella piña la había probado y bien probado! En la parte de la piña que se hallaba cerrada, en cada cascara había un diamante, un rubí y una esmeralda o un zafiro, de forma que la piña era tan valiosa que valía más de cien mil ducados. La emperatriz, con sus propias manos se lo puso al cuello y le dijo:

—Ruega a Dios, Hipólito, que yo te sobreviva, porque antes que pasen muchos años te haré llevar corona real. A partir de ahora llevarás esto, por amor a mí, y cuando lo veas te acordarás de aquélla que te ama tanto como a su vida.

Entonces Hipólito se arrodilló, le dio infinitas gracias, le besó la mano y la boca y le dijo:

—Señora, ¿cómo queréis deshaceros de una joya tan singular para dejármela a mí? Si yo la poseyese, podéis estar segura de que os la daría,

por lo tanto os suplico que la recobréis.

—Hipólito —respondió la emperatriz—, nunca rehúses nada que te dé tu enamorada, porque es sabido que, quien es mayor en dignidad, la primera vez que establece una relación tiene que dar al otro y éste no tiene que rechazarlo.

—Pues, señora, ¿qué queréis que haga?

—Te ruego —respondió la emperatriz— que te plazca irte, porque dudo que mañana el emperador no entre en esta recámara y te halle aquí. Vete ahora, que dentro de unos días ya tendrás ocasión de volver.

Entonces Hipólito se puso a reír y, con cara afable y humilde gesto, le dijo:

—Pienso que soy amado por vuestra alteza con gran desigualdad, porque yo os amo más de lo que sé; pero me tengo por desierto cuando pienso en el poco amor que vos me mostráis, ya que me decís que me vaya y creo que vuestra ausencia será la causa que me traerá un dolor irremediable. Vuestra majestad hace lo mismo que le hicieron a un pobre hombre angustiado, de tanta hambre como tenía, así como yo de amor; el cual, de camino hacia un castillo, encontró una viña llena de uva y primero comenzó a comer los racimos a mordiscos, después a puñados, a continuación, de cuatro en cuatro granos y más tarde, de uno en uno. El señor del castillo, que lo era también de la viña y que le pudo observar, le dejó actuar hasta que vio que se los comía grano a grano, eligiendo los grandes, más buenos y maduros, momento en el que mandó que le hiciesen salir de la viña. Lo mismo hicisteis, señora, conmigo, que cuando entré en la habitación comía la uva a mordiscos y a puñados, después de cuatro en cuatro granos y la alteza vuestra no me decía nada, aunque vino el emperador. Pero ahora, que me como los granos de uno en uno, me despedís y me decís que me vaya. A pesar de eso, acepto obedecer el mandato de vuestra alteza.

Cuando Eliseu escuchó la conversación de Hipólito, le gustó tanto que se puso a reír como desde hacía tiempo que no lo hacía. Entonces, comenzó a decir:

—Hipólito, tanto es el placer que me ha provocado lo que habéis dicho a mi señora, que os prometo, a fe de gentil mujer, que todos los días de mi vida os seré tan parcial y favorable como lo es Placerdemivida con la

princesa.

Entonces, se volvió hacia la emperatriz y le suplicó que le dejase estar tanto como a él le placiese y la emperatriz se lo otorgó para agradar a la doncella. Entonces Hipólito se levantó del lado de la señora, se acercó a Eliseu, la besó, la abrazó y le dio muchas gracias por la merced que había obtenido por mediación suya. Y así se hizo la paz entre ellos.

Estando un día Hipólito encerrado en la recámara, Eliseu dijo a la emperatriz:

—¿Cómo, señora, teniendo vuestra alteza un caballero como enamorado, dais vuestro consentimiento que esté con Tirante? ¿Vuestra majestad no es suficiente para sostenerlo y darle los bienes necesarios que ha de estar bajo el amparo de alguien? Yo, que soy una pobre doncella, si tuviese un enamorado, lo ayudaría tanto como fuese posible. ¡Cuánto más vuestra alteza que sois una gran y riquísima señora!

—Puesto que tú me lo aconsejas —consintió la emperatriz— estoy bien contenta de hacerlo, aunque a estos extranjeros, cuando les habéis dado muchos bienes, se van o se vuelven demasiado orgullosos.

—No, señora —replicó Eliseu—, que éste no es así, ya que ha llegado a vuestra corte cuando tenía muy poca edad.

Hipólito había permanecido en la recámara durante quince días, y el día antes de su partida, teniendo la cabeza en las faldas de la emperatriz, le suplicó que cantase una canción. La señora, para darle placer, cantó en voz baja un romance que recordaba el momento en que Tristán se lamentaba de la lanzada que había asestado al rey Marco. Finalmente dijo: «Mujer, tendrás que permanecer sola, sin tu Hipólito» y, con el dolor del canto, destilaron de sus ojos vivas lágrimas. Entonces Eliseu los hizo levantarse de allí y entrar dentro la recámara; ella tomó la llave de las joyas y abrió la caja donde las guardaba. Pero la emperatriz al instante puso la mano sobre la cubierta para que no acabase de abrirla hasta que no le hubiese dicho todo lo que quería decirle, y no tardó en hablar de esta forma:

—No se corresponde a tu rango de caballero que tengas que estar bajo los auspicios de ningún otro. Ten confianza en mí porque yo, gustosamente, te destinaré parte de mis bienes. Por eso quiero ordenar que cojas

trescientos servidores que te traten como a su señor, porque la fortuna me ha otorgado suficientes bienes para ti y para mí.

Hipólito hincó la rodilla en el duro suelo, le dio infinitas gracias y le suplicó que no le hiciese separarse de manera tan imprevista de la compañía de Tirante, para no dar causa de murmuraciones a la gente; pero que pasados algunos días haría todo lo que su majestad le ordenase. Entonces la doncella tomó un saco tan lleno de ducados que Hipólito a duras penas lo podía llevar. Después la doncella sacó de la caja mil cuatrocientos granos de perlas muy gruesas y de singular lustre y le rogó que, por amor a ella, se bordase unas medias con racimos en que los granos fuesen de perlas, porque a causa de las uvas habían hecho las paces. Llegada la noche, mientras el emperador y todos los habitantes del palacio cenaban, Hipólito salió del palacio, pero no fue a la posada de Tirante, sino a la de un mercader que se llamaba micer Bartolomé Espicnardi, donde se hizo llevar piezas de brocado verde y se hizo confeccionar un vestido de estado forrado con martas cibelinas. También se hizo bordar las medias que la doncella le había pedido. Cuando lo hubo organizado todo, partió secretamente de la ciudad y se dirigió a Bellestar con la excusa de ver sus caballos. Entonces hizo saber a Tirante que él había llegado después de haber pasado diez días en los que no se encontraba bien para ir a la corte.

Una vez Hipólito supo que habían terminado de confeccionar sus ropas, salió de Bellestar y se llevó con él un caballo muy ligero. Cuando llegaron a la ciudad se puso la ropa de brocado y se puso las medias. Como la emperatriz y la princesa se encontraban en la posada de Tirante, cuando Hipólito entró en el patio vio a todas las damas en las ventanas, por cuya razón azuzó al caballo y le hizo dar allí muchas vueltas. Al descabargar, subió a las habitaciones, hizo una reverencia a la emperatriz y a todas las damas, y no se olvidó de su maestro Tirante, sino que le preguntó cómo se encontraba. Él le respondió que se sentía muy bien y que ya hacía dos días que había podido ir a la iglesia para oír misa. No se puede decir la alegría que sintió la emperatriz de ver a Hipólito, la cual exclamó:

—Hijo mío, mucho deseo saber la disposición de tu vida y si estabas con mi hijo primogénito aquella mañana en la que me encontraba en el descanso más placentero.

Mientras decía estas palabras no pudo contener sus ojos para que no destilasen vivas lágrimas; y Tirante y los demás se le acercaron para

consolarla. En aquel momento entró el emperador en la habitación con muchos caballeros y, cuando la vio en aquel estado, le dijo:

—Decid, señora, ¿éste es el afable consuelo que dais a nuestro capitán? Me parece que sería mejor que lo festejásemos de otra forma y no con lágrimas.

—Señor —respondió la emperatriz—, el dolor continuamente atribula mi pensamiento y mi corazón incesantemente llora gotas de sangre. Ahora que he visto a Hipólito, se me ha redoblado el dolor cuando he recordado aquella placentera mañana en la que vuestra majestad vino con los médicos. Con un dolor como aquél desearía acabar mi vida, porque no hay en el mundo mejor muerte que morir en los brazos de aquella persona que se ama y que se quiere bien.

Entonces tomó a Hipólito de la mano y continuó diciendo:

—Éste estará en lugar de aquél. Te tomo por hijo y tú, tómame a mí por madre. Por aquél que yo extremadamente amaba, no hay ninguna cosa que yo pueda hacer que por ti no haga y, por eso, quiero amarte, pues eres merecedor de ello.

Ahora abandonemos los halagos que ella continuamente hacía a Hipólito y los muchos donativos que le ofrecía en presencia de todos, y volvamos a ver qué hace Tirante con sus amores, ya que él no perdía punto ni hora en solicitarlos de palabra, por cartas o mediante Placerdemivida.

Capítulo XXIV. La Viuda reposada vuelve a intervenir en los amores de Tirante

Cuando Tirante hubo sanado de la pierna, a menudo iba a palacio sin ayuda de nadie. El emperador continuamente preguntaba a los médicos cuántos días tenían que pasar para que lo dieran por curado para poder partir y ellos le decían que muy pronto se encontraría en disposición de cabalgar. Tirante se angustiaba al saber que el emperador deseaba su partida y que aún no podía dar cumplimiento a su deseo ni tan siquiera llegar a un acuerdo con Carmesina.

El padecimiento que la Viuda Reposada tenía al escuchar que el emperador quería que Tirante partiese lo más pronto posible, la indujo a convencer a Tirante para que le permitiese acompañarlo con la excusa de servirlo. Y si no podía conseguirlo, con su diabólica mente, deliberó sembrar en la corte una semilla que se llama cizaña, mezclada con mala voluntad. Por eso fue a la princesa y le dijo:

—¿No sabéis, señora, que cuando salíamos de misa Tirante me ha dicho que quería hablar conmigo? Yo le he respondido que estaría muy contenta si vuestra majestad me daba licencia, y que si se podía hacer, lo haría de buena voluntad. Y tengo la sensación de que no es otra cosa que él ve su partida muy próxima y querría cometer alguna infidelidad con vuestra alteza. El calcula que si la acierta, bien está, y que si la yerra, como tiene que partir, al pasar el río no se acordará de vos. Así me lo dijo el otro día, ya que él me comunica todo lo que quiere, sea para bien o para mal. Un hombre así no os tiene que agradar ni por belleza ni por sus malas costumbres, porque sus manos están dispuestas a toda traición. Si no, mirad el atrevimiento que tuvo el otro día. Pero Dios se lo premiará. Y aún dice más: que por amor a mujeres, el hombre no tiene que tomar armas ni dejar de ir con de otras por bella que sea la suya. Siempre habla como prohombre, pero no como caballero enamorado.

—Pues hagámoslo así —dijo la princesa—. Hablad con él y veamos si tiene alguna traición en el corazón. Vos me habéis dado un buen consejo: que me guarde ahora de él.

—Pero, señora —replicó la Viuda—, para que yo pueda descubrirlo, es necesario que no salgáis de esta habitación hasta que yo vuelva. Entonces la Viuda salió de la sala, tomó un paje y le dijo: —Di a Tirante que la señora princesa está aquí, en la habitación, y que tiene grandes deseos de hablar con él.

El paje fue corriendo a decírselo, y cuando Tirante supo que su señora lo llamaba, se dirigió sin esperar a nadie que lo acompañase. Cuando la Viuda lo vio, le hizo ver que en aquel momento salía de la habitación de la princesa, se acercó a él, le hizo una gran reverencia y le dijo:

—El espíritu maligno de la emperatriz se ha llevado a la princesa dentro de la habitación. Yo le dije que os hiciese venir, porque vos, de la misma forma que Jesucristo iluminó a sus apóstoles, nos ilumináis a todas nosotras cuando entráis en este palacio, mientras que cuando partís, todas quedamos tristes y doloridas. Y si no os digo la verdad, que cuando yo muera que no pueda reconocer a Dios. Mi señora me ha mandado que viniese aquí para haceros compañía hasta que la emperatriz se haya ido. Pero me parece que podríamos sentarnos hasta que venga su alteza, porque no querría que vuestra pierna empeorase por culpa mía. Entonces se sentaron en el estrado y Tirante dijo: —Mucho os agradezco vuestras palabras aunque sé que mi triste suerte no permite que suba al tercer ni al cuarto escalón de la escalera. Os querría decir que, si fuera poseedor de vuestro querer, os podría dar honor y bienes, porque pienso que por medio vuestro puedo obtener mi salud, cosa que no solamente os beneficiaría a vos, sino que también conseguiría el remedio a mi trabajosa vida. Como prueba os ruego que llevéis esta cadena por amor a mí, para que mirándola os acordéis de mí y de todo lo que yo deseo hacer por vos.

No tardó la falsa Viuda en contestar a Tirante con las siguientes palabras:

—A causa de vuestras últimas palabras, me veo forzada a contaros un hecho que nunca había querido comunicar a nadie. Os digo y suplico, si amáis vuestra vida y vuestro honor, que saquéis el pie de tan infortunado y peligroso paso en que se encuentra, ya que os veo envuelto en el barro del eterno dolor. No hay nadie que ignore cuál ha sido la causa del daño de vuestra pierna, pero fingen no saber nada por miedo a enojaros y que abandonéis la causa de la guerra. Pero tenéis que saber que siuviésemos paz, Carmesina sería la primera que os llevaría al corral del perpetuo y amargo dolor. ¿Tan poco sentido tenéis que no sois capaces

de conocer las viles y deshonestas prácticas que en este palacio se mantienen? Yo, como me parece una cosa odiosa y abominable, no consiento en nada, y por esta razón soy malquerida, ya que sé que vos no sois amado según merecéis. Si queréis que os cure vuestra bella enamorada, buscad una que sea leal y discreta y, si es posible, que no sea de mayor estamento que vos, ni tampoco que sea soberbia. Decid, ¿no sería mejor para vos amar a una mujer que fuese diestra en el arte del amor y honestísima, aunque no fuese virgen? Ésta os seguiría por mar y por tierra, tanto en la guerra como en la paz y, en vuestras tiendas, os serviría de día y de noche sin pensar en otra cosa que en alegrar a vuestra virtuosa persona.

—Decid, señora —preguntó Tirante— ¿quién es la dama que me podrá hacer tan señalados servicios como vos decís?

—¡Oh, triste de mí! —contestó la Viuda—. ¿No he dicho ya bastante? ¿Por qué me queréis causar más pena de la que tengo? No queráis disimular lo que tan claramente entendéis. Me parece que bastante abiertamente os he descubierto mi intención y por muy bienaventurado se tiene que considerar el caballero al cuál tal don le es otorgado por gracia.

—Quiero responder a vuestras graciosas palabras, aunque no puedo acompañar las mías con tanto amor. Mi espíritu ya no tiene libertad, porque se encuentra cautivo y, aunque lo intentase, mis cinco sentidos corporales no me lo permitirían, porque ahora sé que es amor. Quien intentase alejarme de su alteza querría verlo yo alejado de todo bien. Por tanto, os ruego, señora, que os plazca poner vuestro pensamiento en otro caballero, ya que encontraréis muchísimos de mayor virtud, dignidad y señoría que yo. En verdad os digo que si yo hubiese puesto mi corazón en vos como lo he puesto en una dama que merece llevar corona, por nada os ofendería. Eso me habéis de agradecer, porque si amaseis a alguien y os dejase por otro, no lo podríais soportar. A pesar de eso, sé que vos poseéis muchas virtudes y sois digna de gran loor, porque con mucha honestidad habéis apartado los vicios y habéis seguido las virtudes.

Cuando hubo acabado, la Viuda no tardó en responderle:

—Todo lo que os he dicho ha sido por probaros la paciencia y para que sepáis, señor, cuánto os deseo servir, ya que quiero daros a conocer todas las cosas que ignoráis para que no quedéis decepcionado por las acciones de la princesa. Ella se halla desprovista de toda piedad y honor porque

conociendo que sois un caballero valentísimo y virtuoso, podría cumplir honestamente sus deseos. Pero el pecado que ha cometido (y que comete cada día) es abominado por los cielos, la tierra, el mar y las arenas. ¡Cómo la benignidad de nuestro Señor permite y no castiga un tan nefandísimo crimen de adulterio! Porque si vos supieseis lo que yo sé le escupiríais en la cara y, por causa suya, a todas las demás mujeres del mundo. Bien es verdad que hay muchas clases de pecados, unos veniales y otros mortales, pero el suyo es tan grande que mi cansada lengua no tiene suficiente fuerza para poderlo recitar. Es cierto que la ley manda que las mujeres guarden honestidad y, si no lo hacen, que reciban castigo. Y si el pecado se comete, por lo menos que no sea con un hombre que esté fuera de la ley, porque el pecado que se comete contra la ley es abominable a Dios. Por eso, si me queréis creer, apartaos de ella tan pronto como podáis, que será cosa muy loable para vos, porque ella está liada con el esclavo negro llamado Lauseta, moro comprado y vendido que trabaja como hortelano en palacio. No crea vuestra señoría que lo que os he dicho son fábulas, sino que con vuestros propios ojos os lo haré ver. Ella, olvidándose de la virtud y despreciando a reyes, duques y grandes señores, hace mucho tiempo que me hace vivir en esta pena. No hace mucho que estaba embarazada, y por esta razón comía poco, dormía mal y una noche le parecía un año. Y cada vez que ella sentía dolor, mi corazón se lamentaba: el color había desaparecido de su cara y sus miembros estaban muy debilitados. ¡Cuántas y qué hierbas he tenido que ir a recoger y se las he administrado para destruir el preñado de su vientre! Ahora el cuerpo de su recién nacido, no enterrado, hace su viaje río abajo. ¿Qué podía hacer yo para que un nieto como éste no fuese conocido por su abuelo, el emperador? Ella tomó todo el placer y yo cargué con la culpa. Os he dicho esto porque no quiero que os ahoguéis en una turbia balsa de aceite hediondo. Y aún callaré otras cosas para no ser prolija, pero me gustaría que vos, que tenéis el cetro de la justicia, le dieseis la pena que merece tan gran falta.

Tirante, con toda la melancolía que soportaba, no tardó en decir:

—¡Oh, oscura ceguedad de aquéllos que aman desordenadamente! ¡Oh, animoso temor de aquéllos que recelando temen los peligros que comportan los vicios en la muerte y en la vida y abandonan el camino del cielo! Estas palabras, señora Viuda, han entrado en mi miserable corazón y me han dado la mayor pena que nunca he podido sentir. De ahora en adelante, si continuo viviendo, pasaré toda mi existencia con muchas

lágrimas y los días que me resten no encontrarán consuelo. Todos mis pensamientos se reducen a uno: ya que ella ama a otro yo ofreceré mi persona y me lanzaré de esta torre abajo o a la profunda mar para hacer compañía a los peces. Os ruego, virtuosa señora, que os plazca que mis ojos comprueben lo que decís, porque no puedo dar fe a palabras tan contrarias a la razón natural, porque tengo por imposible que pudiese su belleza en manos de un salvaje negro. ¡Oh, tú, señora princesa, ven y oirás lo que dicen de tal alteza! No creo, ni Dios me deja creer, que falta tan grande pueda haberla cometido una mujer que aprecie su honor, ni que tan sólo le pueda haber pasado por el pensamiento. ¡Oh, señora princesa, solamente tú eres mi felicidad!

Entonces de los pechos de Tirante salió un suave suspiro y no habló más. Pero la repuesta Viuda estaba muy pensativa porque Tirante no había dado crédito a sus ficticias palabras. Estando en estas razones, entró el emperador, el cual, cuando vio a Tirante, lo cogió y ambos entraron en una habitación para hablar de los hechos de guerra. La Viuda quedó sola y, para sí, comenzó a decir:

—Ya que Tirante no ha dado fe a mis palabras, no tiene sentido el engaño que había iniciado. Pero me esforzaré hasta hacerlo llegar donde yo deseo, aunque tenga que dar mi alma al diablo por salirme con la mía. De otra manera nunca tendré ánimo para ponerme delante de él. Por otro lado, si él se lo dijese a la princesa, yo quedaría muy mal. Lo esperaré aquí hasta que salga de hablar con el emperador.

Furiosa, la Viuda entró en la habitación donde se hallaba la princesa y con fingidas risas le mostró la cadena de oro que Tirante le había dado y le dijo:

—Si vos, señora, conocieseis su última voluntad, estaríais admirada. Porque quiere hacer preparar una galera y de noche tomaros por la fuerza y llevaros a su tierra. Y todo lo que dice lo hace como aquél que tiene la boca llena de agua y sopla al fuego pensando encenderlo, pero lo apaga.

La princesa, que vio que se burlaba de Tirante, se enojó mucho; entonces partió de allí y entró en su recámara. Comenzó a pensar mucho en Tirante a causa del gran amor que por él sentía, cosa que le causaba amargos dolores. A pesar de eso, después de pensar y repensar, salió para hablar con Tirante y agasajarlo porque sabía que lo más pronto posible tenía que partir para dirigirse al campo. La Viuda Reposada, por su cuenta, esperó a la puerta del consejo y, al salir, dijo a Tirante:

—Señor capitán, me querría asegurar de que de ninguna forma dejaseis de guardarme el secreto que os he contado sobre la princesa, porque antes de veinticuatro horas os lo haré ver con vuestros propios ojos.

—Señora Viuda —respondió Tirante—, mucho os agradeceré que me lo hagáis ver. Por mi parte, os prometo, por el bienaventurado señor san Jorge, no decir a nadie del mundo nada de lo que me habéis comunicado.

Entonces el emperador se giró, vio a la Viuda y le pidió que fuese a decir a la emperatriz y a su hija que fuesen al huerto donde él las estaría esperando. Al instante todas las mujeres fueron donde estaba el emperador y cuando la princesa oyó que el emperador había mandado llamar a dos mil lanzas del campo para que acompañasen al capitán, se alteró y, haciendo ver que la cabeza le dolía, dijo:

—Aunque el capitán se halle delante, no dejaré de desatarme delante de él.

Entonces se quitó todo lo que tenía en la cabeza y quedó con los cabellos sueltos, los más bellos que nunca ninguna doncella hubiese tenido. Cuando Tirante la vio tan resplandeciente, estaba tan admirado que se le dobló su amor. Aquel día Carmesina llevaba un vestido de seda de damasco blanco y sobre éste una tabardera hecha con tela de Francia y cuyas costuras habían sido trabajadas con trenzas de oro muy amplias. En aquella ocasión sus manos peleaban con la cordonera de su vestido de seda porque se desabrochaba con gran facilidad; al mismo tiempo, demostraba una grandísima pena, mientras paseaba sola por el huerto. El emperador le preguntó qué le ocurría y si quería que viniesen los médicos. Ella respondió que no, que su mal no necesitaba ni médicos ni medicina.

En esto, la Viuda Reposada se levantó, tomó una compañera y dos escuderos para que la acompañasen y fue a casa de un pintor a quien dijo:

—Tú que eres el mejor en el arte de la pintura, ¿podrías hacerme una cara encarnada pintada sobre un cuero negro y fino, que fuese tal como Lauseta, nuestro hortelano, con pelos en la cara, unos blancos y otros negros? Con gomas se podría sostener porque, ya que estamos cerca de los festejos del Corpus, querría hacer un entremés.

—Señora —respondió el pintor—, lo que vos me pedís se puede hacer,

pero ahora yo tengo mucho trabajo. A pesar de eso, si vos me pagáis bien, lo dejaré todo para hacer vuestro encargo.

Entonces la Viuda le pagó treinta ducados de oro y el pintor hizo la careta tal como era Lausetta. Cuando la princesa hubo paseado durante un buen rato por el huerto, vio a Lausetta que estaba abonando un naranjo. Entonces se paró a hablar con él. La Viuda, que ya había vuelto, estaba mirando a Tirante y le hizo una señal, para que observase cómo su señora hablaba con el negro. Al verlo Tirante, pensó para sí:

—¡Oh, esta réproba Viuda! ¡Con sus falsos ingenios quiere hacerme creer que lo que me ha dicho es verdad! Por mucho que haga y diga no es posible que la princesa pueda cometer tan gran falta. No la podré creer si no lo compruebo con mis propios ojos.

En esto el emperador llamó a una doncella y le dijo:

—Ven, Práxidis. Ve a mi hija y dile que llame al capitán y que le ruegue que parta pronto hacia el campo, porque muchas veces los caballeros jóvenes hacen más por las doncellas que por ellos mismos.

Cuando la princesa lo supo respondió que así lo haría, ya que se lo mandaba su padre y, después de haber hablado con Lausetta, llamó a Tirante y le dijo que estaba muy cansada, que la tomase del brazo y así pasearían por el huerto. Solamente Dios sabe el consuelo que invadió a Tirante cuando la princesa lo favoreció con tan singular petición. Un poco alejados ya, Tirante le dijo:

—¡Más que ningún otro caballero me podría llamar bienaventurado si en vuestra majestad hubiese el amor que demuestran vuestras palabras, porque viviría contento y en continua fiesta! Pero la adversa fortuna me da la espalda, ya que en vuestra alteza no se encuentra ninguna firmeza ya que, por próspera que parezca, súbitamente la veo huir. La fortuna me es adversa porque, aunque me mostráis buena cara, vuestras obras me son contrarias. Solamente pido que la fortuna permita que pueda obtener parte del premio de mi último deseo, porque así yo sería el más glorioso caballero que nunca pudiese haber nacido. Por eso os suplico que abráis vuestros piadosos oídos a mis tan justos ruegos, porque quien es de noble linaje y virtuoso en obras no tiene que manifestar crueldad, que solamente poseen las malas personas.

La virtuosa señora con grandes padecimientos retenía dentro de sí el dolor y, con el ánimo lleno de angustia, comenzó a decir:

—No se pueden describir las pasiones con que el amor atormenta a mi atribulado pensamiento, porque el final de un mal es para mí el principio de otro. El padecimiento que ahora me da el amor, nunca lo había sentido y para que mis males acaben y mi pensamiento pueda descansar, ahora mismo satisfaceré tu petición. Dame tu mano derecha y yo ajustaré la mía con ella.

Y cuando tuvieron juntas las manos, Carmesina dijo:

—Para que esto sea un verdadero matrimonio, en este momento, yo, Carmesina, me doy de cuerpo a vos, Tirante el Blanco, por leal mujer, y tomo vuestro cuerpo por leal marido.

Las mismas palabras dijo Tirante, o semejantes, según era la costumbre. Después añadió la princesa:

—Besémonos en señal de fe, pues así lo mandan san Pedro y san Pablo, y después, en nombre de la Santa Trinidad, te doy plena potestad para que hagas de mí lo que es necesario a mujer que es compañera del marido. Y, en nombre de san Pedro y de san Pablo, te aseguro que tienes en mí una mujer casta y, por los indicados santos, te prometo que tantos como serán tus días y los míos, nunca dejaré de reconocer tu persona por ningún otro hombre que haya en el mundo y siempre te seré leal y verdadera sin ninguna mácula. Tirante, señor, no dudes de nada de lo que te he dicho, porque aunque alguna vez me he mostrado cruel, no quiero que pienses que mi espíritu no ha estado siempre conforme contigo. Siempre te he amado y te he contemplado como si fueses un dios y, tal como aumento en edad, crece mi amor por ti. Es el temor de la infamia lo que me hace guardar la castidad, tal como han de hacer las doncellas que quieren llegar con pureza al tálamo de bendición. Y yo quiero guardarla tanto como sea placentera a tu señoría. Ya ha llegado el momento en que puedas saber si realmente te amo, porque de hoy en adelante quiero darte el premio por el amor que me has profesado, y aún te pido que quieras mantener mi honestidad tan cuidadosamente como tu vida. También he de decirte que, entre todos los males, lo que más me atribula es la ausencia que deberé tener de ti durante unos días y, por esto, no tengo alegría para mostrarte el infinito amor al cual me obliga tu esfuerzo.

Carmesina calló y no dijo nada más. Pero Tirante, mostrando su alegría por la singular gracia que había obtenido de la princesa, con cara amable y gesto humilde, le respondió con palabras de un estilo semejante al de ella.

Gran alegría sintió el alma de Tirante cuando se vio en camino de poseer la corona del imperio griego por medio de sus esponsales, porque veía que la excelsa señora le había mostrado, con tanta liberalidad y amistad, el amor que le profesaba y que le había tratado con verdadera fe y fuerte espíritu. Con la gloria que sentía, Tirante consideraba que el mundo era una nada que podía conquistar y sentía un gran deseo de comunicárselo a su primo hermano Diafebus, duque de Macedonia. Pero por mayor seguridad tomó un relicario que llevaba en el que había una parte del *lignum crucis*, hizo que la princesa pusiese las manos sobre él y le hizo jurar que ella le pedía en matrimonio con pura fe y plena intención. Y como ella lo hizo con mucha alegría, Tirante le dijo:

—Señora, ya que vuestra majestad pide igualdad en este matrimonio, también yo os hago juramento de seros leal y verdadero y de no olvidaros por ninguna otra mujer que haya en el mundo.

A continuación, la princesa renunció a todos los privilegios de las leyes imperiales y a todas las cosas que a ella pudiesen beneficiar y a él perjudicar. Después de esto, Tirante puso las rodillas en el duro suelo y le quiso besar las manos, porque temía ofenderla más que a ningún santo. Pero ella no lo permitió, sino que le agradeció infinitamente la gracia que ella había obtenido. Entonces Carmesina dijo:

—Aunque mi juventud y el temor de lo que se pueda decir de mí me han detenido hasta ahora de manifestaros todo mi querer, finalmente mi amor por vos me ha forzado a otorgaros parte del premio del cual sois merecedor, aunque todavía me reservo la parte más deseada por vos. Pero sin temor cogeréis el dulce y sabroso fruto de amor que se acostumbra a conseguir en el santo matrimonio. Éste os hará llevar durante vuestra vida la próspera corona del imperio griego, la cual habéis recuperado gracias a vuestra mucha virtud. Muchas otras cosas os querría decir, pero no oso hacerlo por temor a que se sepan; ahora bien, conformaos sabiendo que el mayor deleite que mi alma puede sentir es amaros, ya que sois el mayor bien que yo pueda poseer. Por tanto, mandadme todo lo que queráis como señor que os he hecho de mi persona.

Tirante quiso satisfacer las afables palabras de la princesa y con voz insegura, más de alegría que de dolor o temor, comenzó a decir:

—Ahora siento la mayor gloria que nunca haya podido sentir, cuando pienso que vuestra majestad ha querido aceptar mis requerimientos porque, aunque sois todavía joven, poseéis mucha sabiduría junto con una gran discreción, según habéis sabido manifestar al quererme dar un premio tan grande como es vuestra virtuosa persona. Porque aunque tengo gran esperanza de conseguir en el futuro la cosa que más deseo en este mundo, tenéis que saber que tanto es el deseo que tengo de poseerla que cada hora me parecen mil años y, a causa de mis pecados, creo que nunca llegará el momento. Os agradecería mucho que, antes de mi partida, pudiese sentir al menos un poco de la gloria que me ha sido otorgada por vos, con mucha benignidad, y por mí aceptada.

—Entre los mortales —respondió la princesa— no conozco a ningún otro tan lleno de amor que trabajase tanto para aumentar la santa fe católica. Aunque por tu alta valía no me puedo resistir totalmente a tus súplicas por no ofenderte, la vergüenza de una parte y el temor de la otra, me retienen a guardarme de perder lo que nunca podría recuperar. Por eso te ruego que dejemos esta conversación para que el emperador no pueda pensar nada malo de mí. Habla con Placerdemivida y yo aceptaré todo lo que decidáis.

Entonces se besaron muchas veces, pero sin ser vistos por nadie, porque los naranjos impedían la visión. Cuando volvieron delante de su padre, la princesa le dijo al verlo pensativo:

—Mi señor, ¿en qué pensáis tan preocupado?

—Hija mía —respondió el emperador—, mañana quiero organizar una gran fiesta en honor y gloria de Tirante, por tantas batallas como ha ganado por mar y por tierra. Ordenaré que se pongan dentro de la iglesia de Santa Sofía tantas banderas como castillos, villas y ciudades ha conquistado y que, alrededor del altar, sean colocados el mismo número de estandartes con las armas de Tirante.

Entonces el emperador llamó a los miembros del consejo para comunicarles lo que quería hacer, pero Tirante no quiso asistir para no tener que oír toda aquella vanagloria. Cuando hubieron hecho la cuenta, determinaron que en cuatro años y medio había conquistado trescientas

setenta y dos villas, ciudades y castillos.

Cuando Tirante partió del huerto, dijo a Hipólito:

—Pide a Placerdemivida que vaya a la sala mayor, porque tengo que hablar con ella.

Al llegar la dama, Tirante la abrazó y, sentados en la ventana, le dijo:

—En tus manos, afable y graciosa doncella, pongo mi vida, porque sin tu ayuda no soy nada. Acabo de mantener con su alteza razones enamoradas de paz y concordia y me ha prometido que todo lo que tú y yo acordemos, ella lo aceptará. Me gustaría, pues, poder hablar esta noche con ella. He de decirte que nos hemos dado las manos y me ha jurado que todos los días me tendrá como servidor, marido y señor, y que en su habitación y en su cama podré tomar posada. Tú eres, pues, la única esperanza de todo mi bien y, por tanto, te pido que mi deseo pueda tener remedio.

Placerdemivida, habiendo oído las lamentaciones de Tirante y deseando aumentar su placer, le dijo:

—Tirante, señor del mundo, ¿por qué me decís todo esto con tan temerosas palabras? ¿No sabe vuestra señoría que mi corazón, mi cuerpo y todos mis sentimientos solamente son para servir a vuestra señoría, ya que os tengo como a padre? Tened por seguro que haré todo lo que sea para deleite y provecho vuestro. No os quiero detener más, porque el caballero que espera entrar en batalla no tiene que ser fatigado con razones.

Cuando el emperador haya cenado, yo iré a vuestra posada y os diré qué tenemos que hacer para conseguir lo que queréis.

Entonces Tirante le besó los ojos y la cara. Después partió de allí y Placerdemivida volvió al huerto donde encontró a la princesa, junto con los miembros del consejo, hablando con el emperador sobre las banderas. Una vez Placerdemivida y la princesa se quedaron a solas decidieron la hora en que Tirante y ella se podrían encontrar. Carmesina contó también a Placerdemivida todo lo que le había dicho a Tirante y todo lo que habían acordado, de forma que la doncella tuvo una gran alegría cuando vio la disposición de su señora. Cuando llegó la hora de la cena, Tirante fue solo

a palacio y encontró a Placerdemivida en la escalera que iba a buscarlo. Cuando Tirante supo la hora convenida, cada uno regresó por el camino por donde había venido. Llegada la noche, cuando ya todos descansaban, la princesa se levantó de la cama. Con ella solamente estaban Placerdemivida y otra doncella que se llamaba doncella de Montblanco, que también conocía todos los asuntos. Entonces Carmesina se puso unas ropas que el emperador le había mandado hacer para cuando ella se casase. Se trataba de un vestido que era el más rico que en aquellos tiempos había sido visto: la tela era de satén carmesí toda bordada con perlas, tantas que se necesitaron dos barchillas para confeccionar el vestido y la gonela, la cual estaba, además forrada con armiños. La princesa también se puso en la cabeza la corona del imperio, hecho que le confería una gran dignidad.

Entonces Placerdemivida y la doncella de Montblanco tomaron sendas antorchas y esperaron a Tirante. Cuando dieron las once, que era la hora convenida, el caballero llegó en silencio a la puerta del huerto, subió por la escalera de la recámara y encontró a la doncella de Montblanco con la antorcha encendida. Al verlo le hizo una gran reverencia y ambos subieron a la recámara, donde esperaron hasta que Placerdemivida llegó más contenta y alegre que cuando Paris se llevó a Elena. Entonces entraron en la habitación por una puerta y la princesa entró por otra y ambos se encontraron y se arrodillaron en el duro suelo. Después de haber estado así durante un buen espacio de tiempo, se besaron y el beso fue tan sabroso que un hombre habría podido caminar una milla antes que una boca se separase de la otra. Placerdemivida, cuando vio que el beso duraba tanto, se acercó y les dijo:

—Os doy por buenos y leales enamorados. Pero querría que esta batalla no continuase hasta que estuvieseis acostados en la cama. Y por lo que respecta a vos, no os tendré por buen caballero si firmáis la paz antes de que haya salido sangre.

Entonces se levantaron, la princesa se quitó la corona de la cabeza, la puso sobre la de Tirante y, volviéndose a arrodillar en el duro suelo, dijo:

—¡Oh, Señor Dios Jesucristo, todopoderoso y misericordioso, suplico a vuestra sacratísima majestad que permitáis poseer esta corona a mi señor Tirante, aquí presente, con el título de señor de todo el imperio griego después de la muerte de mi padre, pues vuestra divina bondad le ha concedido la gracia de recuperarlo y haberlo liberado del poder de los

infieles! Que esto sea en honor, loor y gloria de vuestra santísima majestad, de vuestra sacratísima Madre y Señora Nuestra y en aumento de la santa fe católica.

Acabada la oración, la princesa se levantó, tomó una balanza en la que el emperador solía pesar monedas de oro y dijo:

—Señor Tirante, a la fortuna le ha placido que en el día de hoy yo haya sido sometida a tu señoría por voluntad propia, sin el consentimiento de mi padre, de mi madre ni del pueblo griego. Aquí está esta balanza: en la parte derecha se hallan el amor, el honor y la castidad; y en la otra, la vergüenza, la infamia y el dolor. Mira cuál de las dos es más placentera para ti, Tirante.

El caballero cogió la balanza de la derecha en prueba de su voluntad de servir el honor, y dijo:

—Amor y honor pongo sobre la corona para que vuestra majestad sepa cómo deseo yo conocer tantas perfecciones como poseéis. Ahora, si mis súplicas hallan respuesta vuestra, os ruego que me concedáis la gracia y la merced de no continuar hablando, sino que con plena voluntad demos cumplimiento a nuestro matrimonio.

—Tú no quieres guardar la regla —contestó la princesa— de aquéllos que tienen gran renombre como valentísimos caballeros, que han ocupado todo su tiempo amando honestamente. Por eso te pido que te plazca querer conservar mi virtud. Porque ¿qué dirían el emperador, mi madre y todo el pueblo que me tienen como una santa? ¿Qué dirían de mí? En tal caso me desposeerían de todo el imperio y no te podría dar ni ropas, ni joyas, ni moneda porque me sería quitada toda la señoría. Y como tú te hallarás ausente, ¿a quién pediré socorro si soy ofendida? Y si me quedo embarazada, ¿qué podré hacer? A pesar de eso, he avanzado tanto que ya no me puedo volver atrás: soy tu mujer y habré de obedecerte en todo lo que quieras, pero piensa que no es oro todo lo que reluce y recuerda todos los males que se podrían seguir, y sobre todos ellos, la infamia. Y tu esposada, que ahora es señora, entonces sería cautiva y la encerrarían en una torre.

Tirante no pudo soportar por más tiempo las lamentaciones de la princesa y, con cara afable y riendo, le replicó:

—Señora, mucho deseo veros en camisa o completamente desnuda en la cama. No quiero vuestra corona ni la señoría que ésta comporta, pero sí todos los bienes que me pertenecen según manda la santa madre Iglesia cuando dice: «Aquél que se casa con doncella, si puede y no lo hace, peca mortalmente si después del matrimonio no sigue la cópula». A mí me parece, señora, que si amáis mi cuerpo, también tenéis que amar mi alma y vuestra alteza no tiene que consentir que yo peque voluntariamente porque, como sabéis, el hombre que guerrea, estando en pecado mortal no encuentra la merced de Dios.

Y aunque hablaba, Tirante no dejaba de comenzar a quitarle la ropa, a desabrocharle la gonela y a besarla infinitas veces al tiempo que iba diciendo:

—Una hora me parecerá un año cuando nos hallemos en la cama. Pues si Dios me ha concedido tanto bien, no lo quiero perder.

Entonces dijo Placerdemivida:

—¿Por qué queréis esperar a la cama? Hacedlo encima de sus ropas y que éstas hagan de testigo. Nosotras cerraremos los ojos y diremos que no hemos visto nada, porque si esperáis que vuestra alteza quede desnuda, tenéis para toda la noche. Después Nuestro Señor os podría pedir cuentas como caballero reprobado en amor.

—Calla, enemiga de toda bondad —se apresuró a decir la princesa—. Nunca habría pensado que fueses tan cruel, porque hasta el día de hoy te he tenido como una madre o como una hermana. Y ahora, por los réprobos consejos que me das, más bien pareces mi madrastra.

Justo en este momento, Tirante le había acabado de desabrochar. La cogió por el brazo y la puso sobre la cama. La princesa, cuando se vio en tan estrecho paso, ya que Tirante se había acostado desnudo a su lado y trabajaba con la artillería para entrar en el castillo, y pudo comprobar que ella no lo podía defender con la fuerza de las armas, pensó si lo podría mantener a salvo con los ingenios de las mujeres y, destilando vivas lágrimas de los ojos, comenzó la lamentación siguiente:

—Antes de decir nada, con trémula mano secaré mis ojos. ¡Oh, cuántas piadosas palabras te he dicho y no te place aceptarlas! Apiádate de mi error y vergüenza, porque trabajas para apartar el gran amor que te tengo,

ya que quieres usar tu poder contra mí y agraviar mi alma para siempre. Grande sería la ofensa que me haríais y mi amor caería así como Lucifer cayó de la alta silla. No querría que tú cayeses en tan gran error, ni querría pensar que aprecias más tu placer que mi honor y gloria. A pesar de eso, siempre te obedeceré y de mí podrás hacer todo lo que te plazca, aunque yo lo acepto con desagrado. No plazca a Dios que en un espíritu francés y de la casa de Bretaña pueda habitar tan poco amor. Tirante, abre los ojos de la mente y desvía y refrena tus apetitos. Endereza tus pensamientos y resiste a tu libidinosa voluntad. Tirante, espero que no me quieras causar ira y darme una razón para aborrecerte, pues es una grandísima virtud resistir a las malas inclinaciones del placer.

Al ver Tirante las abundantes lágrimas y las discretas y piadosas palabras de su señora, acompañadas de tanto amor, deliberó alegrarla en aquella ocasión siguiendo su voluntad. Aún así, aquella noche los dos amantes durmieron poco porque, jugando y solazándose, ora en el cabezal de la cama, ora en los pies y haciéndose muchas caricias, estuvieron alegrándose. Cuando casi estaba llegando el día y ya la gente del palacio se levantaba, dijo Carmesina:

—No habría querido que el día hubiese llegado tan pronto, sino que habría preferido que nuestro placer hubiese durado un año o que nunca se hubiese terminado. Levántate, Tirante, señor del imperio griego, que mañana, o cuando a ti te plazca, podrás volver al mismo lugar. Entonces Tirante se levantó con gran dolor y dijo: —Me place hacer lo que me mandáis, aunque temo que mi deseo nunca pueda cumplirse.

Y por no ser oído ni visto, con gran angustia partió de la princesa después de haberle dado infinitos besos sin orden. Cuando se hubo ido, Carmesina llamó a Placerdemivida, que estaba muy atribulada, y a la doncella de Montblanco.

—¡Válgame Dios! —exclamó Placerdemivida—. ¡Vuestra alteza tiene el placer, Tirante el deleite y yo tengo el pecado! Y me duele tanto lo que no se ha hecho que pienso morir de rabia. ¡Dejad que vea al abatido caballero y veréis qué le diré! Nunca más haré nada por él, sino que le perjudicaré en todo lo que pueda.

—A fe mía —dijo la doncella de Montblanco—, que él se ha mostrado virtuoso como corresponde a un valentísimo y cortés caballero, ya que ha preferido perder su deseo que enojar a mi señora.

De estas cosas estuvieron hablando un buen rato hasta que hubo entrado el día y el emperador mandó decir a la emperatriz y a su hija que fuesen bien ataviadas, con todas las damas, a la fiesta que se celebraba en honor de Tirante. Asimismo mandó llamar a todos los caballeros y damas de la ciudad para que fuesen a palacio. Pero Dios sabe que la princesa hubiese apreciado más dormir que salir de la habitación. A pesar de eso, como la fiesta se hacía por Tirante a quien ella amaba, se levantó de la cama, se atavió muy bellamente y salió a la sala donde encontró al emperador con todo su estado de nobles y de caballeros, y de damas de la ciudad.

Seguidamente organizaron una procesión y fueron por toda la ciudad con las doscientas setenta y dos banderas hasta la iglesia. Ya allí Tirante se acercó a la princesa, que le recibió con cara muy afable, y no le dijo otra cosa que:

—Tirante, señor mío, todo lo que tengo te otorga señoría.

Pero Tirante no osó responder porque la emperatriz y los demás estaban muy cerca. A lo largo de la misa fueron adornando la iglesia con las banderas. Tirante no había querido ponerse donde tenía por costumbre, sino que se colocó en una capilla desde donde podía ver muy bien a la princesa. En verdad, fueron muy pocas las oraciones que Tirante dijo en aquella misa; por lo que respecta a la princesa, no os lo sabría decir, porque tanto como duró el santo oficio, nunca apartó la vista de Tirante, de forma que todo el mundo tenía de qué hablar.

Acabado el oficio, todos se dirigieron a una plaza cerca del palacio, que había sido cubierta con tejidos rojos y que se hallaba llena de mesas preparadas. El magnánimo emperador había mandado que durante ocho días se celebrasen festejos en la ciudad y que cada día fuesen a comer allí todos los que quisiesen. Pero la mala fortuna no quiso que los festejos durasen los días previstos.

Cuando hubieron comido y mientras estaban danzando, Carmesina se subió a su habitación para cambiarse la ropa. Cuando estaba en gonela, subió con las dos doncellas a la torre del tesoro y allí las tres pesaron una carga de ducados y la princesa ordenó a Placerdemivida que la hiciese llevar a la posada de Tirante. Cuando acabó de vestirse, volvió con el emperador, se acercó a Tirante, que se hallaba muy cerca, y le dijo al oído, para no ser oída por el emperador:

—No hay ni un solo punto de mi cuerpo que no recuerde tus manos.

—Es para mí un gran honor que mis manos hayan podido despertar tan bien a tu cuerpo.

Entonces el emperador les preguntó:

—¿De qué habláis tan secretamente?

—Señor —respondió Carmesina—, preguntaba a Tirante si en estos festejos habría justas o torneos y me ha contestado que no, que esperan hacerlas con los turcos.

—Ésa es una de las mejores noticias que puedo oír —dijo el emperador—. ¿Os sentís en disposición de poder partir?

—¡Sí, por santa María! —contestó Tirante—. Acabada la fiesta creo que podré partir.

Así estuvieron hablando hasta que llegó Placerdemivida y le hizo una señal. Entonces Tirante se le acercó para ver qué quería y ella le dijo:

—Habéis perdido el premio que tantas veces habéis pedido a causa de vuestra negligencia, de forma que no os merecéis más premios: los habéis dejado perder por vuestra culpa y tenéis que estar contento con lo que tenéis. Os habéis comportado tan mal que no quiero participar más en vuestros amores, ya que no me necesitáis a mí, sino a la Viuda Reposada. Ella os dará lo que merecéis. Nunca tendría que hacer nada por vos, porque sois el caballero más extraordinariamente réprobo en amor que ha nacido en el mundo. Y esto no lo podéis negar. Si yo fuese caballero, os combatiría; habéis tenido en la cama a la más bella, más agraciada y de más alta dignidad de las damas que hay en el mundo y, ni por ruegos ni por lágrimas, la tendríais que haber dejado. Si virgen se acostó, virgen la vi salir para vergüenza y confusión vuestra. Durante toda mi vida me dolerá la gran falta que habéis cometido. Ya no quiero hablar más de esto, pero tenéis que saber que ahora vengo de vuestra posada y aquí tengo la llave de vuestra habitación ya que la he traído para que nadie pueda leer lo que allí encontraréis escrito. Os ruego que cuando acabéis de comer vayáis lo más rápidamente posible.

Tirante cogió la llave y quiso contestar a las palabras de Placerdemivida,

pero no pudo, ya que le llamaba el emperador para sentarse en la mesa. Lo hizo él solo y el emperador, la emperatriz, la princesa y las demás doncellas le sirvieron. Cuando el capitán acabó de comer, lo hicieron el emperador y todos los demás. Después fueron al mercado para continuar la fiesta que consistía en una corrida de búfalos muy bravos. Y así pasaron todo aquel día entre festejos y alegría. La cena fue igualmente abundante y después hubo danzas y entremeses en los que se representaba cómo Tirante entraba en las batallas. Los festejos duraron casi toda la noche, porque el emperador no quiso partir hasta el alba y la princesa, para poder hablar y ver a Tirante, también quería permanecer allí. Tirante no osaba hablar con la princesa por miedo al emperador, pero en voz baja le dijo:

—Ciertamente, señora, prefiero la noche pasada a ésta.

—Tenéis muy buenas palabras —intervino Placerdemivida—, pero no obras.

Llegado el alba, el emperador acompañó a Tirante hasta su posada. Cuando el capitán entró en su habitación, vio en el suelo una carga de oro, por cuya razón admiró mucho la gran virtud de la princesa y apreció todavía más la buena voluntad de aquélla que el presente en sí. Entonces hizo venir a Hipólito y le mandó que lo guardase. Llegada la hora de misa, Tirante no encontró la forma de poder agradecer a la princesa lo que le había enviado hasta que hubo pasado la comida, que fue tan espléndida como la del día anterior. Una vez hubieron terminado, aconsejaron al emperador que fuese a descansar, porque la noche anterior había dormido muy poco. Entonces Tirante se acercó al oído de Carmesina y le dijo:

—Ya no tengo espíritu para hablar, ni lengua para pronunciar las gracias que os tendría que dar por tantas palabras de amor y obras de tanto honor como vuestra majestad me hace cada día. Pero ella solamente le respondió:

—Tú eres mi señor y tienes toda mi libertad bajo tu poder. Mándame lo que quieras: guerra o paz. Si no te ayudo a ti, que eres mi señor, ¿a quién tendré que ayudar? Los presentes que te hago son pocos para los que he decidido hacerte; pero si quieres más, las puertas del tesoro están abiertas para ti.

Sin que Tirante dejase de darle las gracias, llegaron a la puerta de la habitación del emperador, en la cual entró éste acompañado de las

damas. La única que no entró en la habitación fue la Viuda Reposada, que se situó en la parte superior de la escalera esperando a Tirante.

La Viuda, con su malicia, tenía preparado todo lo que necesitaba para cometer un crimen tan grande como nunca se había visto. Así pues, cuando vio a Tirante, con cara muy afable y gesto gracioso para poderlo enamorar, le dijo:

—No me extraña que queráis conquistar el mundo, porque a mí me tenéis cautivada y esto es lo que me hace hablar. Veo que con los ojos abiertos voluntariamente os queréis ahogar en una balsa de aceite y vos, como hombre afligido que ha perdido el conocimiento, como si no encontraseis quien os ampare ni os tenga piedad. Yo os quiero sacar de los limbos donde os encontráis y por eso, señor Tirante, podréis comprobar lo que os dije si vais a las dos ya dadas al lugar donde os indicaré.

Tirante aceptó la propuesta y la Viuda partió hacia una casa que se hallaba justo detrás del huerto, donde vivía una mujer muy anciana con quien ella se había concertado. Allí hizo preparar una cama de acuerdo con lo que Tirante se merecía. Cuando llegó la hora, la rabiosa Viuda fue a por Tirante y, después de haberle tomado juramento, lo disfrazó, para que no fuese reconocido y fueron a la habitación de la vieja. Allí había una pequeña ventana que daba al huerto, pero que estaba tan alta que solamente se podía mirar con una escalera. La Viuda cogió dos espejos grandes: uno lo puso en la ventana y el otro lo colocó de forma que reflejaba lo que se veía en el superior. Para explicarlo mejor: si un hombre tiene una herida en la espalda, ¿cómo se la podrá ver? Cogiendo dos espejos y poniendo uno en la pared y el otro enfrente del primero, de forma que lo pueda ver. Entonces la herida se refleja en el primer espejo y de éste, al otro.

Después de haber hecho esto, la Viuda dejó a Tirante en la habitación, se dirigió a palacio, encontró a la princesa que estaba en la cama y le dijo:

—Levantaos, señora, que el señor emperador me ha mandado deciros que los médicos han ordenado que no durmáis tanto, ya que dormir después de comer y en tiempo de calor puede traer muchas enfermedades.

En cuanto la princesa se levantó se puso una gonela de brocado, pero iba toda desabrochada, sin ninguna ropa en los pechos y con los cabellos esparcidos por la espalda. Entonces le dijo la Viuda:

—Los médicos creen conveniente que bajéis al huerto para ver la naturaleza. Allí haremos juegos para que se os pase el sueño. Tengo unas vestiduras de la fiesta del Corpus que representan a vuestro hortelano. Placerdemivida, a quien gustan mucho estos juegos, se las pondrá y os animará con sus habituales charlatanerías.

De manera que la princesa, la Viuda y las dos doncellas bajaron al huerto mientras Tirante estaba constantemente mirando el espejo. Entonces vio venir a la princesa y sentarse cerca de una acequia. La Viuda había previsto bien todo lo que le haría falta y también se las ingenió para que el hortelano no estuviese en el huerto. Entonces la Viuda ayudó a vestirse a Placerdemivida con la careta del hortelano y con las ropas de aquél. Después la doncella entró por la puerta del huerto.

Cuando Tirante la vio entrar, verdaderamente pensó que se trataba del moro hortelano, ya que llevaba al cuello una azada y había comenzado a cavar. De inmediato se acercó a la princesa, se sentó a su lado, le cogió las manos y comenzó a besárselas. A continuación le puso las manos sobre los pechos y le tocó los pechos mientras le hacía requiebros de amor. A todo esto, la princesa hacía grandes risas. Después el hortelano se acercó tanto que le puso las manos debajo de las faldas, mientras todas reían a causa de las palabras que decía Placerdemivida. La Viuda, en aquellos momentos, se giraba hacia Tirante, torcía las manos y escupía al suelo demostrando sentir gran hastío y dolor por lo que hacía la princesa. ¡Pensad cómo se debía de sentir el mezquino de Tirante que el día anterior estaba tan contento de haber conseguido tan alta señora como esposada y ahora había visto con sus ojos la causa de su luto y de su dolor! Pensando para sí mismo que los espejos representaban con artificio lo que había visto, los rompió para ver si en su interior había alguna cosa hecha por arte de nigromancia, pero no encontró nada de lo que buscaba. Entonces quiso subir a la ventana para ver qué fin tendrían aquellos asuntos, pero como no había ninguna escalera, no tuvo más remedio que coger el banco de delante de la cama, colocarlo verticalmente y, con una cuerda que cortó de la cortina, la pasó por la viga, de forma que pudo subir. Entonces vio cómo el negro hortelano se llevaba de la mano a la princesa hacia una habitación que había en el huerto donde se guardaban las herramientas y dormía el hortelano.

Placerdemivida entró en la habitación con la princesa y estuvieron un rato revolviendo en una caja que contenía las ropas del moro. Mientras tanto la

Viuda y la doncella de Montblanco paseaban por delante de la habitación y al cabo de poco salieron Carmesina y su doncella. Al verlas la Viuda se acercó a la doncella, le dio un pañuelo de la cabeza y le dijo que, para continuar el juego, se lo pusiese debajo de las faldas de Carmesina. La doncella, tal como la Viuda le había enseñado, se arrodilló delante de su alteza y le puso el pañuelo debajo de las faldas. De esta forma la ignorancia de la princesa dio lugar a la malicia de la Viuda.

Habiendo visto Tirante un caso tan nefandísimo, se sumió en grandes pensamientos y con voz miserable y llena de dolor comenzó a lamentarse de esta forma:

—¡Oh, fortuna, enemiga de todos aquéllos que desean vivir honestamente! ¿Por qué has permitido que mis ojos hayan visto una cosa que nunca podría haberse pensado que fuese posible? ¡Pero en la condición femenina no hay nada que sea imposible, tratándose del mal! ¡Oh, fortuna! ¿En qué te he ofendido, que en las batallas me haces vencedor y en los asuntos del amor soy el hombre con más mal hado que nunca haya nacido? Justo ahora que me habías unido en un matrimonio que no merezco más que por mis afanes, has permitido que haya sido deshonrado por un hombre de la más vil condición y enemigo de nuestra santa fe católica. ¡Oh, señora princesa, cuánta iniquidad hay en tu alma, que después de haberme atado me has agraviado sin temor de Dios ni de tu padre, ni tampoco de mí, que soy tu marido, a quien más le toca el interés! Nunca habría creído que una doncella tan joven tuviese tan poca vergüenza y tanto atrevimiento para cometer un crimen tan abominable. ¡Ay de mí, triste infortunado, que de forma tan vil he sido rechazado por mi señora!

Entonces llegó y entró la Viuda Reposada, que había esperado en la puerta escuchando las lamentaciones de Tirante y dijo para sí:

—Por fin han ocurrido las cosas como yo había previsto.

Al llegar la Viuda al lado de Tirante, lo vio lamentándose con tan gran dolor que tenía el cojín lleno de lágrimas. Se sentó cerca de él para estar preparada si Tirante le decía algo y, como observó que Tirante no dejaba de lamentarse, para consolarlo empezó a decirle:

—Movida por el amor al que hay que inclinarse delante de personas virtuosas, no me puedo consolar cuando veo la pérdida de honor y fama

de vuestra persona, que habéis hecho tantas y tan señaladas caballerías, causada por una persona que no os ha sabido apreciar ni reconocer y que, prefiriendo amar más el plomo que el oro, es digna de toda reprensión, ya que ni por ruegos ni por amenazas quiere dejar su abominable vida, sino que sólo busca cumplir su deseo. ¿Qué podré hacer yo? ¡Triste de mí! No hallo ningún remedio que me pueda ayudar. Con estos mismos pechos —que se sacó para que Tirante los viese— he amamantado a esa señora.

La Viuda tuvo los pechos fuera por un buen espacio de tiempo, haciendo ver que con las lamentaciones se había olvidado de guardárselos.

—Es un gran consuelo —contestó Tirante— para los miserables cuando en sus tribulaciones hallan compañeros, pero mis males son tan grandes que no tienen punto de comparación en el mundo. No se puede comparar vuestro amor con el mío, porque el vuestro es descendiente y va en disminución, mientras que el mío es ascendente y aumenta y aumentará hasta que haya conseguido verse plenamente cumplido, momento en el que se parará. Yo tengo más razón de lamentarme que ningún otro enamorado, porque en un día he estado en el más alto grado del amor y en el siguiente he llegado a ser el más confuso y abatido enamorado de todo el mundo, porque con mis propios ojos he visto poseer a un negro lo que yo no he podido obtener ni con ruegos ni con todos los afanes y peligros que mi persona ha tenido que soportar por su amor. Un hombre tan infortunado como yo no tendría que vivir para no tener nunca una razón para fiarse de mujer ni doncella.

Entonces, Tirante se levantó de la cama para irse, pero la Viuda le dijo:

—Señor, reponeos un poco, que ahora hay mucha gente en la calle y no querría que nadie os viese salir. Yo subiré a la ventana y os avisaré de cuándo tenéis que partir.

Entonces Tirante regresó a la cama para continuar lamentándose y la Viuda entró en la habitación de la señora de la casa. Se vistió una camisa perfumada, como si tuviese que entrar en batalla, y se puso una gonela de terciopelo negro. Y toda desabrochada, entró en la habitación, se puso al lado de Tirante y, con gran atrevimiento y muy poca vergüenza, le hizo este requerimiento de amores:

—Si supieseis las ansias que mi cansada alma sufre por vos, sería imposible que no tuvieseis piedad de mí, porque en el mundo no hay

fuerza más grande que la que hace sentir el amor. ¡Oh, virtuoso caballero, cuántas plegarias he rezado a los santos por vuestra salud y cuántas oraciones, limosnas y ayunos he guardado para que vuestra persona quedase libre de todo mal! ¿En qué mujer encontraréis más querer que en mí? El único desorden de mi vida ha sido amaros y yo me lo merezco, porque siempre he sido leal a mi marido y no he conocido a otro hombre más que a él. Me parece que para vos sería mejor tenerme a mí continuamente en vuestras habitaciones o tiendas, que amar a una doncella hipócrita, sometida a un moro negro cautivo, comprado y vendido. Si ella no es leal a su padre, ¿cómo lo será a su marido? Señor Tirante, amad a quien os ama y olvidad a quien no os quiere bien. Y aunque me esté feo decirlo, tomadme por sirvienta y por persona que os ama más que a su propia vida.

—Señora —contestó Tirante—, hacedme el favor de no atormentar más mi alma, que solamente desea partir del cuerpo, porque no puedo comprender todo lo que me habéis dicho. Por tanto, no malgastéis vuestras palabras.

—Pues ya que no me queréis amar —replicó la Viuda—, permitid que pueda estar un poco a vuestro lado toda desnuda.

Entonces se despojó de la gonela y, cuando Tirante la vio en camisa, salió de la cama de un gran salto, abrió la puerta de la habitación y se dirigió a su posada muy triste. La Viuda, por su parte, no quedó con menos tristeza. Tirante estuvo durante tres horas paseando y llorando por su habitación y finalmente salió disfrazado y se dirigió tan secretamente como pudo al huerto donde encontró al negro hortelano que hacía poco que había vuelto allí. Cuando Tirante lo vio, miró a todas partes y, como no vio a nadie más, lo cogió por los cabellos, lo puso dentro de la habitación y lo degolló. Al instante regresó a su posada para no ser visto por nadie y, lleno de ira, comenzó a decir:

—¡Oh, Dios justo y verdadero, te pido venganza y no justicia de esta mujer tan fuera de orden! Di, doncella sin piedad, ¿mi persona no era más adecuada a tus deseos que la del negro hortelano?

Dejemos ahora a Tirante lamentándose de sus dolores y volvamos al emperador, el cual se acababa de ataviar para salir a la fiesta con todas las damas.

Capítulo XXV. Los moros toman el campo cristiano

Cuando el emperador ya se había ataviado llegó un correo que le trajo noticias de un doloroso e infortunado acontecimiento que hacía tres días que había ocurrido en el campo. La nueva, según explicó el correo, era la siguiente: el duque de Macedonia y el de Pera muchos días salían a batallar contra los turcos como capitanes que eran. Cuando los turcos entraban dentro del territorio de la ciudad de San Jorge, los cristianos dejaban ir las aguas del río y de las acequias y, como la tierra era muy arcillosa, los caballos no podían salir y mucho menos los hombres de a pie. Por eso, por cada diez cristianos que morían, morían trescientos turcos. Un día los turcos decidieron ir con cuatro mil peones con azadas y capazos, pinos, vinagre y fuego, para intentar desmontar una montaña para que el agua se recogiese por un río seco que había allí. A una legua de donde estaban los turcos había un lugar despoblado que tenía parte de su muro derruido. Una noche toda la gente del sultán y del Gran Turco fue a pie hasta aquel lugar despoblado mientras la gente a caballo se escondió dentro de un bosque que se hallaba a media legua. Por la mañana, los espías vinieron a nuestro campamento y notificaron a los capitanes la llegada de los turcos y, después de reunido el consejo, decidieron presentarles batalla.

Al saber que los enemigos querían romper la montaña, los cristianos fueron hacia aquella parte y presentaron batalla en la cual murió mucha gente de una parte y de la otra. Casi al mediodía, cuando los turcos vieron que los acechaban demasiado, dejaron las armas y huyeron hacia el paso. Los cristianos los siguieron y cuando llegaron al paso, el agua era tanta que solamente con grandes trabajos y peligros pudieron pasar. Para perseguir más rápidamente a los turcos, los que iban a caballo empezaron a galopar y dejaron a la gente de a pie atrás. Entonces los turcos se recogieron dentro del lugar despoblado, pero que en realidad estaba muy poblado en perjuicio de los cristianos. Como los turcos se hicieron fuertes donde estaba el muro roto, el duque de Macedonia dijo que no era conveniente seguir adelante, pero el duque de Pera, movido por la envidia, replicó:

—Tú, duque de Macedonia, eres nuevo en el arte militar y tienes poca experiencia en armas. Tu cuerpo tendría que ser presa del fuego y no recibir sepultura a causa de tu cobardía. Pon la razón delante de la voluntad y, si tienes miedo, huye y vuelve, que mejor estarás con las mujeres dentro de la ciudad que aquí.

El duque de Macedonia, para no causar divisiones y no dejar de batallar con los enemigos para hacerlo con los compañeros, se armó de paciencia aquella vez, pero no se contuvo en contestarle:

—Duque de Pera, sería mejor que callaseis porque todos saben quién sois vos y quién soy yo y quién suele tener el honor en las batallas.

En estas discusiones tomaron parte muchos otros caballeros, ya que unos eran partidarios de irse y otros de permanecer allí. Finalmente, el duque de Pera dijo:

—Cada uno es libre de seguirme o de volver.

Y como él se puso el primero, todos los demás le tuvieron que seguir por fuerza. Cuando llegaron al lugar despoblado, los turcos se defendieron muy bravamente y los obligaron a dirigirse hacia un pequeño valle que había allí. Estando así, salió el sultán por un portal y el Gran Turco por el otro y los rodearon de forma que allí hubo una gran matanza y encarcelaron a muchos cristianos. Ni un solo caballero pudo quedar a salvo. Y después de esta victoria, los turcos se replegaron en la ciudad de Bellpuig, donde encarcelaron a los cautivos. Estas noticias fueron tristes y amargas para todos los de la ciudad, porque allí perdieron a sus padres, maridos, hijos y hermanos, justo en el momento en que se disponían a continuar la fiesta en la plaza. Entonces el emperador, en presencia de todos, se lamentó y dijo:

—¡Oh, Grecia, te veo tan desconsolada que permanecerás huérfana, viuda y desamparada! Y a partir de ahora tendrás una nueva señoría.

La noticia se extendió por toda la ciudad y la gran fiesta se convirtió en gran dolor y llanto. Después el emperador hizo llamar a Tirante para contarle la cruel y dolorosa nueva. Cuando el camarero encargado de avisar a Tirante llegó a la puerta de su habitación, le oyó lamentarse todavía, pero no pudo conocer la causa de su lamento, pues la puerta se hallaba cerrada. Entonces le dijo:

—¡Oh, señor capitán! No tenéis que perder los ánimos, porque no está bien en boca de un caballero lamentarse de lo que hace Nuestro Señor. Este tiempo de adversidad nos llevará a otro que, con esfuerzo y vuestra ayuda, podrá replantar el presente mal.

Entonces Tirante cesó en sus lamentaciones y le preguntó:

—¿Quién eres tú que quieres dar remedio a mi dolor? El camarero le respondió que le había enviado el señor emperador con el ruego de que fuese al instante a palacio. Tirante abrió la puerta y con los ojos llorosos le dijo:

—Amigo, te ruego que no te preocupes de mi mal y que no lo manifiestes a nadie. Dile a su majestad que iré ahora mismo.

Cuando el camarero volvió delante del emperador, con gesto y cara tristes, le comunicó:

—Señor, vuestro capitán sabe ya todo el mal que ha ocurrido, porque así lo manifiestan sus ojos y yo lo he oído lamentarse profundamente.

Entonces Tirante se puso un manto de gruesa tela negra y medias del mismo color y, llevando una espada en la mano, subió a la gran sala donde todos estaban haciendo gran manifestación de duelo.

Entró en una habitación donde vio a la princesa echada en el suelo con los médicos que trataban de hacerla volver en sí. Tirante se le acercó y su corazón no pudo dejar de decir:

—¿Por qué dejáis morir a esta señora sin piedad? Aunque tiene poca esperanza de vida y no tiene ni puede estar en soberana prosperidad, no deseo que muera, sino que su vida sobrepase a la mía. ¡Ay, triste de mí! Mi vida tengo en nada y siento vergüenza de decir lo que me viene a la memoria.

Los médicos no entendían nada, porque pensaban que lo decía por las malas noticias. Tirante, por el contrario, pensaba que todos en palacio lloraban a causa de la princesa. Entonces vio que la emperatriz se había roto todos los velos de la cabeza y lo mismo había hecho con la gonela y la camisa, de forma que los pechos se le salían. También se arañaba los pechos y la cara, mientras con grandes gritos decía:

—Ahora seremos cautivas atadas con fuertes cadenas. ¿Quién se apiadará de nosotras?

Al otro lado Tirante pudo ver al emperador sentado en el suelo como si fuese una estatua de piedra, ya que no podía ni llorar. Por señas, llamó a Tirante y le dio las cartas que tenía en la mano que se referían a la gran derrota. Después de haberlas leído, el capitán dijo:

—El mal es peor de lo que yo pensaba.

Y queriendo consolar al emperador continuó diciendo:

—Señor, es propio de la guerra ser unas veces vencedor y otras vencido, matado o encarcelado. Vuestra majestad, como caballero que sois, no tendría que agravarse de tales inconvenientes, porque con la ayuda de Dios, otra jornada habrá para ellos.

En este punto, la princesa volvió en sí, abrió los ojos y rogó a Tirante que acudiese. Cuando estuvo a su lado, Carmesina le dijo con piadosa voz:

—¡Oh, tú, última esperanza mía! Que tu alma y la mía no sean apartadas de este mundo hasta que llegue el día en que sean vengados todos los duques, condes y marqueses que han muerto o han sido encarcelados por los crueles infieles. Hace media hora pensaba que mi alma quería separarse de mí y creo que se habría escapado si no me hubiese oído descansar en los brazos de aquél que tanto amo.

Entonces entraron dos hombres que habían huido del campo y contaron la gran destrucción y el enfrentamiento de los duques; también dijeron que entre los muertos y los presos había cinco mil caballeros de espuelas doradas, más otros tantos de a pie. Después de haber recibido tan dolorosa nueva, el emperador, con los ojos llenos de lágrimas y voz ronca, comenzó a lamentarse de la siguiente forma:

—¡Oh, capitanes infortunados! Mucho me atormentan vuestros males, porque vosotros, con más voluntad que sabiduría, habéis dejado mis consejos y habéis seguido vuestra voluntad. Por eso me dais una triste vida mientras vosotros pasáis gran pena. Pero ya que la fortuna os ha conservado la vida y no habéis tenido el juicio suficiente, aceptad la cruel cárcel y pensad que no me volveréis a ver a mí, que soy el emperador.

Y levantándose de donde estaba sentado, con dolorosos gritos mezclados con lágrimas y poniéndose las manos en la cabeza, entró en una habitación. Cuando la princesa lo vio hacer un gesto tan doloroso, su alma quiso escaparse de su cuerpo y de nuevo perdió el sentido. Entonces, el más sabio de los médicos dijo:

—Ciertamente, esta señora tiene poca vida. Tres veces ha caído desmayada y ahora no le puedo encontrar el pulso. Creo que debe de haber hecho su último camino.

Tirante, al oír estas palabras, exclamó:

—¡Oh, muerte cruel que vienes a visitar a aquéllos que no te desean y huyes de aquéllos que te acogerían! ¿No habría sido más justo que hubieses venido primero a mí para no ver morir yo a una doncella, sino a una mujer? Porque aunque me haya ofendido mucho, deseo hacerle amigable compañía.

Y, a causa del gran dolor que tenía, cayó al suelo con tan mala suerte que todo el peso descansó sobre la pierna que había tenido rota, se la volvió a romper y se hizo más daño del que había tenido antes. La sangre se le escapaba por las manos y por los oídos, pero más aún por la pierna y, según dijeron los médicos, fue extraño que en aquel momento no muriese. Al instante fueron a comunicárselo al emperador, y éste dijo:

—No me extraña nada, porque todos sus parientes y amigos o bien han muerto o bien han caído presos. Eso es lo que me da esperanzas porque, por sacar a sus parientes y amigos de la cárcel, batallará con todas sus fuerzas.

Entonces el emperador fue donde estaba Tirante y, cuando vio también a su hija medio muerta, exclamó:

—¡Que Dios me ayude, si sé a quién tengo que socorrer primero! Pero hizo poner a su hija en una cama y a Tirante en otra habitación. Entonces le quitaron la ropa, le curaron la pierna y le asearon un poco. A pesar de eso, él no se enteró, porque estuvo treinta y seis horas sin conocimiento. Cuando volvió en sí, preguntó quién lo había traído allí e Hipólito le contestó:

—¡Cómo, señor! ¿No sabéis la gran preocupación que nos habéis dado porque hace dos días que habéis perdido el conocimiento y habéis estado sin tomar nada? Os suplico que toméis lo que los médicos han mandado.

—No quiero tomar nada que pueda restablecer mi salud —respondió Tirante— porque no deseo otra cosa que la muerte, para hacer compañía a la princesa. ¿Cómo está ella?

—Ya se encuentra bastante bien —contestó Hipólito.

—Ya suponía yo —dijo Tirante— que su mal no debía ser grave, pues hace pocos días que ha tenido lo que ella quería; pero creo que no se podrá vanagloriar demasiado ya que ella no es la primera que ha hecho esto ni será la última. Además, yo sé que ella no es dura como el hierro ni es de piedra esculpida. ¡Oh, qué fastidioso y doloroso es cuando alguien no puede manifestar en voz alta sus padecimientos!

En esto entró el emperador con la emperatriz y todas las damas, le preguntaron cómo estaba y quedaron muy admirados al ver que no les devolvía los saludos, sino que comenzó a lamentarse de la siguiente forma:

—¡De todos los vivientes, yo soy el más afligido y miserable! ¡Mi desventura va en aumento ya que los crueles hados han ordenado mi destrucción al hacerme ver el mayor de los daños que se espera del amor! Mis actos no merecen el premio de morir a causa de tan penosos males, pero nada me duele tanto como que los turcos queden con el falso nombre de vencedores. No ignoro la destrucción que espera a los griegos, que serán castigados por males que no han hecho, sino por el daño que yo les he causado.

Entonces se hizo dar el crucifijo y, acompañando sus palabras de sollozos y de tan dolorosos suspiros que con esfuerzo se podían entender, añadió:

—¡Oh, Señor clemente y piadoso! ¡Yo, miserable pecador, me he percatado de mis pecados y desfallecimientos y suplico a vuestra sacratísima majestad que me queráis perdonar todas las ofensas que contra vuestra divina bondad he cometido y cometo cada día! ¡Oh, Dios eterno y alto Padre poderoso!: ¡cuando pronuncies la última sentencia, haz, Señor, que yo sea uno de los bienaventurados elegidos y no de los malditos!

Entonces cruzó las manos y abrazando y adorando la cruz, continuó diciendo:

—¡Oh, Hijo de Dios, Jesús omnipotente! Yo muero por amor, como tú, Señor, por amor quisiste morir para liberar a los humanos. Por amor tú pasaste muchas penas: azotes, heridas y tormentos; y yo he pasado mucho dolor al ver al moro negro. ¿Con quién se puede comparar mi dolor si no es contigo? Señor, tu sacratísima Madre y Señora Nuestra pasó un dolor infinito a los pies de la cruz, y yo sentí un gran dolor cuando estaba con una cuerda en la mano y con dos espejos. Señor, te pido que quieras perdonar mis pecados así, Señor, como perdonaste al santo ladrón y a la gloriosa Magdalena.

Los que escuchaban las palabras de Tirante, es decir, el emperador, todas las damas, el cardenal y muchos otros eclesiásticos, pensaron que Tirante era un buen cristiano. Así pues, el patriarca le confesó y le absolvió de todos sus pecados. Entonces Tirante se incorporó un poco en la cama y dijo:

—Escuchad lo que os diré. Mirad la tristeza que me combate esperando que llegue pronto el fin. Os ruego, parientes míos, que os reconfortéis, pues estoy a punto de traspasar mi dolorosa vida.

Y girándose hacia la princesa, le dijo:

—Con gran dolor me aparto de vos. Os dejo el cuerpo y a Dios entrego mi alma. Pienso que nunca ningún caballero debe haber muerto con tanta tristeza, porque no hay nadie que pueda comparar su dolor con el mío.

Todos los que estaban en la habitación lloraban mucho su muerte. Entonces Tirante volvió la cabeza hacia el emperador y exclamó:

—¡Oh, Señor Dios, ampara mi alma, porque ésta quiere partir de mi cuerpo! ¡Oh infortunado de mí, que ya me falla la luz de los ojos! Haced, Señor, que por tu merced, pueda ver tu claridad, porque sé que se aproxima mi muerte. Me voy de este mundo con la única tristeza que me ha proporcionado el dolor que me ha dado una señora. Decid, señor emperador, ¿quién hará por vuestra alteza las fuertes y crueles batallas ahora que todos los caballeros han caído presos y vuestro servidor que más os desea ayudar, Tirante, está a punto de morir? Solamente me duele no haber podido llevar la conquista a su fin. A vos, señora emperatriz, os

pido misericordia y perdón. Y a vos, señora princesa, que del mundo sois norte donde todos los marineros toman gobierno, no os puedo decir otra cosa sino que me duele lo que he visto.

Después de eso bajó la cabeza, volvió a llorar y a lamentarse, y dijo a Hipólito:

—Hijo mío, contemplad dónde nos lleva la miserable vida de este mundo. No llores, que ya os he recomendado al señor emperador y ahora se lo volveré a decir: señor emperador, os suplico que protejáis a mis amigos, parientes y servidores, a quienes dejo en vuestra custodia.

El emperador solamente pudo decir que su voluntad sería cumplida. En aquel momento, a Tirante le resbaló la cabeza sobre el almohadón y, como tenía los ojos cerrados, parecía que hubiese sido privado de la vida de este mundo. Entonces Hipólito, mirando hacia Tirante, hizo una gran lamentación:

—Si este caballero muere, habrá muerto con él toda la caballería del mundo. ¡Oh, mi señor Tirante! ¿Por qué no queréis oír las palabras de todos vuestros servidores?

—¿Quién me llama? —respondió Tirante.

—Soy yo, el infortunado Hipólito al que blasman todas las damas por mis abundantes lágrimas. Aquí tenéis al señor de Agramunt que os quiere hablar.

Al oírlos, Tirante abrió los ojos y, con gran pena, les dijo:

—Bienvenidos seáis, caballeros, para ver mis últimos días que no serán muchos. Como he de partir de vuestra compañía y no os he podido premiar, repartios todos mis bienes.

A continuación les preguntó:

—¿Dónde se encuentra la flor de la casa de Bretaña y de Roca Salada? De vosotros parto ya que la muerte me atribula. ¡Oh, Diafebus, duque de Macedonia! ¡Oh, vizconde de Branches! Estáis en la cárcel en poder de los infieles por amor a mí, porque me acompañasteis en esta empresa. ¿Quién os liberó? ¡Oh, Diafebus, cuándo sabrás de mi triste muerte! ¡Y que muero por aquélla que de mí ha tenido merced con engaño y maldad!

Vosotros que estáis aquí, quedaos con el señor emperador en mi lugar. Os ruego que mi cuerpo sea embalsamado y enviado a Bretaña. El bacinete, la espada y la camisa de la sobrevesta que en las batallas he llevado, quiero que sean puestos en la iglesia mayor, encima de mi sepultura, donde están los escudos del rey de Apolonia, del de Frisa, del duque de Burguña y del de Bavera. Y sobre mi vaso sepulcral quiero que se pinten cabezas de moros renegados con un escrito alrededor de mi sepulcro que diga:

ODIOSA CAUSA POR LA CUAL MURIÓ TIRANTE EL BLANCO.

Después rogó a todos que no le dijese nada. Era tanto el dolor que soportaba que los médicos no podían hacer ni darle ningún remedio. El emperador y todos los que estaban con él no hacían otra cosa que llorar y lamentarse, porque pensaban que todos caerían en cautividad. Finalmente deliberaron salir de su habitación.

Entonces llegó una vieja judía que había sabido del mal del capitán, y con audacia se presentó delante del emperador y le dijo:

—El amor que siento por vos, señor emperador, me ha hecho venir en presencia vuestra para conseguir que en vuestros últimos días no tengáis que ser desposeído de vuestra corona imperial. Como toda vuestra esperanza está en la vida de este singular caballero Tirante el Blanco, que los médicos ya han desahuciado, quiero ayudarlo con la condición de que, si muere, me quitéis la vida. Haga vuestra majestad lo que yo os diga: reunid mucha gente de armas que, con grandes gritos entren en su habitación haciendo ruidos de espadas, de lanzas y de paveses. Cuando se despierte y vea tanta gente armada, preguntará qué ha ocurrido. Entonces le dirán que los turcos se hallan en la puerta de la ciudad y, obligado por la virtud que le caracteriza, se levantará al instante.

El emperador consultó con los médicos y a todos les pareció bien el consejo de la judía. Así pues, los gritos y el ruido en la ciudad fueron tan fuertes que, antes de entrar los caballeros en la habitación, Tirante lo oyó y la vieja judía, que estaba en la cabecera de la cama, le dijo:

—Levantaos, señor capitán, y no tengáis temor de la muerte: tenéis que saber que vuestros enemigos los turcos están cerca del portal de la ciudad y vienen a vengarse de vos.

—¿Me aseguras —preguntó Tirante— que los turcos se hallan tan cerca?

—Si te levantas —contestó la vieja— y miras por la ventana comprobarás que los turcos están más cerca de lo que crees y verás cuánto daño están haciendo.

Inmediatamente, Tirante pidió su ropa, se hizo envolver la pierna con muchas toallas, se armó tan bien como pudo y subió a caballo. Era tanto el valor que sentía que casi le pasó todo el dolor. Los médicos y el emperador le aconsejaron que tomase alguna cosa de comer, porque así podría entrar mejor en batalla. Finalmente, Tirante supo que todo lo que habían hecho había sido para remediar su mal y dijo:

—Loado sea el poder de Dios, pues una mujer me ha liberado de la muerte igual que otra mujer me la había motivado.

Antes de que Tirante se levantase, la princesa estaba arrodillada orando delante de una imagen que había en su recámara e, ignorante de todo lo que se había ingeniado para restablecer la salud de Tirante, suplicaba fervorosamente delante de la imagen de santa María:

—¡Oh, Madre piadosa, reina de los ángeles y emperadora de los cristianos, oídme! Tened piedad de mí, ya que he perdido todas mis esperanzas y por eso os pido la muerte, puesto que ya no me queda nada. Si mi señor muere, quiero que todo el mundo sepa que yo me mataré.

Tomó un cuchillo y se lo escondió entre las faldas esperando tan fatídico momento.

—Más vale que yo ejecute a mi propia persona antes de ser deshonrada por los moros.

Al ver Hipólito que Tirante estaba vestido y que pedía las armas, con rápidos pasos fue a la habitación de Carmesina y le dijo:

—Señora, os suplico que apartéis de vos el dolor y la angustia, porque os traigo la mejor noticia que os podría dar.

Entonces Hipólito le contó todo lo que había pasado y fue tanto el placer que tuvo la princesa, que besó a Hipólito en la frente al tiempo que lloraba vivas lágrimas de alegría.

Por el gran ruido que la gente hacía en aquellos momentos, Hipólito se fue y la princesa se dirigió a la habitación de su madre desde cuya ventana vieron regresar al emperador y a Tirante. Al estar enfrente de la ventana donde estaba Carmesina, Tirante levantó la cabeza con el bacinete y se puso las dos manos delante de la cara. La emperatriz preguntó a su hija por qué Tirante había hecho eso, que era señal de desengaño de amor. Pero la princesa le respondió que no lo sabía.

Cuando Tirante llegó a su posada, ya que por nada del mundo quiso quedarse en palacio, tal como le había pedido el emperador, entró en la habitación; entonces hizo venir al señor de Agramunt y a Hipólito y les rogó que hiciesen armar diez galeras y que preparasen las cosas necesarias para partir. Después de haber comido, Tirante organizó su partida y ordenó a toda su gente que fuesen por tierra hasta el castillo de Malveí, ya que él lo haría por mar. Al atardecer los médicos comunicaron al emperador que el capitán se hallaba bastante bien y, casi a la hora de la oración, la princesa, que quería tener noticias de Tirante, rogó a Placerdemivida y a la doncella de Montblanco que fuesen a la posada a decir a Tirante que ella suplicaría a su padre que fuesen a visitarlo, porque necesitaba volver a verlo. Cuando las doncellas fueron a cumplir su embajada, un paje de Tirante, que las vio venir, entró en su habitación a comunicárselo:

—Mi señor, alégrese vuestra señoría, porque vienen dos galantes damas con una embajada de parte de la princesa.

—Ve corriendo a la puerta —contestó Tirante— y diles que me encuentro bien, pero que ahora estoy durmiendo.

Al conocer la respuesta, la princesa rogó al emperador y a su madre que fuesen a la posada de Tirante. Éste, cuando supo que venía el emperador, enseñó a dos pajes qué tenían que decir y hacer. Al llegar el emperador a la puerta, uno de los pajes le dijo:

—Tendréis que excusar que no os permita entrar en la habitación, porque después de no haber descansado durante unos cuantos días, ahora está recobrando todo lo que entonces perdió. Duerme muy placentemente y está completamente empapado en sudor. Sería mejor que entrase un médico.

Entonces Tirante se puso en la cama, se tiró agua en la cara con un paño

mojado y simuló que dormía. Después de visitarlo, el médico dijo al emperador:

—Señor, sería un gran pecado que le despertásemos. Volvamos a palacio, que mañana podréis hacerle la visita.

Y aunque la princesa no podía soportar no ver a Tirante, se vio obligada a volverse con el emperador. Cuando Tirante supo que todos se habían ido, se levantó e hizo poner toda su ropa dentro de la galera. Al llegar la medianoche, secretamente se refugió en la nave y, aunque habría querido partir inmediatamente, no lo pudo hacer porque la galera no estaba preparada.

Llegado el día y habiendo salido el sol, el emperador oyó que las trompetas de las galeras tocaban para embarcar a toda la gente. Entonces Tirante envió al señor de Agramunt al emperador y le presentó la siguiente embajada:

—Señor emperador, con licencia de vuestra majestad, vuestro capitán se ha embarcado en las galeras y ha ordenado ir hasta el puerto de Transimeno para recuperarse mejor de su pierna. Desde allí subirá hasta el castillo de Malveí con una barca. Mientras tanto la gente de armas irá por tierra hasta el mismo lugar. Me ha enviado para comunicar a vuestra alteza la decisión de su partida.

—Caballero —respondió el emperador—, muy contento estoy de la buena nueva que me habéis traído y doy gracias a la divina bondad, porque ha dado salud a nuestro capitán para que pueda partir, ya que ésta es la cosa que más deseo después de la salvación de mi alma. La esperanza que tengo en su gran virtud de caballero me hace olvidar todos los males pasados y, como creo que él será el descanso en mi senectud quiero tomar a Tirante como hijo.

Entonces el señor de Agramunt le besó la mano y se despidió, y lo mismo hizo con la emperatriz y con Carmesina.

Cuando la emperatriz vio que Hipólito tenía que partir y Carmesina se enteró de la partida de Tirante, hicieron grandes lamentaciones, especialmente la princesa, porque Tirante se había ido sin despedirse. Rápidamente fueron a preguntar al emperador si la partida era cierta, y aquél se lo confirmó. Entonces Carmesina y la emperatriz consiguieron

que el emperador fuese al mar y así ellas podrían ir también. Como el emperador llegó antes que ellas, entró en la galera y rogó mucho a Tirante que tuviese cuidado de todo el imperio. Entonces los marineros aconsejaron al emperador que saliese rápidamente a tierra, porque venía una nube muy negra acompañada con grandes truenos y relámpagos. Al llegar, la princesa se dolió mucho de no haber entrado en la nave en compañía de su padre, porque no había podido ver a Tirante ni hablar con él. Ahora el mar estaba tan bravo que no era posible que entrase ninguna mujer en la galera. Y como Carmesina no encontró otro consuelo, se puso a llorar vivas lágrimas y, con infinitos y afligidos suspiros rogó a Placerdemivida que entrase ella para saber las causas por las que Tirante se había refugiado allí sin decirle nada.

Placerdemivida, como mujer entendida y de buen sentimiento, subió en una barca con Hipólito y con otros marineros. Y huelga decir el disimulado dolor que tuvo la emperatriz cuando vio que Hipólito subía a la galera. Ya dentro de la galera, Tirante no quería prestar atención a Placerdemivida, pero ella se esforzó, para que él la oyese y le dijo:

—¡Oh, muy cruel caballero, valeroso entre muchos nobles! ¿Quién ha modificado así vuestros pensamientos? ¿Dónde están ahora los ruegos que muchas veces me habéis hecho, lamentándoos y suspirando, en que decíais que vuestra vida o vuestra muerte estaban en mis manos? ¿Dónde están el amor que me demostrabais con deliciosas palabras y los graves trabajos y congoja que yo he tenido que pasar para servir a vuestra merced? ¡Mira que partir de la señora más digna en virtudes que hay en el mundo sin decirle ni siquiera adiós! La sangre de Caín no cometió tan grave infamia contra su hermano Abel como habéis hecho vos con vuestra esposada. Si le queréis dar una vida dolorosa o incluso la muerte, no vayáis a tierra a verla, pero si queréis que viva consolada, dejad que os vuelva a ver.

Dicho esto, se escondió debajo de su manto para llorar y lamentarse y no dijo nada más. Entonces Tirante quiso satisfacer lo que Placerdemivida le había dicho y, en voz baja para no ser oído por nadie, le respondió:

—¿Dónde podré encontrar medicina para hacer salir de mí tan cruel dolor? Solamente la muerte puede dar remedio a todos mis males, porque únicamente si pierdo la vida podré olvidar al negro hortelano. Dolor más grande es el mío que la magnificencia de Pirro, el desconsuelo de Medea, la desventura de Adriana, la potencia de Darío y la crueldad de Gigurta, la

infamia de Canatre, la tiranía de Dionís. ¡Oh, doncella de ingrata generación y consentidora de mis males! A nosotros los extranjeros no nos conviene fiarnos de nadie, porque todas las cosas nos salen al revés. Fingía la bella señora gran alegría por mis servicios pasados y presentes, pero mis afligidos ojos pudieron ver finalmente tan estimada señora con Lauseta, el negro hortelano. Primero los vi besarse deshonestamente, cosa que ofendió mis ojos y mis sentimientos. Después los vi entrar abrazados en una habitación dando muestras de haber conseguido todo aquel placer y deleite que es costumbre entre enamorados. Y habiendo salido por la puerta, la Viuda Reposada se arrodilló a sus pies y le puso un velo de seda debajo de sus faldas. No sé por qué mi mano se detuvo en aquel momento de asesinar a alguien, no sé a quién, pero la pared no me lo permitió. Pero incluso los árboles que cerca de ellos estaban mudaron de color por un caso tan feo y abominable.

Entonces, con voz airada continuó diciendo:

—Placerdemivida, pierde de mi toda esperanza, porque si te hubiese visto como vi a la doncella de Montblanco y la Viuda Reposada, te habría cogido por los cabellos y te habría dado sepultura de buena gana en este mar sagrado. Te ruego, pues, que te apartes de mis ojos, porque creo que también consientes en la maldad de tu señora. Después de eso, no pude apartar de mi ánimo los miserables celos y no pude resistir que mi espada traspasase el cuello del negro hortelano. ¡Oh, princesa, enemiga de la honestidad! Después de todo esto, fuera de juicio entré en mi habitación, fingí que un sudor terrible me fatigaba, para que me dejaran estar solo, ya que cualquier compañía me era enojosa, pues no podía conseguir lo que tanto deseaba. Por eso ruego a Dios que este mar salado sea mi habitación y que mi cuerpo muerto pueda ir sobre las olas para llegar donde habita la señora princesa, para que con sus delicadas manos me vista la mortaja, ya que aquella noche me tuvo atado entre sus brazos y se excusó con palabras y lágrimas, para que yo no pudiese conocer cuál había sido su gran culpa.

Cuando Placerdemivida supo cuál era el mal de Tirante y se enteró de que el negro hortelano había sido matado por él, se alteró mucho, pero forzó sus ánimos para salir bien de su embajada y, con gesto de alegría y con cara sonriente, comenzó a decirle, delante de Hipólito:

—Muy admirada estoy de las palabras que vuestro ingenioso pensamiento me ha manifestado, porque procediendo con extrema malicia quisierais

llevar a mi señora a la infamia de perpetua deshonestidad. Pero no penséis que me podéis inducir a lo que quisierais; o sea, que yo loase vuestras reprobadas palabras tan llenas de mala intención. Mejor os sería hacer un agujero en la arena y, con una copa agujereada, vaciar toda el agua del mar, porque vos, que os hacéis amar y desamar, tenéis que tomarlo como un sueño. Si eso es lo que sospecháis de mí y de mi señora, estáis en camino de convertirlos en un loco caballero que, además, ha puesto en gran peligro a su persona. Y puesto que lo habéis visto, tenéis que saber que ha sido cosa de juego y burla para dar alegría a la señora princesa, ya que la Viuda Reposada consiguió un disfraz de los entremeses de la fiesta del Corpus Christi y yo me vestí como nuestro hortelano.

Y entonces le recitó todo lo que había ocurrido. Tirante se admiró mucho, pero le dijo que no podía creer tal cosa si con sus ojos no veía lo contrario. Entonces la doncella, con grandes risas, le dijo:

—Señor, yo permaneceré aquí mientras Hipólito va a mi habitación donde, debajo de la cama, encontrará los vestidos del negro hortelano. Si no digo la verdad, lanzadme de cabeza al mar.

Entonces Tirante mandó a Hipólito que cogiese las llaves y no perdiese tiempo. Pero, cuando Hipólito volvía en una barca con las ropas del negro hortelano, el mar estaba tan bravo que no pudo subir a la galera ni Placerdemivida bajar a tierra. A pesar de eso, lanzaron una cuerda con las ropas del negro hortelano, de forma que las pudieron subir. Al verlas, Tirante se dio cuenta de la maldad de la Viuda Reposada y, en presencia de todos, juró que si hubiese podido bajar a tierra, delante del emperador la habría hecho quemar o, con sus propias manos, habría hecho con ella lo que había hecho con el negro. Posteriormente, Tirante rogó a Placerdemivida que le quisiese perdonar los malos pensamientos que había tenido sobre ella y sobre la princesa y que, cuando ésta estuviese con su alteza, le quisiese pedir perdón por él. La doncella, muy amablemente, se lo otorgó y así ambos quedaron con mucho amor y buena voluntad.

Poco después el mar se embraveció tanto que con mucho esfuerzo la

barca donde iba Hipólito pudo volver a tierra. La lluvia y el viento eran tan fuertes y el mar estaba tan alto que las gúmenes de las galeras se rompieron y por fuerza tuvieron que partir. Entonces dos galeras naufragaron y, aunque las personas se salvaron, las embarcaciones se perdieron. Las otras tres galeras, impulsadas por una fuerza extraña fueron adentro del gran mar, pero por fortuna se les rompieron los árboles y las velas. Una galera que se hallaba a sobreviento fue a parar a una isla pequeña, pero la de Tirante y otra, que se encontraban a barlovento, no pudieron conseguir llegar a la isla, sino que se les rompieron los timones de caja y la de Tirante medio se deshizo. La otra, que venía cerca de aquélla, se abrió y todos naufragaron, sin que pudiese escapar nadie.

CUARTA PARTE. TIRANTE EN EL NORTE DE ÁFRICA

Capítulo XXVI. El naufragio y el cautiverio de Tirante

La galera de Tirante hizo la vía de Berbería, pero como los marineros no sabían en qué mar se encontraban, se arrodillaron para cantar la *Salve regina*, se confesaron los unos con los otros y se pidieron perdón. Placerdemivida se hallaba en un cama más muerta que viva y Tirante la consolaba lo mejor que sabía. Entonces el capitán, doliéndose de sus males, devotamente hizo la lamentación siguiente:

—¡Oh, Señor, Dios omnipotente y misericordioso! ¿Cómo ha permitido tu bondad que yo tenga que morir en el cruel mar y haya de combatir con los peces? ¿No he muerto en las batallas contra los turcos, y ahora tendré que morir sin oponer ninguna resistencia? ¿Por qué no me hicisteis morir en la batalla contra el señor de las Vilesermes? Loda sea tu majestad que ha permitido que por mis grandes pecados tenga que recibir el castigo que merecen mis males. ¡Oh, triste, no me duele mi muerte, sino que por mis faltas tenga que ser castigada esta doncella! ¡Oh, Tirante, bien triste e infortunado para ti es este día! ¡Oh, señora princesa, que sois el fénix del mundo, si a Dios fuese placentero, querría que os encontraseis presente para que pudieseis ver los últimos días de mi triste vida y para poderos pedir perdón por todas las ofensas que os he hecho! ¡Oh, Viuda ficticia y réproba, me gustaría que la divina providencia me diese el tiempo suficiente para poder premiar las nefandísimas maldades que has cometido y que serán la causa de la destrucción de la corona del imperio griego! ¡Oh, señor emperador, cómo os afligiría verme morir en tan gran desventura! ¡Oh, caballeros de mi parentela y amigos! ¿Quién os ayudará a salir de la cárcel? ¡Oh, excelentísima princesa y esposa mía, suplico al Señor que os libere del poder de vuestros enemigos, que os aumente el honor y el estado y que os envíe otro Tirante con tanta voluntad de serviros!

Placerdemivida no pudo soportar más que Tirante se lamentase así de la fortuna y le reprendió diciéndole:

—Sois como el labrador que quiere segar el trigo y siega la espiga vacía. No os tenéis que lamentar de la fortuna, sino de vos mismo. ¿Queréis

saber por qué habéis llegado a esta situación? Por vuestro poco saber, ya que habéis abandonado la razón para seguir al deseo desordenado. Riquezas, potencias, dignidades y cosas semejantes las da la fortuna, pero la elección de amar o de odiar, de obrar bien o mal, de querer o de no querer, está en el libre albedrío de las personas y cada uno puede usarlo según su voluntad.

—Si yo he sido la razón de mis males —replicó Tirante— no me duele mi muerte, sino que me duele que por mi causa tengas que perder tú la vida. Quisiera que la divina bondad te pudiese sacar y liberar de los brazos de la oscura muerte. Pero ahora no es tiempo ni hora de hablar, sino de recurrir al auxilio divino. Por eso suplico a la misericordia de mi señor Jesucristo que tenga merced de tu alma y de la mía.

Entonces se dio cuenta del lamento que hacían los marineros y vio que una garrucha pegaba en la cabeza y mataba al primer oficial de la galera. Entonces se acercó a Tirante un galeote y le dijo:

—Señor, mandad que la gente achique el agua que hay en la galera. Hagamos un gran esfuerzo porque, si podemos pasar aquel cabo, podremos salvar la vida, aunque tengamos que caer cautivos de los moros.

—¿Dónde nos hallamos? —preguntó Tirante.

—Señor —contestó el galeote—, éstos son los mares de Túnez. La fortuna ha querido que naufraguemos en esta costa de Berbería.

Tirante se levantó inmediatamente e hizo lo que pudo, pero comprobó que gran parte de la nave se hallaba llena de agua. Entonces hizo sacar las mejores ropas que tenía y se las puso. Cogió una bolsa con mil ducados donde colocó un escrito que decía:

Ruego y suplico a aquél que halle mi cuerpo que, por gentileza, amor o piedad, le quiera dar honrada sepultura, porque yo soy Tirante el Blanco, del linaje de Roca Salada de Bretaña y capitán mayor del imperio griego.

Cuando hubieron terminado de hacer eso ya había pasado el mediodía y la galera continuaba llenándose de agua. Como se encontraban cerca de tierra, los moros vieron acercarse la galera y se apresuraron a prenderla, de forma que los cristianos se dieron cuenta de que saldrían de allí muertos o cautivos. Entonces Tirante volvió a clamar a la Virgen María,

con estas palabras:

—¡Oh, Madre piadosa y misericordiosa, tú que fuiste virgen antes, durante y después del parto, ten merced de mi pecadora alma!

Al aproximarse la galera a tierra, toda la gente se lanzó al mar para intentar liberar su vida. Ya era noche oscura y cuando vio Tirante que cada marinero iba a la suya, no quiso abandonar la galera, para que no se perdiese todo y rogó a dos marineros amigos suyos que cuidasen de la doncella. Se lo concedieron y entonces le quitaron toda la ropa y cogieron una plancha de corcho que había atada a un hierro, soltaron la cuerda que la sujetaba y uno de los marineros se la ató al pecho y el otro marinero ayudó a la doncella a cogerse a la espalda del primero. Entonces llegó un golpe de mar y los lanzó a los tres. El que llevaba la plancha de corcho, por salvar la vida de Placerdemivida, se ahogó.

Aunque era noche oscura, estaban tan cerca de tierra que podían oír el ruido que hacían los moros al prender a los cristianos. La doncella, que ya tocaba con los pies en tierra, se acercó hacia la orilla y, sin salir del agua, se iba alejando de donde procedían los ruidos. La pobre de Placerdemivida, toda desnuda y muerta de frío, iba rogando a la Virgen María que, pues su buena suerte la había llevado a tierra de moros, le quisiese permitir encontrar alguna persona que la tratase bien.

Yendo así, encontró unas barcas de pescadores y entró dentro de una barraca donde encontró dos pieles de carnero. Se puso una delante y otra detrás y después se puso a dormir, porque estaba muy fatigada. Cuando se despertó, comenzó a llorar y a lamentarse hasta que fue casi de día. Estando en esta situación oyó que un moro venía cantando. Se escondió y, como al verlo pasar observó que llevaba la barba blanca, pensó que era un moro viejo y que le daría buenos consejos. Se acercó a él y le contó toda su desventura. El moro, viendo una doncella tan joven y de tan gentil disposición, le dijo:

—Doncella, veo que la fortuna te ha traído a esta miseria. Debes saber que hace años caí cautivo de los cristianos de España en un lugar llamado Calis. Has de saber que la señora de quien yo era cautivo tenía un hijo que unos enemigos habrían matado si no hubiese sido por mí y, por aquella razón, la señora me puso en libertad y me dio dinero para pasar a Granada. Ahora querría ayudarte igual que la señora hizo conmigo. Tengo una hija viuda y estoy seguro de que ella te tendrá como una hermana.

Entonces, después de que Placerdemivida le hubo dado infinitas gracias, el moro se quitó un albornoz y se lo dio. Seguidamente ambos se dirigieron a un lugar que estaba cerca de Túnez y que se llamaba Rafal. Cuando la hija del moro vio a la doncella, se compadeció de ella, sobre todo cuando su padre le dijo:

—Hija mía, ésta es hija de la señora que me puso en libertad y quiero demostrar en ella el agradecimiento que le debo.

Y la hija la acogió muy bien, le dio una camisa, una aljuba y un alquinal, de forma que Placerdemivida parecía una mora.

Ahora volvamos a Tirante, el cual, poco después de que Placerdemivida se alejase en compañía de los marineros, se había quedado en la galera, con un solo marinero, hasta que ésta estuvo llena de agua y comenzó a hundirse. Entonces Tirante acordó con el marinero lanzarse al mar para ver si podían salvarse, aunque Tirante suponía que moriría o que, si llegaba a tierra, los moros lo prenderían porque ya debían saber que se trataba del capitán de los griegos que tanto daño había hecho a los turcos. Pero, con la ayuda de la divina providencia y del marinero, bajaron a tierra cuando ya era noche oscura y, a gachas, se alejaron de donde estaban los moros y, cuando ya no los oían, fueron tierra adentro donde encontraron una viña que estaba llena de uvas. Entonces dijo el marinero:

—Señor, parémonos aquí hasta que llegue la noche, porque entonces ya podremos ir donde vuestra señoría ordene.

Tirante aceptó su sugerencia. Y después de haber comido mucha uva, observaron que había allí una cueva en la que entraron a dormir, completamente desnudos como estaban. Por aquel tiempo, el rey de Tremicén había enviado, como embajador al rey de Túnez, al mejor caballero que tenía, que era capitán general de toda su tierra y que era conocido con el nombre de caudillo sobre los caudillos. Aquel embajador hacía tres meses que vivía allí y, por suerte, aquella mañana salió con halcones y lebreles a cazar. Cuando iban detrás de una liebre, ésta entró dentro de la cueva donde estaba Tirante. Uno de los cazadores, cuando bajó del caballo en la puerta de la cueva y entró, vio a Tirante acostado y sin moverse. El marinero le ayudó a coger la liebre y, a continuación, el cazador fue a su capitán y le dijo:

—Señor, no creo que la naturaleza haya podido formar un cuerpo mortal con mayor perfección, porque ni un pintor habría podido pintar un cuerpo más bello que el que yo he visto. No sé si es un defecto de mi vista, pero me ha parecido más muerto que vivo, porque su bella cara está sin color y sus ojos parecen rubíes pulidos. Aún así, no creo que en el mundo se pudiese encontrar un cuerpo mortal con tanta perfección. Venid conmigo y os lo mostraré.

El embajador se acercó con gran placer. Cuando el marinero vio venir a tanta gente, sin decir nada a Tirante, huyó en secreto y los moros no le pudieron ver. El embajador, después de estar observando a Tirante durante un buen rato, comenzó a decir:

—Me veo conmovido por tu gran belleza y como es habitual que los hombres, por grandes señores que sean, puedan ser presos en batalla o naufraguen, si eres virtuoso no tienes que perder la esperanza, porque por la misericordia de Dios y por nuestro gran profeta Mahoma, te juro que, como yo tengo tres hijos, tú serás el cuarto.

Entonces llamó a su hijo segundo y le dijo:

—A partir de ahora tendrás a éste como hermano.

Después dijo a Tirante:

—Te ruego que me cuentes tu historia, porque deseo saber de ti. Y una vez que yo haya resuelto un problema que tengo, que tiene que ver con el mayor de mis hijos al cual le quieren quitar a su esposada, que es hija del rey de Tremicén, yo te haré rico. ¡Oh, cristiano! Te veo gemir mucho, y querría saber de qué te lamentas. Te ruego que me lo digas por tu bien.

Acabado el parlamento del señor moro, Tirante se levantó y con voz esforzada dijo:

—Es cosa de gran humanidad tener piedad de los miserables y a mí me honra mucho haber caído preso o cautivo en poder de tu señoría, ya que eres un caballero magnánimo y virtuoso que me has prometido dejarme lo que la fortuna me ha quitado. Ahora querría recitaros, ya que me lo pedís, mi historia. Quiero que sepas que soy gentilhombre, aunque no sea príncipe ni gran señor. He recorrido el mundo, como hombre joven que desea adquirir honor y fama, y para desventura mía hice caso de una

viuda, la cual con sus palabras falsas y obras diabólicas me hizo ver dentro de un huerto el mayor mal y la más fuerte pena que podían sentir mi cuerpo y mi alma. Ésta fue tan fuerte que con mis propias manos tomé venganza. Después, con una nave, partí para pasar a Suria y de allí a Jerusalén para que fuesen perdonados mis pecados. De regreso, subí en esta galera tal como vuestra señoría ha visto y, por la misericordia divina y a causa del tempestuoso mar, he llegado a Berbería.

Entonces el embajador le respondió:

—Pocas veces se ha visto que se haya tenido buen viaje de un loco navegar. Pero como yo soy el caudillo sobre los caudillos, no dudes de nada, porque tengo mucha tierra y riqueza y, cuando llegue el momento, tendrás todo lo que te plazca. Te ruego que me digas tu nombre, porque te juro por Mahoma, mi Dios, que te tendré como a un hijo.

—Señor mío —dijo Tirante—, te agradezco mucho lo que me has ofrecido y, ya que deseas tanto saber mi nombre, te diré que me llamo Blanco.

—Bendita sea tu madre que te dio tan bello nombre, ya que concuerda con tu singular perfección.

Entonces el hijo se quitó una aljuba, se la dio a Tirante y le hicieron cabalgar a lomos de un jinete. De esta forma fueron hasta el lugar donde vivían y allí fue muy bien vestido a la morisca. Y para que el rey de Túnez no se enterase de nada, ya que le habían tomado en su tierra, decidieron enviarlo a uno de sus castillos, para que lo tuviesen bien guardado y no huyese.

Al llegar la hora de partir, el cielo estaba completamente azul, aunque era de noche, ya que la luna era en su lleno y lanzaba tanta claridad que parecía que fuese de día. Al primer paso que dio Tirante, cayó todo extendido a tierra. Entonces dijeron los moros:

—Mala señal es que este cautivo haya caído con los brazos tendidos: su vida será corta.

Tirante se levantó rápidamente y, como había entendido lo que habían comentado, replicó:

—No habéis hecho un buen augurio. Yo me llamo Blanco y la luna es

clara, blanca y bella en el momento de mi caída. Ésta se encuentra directamente encima de mi cabeza y mis brazos señalan el camino que tengo que hacer: mis manos no han quedado detrás ni de lado, sino abiertas y tendidas hacia la luna. Eso demuestra que, con la ayuda de la divina potencia, tengo que conquistar toda la Berbería.

Finalmente partieron y, en pocos días llegaron al castillo. Como el hijo mayor del caudillo se hallaba a tres jornadas de allí, le dijeron que su padre le había enviado a un preso cristiano. Su esposada mandó que pusieran cadenas y grilletes a Tirante, de forma que éste quedó muy agraviado y volvió a tener tristes pensamientos. Dos meses después, el caudillo tuvo respuesta del rey de Túnez. Entonces, volvió a su señor con la contestación y lo encontró muy desconsolado, ya que se había enterado de que el rey Escariano, negro muy fuerte y muy poderoso, se había organizado con muchos otros reyes para combatirlo. El rey de Túnez era uno de los que se habían acordado con Escariano y por esta razón había tardado tanto en dar respuesta al caudillo sobre los caudillos, porque quería preparar a toda su gente para entrar en batalla.

La tierra del rey Escariano estaba situada al lado del reino de Tremicén y este rey quería que le diesen a su hija por esposa con todo su tesoro y que, cuando el rey de Tremicén muriese, le fuese concedido su reino. El rey de Tremicén mandó decir a Escariano que ya había esposado a su hija con el hijo del caudillo y que él no debería desear una mujer que hubiese sido poseída por otro. Además le hizo saber que estaba embarazada y que él no querría tener ni criar ningún hijo que hubiese sido engendrado por otro. Pero que si lo hacía por deseo de poseer el tesoro que tenía, aceptaba partírselo con él siempre que los dejase en paz a él y a sus hijos.

Pero como no se pudieron concordar, el rey Escariano fue con cincuenta mil combatientes para presentarle batalla. El de Tremicén, que no tenía más de veinte mil, fue a su encuentro y le esperó arriba de las montañas. Cuando Escariano llegó, asedió al otro rey en un valle muy bello que había allí, que se llamaba el Valle Delicioso. En él había tres castillos con sus ciudades respectivas y allí tenía el rey de Tremicén su casa, su mujer y sus hijos. Dos de aquellos castillos estaban situados en una parte del río y el otro, en la otra parte, y entre ambos lados había un gran puente de piedra. Escariano tomó uno, y por eso el rey de Tremicén se tuvo por perdido.

El caudillo consiguió huir de la batalla y fue a su castillo donde estaba

Tirante, porque no había querido recluirse en el castillo donde se hallaba su señor. Cuando llegaron hasta allí, dijo a su hijo:

—Más tendrías que desear la muerte que ser desposeído de tu esposada. Por esto te mando y te aconsejo que te vayas con tu señor, ya que sirviendo a aquél, harás lo que corresponde a los buenos caballeros. Yo, por mi parte, veré si puedo, de forma directa o indirecta, levantar el sitio que le han puesto.

El hijo aceptó el consejo del padre y se despidió de él. Inmediatamente cabalgó hacia el castillo y, al oír grandes ruidos de armas, temió que estuviesen combatiendo contra el castillo donde se refugiaban el rey y su señora. Pero desde la parte de arriba de un pequeño monte vio que combatían contra el otro castillo. Entonces, con mucha alegría, entró en el lugar donde se hallaba el rey de Tremicén. El caudillo, por su parte, entró en su castillo donde estaba preso Tirante y preguntó por el cristiano cautivo. Cuando le dijeron que estaba bien guardado en la cárcel, el caudillo se enojó mucho y, recordando lo que Tirante había dicho cuando cayó a tierra, pensó que el cristiano debía ser diestro en armas. Por eso entró a verlo, lo saludó con cara afable, y teniendo presente que Tirante debía de estar descontento con él, le dijo:

—Te ruego, valeroso cristiano, que no te enojés por haber sido tan maltratado por mi hijo, porque te juro por Mahoma que no ha sido por causa mía, sino que yo había pensado tenerte como a un hijo. Por eso te pido perdón y te juro, a fe de caballero, que si vivo, tu satisfacción será tanta que quedarás muy contento. Creo que tú debes ser muy diestro en las armas y que debes haber tomado parte en muchas guerras. Me lo hace creer especialmente lo que dijiste cuando caíste al suelo, pero también las cicatrices que contemplé en tu cuerpo desnudo. Aparta de ti todo el dolor que tienes y alégrate porque puedes darme consuelo, ya que querría volverme nada, especialmente cuando pienso en la dolorosa batalla que hemos perdido.

—Vuestra gran virtud —respondió Tirante—, se demuestra en el hecho de haberme liberado sin méritos y en que no teméis los peligros de la guerra aunque la fortuna os haya sido adversa. Como mi adversidad también ha sido muy grande, tengo compasión de vos y, ya que me veo liberado, doy por olvidados todos mis pasados males. Por eso, señor, por el amor que os profeso y por no seros ingrato, estoy contento de aconsejaros, ayudaros y ser el primero en la batalla, ya que en España yo he ejercitado

durante mucho tiempo las armas. No os tiene que extrañar que ese rey Escariano tenga sitiado al vuestro, porque eso es costumbre entre reyes. Pero si teméis que las bombardas echen abajo el castillo, os digo que yo destruiré todas las que haya.

El caudillo quedó muy contento de las palabras de Tirante, lo puso todo en orden para partir y le rogó que se llevase las cosas necesarias para destruir las bombardas.

Capítulo XXVII. Las armas que Tirante hizo contra el Rey Escariano

El caudillo mandó dar a Tirante el mejor caballo que tenía, armas y mucho dinero y, después de esto, Tirante compró una vieja hiel de ballena; cogió mercurio, salitre y vitriolo romano y, con otros materiales, hizo un ungüento que puso en una caja y lo dio a su señor. Entonces partieron secretamente del castillo, pasaron el río y, durante la noche, entraron en el otro castillo. Este castillo distaba un cuarto de legua del castillo en el que se encontraba el rey de Tremicén. Tirante observó que sobre el río había un gran puente de piedra y que los enemigos habían acampado en medio de una gran huerta, de manera que no había nadie que osase cruzar el puente. Entonces Tirante pidió al caudillo que le recomendase un moro de confianza y que le hiciese dar doscientos carneros. Cuando los consiguió, Tirante se puso una capucha de pastor para dar a entender que era el mozo del otro.

El rey Escariano no tomaba en consideración a sus enemigos porque pensaba que no le podían hacer daño y porque él tenía mucha gente de armas y había sido el vencedor de la batalla. Tres veces al día hacía disparar treinta y siete bombardas, grandes y pequeñas, de manera que ya habían derribado más de la mitad del castillo; pero también había ordenado que los que llevaban víveres fueran vigilados en todo momento.

El moro y Tirante, con la carnerada, subieron casi una legua sobre el puente y fueron directamente al campo para vender el rebaño. Para poder alargar su estancia pedían por cada carnero mucho más de lo que valía. Así estuvieron tres días hasta que pudieron llevar a los animales cerca de las bombardas. Entonces Tirante, con la excusa de mirar, se acercó, se embadurnó la mano con ungüento y también embadurnó las bombardas. El ungüento estaba compuesto de un material que, en contacto con cualquier metal, éste se transformaba de tal manera que, al disparar una bombarda o una ballesta, ésta se rompía. Así, cuando las dispararon al día siguiente, todas se rompieron. El rey Escariano se admiró mucho y lo tomó como un mal augurio. Mientras tanto, Tirante y el moro regresaron al castillo donde estaba el caudillo.

Después de esto, Tirante ordenó que fuese derribada una arcada del puente y que pusieran allí un puente de madera levadizo, con cadenas de acero para levantarlo y bajarlo. Cuando lo acabaron, ordenó que al lado del puente pusieran unas vigas gruesas y que construyesen un palenque. Entonces Tirante, bien armado, subió a un buen caballo y, con una lanza en la mano, fue contra el campo de los enemigos y mató a cinco moros. Y, aunque todos se armaron y subieron a caballo, Tirante no se ocupó de otra cosa más que de matar a todos los moros que le venían delante. Cuando observó que los moros se habían armado y venían a caballo hacia él, se retrajo al palenque. Allí descabalgó y todos los del castillo salieron a ayudarlo, de manera que hubo una bella escaramuza donde murió mucha gente. Finalmente, Tirante se vio obligado a recluirse dentro del castillo y los moros aprovecharon la ocasión para romper el palenque. Pero durante la noche Tirante mandó que lo volvieran a rehacer. Y eso mismo hicieron durante muchos días. Por otro lado, dentro del castillo había dos bombardas que Tirante hizo llevar al puente desde donde las hacía disparar, y conseguía dañar casi siempre a los moros.

Un día, Tirante dijo al caudillo:

—Señor, ¿os gustaría que sacase al rey del castillo y que lo trajese aquí o a otra fortaleza donde estuviese más seguro?

—Si me hicieses este gran servicio —respondió el caudillo— y llevases allí también a mi nuera y su esposo, te haría señor de todos mis bienes. Es más, si te olvidases de llevar allí al rey, en absoluto me importaría.

—Pues, señor —dijo Tirante—, haced que me traigan dos caballos con un paje que sea conocido y hacedlos poner debajo de aquel pino con algún otro que los guíe.

Y así fue hecho. A la mañana siguiente, Tirante subió al caballo, hizo armar cien hombres y los hizo pasar al palenque, mientras hacía que disparasen las dos bombardas. Cuando los del campo vieron los cien hombres, tuvieron miedo de que entrasen para matarlos, tal como Tirante ya había hecho otras veces. Y casi todos los enemigos se armaron y fueron contra ellos, de manera que en el campo quedaron muy pocos hombres de armas. Al ver a toda la gente junta, Tirante dijo al caudillo:

—Señor, presentadles batalla todo el tiempo que podáis, que yo iré donde

he de ir.

Entonces picó de espuelas y fue donde lo esperaba el paje. Desde allí emprendieron camino a espaldas del campo para no ser vistos y, ya cerca del castillo, hizo que el paje fuese delante, porque los de la fortaleza lo conocían, y a él todavía no. Tanto se acercaron que el esposado reconoció que se trataba de su hermano menor y pidió que no tirasen ballestas contra él ni contra Tirante.

Ya dentro del castillo, Tirante comunicó al rey la razón de su venida. Éste cogió el caballo del paje y el esposado cabalgó en las ancas, mientras que la doncella lo hacía en las del caballo de Tirante. La noche les sobrevino fuera del castillo y el rey, que conocía muy bien aquella tierra, se dirigió directamente a la ciudad más segura que tenía, o sea, a Tremicén. Habiendo visto la gran disposición de Tirante, el rey deseó conocer qué lo había traído allí y le dijo:

—Te ruego, gentilhombre, que me digas cuál ha sido la causa que ha hecho que pusieses a tu persona en peligro por libertarme a mí, un triste rey sin ventura. Tú me has hecho salir de donde yo creía que acabaría mis días. Pero, ya que Mahoma ha permitido que recuperara la libertad, quiero que tengas confianza en mí y que sepas que serás muy bien premiado por tus virtuosos actos.

—Señor —le respondió Tirante—, yo llegué a vuestro castillo por mandato de aquel famoso caballero, el caudillo sobre los caudillos, que es mi señor y yo su cautivo. Os querría pedir perdón, señor, si he combatido contra vuestros enemigos, aunque no los conozco; a partir de ahora haced de mí lo que os plazca. Pero si me he puesto en tan gran peligro ha sido también a causa de la singular belleza, gracia y saber que posee vuestra hija. Entonces el rey, con infinitos suspiros, dijo a Tirante: —Muy querido debe ser el hombre en el que se concuerdan sus palabras con sus obras. Creo que sin temor puedes ir solo por el mundo. También soy de la opinión que, según evidencias, tienes que ser un cristiano sabio y discreto. Por esto te ruego que tengas piedad de mí y de mi hija, porque es de loar el coraje cuando lleva aparejada la sabiduría. Has de saber que odio tanto al rey Escariano que, siempre que oigo su nombre, deseo morir. ¡Oh, Mahoma! ¿Por qué me has quitado mi esperanza?

Y hablando de esta manera llegaron a la ciudad de Tremicén. Entonces el rey hizo dar una buena posada a Tirante, le hizo muchos donativos y todos

los caballeros moros iban a verlo de buena gana. Un día, Tirante fue a palacio a pedir al rey licencia para visitar a su señor el caudillo. Al saberlo, el rey le dijo:

—Virtuoso cristiano, te ruego que no te vayas de aquí. Yo ya he hecho llamar a tu señor. Mientras llega, te pido que pongas en orden mi ciudad porque si lo haces, yo, como rey coronado, te prometo ponerte en libertad.

Tirante le agradeció mucho sus palabras al tiempo que lo consolaban dándole esperanzas.

Cuando la hija del rey vio la belleza de Tirante y sus virtuosos actos, pero también las alabanzas que su padre le hacía en presencia de todos, comenzó a desear que Dios le otorgase la gracia que su esposado muriese para poder tomar a Tirante por marido. Por esta razón, cuando se encontró sola con él, le dijo:

—Bienaventurado cristiano, te ruego por Mahoma que me digas cuál es tu nación y de qué tierra eres natural.

—Señora —respondió Tirante—, soy caballero, pero mi adversa fortuna hizo que perdiese en el mar todo lo que traía conmigo. Los míos son gente de armas, pero si antes yo era señor, ahora soy cautivo y sirviente; antes tenía servidores y ahora soy yo quien ha de servir.

—¡Así Mahoma reciba tu alma! —insistió la dama—. Te ruego que me digas claramente en qué parte has nacido y de quién eres hijo.

—¡Oh, tú, que adelantas en belleza a todas las damas del mundo —contestó Tirante— y que tienes el poder de modificar los pensamientos humanos por tu gracia y tu gran generosidad! Más que la muerte me aflige tener que relataros mi estirpe; pero, ya que vuestra merced me obliga, os diré que soy natural de la última España, hijo de un virtuoso y antiguo caballero y de una madre no menos generosa y poseedora de abundantes bienes, que no tienen otro hijo que yo y que no saben si estoy vivo o muerto, porque me tienen por perdido.

La gentil dama quedó muy contenta de las afables palabras de Tirante y, como había observado que los moros no sabían loarla ni halagarla de aquella manera, decía que nunca había visto un caballero tan agraciado como éste.

Pasados algunos días, llegó el caudillo sobre los caudillos y se alegró mucho cuando se enteró de que el rey y su hija, y también su propio hijo, se hallaban fuera de peligro. Entonces el rey habló con el caudillo y le dijo que él quería que Tirante fuese liberado. Y éste, porque se lo pedía el rey y porque estaba muy contento con Tirante, se lo concedió. Entonces Tirante besó los pies y las manos del rey de Tremicén y dijo:

—Señor, juro a fe de cristiano no separarme de vuestra señoría, hasta que haya matado, encarcelado o hecho huir al rey Escariano.

Después de que el rey Escariano supiese que se le había escapado el rey de Tremicén, se admiró mucho de cómo lo había podido hacer. Y, a causa de la ira y el dolor que sintió, decidió conquistar todo su reino, ya que no lo podía poseer el rey. Así pues, comenzó una guerra muy cruel en la que tomaba a la fuerza todas las ciudades, villas y castillos, y hacía decapitar sin misericordia a todos aquéllos que no se le querían someter. Cuando lo supo el rey de Tremicén, no dejaba de aconsejarse, de fortificar cada vez más la ciudad y de avituallarla. Pero, a pesar de eso, se consideraban casi perdidos, porque no tenían gente para poder resistir los combates de Escariano.

Un día, estando Tirante en el consejo real, dijo al rey:

—Señor, os quiero pedir una gracia: dejadme ir como embajador vuestro al rey Escariano y así podré ver el estado de sus tropas para intentar debilitarles de una manera o de otra.

Pero aunque el consejo de Tirante fue muy bien recibido, muchos temían que se pasase al enemigo porque siempre agrada más el vencedor que el vencido. Entonces Tirante se preparó y, acompañado de mucha gente, fue donde se encontraba el rey Escariano y, ya delante de él, le explicó la embajada de esta manera:

—No te admires si de entrada no te hemos saludado, ya que te tenemos por nuestro enemigo capital y en ningún sitio se ha visto preguntar por la salud de un enemigo. El rey de Tremicén me ha enviado aquí porque ha oído hablar bien de ti y sabe que eres uno de los más sabios reyes del mundo. Por eso está admirado de que te hayas levantado en armas contra él, porque, como eres un príncipe tan magnánimo, tendrías que ser justo y no querer ganarte renombre como tirano. Esta guerra ha de serte más

vergonzosa que honrosa ya que has impregnado tu real majestad con una mancha de grandísima vergüenza e infamia. ¿Quién te loará ahora como rey recto y justo? Todos te tendrán por mal hombre, codicioso y lleno de maldad, porque has desposeído a un rey de aquello que era suyo sin ningún tipo de razón. Y si tú o alguno de tus caballeros dice que has obrado con justicia, yo ofrezco mi persona, de buena gana, para sostener lo contrario, cuerpo a cuerpo y a muerte. Has de saber que la acción que tú has comenzado no acabará sin un castigo ejemplar. Por otro lado, mi rey quisiera saber cuál ha sido la causa de tu venida y dejarlo escrito para que en el futuro todo el mundo conozca tu presunción.

—Caballero, quien quiera que seas —no tardó en responderle el rey Escariano— es increíble que sin licencia hayas hablado con tanta audacia y hayas proferido palabras tan injuriosas. Si no fuese porque es costumbre que cualquier mensajero pueda hablar libremente, ahora te haría pagar cara la ligereza de tu lengua. Quiero que tu señor sepa que yo he decidido presentarle batalla porque, como todo el mundo sabe, no hace demasiado tiempo se había convenido el matrimonio de su hija conmigo. Y tu rey, llegado el momento de cerrar el matrimonio, osó avergonzarme. ¿Cómo puedes decir que no es justo lo que hago? No me quedaré satisfecho hasta que lo haya matado. Y más todavía tratándose de Maragdina, doncella de tantas virtudes que no tienen par en el mundo. Ya que tú eres cristiano me alegrará mucho hablar contigo de las virtudes de esta dama, porque si tú has amado extraordinariamente a una doncella en algún momento, por tu dolor puedes deducir el mío. Conozco bien que la ley cristiana es más noble y mucho mejor que la nuestra, ya que de infante, tres frailes de la orden de San Francisco, maestros en sagrada teología, me indujeron muchas veces a hacerme cristiano, cosa que habría hecho si no hubiese sido por mi madre. También te tengo que decir que la extraordinaria belleza de esta virtuosa señora me ha cautivado tanto que no tendré reposo hasta que haya conseguido bien a ella, o bien la muerte.

El rey Escariano continuó hablando de las excelencias de la hija del rey de Tremicén mientras la comparaba con damas famosas a lo largo de la historia, para concluir que la causa de la guerra había sido tan estimada señora. Al acabar su parlamento, el rey se fue y no quiso escuchar la respuesta de Tirante. A pesar de todo, le hizo aposentar muy bien. Por la noche, Escariano quiso probar la paciencia de Tirante para saber si era un gentilhombre de cuna. Así pues, le invitó a comer e hizo que le sirvieran muchos tipos de comida. El rey estaba sentado encabezando la mesa

mientras que Tirante se encontraba sentado casi en el suelo. Unos platos estaban mucho mejor preparados que otros y Tirante, que era diestro y de estas cosas sabía tanto como el rey, solamente comió de los buenos y dejó los otros. Ya levantados de la mesa, trajeron la colación en un gran plato de oro donde había confitura de limón y piñonada, almendras y piñones, y también otros confites. Entonces Tirante cogió los mejores y más grandes que había. Cuando terminaron, el rey llevó a Tirante a una tienda donde había un gran montón de monedas de oro, otro de ducados, otro de moneda blanca, otro de vajilla de plata y muchas ropas y joyas. También había muchos arneses y diez caballos, como también una barra con tres gavilanes. Entonces le dijo el rey.

—Embajador, tengo por costumbre que todos los príncipes que vienen aquí como embajadores, cojan lo que quieran y en la cantidad que deseen. Por eso te ruego que cojas todo lo que quieras, que cuanto más cojas, más contento me sentiré.

Pero Tirante sólo tomó el mejor gavilán que había allí y el rey dedujo que debía de ser hombre de gran valor y virtud. Además, al ver la proporcionada belleza de su figura, dijo que nunca había visto un caballero tan bien dotado y que deseaba mucho tenerle en su corte, aunque, por las palabras que había dicho Tirante, creía que no dejaría de servir a su señor. Por tanto, decidió no manifestarle su deseo.

Tirante, una vez hubo recibido la respuesta, volvió a su señor y le dijo todo lo que había ocurrido con el rey Escariano. Entonces el rey de Tremicén preguntó a Tirante si su enemigo tenía mucha gente. Tirante le respondió que, aunque no los había podido ver a todos, allí había más de ochenta mil y que cada día recibía más tropas.

Habiéndose reunido el consejo, determinaron que el caudillo y Tirante tomasen los diez mil combatientes que les habían quedado. Así pues, partieron todos juntos y fueron a defender una ciudad llamada Alinac, ya que si ésta se perdía, todo el reino podía darse por perdido. Una vez allí, Tirante usó de todo su saber para fortalecer muy bien la ciudad e hizo construir muchas barreras y fosos que permitían entrar y salir sin tener que abrir las puertas de la ciudad. El caudillo se admiraba mucho de las sutiles e ingeniosas obras que Tirante mandaba hacer. Mientras, el rey estaba en su ciudad de Tremicén muy bien provisto de todo lo que necesitaba, al tiempo que los enemigos iban conquistando el reino.

Entonces ocurrió que un judío, que era el más rico de Tremicén, salió en secreto de la ciudad, fue al rey Escariano y, con propósito malicioso, le dijo:

—Señor, ¿por qué tu señoría labra en arena? Todo lo que haces no tiene importancia si antes no tomas al rey de Tremicén porque, al tenerlo, en dos días serás señor de todo el reino. Si tu señoría firma una concordia conmigo, te haré vencedor de todos tus enemigos y pondré en tus manos al rey y a su hija.

Pero el rey Escariano lo tomó como una burla y le respondió:

—¿Cómo se puede hacer lo que dices? Si tú lo consigues, a fe de rey prometo hacerte el mayor señor del reino. Pero como no creo que puedas hacer lo que dices, vale más que te vayas y no me enojas más.

Cuando oyó estas palabras, el judío no tardó en insistirle:

—Señor, a menudo se ha visto en las batallas que una minoría vence a una mayoría y que el príncipe que desea conquistar, si no es liberal, nunca llegará a poseer una gran señoría. Si me quieres escuchar, comprobarás que lo que te he dicho no es un sueño, sino una cosa muy segura e infalible. Y para darte mayor seguridad, pongo en tu poder a mis tres hijas con la libertad de matarlas si no consigo mi promesa. Mi intención es hacer el siguiente pacto contigo: como yo tengo una hija que deseo casar honradamente con un judío que se dedica a vender aceite por tu campo y que forma parte de la guardia mayor de tu señoría, si me concedes la gracia de este matrimonio, te prometo abrirte una puerta en la ciudad de Tremicén ya que en ella tengo una casa que da sobre la muralla por la que te puedo hacer entrar cien mil combatientes.

—¿Cómo dices que me podrás dar al rey de Tremicén y a su hija —contestó el rey después de haber pensado bien en las palabras del judío— si me han informado de que dentro de la ciudad hay un fortísimo castillo inexpugnable?

—Si hubieses estado atento a mis palabras —respondió el judío— te habrías dado cuenta de que no te he prometido darte el castillo, sino la ciudad, al rey y a su hija, porque éstos se encuentran en el palacio y no dentro del castillo.

Y finalmente sellaron el pacto. Seguidamente el rey Escariano hizo llamar

al guardia mayor y le dijo:

—Guardia, ¿qué sabes de un judío que está contigo y que va vendiendo aceite por mi campo? Hazlo venir.

Cuando el judío estuvo delante del rey, éste le preguntó de dónde era.

—Señor —contestó el judío—, según he oído decir a mi padre, hace mucho tiempo que él y todos los suyos son vasallos de vuestra señoría y como tal me tengo yo.

—Ahora atiende —le dijo el rey—. Como yo deseo premiar a los que me sirven, he decidido hacerlo contigo de esta forma: he concertado para ti un matrimonio con Jamy, la hija de don Jacob, el más rico mercader de toda la Berbería y hacer que nos dé una dote de diez mil ducados a ti y dos mil a mí. Creo que me debes estar muy agradecido de lo que he decidido.

Pero el judío, descontento, le respondió:

—Señor, no ignoro la gran magnificencia de vuestra señoría y el deseo que tiene de favorecer a sus servidores, pero me tendréis que perdonar, porque yo no aceptaré este matrimonio por nada del mundo.

—¿Por qué? —preguntó el rey—. Tú eres pobre mientras que él es rico y querido por todos los judíos. ¿Qué deshonor o qué daño te podría ocurrir? Con las rodillas desnudas deberías besarle los pies por la gracia que te quiere conceder.

—No plazca a Dios —contestó el judío— que yo pueda cometer tal falta. Y para que vuestra ilustrísima sepa por qué razón me opongo, os lo explicaré. Todos los judíos del mundo pertenecemos a tres linajes, desde que crucificaron a aquel hombre santo y justo llamado Jesús. Un linaje lo conforman aquéllos que tomaron parte en su muerte. Al segundo pertenecen aquellos que ejecutaron el acto de la flagelación, lo clavaron y lo ataron, le pusieron la corona de espinas y le escupieron en la cara cuando lo levantaron con la cruz. Los judíos de esta estirpe nunca miran a la cara cuando hablan y con gran dificultad pueden levantar la cara hacia el cielo, tal como hace este judío que quiere ser suegro mío. El tercer linaje procede de la casa de David. Es verdad que también éstos estaban presentes en el momento de la crucifixión de Jesús, pero no consintieron en nada, sino que entraron en el templo de Salomón y no quisieron ver

toda la maldad que hicieron a aquel hombre santo y justo. Y como yo soy de este linaje no me parece que deba contaminar ni mezclar mi noble sangre con la de ellos. Más temo la amistad con tales judíos que mi propia muerte.

Cuando Escariano conoció la causa por la que el judío se negaba a aceptar aquel matrimonio, no le quiso forzar; pero le rogó que se aviniese a dar buena respuesta al otro judío. Él lo aceptó y el rey dijo al judío mercader que el otro estaría contento de cumplir el matrimonio cuando la conquista acabase. Pero el judío joven no habló en ningún momento ni prometió nada. Después de esto, el rey concretó con el judío mercader que al decimoséptimo día del mes, irían a Tremicén y, en la oscuridad de la medianoche, podrían entrar. Al llegar el día indicado, el judío abrió la puerta de la judería; el rey entró con toda su gente y se dirigió al palacio. Aquí presentaron combate, entraron dentro, mataron al rey de Tremicén, a sus hijos, al esposado y a todos los demás, excepto a la gentil dama. A continuación combatieron contra el castillo, pero no lo pudieron tomar. Entonces el rey Escariano decidió dejar a toda su gente dentro de la ciudad y partió con la hija del rey de Tremicén hacia un castillo inexpugnable donde la recluyó.

Esta cruel noticia llegó al Caudillo y a Tirante, y sus hombres hicieron grandes manifestaciones de duelo porque todos se tenían por perdidos, de manera que iban diciendo que lo mejor sería entregarse al rey Escariano, y no continuar batallando, pues la mayor parte del reino se había perdido y su rey y señor era la muerte. Entonces dijo Tirante al caudillo:

—Señor, habéis tomado una mala decisión. No os deis por vencido, ya que hoy sois el mayor de todos y ahora tenéis aquí diez mil combatientes, algunos castillos y villas y esta ciudad que sin duda podemos defender. Si resistís, sacaréis un gran partido del rey, ya que os devolverá todas vuestras tierras y os dará más a cambio de esta ciudad.

Pero aunque el caudillo aceptó el consejo de Tirante, no se pudo consolar por la muerte del rey y menos por la de sus hijos. Entonces Tirante ordenó que se enviase un espía a la ciudad de Tremicén para conocer cómo había ocurrido tan cruel destrucción. Supieron la verdad por un hombre de armas que les recitó también que el rey Escariano, además, había dado muerte al judío traidor y que se había llevado a la hija del rey de Tremicén al fortísimo castillo de Monte Tuber.

Al saberlo Tirante, se hizo acompañar por diez hombres. Fueron hacia el castillo y, durante la noche, se pusieron al acecho dentro de la antigua mezquita. A la mañana siguiente tomó dos moros para saber dónde estaba el rey Escariano, que ahora era también el rey de Tremicén, y cuál era su forma de vivir. Entonces se enteró de que él y la nueva reina estaban en el castillo con sesenta caballeros y que en la villa había mil hombres de armas. Así mismo, Tirante y sus compañeros pasaron cerca del castillo para ver la disposición que tenía.

Cuando Tirante regresó a la ciudad, mandó que cien hombres con picos y azadas fuesen al puente con las órdenes de romperlo si veían venir enemigos. Entonces Tirante partió con toda su gente y fueron delante del castillo donde se encontraba el rey. Al verlos, el rey Escariano se armó y salió con todos los suyos a la puerta de la villa para hacer armas. Pero ni Tirante ni el Caudillo consintieron que sus hombres se acercasen, sino que les ordenaron que recorriesen todo el campo, se llevasen todas las bestias que encontraran y que regresasen a la ciudad.

Un día Tirante salió a la puerta de aquella ciudad y, mientras paseaba, pensaba dolorosamente en la manera en que había dejado a la princesa, en la situación de Placerdemivida y cómo todos sus parientes habían caído cautivos en manos de los moros. Estos pensamientos le instaban a irse, pero dudaba que los moros consintiesen su partida. Estando en estas cavilaciones, salió por la puerta de la ciudad un cautivo cristiano albanés, que se lamentaba porque su amo le había golpeado con vergas y le hacía ir a cavar a un huerto que tenía cerca de la ciudad. Tirante conocía al cautivo porque había hablado muchas veces con él y sabía que era bastante discreto. Entonces, pensando que él no tenía a nadie de quien poder fiarse, llamó al esclavo y le dijo:

—Mis males me hacen compadecerme de ti, pero si quieres, te aseguro que puedo ser la causa de tu bien. Si haces lo que yo te digo, te pondré en libertad, pero con la condición de que aceptes ser azotado con una correa que no te haga mucho daño y que te corten un poco las orejas, porque gracias a eso podremos tomar el castillo de Monte Tuber donde se halla el rey. Si todo ocurre como pienso, podrías llegar a ser un gran señor, y si no resulta tendrás libertad y buena vida en compañía mía.

—Sólo Dios sabe la voluntad de mi corazón —respondió el cautivo—, pero os he de decir que vuestras palabras me han confortado y no hay cosa que me mandaseis que yo no hiciese. Por eso me apresuraré a

obedeceros en todo lo que me ordenéis, sin pensar en ningún daño ni peligro que me pudiese sobrevenir. Y, por la gran virtud que sé que tenéis, me obligo no solamente a serviros sino a afrontar cualquier peligro de muerte por vos, sin preocuparme de las orejas ni de ninguna otra lesión que se pueda hacer a mi persona.

Entonces Tirante, después de agradecerle su buena voluntad, le prometió no comer hasta que no lo hubiese puesto en libertad. Al instante fue a hablar con el caudillo y, con el dinero que tenía, rescató al cautivo. A la mañana siguiente partieron de la ciudad tal como habían hecho otras veces y plantaron la tienda cerca de la villa donde se encontraba el rey, sin que nadie de los de dentro se preocupase de nada porque sabían que les podían hacer poco daño ya que no llevaban bombardas ni cualquier otra pieza de artillería. Es más, los habitantes de la villa, con licencia del rey, muy a menudo iban a hablar con Tirante y con el caudillo.

Uno de aquellos días, el rey Escariano les envió dos caballeros para que les hiciesen proposiciones de concordarse con él, con la notificación de que si así lo hacían les otorgaría muchos donativos. Pero el caudillo y Tirante les respondieron que estaban dispuestos a vengar la muerte del rey de Tremicén y de sus hijos. Después de haber hecho la colación que Tirante solía ofrecer a los embajadores, el albanés, tal como había acordado con Tirante, se acercó a donde estaba la plata y robó un jarrón muy grande. Cuando se iba, el guardia de la plata comenzó a dar unos gritos tan fuertes que Tirante preguntó qué ocurría. Todos vieron correr al albanés y que muchos lo seguían. Tan pronto como cogieron al albanés, lo llevaron delante de los capitanes. Entonces el guardia de la plata dijo:

—Señor, os pido que os plazca hacerme justicia con este ladrón manifiesto que me ha robado este jarrón de plata.

Tirante quiso que el caudillo hablase primero y éste dijo:

—Sentencio que sea colgado.

—Señor caudillo —intervino Tirante—, no es ahora tiempo de matar gente. Os ruego que la sentencia le sea modificada: que sea azotado por el campo y que le corten las orejas.

Y así fue hecho en presencia de los caballeros de la villa que hablaban con ellos. Después de haberle cortado las orejas, le ataron el jarrón al

cuello y comenzaron a azotarlo mientras caminaba por el campo. A la tercera vez que pasó por delante de la villa, el albanés se desató las manos y comenzó a correr hacia la villa. El alguacil del campo lo siguió, pero se dejó caer al suelo, de manera que el albanés tuviese tiempo para entrar, ya que los que estaban sobre el muro lo defendían con las ballestas, para que no lo atrapasen. Los de la villa lo subieron al castillo y al verlo el rey y la reina se apiadaron de él y le hicieron dar una camisa y otras vestimentas.

Tirante fingió que le desagradaba mucho la huida del albanés y dijo a los caballeros que rogasen al rey que le devolviese al hombre. Pero cuando el rey lo supo, respondió que no contase con él, que no se lo daría. Entonces Tirante no quiso hablar más, sino que regresó a la ciudad de donde habían partido con toda la gente. Entonces el albanés, para justificarse delante del rey Escariano, le dijo:

—Considerados los crueles vituperios que me han hecho, mi espíritu pide grandísima venganza de este traidor capitán que por su miseria nos mataba de hambre. Si he cometido este crimen ha sido a causa de la necesidad. Pero, señor, si vuestra excelencia me da licencia para ir y venir, os traeré información de los hábitos de vuestros enemigos, de lo que hacen y de adónde quieren ir, porque así vuestra alteza podrá hacer con ellos lo que hicisteis con el rey de Tremicén.

—Mucho me alegrará que así lo hagas —aceptó el rey.

Y entonces ordenó a los guardias que le dejasen pasar libremente y el albanés partió del castillo por una puerta falsa sin ser visto por nadie. A continuación fue donde estaba Tirante y le recitó todo lo que se había dicho y hablado. Entonces Tirante le dio siete doblas de tres reales y medio, calderilla, una espada y una cesta de melocotones.

—Di al rey —aconsejó Tirante— que estoy haciendo amasar mucho pan porque supones que me preparo para presentarle batalla en pocos días.

Cuando el albanés fue al rey Escariano, le dio los melocotones a la reina y, después de haber hecho su regalo, mostró al rey el dinero que tenía y le dijo:

—Señor, mirad el dinero que he robado a un hombre de los enemigos. Si voy a menudo allí os traeré muchas cosas, ya que tengo un pariente que

está al servicio de aquel malvado capitán y todo lo que hace me lo cuenta en secreto. Ahora, señor, me ha dicho que está haciendo amasar mucho pan y se está proveyendo de víveres para venir aquí. Tenéis tiempo, pues, para desbaratar sus planes.

—Ahora comprobaré si tu pariente te ha dicho la verdad —dijo el rey al escuchar las palabras del albanés.

Tirante llegó tres días después y se alojó donde lo había hecho las otras veces. El rey, pues, comprobó que las palabras del albanés eran ciertas y quiso que él fuese uno de los principales centinelas del castillo, por cuya razón le proporcionó seis hombres de su confianza para que lo acompañasen. El albanés, cada vez que le tocaba hacer guardia, que era cada cinco días, compraba golosinas e invitaba a sus compañeros a comer y a beber.

Al cabo de tres días, Tirante levantó el campamento y regresó. Durante dos meses Tirante iba y venía, y continuamente trataba de concordarse con el rey para aplazar la batalla tanto como pudiese. El rey, por su lado, hacía ir muy a menudo al albanés al campo de Tirante para que llevase frutas y confites para la reina. Un día el albanés le llevó una acémila cargada de vino y una espada llena de sangre. Cuando estuvo delante del rey, le dijo:

—Señor, supe que el capitán hacía llevar vino. Así pues, salí al camino donde vi un acemilero que se había retrasado; entonces le lancé una piedra y lo hice caer al suelo. Después, con este bastón, le di tantos bastonazos que lo dejé por muerto; le quité esta espada y cogí esta acémila. Por eso te suplico que me permitas abrir una taberna y cuando el vino se termine, yo les robaré más para hacerles tanto daño como pueda.

Y como el rey accedió a la petición, el albanés abrió la taberna. Cada día iban muchos moros a beber y el albanés subía cada noche un gran jarro de vino a los que hacían guardia con él en la torre. Al saber Tirante la gran confianza que el albanés había ganado delante de Escariano, mandó construir una caja redonda de hierro con algunos agujeros pequeños alrededor y decidieron que la traición se tendría que hacer la noche en que el albanés debía vigilar.

Aquella noche el albanés puso brasas encendidas dentro la caja y, envuelta con un trozo de cuero, se la metió en el pecho. Cuando estuvo en

la torre, la escondió dentro de un agujero para que el fuego no se apagase. Los de la guarda pasaron casi toda la noche bebiendo y haciendo sonar los tambores. Al vino le habían puesto licores para hacerlos dormir, de manera que cuando todos se hubieron dormido, el albanés cogió la caja y con una pajita encendida hizo tres señales a Tirante que esperaba en el campo con muy poca gente. El resto de los hombres estaban armados esperando que los llamasen y con el caudillo al frente de todos. Poco a poco, fueron pasando hasta llegar a la torre del espolón. Entonces Tirante hizo detener a la gente y él solo se acercó a la torre donde encontró una cuerda que el albanés le había lanzado. Lo primero que hizo Tirante fue subir a la torre y vio que el albanés ya había degollado a los seis moros que hacían la guardia. A continuación fueron subiendo hasta ciento setenta hombres.

Una vez todos arriba, el albanés se puso delante y bajaron a la habitación del alcaide. Cuando éste vio a tanta gente, se levantó completamente desnudo y tomó una espada, pero Tirante le pegó en la cabeza con tal fuerza que se la partió en dos partes, de manera que el cerebro le cayó por el suelo. Lo mismo hizo el albanés con su mujer. Después avanzaron por el castillo y fueron pasando los cerrojos a las puertas de las habitaciones y, si nadie lo oía, era a causa del gran ruido que hacían con los timbales.

Una vez arriba de las torres, los que hacían la guardia pensaron que se trataba de la sobreguardia y, por eso, no les dijeron nada. Ya cerca de ellos, los lanzaron desde las almenas castillo abajo. Uno de ellos cayó dentro del agua del foso, de manera que fue más el miedo que pasó que el daño que se hizo. Se levantó rápidamente, comenzó a gritar por toda la villa y todos se levantaron. Pero cuando la noticia llegó al castillo, sus habitantes no pudieron salir de sus habitaciones porque las encontraron cerradas. A pesar de eso, el rey se hizo fuerte en la torre maestra donde dormía con la reina y con una camarera. Llegado el día pusieron muchas banderas por todas las torres del castillo e hicieron grandes fuegos y fiestas. El caudillo subió a la parte más alta del castillo y comprobó que ninguno de los suyos había sido matado ni herido. Y cuando lo comprobó se admiró tanto, que pensó que la naturaleza de Tirante parecía más angélica que humana. Entonces dijo a Tirante:

—¿Con qué lengua podré expresar tu gran valor? ¡Oh, caballero engendrado en el cielo! Tus virtudes demuestran quién eres y qué puedes

hacer porque tienes tanta gracia que todas las cosas te obedecen. Gracias a ti he podido ver cumplido mi deseo de vengar a aquel glorioso rey, señor mío, al cual, igual que a mi hijo, le fue quitada la vida con tanta crueldad. Pero no daré por acabados mis esfuerzos hasta que pueda enviar el alma de Escariano a los infiernos y hasta que la reina tenga el mismo fin, para que yo pueda tomar la real corona del reino de Tremicén. Por eso, caballero de linaje de la sangre clara, te suplico que me perdones que no te haya hecho tanto honor como merece tu gran gentileza. Ahora veo que las señales de tu profecía que anunciaba que debías conquistar toda esta tierra se manifiestan, y te ruego que me ayudes a acabar pronto esta conquista.

No tardó Tirante en satisfacer las palabras del caudillo diciéndole:

—No permite el arte de la caballería que ningún caballero, por vil que sea, devuelva mal por mal, y mucho menos cuando se trata de un caballero como este rey, tan virtuoso en sus actos. Asimismo, te ruego, señor, que después de tan singular victoria, no consientas que se haga tal crueldad sobre una mujer, y más tratándose de sangre real, porque una mujer solamente es merecedora de la muerte si comete adulterio, según se narra en la Santa Escritura. Pido que no plazca a Dios que, ni por bienes ni por señorías, ensucie yo mis manos con sangre de mujer de honor, ni tampoco que lo permita, ya que no sería propio de caballeros y menos de aquéllos que sólo velan por el honor.

Y tantas razones como éstas dio Tirante al capitán, que le hizo conocer la gran falta que quería cometer en menosprecio del honor de la caballería y en daño suyo.

—Lo mejor que podemos hacer —añadió Tirante—, es retener en nuestro poder al rey y a la reina, puesto que ya tenemos a todos los caballeros de su corte.

Entonces fueron a la torre maestra, pero el rey Escariano, teniéndose ya por muerto, no se quería someter si no le aseguraban la vida y su integridad física, y por esta razón no dejaba de lamentarse.

—Ahora —sugirió Tirante—, dejémoslo en paz que el hambre le hará entrar pronto en razón.

Entonces recorrieron el castillo y lo encontraron muy bien provisto de

viveres, o sea, que había mijo, trigo, maíz y panizo para siete años. También hallaron una clara fuente que nacía de una peña. Llegada la noche, el rey, apiadándose de la reina, gritó desde un ventanuco que había en la torre:

—Ya que no puedo conseguir el perdón, decidme quién de vosotros es el caballero a quien me tengo que rendir.

—Señor —contestó Tirante—, aquí está el caudillo sobre los caudillos, que es un caballero muy virtuoso.

—No —dijo el rey a Tirante—, yo me pondré bajo tu custodia una vez te hayan hecho caballero.

—Señor —replicó Tirante—, yo he sido hecho caballero de manos del rey de Inglaterra, el más poderoso y virtuoso rey de toda la cristiandad. Por eso no podría ser armado caballero dos veces.

Entonces el rey reconoció en aquél al embajador con quien había hablado y le dijo:

—Tú, que has sido enviado a mí como embajador, asegúrame la vida, para que pueda hacer actos de caballero y de rey coronado.

—La vida tendrás segura —contestó Tirante— hasta un mes después de que te hayas puesto bajo mi poder. Esto te lo prometo por mi fe.

Entonces el rey se lo agradeció tanto como si lo hubiese puesto en libertad y, habiendo bajado de la torre, abrió la puerta, se puso en el dintel y, con la espada en la mano, dijo:

—No me quejo de la fortuna sino de mi gran ignorancia que ha dejado que me engañe un hombre extraño y desconocido. Ya que no quieres que te haga caballero, que venga aquel pequeño infante.

Entonces se le acercó un infante que no tenía más de cinco años y que era hijo de una tornera, lo hizo caballero, lo besó en la boca, le dio la espada y se puso bajo su protección.

—Ahora —dijo el rey— me podéis tomar de la custodia de este infante y hacer de mí todo lo que queráis.

—Tomadlo vos, capitán cristiano —dijo el caudillo— y haced que lo metan en la cárcel.

—No consentirá Dios —respondió Tirante— que yo tome a un rey de manos de una persona virgen, porque los caballeros de honor me lo podrían reprender y mi alma prefiere subyugar a los reyes que encarcelarlos o matarlos.

—¡Sus! —exclamó el caudillo— os lo decía por cortesía, por ofrecer os el honor.

—No —contestó Tirante—, ese honor dadlo a vuestro hijo o adquiridlo vos mismo.

Pero el caudillo no se preocupó de replicar, sino que se apresuró a tomar al rey, meterlo en una habitación y encadenarlo. Esta acción disgustó mucho a Tirante, pero no dijo nada para no enojar al caudillo.

Capítulo XXVIII. Tirante bautiza a la Reina de Tremicén, al Rey Escariano y a muchos otros moros

Una vez encerrado el rey Escariano, fueron a la torre maestra, donde encontraron a la afligida reina llorando. Cuando los vio, con gesto humilde y voz piadosa, hizo la siguiente lamentación:

—Mis dolores han aumentado cuando os he visto a vos, porque he recordado a mi padre, a mis hermanos y a mi esposo. ¡Oh, miserable de mí! ¿Qué puedo desear más que la muerte para poder estar acompañada de las personas que yo más amaba? No os pido que me sea concedida ninguna gracia, sino que rápidamente me deis la muerte, porque así podré hacer compañía a mi padre.

Los capitanes, que la vieron tan dolorida, la consolaron tanto como pudieron. Después fueron a buscar el tesoro del rey. Encontraron ciento cincuenta y dos mil marcos en doblas, ya que era un hombre muy rico y, además había allí todo lo que había ganado al tomar la ciudad de Tremicén y la mayor parte del reino.

Entonces Tirante cogió las más honradas moras de la ciudad y las llevó a la reina para que la sirviesen. El rey Escariano, por su lado, llamó a los capitanes para que le trajesen al pequeño infante que él había armado caballero y les dijo:

—Señores, la fortuna ha querido que llegue aquí, pero aún querría hacer una cosa. Con vuestra licencia, doy a este infante veinte mil dobles de renta de mis bienes, tanto como dure su vida.

Y con carta pública delante de dos alcaides hizo donación también de sus reinos y tierras a Maragdina, reina y mujer suya.

—Ahora —dijo el rey Escariano—, solamente falta que hagáis de mi persona lo que os plazca, pero os pido que me concedáis la gracia de que venga a verme aquel albanés porque yo lo quiero perdonar de buena gana.

Cuando se lo encontró delante, éste lo perdonó, no sin añadir:

—¿Quién podía haber creído que pudiese habitar en ti tanta maldad? Bien puede fiarse de ti tu capitán porque, llegado el caso, harás con él peor de lo que has hecho conmigo. Como estoy a punto de morir te perdono, pero confío en Mahoma que alguien te hará pagar como mereces, porque tu gran maldad no puede permanecer sin castigo.

Pero Tirante no permitió que hablase más, sino que le dijo:

—Señor, toma consuelo y ten buena esperanza en tu vida. Vuestra señoría tiene que pensar que esto son obras de guerra y que quien las sigue puede tener muchos inconvenientes, ya que unas veces se vence y otras se puede ser vencido. Si la fortuna te ha traído hasta aquí, piensa que no eres el primero ni serás el último.

—Señor capitán —terció el albanés—, dejadlo, que el rey me imputa cargos que otros los tendrán como virtudes. Bien podría haber pensado que siendo él infiel y yo cristiano, no podía hacer yo otra cosa que procurarle y hacerle todo el daño que pudiese. Y además, que estaba obligado a hacer cualquier cosa por salir del cautiverio en que me tenían los moros. Por otro lado tú, señor rey, eres un codicioso. Mira cuánta moneda habías robado en villas y ciudades que pertenecían al famoso y virtuoso rey de Tremicén, a quien también le has robado la mayor parte de sus tierras, has robado los pueblos, has forzado mujeres y doncellas y has hecho morir a todos aquéllos que no aceptaban tus viles actos. Rey, estas cosas no placen a Dios y si los capitanes te perdonan la vida y no te enmiendas, tus actos no durarán mucho. Por suerte tuya, veo que la gran clemencia del capitán cristiano no permitirá nunca que de su boca salgan otras palabras que gracia y perdón, cuando tu persona tendría que morir a sangre y fuego.

Tirante tuvo compasión del rey y, aunque veía que el caudillo estaba admirado, mandó al albanés que callase y que no añadiese más penas al rey.

—¡Cómo, señor capitán! —dijo el albanés—. ¿No quiere vuestra señoría que diga una verdad tan manifiesta? Este rey es muy culpable de tres pecados mortales y por cualquiera de ellos merece perder la vida.

—¿Cuáles son esos pecados? —preguntó Tirante.

—Señor capitán —respondió el albanés—, el primero es el pecado de la lujuria, ya que por la fuerza y sin su voluntad, se ha apropiado de la reina. El segundo es el de avaricia, porque es el rey más codicioso que hay en el mundo. Y el tercero es el de la envidia. Si ahora fuese tiempo de justicia... pero estamos en ley de gracia y esto le mantiene la vida.

A pesar de todo, Tirante le mandó que callase y entonces el albanés, dirigiéndose a Tirante, le dijo:

—Todo el bien y la gloria de este mundo se encuentran en la caballería, porque por ésta los hombres son honrados, tenidos en gran estima y temidos. Por otro lado, con ella cobran victoria de sus enemigos, adquieren la señoría conquistando reinos y tierras y hacen temblar al mundo, como hizo Alejandro. Por esto suplico a vuestra señoría que, aunque yo no sea digno de ello, me queráis dar la orden de caballería, ya que confío en que la misericordia de Dios me permitirá hacer tales actos que enmendarán todas mis faltas. Recordad lo que dijo un filósofo: «El caballero que no ayuda, el sacerdote que no da, el judío que no presta y el campesino que no sirve, todos éstos no valen nada». Obrad vos, pues, para ser uno de los bienaventurados.

No tardó Tirante en responderle:

—Tu fortuna ha sido adversa ya que son evidentes los daños que han sido cometidos por tu sangrienta mano. Si te digo esto es porque no quiero decirte otras palabras que puedan agraviarte más, pero lo que tú me pides es una cosa imposible.

—Señor mío —insistió el albanés— os ruego que me digáis la causa de vuestra negativa.

—Albanés —contestó Tirante—, tú me has servido de acuerdo con mis deseos, y de esto te estoy muy agradecido. Por eso prefiero darte parte de mis bienes que concederte la orden de caballería ya que podría ser reprendido por reyes, duques, condes, marqueses y por otros nobles caballeros. Porque esta alta orden no es adecuada para toda la gente que desea recibirla y menos para ti que has ofendido a un rey tan singular como éste. Más te vale ser buen escudero que mal caballero. Y como prueba de mi gratitud, aquí te doy cincuenta mil dobles puesto que tan virtuosamente has obrado.

Entonces él cogió el dinero y regresó a la tierra de donde era natural, o sea, a Albania. Después de esto Tirante ordenó que fuesen enviados cien mil dobles a un primo hermano del caudillo que era regidor, por parte del rey de Túnez, en aquel reino con el ruego de que comprase la libertad del señor de Agramunt y de todos los demás que iban en su galera. El gobernador los sacó de la cautividad e hizo que los comprasen unos mercaderes y que los llevaran donde se hallaba Tirante.

Muy grande fue la alegría que tuvieron cuando se encontraron delante de Tirante. Entonces éste preguntó a su primo, el señor de Agramunt, si había visto a Placerdemivida y éste le respondió:

—No he sabido nada de ella desde aquel doloroso día en que perdimos de vista la galera. Creo que debe haber muerto en el tempestuoso mar.

—Os juro por Nuestra Señora —se lamentó Tirante afligido— que si con la mejor sangre de mi persona la pudiese resucitar, lo haría de buena gana. Y si tuviese dos bacines y medio de sangre, daría dos por ella.

A continuación, Tirante los hizo vestir adecuadamente, los armó, les dio buenos caballos y les dio dinero, de forma que parecía que habían vuelto de la muerte a la vida. Es más, él y el caudillo mandaron que unos mercaderes fuesen a tierra de cristianos a por arneses y caballos, sobre todo cuando se enteraron de que toda la gente que estaba en la ciudad de Tremicén había llegado a seis leguas del castillo de Monte Tuber, donde ellos se encontraban y también supieron que habían enviado correos por toda la tierra de los moros llamando a muchos parientes del rey Escariano para que viniesen a ayudarlo. Además, Tirante ordenó que el castillo fuese provisto, todavía más, de todo lo necesario.

Un día al alba, la gente del rey Escariano llegó delante del castillo y combatieron contra la ciudad. Tirante dejó al caudillo y al señor de Agramunt en el castillo como guardas del rey e hizo abrir la puerta de delante de la cual había hecho construir un baluarte. A la primera llegada de los enemigos, cuando vieron la ciudad abierta, todos se acercaron hacia aquella parte, pero la matanza de los moros en el baluarte fue tan grande que los que venían detrás no pudieron avanzar por la cantidad de cuerpos muertos que había allí. Entonces los moros organizaron sus batallas de forma que durante todo el día presentaban combate, porque cuando unos estaban cansados, eran sustituidos por otros. Durante estos encuentros Tirante fue herido en dos ocasiones: una en la pierna y otra en

la cabeza a causa de un golpe de bacinete.

Al comprobar los moros que no podían conquistar la ciudad, decidieron no combatir más, sino buscar todas las bombardas del reino y presentarles batalla desde fuera. Durante un mes, pues, casi no hubo combates. Durante aquellos días, Tirante subió al castillo e hizo al señor de Agramunt capitán de la ciudad. Cuando los enemigos hubieron juntado más de cien bombardas, asediaron con la artillería y empezaron a disparar. Y como Tirante no podía salir a destruirlas, tuvo una idea para conseguir que no bombardeasen: cogió al rey y a otros prisioneros y los colocaron bien atados con cuerdas sobre la muralla. Cuando los de fuera vieron al rey Escariano y a los otros prisioneros, entre los cuales tenían padres, hijos o hermanos, no consintieron que se disparasen las bombardas. Entonces, para no poner a la persona del rey en gran peligro, decidieron esperar a que viniese el rey de Bogía, que era su hermano y cuñado del rey de Túnez. Por esa razón concordaron treguas por dos meses.

Después de las treguas, muchos parientes caballeros y servidores del rey Escariano pidieron a los capitanes que les dejasen entrar en el castillo para hablar con él. Cada día, pues, daban licencia a cinco caballeros, para que pudiesen estar, de sol a sol con el rey y, cuando llegaba la noche, se volvían a su campo. Finalmente, los moros tuvieron noticias de que los mencionados reyes venían a socorrerlos: en primer lugar, su hermano, el rey de Bogía, pero también otros como el rey de Fez, el rey Menador, el rey de Persia, el de Tana, el de la India menor, el de Domás, el rey Geber, el de Granada y el rey de África. Y el rey que menos, llevaba cuarenta y cinco mil combatientes. También el rey de Belamerín se unió con el de Túnez con ochenta mil combatientes.

En cuanto llegaron, todos juntos sitiaron la villa. Un día la reina mandó llamar a Tirante para que fuese a su habitación, porque quería hablar con él. Tirante, sin saber qué deseaba, fue a verla y la reina lo recibió con cara muy afable, lo hizo sentarse a su lado y, en voz baja, le hizo la siguiente demanda:

—Mis ojos han recuperado la luz que habían perdido, porque cuando levanto la cabeza te veo como señor del mundo ya que te obedecen el cielo, la tierra y todas las cosas que Dios ha creado. ¡Oh, bienaventurado caballero, digno de eterna fama! Dime, virtuoso capitán, ¿dónde ha huido la belleza de tu vista y dónde has dejado el fresco color de tu graciosa cara? ¿Qué ha ocurrido con tus ojos que parecían dos estrellas matutinas?

Más encendidos los encontré la noche en que me sacaste de aquella dolorosa cárcel; noche en la que, cuando vi tu persona tan singularmente proporcionada, aborrecí a mi esposado. Apartada de él, hice recaer sobre ti, que eres la flor de los mejores, todo mi amor. Señor capitán, nunca podría premiarte el gran servicio que me has hecho y suplico a nuestro Mahoma que te dé el premio que yo no puedo concederte, porque yo no tengo nada mejor que mi propia persona. Te suplico, pues, que seas señor de esta tierra, y de mí misma, en compensación a tus afanes, porque eres de tanta gentileza que en verdad eres merecedor de mayor bien y honor que todos los reyes y los príncipes que hoy llevan corona. Os ruego, pues, que vuestra merced no me tenga a mal lo que os diré, porque lo que yo querría es teneros por marido y por señor.

Tirante quedó muy admirado de este requerimiento y no tardó en responderle:

—Si tuviese plena libertad, no podría rehusar un requerimiento de tanta valía, pero vuestras palabras me obligan a servir y a ayudar a vuestra señoría y a tomaros como hija. Señora, os confesaré mi pecado: hace mucho tiempo que amo a una doncella de gran estima y ella me corresponde, y por esta razón sería una gran falta por mi parte que yo cometiese una maldad hacia ella y le faltase en sus amores. Ruego a Dios que si tal pensamiento me pasase por la mente, que se abriese la tierra y que aquí fuese enterrado en sepulcro de dolor. Vos, señora, no ignoráis que, en términos de amor, lo que no quisierais para vos, no lo tendríais que desear para otro. Por eso ruego a vuestra señoría que no se agravie de mis palabras, porque no hay príncipe ni caballero que no se haya de sentir bienaventurado en poseer vuestra gran belleza. Ya que os he confesado mi pecado, pido vuestro perdón y me obligo a ser vuestro servidor tanto tiempo como la vida me lo consienta. Por otro lado, vos sois mora y yo cristiano y este matrimonio no sería lícito. Pero no dudéis, señora, que mientras tenga el alma en el cuerpo, no dejaré de servirlos donde quiera que me encuentre, porque vuestro gran merecer me obliga a ello.

Pero la reina, con lágrimas en los ojos, no tardó en hacerle la réplica siguiente:

—No se puede creer que un caballero de tanta nobleza tuviese la crueldad de rehusar un requerimiento de amor como éste. No me desespero porque, mientras la vida me lo permita, te adoraré a ti, ya que mi pasión no

me muestra otro Dios. Has dicho que yo soy mora y tú cristiano y que este matrimonio no se podría celebrar. Yo te diré el remedio: si tú te convirtieses en moro, se podría cumplir mi petición. Pero si no quieres porque mantienes que tu ley es mejor que la mía, de buena gana lo creeré y siempre diré que así es. En cuanto a la doncella que dices que amas, creo que es un sueño para excusarte, porque yo te gusto poco y por eso me deniegas el matrimonio. Y aunque por el arte de caballería te veas obligado a defender a las personas desamparadas, yo no lo tomo por esa parte; pero, a pesar de todo, te acepto como padre y señor, porque te veo tan magnánimo y virtuoso que no puedes hacer otra cosa que lo que tienes por costumbre y, por todo eso, te beso las manos.

Tirante pensó en las palabras de la reina y vio el buen propósito que tenía de hacerse cristiana y, con los ojos del pensamiento se alegró mucho porque descubrió un camino donde la santa cristiandad podría ser exaltada. Entonces decidió mostrar mucho amor a la reina para que tuviese voluntad de hacerse cristiana, pero sin perjudicar en nada el amor que sentía hacia su princesa. Por eso, con cara afable y gracioso gesto, le hizo la siguiente réplica:

—Las palabras son señales con las que se muestran nuestras intenciones. Por eso, virtuosa señora, os quiero manifestar mi verdadero amor y mi deseo de serviros, pero desnudo de las pasiones sensibles, apartado todo amor libidinoso y guiado por la verdadera caridad. Por eso, aunque no seáis señora de mi persona, lo seréis de mis bienes y de mi voluntad. Debéis tener presente que cuando una cosa es deseada rectamente, después de que se ha conseguido, hace mejor a aquél que la posee. Por eso las personas virtuosas solamente han de preferir la muerte por alguna cosa que valga aún más que la vida. Por tanto os suplico, señora, que os plazca recibir el santo bautismo de la santa y verdadera ley cristiana, porque con el auxilio de Dios, si vivo, seréis señora de todo vuestro reino y os daré por marido a un rey coronado, joven y virtuoso, ya que, como os he dicho con toda verdad, no os puedo tomar por mujer porque ya tengo una. Y no dudéis, señora, de nada de lo que os he dicho.

Entonces Tirante dio fin a sus razones y la reina, después de haberse secado las lágrimas, con un agraciado suspiro, dijo:

—La gloria que siendo tan joven has conseguido en el mundo me hace desear ser sirvienta o cautiva tuya, con el objeto de que mis atribulados ojos llenos de tanto amor puedan contemplar continuamente tu noble

persona. Pero tus prudentes palabras han tenido tanta fuerza que quiero hacerte saber mi decisión: virtuoso señor, apresúrate a darme el santo bautismo, puesto que eres la flor de todo el pueblo bautizado.

Tirante, que vio la voluntad de la reina de hacerse cristiana, se hizo llevar una bacía de oro y un jarrón e hizo que se descubriese la cabeza. Sus cabellos eran de tal resplandor que su cara parecía más angélica que humana. Entonces la hizo arrodillar y con el jarrón le esparció agua sobre la cabeza diciéndole:

—Maragdina, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Entonces ella se tuvo por buena cristiana y en aquella ocasión, cuatro mujeres que servían a la reina recibieron también el bautismo y todas guardaron santa vida con mucha honestidad. Cuando el rey Escariano supo que la reina se había hecho cristiana, hizo venir a Tirante y le dijo:

—Virtuoso capitán que eres cabeza de la potencia secular, espada y puñal defensores de la santa religión cristiana, ya que mi señora la reina se ha hecho de la fe de Cristo, yo quiero seguir sus virtuosas obras de buena gana. Por eso te ruego que me des el santo bautismo y seas hermano mío de armas durante tanto tiempo como la vida nos acompañe, de forma que seamos amigos de nuestros amigos y enemigos de nuestros enemigos. Si quieres aceptarlo, yo lo tendré como una gran gracia. Pero antes de bautizarme, quiero ser adoctrinado en la santa ley cristiana y saber qué es la Trinidad, a fin de poder recibir con mayor devoción el sagrado sacramento del bautismo. Si sabes alguna cosa, te ruego que me lo digas, aunque según los virtuosos actos que te veo hacer, creo que más tienes que saber sobre el arte de la caballería y los combates que sobre los de la Santa Escritura.

—Señor —respondió Tirante—, yo no sé demasiado, pero os diré lo que aprendí durante mi infancia; ya que la santa ley cristiana no consiente que sus seguidores tengan que creer en razones ni pruebas, sino solamente por la fe. Y esta materia es tan alta que, quien más quiere saber, menos sabe. Y aunque yo siga la práctica de las armas, más necesito saber sobre las cosas espirituales que sobre las temporales.

Entonces Tirante le explicó tan bien como pudo todo lo que un cristianísimo y devoto caballero tiene que saber, de forma que el rey quedó

muy alegre y consolado. Y a causa de la devoción que él tenía al santo bautismo, por obra del Santo Espíritu, comprendió tanto nuestra fe como si toda la vida hubiese sido cristiano y, con alegría inestimable, dijo:

—Virtuoso capitán, nunca habría creído que siendo caballero pudieses saber tanto sobre la Trinidad. Pero tú has hablado tan altamente que nunca habría pensado que mi mente fuese tan sutil para que me lo hicieses entender como lo has hecho. Más aclaraciones me has dado tú sobre la fe católica que aquellos frailes que tenía en mi compañía.

Y a continuación le dijo que no deseaba otra cosa en el mundo que ser cristiano y, por eso, le rogó que lo bautizase. Entonces Tirante le dijo:

—Señor, antes de todo quiero que me hagáis juramento de hermandad, primero como moro y cuando seáis cristiano, otra vez como tal.

El rey aceptó hacer todo lo que él quisiese, pero Tirante para probarlo le dijo:

—Señor, ¿queréis recibir el bautismo en público o en secreto?

—¡Cómo! —exclamó el rey—. ¿Piensas que quiero engañar a Dios? Mucho más me complacería hacerme cristiano y recibir el bautismo en presencia de toda mi gente, para que cuando me vean a mí, tengan los otros ocasión de bautizarse.

Entonces Tirante, por el gran beneficio que esperaba de este hecho en aumento de la santa ley cristiana, envió a un moro a los capitanes del rey Escariano con el mandato real de que fuesen allí con toda la gente, y así se hizo. Después de que la reina hubo sido bautizada y Tirante hubo sacado al rey de la cárcel, lo hizo bajar a la villa, en la que había una bella plaza donde Tirante había hecho montar un estrado y había mandado que lo adornasen con telas de brocado y de raso. Entonces el rey subió muy bien ataviado y se sentó en una bella silla cubierta de brocado, como correspondía a un rey. A su lado había un gran barreño lleno de agua. Es conveniente saber que Tirante había ordenado hacer una escalera muy amplia para que pudiesen subir y bajar por ella todos los que quisiesen bautizarse.

Cuando las huestes de Escariano llegaron a la plaza, todos le hicieron una gran reverencia y le preguntaron qué les mandaba su señoría. Entonces el

rey, con voz esforzada, comenzó a decir:

—Fidelísimos vasallos, parientes y hermanos míos, la divina clemencia ha tenido piedad de mí y de todos vosotros, porque ha iluminado mi alma y mi mente por medio de este virtuoso capitán, de quien he recibido muchas gracias: la primera, que me ha sacado de la cárcel y me ha puesto en libertad; la segunda, que me ha instruido en la santa fe católica, de tal forma que ahora sé que la secta de Mahoma es muy falsa y réproba y todos los que creen en él van a la total destrucción. Por eso os ruego y os mando que os bauticéis en compañía mía. Los que quieran bautizarse, que no se muevan, y los que no lo deseen, que vacíen la plaza y que dejen sitio para los otros.

Y habiendo dicho estas palabras, el rey se despojó y Tirante lo llevó al barreño y allí lo bautizó.

Después Tirante bautizó a casi a todos los prisioneros porque la mayoría eran parientes del rey. A continuación, dos capitanes con todo su linaje recibieron el bautismo: uno era de la familia de los Benzarag y el otro de los Capzaní. En total, aquel día fueron bautizados, por las manos de Tirante, más de seis mil moros, mientras que los otros quedaron para la mañana y para los días siguientes, hasta que todos se hicieron cristianos. Y solamente los más ruines fueron los que no se quisieron bautizar. Acabada la ceremonia, dijo Tirante al rey Escariano:

—Señor, cuando vuestra señoría era moro y enemigo de la santa ley cristiana me jurasteis como moro que seríais hermano mío de armas. Os suplico que ahora, como cristiano, me volváis a hacer otro juramento.

Tirante, que de su propia mano había escrito en una hoja de papel el nombre de los cuatro evangelistas, lo puso delante del rey y éste juró de la siguiente forma:

—Yo, Escariano, por la divina gracia rey de la Gran Etiopía, como fiel cristiano y verdadero católico, pongo las manos sobre los cuatro santos Evangelios y te juro a ti, Tirante el Blanco, ser un buen y leal hermano de armas, tanto como duren nuestras vidas, con la promesa de ser amigo del amigo y enemigo del enemigo. Por mi hermandad te prometo partir contigo la mitad de mis bienes, presentes y futuros, y si por la adversa fortuna fueras hecho preso, pondré mi persona y mis bienes para ayudarte. Y, bajo la virtud de la fe prometida, me obligo a cumplir todas las cosas que

pide la buena y pura hermandad.

A continuación Tirante volvió a hacer el juramento y terminado éste, se abrazaron y se besaron y, desde entonces, todos los que se hacían hermanos de armas seguían la misma fórmula que ellos habían utilizado. Acabadas las cosas ahora mencionadas, Tirante volvió a bautizar moros, y eran tantos los que querían recibir el sacramento que Tirante no tenía bastante tiempo, noche y día, para darles el santo bautismo, hasta que llegó un fraile que se hallaba en la ciudad de Túnez donde había ido para redimir cristianos cautivos. Dicho fraile era natural de la baja España, de una ciudad que se llama Valencia, que fue edificada en próspera fortuna, poblada de valentísimos caballeros y muy fructífera en todos los bienes, excepto en las especias; pero de todas las otras cosas estaba muy bien provista, ya que de ella salían más mercancías que de ninguna otra ciudad del mundo. La gente natural de allí es muy buena y pacífica y son buenos conversadores; las mujeres son muy femeninas y, aunque no muy bellas, tienen mucha gracia y son más atractivas que las del resto del mundo porque, con su agraciado gesto y con su bella elocuencia, cautivan a todos los hombres. Esta noble ciudad, con el tiempo, llegará a un gran decaimiento por la gran maldad que tendrán sus habitantes. Y eso será a causa de haber sido poblada de gentes de muchas naciones que, cuando se mezclen, la semilla que nacerá será tan malvada que el hijo no se fiará del padre, ni el padre del hijo, ni tampoco el hermano del hermano. Tres penas tendrá que sostener aquella noble ciudad, según recita Elias: en primer lugar la de los judíos, en segundo la de los moros y en el tercero la de los cristianos conversos, y por causa de ellos recibirá gran daño y destrucción. Y aún dice más: que la causa por la que aquella región es tan fructífera y tan templada radica en el hecho de que el sol, que da en el paraíso terrenal, reverbera en la ciudad y reino de Valencia porque está justamente enfrente y de aquí le viene todo el bien que tiene.

Y volviendo a nuestro propósito, este fraile, habiendo sabido que un capitán había tomado al rey Escariano y que había liberado a todos los cristianos que habían escapado de la galera que se perdió, fue donde se hallaba Tirante para pedirle que, por el amor de Dios, le quisiese hacer la caridad de darle algunos cristianos para llevarse tantos como pudiese al reino de Valencia. Cuando Tirante vio al fraile, fue el hombre más alegre

del mundo y le rogó que bautizase a los moros que faltaban. En total, aquellos días fueron bautizados trescientos veintisiete mil moros y moras. Y como la gente del rey que no se había querido bautizar se fue, allí no quedaron más que cristianos.

Capítulo XXIX. Tirante y el Rey Escariano combaten contra los infieles

La noticia del bautismo multitudinario se extendió pronto por toda la Berbería, de tal forma que llegó a oídos de los reyes que venían en ayuda de Escariano, los cuales, movidos por una gran ira, avanzaron tanto como pudieron, le tomaron todo el reino, lo dieron al hijo del rey de Persia y a éste lo coronaron rey.

Durante este tiempo, el rey Escariano recibía correos que le informaban de que le estaban tomando todo el reino y que solamente les faltaban tres castillos. Después de que el rey se hiciese cristiano, Tirante le rogó y le suplicó que devolviese todas las villas y ciudades que había tomado al rey de Tremicén y que las restituyese a la reina, a quien pertenecían. El rey se lo otorgó muy liberalmente, pero rogó a Tirante, como hermano suyo de armas, que le quisiese dar a la reina por esposa.

—Señor —le dijo Tirante—, dejadlo a cargo mío que yo se lo suplicaré una y mil veces hasta que consienta en ello, porque según nuestra ley, el matrimonio hecho por fuerza no tiene ningún valor.

El rey Escariano aceptó todo lo que Tirante le había propuesto y la reina, cuando se vio señora de todo su reino de Tremicén, quiso tentar de nuevo la paciencia de Tirante y, por querer saber si le gustaría poseer la corona, decidió hacerle la siguiente pregunta:

—No puedo dejar de volver a decirte el gran poder que el amor te otorga sobre mi vida. ¿Cómo es que no te has enterado de los peligros que corre mi vida si tú no pones remedio rápidamente? Pero estoy temerosa de ser rehusada nuevamente por ti, y si no te atreves por temor o vergüenza del rey, no lo deberías hacer, porque el vencedor siempre destaca sobre el vencido, ya que según ocurre a menudo tienen más fuerza las leyes de amor que ninguna otra. ¿No sabes que el amor es la cosa más fuerte del mundo que a los sabios vuelve locos; a los viejos jóvenes; a los ricos pobres; a los avaros, liberales y a los alegres, tristes y llenos de pensamientos? De la misma forma que se puede amar a una hija o un

hermano, tú puedes amarme a mí sin perjudicar a nadie. Por esto, virtuoso caballero, como tu sentido descuella sobre todos los otros sentimientos, por necesidad se tiene que concluir que posees más amor que todos los demás caballeros del mundo. Y ya que en amor eres tan abundante, te suplico que yo pueda participar en una mínima parte, ya que no deseo en este mundo otro honor y gloria que servirte y honrarte como señor.

—Nadie puede hacer un fuerte castillo —respondió Tirante— si se construyen los cimientos de arena. Vuestra señoría no debe recordar lo que en otra ocasión os referí: que mi libertad no podía daros lo que no tenía, ya que lo había dado. El verdadero amor, como no ignora vuestra señoría, no permite ser dividido en muchas partes, porque eso solamente se podría hacer ofendiendo a la persona a quien se ama. Os suplico, pues, que vuestra señoría no se agravie por mis crueles palabras, que yo las enmendaré tanto como mis obras, en las cuales podréis comprobar que me tendréis como padre o como hermano. Es más, os pido que toméis por marido a este virtuoso rey Escariano, porque más os vale éste que os ama en extremo, que otro desconocido que no sabéis si os amará.

La reina, que vio la voluntad de Tirante, con lágrimas en los ojos no tardó en responderle:

—Bien sé que habrías de ser canonizado como santo y no pienses que me consuele de no haber conseguido tu amor porque, tanto como la vida me acompañe, siempre te amaré. Y ya que no te puedo tener por señor ni por marido, he decidido tenerte por padre. Y por la gran confianza que tengo en tu virtud, pongo mis bienes y mi persona bajo tu poder.

Entonces Tirante, que se dio cuenta de la gentileza de la reina, se arrodilló en el duro suelo y le dio las gracias. Después hizo llamar al rey y al fraile y, en presencia de todos, los hizo casar. Al día siguiente les hizo oír misa como católicos cristianos. Y celebradas las bodas con la solemnidad que corresponde, el rey Escariano tomó posesión de todo el reino de Tremicén como marido de la reina. Estando el rey y Tirante en los festejos de la boda, cada día les llegaban noticias de que los reyes moros, después de haber tomado los tres castillos que les faltaban, caerían sobre él y sobre todos los cristianos y los harían morir de muerte cruel. Entonces dijo Tirante:

—Señor, tenemos que pensar en la restauración de vuestro reino. Revisemos a toda nuestra gente para ver quién podrá entrar en batalla.

—¿Y cómo? —intervino el Caudillo—. ¿Pensáis que sois el señor del mundo? Os tendríais que alegrar de tener un rey tan magnánimo, regresar a vuestra tierra y dejarnos vivir según nuestra ley. Y los cristianos convertidos hace poco tendrían que dejar el bautismo, porque si todos los reyes que vienen nos encontrasen de nuevo miembros de su religión, tendrían piedad de nosotros y nos alargarían la vida.

Con gran ira se giró el rey Escariano hacia el caudillo y, con la espada desnuda le pegó sobre la cabeza un golpe tan fuerte que le hizo salir el cerebro. Entonces dijo:

—¡Oh, perro, hijo de perro engendrado en mala secta! Ésta es la paga que merece tu vil persona.

Mucho disgustó a Tirante la muerte del Caudillo y se enojó mucho. Pero se detuvo y no quiso reprender al rey Escariano y, tal como Tirante había pedido, comprobaron cuánta gente había allí y encontraron dieciocho mil doscientos treinta hombres de caballo y cuarenta y cinco mil de a pie dispuestos a hacer armas y Tirante les hizo dar un sueldo. Entonces el rey, sabiéndose culpable de la muerte del caudillo, dijo:

—Señor y hermano mío: dudo si la gran falta que he cometido no me hará perder tu cariño, porque si es así, he llegado al fin de mis días si vos no me queréis perdonar. No pude contenerme a sus locas palabras y cometí una grave falta en tu presencia.

Mientras decía estas palabras, el rey, con los ojos llenos de lágrimas, se dolía profundamente delante de Tirante, porque sabía que éste amaba mucho al caudillo.

—Señor y hermano mío —añadió el rey—, manda sobre mí y sobre los míos, que todo lo que dirás será obedecido por nosotros.

Tirante se alegró mucho de haber oído hablar al rey con tanta humildad y sumisión. Así pues lo abrazó y lo besó muchas veces y entre los dos se consolidó la amistad. Después, Tirante ordenó que todo el mundo que tuviese un caballo y armas fuese llamado gentilhomme, que quien tuviese dos rocines sería gentilhomme y hombre de alta alcurnia y que quien tuviese tres, además de gentilhomme y hombre generoso, sería considerado caballero. También estableció que sus lugares, casas o

alquerías no tendrían que pagar ningún derecho al rey. Gracias a estos privilegios militares, pudieron reunir más de veinticinco mil familias que ayudaron a conquistar muchos reinos y tierras. A pesar de eso, entre ellos hubo muchas disputas ya que, al hallarse armados y con caballos, a menudo se mataban los unos a los otros. Por esa razón, Tirante ordenó otro privilegio militar, según el cual quien matase o hiriese a otro tendría que ser tomado y se le cortaría la cabeza sin merced ni misericordia. A causa de estas ordenanzas, los miembros del estamento militar hicieron las paces hasta el punto de que preferían tener a Tirante como señor, que al rey, y por eso, cuando él pasaba por las calles, todo el pueblo lo aclamaba: «¡Viva el magnánimo capitán cristiano!».

Después de esto llegaron muchos rocines de Túnez que habían venido de Sicilia, y también muchos arneses y cuatrocientos cuarenta caballos encubiertos. Con estos caballos Tirante no tenía problema para combatir en medio de tres mil jinetes. Poco tiempo después, el rey, Tirante y todos los demás partieron de la ciudad de Tremicén y se encaminaron hacia donde se encontraban los enemigos para ver si podían defender la entrada del reino. Cuando los tuvieron a la vista, plantaron las tiendas y enseguida recibieron unos embajadores moros que anunciaron al rey Escariano que, si todos ellos no se convertían a la secta de Mahoma, morirían cruelmente. Mientras Tirante los oía, no dejaba de reír y no les daba ninguna respuesta, y por esta razón los embajadores se enojaron mucho.

—Señor —dijo Tirante a Escariano—, quédese vuestra señoría con la mitad de la gente dentro de esta villa, que yo iré a ver las intenciones de esta gente. Os aseguro que si van sin orden, se pueden dar por vencidos.

—Hermano Tirante —respondió el rey—, preferiría ir contigo que permanecer en la ciudad. Dejemos aquí como capitán al señor de Agramunt, porque yo deseo vivir o morir cerca de ti.

Entonces Tirante, después de haber hecho capitán al señor de Agramunt, le dio las siguientes órdenes:

—Estad siempre armados y con los caballos ensillados. Tan pronto como en aquel monte veáis una bandera roja pintada con mis armas, atacad con toda la gente por la derecha, ya que, como ellos plantarán sus tiendas cerca del río y éste es hondo, podremos hacerles un gran destrozo.

Los moros, para llegar donde estaban los cristianos, tenían que pasar por

fuerza por una gran montaña donde había muchas fuentes. Tirante, tan cautelosamente como pudo, se puso dentro de un bosque bien espeso, mandó a toda la gente que descabalgase y se refrescase, y él subió a un gran pino desde donde vio cómo los moros habían plantado sus tiendas al lado de las fuentes. El segundo grupo de moros, en cambio, plantó las tiendas al pie de la montaña.

Entonces Tirante y el rey Escariano, cuando vieron que ya habían descabalgado, atacaron en el medio del campo e hicieron una gran matanza entre los moros. Y aún habría sido mayor si no hubiese llegado la noche. Los que estaban en la montaña oyeron los gritos, pero no pensaron que los cristianos habían tenido el atrevimiento de llegar hasta tan cerca de su campo. Al día siguiente por la mañana, el rey Menador bajó de la montaña sin pensar que Escariano y Tirante podían encontrarse allí, sino que creyó que se trataba de ladrones de caminos. Por eso les mandó un trompeta para que les dijese que se convirtieran a la ley de Mahoma, ya que si no lo hacían, colgaría a tantos como atrapase. Cuando Tirante lo supo, dijo al trompeta:

—Di a tu señor que no pienso hacer caso de su locura, pero que si se trata de rey coronado, que tenga la valentía de bajar con su gente al llano y yo le haré sentir a quién quiere colgar.

El trompeta llevó la respuesta a su señor, y éste, con gran ira, hirió a su caballo con las espuelas y toda la gente lo siguió. Entonces hubo una fuerte, áspera y crudelísima batalla donde murió gente de las dos partes. Finalmente, el rey Menador se retiró hacia la montaña e hizo llamar a su hermano, el rey de la India menor, para que fuese a ayudarlo. Cuando llegó, le dijo:

—Hermano y señor mío, aquí se hallan estos cristianos bautizados. No he visto en mi vida gente tan esforzada. He tenido que perder a la mayor parte de mi gente y yo mismo he sido herido. No me tendré por caballero si, con mis manos, no mato al gran traidor que los capitanea. Sus armas y su sobrevesta son de damasco verde, con tres estrellas a cada lado, unas de oro, las otras de plata, y lleva su mafomet al cuello, todo de oro, el cual lleva una gran barba y un pequeño infante al cuello mientras pasa un río; creo que este niño debe ser el hijo de su mafomet y por eso lo ayuda en las batallas.

—Muéstramelo —dijo con gran soberbia el rey de la India menor—, que yo

te prometo que te vengaré aunque llevase diez mafomets en el vientre.

Entonces mandó que todos cabalgasen y fuesen hacia los cristianos. Con muchos gritos entraron en batalla y al poco tiempo ya se podían ver correr caballos sin amo. Tirante, primero con la lanza y después con una pequeña hacha, mataba a todos los moros que podía. Cuando los dos reyes pudieron, se acercaron tanto a Tirante que lo hirieron con la punta de la espada. Al sentirse herido, dijo:

—¡Oh, rey, que me has herido de muerte, te prometo que antes de que vaya yo a los infiernos, tú irás delante como mensajero mío!

Entonces lo atacó con el hacha en el medio de la cabeza y se la partió por la mitad. Se trataba del rey de la India menor, que tanto había fanfarroneado. Al ver el otro rey a su hermano muerto, combatió como un desesperado, pero gracias a la herida de Tirante, muchos moros quedaron a salvo en aquella jornada.

Los moros, para vengar a su rey, fueron a pedir ayuda a los otros reyes, en especial al de Bogía, el cual era considerado capitán mayor de todos. Inmediatamente este rey levantó el campo de donde lo tenía y, durante la noche oscura, acampó al pie de la montaña.

Los cristianos, por su lado, reunieron el consejo y, al ver que Tirante había sido herido, decidieron partir durante la noche. El día siguiente los moros pensaban presentar batalla, pero como no vieron a nadie siguieron sus huellas hasta llegar a la ciudad donde los cristianos se habían refugiado.

Entonces Tirante hizo salir al señor de Agramunt con toda la gente que había quedado allí y atacó el campo de los moros. Y aquel día murió mucha gente de una parte y de otra. A pesar de eso, los cristianos se tuvieron que retirar de la mejor forma que pudieron dentro de la ciudad y cerraron las puertas. El rey Escariano, que era el capitán de la ciudad, mandó que se defendiesen tanto como pudiesen, porque los moros con los mangos metálicos de las lanzas no dejaban de pegar contra las puertas. Al día siguiente, Escariano presentó batalla, en la que también murió mucha gente de las dos partes, aunque de nuevo tuvieron que recluirse en la ciudad. Y como Tirante veía que cada día perdían mucha gente, aconsejó al rey:

—Señor, me parece que no es conveniente salir tan a menudo a presentar

batalla, porque perdemos mucha gente.

Y así acordaron hacerlo hasta que Tirante estuviese curado. A pesar de eso, Tirante deseaba entrar en batalla aunque no estaba curado del todo. Pero, a pesar de que el rey Escariano le rogó que no lo hiciese, él replicó:

—No quiero referir en estos momentos mis actos, porque los caballeros no han de profanar sus victorias; pero tampoco quiero menguar mis afanes, porque el temor no lo llevo en los pies. Dios nos ayudará, para que ganemos premios con los méritos de nuestra propia virtud.

Entonces se hizo dar las armas, subió a caballo y, acompañado de una parte de la gente, atacó a un lado del campo. Los moros salieron alborotados a hacer armas contra los cristianos y puedo decir que Tirante, aquel día y muchos otros, se llevó la peor parte. Un día en que Tirante vio que su gente huía y que no podía ponerlos en orden, fue cerca del río, desde donde vio venir al rey de África, que llevaba sobre el bacinete una corona de oro con muchas piedras preciosas, su silla de montar era de plata, los estribos de oro y la aljuba de carmesí bordada con perlas orientales muy gruesas. Cuando el rey de África vio a Tirante, se le acercó y le preguntó:

—¿Eres tú el capitán de la fe cristiana?

Tirante no le respondió, sino que veía que los suyos lo habían dejado allí solo y también observaba los cuerpos muertos y las banderas y estandartes que había por allí. Por eso, en voz alta para que los moros y los heridos le pudiesen oír, dijo:

—¡Oh, tristes de vosotros! ¿Por qué lleváis armas? ¡Oh, gente triste y vil, este día será vituperado y vuestra fama menospreciada!

Después, girando la cara hacia oriente y con los ojos mirando al cielo, exclamó con las manos juntas:

—¡Oh, Dios eterno, lleno de misericordia! ¿Tan grandes son mis pecados que vuestra inmensa clemencia me ha abandonado así, yo que os he servido para aumentar la santa fe católica? Me hallo solo y desamparado de todos los míos, mientras que con gran dolor contemplo la tierra cubierta de cuerpos muertos. ¿Qué será de mí, triste e infortunado, que he sido la causa de todo este daño? Venga la muerte sobre mí, ya que no puedo

esperar otra cosa que caer en manos de los infieles. El rey de África, al oírlo lamentarse, dijo a los suyos:

—Yo pasaré el río y encarcelaré o mataré a aquel perro de cristiano. Si veis que necesito ayuda, socorredme.

Entonces el rey pasó el río, fue corriendo hacia Tirante y, con la lanza, lo empujó tan fuertemente que hizo que el caballo pusiese las rodillas en el suelo y Tirante recibió un trozo de hierro de la lanza en el pecho. Tanto era el dolor que Tirante sentía por la gente muerta y tan absorto estaba pensando en la princesa, que ciertamente no oyó venir al rey hasta que lo hubo herido. Entonces cogió la espada y durante un buen espacio de tiempo ambos combatieron. El rey lo hacía valientemente, pero al cabo de poco Tirante dio un golpe tan grande al rey que, aunque no le pudo herir, porque el caballo se giró súbitamente, consiguió cortarle la cabeza al caballo, de forma que rey y caballo cayeron al suelo. Entonces los moros socorrieron al rey de África, lo levantaron de tierra y lo subieron a otro caballo. Como Tirante vio que no podía hacer más, se abrazó a un moro, le quitó la lanza que llevaba y, con ella, hirió a seis más. Cuando rompió la lanza, cogió su pequeña hacha y pegó un golpe tan grande a un moro en la cabeza que se la abrió hasta el pecho.

Al ver los moros que un hombre solo hacía semejantes gestas, decían admirados:

—¡Oh, Mahoma! ¿Quién es este cristiano que desbarata todo nuestro campo? ¡Triste de aquél que espera su golpe!

En ese momento, el señor de Agramunt vio, desde una ventana del castillo, que Tirante combatía completamente solo y, con grandes gritos, exclamó:

—Señores, ayudad enseguida a nuestro capitán, porque está a punto de perder la vida.

Entonces el rey Escariano salió con la poca gente que tenía, pero Tirante se vio forzado a retraerse ya que le habían hecho tres heridas y el caballo había recibido muchas lanzadas.

Aquellos días los cristianos estaban de muy mala suerte, porque perdían todas las batallas en las que tomaban parte. Por eso dijo Tirante:

—Bien pueden vanagloriarse los infieles, porque nos han hecho huir y refugiarnos dentro de los muros. No hay nada que me disguste tanto como no morir a manos de fuertes caballeros y en cambio ahora quedo triste y desconsolado, porque no ha habido nadie que me haya podido socorrer. Por eso quiero manifestar a todo el mundo que me hallo en tal estado que no creo que pueda vivir mucho tiempo viendo delante de mí a mis enemigos.

El rey Escariano intentaba consolarlo y darle esperanzas, por eso habló con él unos momentos hasta que vinieron los médicos, lo hicieron desarmar y le encontraron muchas heridas, en especial tres que eran muy peligrosas. Cuando los moros observaron que los cristianos se habían retirado dentro de la ciudad, estrecharon el sitio y pasaron al otro lado del río. Con ellos llevaban tantos bueyes y camellos que no sería fácil hacer una estimación. Así pues, la ciudad estaba tan bien sitiada que nadie podía ni entrar ni salir. Entonces Tirante pensó que los moros podían minar el castillo y, por eso, ordenó que hicieran una contramina y que pusieran bacines de latón en todas las habitaciones bajas para que, si prendían fuego, hiciese tanto ruido que los avisase de la intención de sus enemigos.

Pocos días después, cuando Tirante ya se había curado y se hallaba en disposición de llevar armas, una moza que amasaba harina oyó el ruido propio de los bacines y dijo a su señora:

—No sé qué es, pero según he oído decir, cuando los bacines suenan es señal de tempestad y de sangre.

La señora, que era mujer del capitán del castillo, lo dijo a su marido y éste lo comunicó inmediatamente a Tirante. Secretamente y sin hacer ruido, fueron a la habitación y encontraron que era verdad lo que la moza les había dicho. Entonces se armaron y no pasó una hora cuando vieron claridad en la habitación. Los moros, pensando que nadie del castillo los había oído, hicieron un agujero muy grande y la gente comenzó a salir de la mina. Cuando hubieron entrado unos sesenta, los del castillo entraron en la habitación y mataron y cortaron a piezas tantos como encontraron. Después, Tirante hizo tirar muchas bombardas dentro de la mina, de forma que murieron todos los enemigos que había allí dentro. Y como Tirante observó que su gente estaba descorazonada por los pocos víveres que tenían, decidió presentar batalla a sus enemigos y dijo al rey:

—Señor, yo tomaré la mitad de esta gente y vuestra señoría permanecerá con la otra mitad. Yo me dirigiré a aquel pequeño bosque y vos, cuando llegue el día, saldréis por la puerta de Tremicén y los atacaréis por una parte y yo lo haré por la otra. Si lo hacemos así, seremos señores de todo el campo de batalla. El único temor que tengo son los bueyes, ya que tendremos que pasar por en medio y siempre que lo hemos hecho nos han matado muchos rocines. Entonces, un genovés que se llamaba Almedíxer, que había llegado con la galera de Tirante y que era muy discreto y sabio, dijo:

—Señor capitán, ¿queréis que haga huir a todos los bueyes? Así, cuando huyan, todos los moros irán detrás para apoderarse de ellos, y entonces nosotros podremos atacar.

—Si los haces huir —aceptó Tirante—, te prometo, en nombre de Carmesina, hacerte gran señor y darte ciudades, castillos y una heredad tan grande que quedarás muy satisfecho.

Entonces el rey dijo a Tirante:

—Señor y hermano, si tenéis decidido emprender esta acción, os ruego que me permitáis ir al bosque el día que decidáis y cuando vea la bandera en la torre más alta, atacaré en medio del enemigo.

Tirante asintió y al instante mandó que todo el mundo tuviese a punto sus caballos y preparase sus sillas.

Entonces el genovés tomó muchas barbas de machos cabríos y sebo de carnero, lo picó todo y lo puso dentro de sesenta cazuelas planas. Cuando estuvo todo preparado, Tirante hizo reunir a toda la gente en la plaza y, subido a un estrado rezó una oración para dar ánimo a la gente de armas y para pedir la ayuda de Dios. A medianoche el rey partió y, sin ser visto por ningún moro, se escondió en el bosque. Antes de llegar el día, Almedíxer cogió las cazuelas con la grasa, salió del castillo, colocó unas cazuelas al lado de las otras y las encendió. Lo hizo de forma que el viento hizo llegar el olor a los bueyes; al instante éstos empezaron a correr con tanta furia por el centro del campo que echaban tiendas y herían a hombres y caballos, de manera que parecía que los diablos del infierno los perseguían. Mucha gente de a pie y a caballo los seguían para hacerlos volver, al tiempo que se preguntaban cuál habría podido ser la causa de

esta huida. También Tirante y los suyos se admiraron mucho del ingenio del genovés. En total, entre bueyes, búfalos y camellos, se escaparon ciento cincuenta mil animales.

Una vez que los bueyes hubieron salido, Tirante mandó que izaran la bandera blanca y verde y, cuando el rey la vio, salió del bosque dando grandes gritos:

—¡Viva el pueblo cristiano!

Inmediatamente, el rey atacó por una parte y Tirante por la otra como habían acordado. La batalla fue dolorosa y cruel. Quien lo hubiese visto, bien podría decir cómo pasaron los hechos, porque daban tan grandes golpes con las lanzas y con las espadas que en poco tiempo había tendidos por el suelo muy buenos caballeros. Tirante iba arriba y abajo matando e hiriendo y lo mismo hacían el rey Escariano y el señor de Agramunt. Entre los moros también había muy buenos y valentísimos caballeros, en especial el rey de África que, a causa de la muerte de su hermano, combatía muy cruelmente. Entonces ocurrió que el rey de África reconoció a Tirante, se dirigió hacia él y los caballos de ambos chocaron pecho contra pecho, de forma que los dos jinetes fueron al suelo. Pero Tirante, como no temía a la muerte y era más valiente, se levantó primero y se acercó a su enemigo con la idea de cortarle las correas del bacinete, pero no lo pudo hacer porque, cuando vieron al rey en el suelo, acudió tanta gente mora que fue cosa de gran admiración que no matasen a Tirante, ya que por dos veces lo quitaron de encima del rey y en dos ocasiones volvieron a lanzar a Tirante al suelo. El señor de Agramunt, viendo a Tirante en tan gran peligro, fue hacia él y entonces observó que un caballero que era el almirante del campo intentaba dar muerte a Tirante. Cuando llegó, lucharon tanto y con tanta malicia que se daban golpes mortales, uno para defender a Tirante y el otro por querer atacarlo.

Estando Tirante y el señor de Agramunt en tan gran peligro de muerte, llegó Almedíxer, que estaba muy malherido y gritó:

—¡Creo que hoy morirá este singular capitán, que es la flor de toda la caballería!

En ese momento, uno de los moros que se habían bautizado fue hacia el rey Escariano y le avisó del peligro en el que se hallaba Tirante. Entonces el rey, como católico cristiano, observó que el rey de Bogía estaba a punto

de cortar la cabeza de Tirante. Lo reconoció porque sobre el bacinete llevaba una bujía de oro con muchas piedras preciosas alrededor y porque era su hermano. Inmediatamente, le dio una gran lanzada en la espalda, con tanta fuerza, que le traspasó todo el arnés y no se paró hasta el otro lado, de forma que le atravesó el corazón y cayó muerto. Los moros se apresuraron a coger el cuerpo muerto del rey de Bogía, lo subieron a caballo y se reanudó la batalla aún con mayor crueldad. Aquel día murió mucha gente de una parte y de la otra y la batalla no acabó hasta que la oscuridad de la noche les impidió continuar.

Cuando los cristianos se retiraron dentro de la ciudad, daban grandes muestras de alegría, porque habían sido los vencedores. Finalmente, supieron que en aquella batalla habían muerto tres reyes: el de Bogía, que murió a manos de su hermano; el de Geber y el rey de Granada. De los que fueron heridos no se hace mención, excepto del rey de Domás y del de Tana.

Aquella noche, gentes y caballos descansaron muy bien y, antes de ser día claro, los cristianos ya estaban armados y a punto. Los moros, por su lado, se admiraron al ver que les querían presentar batalla cuando ellos no habían, ni siquiera, podido dar sepultura a los cuerpos.

La batalla del segundo día fue también muy cruel y sangrienta y en ella murieron muchos moros, pero pocos cristianos: por cada cristiano que murió, cayeron cien moros. Y si murieron tantos fue porque no estaban tan bien armados como los cristianos, ni llevaban caballos tan buenos ni tan bien cubiertos.

Cinco días duró aquel combate y cuando los moros ya no lo pudieron soportar a causa del hedor de los cuerpos muertos, enviaron mensajeros a los cristianos para que les concediesen treguas. El rey Escariano y Tirante se las otorgaron de buena voluntad.

Aquel día Tirante se puso a orar y, con gran devoción, suplicó a la divina clemencia de Nuestro Señor Jesucristo y a su sacratísima Madre que, aunque él era un gran pecador, le concediese la gracia de poder reconocer los cuerpos de los cristianos entre tantos moros para poderles dar santa y honrada sepultura, ya que a todos los tenía como santos mártires, porque habían muerto para aumentar la santa fe católica. Y, habiendo oído nuestro Señor una petición de causa tan justa y de tan recta y buena intención, le otorgó la gracia pedida de esta forma: todos los cristianos se

giraron mirando el cielo, con las manos juntas y sin lanzar ningún olor, mientras que los moros miraban al suelo y apestaban como canes.

Al ver Tirante tan singular milagro, rogó al reverendo fraile que hiciese escribir un hecho tan singular para que en el futuro se supiese que los que mueren por aumentar la santa fe católica van derechos a la gloria del paraíso. Y en el lugar donde la batalla había sido más cruenta se levantó una iglesia bajo la advocación del bienaventurado san Juan. Los moros, por su lado, tomaron todos los cuerpos de los suyos y los lanzaron al río, cada uno con su nombre escrito, para que sus parientes los pudiesen enterrar. Y fueron tantos los moros muertos que taparon todo el río, de forma que el agua tuvo que discurrir por otro lugar.

Después de esto, los moros subieron a la montaña y los cristianos se quedaron en la ciudad. Durante estas treguas llegó el marqués de Lizana. Éste era servidor del rey de Francia y, cuando supo que Tirante se hallaba en la Berbería, fue a Aguas Muertas, se embarcó en una galeota y, vestido como un mercader, llegó a la isla de Mallorca, desde donde pasó a la ciudad de Túnez. Ya allí tuvo noticia de las grandes victorias de Tirante y decidió ir con él. De camino, se paró en la ciudad de Safra y, como se enteró que las treguas estaban a punto de acabar, mandó recado a Tirante de que le mandase gente para poder ir a su encuentro.

Al saberlo Tirante, le envió mil hombres de armas con Almedíxer como capitán. Los moros, cuando se enteraron de que había salido gente de la ciudad, secretamente enviaron detrás de ellos casi diez mil rocines con el fin de apresar al marqués y a Almedíxer a la vuelta. Esta empresa fue llevada a término por el rey de África y si Tirante se enteró fue por algunos hombres que consiguieron huir de la muerte o de la cárcel. Entonces Tirante hizo el siguiente voto:

—No me quejo más que de mí mismo porque como joven con poco juicio, me he dejado aconsejar por la voluntad antes que por la razón y he permitido otorgar treguas antes de acabar la guerra, cuando ésta estaba en nuestra mano. Me cubre un gran dolor, porque por mi causa ha caído el marqués en poder de los infieles. Por eso hago voto solemne de que, durante todo el tiempo que permanezca en esta tierra, no volveré a dar treguas ni paz a nadie y, si se hace contra mi voluntad, inmediatamente me iré sin batallar.

El rey Escariano sintió un gran dolor por las palabras de Tirante y,

teniéndose por culpable, replicó con gran humildad:

—No me dolería tanto la muerte, de la cual nadie puede huir, como me duele la falta que por causa mía se ha cometido. Te pido que no tenga que oír de tu boca otra cosa que las graciosas palabras que tienes por costumbre decir y te ruego que, como singular hermano y señor, me perdones mi gran ignorancia. Ten piedad de nosotros y no nos desampares.

Entonces Tirante, viendo al rey tan lleno de humildad y que se lo pedía tan benignamente, tuvo compasión de él y decidió consolarlo con afables palabras. Una vez consolado, Escariano se lo agradeció mucho y entonces Tirante le dijo:

—Señor, organicemos nuestras acciones de forma que quede a salvo nuestro honor. Vuestra señoría partirá esta noche con catorce mil caballos para ir donde se encuentra la señora reina. Durante el viaje recoged todas las acémilas, asnos, burras y otras caballerías que encontréis y a todos los hombres, mujeres e infantes que podáis. Dejad las ciudades y lugares con las puertas cerradas y que solamente se queden las personas inútiles, como las mujeres que acaban de parir, los hombres muy viejos y la gente lisiada. Todos los demás, desde los siete años hasta los ochenta, hacedlos venir y dadle a cada uno una cabalgadura con la orden de que les hagan paramentos de tela blanca. Si no hay cabalgaduras para todas las personas, que se queden los más indispuestos, y si no tienen tela blanca para hacer el paramento, que utilicen sábanas o mantas del color que sea. A continuación haced que se pongan la camisa sobre la aljuba. Así mismo quiero que cojáis todas las calabazas que encontréis y que deis una a cada mujer o pequeño infante, para que las lleven tan altas como puedan y cubiertas con tela blanca.

Tirante rogó también al rey que llevase a la reina para que las demás mujeres viniesen de buena voluntad. Entonces el rey partió tan secretamente como pudo y, cuando lo hubo hecho, Tirante envió un embajador a los moros para que les dijese que durante las treguas habían encarcelado al marqués y a muchos otros caballeros. Y que, ya que los habían apresado en tiempo de paz, que los soltasen. Y si no lo hacían así, que se preparasen porque al décimo día les presentaría batalla. Después, Tirante mandó hacer un gran foso muy estrecho y hondo. El día asignado, el rey Escariano regresó, tal y como había ordenado Tirante, con cuarenta mil personas, todos cubiertos de blanco, y entraron de día, para que todos

los moros los viesen.

Cuando acabaron las treguas, a la medianoche, fueron los moros a la ciudad y la combatieron. Tirante, como hombre diestro en guerras, siempre tenía preparada a toda su gente. En aquella ocasión puso cuatrocientos hombres en las torres y la muralla. Las mujeres, por su lado, se pusieron fuera de la ciudad donde estaba el foso con una caña muy gruesa en la mano y el rey salió, con toda la gente, por el otro lado y atacaron mortalmente al enemigo por su espalda. La batalla fue tan cruel y dura que en poco tiempo fue derramada por tierra mucha gente y muchos otros fueron heridos. Tirante llevaba una lanza corta y gruesa llena de nervios: ¡qué triste podía estar aquél que su golpe esperaba! Es por eso que aquel día los infiernos se llenaron de muchas almas moras.

Antes de entrar en batalla, Tirante había dejado a parte los quinientos mejores hombres de armas de su compañía. Como en aquella ocasión murieron muchísimas personas, y habiendo visto que el rey cristiano y el señor de Agramunt combatían con gran valentía, Tirante salió de la batalla, fue a por los quinientos hombres que había dejado y, junto con ellos volvió de nuevo. Cuando llegaron a las tiendas, empezaron a dar grandes gritos diciendo:

—¡Oh, marqués de Lizana, mirad qué suerte os espera, porque aquí ha llegado Tirante el Blanco para liberaros!

Cuando Almedíxer oyó la voz de los cristianos le pareció que eran unas voces que habían llegado del cielo, y al instante ambos salieron de las tiendas y fueron donde se hallaba Tirante. Al reconocer al marqués de Lizana, hizo descabalgar a uno de sus hombres e hizo que el marqués montase con él. Después, hizo subir a Almedíxer en la grupa de su caballo y los sacó del campo de los moros. Inmediatamente, les hizo quitar los grilletos y les rogó que se armasen. Entonces Tirante volvió al campo, prendió fuego a las tiendas y mandó a sus hombres que hiciesen lo mismo. No tardó nada el campo en llenarse de fuego. Con el campamento ardiendo, Tirante volvió al campo de batalla y socorrió al rey y al señor de Agramunt con mucha valentía. Los enemigos, por su lado, se reforzaron tanto como pudieron para castigar a los cristianos, de forma que cuanto más pasaba el tiempo, más cruel era la batalla. Y tantos eran los cuerpos muertos que había allí que difícilmente se podía combatir.

Al ver los reyes y capitanes moros mermar sus tropas, comprobaron que

su campamento estaba en llamas y observaron que las mujeres estaban firmes y que no se movían, el rey de Túnez dijo:

—Señor, no puedo creer que éstos sean hombres cristianos, sino que, o bien son diablos bautizados o bien nuestro Mahoma se ha vuelto cristiano, porque combaten con tanta fuerza y virtud que ellos, aunque son tan pocos, han quemado nuestro campamento. Aquella gente que nos mira aún no ha entrado en batalla y espera hacerlo cuando nosotros estemos cansados, de forma que nos matarán y nos harán pedazos. Por eso me parece que nos tendríamos que retirar, no a nuestro campamento, sino a través de aquel monte. Fijaos también en aquella gente que va vestida de blanco y observad que son unos hombres a caballo, tan grandes como nunca he visto otros.

Si les parecían hombres altísimos era a causa de las calabazas que las mujeres llevaban en la cabeza. Entonces el rey de África dijo:

—No ignoro el peligro de la muerte, pero como persona que ha perdido a su hermano en la batalla, deseo venganza y confío en que, con mis propias manos, podré matar a aquel glorioso capitán.

Después de esto, hirió al caballo con las espuelas y chocó con el marqués de Lizana tan bravamente que marqués y caballo fueron al suelo y lo habrían matado si el señor de Agramunt y los demás no le hubiesen socorrido. Quien llevaba la bandera de los cristianos se acercó a aquella zona y todos juntos atacaron contra los enemigos. Allí se vieron los más bellos combates que nunca hayan sido vistos porque, en aquella ocasión, los moros se mostraron como caballeros muy admirables. La batalla duró hasta dos horas pasado el mediodía y verdaderamente no se podría saber quiénes habían sido los mejores o quiénes los peores. El rey de Túnez llevaba un Mahoma sobre el bacinete de oro y reconoció a Tirante por su sobrevesta. Entonces dijo a los demás reyes:

—¿Queréis que seamos los vencedores? Vamos hacia aquél que hace tantas armas y démosle muerte y así todos los cristianos serán nuestros cautivos.

Y hacia allá se dirigieron con los arneses muy relucientes y ricamente adornados. Todos los reyes fueron hacia Tirante, pero cuando él los vio cerca, combatió como un lobo enrabiado en medio de todos. Todavía no había roto la lanza cuando ensartó al rey de Tana con tanta fuerza que le

traspasó en medio de los pechos y lo tiró muerto al suelo. Después ensartó al rey de Túnez, le traspasó el brazo y lo hizo caer del caballo. Al verse en el suelo, el rey de Túnez exclamó:

—¡Oh, rey de África, bastante me cuesta tu locura, porque hoy será el día que perderemos la batalla y la vida!

También combatían animosamente el rey Escariano, el marqués y Almedíxer, y pudieron llevarse por la fuerza dentro de la ciudad al rey de Túnez, herido como estaba. Tirante, muy a su pesar, tuvo que abandonar la lanza, ya que los enemigos se la quitaron y entonces cogió la pequeña hacha que llevaba en el arzón de la silla de montar y dio tal golpe a un moro en medio de la cabeza que se la partió hasta los pechos. No creo que nunca los antiguos virtuosos caballeros como Hércules, Anxiles, Troiol, Héctor, Paris, Sansón, Judas Macabeo, Galvaño, Lanzarote, Tristán o el osado Teseo hubiesen dado un golpe tan bello con sus manos. Cuando los moros vieron esto, hicieron sonar el cuerno, dejaron de batallar y se retiraron a un monte. Los cristianos los dejaron marchar de buena gana porque deseaban descansar, pero los siguieron un buen trecho para hacer más clara la demostración de su victoria. Después regresaron a la ciudad y todo el pueblo, tanto hombres como mujeres, entre gritos decían a Tirante:

—¡Viva el bienaventurado caballero Tirante! Bendito sea el día en que nació, el día que entró en esta tierra y el día que nos dio el santo bautismo. ¡A Dios ha placido que tú seas señor de todo el pueblo morisco!

Y con grandísima fiesta lo subieron al castillo donde encontró al rey de Túnez, el cual, después de haber sido curado de sus heridas, vio entrar a la reina y a todas las demás mujeres a caballo de las acémilas con las calabazas en la cabeza y cubiertas de sábanas. Cuando el rey supo el engaño que Tirante les había hecho, se rompió las vendas con las manos y no permitió que le volvieran a curar, sino que se dejó morir. A pesar de eso, antes de morir, se lamentó de esta forma:

—Ya es conocida la nobleza y virtud del famoso caballero Tirante el Blanco y a partir de ahora todos los reyes y caballeros de la Berbería se tienen que humillar ante él. Pero la victoria que ahora ha conseguido sobre nosotros no hay que atribuirla a sus fuerzas, porque nosotros hemos sido más poderosos en el combate y no tendríamos que haber dejado de combatir si no hubiese sido por la trampa en la que han intervenido las

mujeres. Quiero dejar de vivir a causa de esto y ofrecer mi cuerpo a deshonrada sepultura, porque antes de ahora nunca fui vencido en batalla ni corrompido por la avaricia.

Al verlo tan desesperado, Tirante tuvo compasión del rey de Túnez y le rogó que se dejase curar, porque sus heridas no eran graves, pero el rey dijo:

—Dejadme estar así esta noche, porque la fortuna me hará vencedor o vencido. Si soy vencido bajaré a los infiernos donde creo que se encuentra nuestro Mahoma, que no nos ha ayudado contra los cristianos; solamente si soy vencedor me dejaré curar.

A todo esto, el rey hacía recoger toda la sangre que le salía de las heridas y, cuando llegó la medianoche, se la bebió y dijo:

—Mi cuerpo no merece otra sepultura más que de oro o de sangre. Y con ésta que acabo de beber, acabaré mis tristes y amargos días.

Entonces puso la boca en el suelo y así entregó su espíritu. Y su alma se la llevó aquél a quien pertenecía. En cuanto hubo muerto el rey de Túnez, Almedíxer suplicó a Tirante que le concediese el cuerpo del rey y, como se lo otorgó, hizo correr la voz por el campo de los moros de que el rey había muerto y que viniesen a por él. Cuando los moros lo supieron, después de un afligido llanto, enviaron los mejores cincuenta caballeros para que se llevaran el cuerpo del rey. Al llegar a la ciudad pidieron a Tirante que les enseñase el cuerpo. Tirante mandó a Almedíxer que hiciese poner el cuerpo en una sala sobre una cama toda cubierta de un bello tejido de oro y que cien caballeros le hiciesen guardia con las espadas desnudas. Entonces Tirante hizo entrar a los moros, y habiendo reconocido a su rey, el mayor entre ellos dijo:

—¡Oh, tú, señor capitán, el mejor entre todos los buenos! Escucha lo que te digo: tú eres la claridad y la luz verdadera y por ti han sido iluminados los nuevos cristianos de Berbería. Tus bondades y virtudes se manifiestan más todavía, porque has honrado a este magnánimo señor, ya que él es merecedor de las honras que le haces. Enalteciéndolo a él, te honras a ti mismo. La adversa fortuna ha llevado a este rey donde se encuentra, pero sus grandísimas virtudes eran tales que eran dignas de conquistar todo el mundo, de señorear sobre toda la cristiandad y de poner papa en Roma, sultán en Babilonia, y también de subyugar bajo su pie Asia, África y

Europa. Pero ahora, con su muerte, será destruido todo el pueblo morisco.

Y poniéndose de rodillas en el duro suelo, besaron los pies del rey mientras, destilando de los ojos vivas lágrimas, se lamentaban de su gran desventura. Entonces, el anciano caballero moro hizo la siguiente lamentación:

—¡Oh, gran Dios, señor y creador del cielo y de la tierra! ¿Cómo has podido permitir que un rey y tan virtuoso caballero haya muerto, cuando era el defensor de la santa secta creada por nuestro santo profeta Mahoma? ¡Oh, santo profeta Mahoma, defensor de nuestra libertad, ten piedad y misericordia de nosotros para que no tengamos que ser maltratados por los cristianos! ¡Rey de Túnez, que Dios te perdone, te haga elegir el camino de la verdad y que seas el mayor de todos allá donde tu alma irá!

Después se volvió hacia Tirante y le dijo:

—Señor capitán, el dolor acompaña nuestras miserias, porque estamos atormentados por el gran hedor de los cuerpos muertos que no hemos podido enterrar y que van por el campo rodando hasta las mismas puertas de nuestras tiendas. Nuestra sangre derramada clama por este buen rey de Túnez. No oímos más que: «Tal ha muerto», «El rey tal ha acabado sus días», «Al otro le han desgarrado los miembros». Tú, Tirante, que naciste en el planeta de Saturno, has esparcido voluntariamente la sangre real de tantos reyes que han muerto por culpa tuya. ¡Maldito sea el día que llegaste a esta tierra y maldita la galera que aquí te trajo!

Al oír tan locas palabras, Tirante se echó a reír y dijo:

—Caballero, te doy las gracias por tu mal hablar. No quiero satisfacer tus locas palabras, porque aunque mereces ser lanzado desde lo alto de la muralla, veo que la ira te ha hecho perder el juicio y la razón. Vete del castillo con tus compañeros antes de que te venga un mal peor.

Entonces los moros pidieron el cuerpo del rey, pero Almedíxer les respondió que, a causa de sus malas palabras, no se lo merecían, y que lo darían a comer a las fieras si no le daban veinte mil dobles. Los moros lo aceptaron para poder dar digna sepultura al rey, se llevaron el cuerpo y, al verlo, todos los moros iban diciendo a una sola voz: «¡Muera el traidor capitán de los malignos cristianos, que con triunfante fama quiere

conquistar toda la monarquía!». Entonces, el rey de Domás dijo:

—Señores, siempre he oído decir que el apetito natural está más inclinado a obrar mal que el juicio, y que el juicio saca al sabio de grandes peligros. Este capitán, con su cruel mano, ha matado a más de ochenta mil moros con la ayuda de los renegados de nuestra raza. Por eso soy de la opinión de que celebremos consejo entre nosotros y de que no les presentemos batalla sin hacer previsión, porque quien entra en batalla en desorden, tiene que salir huyendo.

Pero las razones del rey de Domás no fueron aceptadas por nadie. A continuación, aquél que había sido nombrado rey de Tremicén fue el siguiente en hablar y dijo:

—Lo que nos parece difícil de conseguir, en realidad es muy fácil y sencillo, porque si presentamos batalla en la ciudad donde se hallan encerrados nuestros enemigos, podremos dar muerte con nuestras fuertes y sanguinarias manos no solamente al rey Escariano, el cual tiene dejada nuestra buena, santa y justa secta, sino también a su gran capitán, que sabe tanto de los asuntos de armas. Pero con varas de hierro le daremos tal paliza que le haremos besar la generosa tierra de nuestra provincia.

Entonces todos fueron hacia la ciudad donde, con gran intrepidez y fuerza, presentaron una batalla tan fuerte y cruel que parecía que se hubiesen abierto los infiernos. Tirante, que estaba siempre a punto, viendo venir la gran morisma, ordenó sus tropas y la ciudad quedó bien abastecida. La reina y las demás mujeres subieron a caballo y se organizaron como en la ocasión anterior. El rey Escariano inició la batalla como virtuoso caballero y no tuvo piedad de nadie que se pusiese ante él. Fue tanto el ardor que puso en ello que se avanzó delante de todos, y sus enemigos, cuando lo encontraron sólo, le mataron el caballo. Entonces, ya él en el suelo, se apresuró a hacer una devota oración a la Virgen María en la que le pidió ayuda y protección. En esto, el señor de Agramunt y Almedíxer vieron acercarse una escuadra, con una bandera azul en la que había pintado un enjambre de abejas de oro con la intención de matar al rey Escariano. Y pensando que se trataba de su capitán, fueron a socorrerlo. Como Tirante combatía en la otra parte del campo, un servidor del rey fue hasta allí y, con grandes gritos, le dijo:

—Señor capitán, ¿por qué no vas a ayudar a tu amigo, el rey Escariano, a quien los moros quieren quitar la vida?

Y Tirante, sin oír más, dejó a su gente, se acercó a aquella parte y encontró al rey a pie, porque no le dejaban subir a caballo. Pero Tirante y los suyos atacaron a la morisma e hicieron caer mucha gente al suelo. ¡Triste de la madre que allí tenía a su hijo!

Entonces llegó otra bandera roja pintada con águilas con sesenta mil hombres de armas, momento en el que el capitán hizo salir a toda la gente de la que disponía al portal de la ciudad y empezaron una cruel y dolorosa batalla. El rey de Tremicén fue al encuentro de un caballero muy valiente y virtuoso y luchó contra él durante un buen espacio de tiempo. Cuando el rey de Persia lo vio combatir con tanta valentía, fue para ayudar al de Tremicén; pero el combate fue tan infortunado que el caballero le clavó la punta de la espada en el ojo izquierdo. Este caballero se llamaba Melquisedec.

Aquella batalla fue tan cruel y sangrienta que duró desde la mañana hasta que la oscuridad de la noche los obligó a separarse. Tan pronto como a la mañana siguiente comprobaron el estado del campo, encontraron que allí había treinta y cinco mil setenta y dos hombres, la mayor parte de ellos muertos, porque muchos cristianos no murieron hasta que fueron confesados y se encomendaron a Dios Nuestro Señor, mientras que los moros se encomendaron a Mahoma.

Los reyes moros, viendo que sus males aumentaban cada día y que perdían mucha gente, decidieron pedir tregua para treinta días y así se lo hicieron saber a Tirante. Pero aunque a él le parecía que no se la debía otorgar, el rey Escariano, el señor de Agramunt, Almedíxer y Melquisedec aceptaron la tregua, porque había mucha gente herida. Y una vez firmada, las mujeres fueron por el campo recogiendo los cuerpos de los cristianos para poderlos enterrar en magníficas sepulturas.

Una noche antes de la tregua, los moros decidieron ir a las montañas de Fez donde poderse rehacer y prepararse para luchar contra los cristianos. A medianoche recogieron el campamento e hicieron su camino. Al día siguiente, al enterarse Tirante, mandó a todos sus hombres que se armasen y que los siguiesen a caballo. Los perseguidores que iban primero consiguieron gran parte de los carruajes y allí mismo mataron a algunos moros. Entonces los reyes fugitivos enviaron mensajeros al capitán para que diera escarmiento a los que habían matado y robado, ya que habían firmado tregua de treinta días. También le dijeron que si no la

quería mantener, ellos enviarían embajadores a los grandes señores, emperadores, condes y marqueses y darían a conocer la gran maldad y la ruptura de la palabra que habían cometido el rey Escariano y Tirante el Blanco, capitán mayor de los cristianos.

Tirante, una vez oída la embajada, pensó en la promesa que habían hecho y como quería conservar su honor, satisfizo a los moros y puso en libertad a diez de los cautivos por cada uno de los que habían matado. Este acto aumentó aún más la virtud de Tirante, ya que ganó fama de ser el mejor cristiano y el más justo caballero que se podría encontrar en todo el mundo. Finalmente, los moros partieron y atravesaron las ásperas montañas. Cuando Tirante supo que habían traspasado los puertos, se puso a conquistar todos aquellos reinos y tierras que había a esta parte de donde se encontraban los moros. Al cabo de unos días, el señor de Agramunt dijo al capitán:

—Señor, me parece que sería conveniente, para acabar pronto esta conquista, que yo pasase a la otra parte de los puertos para conquistar las villas, ciudades y castillos que hay. Después, cuando vuestra señoría ya haya subyugado estos reinos, podríais pasar a aquella tierra y, con poco trabajo, llegaríais a señorear toda la Berbería.

Esta sugerencia le pareció muy bien a Tirante y él y el rey Escariano decidieron que el señor de Agramunt partiese rápidamente. Lo hizo con diez mil caballos y dieciocho mil hombres de a pie. Y cuando hubo pasado los puertos y vio que había muy poca gente de armas en aquella tierra, comenzó a someter muchas villas, ciudades y castillos, unos por fuerza y otros con mucho gusto.

Conquistando, llegaron cerca de una ciudad que se llamaba Montágata, que era de la hija del rey de Belamerín, que había muerto al inicio de la guerra, como también su esposado. Cuando los de la ciudad supieron que los cristianos estaban tan cerca se reunieron en consejo y decidieron enviar las llaves de la ciudad al señor de Agramunt. Aquél las aceptó y les otorgó todo lo que le pidieron. A pesar de eso, cuando ya se acercaban a la ciudad, los que la regían se arrepintieron de lo que habían decidido y deliberaron morir antes que entregarse.

Habiéndose visto burlado, el señor de Agramunt sitió cada una de las puertas de la ciudad. Un día decidió dar combate y éste fue tan bravo y tan áspero que más no habría podido ser. En una ocasión, cuando se

acercaba el señor de Agramunt a la muralla, le lanzaron una ballesta y lo hirieron en la boca. Cuando sus hombres lo vieron herido de una forma tan fea, pensaron que lo habían matado. Y lo pusieron en un pavés, lo llevaron a su tienda y dejaron de combatir. Entonces el señor de Agramunt hizo voto a Dios y a los santos apóstoles de que, por el engaño que le habían hecho y por el dolor que sentía en la herida, no se iría de allí hasta que la ciudad fuese tomada y que todos, tanto hombres como mujeres, grandes y pequeños, viejos o jóvenes, pasasen bajo su espada. Por esta razón, envió a Tirante una súplica para que le enviase su artillería mayor.

Tirante, cuando supo que su primo hermano se hallaba herido de tan mala manera, no solamente hizo partir toda la artillería, sino que él mismo y toda la gente fueron hasta aquella ciudad. Antes de descabargar mandó que diesen combate a la ciudad y éste fue tan fuerte y tan áspero que tomaron una gran torre, que era de una mezquita y que estaba muy cerca de la muralla de la ciudad. A la mañana siguiente, los moros ordenaron decir al capitán, de parte de la señora y de todo el pueblo, que los hombres más honrados de la ciudad se entregarían a ellos con la condición de que los dejasen vivir de acuerdo con su ley y, además, que cada año le darían treinta mil coronas de oro y también todos los prisioneros que tenían. Tirante les respondió que, ya que su primo hermano había sido el engañado, que se dirigiesen a él y que lo que él decidiese, lo daría por hecho. Pero cuando los moros llegaron delante del señor de Agramunt, por más que le suplicaron, no pudieron conseguir nada. Entonces el pueblo decidió enviarle a la señora con muchas doncellas para ver si podían ponerse de acuerdo con él.

Aquí hace el libro un paréntesis dedicado a narrar las aventuras de Placerdemivida.

Capítulo XXX. Tirante encuentra y libera a Placerdemivida

Tal como ya ha sido mencionado, la inmensa piedad de Dios Nuestro Señor quiso que Placerdemivida fuese liberada del naufragio y llevada a la casa de la hija del mercader de Túnez. Dos años después, la hija del mercader tomó marido cerca de aquella ciudad y Placerdemivida continuaba viviendo con ella como cautiva y se ganaba la vida con mucha honestidad dedicándose a tejer con oro y seda como es costumbre entre las doncellas griegas. Un día que su señora fue a Montágata, dejó a Placerdemivida cuidando la casa. Cuando la dama llegó a la ciudad, fue a comprar algunas cosas y a hablar con la hija del rey, a la cual dijo:

—Señora, he venido aquí porque me han dicho que vuestra alteza tiene el propósito de tomar marido y que estás proveyéndote de camisas de oro y de seda, y también de otras cosas necesarias para el ajuar. Yo tengo una esclava, joven y discreta, que en el tiempo de su infancia bordaba muy singularmente. Ved aquí una muestra de lo que sabe hacer. Te la puedo vender por el precio de cien doblas, aunque deje perder todo el trabajo que le he dedicado.

La reina, cuando vio la muestra, pagó con mucho gusto el precio que le había pedido. Y la mora añadió:

—Muy contenta estoy de dejártela por este precio con una condición: que le digáis que te la he dejado por dos meses, ya que me ama mucho y si supiese que la he vendido se enojaría y se entristecería extraordinariamente.

Así fue cómo Placerdemivida pasó a servir a la reina, justo un poco antes de que la ciudad fuese sitiada y de que los moros tomasen muchos cristianos prisioneros, entre los cuales se hallaba un hombre de armas que bogaba en la galera de Tirante cuando ésta se perdió. Como Placerdemivida lo reconoció, le preguntó:

—¿Eres tú uno de aquellos cristianos que se encontraban en la galera que naufragó en los mares de Túnez?

—Señora —contestó el hombre—, es verdad que me encontraba allí y que llegué casi muerto a tierra. Después fui vendido y comprado.

—¿Qué me puedes decir —volvió a preguntar ella— de Tirante? ¿Dónde murió?

—¡Válgame Santa María! —respondió—. Está vivo y bien vivo, es capitán y se está esforzando en conquistar toda esta tierra.

También le contó cómo había sido herido el señor de Agramunt. Después ella le preguntó:

—¿Qué es de Placerdemivida?

—La doncella por quien preguntáis —contestó el preso—, se cree que murió en el mar. Nuestro capitán ha llevado un gran luto por ella.

Placerdemivida, al saber que Tirante estaba vivo y que se hallaba tan cerca, pensó en huir. Pero no lo hizo porque pensó que lo más pronto posible dejaría de estar en cautividad gracias a la intervención de Tirante que, con su arte de caballería, había conquistado gran parte de Berbería y había oído contar tantas veces las famosas victorias del capitán de los cristianos. Llegado el día en el que su señora tenía que ir a hablar con los capitanes, Placerdemivida se disfrazó muy bien, de forma que nadie la pudiese reconocer. Cuando la señora, que iba acompañada de cincuenta doncellas, estuvo delante de Tirante, éste no la quiso escuchar, sino que le dijo que fuese a su primo hermano, el señor de Agramunt. Y si éste había dado mala respuesta a los embajadores, peor se la dio a la señora. Entonces ellas, con la esperanza perdida, regresaron llorando. A la mañana siguiente, Placerdemivida dijo a la señora y a los honrados hombres de la ciudad que si le daban licencia para salir, ella hablaría con el capitán y le diría tales cosas que él haría todo lo que ella quisiese. Tan buenas razones les dio que permitieron que fuese, ya que habían perdido toda esperanza. Entonces Placerdemivida se atavió aquel día como una honrada mora, ennegreció con alcohol sus ojos para que no la reconociesen y cogió treinta doncellas para que la acompañasen. A mediodía salieron de la ciudad, fueron al campamento y vieron a Tirante en la puerta de su tienda. Al ver éste que venían, les mandó decir que fuesen al señor de Agramunt, que él no podía hacer nada. Entonces Placerdemivida dijo:

—Decid al señor capitán que él no nos puede denegar la vista, ni menos aún el hablar, porque si lo hiciese sería llamado injusto, ya que él es caballero y nosotras doncellas y por la orden de caballería está obligado a darnos consejo, favor y ayuda.

Entonces el camarero volvió con la respuesta al capitán y le dijo:

—A fe mía, señor, que en compañía de aquellas mujeres viene una doncella que habla muy bien la aljamía y con mucha gracia. Por los servicios que os he hecho, os ruego que, cuando toméis la ciudad, la hagáis hacerse cristiana y que me la deis por mujer.

—Ve —contestó el capitán— y hazlas venir aquí.

Una vez delante de él, le hicieron una gran reverencia y Placerdemivida comenzó a decir:

—Tu magnánimo y generoso corazón, capitán, no puede hacer sino lo que tiene por costumbre, porque tu nobleza está llena de misericordia y de piedad. No quieras ignorar, por tanto, a los habitantes de esta afligida ciudad que, con las manos juntas y con las rodillas en el suelo, te besarán los pies y te demandarán merced. La mayor venganza que puede hacer un caballero a su enemigo, si le pide merced con las rodillas en el suelo, es perdonarlo por grande que haya sido la ofensa. Te suplico, pues, que mis palabras no enojen a tu señoría, porque con tu valeroso ánimo has dado muerte a miles de turcos en Grecia, después has sufrido un naufragio y has venido a este reino de Berbería. Y aquí, con el rey Escariano, has sido la causa de la huida de tantos temerosos reyes y tu mano está ya cansada de matar tantos moros. Suplico a tu alta señoría, por el amor de aquella serenísima doncella que tú amas y adoras, que tengas dolor y compasión de la señora de esta ciudad y de todo el pueblo, y que tu humanidad no consienta que tal señora sea desposeída de sus bienes y de su heredad. Ya que eres tan magnánimo y quieres llegar a ser a monarca, no seas cruel y manda al señor de Agramunt que firme la paz, porque veo que la fortuna te es tan próspera que todo lo que mandes se cumplirá tanto en el cielo como en la tierra.

Tirante no permitió que hablase más, sino que con cara airada le respondió:

—A mi primo hermano, el señor de Agramunt, que había venido a esta

tierra en mi lugar, le habéis hecho sentir un dolor inestimable con gran crueldad y traición. Y el campo se encuentra lleno de cuerpos muertos de gloriosos jóvenes; ¿cómo podéis, pues, pedir misericordia si vosotros no la tenéis? Ciertamente os digo que nadie de vosotros conservará la vida si no pasa de noventa y cinco años o tiene menos de tres. Desapareced de mi presencia, que ahora no es tiempo de misericordia, sino de crueldad.

Pero Placerdemivida, impaciente por tal respuesta, con voz esforzada le replicó:

—De mala muerte murieron Aníbal y Alejandro movidos por la ambición del poder. Nabucodonosor, que fue rey de Babilonia, destruyó Jerusalén como tú quieres hacer con esta ciudad, pero pronto perdió la señoría de aquélla. Así te ocurrirá a ti si perseveras en la crueldad. Di, capitán sin misericordia, ¿qué derecho tienes tú sobre esta ciudad? ¿Te la ha dejado tu padre? ¿Crees que yo, aunque soy mora, no sé cuáles son las obligaciones de un caballero? ¿No sabes que Nuestro Señor dijo bienaventurados serán los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios? ¿Por qué vas contra sus mandamientos? Mira qué dice un santo cristiano que vosotros tenéis en gran estima llamado Agustín: «No ha estado lejos del pecado quien consiente el pecado de otro». Haz uso de tu virtud con nosotros que tan humildemente te suplicamos, y que no te mueva a crueldad la tiránica codicia que poseéis tú y los tuyos. Por la gran esperanza que tienes de obtener victoria sobre esta miserable ciudad, te suplico que cese tu odio. Te aconsejo que aquí firmemos la paz y que pienses en los peligros futuros, porque no es bueno guerrear con doncellas.

No tardó Tirante en replicarle:

—Doncella, me parece que eres como aquél que roba un toro y ofrece las piernas por amor de Dios, porque si eres mora, ¿cómo pueden salir de tu boca alegaciones sobre los santos si no sabes quién es Dios ni quiénes son sus benditos santos? Yo, por gran pecador que sea, me arrepiento del mal que a veces hago y pido perdón a Dios, mientras que vosotros seréis condenados eternamente porque la preciosa sangre de Jesucristo fue vertida en su pasión para la redención de todos aquéllos que se hayan bautizado. Si vosotros mostráis tanta tristeza, no es por el mal que habéis hecho, sino por el mal que os espera en consecuencia de la ira de las heridas del señor de Agramunt. No acepto vuestra promesa porque prefiero la gloria al dinero, sobre todo siendo yo Tirante el Blanco, del

linaje de Roca Salada, caballero y no mercader. También tienes que saber que no tengo la costumbre de combatir contra doncellas, excepto en habitación secreta y, si es perfumada, aún mejor. De ninguna forma puedo otorgaros la paz que me pedís, si no es que venís de parte del señor de Agramunt.

Pero Placerdemivida no tardó en replicarle de la forma siguiente:

—No creas que no podría contestar a todas las razones que me has dado, pero no creas que yo soy una de aquéllas que se limpian los mocos con la manga, porque he sido yo quien ha inducido a esta señora y a sus doncellas a venir delante de tu señoría a pedirte misericordia. Si no lo consientes y no obras con la virtud que corresponde a un caballero, iré por el mundo lamentándome de tus crueldades. Aunque mi corazón lllore gotas de sangre, hablaré delante de la excelencia del rey Escariano, que ha mostrado mayor amor a la reina, su mujer, cosa que no hiciste tú con aquella excelentísima princesa. Mira, capitán virtuoso, yo hablo con espíritu de profecía. ¿Recuerdas el día que recibiste el honor de la orden de caballería en la próspera corte del rey de Inglaterra? ¿Y las batallas que entonces libraste en las que sin ningún engaño venciste a dos reyes, a dos duques y virtuosamente mataste al señor de las Vilesermes? Seguramente no te has olvidado de Kirieleison de Montalbán y de su hermano. ¿Qué podremos decir de Felipe, el hijo del rey de Francia? Con tu gran saber, lo hiciste rey de Sicilia, y ahora posee la hija, el reino y la corona. No conviene que me olvide de decir que tu señoría socorrió a los religiosos de Rodas. ¡Oh, señor Tirante, Dios te aumente el estado, la vida y la condición, y que después de tu muerte puedas poseer la gloria del paraíso! El emperador de Constantinopla, habiendo oído hablar de tu fama, te hizo ir a su corte y te dio el bastón de la capitánía general. Di, capitán, señor, ¿recuerdas aquella serenísima princesa, la más bella y virtuosa de las doncellas del mundo que después de la muerte de su padre esperaba sucederlo en la corona del imperio griego? ¿Recuerdas a aquel famoso caballero y primo hermano tuyo, Diafebus, al cual diste el condado de Santo Ángel, después lo hiciste duque de Macedonia y le diste a Estefanía por mujer? ¡Oh, linaje de Roca Salada, el más digno en bondad y virtud que hay en el mundo! ¿Qué es ahora de vosotros? Estáis tristes e infortunados detenidos en poder de los infieles, mientras vuestro maestro y pariente, Tirante el Blanco, ni se acuerda ni se preocupa de vosotros. ¿Quién os ayudará y os liberará de la cautividad? Mi corazón de mora llora gotas de sangre por vosotros. ¡Llorad, tristes, y lamentad que Tirante el

Blanco os haya olvidado! No me extraña que os tenga en el olvido cuando ha olvidado también a una señora, de la cual no diré el nombre, que es la mayor en dignidad y mejor de toda la cristiandad, por conquistar esta tierra malvada.

Mucho se admiró Tirante al oír todas estas palabras y, con cara afable, queriendo que le dijese cómo sabía ella tanto sobre su vida, le rogó:

—Mi pensamiento está alterado por haber oído palabras que han herido mi alma. No puedo creer que tú seas humana, sino que pienso que eres un duende revoltoso o un mal espíritu que ha tomado forma humana para conseguir que yo no destruya esta ciudad ni a sus habitantes, que adoran y sirven al diablo. Tendrás que darme razón de ti misma para que yo sepa quién eres y por qué causa sabes lo que acabas de recitar. En caso contrario, no cambiaré mi propósito, ya que tú me has refrescado las heridas de mis parientes, que continuamente me atormentan, aunque tú digas que las he olvidado. También tienes que saber que, aunque no demuestre pasar pena, no dejo de recordar a aquella serenísima señora ya que es ella quien hace que mis trabajos sean alegres. ¡Oh, doncella! Ya que tu discreción es tanta y que eres tan instruida en nuestra santa ley cristiana, solamente te falta que recibas el bautismo. Pero ahora te ruego que, por amor y caridad, te plazca decirme cómo sabes todos los hechos de mi vida.

Placerdemivida mudó su cara, que antes mostraba airada, y con una sonrisa le dijo:

—Ay, Tirante, ¡eres cojo de la pierna de la misericordia, que es mayor que la de la justicia! Ve en persecución de los reyes fugitivos y déjanos a nosotros vivir en bienaventurado descanso. Por lo que a mí respecta, quiero asegurarte que no soy un diablo, sino una criatura racional creada por Nuestro Señor Dios, y que deseo servirte. Delante de los presentes quiero recitarte tus errores para que, de ahora en adelante, no haya ocasión de tener guerra entre nosotros. ¿No eres tú aquel príncipe del linaje de Roca Salada que entraste en batalla en el castillo de Malveí con la bella Carmesina? Y si no estoy loca del todo y no he perdido el juicio, me parece que he oído decir que la princesa, queriendo suplir tus ruegos y súplicas, consintió en que entrases en su habitación en hora inconveniente; también he oído que te puso en la cabeza la corona de su padre, que es la del imperio griego, y que te tomó por universal señor con el consentimiento de una triste doncella que se llamaba Placerdemivida.

Tan poco te acuerdas ni de una ni de la otra, que parece que nunca las hubieses conocido. La alteza que tú has olvidado está más muerta que viva dentro del monasterio de Santa Clara y siempre reclama el bienaventurado nombre de Tirante, en quien ella tiene posada toda su esperanza. ¡Oh, Tirante, cómo has sido desnudado de toda bondad! Si no ignoras que los turcos han subyugado toda Grecia, excepto la ciudad de Constantinopla, ¿consentirás que tu mujer caiga en poder de los moros? Tú conquistarás esta tierra poblada de malas gentes, mientras ellos conquistan a tu mujer junto con todo el imperio. Mira, infortunado, que te encuentras en un punto en el que los moros pueden tomar los despojos de la virginidad de tu esposada y todo el imperio griego. Si la fortuna te da la victoria y tomas esta ciudad, ¿qué gloria podrás conseguir de ello si has sido vencedor sobre gente ya vencida? Ye, saca de la cautividad a todos tus parientes que están en tan dolorosa cárcel y libera a tu suegro y a la miserable Carmesina del dolor, el hambre y la miseria en que se hallan.

Al oír Tirante hablar así a la doncella, lanzó un suspiro que había salido del rincón más escondido de su corazón, sobre todo cuando recordó a su señora, que era la cosa que él más amaba en este mundo. Y fue tanta la alteración que tuvo, que perdió el sentido y cayó al suelo. Al verlo, todos pensaron que había muerto y por eso se les empañaron los ojos. El rey Escariano, llorando vivas lágrimas de sus ojos y con la voz tan rota que casi no podía hablar, reprendió a Placerdemivida con las palabras siguientes:

—¡Oh, doncella! Eres digna de gran reprensión. Te aseguro que si este caballero muere por tu mal hablar, tú y todas las que te acompañan seréis condenadas a cruel muerte. ¡Oh, doncella de mala gracia y peores hechos! Con lengua llena de veneno has entrado en esta tienda: ¡que el diablo te lleve! Di, doncella, ¿será posible que hayas vencido a una persona tan joven dentro de nuestras tiendas, sin batalla ni heridas, sin golpes ni fracturas, sino solamente con el veneno de tu lengua?

Entonces se acercaron los médicos y dijeron:

—No hay duda de que nuestro capitán está muy mal. Está llegando a su fin.

Inmediatamente el rey Escariano tomó a la doncella y mandó que le atasen bien las manos. Placerdemivida, cuando se vio maltratada de esta forma, movida por la impaciencia, con voz airada, comenzó a decir:

—No corresponde a la dignidad real hacer uso de la crueldad, sino que los reyes han de ser clementes y piadosos. Tú muestras que eres joven y pobre en virtudes ya que, por ser rey y caballero, no tendrías que ser cruel ni sanguinario, sobre todo contra las doncellas. Y no lo digo por mí, ya que vendrá el tiempo en que te arrepentirás y no querrás haber hecho lo que haces ahora. Pero déjame acercarme al señor capitán, porque yo lo tuve en mis faldas antes de que tú lo conocieses; déjame utilizar los remedios que conozco, ya que veo que estos médicos no saben hacer nada por él. Después haz de mí lo que quieras, porque no temo la muerte por cruel que me la hagas llegar, ya que con tus palabras he obtenido la gloria de haber vencido y matado a este invencible caballero.

Inmediatamente la doncella se sentó en el suelo, se rasgó la aljuba y la camisa hasta mostrar los pechos, cogió el cuerpo de Tirante, lo puso sobre sus faldas y le colocó la cara sobre sus pechos. Entonces, con piadosa y afable voz dijo:

—Magnánimo capitán y caballero invencible, Tirante señor, abre tus ojos de piedad y escucha las últimas súplicas de esta desventurada doncella, la cual pide a tu señoría con corazón devoto y humilde que recobres el juicio, porque yo prefiero la muerte causada por tus manos que si otro me devolviera la vida.

Conviene saber que Tirante tenía un tumor duro sobre un hueso dentro de la oreja que le había causado el señor de las Vilesermes, y cada vez que se desvanecía o perdía el sentido, si se le ponía el dedo dentro de la oreja, recobraba enseguida la mente a causa del daño que le hacía. La doncella, que lo sabía, lo hizo y, cuando vio que Tirante abría los ojos y lanzaba afligidos suspiros, se alegró mucho, con gesto y cara afable, dijo:

—Capitán, sé que tu señoría está en la isla de los Pensamientos y que tus deseos atormentan tu espíritu. Te suplico que no alteres el orden de las cosas ni tu costumbre, que es perdonar, porque ya hace tiempo, señor Tirante, que pones en peligro nuestra vida al combatirnos de noche y de día. No quiero que tu señoría tenga que trabajar tanto y por eso te pido que comiences matándome a mí, que soy una doncella indefensa, con esta espada afilada.

—Doncella —respondió Tirante con la mejor voz que pudo—, ¡me parece que a ti te ocurre como a la abeja, que lleva la miel en la boca y el aguijón

en la cola! Estoy muy admirado de las cosas que he oído y mucho deseo saber cómo has tenido noticias de aquella serenísima princesa. Dímelo, te lo ruego.

Mucho se alegró Placerdemivida de la buena respuesta del capitán y, habiendo decidido descubrirle su identidad, con cara afable le dijo:

—¡Oh, señor Tirante!, humildemente suplico a tu señoría por el amor de aquel Dios en quien crees, que tengas piedad y compasión de este pueblo afligido aunque solamente sea por el recuerdo de los infortunados casos de los griegos que te he mencionado, que han sido liberados con tu virtud y ayuda. A ti, Tirante, te recibimos como padre y protector nuestro, que se encuentra sentado en silla de misericordia y piedad, según nos prometió aquella excelentísima princesa Carmesina, quien nos dijo que tú, por su amor, perdonarías a todos aquéllos que en su nombre lo reclamasen. Y como tú eres el mejor entre todos los buenos, no nos puedes denegar nuestra petición. Actúa, pues, según quién eres.

Estando en estas razones, entró en la tienda el señor de Agramunt, muy turbado y con la espada en la mano, porque se había enterado de que Tirante había caído sin conocimiento en los brazos de la doncella. Cuando vio a Tirante en sus faldas, a causa de la gran ira que llevaba, no observó la disposición de Tirante y, con cara fiera y voz rota, comenzó a decir:

—¿Qué hace aquí esta envenenadora, invocadora de diablos? ¿Cómo la podéis soportar? ¿Dónde están los que se llaman amigos y servidores de Tirante? Poco muestran que estiman su vida, porque si así fuese no permitirían que una mora, enemiga de la santa ley cristiana, lo haya matado con sus hechizos, sin haberla degollado. Ya que vosotros no lo queréis hacer, lo haré yo aunque se ponga en duda el honor que me corresponde como caballero.

Entonces la cogió por los cabellos, se los estiró sin tener compasión ni piedad y le puso la espada sobre el cuello. Cuando Tirante, que estaba descansando sobre sus pechos, vio la espada tan cerca de la doncella, la cogió con las dos manos. El señor de Agramunt, creyendo que la espada estaba sobre el cuello de la doncella, la empujó tan fuerte como pudo, de forma que hizo una gran herida en las manos de Tirante. Y faltó poco para que, según dijeron los médicos, Tirante no quedase impedido de las manos. Tirante, habiendo visto el poco honor y reverencia que su primo le había guardado, se encendió de ira y exclamó:

—¡Oh, caballero infortunado, eres digno de ser desposeído de todo honor porque, por tu poco saber, has cometido tan gran falta, que no podrás enmendarla en tu vida! Con tu gran soberbia me has ofendido y eres digno de una gran punición. Pero, suplicaré a Dios que me dé un poco de paciencia, ya que no has tenido vergüenza y has mostrado tener muy poca gentileza con ella, por ser doncella, y conmigo, por ser Tirante. Si no reparas tu falta extenderé sobre ti mi ira y, para no ensuciarme la boca hablando mal, solamente te diré que maldito sea el día en que naciste, porque tú eres el más triste entre todos los de nuestro linaje.

Entonces el rey Escariano hizo partir al señor de Agramunt de la presencia de Tirante, pidiéndole que se dirigiese a su tienda. Él, con los ojos bajos de vergüenza, hizo una gran reverencia al rey y a Tirante y salió de la tienda muy avergonzado. Entonces Escariano, queriendo arreglar la situación, intercedió por el señor de Agramunt y rogó a Tirante que le perdonase su falta. Por complacerle, Tirante mitigó su ira y, mostrándose afable, echó toda la culpa a la ignorancia del señor de Agramunt. Después se dirigió a la doncella y le rogó que le aclarase si ella había estado cautiva en Constantinopla o quién le había contado tantas cosas sobre la señora princesa. No tardó Placerdemivida en darle la respuesta siguiente:

—La fortuna me ha traído al fin de mis días y en verdad que no hay nada en mí que pueda resistirse a tus fuerzas. Si quieres, puedes darme la muerte, pero también puedes hacerme tu cautiva. Pero ahora no es momento de malgastar palabras, sino de contestar a tu señoría.

Entonces se levantó, se arrodilló en el duro suelo y continuó diciendo:

—¡Cómo, señor capitán! ¿De esta forma habéis perdido la memoria? Bien es verdad que donde no hay amor, no puede haber recuerdo. ¡Cómo! ¿No soy yo la miserable y desventurada Placerdemivida, que ha soportado por vuestra señoría tantas penas, dolores y miserias e, incluso, la cautividad?

Al instante se le abrieron a Tirante los ojos de la mente y no la dejó hablar más cuando reconoció que ella era Placerdemivida. Entonces se arrodilló delante de ella y la abrazó y besó muchas veces en la boca en señal de verdadero amor. Después de unos momentos de gran alegría, Tirante mandó que levantasen un estrado en la puerta de la tienda cubierto con brocado y raso. Placerdemivida, vestida con un manto de brocado carmesí forrado de armiños, fue sentada en el punto más alto del estrado.

A la señora de la ciudad la hicieron sentarse en el último escalón y a las doncellas abajo, sobre las telas de raso, de forma que Placerdemivida parecía ser la reina. Y, como Tirante le había quitado el velo, llevaba los cabellos al aire y toda la gente pensaba que Tirante la quería tomar por esposa a causa del grandísimo honor que le hacía. Entonces, hizo una llamada para que todos los del campo viniesen a besar la mano de Placerdemivida bajo pena de muerte. Después decretó que todos los de la ciudad fuesen perdonados, y finalmente hizo preparar muchas viandas para organizar un banquete general en el que comiesen todos los que quisiesen. Aquella fiesta, que duró ocho días, fue la más singular que nunca se haya hecho en un campo.

El señor de Agramunt, cuando supo que aquélla a quien había querido matar era Placerdemivida, se sintió muy apenado por la falta que había cometido y suplicó al rey Escariano y a la reina que intercediesen en el perdón que quería pedir a Tirante. Entonces todos juntos fueron ante Tirante y el señor de Agramunt, con gesto humilde, le dijo:

—Tengo grandísima vergüenza por haber ofendido a vuestra señoría y no espero más que el premio que me corresponde, o sea: la muerte. Ésta será para mí más placentera que vivir en el recuerdo de mi vileza. Por eso os pido perdón y no sin gran vergüenza os manifestaré que, por no haber conocido que aquélla era Placerdemivida, cometí con mis propias manos tan gran insulto. Si vuestra señoría me deniega el perdón, mi propósito es pasar a poniente acompañado de la muerte, ya que allí pienso que pronto acabarán mis días. A pesar de eso, os suplico, por el gran amor que siento por vos, que me queráis perdonar o que me deis licencia para irme.

Cuando Tirante lo oyó hablar, se mostró como un caballero más virtuoso que malicioso porque, movido por la compasión, le respondió con gesto humilde, ya que afortunadamente el amor lo inclinó a tener merced, y dijo las palabras siguientes:

—La inmensa bondad de Nuestro Señor Dios no permite que nadie, por pecador que sea, si se ha arrepentido de sus ofensas y pide perdón, no tenga que ser perdonado. ¡Cuánto más tengo que hacer yo, que soy un gran pecador y, si no perdono, Dios no me perdonará! Por eso, abre los ojos de la inteligencia, haz entrar en ella la razón y desvía y refrena el apetito de irte a tierra extraña, porque eso sería huir. Valdría más que empleases tu tiempo en hacer tales ejercicios de caballerías que aumentasen tu estado, honor y fama.

En esto, intervinieron el rey y la reina para que Tirante hiciese las paces con el señor de Agramunt. Y así se hizo. Después partieron todos de allí y fueron al estrado donde estaba Placerdemivida y el señor de Agramunt le dijo:

—La adversa fortuna me hizo perder el juicio y me impidió reconoceros: ésta fue la razón de mi falta. Pero si vuestra gran virtud no me quiere perdonar, cosa que no puedo creer, iré vagabundo por el mundo pidiendo misericordia. Porque, si ha placido a la fortuna que no os haya conocido, me parece que, al arrepentirme, soy merecedor de perdón. Podéis estar segura de que nunca he pensado ofender a nadie, cosa que sí han hecho los habitantes de esta ciudad. Y si no os queréis compadecer de mí, hacedlo al menos por esta ciudad y por sus habitantes, que solamente tienen esperanza en vos. Yo, por mi parte, a causa de vuestro amor, he decidido no atacar más a esta ciudad ni a sus habitantes. Y no me disgustaría nada, para aumentar mis méritos, ser vencido por aquélla que, sin armas, ha podido vencer a nuestro invencible capitán.

—Las mujeres de honor —respondió Placerdemivida— no acostumbran a ser crueles ni vengativas y no permita la divina potencia que en el espíritu de una mujer griega pueda encontrarse tal falta, porque aunque vuestra merced me ha querido ofender, en gran parte no sois culpable, porque no sabíais quién era. La ofensa ha sido hecha solamente al señor capitán, bajo cuya fe estaba mi vida. No tenéis, pues, por qué pedirme perdón ya que no me tengo por ofendida y, si lo estuviese, bien contenta que estaría de perdonaros, ya que vos habéis perdonado, por mi amor, a la señora y a los vasallos de toda esta ciudad.

No dijo más porque venían el rey Escariano y Tirante. Después de esto danzaron y bailaron a la manera de los moriscos. Pasado el décimo día de las fiestas, los de la ciudad, junto con su señora, dieron las llaves de la ciudad a Tirante para que él hiciese con ellas lo que le placiese. Tirante cogió las llaves, las dio a Placerdemivida y la hizo señora de la referida ciudad. Entonces, con gran triunfo, la llevaron a caballo hasta dentro del palacio, como le correspondía, al tiempo que sacaban a la primera señora. Entonces Tirante dio a Placerdemivida servidores, mujeres y doncellas y, durante ocho días, fue señora no solamente de toda la ciudad, sino también de los castillos y de las villas que estaban bajo su dominio y señoría. Pasados estos días, Placerdemivida hizo venir a la señora de la ciudad y, poniéndole las llaves en la mano, le restituyó su heredad. La

señora, habiendo visto la gran cortesía y liberalidad de Placerdemivida, se arrodilló a sus pies y, destilando vivas lágrimas de sus ojos a causa de la alegría, le quiso besar los pies. Pero ella no lo quiso permitir, sino que se arrodilló delante de la otra. Entonces la señora, con humilde voz, comenzó a decirle:

—Las obras ponen de manifiesto la condición de las personas que las hacen y, como tú has mostrado tu gentileza y liberalidad, ya sé cuánto puedes y cuánto vales. Por nada del mundo aceptaría las llaves, ni menos aún la señoría porque tú eres más digna y más merecedora que yo; pero es tanta la obligación que te tengo por haberme restituido la vida, que quiero servirte tanto tiempo como tú me has servido a mí. Y ya que siempre me dices que me haga cristiana, te digo que estoy dispuesta a recibir, cuando tú quieras, el santo bautismo con mucho amor y gran devoción.

—Señora mía —dijo Placerdemivida—, tienes la obligación de tomar las llaves y la señoría, porque te lo mereces y, ya que tu merced me hace la gracia de quererte hacer cristiana, quiero tenerte de ahora en adelante como a una hermana.

Así pues, finalmente la señora, con gran humildad, cogió las llaves para alegrar a Placerdemivida. Al haberse efectuado el cambio de señoría, la doncella salió de la ciudad y volvió al campo donde fue recibida por Tirante y por todos los demás con gran honor. Entonces, Placerdemivida les contó que había devuelto la ciudad a la señora y, aunque Tirante se mostró muy alegre, el señor de Agramunt dijo:

—¿No habría estado bien que se me hubiese pedido la opinión? ¿Cómo quedo yo con el voto que hice?

—¡Cómo es la fortuna! Ella te ha reservado las victorias que obtuvo tu padre contra los ingleses, para que las puedas aumentar, aunque sea a causa del temor que la gente tiene de ti. ¿Qué pides ahora si ya has perdonado a la ciudad? No me parece que tu pretensión sea digna de un caballero, porque mucho peor sería esta acción que la que cometiste primero. Calma tu ira, ya que los habitantes de esta ciudad te son amigos y servidores. No me quieras arrebatarse ahora el honor, pues he obrado virtuosamente según mi conciencia. ¿Dices que has hecho voto de que todos los de la ciudad han de pasar bajo tu espada? Pues, con mucha voluntad te complacerán para mitigar tu ira y hacer que resultes liberado

de tu miserable voto. Se puede hacer de esta forma: que la majestad del señor rey tome tu espada por el pomo y el egregio capitán por la punta, y así todos los de la ciudad pasarán por debajo de ella, de forma que vuestro voto quedará liberado.

Entonces todos se pusieron a reír y, a pesar de ello, así se hizo: todos los de la ciudad pasaron bajo la espada de acuerdo con el voto que el señor de Agramunt había hecho. Después, Placerdemivida rogó a la señora que se bautizase tal como había prometido. Pero no solamente fue bautizada ella, sino también mil trescientas personas más y después fueron convertidos todos los habitantes de aquella provincia. Antes de partir de allí, Tirante rogó a la señora que se casase con Melquisedec y a Placerdemivida que la indujese a aceptar aquel matrimonio. Y tanto se lo pidieron todos que, finalmente, aceptó. Después de las bodas y de los festejos correspondientes, Tirante y el rey Escariano partieron de la ciudad con toda la gente de armas, se llevaron con ellos a Placerdemivida y fueron a conquistar una provincia que era del hermano del rey de Tremicén. Después de haberla conquistado, Tirante nombró gobernador y capitán de ella a un valentísimo caballero llamado el señor de Antioca, que era muy amigo de Melquisedec. Tirante muy a menudo conversaba con Placerdemivida y un día, hablando de la princesa y del emperador, ella lo reprendió diciéndole cómo no dejaba la conquista de Berbería para socorrer al imperio griego. Pero Tirante le respondió que primero quería tener noticias seguras sobre el estado del imperio. También rogó a Placerdemivida que le contase todo lo que le había ocurrido desde el naufragio. Cuando lo hubo hecho, Tirante se compadeció mucho de ella y, por el amor que le tenía, le dijo:

—Tú, Placerdemivida, pensabas que no tenías más esperanza que morir, pero Dios no ha permitido que tus méritos quedasen sin premio, ya que Tirante está aún vivo. Recuerda que después de la noche viene el día y, después de la nube, el bello sol y así, después de tres años de cautiverio, te ha venido la estimada libertad. Que no te duelan las pérdidas materiales, aunque podrías ser señora de la ciudad de Montágata, ciudad que tú has devuelto a aquélla de quien fuiste cautiva, aunque tú eres más digna de la señoría. Alégrate, pues, esforzada doncella, y no te preocupes de ningún peligro futuro, porque te prometo que te manifestaré el gran amor que siento por ti en bienes, en señorías y en parentesco. Haré que tu sangre se junte con la de Roca Salada y podrás ser contada entre las mujeres de Bretaña y, entre otros, no te faltará el título de reina. Y si me

acompañan la vida, los bienes, la fuerza, el alma y el honor, éstos te acompañarán a ti como tú me has acompañado en mis tribulaciones.

Y sin haber terminado Tirante estas palabras, ella quiso besarle las manos, al tiempo que inclinaba las rodillas y la cabeza hacia él. Pero antes le salieron las lágrimas de los ojos que las palabras de la boca:

—El deseo que he tenido siempre de servirte y la suavidad de tus palabras me han llevado a aumentar aún más el amor que te tengo, de forma que me parece poco morir por ti, Tirante, que eres merecedor, no de un reino o de un imperio, sino de señorear el mundo y de que te obedezcan, no solamente los mortales, sino también el mar, los vientos y la fortuna. Ahora estoy reconfortada de mis males pasados, gracias a tu gratitud, y aún me parecen pocos en vista de lo que tú mereces. Déjame, señor, que te bese los pies, ya que no sé por dónde comenzar a agradecerte los honores y las gracias que tan liberalmente otorgas. Dices que me harás pariente de la casa de Bretaña, mezclando mi sangre con la de Roca Salada y ésta es la mayor gracia que puede poseer una sirvienta o cautiva tuya. Mi corazón ha recibido un gran consuelo con tus palabras, pero espero que no te disguste liberarme del matrimonio porque supone una subyugación para nosotras, las mujeres, que de otra forma podemos tener libertad para darte placer y servirte, que es lo que más quiero.

Larga fue la disputa de Tirante con aquella doncella a causa del matrimonio que pensaba concertarle con el señor de Agramunt. Pero finalmente, después de distintas razones y alegaciones de muchas santas autoridades, Placerdemivida acabó consintiendo, y le dijo en pocas palabras:

—¡Castidad, vergüenza y temerosos pensamientos, huid de mí, porque mis oídos están habituados a permanecer abiertos a las palabras de Tirante y mi corazón a obedecer sus mandamientos, y por tanto es imposible que le denieguen ninguna cosa que vaya en beneficio del honor y del bien de Placerdemivida! Preparada está, señor Tirante, tu sirvienta: que se haga en mí según tu voluntad.

Aún hablaba Placerdemivida cuando Tirante se quitó del cuello una rica cadena y la puso sobre el de Placerdemivida en señal del futuro matrimonio. Después hizo llevar piezas de brocado y la vistió como a una reina. A continuación hizo una llamada al señor de Agramunt y le rogó que no se negase a lo que él diría, porque él ya lo había prometido. El señor de

Agramunt le respondió con las siguientes palabras:

—Señor Tirante, estoy muy admirado de que vuestra señoría me ruegue nada, porque con mandármelo es suficiente.

—Primo hermano —le contestó Tirante—, he decidido haceros rey de Fez y de Borgia y de daros por esposa a Placerdemivida, porque ya sabéis que todos los de nuestro linaje le estamos muy obligados por los afanes que ha pasado por nosotros y por el gran amor que siente por nosotros. Por otro lado, se trata de una doncella de grandísima discreción y de honestísima vida. Seguro que este matrimonio os vendrá muy bien a vos y a ella.

—Primo hermano y señor —respondió el señor de Agramunt—, no había decidido tomar esposa, pero para mí son una gracia y un honor excesivos que vuestra señoría me ruegue una cosa que yo os tendría que suplicar, y por eso, agradecido, os beso los pies y las manos.

Entonces Tirante lo cogió del brazo, lo levantó y lo besó en la boca, mientras el otro le agradecía muchísimo tanto los reinos como la mujer. Más se alegró Tirante de este matrimonio que de la conquista de toda la Berbería. Y así hizo que inmediatamente emparamentasen el palacio de la señora de Montágata, mandó venir a los músicos de toda aquella tierra e hizo una gran provisión de confites y vinos especiales para celebrar la fiesta. El día de las bodas Placerdemivida fue tan bien ataviada que parecía una reina. Entonces fue llevada, acompañada de la reina de Tremicén y de muchas otras doncellas, a la gran sala donde se encontraban el rey Escariano, Tirante y muchos otros barones y caballeros. Allí se celebraron los esponsales con grandísimas fiestas, danzas y muchas singulares colaciones. Y durante los ocho días que duraron las fiestas, Tirante tuvo el aparador preparado para todos los que quisiesen comer en él.

Capítulo XXXI. Tirante acaba la conquista de Berbería y se prepara para liberar el Imperio Griego

Una vez pasadas las fiestas, Tirante hizo armar una gran nave y cargarla de trigo para enviarla a Constantinopla y socorrer al emperador. Entonces llamó a Melquisedec, señor de Montágata, y le dijo que él tenía que ir con la nave, como mensajero para el emperador, y le rogó que se informase bien de la situación del imperio y de la princesa: le dio las instrucciones y las cartas credenciales, lo hizo ataviarse muy bien y mandó que fuese muy bien acompañado. Entonces izaron vela y con muy buen tiempo partieron para hacer el viaje.

Después de que hubo partido la nave, el valeroso Tirante ordenó levantar el campo, organizó la hueste, hizo cargar muchos carros con víveres y preparó la artillería con la finalidad de continuar conquistando otras villas, ciudades y castillos. Partió de allí y se dirigió a la ciudad de Caramén, que se halla en los confines de la Berbería y hace frontera con los negrines, o sea, con el territorio del rey de Borno, porque allí se habían refugiado tres de los reyes que huyeron después de haber sido derrotados por Tirante. Y con una gran multitud de gente de a pie y con caballos fue por aquellas tierras conquistando muchas villas, ciudades y castillos, unas veces por fuerza, otras mediante rendición, ya que muy a menudo sus habitantes iban al rey Escariano y a Tirante, les daban las llaves y les pedían merced. Éstos las aceptaban con muy buena voluntad, les aseguraban que no sufrirían daño en sus bienes ni en sus personas y les daban toda clase de franquicias. Por esto se les unían muchas gentes de a pie y con caballo. Y, a causa de la gran liberalidad que encontraban en Tirante, muchos se hacían cristianos; otros, por el contrario, continuaban en su secta sin ningún impedimento, por cuya razón decían que éste era el más magnánimo señor que se podía encontrar en todo el universo. Al llegar a la ciudad donde se habían refugiado los reyes, la sitiaron a una distancia de dos tiros de ballesta. Esta ciudad era muy grande y estaba muy bien amurallada y con un foso a su alrededor y también estaba bien provista de víveres y caballería. Cuando todo el campo estuvo alojado, Tirante hizo venir al rey Escariano, al señor de Agramunt, al marqués de Lizana, al vizconde de Branches y a muchos otros caballeros a su tienda y

decidieron enviar un embajador a los reyes que estaban encerrados en la ciudad. Como embajador fue elegido un español, natural de la ciudad de Orihuela, que se llamaba monseñor Rocafuerte, que había sido tomado en una galeota por los moros de Orán y puesto en libertad por Tirante. Este caballero era muy sabio e ingenioso porque había sido corsario durante mucho tiempo. Le dieron instrucciones y le dijeron que observase a la gente que había en la ciudad y cómo se habían organizado. Una vez terminado el consejo, el embajador se dirigió a la ciudad muy bien acompañado y bien ataviado y, después de haber pedido un salvoconducto, entró y se dirigió al castillo para visitar al rey de Fez, al rey Menador de Persia y al rey de Tremicén. Este último era sobrino del anterior y había sido elegido después de que el rey Escariano lo hubiese matado. Cuando el embajador se encontró delante de los reyes, sin saludar ni hacerles ninguna reverencia, les dijo:

—A vosotros, de parte del serenísimo y cristianísimo rey Escariano y del magnífico capitán vencedor de batallas, Tirante el Blanco, vengo yo como embajador para notificaros que de aquí a tres días tenéis que haber vaciado la ciudad de Caramén y toda la Berbería. Si no lo hacéis así, tendréis batalla, de la cual sin duda vendrá vuestra destrucción. Si queréis extender vuestra fama de sabios reyes, seguid este consejo y de esta forma conservaréis vuestras vidas.

Entonces el rey Menador de Persia le dio la respuesta siguiente en nombre de los otros tres reyes:

—No te creas, caballero, que la pérdida de tanta tierra y de tanta gente ha de flaquear nuestro ánimo, porque tenemos esperanza de que nuestro gran profeta Mahoma nos tiene que socorrer y ayudar. Por lo tanto, caballero, dirás al traidor y renegado rey Escariano, enemigo nuestro y de Mahoma, y también a Tirante el Blanco, que nosotros no abandonaremos la ciudad, ni menos aún la Berbería, sino que la defenderemos y, con la ayuda de nuestro gran profeta, les pagaremos la gran maldad que nos han hecho al robarnos nuestros reinos y haber echado a estos señores de sus tierras tiránicamente. Y para que sepan cuál es nuestro poder, que se preparen mañana para la batalla, porque nosotros saldremos de la ciudad para darles la malaventura.

Una vez que hubieron terminado, el embajador volvió la espalda y partió sin despedirse. Cuando llegó delante de sus señores, les dio la respuesta del rey Menador de Persia y entonces Tirante hizo reunir a los barones, a

los caballeros, a los capitanes y a toda la hueste y les dijo que se preparasen, que los moros querían darles batalla y que al día siguiente, al amanecer, todo el mundo estuviese armado y a caballo.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Tirante ordenó a sus capitanes de la forma siguiente: como capitán de la vanguardia puso a monseñor Rocafuerte con seis mil hombres de armas; del segundo batallón hizo capitán al virtuoso caballero Almedíxer con ocho mil hombres; del tercero, al marqués de Lizana con diez mil hombres de armas; del cuarto, al señor de Agramunt con la misma cantidad de hombres; del sexto fue capitán el rey Escariano, que llevaba quince mil hombres; y del séptimo y último fue capitán el mismo Tirante y, como se trataba de un batallón de socorro, colocó veinte mil hombres. Entonces Tirante los organizó a todos y, mientras esperaba que viniesen los moros, rezó una oración y los arengó para pedir el auxilio divino y alentar los ánimos.

Los moros, por su parte, organizaron sus capitanías de forma que primero pusieron de capitán al rey de Tremicén, que era un animoso caballero y valentísimo capitán, con diez mil jinetes; después hicieron siete escuadras, en la cabeza de cada una de las cuales pusieron a un valiente caballero moro con diez mil jinetes cada uno; el batallón de socorro estaba dirigido por el rey Menador de Persia y tenía veinte mil combatientes.

Ya organizados, los moros salieron de la ciudad y se dirigieron al campamento de Tirante. Cuando éste supo que los moros venían, como ya tenía a punto a toda su caballería y a toda la gente de a pie en orden, partieron del campo y se dirigieron hacia los moros, para que aquéllos no tuviesen el honor de llegar a su campo.

Una vez cerca, empezaron a hacer sonar las trompetas y los añafiles y los gritos de ambas partes fueron tan grandes que parecía que cielo y tierra se fueran a fundir. Entonces Tirante mandó al primer batallón que arremetiese contra ellos y el buen capitán Rocafuerte atacó con su gente tan violentamente que era cosa admirable de ver. Lo mismo hizo el rey de Tremicén, que atacaba con golpes tan mortales que no había nadie que osase ponerse ante él. Durante la batalla, el rey de Tremicén dio tan gran golpe de espada en la cabeza del capitán Rocafuerte que lo hizo caer del caballo. Y éste ciertamente habría muerto si no hubiese sido por el socorro del segundo batallón, ya que Tirante, cuando vio que su gente iba mal, hizo entrar a Almedíxer. Entonces entró también la otra escuadra de los

moros. En aquella ocasión habrías podido ver romper lanzas, tirar al suelo caballeros y caballos, y yacer en el suelo mucha gente muerta, tanto de los moros como de los cristianos. Pero como los reyes de Tremicén y de Fez eran caballeros tan valentísimos, nadie osaba ponerse ante ellos y por eso mataron a muchos cristianos. Entonces Tirante, que vio que la batalla iba mal, hizo que atacasen todas las demás escuadras conjuntamente, excepto la suya. Y lo hicieron tan repentinamente que mataron mucha morisca.

El rey Escariano se encontró con el de Fez y, como ya habían roto sus lanzas, se hirieron pecho a pecho sobre los caballos hasta que ambos cayeron al suelo. Cuando se levantaron combatieron con las espadas tan ferozmente que parecían dos leones hasta que las huestes de uno y otro rey los subieron a caballo y se los llevaron. Pero los moros, al ver que estaban perdiendo, hicieron que todas sus escuadras atacaran conjuntamente.

Entonces Tirante atacó con toda su gente y tendrías que haber visto la mezcla que se produjo y los grandes gritos que dieron los moros, porque veían que no podían durar mucho frente a los cristianos. Cuando el rey Menador de Persia, que había entrado en batalla como un can rabioso, vio a Tirante, se acercó hacia él y le dio tan gran golpe con la espada sobre la cabeza que por poco lo lanza del caballo; entonces Tirante se enderezó y dijo:

—Si no hubiese sido por mi yelmo, me habrías matado; pero juro por Dios que, si puedo, no darás ningún golpe más.

Y levantó la espada y le dio una puñalada al hombro derecho tan profunda que le cortó el brazo de cuajo y el rey, enseguida, cayó al suelo. Los moros, al ver muerto al rey de Persia, como desesperados dieron un nuevo ímpetu al combate tan bravamente que en poco tiempo la tierra estaba cubierta de cuerpos muertos; también habían tomado nuevos ánimos al observar que Tirante no luchaba contra nadie a quien no matase o lisiase al primer golpe. Durante la batalla, Tirante luchó contra el rey de Tremicén y le dio tan gran golpe con la espada sobre la cabeza que si no hubiese sido por el bacinete, habría muerto. Cuando el rey cayó al suelo, Tirante siguió adelante pero los moros recogieron al rey, lo subieron a las ancas de un caballo y, corriendo, lo llevaron a la ciudad para curarlo.

Finalmente los moros no pudieron contener el ataque de los cristianos,

sino que tuvieron que huir. Al verlo, Tirante dijo:

—¡Ahora es la hora, valentísimos caballeros, que la jornada es nuestra! ¡Que mueran todos! Entonces todo el mundo comenzó a perseguirlos mientras los moros corrían para refugiarse en la ciudad. Aquel día, en total, murieron más de cuarenta mil moros. Cuando los que quedaban a salvo se hubieron refugiado, Tirante hizo volver a toda su gente para que los de la ciudad no los dañasen con las bombardas. Entonces levantaron el campo y volvieron a sus tiendas con gran alegría, mientras daban gracias a Dios Nuestro Señor por la gran victoria que les había concedido.

En cuanto Tirante hubo ganado la batalla, hizo armar una galera en el puerto de One, puso por capitán a un caballero llamado Espercius que era natural de Tremicén y le encargó que fuese a Génova, Venecia, Pisa, Mallorca (que en aquel tiempo era puerto de mercancías) para contratar tantas naves, galeras y todo tipo de embarcaciones para transportar mucha gente. También le encomendó que contratara a gente, a los que prometió sueldo por un año, y que los enviase en el puerto de Contestina, que se halla en el reino de Túnez. Ya enterado, Espercius partió para comenzar su viaje.

Aquí el libro deja de recitar sobre Tirante y los singulares actos que los del campo hacían contra los de la ciudad, y habla del embajador Melquisedec, que Tirante había enviado a Constantinopla.

Habiendo partido el embajador Melquisedec, tuvo el tiempo tan próspero y favorable que en pocos días llegó a Constantinopla. Cuando la nave llegó a puerto, se lo dijeron al emperador y él envió a un caballero para saber de qué nave se trataba y por qué había venido allí. El caballero fue al puerto y, ya dentro de la nave, habló con el embajador y volvió para contar al emperador que la nave venía de la Berbería, que la había enviado Tirante cargada de trigo y que en ella iba un embajador de parte de Tirante.

Tan pronto lo supo el emperador, se alegró mucho y dio gracias a Dios porque no los había olvidado. Inmediatamente, mandó a todos los miembros de su corte, a los oficiales y a los regidores de la ciudad, que fuesen a acompañar al embajador que Tirante les había enviado. Entonces el embajador, muy bien ataviado con ropa de brocado sobre brocado forrado de martas cibelinas, jubón de brocado y una gruesa cadena de oro, salió y fue recibido por los caballeros. Todos juntos fueron delante del emperador y de la emperatriz. Entonces, el embajador les hizo una gran

reverencia, les besó el pie y la mano, mientras ellos lo recibían con cara muy afable. Entonces, Melquisedec dio la carta credencial al emperador y éste la hizo leer a su secretario. La carta era del tenor siguiente:

Sacra majestad: El embajador que lleva la presente, suplirá con sus palabras mi breve escritura. Plazca a Vuestra Alteza dar fe y creencia a éste, ya que es digno porque es caballero de mucho honor, experimentado y de no menos virtud y fama.

Después de leer la carta, el emperador hizo dar buena posada al embajador y mandó que fuese servido de todo lo que necesitase. A la mañana siguiente el emperador convocó al consejo y a todos los regidores y ciudadanos honrados de la ciudad y, una vez reunidos, hizo llamar al embajador. Éste llegó muy bien ataviado con ropas de brocado de otro color, forradas de armiños y con un collar de oro muy ancho y con singulares esmaltes. Entonces Melquisedec, que era un hombre de gran elocuencia, muy sabio y que sabía hablar todas las lenguas, cuando estuvo delante del emperador, comenzó a decir:

—Señor muy serenísimo, bien debe recordar vuestra majestad que Tirante se había refugiado en las galeras que, con licencia de vuestra alteza, tenían que ir al campo para liberar a los caballeros que el sultán y el Gran Turco tenían presos. Vuestra alteza fue testigo de que las galeras tuvieron que partir antes de hora a causa de la gran tempestad que había. Así que, con aquella fortuna fueron durante seis días y seis noches, de forma que las galeras se separaron y se perdieron todas, excepto la del capitán Tirante que, por decisión divina, fue hacia la costa de Berbería, en tierras del rey de Túnez, y allí naufragó. Los que escaparon cayeron cautivos, pero el capitán Tirante tuvo la suerte de caer en manos de un caballero llamado caudillo sobre los caudillos, embajador del rey de Tremicén en la corte del rey de Túnez. Este caballero apreció desde el primer momento a Tirante y se lo llevó con él a la guerra que tenía el rey de Tremicén contra el rey Escariano. Gracias a sus grandes caballerías, Tirante recobró su libertad y fue hecho capitán. Como tal tomó al rey Escariano y no solamente le hizo cristiano, sino también compañero y hermano suyo de armas; además le dio por esposa a la hija del rey de Tremicén, a quien también había hecho cristiana, y Escariano, en estos momentos ya es rey de Túnez y de Tremicén. Vuestra majestad tiene que saber también que Tirante ha conquistado casi toda la Berbería, ya que cuando yo partí solamente le faltaba por tomar una ciudad. Y cuando acabe la conquista,

tiene intención de venir hacia aquí con todas las fuerzas que pueda conseguir, que no serán menos de doscientos cincuenta mil combatientes. Por otra parte pretende pedir al rey de Sicilia que venga con su poder y ya se ocupa en proveerse de naves para traerlas cargadas de víveres para socorrer a la majestad vuestra. Por eso, señor, os suplico que le queráis perdonar el tiempo que ha tardado en enviaros socorro, ya que la culpa no ha sido suya. Alegraos y reconfortaos porque, con la ayuda de la divina clemencia, él rápidamente os ayudará a conseguir lo que tanto habéis deseado.

Explicada la embajada, el emperador y todos los del consejo se admiraron mucho al conocer la prosperidad de Tirante, que de cautivo había llegado a ser señor de toda la Berbería y dijeron que en todo el universo no se encontraría un caballero con tantas virtudes y unos hechos tan singulares. También fueron muy reconfortados en el peligro que sentían a causa de los turcos. A continuación, el embajador se arrodilló delante del emperador y le pidió licencia para hacer reverencia a la princesa. El emperador se la concedió, mandó a Hipólito que fuese con él al monasterio donde estaba la princesa. Carmesina, por el dolor que tenía al no saber si Tirante estaba vivo o muerto, se había recluido en el monasterio de Santa Clara y, aunque no había tomado el hábito, iba toda vestida de burriel y mantenía la regla de las otras monjas.

Al llegar el embajador e Hipólito a la puerta del monasterio, preguntaron por la princesa. Al instante fueron a comunicarle que la esperaba un embajador de Tirante, ya que éste estaba vivo. Al saberlo, Carmesina se quitó el velo que llevaba delante de la cara y fue corriendo a la puerta. Entonces, el embajador le hizo una gran reverencia y le besó la mano, pero la princesa lo abrazó y le hizo un gran agasajo y, tanta era su alegría, que los ojos se le llenaron de agua y estuvo durante mucho tiempo sin poder hablar. Al rehacerse, preguntó al embajador sobre el estado de Tirante y éste le respondió que se hallaba muy sano y con mucho deseo de verla. Inmediatamente, le dio una carta que Tirante le había enviado, que decía lo siguiente:

La ausencia, enemiga de los pensamientos enamorados, es aquella que estudia darme mayor combate que todos mis muchos enemigos. Después de que perdí la tan deseada visión de vuestra alteza, vuestro Tirante ha hallado tantas adversidades que solamente es posible que vuestras continuas oraciones hayan sostenido a mi persona. Y por eso,

agradeciéndoos lo que he conseguido en honor y prosperidad, como cosa que quiero porque me viene de vos, no por mis méritos, sino por los vuestros, maldigo la fortuna si, por encontrarme ausente, os he ofendido. ¡Cuántos peligros circundan mi combatida vista! Pero, siendo ahora vencedor y solamente vencido por vos, la presente carta puede excusar todas las anteriores no escritas, ya que no he tenido libertad de hacerlo. Pero no desconfíe que vuestras justas plegarias por mis limitados deseos serán satisfechos, según merece vuestro muy gran valor.

Una vez la princesa hubo leído la carta, quedó muy consolada e interrogó al embajador sobre en qué punto se hallaba Tirante en la conquista de la Berbería y cuando oyó su respuesta se quedó muy admirada de todas las acciones y caballerías que Tirante había realizado.

Cuando supo que tenía que venir lo más pronto posible, preguntó al embajador si sabía qué había sido de Placerdemivida o, por lo menos, si estaba viva o muerta. Éste le recitó con detenimiento su aventura y le informó de que no sólo estaba viva, sino que era la esposa del señor de Agramunt y que Tirante le había hecho muy gran honor y le había prometido que la haría coronar reina. La princesa estuvo muy contenta al oírlo y comentó que Tirante no podía actuar de otra manera a como era y que sus virtudes eran tantas que no tenían par en el mundo.

Poco después, el embajador se despidió de la princesa y se dirigió a su posada. Pocos días más tarde el emperador decidió que era tiempo de que el embajador de Tirante partiese, y así hizo dar respuesta a la carta y a la embajada de Tirante donde le narraba cómo estaba todo su imperio. A continuación hizo venir al embajador, le dio la carta y le rogó que solicitase a Tirante que se acordase a menudo de él y que tuviese compasión de su senectud, de todos los pueblos que estaban en peligro de renegar de la fe de Jesucristo y de tantas mujeres y doncellas que esperaban ser deshonradas si no recibían su auxilio y el de Dios. Muy bien instruido por el emperador, el embajador le besó el pie y la mano, y de forma semejante lo hizo con la emperatriz, y recibió licencia para partir. Pero antes de irse fue al monasterio donde se hallaba la princesa, le dijo que tenía licencia del emperador para partir y que si le quería mandar alguna cosa. Carmesina le dijo que comunicase a Tirante que viniese lo más pronto posible para liberarlos y le dio una carta para el capitán. Cuando hubieron terminado, el embajador besó la mano de la princesa y se despidió, mientras ella lo abrazaba y le hacía mucho honor.

Finalmente el embajador, una vez cumplidos todos los encargos hechos por Tirante, se refugió en la nave y mandó que izasen las velas para comenzar su viaje. Y aquí el libro deja de hablar del emperador y vuelve a Tirante.

Después de haber enviado a Melquisedec a Constantinopla, Tirante no dejaba de analizar la situación para intentar tomar la ciudad que tenían sitiada y, por esta razón, cada día hacía disparar trabucos y gruesas bombardas a la muralla. Pero los de dentro reparaban tan rápidamente los muros derribados que, aunque les dio muchos combates, no podía entrar, ya que los reyes de la ciudad eran muy sabios, valentísimos y muy prácticos en la guerra. Además, continuamente salían a guerrear fuera de la ciudad, de forma que había grandes escaramuzas en las que moría mucha gente de una parte y de la otra. A pesar de eso, no osaban presentar batalla abierta a Tirante porque éste tenía el doble de gente que ellos. Y en esta situación se mantuvieron casi un año.

Un día Tirante reunió al consejo y dijo:

—Señores y hermanos míos, demostramos mucha flaqueza porque hace un año que tenemos sitiada esta ciudad y no la hemos podido tomar. Por eso soy de la opinión de que hemos de hacer un último esfuerzo para tomarla o bien morir en el intento.

Todos estuvieron de acuerdo, especialmente porque Tirante tenía mucha melancolía ya que deseaba haber terminado la conquista para poder ir a socorrer al emperador y a su princesa. En realidad, la causa de estos afanes era Placerdemivida que lo atribulaba, ya que continuamente inculpaba a Tirante del poco amor que sentía por Carmesina. Mientras duró el sitio, Tirante había hecho construir muy secretamente una mina que costó mucho de cavar porque la ciudad estaba edificada sobre rocas. Acabada la mina, Tirante eligió sus mil mejores hombres e hizo capitán a monseñor Rocafuerte; también dividió a la gente del campo en diez partes y al frente de cada una puso a un capitán. Después de esto, Tirante mandó que, antes de salir el sol, presentasen combate por diez partes diferentes y así se hizo. Durante la batalla, el capitán Rocafuerte entró en la mina con los mil hombres de armas sin ser oídos hasta que llegaron a un portal. Al ver las puertas abiertas, Tirante entró con toda su gente dentro de la ciudad. Entonces los mil hombres se dirigieron rápidamente al otro portal y por él entró el rey Escariano con su gente. Y lo mismo hicieron

con todos los portales hasta que los diez batallones entraron en la ciudad. El animoso rey de Tremicén, viendo que su gente iba hacia la total destrucción, corría como un desesperado hacia donde los cristianos vencían a sus enemigos, no para socorrerlos, sino para encontrar la muerte y poder quedar liberado de aquel trance. Finalmente, fue vencido por el gran caballero Almedíxer, el cual pudo ornar la punta de su espada con la cabeza del rey. Pero los otros moros no dejaron de luchar porque preferían la muerte antes que la vida, ya que habían perdido toda esperanza de ser vencedores. Y por esa razón mataban y herían a muchos de los cristianos como leones feroces.

Mientras tanto, el caballero Rocafuerte subió a una torre y en ella colocó la bandera del rey Escariano junto con las armas del victorioso capitán Tirante. Cuando lo vio el rey de Fez, fue allí para defender su vista de tal impropiedad, pero el marqués de Lizana lo hizo caer de la torre y así acabó la triste vida del referido rey de Fez. En el momento de su muerte, los moros empezaron a gritar tanto que muchos de los demás acudieron allí, y, de forma desordenada, presentaron batalla intentando vengar la real ofensa.

Pero no tardó Tirante, con el rey Escariano, en atacar en medio de la confusa morisma, y en matar a todos aquéllos que no quisieron dejar sus armas hasta el final. Por otro lado, el vizconde de Branches y otros caballeros, para abastecer las fuerzas de la ciudad prendida, con mucha discreción tomaron las torres y casas fuertes de la ciudad. Después, haciendo grandes luminarias, desplegaron pendones y banderas cristianas, mientras en voz alta gritaban: «¡Viva el famoso capitán, viva el venturoso rey, vivan los nobles de coraje y viva y aumente la cristiandad!».

Una vez que Tirante hubo tomado la ciudad y matado a los reyes que le eran contrarios, fue el hombre más feliz del mundo porque pensaba que había puesto fin a lo que tanto había deseado. Después, puso en orden la ciudad y todos los del campo se recogieron y permanecieron allí con gran placer y deleite porque la ciudad estaba muy bien provista de víveres. Todos los castillos, lugares y ciudades alrededor de la ciudad entregaron sus llaves a Tirante, le pidieron misericordia y le dijeron que todos estaban preparados tanto para hacerse cristianos como para aceptar todo lo que él les ordenase. Y así Tirante mandó cristianizar a aquéllos que con buena voluntad se quisieron bautizar y les dio muchas libertades y franquicias. Por eso, a causa de la mucha humanidad que veían que poseía, todos lo

amaban mucho.

Mientras se reponía, Tirante supo que el embajador que había enviado a Constantinopla había llegado al puerto de la Stora. A los pocos días el embajador llegó y, después de haberle presentado reverencia, le dio la carta que el emperador le enviaba. Tirante leyó esta carta que decía:

Grande ha sido el temor que ha envuelto a nuestro triste corazón hasta que hemos sabido noticias vuestras a través de la embajada. Vuestra ausencia ha sido aprovechada por nuestros enemigos y vuestra muerte era un salvoconducto que nos trasladaba a la vida eterna. Pero no ha placido a la divina providencia permitir tan gran daño, aunque cada día hemos perdido, a causa de nuestros pecados, y los turcos se han ido enriqueciendo. En la actualidad nuestro imperio pertenece a los turcos y nuestra excelente corona solamente señorea sobre la ciudad de Constantinopla, la de Pera y algunos pocos castillos que, por estar más hacia aquí del puente del río de Pera, han quedado a salvo. A pesar de eso, es tal la falta de provisiones que tenemos y tan fuerte el sitio que nos han puesto nuestros enemigos, que sin duda caeremos pronto si la misericordia de Dios no os trae a nuestra presencia, ya que solamente en vos queda nuestra perdida esperanza. Largo sería el contaros la mucha y querida gente que hemos perdido. Por eso, para que podáis vengar a nuestros muertos y dar nueva fuerza a los vivos, os suplicamos, gran capitán de Dios e hijo nuestro, que os acordéis de nuestra grandísima tristeza, junto con el recuerdo de nuestra queridísima hija, de cuya boca y de la de todo el pueblo, nunca se aparta el nombre de Tirante. Además, el cautiverio de muchos de vuestros parientes y amigos reclama vuestra rápida venida, pero también la de otros que han enviado al maestro de Rodas y al rey de Sicilia para socorrernos y que han caído cautivos. La alegría de conseguir su libertad sería grandísima. Y, ya que África está toda subyugada, confío que vos, el subyugador, podáis recuperar este perdido imperio, porque para vos, Tirante, conquistar el mundo es palabra chica. El Gran Turco tiembla y el sultán teme que Tirante aún esté sobre la tierra. Por lo tanto, siguiendo vuestro natural instinto, no dejéis de venir si el amor que mostráis aún habita en vuestros pechos.

En cuanto Tirante hubo leído la carta, sintió muchísima compasión por el emperador y los ojos se le deshicieron en agua cuando pensó en la fuerte angustia en la que se hallaba y cuando recordó al duque de Macedonia y a los demás parientes y amigos que, por su causa, estaban detenidos en

poder de los infieles y tenían en él la única esperanza de ser libres.

Entonces pidió al embajador que le hiciese una larga relación de todo lo que había visto allí. También le preguntó cómo estaba la señora princesa y él le contestó que la había encontrado en el monasterio de Santa Clara donde, a causa de su ausencia, había entrado al servicio de Dios. Así mismo le comentó que continuamente estaba con el velo cubriéndole la cara observando una vida santa, pero que le recibió con una gran alegría:

—Y cuando me preguntó sobre vuestro estado y sobre vuestra prosperidad, me rogó mucho que os suplicase una y muchas veces que vuestra merced no la olvidase, especialmente ahora que estaban en peligro de caer presos y subyugados por los moros. También me dijo que, si alguna vez os había enojado, os pedía perdón y, ya que sois piadoso y misericordioso con los enemigos, con ella, que es vuestra, os comportaseis según era vuestra costumbre, porque ella no podía creer otra cosa de vos.

También le contó muchas otras cosas que el libro no narra y después le dio la carta que la princesa le había enviado. Tirante la tomó y la leyó. Hela aquí:

Infinito goce y extraordinaria alegría endulzaron tanto mi corazón que, después de haber visto y oído vuestra carta, resucitó mi vida y volví a ser yo misma. Entonces, abundaron las lágrimas en mis ojos, de forma que parecía más triste que alegre, fallaron los miembros de mi persona y quedé casi difunta en opinión de los presentes. El mayor descanso que he tenido después de haber perdido vuestra presencia es poder escribiros estas turbadas palabras para volver a ser de vuestra merced, de quien he sido, soy y seré eterna cautiva. Quiero agradeceros los afanes que habéis sufrido por mí, que en realidad habéis conseguido gracias a vuestro ánimo y valor y no a mis indignas plegarias. No se puede maldecir, sino ensalzar y loar la fortuna que, finalmente, proporciona prosperidad y buenos son los males que tienen un bienaventurado final. Yo soy el menor de los bienes que vos poseéis, glorioso Tirante, y no creo que lo recordéis como vuestra carta recita. Os puedo bien decir que acepto la culpa de vuestras falsas opiniones con esta sola condición: que rápidamente la africana tierra quede viuda de vuestra presencia porque esta población y yo deseamos veros. Recordad la corona del imperio griego, que espera ser vuestra, y no olvidéis que mi virginidad, tan deseada por vos, peligra ahora de ser robada por algún infiel porque yo, esposa vuestra, puedo caer cautiva en

manos de ellos. Ruego, por lo tanto, Tirante, que se muevan vuestras entrañas que son de piedad y de clemencia en las cosas del amor y del honor y que vengáis a liberar a los que se hallan en peligro de renegar de la fe de Jesucristo. Así mismo os pido que el valeroso caballero Diafebus, duque de Macedonia, y los demás parientes y amigos vuestros no caigan en el olvido, porque habiendo venido en ayuda vuestra, ahora se hallan detenidos en cruel cárcel. ¡No sé qué más decir! Ven ya, Tirante, porque seréis mi consuelo, fin, remedio y descanso de mis males, y la redención del pueblo cristiano.

Inmediatamente después de que Tirante hubo leído la carta de la princesa, entró en tal agonía que medio perdió el sentido por el gran dolor y compasión que tuvo del emperador y de su Carmesina, porque en aquel instante se le representaron en la mente los grandes infortunios que habían pasado, como también la cautividad de su primo hermano, el duque de Macedonia, y otros parientes y amigos suyos. Por eso cayó al suelo como muerto. Al enterarse Placerdemivida, fue rápidamente y encontró que ya lo habían puesto en una cama. Entonces le lanzó agua de rosas sobre la cara, le puso el dedo en el oído en el que tenía la herida y Tirante abrió los ojos rápidamente, aunque durante un buen espacio de tiempo no pudo hablar por el gran amor y dolor que sentía. Porque si amaba a la princesa con grandísimo amor, no menos amaba a sus amigos y parientes. Y, cuando pudo hablar, exclamó:

—¡Oh, todos los que pasáis por la vía del amor sintiendo afanes y padecimientos: atended y mirad si existe en vosotros un dolor como el que os recito! Mi triste corazón está herido de herida mortal y el médico y su medicina es aquella que ahora se encuentra ausente, posada en gran tribulación y en peligros evidentes, y su vida y la mía peligran conjuntamente. ¡Oh angélica figura poseedora de mi libertad, habitación excelsa en la que reposo mi cuerpo! ¿Quién te defiende en mi ausencia de la opresión y la angustia? ¡Bajad, celestiales nubes, arrebatad mi pesado cuerpo y llevadlo a acabar sus días con aquélla que tiene la razón de mi ser!

Cuando Tirante hubo terminado su lamentación, dijo al rey Escariano que partiesen de allí y que se dirigiesen a Túnez. Pero antes de partir dio el reino de Fez y de Bogía al señor de Agramunt y a Placerdemivida. Al saber los habitantes de Túnez que iban hacia allí, el rey Escariano y el capitán, les rogaron que no quisiesen hacerles ningún daño, porque ellos

estaban contentos con obedecerlos como señores y que harían todo lo que mandasen. Por esta razón entraron en la ciudad de Túnez muy pacíficamente y con grandísimo honor. Entonces Tirante hizo que todas las villas, ciudades y castillos se entregasen y juraron fidelidad al rey Escariano, tal y como habían hecho con los habitantes del reino de Tremicén.

Estando en estas fiestas, llegó a Tirante la noticia que al puerto de Contestina habían llegado seis naves de genoveses, por cuya razón envió a Melquisedec para que las hiciese cargar de trigo y las enviase a Constantinopla. Y hechas todas estas cosas, pidió al rey Escariano que quisiese pasar con él, con todo su poder, a Constantinopla para recuperar el Imperio griego. Aquél contestó que estaría muy contento de cumplir todo lo que le ordenase, ahora y mucho después. También dijo al señor de Agramunt, rey de Fez y de Bogía, que fuera a sus reinos y reuniese a toda la gente que pudiese. Y así el rey Escariano escribió cartas a todos los capitanes y caballero de los reinos de Tremicén y de Túnez para que fuesen a la ciudad de Contestina un cierto día con sus armas y todo lo necesario para ir a la guerra, ya que él los necesitaba. Al recibir las cartas, todos empezaron a prepararse y a los tres meses fueron a la ciudad de Contestina en número de cuarenta y cuatro mil hombres a caballo y cien mil de a pie. También llegó allí el rey de Fez y de Bogía con veinte mil hombres de caballo y cincuenta mil de a pie.

Una vez todos estaban a punto, llegó la galera del caballero Espercius con las naves, galeras y embarcaciones que había contratado, llenas tanto de genoveses como de españoles, de venecianos y de pisanos. Espercius, al salir de la galera, fue a Tirante y le informó de que había contratado trescientas naves grandes, doscientas galeras y muchos otros tipos de embarcaciones. Inmediatamente Tirante hizo abastecer la galera, dijo a Espercius que inmediatamente fuese como embajador al rey de Sicilia y le dio las órdenes de lo que tenía que decirle. Pocos días después que hubiese partido el embajador, todas las naves se reunieron en el puerto de Contestina y, puesto que Tirante comprobó que tenían bastantes, hizo venir a todos los patronos y les pagó el salario para un año. Entonces hizo cargar treinta naves de trigo y de víveres y, cuando esto se hubo hecho, mandó que se reuniera en una bella zona plana que había delante de la ciudad a toda la gente de armas, tanto de caballo como de a pie, a los habitantes del pueblo y a todos aquéllos que habían acudido por placer.

Aquí Tirante había hecho montar un estrado muy alto y él, el rey Escariano, el rey de Fez y muchos otros caballeros subieron y, cuando todos guardaron silencio, Tirante recitó una oración para enardecer los ánimos de toda la gente en la conquista del imperio griego. Habiendo acabado el parlamento, los moros que no estaban bautizados pidieron con grandes gritos el santo bautismo. Así pues, Tirante hizo llevar unas grandes vasijas llenas de agua, barreños, tinas y lebrillos; y todos los frailes y sacerdotes que había allí se pusieron a bautizar. Y recibieron el santo bautismo tanto los que tenían que ir como los que se quedaron en aquellas tierras. En tres días fueron bautizados trescientos treinta y cuatro mil entre moros, moras e infantes. Después de este bautismo multitudinario, Tirante fue a hablar con el rey Escariano y le dijo:

—Señor y hermano mío, he pensado que no es conveniente que vos vengáis con nosotros por mar, sino que debéis volver a vuestro reino de Etiopía. Cuando lleguéis, reunid a toda la gente que podáis, de pie y de a caballo, y dirigios por tierra a Constantinopla. Yo iré por el mar con esta gente. Así, vos por una parte y yo por la otra, podremos atrapar al sultán y al Gran Turco entre dos fuegos.

El rey Escariano dijo que le habría gustado ir con él, pero que haría lo que le pedía porque de esta forma se podría socorrer mejor a la gente de Grecia.

Aquí cuenta el libro que el rey Escariano era un hombre de cuerpo muy grande y de muy bella disposición. Hombre fuerte y valentísimo caballero negro, señor de los negros de Etiopía, también llamado el rey Jamjam. Era un hombre muy poderoso que tenía mucha caballería y un magnífico tesoro, y su reino era tan grande que hacía frontera con la Berbería por el reino de Tremicén y por la otra parte con las Indias y con la tierra del Preste Juan, por donde pasa el río Tigris.

Al conocer el rey Escariano la voluntad de Tirante, se preparó para partir con quinientos rocines. Pero antes de partir, él y la reina se despidieron de Tirante, de los reyes de Fez y de todos los demás barones y caballeros. Tirante los acompañó una legua y después regresó a Contestina para ordenar a sus gentes que se recogieran en las naves con los caballos y con todo el ejército.

Aquí el libro deja de hablar de Tirante y vuelve a hablar del embajador Espercius, que se dirigía a la isla de Sicilia. Este embajador tuvo un tiempo

tan favorable que en pocos días llegó a la isla de Sicilia. Cuando se enteró de que el rey se hallaba en la ciudad de Messina, se dirigió hacia allí. Al llegar al puerto, se vistió muy bien ataviado con ropa de brocado y con una gruesa cadena de oro al cuello y, acompañado de sus hombres, se dirigió al palacio del rey. Ya ante él, le hizo la debida reverencia y el rey le preguntó por la causa de su venida. El embajador, como respuesta, dijo:

—Señor muy excelente: Tirante el Blanco me envía a vuestra señoría como embajador.

Entonces le dio la carta credencial, que el rey hizo leer y, después, hizo dar al embajador una buena posada donde le envió todo lo que pudiese necesitar. También hizo llevar a la galera carne de toro y de cerdo y mucho pan fresco para todos. Al día siguiente por la mañana, después de haber oído misa, el rey de Sicilia reunió a su consejo e invitó al embajador para que explicase su embajada. Éste se levantó, hizo una reverencia al rey y comenzó a decir:

—Señor muy excelso: no ignora vuestra excelencia que Tirante el Blanco hacía la guerra contra el sultán y el Gran Turco y que se embarcó para ir al campo. Pero una tempestad le llevó a las costas de Berbería y finalmente llegó cerca de la ciudad de Túnez. Allí cayó preso en manos de un capitán del rey de Tremicén y gracias a sus gestos de caballería fue puesto en libertad por este rey e hizo la guerra por él. Ha subyugado y conquistado a toda la Berbería, ha matado en batalla a ocho reyes moros y ha tomado uno, el rey Escariano, el mejor de todos ellos y señor de Etiopía. Este rey se ha hecho cristiano y hermano de armas de Tirante, al cual le ha dado el reino de Túnez y el de Tremicén. Hace poco ha tenido noticias de que el sultán y el Gran Turco han arrebatado todas las tierras del emperador, por cuya razón tiene la intención de ir a Constantinopla. Ya tiene organizada a toda la gente que ha podido juntar de la Berbería y también muchas embarcaciones preparadas. Por eso, ahora suplica a vuestra alteza que vayáis, con todo vuestro poder, para ayudarlo a llevar a cabo la conquista del imperio griego.

El embajador no dijo nada más y el rey no tardó en responderle:

—Caballero, estoy muy alegre de la gran prosperidad de mi hermano Tirante y con mucho gusto lo ayudaré en todo lo que pueda aumentar su bien y su honor.

A continuación el embajador se levantó y le dio muchísimas gracias. Cuando hubieron terminado, el rey hizo escribir cartas a todos los barones y caballeros de Sicilia y de todas las villas y ciudades reales rogándoles que fueran a la ciudad de Palermo, un día determinado, para celebrar Parlamento General.

El día asignado el rey pidió a todos los convocados que fueran con él a Constantinopla, primero de manera general y más tarde, de uno en uno. Y así el rey reunió en poco tiempo cuatro mil caballos muy bien encubiertos, una gran escuadra de embarcaciones y víveres.

Aquí deja el libro de hablar del rey de Sicilia y vuelve a hablar de las seis naves cargadas de trigo que Tirante había enviado a Constantinopla. Como tuvieron buen tiempo, estas naves que habían partido del puerto de Contestina llegaron en poco tiempo al puerto de Valona, que es un puerto de Grecia, cerca de Constantinopla. Allí se enteraron de que el Gran Turco y el sultán habían cruzado el brazo de san Jorge con muchas naves y galeras que habían hecho llegar de Alejandría y de Turquía, con las cuales habían puesto sitio a la ciudad de Constantinopla por mar. También por tierra tenían sitiada la ciudad, y por esta causa el emperador estaba muy acongojado. También supieron que la princesa había vuelto al palacio del emperador para reconfortar a su padre. El emperador había nombrado a Hipólito capitán mayor y éste defendía la ciudad lo mejor que podía. Verdaderamente, si no hubiese sido por él, el sultán habría tomado la ciudad antes de la llegada de Tirante.

A causa del sitio, los patrones de las seis naves no osaron pasar a Constantinopla, sino que enviaron un correo al emperador desde el puerto de Valona para comunicarle que habían llegado. También le notificaban que Tirante ya había partido de la ciudad de Contestina y que confiase en la misericordia de Dios porque Tirante no tardaría mucho en llegar. Por otra parte, armaron un bergantín para que fuese hacia Sicilia e informase a Tirante del sitio que el sultán y el turco habían puesto a la ciudad de Constantinopla.

QUINTA PARTE. TIRANTE VUELVE A CONSTANTINOPLA

Capítulo XXXII. Tirante parte hacia Constantinopla

En cuanto salió el rey Escariano de Contestina, Tirante hizo subir todos los caballos, arneses, víveres, y también a toda la gente a las treinta naves, que ya estaban cargadas con trigo. También se recogieron en ellas el rey de Fez, la reina Placerdemivida y él mismo con todos los caballeros que allí se encontraban con ellos. Ya todo preparado, navegaron con viento próspero hacia la isla de Sicilia. Cuando el bergantín que había partido del puerto de Valona vio la escuadra de Tirante, salió del puerto y se dirigió hacia la nave del capitán. Al llegar, el patrón subió y le informó de que las seis naves se encontraban en el puerto de Valona ya que no habían podido pasar a causa de la escuadra que el sultán había interpuesto cerca de Constantinopla.

Rápidamente Tirante se dirigió al puerto de Palermo, donde se encontraban las embarcaciones del rey de Sicilia. Cuando se encontraron, tanto los unos como los otros empezaron a tocar las trompetas y a lanzar bombardas, haciendo un ruido tan grande que parecía que el mundo se venía abajo. Inmediatamente, el rey de Sicilia entró en la nave de Tirante y se abrazaron y besaron el uno al otro. El rey de Sicilia también recibió con parabienes tanto al rey de Fez como al resto de caballeros que habían llegado. Todos ellos bajaron a tierra, pero Tirante mandó que no bajase nadie más porque quería partir a la mañana siguiente. En tierra los esperaba la reina de Sicilia, la cual les dio una gran bienvenida, especialmente a Tirante y a la reina de Fez ya que sabía que era doncella de una señora tan virtuosa como la princesa. Y así fueron todos conjuntamente hacia el palacio seguidos de muchas mujeres, doncellas y gente del pueblo.

Al llegar, ya tenían la comida preparada. El rey cogió a Tirante de una mano y al rey de Fez de la otra, mientras la reina cogía a Placerdemivida, y entraron en una gran sala muy bien ornamentada con telas de oro y de seda que tenía por el suelo una tapicería muy bella. Presidía la sala un aparador lleno de vajilla de oro y de plata, ya que el rey Felipe de Sicilia era un hombre un poco avaro y se había provisto de un gran tesoro a causa de la prisa que tenía por hacerse rico. Ya en la sala, Felipe quiso

que Tirante se sentase el primero, pero él no lo permitió, sino que hizo sentarse en primer lugar al rey de Fez, después al de Sicilia y él se colocó delante de Felipe. Después hizo sentarse a la reina de Fez y a continuación a la de Sicilia. Y todos comieron muy agradablemente ya que había una gran abundancia y diversidad de viandas, pero también muchos trompetas y otros músicos.

Una vez levantadas las mesas, Tirante y el rey de Sicilia entraron en una habitación para hablar de sus asuntos, mientras que los demás se quedaron en la sala, acompañados de muchas damas y caballeros y se pusieron a bailar.

Entonces Tirante recitó al rey de Sicilia todas las desventuras que le habían ocurrido y cómo después Nuestro Señor lo había hecho prosperar y le había otorgado tantas victorias que había conseguido conquistar toda la Berbería. Después le dio noticias de la situación en la que se hallaba el emperador y de la necesidad que tenía de su socorro. El rey de Sicilia, entonces, le dijo:

—Hermano y señor, yo estoy ya preparado y solamente falta embarcar todos los caballos, arneses y a la gente, cosa que no llevará más de dos horas.

—Hermano y señor —le pidió Tirante— os suplico que mandéis hacer una llamada por toda la ciudad y que todo el mundo, bajo pena de muerte, se recoja a hacer oración, ya que vos tenéis la intención de partir esta noche.

Así lo hizo y entonces volvieron a la sala para divertirse un rato. Durante el baile, la reina de Sicilia se apartó un poco con la reina de Fez para preguntarle sobre la princesa: sobre su belleza, sus condiciones y sobre los amores que mantenía con Tirante. La reina de Fez loó mucho a Carmesina, mientras que, de forma gentil y discreta, habló muy por encima de sus amores. A continuación comenzó a adularla diciéndole que, después de la princesa, no había visto ni conocido a otra mujer tan gentil, sabia y bella como era su señoría; que estaba muy enamorada de ella y de su singular condición, y también muchas otras cosas de las cuales la reina de Sicilia obtuvo un gran placer.

Acabados los festejos y galas, fue hora de la cena y, habiendo acabado ésta, Tirante rogó al rey de Sicilia que se recogiesen pronto. Así pues, se despidieron de la reina de Sicilia y de todos los que estaban con ella.

Felipe encomendó el regimiento del reino a un primo hermano de la reina, llamado duque de Messina, que era un caballero bueno y virtuoso, y lo nombró virrey. Cuando lo tuvo todo dispuesto se recogieron y a la mañana siguiente, al primer cambio de guardia, toda la escuadra salió del puerto.

Nuestro Señor les dio tan buen tiempo que no tardaron en llegar cerca del puerto de Valona. Al ver las seis naves que había enviado cargadas de trigo, Tirante mandó el bergantín con la orden de que partiesen del puerto y siguiesen a la escuadra. Aquí el libro deja de hablar de la escuadra de Tirante y vuelve a recitar cómo iba el rey Escariano.

Después de partir, el rey Escariano llegó en pocos días a su tierra, el reino de Etiopía, donde sus vasallos lo recibieron con muchísima alegría a él y a la reina, a quien hicieron un gran honor y ofrecieron muchos regalos. Y si el recibimiento fue tan favorable, era porque su rey venía señor y vencedor de mucha tierra que había conquistado.

Cuando hubo descansado durante algunos días, el rey convocó a todos los barones y caballeros de su reino a la ciudad de Trogodita, que era la más grande y más importante de toda Etiopía. Y reunido el Parlamento General, el rey Escariano les hizo la proposición siguiente:

—Barones, os he convocado para que os alegréis de nuestra prosperidad, resultado de mis esfuerzos. No ignoráis que fui preso por el gran capitán de los cristianos, Tirante el Blanco, caballero de gran virtud y magnificencia y el mejor y más valiente de entre los que viven bajo el cielo. También sabéis que fui liberado gracias a su gran nobleza y liberalidad; que ahora soy su compañero y hermano de armas y que me ha dado por esposa a la hija del rey de Tremicén, junto con el reino, cosa que aprecio más que si me hubiese hecho señor de todo el mundo. Por otro lado, también me ha concedido el reino de Túnez y, por tanto, le estoy muy agradecido. Os he de decir que en estos momentos él tiene que conquistar el imperio griego para el emperador de Constantinopla, a quien el sultán y el Gran Turco han desposeído de todo su reino, y me ha pedido que lo ayude. Por eso os ruego que os dispongáis a venir conmigo a Constantinopla a cargo mío.

Todos, de uno en uno, le respondieron que lo amaban tanto que querían morir por su amor y honor y que no solamente lo acompañarían a Constantinopla, sino al fin del mundo. Entonces el rey Escariano se lo agradeció mucho y, después de convocarlos para un día determinado, les

recomendó que regresasen a sus tierras para organizado todo. También mandó correos por todas las villas y ciudades de su reino para que, quien quisiese, acudiese a la ciudad de Trogodita donde, quien fuese a ayudarlo, recibiría el sueldo estipulado.

Mientras la gente se preparaba, la reina pensó en hacer crecer y aumentar la cristiandad y, con la ayuda de muchos frailes, sacerdotes y dos obispos que se había llevado de Contestina, edificaron iglesias y monasterios. Como en cuanto llegaron a la ciudad de Trogodita les había hecho predicar entre el pueblo, muchos se bautizaron por amor al rey y a la reina, que ya eran cristianos.

Debéis saber que en aquel tiempo en el reino de Etiopía no sabían qué era el matrimonio, sino que las mujeres eran de todos, y por eso la gente no sabía quién era su padre. Pero una vez la reina hubo conseguido que muchos se hiciesen cristianos, los hizo casarse y a partir de entonces todos fueron hijos legítimos.

Cuando llegó el día asignado y cuando toda la gente se hubo reunido, el rey mandó dar sueldo a todos los que querían ir con él, que eran doscientos veinte mil hombres a caballo, fuertes y muy diestros en armas. El rey Escariano era un hombre muy rico tanto en tesoros, ya que su tierra era muy productiva, como en caballería, puesto que era uno de los más grandes señores del mundo, a excepción del Gran Can. El reino del rey Escariano tenía unos grandes desiertos donde no habitaba nadie; llegaba hasta Arabia y confrontaba con el mar Océano. También conviene saber que había allí una gran montaña que lanzaba fuego ardiendo sin parar y que se hallaba sobre el mar, hacia el mediodía.

Una vez había preparado todo el regimiento de su reino como hombre prudente que era, el rey Escariano organizó tanto las capitanías, como toda la gente de a caballo y de a pie y asignó el día de la partida. También hizo preparar un gran carruaje y una gran multitud de caballos y elefantes para que llevasen los víveres, las tiendas, la artillería y todo lo necesario para la guerra; y también muchos bueyes y otros animales de ganado para a abastecer a la hueste. De forma semejante, la reina preparó todo su equipaje con muchas joyas y ropas de perlas y piedras preciosas, otros vestidos de chapería y muchas otras cosas, porque había prometido a Tirante que iría a sus bodas con la princesa y a las de Placerdemivida con el señor de Agramunt, que se tenían que celebrar el mismo día en Constantinopla. La reina se hizo acompañar por muchas mujeres y

doncellas, blancas y negras: las blancas eran del reino de Túnez y las negras de Etiopía.

Ya todo a punto, el rey Escariano partió con todo su poder de la ciudad de Trogodita, atravesó todo su reino y llegó a una ciudad que se llamaba Seras que estaba en la frontera con la tierra del Preste Juan (nombre antiguo del emperador de Abisinia). Cuando llegaron a esta ciudad, le ofrecieron una gran fiesta, porque no habían visto nunca a su señor, ya que Trogodita distaba cincuenta días de camino, y allí descansó algunos días.

Aquí el libro deja de hablar del rey Escariano, que con su hueste iba camino de Constantinopla, y vuelve a hablar del caballero Espercius, a quien había enviado Tirante como embajador al rey de Sicilia. Cuando el caballero Espercius había obtenido la respuesta del rey de Sicilia, después de explicada su embajada, se despidió de él y volvió hacia la ciudad de Contestina.

No hacía muchos días que había partido de Palermo, cuando Tirante llegó a aquella ciudad siciliana con su escuadra. Pero la suerte no quiso que la galera de Espercius se cruzase con la del capitán y, al llegar a Contestina, le dijeron que Tirante ya había partido y que en aquellos momentos ya debía encontrarse en Sicilia. Así pues, enojado, regresó a Sicilia una vez que hubo descansado un poco.

Una vez en el puerto de Palermo, Espercius no encontró a nadie, porque hacía unos quince días que la escuadra había partido, y se dirigió hacia Constantinopla. Pero al llegar al puerto de Valona comprobó que allí tampoco se hallaba la escuadra de Tirante y, de allí, hizo la vía del canal de Romanía.

Pero la fortuna lo lanzó a la isla de Lango y allí, a causa de una gran tempestad, se perdieron la galera y los hombres, excepto él y diez más.

Entonces empezaron a recorrer la isla para ver si podían descubrir algún lugar poblado donde les pudiesen auxiliar y encontraron a un hombre viejo que guardaba un poco de ganado. Le preguntaron si había allí alguna población y el pastor les respondió que en la isla solamente había un pequeño casal donde habitaban cuatro casados que estaban exiliados de la isla de Rodas y que vivían con mucha miseria, ya que aquella isla estaba encantada y no se podía aprovechar nada de lo que había en ella.

Entonces el caballero Espercius le rogó que les diesen de comer, porque no habían tomado ni un bocado desde hacía más de un día, y que ellos lo compensarían ayudándolo en lo que pudiesen. El pastor se compadeció de ellos y les dijo que les haría parte de su miseria. Entonces los acompañó al casal y les dio para comer parte de lo poco que tenía. Cuando hubieron terminado, el caballero Espercius interrogó a su anfitrión sobre la causa que hacía que una isla que parecía tan buena, se encontrase deshabitada. El pastor le contestó:

—Señor, tenéis que saber que antiguamente Hipocrás era el príncipe y señor de esta isla de Lango y de la de Creta. Este señor tenía una hija bellísima, que se llamaba Señora de las Islas, que fue encantada por la diosa Diana y convertida en un dragón de aproximadamente siete codos de largo. Este dragón se encuentra ahora en esta isla y yo lo he visto muchas veces. Descansa y habita en los alrededores y en las cuevas de un antiguo castillo que hay en aquel monte, pero nunca hace daño a nadie si no es molestado. Esta doncella, que vuelve a recuperar su figura humana dos o tres veces al año, será desencantada y recobrará su forma y su estamento cuando halle un caballero tan animoso que sea capaz de besarla en la boca. Una vez vino un valentísimo caballero de la orden del Hospital de Rodas que dijo que iría a besarla: subió sobre un caballo, fue al castillo y entró en la cueva, pero cuando el dragón giró su horrible cabeza hacia él, el caballero se asustó y comenzó a huir. El dragón lo siguió, pero el caballero tuvo tan mala suerte que su caballo lo llevó sobre una roca, saltó al mar y allí se perdió. Pasado algún tiempo, ocurrió que llegó un joven que no sabía nada de la historia y que bajó de una nave para pasear; andando por la isla se encontró a la puerta del castillo y entró en la cueva hasta llegar a una habitación donde encontró una doncella, rodeada de un magnífico tesoro, que se peinaba frente a un espejo.

El joven pensó que se trataba de una mujer loca o de una mujer común, que estaba allí para ofrecer una buena compañía a los hombres que pasaban por la isla y se quedó contemplándola hasta que la doncella vio su sombra y le preguntó qué quería. Él respondió: «Señora, querría que, si os place, me tomaseis como servidor vuestro». La doncella le preguntó si era caballero y como el joven le contestó que no, ella le dijo: «Pues, si no lo sois, no podéis ser mi señor. Regresad con vuestros compañeros y armaos caballero. Yo, mañana por la mañana, estaré fuera de la cueva y saldré a vuestro encuentro; cuando lleguéis, besadme en la boca y no dudéis porque, aunque veáis que me he convertido en fiera, no os haré

ningún daño. Debéis saber que por encantamiento me transformo en un dragón, pero yo soy, en realidad, como ahora me veis. Si me besáis tendréis todo este tesoro y seréis mi marido y el señor de estas islas». El joven partió de la cueva, volvió a la nave y se hizo caballero. A la mañana siguiente fue donde estaba la doncella para besarla; pero, cuando la vio salir de la cueva con tan fea y espantosa figura, tuvo tanto miedo que huyó hacia la nave.

Al comprobar ella que se iba, comenzó a llamarlo, pero finalmente volvió a su habitáculo. El caballero murió inmediatamente y, desde entonces, no ha venido ningún caballero que no muriese de la misma forma. Pero si llegara un caballero que osase besarla, seguro que no moriría, sino que se haría señor de esta tierra.

El caballero Espercius escuchó estas palabras muy atentamente, permaneció pensando durante unos minutos y preguntó al viejo:

—Decidme, buen hombre, ¿es verdad todo lo que me decís?

—Señor —respondió el viejo—, no lo pongáis en duda porque os hablo con toda la verdad y no os habría mentado por nada del mundo.

El caballero Espercius se quedó pensativo y se dijo a sí mismo que él quería experimentar aquella aventura, ya que Nuestro Señor no lo había enviado allí sin una razón y, además, se hallaba desesperado, porque no podía volver con Tirante. A pesar de eso, no quiso decir nada a sus compañeros y decidió ir secretamente a la cueva donde se hallaba el dragón para morir o llevar a buen término su aventura.

Aquella noche todos descansaron en la casa del viejo, pero Espercius no durmió mucho y muy temprano se levantó y dijo a sus compañeros que iba a escampar aguas, de manera que ellos no se preocupasen y continuasen durmiendo. Ya fuera del casal, cogió un bastón, que era la única arma que tenía, y fue hacia el castillo.

Cuando el sol ya había salido y el día era claro y limpio, vio la boca de la cueva y allí se arrodilló y rogó a la inmensa bondad de Nuestro Señor que, por su infinita misericordia y piedad, le guardase de todo mal y le diese fuerzas para no temer al dragón, y así poder liberar a aquella alma en pena y convertirla a la santa y verdadera fe católica.

Acabada la oración, se santiguó y entró en la cueva hasta que la oscuridad se lo impidió; entonces lanzó un grito, para que le pudiese oír el dragón. En cuanto el dragón oyó la voz del hombre, salió produciendo un gran estrépito. Al oírlo, el caballero tuvo mucho miedo y se arrodilló en el suelo para rezar. Cuando el dragón estuvo cerca y él observó su fea figura, cerró los ojos, porque no podía soportar su visión y, como el caballero no se movía, parecía que estuviese más muerto que vivo. El dragón, cuando vio que el hombre no se movía, sino que estaba esperando, muy sutil y suavemente se acercó a él y lo besó en la boca. Entonces el caballero cayó al suelo medio muerto, mientras el dragón se convertía en una bellísima doncella que lo puso sobre su falda, comenzó a frotarle las sienes y le dijo:

—Caballero virtuoso, no tengáis miedo de nada, abrid los ojos y comprobaréis todo el bien que os espera.

A pesar eso, el caballero Espercius estuvo inconsciente durante una hora, mientras la dama no dejaba de frotarle las sienes y de besarlo para hacerlo volver en sí. Pasada la hora, recobró el sentido, abrió los ojos y vio a una doncella de gran belleza que lo besaba. Entonces se puso en pie con gran esfuerzo y dijo las palabras siguientes:

—Es tanta la gracia y perfección que se halla en vuestra galante persona, que mi lengua nunca tendría tiempo para expresar una pequeña parte, ya que mi alma se encuentra sometida a vuestra voluntad y vuestra bella visión me da beatitud. Las llamas del amor, que han combatido mi espíritu desde que estoy en esta isla y fui informado de vuestra gran belleza, me han dado fuerza para venir aquí y obrar como habéis visto. Debéis saber que desde el momento en que escuché hablar de vos, decidí morir para liberaros de la pena que soportabais ya que el amor me hizo veros en espíritu; pero ahora que os he conocido, he decidido, libremente, ser del todo vuestro. Por tanto, os quiero servir siempre como señora que sois de mí y de mis cosas.

Habiendo acabado Espercius el último sonido de sus enamoradas palabras, la doncella comenzó a decir:

—Caballero virtuoso, no hay término de tanta longitud que me fuese suficiente para poder agradeceros como yo querría lo que habéis hecho por mí. Os aseguro que me esforzaré para ofreceros los mayores servicios que pueda en premio de vuestros singulares actos y constancia, ya que

habéis puesto en peligro vuestra vida para liberarme de tan gran pena. Y porque he conocido vuestro mucho valor y la gran virtud que tenéis, me ofrezco a vos y doy gracias a Dios por haberme otorgado la suerte de caer en manos de una persona que no tiene par en virtudes. Estad seguro de que el mucho amor que por vos siento es tanto que traspasa lo que ordena mi humana vida.

Entonces lo cogió de la mano y lo metió en la cueva hacia una bellísima habitación y le mostró y presentó su abundante tesoro juntó con su persona. El caballero Espercius agradeció mucho su ofrecimiento, lo aceptó abrazándola y besándola más de mil veces. Y sin querer perder tiempo en palabras, la cogió por el brazo, la puso sobre la cama y allí conocieron los últimos términos de las señales del amor. Y no fue poca la alegría que el venturoso caballero tuvo de la conquistada señora.

A la mañana siguiente se levantaron y, de la mano, salieron de la cueva para ir al casal donde el caballero Espercius había dejado a sus compañeros. Éstos se alegraron mucho porque pensaban que había muerto o que le había ocurrido algún inconveniente y se admiraron mucho cuando lo vieron venir con tan bella compañía. Entonces los caballeros se acercaron allá y le hicieron una gran reverencia, ya que por su gesto demostraba ser una señora de gran estado y de mucha estima. También loaron y agradecieron a la divina clemencia la suerte que había tenido. La gentil dama, por su parte, los abrazó y les manifestó mucho honor.

Después entraron en la casa del pastor y la doncella le hizo mucho honor a él y a su mujer, y les prometió que les haría mucho bien. Entonces hizo llevar la ropa y las monedas que la doncella tenía en la cueva y aderezó muy bien el casal del pastor.

Tiempo después, llegaron a la isla algunos bajeles, momento que aprovecharon para contratar algunos y hacer venir a mucha gente para ocupar la isla. Ésta fue poblada en poco tiempo y edificaron una ciudad muy noble que fue llamada Espertina. Y construyeron ciudades, castillos y poblados en otros lugares, como también muchas iglesias y casas de religiosos en loor y gloria de Nuestro Señor Dios y de su sacratísima Madre. El caballero Espercius y su señora vivieron durante mucho tiempo como señores de aquella isla y de otras de los alrededores, y tuvieron hijos e hijas que les heredaron después de ellos y que vivieron prósperamente.

Y aquí deja el libro de recitar la vida del caballero Espercius y vuelve a

hablar de la escuadra de Tirante el Blanco que iba a Constantinopla. Al llegar Tirante cerca del puerto de Valona, envió una galera y dio la orden a los patrones de las seis naves cargadas de trigo para que partiesen de allí y siguiesen la escuadra. Cuando todas las naves, galeras, y los demás bajeles se encontraban en el canal de Romanía, fueron hacia Gigeo, que es el puerto de Troya, y allí esperaron hasta que toda la escuadra se reunió.

Entonces Tirante celebró consejo con el rey de Sicilia, el rey de Fez y todos los demás barones y caballeros sobre lo que convenía hacer, ya que tenía noticias de que la escuadra del sultán, compuesta de trescientas naves, se hallaba en el puerto de Constantinopla. Entonces decidieron que un hombre que conociese la lengua morisca bajase a tierra y que por la noche entrase en la ciudad para avisar al emperador de la llegada de Tirante y de toda la escuadra al puerto de Troya. También decidieron no darle ninguna carta para que, si lo apresaban los moros, no les pusiesen sobre aviso.

Acabado el consejo, Tirante llamó a un caballero natural de Túnez llamado Sinegerus, que era moro y de casa real, muy experto, ingenioso, elocuente y valentísimo caballero, que había estado cautivo en Constantinopla y conocía muy bien la ciudad. Y, una vez instruido sobre lo que tenía que decir al emperador y a la princesa, le dio su sello, para que le diesen fe y creencia. Inmediatamente Sinegerus subió a un bergantín que lo dejó en tierra firme a una legua del campo de los moros. Cautelosamente se apartó del campamento y fue a la ciudad. Pero a pesar de eso no pudo escapar de las manos de los espías de los moros, pero él, hablándoles en su lengua, les dijo que era de los suyos y le dejaron pasar.

Cuando llegó a uno de los portales de la ciudad, los guardias lo tomaron pensando que era uno de los moros, pero él les dijo que no le hiciesen ningún daño ya que era embajador de Tirante y que venía a hablar con el emperador. Entonces lo acompañaron y lo llevaron ante él, justo cuando acababan de cenar.

Una vez el caballero Sinegerus estuvo delante del emperador, se arrodilló a sus pies, le besó la mano y el pie y le dio el sello de Tirante. El emperador, que reconoció las armas que había grabadas en el anillo, lo abrazó, le hizo un gran agasajo y le dijo, cien mil veces, que era bienvenido. Entonces el caballero comenzó diciendo:

—Muy excelente señor, he sido enviado aquí de parte de aquel gran capitán, Tirante el Blanco, el cual se encomienda a vuestra majestad y os suplica que tengáis ánimo porque, rápidamente, con la ayuda de Nuestro Señor Dios, os liberará de vuestros enemigos. Además, os ruega que pongáis en orden a toda vuestra caballería y que guardéis muy bien la ciudad, ya que mañana por la mañana combatirá contra la escuadra de los moros y cree que, cuando vean perdida la escuadra, podrían presentar combate a la ciudad e intentar tomarla para hacerse fuertes. Vos sabéis que si el capitán toma las naves, nuestros enemigos están perdidos, ya que no podrán regresar, sobre todo porque Tirante viene con tan gran poder que podéis estar seguro de que tienen suficientes fuerzas para apresarlos y hacerlos morir a todos.

—Amigo —dijo el emperador—, mucho nos alegramos de lo que nos decís y confiamos que Nuestro Señor nos hará la gracia de que sea como tú dices, ya que no dudamos de la gran virtud y caballería de Tirante.

Inmediatamente el emperador hizo llamar a Hipólito, que era su capitán mayor, y le dijo:

—Capitán, ya sabéis que el virtuoso Tirante se encuentra en el puerto de Troya con una gran escuadra. Conviene que sepáis que mañana por la mañana tiene intención de combatir contra la escuadra de los moros y, por lo tanto, es necesario que ajustéis toda la caballería y todos los condestables y capitanes de los hombres de a pie; que organicéis vuestras tropas y que las pongáis cada una en el lugar que les corresponde, para que si los moros viniesen a combatir la ciudad, todo el mundo esté avisado y preparado.

—Señor —contestó Hipólito—, estoy muy contento de la llegada de mi maestro Tirante y creo que hemos de dar muchas gracias a la divina providencia por su presencia. Podéis estar seguros de que seremos liberados de las manos de los enemigos y de que todo el imperio griego será recuperado y entregado a vuestra majestad. También sacaré de la cautividad a toda la caballería que está en poder de los infieles y salvaré a todo el pueblo cristiano que está en peligro de renegar de la fe de Jesucristo. Inmediatamente, por lo tanto, cumpliré lo que me ha mandado vuestra majestad.

Entonces tomó licencia del emperador, fue a la gran plaza de la ciudad y convocó secretamente a toda la caballería y a todos los condestables y

capitanes de la gente de a pie. Cuando estuvieron todos reunidos, dijo:

—Señores, a Nuestro Señor place, por su infinita bondad y clemencia, querernos liberar de la cautividad y del poder de nuestros enemigos, porque he sabido que mi maestro y señor Tirante ha venido con una gran escuadra, que se encuentra en el puerto de Troya, y que mañana por la mañana tiene intención de combatir contra las embarcaciones de los moros. Por eso es necesario que os pongáis en orden y que cada capitán se coloque en la muralla con su gente, en el lugar que le ha sido asignado. Pero tenéis que hacerlo con tranquilidad y sin ningún tipo de ruido, para que los moros no se den cuenta.

Todos encontraron un gran consuelo al recibir esta noticia, loaron y bendijeron a Nuestro Señor Dios por la gracia que les otorgaba y obedecieron las indicaciones de Hipólito. Y una vez acabó de hablar el embajador Sinegerus, pidió licencia al emperador para ir a hacer reverencia a la emperatriz y a la princesa. Entonces fue a la habitación de la emperatriz, le besó la mano y, con la rodilla en el suelo, les dijo:

—Señoras, mi capitán y señor, Tirante el Blanco, os besa las manos y os hace saber que vendrá pronto aquí para presentaros reverencia personalmente.

Cuando la princesa lo oyó, tuvo tanta alegría que cayó desmayada. Al volver en sí, ella y la emperatriz atendieron muy bien al embajador, le preguntaron muchas cosas y en especial le preguntaron qué gente venía en compañía de Tirante. El embajador dijo que venía con él el rey de Sicilia con todo su gran poder; el rey de Fez con su mujer, la reina Placerdemivida; todos los barones de Túnez y de Tremicén y mucha gente a sueldo procedente de España, de Francia y de Italia. También comentó que el magnánimo rey Escariano, señor de Etiopía y compañero de armas de Tirante, venía por tierra:

—Éste viene con un gran acompañamiento de gente a caballo y a pie, y con su mujer, la reina, que tiene gran deseo de conoceros, señora princesa, por lo mucho que ha oído hablar de vuestra belleza. Se trata de una de las más bellísimas mujeres del mundo y está llena de todas las virtudes.

Posteriormente les dijo que Placerdemivida era la esposa del señor de Agramunt y que iba hasta allí para que la majestad del emperador, y ellas

mismas, le hiciesen los honores en sus bodas. A continuación les contó la conquista que Tirante había hecho de la Berbería, y eran tantas las virtudes y loores que recitó sobre Tirante que no habría bastante tinta ni papel para describirlas.

Cuando la emperatriz y la princesa oyeron recitar los singulares actos de Tirante, se admiraron de la gran gracia que le había dado Nuestro Señor Dios y, a causa de su gran alegría, derramaron vivas lágrimas de los ojos, sobre todo cuando pensaron que Tirante sería el defensor de la corona del imperio griego. Y de esta forma estuvieron hablando hasta altas horas de la noche.

Entonces la princesa se dirigió a su habitación; el embajador la cogió del brazo y Carmesina le preguntó por qué le había besado la mano tres veces. El embajador le respondió que éste había sido el mandato de su señor Tirante, que le suplicaba, además, que le quisiese perdonar porque si no era así, no osaría venir delante de ella.

—Caballero —respondió la princesa— decid a mi señor Tirante que, donde no hay culpa, no es necesario el perdón. Pero que si él cree que me ha faltado en algo, le suplico que rápidamente venga delante de mí, porque es la cosa que más deseo en este mundo.

Entonces el embajador se despidió de la princesa y se fue a la posada que el emperador le había hecho preparar. Aquella noche el capitán Hipólito hizo redoblar la guardia de la ciudad y abastecer muy bien la muralla; también mandó que nadie durmiese, por si venían los moros.

Aquí deja el libro de hablar del emperador y vuelve a contar lo que hizo la Viuda Reposada, alias Endiablada. Cuando supo la Viuda que Tirante venía y que ya se hallaba tan cerca, tuvo tal temor que dijo que le había venido un gran mal en el corazón. Entonces entró en su habitación e hizo grandes lamentaciones mientras se pegaba en la cabeza y en la cara, porque creía que Tirante le daría una cruel sentencia, ya que sabía que había sido informado por Placerdemivida de la grandísima crueldad que había cometido. Por otro lado, pensó que si la princesa supiese la nefandísima infamia que había dicho contra ella, ¿con qué cara podría presentarse ante ella? Huelga decir que el gran amor que aún sentía por Tirante la hacía obrar también fuera de todo juicio.

Así pasó toda la noche fantaseando y combatiendo contra ella misma, ya

que no sabía qué hacer ni a quién pedir consejo. Finalmente, no encontró otro remedio, forzada por el poco ánimo que tenía, y decidió matarse ella misma con venenos con el objeto de que su maldad no fuese evidente ni fuese conocida por la gente y que su cuerpo no fuese quemado o dado a comer a los canes.

Y por eso cogió sulfuro de arsénico, lo puso en una taza de agua y se lo bebió. Dejó la puerta de su habitación abierta, se despojó y se metió en la cama. Entonces comenzó a dar grandes gritos diciendo que se moría. Cuando las doncellas que dormían cerca de ella escucharon los grandes gritos, fueron corriendo a la habitación de la Viuda y la encontraron ya con las agonías de la muerte.

Y el alboroto de palacio fue tan grande que se levantaron la emperatriz y la princesa. También se levantó el emperador pensando que los moros habían entrado en la ciudad por la fuerza de las armas, aunque también dudaba de que a su hija no le hubiese venido súbitamente algún daño y a causa de estos pensamientos, se desmayó. Al conocerlo, la emperatriz y la princesa dejaron a la Viuda Reposada y acudieron a la habitación del emperador, al cual encontraron más muerto que vivo. Aquí la princesa hizo tan gran luto que era cosa de ver. Al instante, fueron los médicos y le dieron remedio. Al volver en sí, preguntó si la causa de tanto alboroto había sido que los moros habían entrado en la ciudad. Le contestaron que no, que todo había sido a causa de la Viuda Reposada, que tenía grandes molestias en el corazón y que estaba a punto de morir. Entonces el emperador mandó a los médicos que fuesen con ella y que hiciesen todo lo que pudiesen para curarla. Pero en el momento en el que llegaban a la habitación ella enviaba su alma al reino de Plutón. Cuando la princesa supo que la Viuda había muerto, hizo una gran manifestación de dolor por el gran amor que le tenía, ya que ella había sido su nodriza; mandó que la pusiesen en una bella caja y, a la mañana siguiente, el emperador y toda la corte, la emperatriz, la princesa y todos los regidores y hombres honrados de la ciudad, acompañaron el cuerpo de la Viuda a la gran iglesia de Santa Sofía.

Aquí deja el libro de hablar de la Viuda y vuelve a recitar sobre Tirante que estaba enervando los ánimos de sus hombres antes de presentar combate a la escuadra de los moros.

Después de que Tirante hubo mandado al caballero Sinegerus a avisar al emperador de sus intenciones, puso a punto toda su escuadra y determinó

qué embarcaciones tenían que atacar primero las naves y qué galeras, las galeras enemigas. También ordenó a todos los patrones cómo tenían que atacar a la escuadra de los moros, y les dijo que produjesen un gran estallido de trompetas, añafiles y bocinas, mientras que señaló a los otros que tenían que lanzar las bombardas y dar gritos muy fuertes a fin de poner el diablo en el cuerpo del enemigo.

Al alba mandó izar las velas y seguidamente todas las embarcaciones salieron del puerto de Troya sin hacer ruido y navegaron un día y una noche. Nuestro Señor les concedió la gracia de que aquel día estuviese nublado y brumoso para que no pudiesen ser vistos por los moros. Llegaron delante de la escuadra de los moros dos horas antes de hacerse de día, de tal forma que no fueron oídos. Entonces, con gran furia, atacaron la escuadra y fue tanto el escándalo que hicieron que parecía que cielo y tierra se fundían. Así mismo encendieron diez fallas en cada nave, con las cuales hicieron una gran luminaria. Los moros, al sentir tan gran ruido, ver tan gran luz y las embarcaciones encima de ellos, se asustaron tanto que no sabían qué hacer, porque los habían encontrado durmiendo y desarmados. Así, como no pudieron defenderse, los cristianos tomaron todas las embarcaciones e hicieron una matanza tan grande que era cosa admirable de ver, ya que degollaron a todos los que encontraron, sin dejar a ninguno con vida.

Los que consiguieron lanzarse al mar y llegar a tierra, llevaron la mala nueva al sultán y al turco y, cuando los moros del campo supieron que habían tomado todas las embarcaciones y matado a toda la gente, se armaron y subieron a caballo. Aunque no sabían de quién se trataba, temían que les hiciesen el mismo juego que habían hecho a las naves, y se acercaron a la orilla del mar, para que nadie pudiese bajar a tierra.

Cuando Tirante vio que habían tomado todas las embarcaciones de los moros, fue el hombre más feliz del mundo. Entonces se arrodilló y, con grandísima devoción, dio a Dios grandísimas gracias, porque le había permitido tomar trescientas embarcaciones sin perder ninguna de las suyas. Esta batalla fue tan rápida que, cuando acabaron de tomar las naves, casi comenzaba a clarear. Los que estaban en la muralla de la ciudad oyeron un gran ruido de bombardas, de trompetas y de gritos cerca del puerto y supieron que se trataba de la escuadra de Tirante combatiendo contra los moros.

Al oír el gran ruido, el emperador se levantó de la cama y cabalgó con los

pocos que en aquel momento se encontraban en palacio. Fue por la ciudad pidiendo a la gente que todo el mundo estuviese a punto para defenderla si era menester, al tiempo que iba diciéndoles que se alegrasen porque ahora serían liberados y cada uno podría recuperar su heredad y todo lo que había perdido.

Los moros, por su parte, no se proveían de nada porque estaban muy afligidos por las embarcaciones que habían perdido y por miedo a que les atacasen por tierra. Por esa razón, abandonaron el sitio de la ciudad y se fueron a la orilla del mar, para que nadie de la escuadra de Tirante pudiese bajar a tierra. Cuando el día fue bello y claro, Tirante hizo subir marineros en las embarcaciones que habían tomado a los moros y, con toda la gran escuadra, salieron del puerto de Constantinopla y, por el brazo de San Jorge, se dirigieron hacia el mar Mayor. Tirante había pensado que si él les cortaba el paso por tierra firme antes de que se hicieran con provisiones, haría de ellos lo que quisiera. Por eso fingió que se iba y que se llevaba todas las embarcaciones de los moros. Cuando los enemigos vieron que la escuadra de Tirante se llevaba todas sus naves, pensaron que se iba con todo lo que habían ganado.

Tirante navegó aquel día hasta que, por la noche, los moros perdieron de vista las naves, porque su intención era que los moros pensasen que se iba y así no le impidiesen llegar a tierra. Pero cuando llegó la noche Tirante hizo girar toda la escuadra en dirección a tierra.

Debéis saber que la ciudad de Constantinopla es una bellísima ciudad muy bien amurallada y hecha a tres ángulos: hay un brazo de mar que se llama el brazo de san Jorge, el cual cierra dos partes de la ciudad, mientras que la tercera, no. Esta parte abierta, confronta con el reino de Tarcia. Tirante se dirigió a la parte abierta y, durante la noche, tomó tierra a cuatro leguas del campo de los moros. Aquí desembarcaron todos los caballos, toda la gente y la artillería que necesitaban, y también víveres para abastecer su campamento, y así dejaron las embarcaciones muy bien abastecidas. Lo hicieron con tanta cautela que no fueron vistos ni oídos por los moros.

Entonces se alejaron de las embarcaciones media legua siguiendo un río hasta que llegaron a un puente de piedra que lo atravesaba. Allí hizo plantar las tiendas a toda su gente, de forma que el río quedó entre ellos y sus enemigos. Para que los moros no los pudiesen sorprender durante la noche, Tirante hizo poner su tienda dentro del puente, para vigilarlo y que nadie pudiese pasar sin su voluntad. También mandó disponer muchas

bombardas por si venían los enemigos.

Una vez hubieron plantado las tiendas, Tirante tomó a un hombre de a pie y, vestido como un moro, lo envió a la ciudad de Constantinopía con una carta que contenía palabras de estilo semejante:

Serenísimo señor, con gran alegría os tengo que manifestar que la fortuna os quiere ser favorable, porque por medio de la divina gracia hemos obtenido de vuestros enemigos una gran victoria ya que hemos tomado trescientas embarcaciones del sultán y del turco, cargadas de víveres, y han muerto todos los moros que en ellas iban, sin ninguna merced. Querría saber de vuestra majestad, dónde manda que sean descargados, tanto los víveres que hemos tomado, como los que nosotros traemos; porque yo he decidido, si vuestra majestad está de acuerdo, licenciar todas las naves que tengo contratadas, porque tenemos bastante con las que yo llevaba y con las que hemos tomado, más algunas que son del rey de Sicilia y de otros amigos míos. Como los moros no tienen naves, me parece que con cuatrocientas bien armadas tendremos bastante para conseguir que los moros no puedan tener víveres ni socorros, ni tampoco que se puedan ir. Tengo que hacer saber a vuestra majestad que, como he puesto el campamento en la cabecera del río, estoy seguro de que antes de que los moros puedan salir del sitio que tienen puesto a la ciudad, se tendrán que enfrentar conmigo. Os suplico que hagáis guardar muy diligentemente la ciudad y que la pongáis en continua vigilancia, porque los moros tendrán que intentar hacer un acto desesperado o darse presos, ya que los víveres que tienen no les pueden durar, porque los tengo encerrados por todas partes, por mar y por tierra. También suplico a vuestra alteza que me aviséis sobre cómo está la ciudad de víveres, ya que yo tengo para abastecerla durante diez años. Tan pronto tenga vuestra respuesta, os enviaré las embarcaciones cargadas y por eso suplico a vuestra majestad que me mande qué quiere que haga. Si vuestra majestad quiere que os envíe gente de armas, avisadme, porque he decidido que tan pronto hayan sido descargadas las embarcaciones, toda la gente se organice y se coloque delante del campo de los moros para que no puedan ser socorridos ni puedan enviar nadie para pedir socorro. Confío que Nuestro Señor nos ayudará, de forma que podremos hacer lo que queramos y ahora solamente espero la respuesta de vuestra majestad.

Una vez que Tirante hubo escrito la carta, la dio a un hombre llamado Carillo, que era griego y había nacido en la ciudad de Constantinopla.

Durante la noche, éste fue a la ciudad por caminos apartados sin ser visto ni oído por los moros del campo. Cuando llegó a la puerta, los guardias lo prendieron y lo llevaron delante del emperador. El hombre le hizo reverencia, le besó la mano y el pie y le dio la carta de Tirante. Al leerla el emperador y conocer su contenido, fue el hombre más feliz del mundo y dio gracias a Dios por el don que le había concedido. Inmediatamente, hizo llamar a la emperatriz y a la princesa, les mostró la carta de Tirante y ellas sintieron un gran consuelo, porque Tirante había tomado las embarcaciones de los moros.

Después, el emperador llamó al capitán Hipólito y, cuando éste hubo leído la carta de Tirante, dijo al emperador:

—Señor, no ignora vuestra majestad que en distintas ocasiones os he dicho que confiaseis en Dios y en el amor y la voluntad que mi maestro Tirante sentía por vuestra majestad y, que si él permanecía vivo, no os olvidaría. Por lo tanto, señor, tened buena confianza, porque con el auxilio divino él os dará victoria sobre vuestros enemigos y os hará recuperar todo el imperio griego.

—¡Por Dios —contestó el emperador—, cuán admirados estamos, capitán, de los actos que Tirante ha hecho y hace! Os juro por mi corona que le otorgaré tal premio a él y a sus parientes que todos quedarán muy contentos. Ahora os ruego, capitán, que vayáis enseguida a comprobar los víveres que hay en el palacio y en la ciudad, para que podamos avisar a Tirante de lo que nos pidió.

Entonces Hipólito dejó al emperador y, en compañía de otros hombres expertos, comprobó que aún tenían trigo para tres meses. Hipólito, muy alegre, volvió al emperador, se lo comunicó y añadió:

—Señor, no dude vuestra majestad porque, antes de que se acabe, Tirante habrá dado orden para que tengamos más, dejadlo a su cargo.

Después de esto, el emperador llamó a su secretario y le hizo escribir una carta a Tirante donde le indicaba todo lo que había decidido. Entonces hizo venir a Sinegerus y le dijo:

—Caballero, os ruego que vayáis a Tirante, que le deis esta carta y que, de palabra, le digáis todo lo que habéis visto.

Entonces el embajador tomó licencia del emperador y después se despidió de la emperatriz y de la princesa, la cual le rogó que dijese a su señor Tirante que ella le suplicaba que la tuviese en la memoria y que pensase en cuántos trabajos y preocupaciones había pasado desde que no lo había visto. En todo caso, le rogó que él diese orden para que ella lo pudiese ver lo más pronto posible, porque si no lo hacía, estaba segura de que moriría en aquel deseo. Entonces el embajador le besó la mano y la princesa lo abrazó. Partió del palacio y, vestido como un moro y en compañía de Carillo, los dos salieron de la ciudad a las doce de la noche. Pasaron por los mismos lugares por donde había venido Carillo, y al alba llegaron al puente donde Tirante había acampado.

Al verlos Tirante se alegró mucho de su llegada y preguntó al caballero Sinegerus qué noticias había del emperador, de la emperatriz y de la princesa, su alma. El embajador le recitó todo lo que había visto y lo que el emperador le había dicho. Además le dio todas las recomendaciones de la princesa y todas las cosas que ya han sido citadas. Cuando Tirante hubo oído las súplicas que la princesa le enviaba, de sus ojos corrieron vivas lágrimas y su cara se alteró por el gran amor y por la compasión que sentía por ella, de forma que no habló durante un buen espacio de tiempo. Después de que Tirante volviese a su color natural, Sinegerus le dio la carta del emperador, la cual decía:

Hijo Tirante: No ha sido poco el consuelo que hemos tenido de vuestra venida. Quedo obligado a la inmensa bondad de Nuestro Señor Dios y a vos porque me habéis querido socorrer y liberar en tiempo de tanta necesidad. Suplico a mi señor Jesucristo que os conceda la gracia de poder cumplir vuestro buen deseo, que es de auténtica caridad y a mí que os pueda premiar por vuestros trabajos. Quiero notificaros la gran custodia que sobre la ciudad hace vuestro gran criado y hermano mío, Hipólito, ya que no creo que después de vos exista ni haya existido ningún otro caballero con mejor ánimo en todo el mundo, porque si no hubiese sido por sus grandes actos de caballería, ya hace días que la ciudad y todo el imperio habrían sido presos. También os queremos hacer saber que, por la gracia de Dios, la ciudad está muy bien abastecida de víveres para tres meses y que tenemos suficiente caballería para defendernos de los enemigos. Por eso os suplico que no pongáis vuestra virtuosa persona en peligro, porque en vuestra libertad está la nuestra. Así mismo os queremos avisar cómo hemos decidido que hagáis descargar vuestros víveres: haced poner una partida en el castillo de Sinópoli, ya que es muy fuerte y

aquí estará muy bien guardado para abastecer vuestro campo; la otra partida, hacedla descargar en la ciudad de Pera, para que pueda abastecer nuestra ciudad; la parte restante, podéis hacerla traer aquí, a la ciudad, y después podéis licenciar las embarcaciones que queráis, según vuestra buena discreción. Por otro lado, creo conveniente que las cuatrocientas embarcaciones vengán delante de la ciudad porque así podréis dar gran trabajo a los enemigos ya que se verán obligados a procurar continuamente que nadie de las embarcaciones baje a tierra, de forma que, de noche y de día, tendrán que poner mucha gente de armas velando vuestra llegada y al mismo tiempo deberán ocuparse del sitio, tanto de la ciudad, como del campo.

No nos falta decir más que si necesitáis parte de nuestro tesoro para pagar las embarcaciones que habéis fletado, que nos mandéis una o dos galeras, o las que queráis, que os enviaremos todo el dinero que necesitéis.

Cuando el sultán y el turco supieron que Tirante había desembarcado y que había puesto su campamento en el puente de piedra, fueron los hombres más preocupados del mundo y se tuvieron por perdidos, porque vieron que no podían salir de donde se encontraban, ni por mar ni por tierra, sin caer en manos de Tirante. También pensaron que, si se quedaban allí durante mucho tiempo, tendrían que pasar hambre ya que no tenían víveres ni para dos meses, porque no habían podido descargar las naves. Al ver todos los problemas que se les avecinaban, se reunieron en consejo para deliberar qué podían hacer para no perecer. Al consejo asistieron los siguientes señores: el rey de Alape, el de Suria, el de Trato, el de Asiria, el de Hicania, el de Rastén, el hijo del Gran Caramán, el príncipe de Sixa y muchos otros grandes señores.

Unos aconsejaban que atacasen la ciudad porque, si la podían tomar, se podían hacer fuertes hasta conseguir socorro; otros proponían presentar batalla delante del campamento de Tirante porque, como tenían mucha caballería y muy buena, no sería extraño que pudiesen romper el paso y que, si no lo conseguían, más valdría morir como caballeros que dejarse prender como carneros. Así, si la fortuna les era favorable, podrían pasar con seguridad, o permanecer en el sitio hasta que hubiesen tomado la ciudad. Otros fueron de la opinión de que valdría más enviar una embajada a Tirante en la que le pidieran que les diese paz o tregua y que les dejase pasar, porque ellos regresarían a su tierra y abandonarían todo

el imperio griego, y Tirante les restituiría a todos los prisioneros y cautivos. Finalmente determinaron enviar una embajada a Tirante y, en el caso de que no les dejase pasar, escogerían las otras opciones; o sea: combatir la ciudad muy bravamente y, si no la podían tomar, como último remedio morirían con la espada en la mano como caballeros.

Entonces eligieron como embajadores al hijo del Gran Caramán y al príncipe de Sixa, los cuales eran caballeros muy sabios y de gran elocuencia y muy diestros y avisados en la guerra. Les recomendaron que se fijasen en la cantidad de gente que tenía Tirante y en qué orden estaban, pero también en todo lo que tenían que hacer y que decir. Antes de partir enviaron un trompeta al campo de Tirante para que les diese un salvoconducto. Cuando les fue otorgado, los embajadores, muy bien ataviados con aljubas de brocado, sin armas y acompañados de doscientos hombres a caballo, partieron y se dirigieron al campo.

Una vez Tirante hubo leído la carta del emperador, llamó a su almirante, el marqués de Lizana, y le mandó que echase cuentas con los patronos de las embarcaciones que había contratado y que si faltaba pagarles algo, que fuesen pagados muy liberalmente. Después le mandó que dividiese los víveres en tres partes, que hiciese descargar una en el castillo de Sinópoli, la otra, al castillo de Pera y que tomase quinientos hombres de armas y que los enviase con los víveres restantes a la ciudad de Pera. También le mandó que armase bien las embarcaciones que habían tomado a los moros y las que no eran contratadas y que, bien abastecidas de víveres, fuesen a descargarlas a la ciudad de Constantinopla.

—Y cuando hayan descargado, que estén continuamente bombardeando el campamento de los moros y haciéndoles todo el daño que puedan.

Entonces el almirante fue, echó cuentas con los patronos y les pagó todo lo que se les debía. Tirante aún les hizo la gracia de dar mil ducados de más a cada patrón. A continuación, mandó que cada uno se dirigiese donde tenía que descargar y les dijo que, después de haberlo hecho, podían regresar libremente cada uno a su tierra. Seguidamente, hizo que los quinientos hombres que tenían que ir a la ciudad de Pera embarcasen y que cada uno fuese donde se le había mandado. Unas embarcaciones fueron al castillo de Sinópoli, que distaba cincuenta millas de la ciudad de Constantinopla por el brazo de San Jorge. Allí descargaron y regresaron por donde habían venido. Las otras fueron a la ciudad de Pera donde tomaron tierra los quinientos hombres de armas.

El capitán de la ciudad, que era un valentísimo caballero, al saber que los enviaba Tirante, los recibió muy bien. Entonces descargaron las embarcaciones y recogieron los víveres dentro de la ciudad con mucha alegría, por la gran necesidad que tenían. Y cuando las embarcaciones fueron descargadas, partieron cada una a su tierra. Después de que el marqués de Lizana hubo hecho partir las naves fletadas, hizo armar las cuatrocientas treinta y cinco embarcaciones, entre naves, galeras, galeotas y leños que les habían quedado. Dejó el campo muy bien provisto de víveres y ordenó que dos galeras bien armadas se quedasen en el río, cerca del campamento de Tirante, por si éste las necesitaba. Cuando las embarcaciones estuvieron a punto de partir, el almirante se dirigió al campo de Tirante y le dijo que ya había cumplido todo lo que le había mandado. Entonces, Tirante se dirigió a la tienda de la reina de Fez y le dijo:

—Hermana y señora, os suplico que vayáis en estas embarcaciones a la ciudad de Constantinopla para consolar a aquélla que tiene mi alma cautivada, ya que tengo dudas de que durante el tiempo que yo no pueda ir a hacerle reverencia, cometa algún daño irreparable, cosa que sería para mí peor que la muerte. Sabéis que, si yo partiese de aquí para ir a ver a su excelencia, pondría en gran peligro a todo el campo. Además, vos estaréis allí mucho mejor y con más placer que aquí. También os suplico que, con vuestro angélico saber, solicitéis a mi señora las mismas súplicas que tiempo antes solías hacerle en favor mío. Así mismo os ruego que le deis esperanza de mi próxima llegada, que será lo más pronto posible, ya que es la cosa que más deseo en este mundo, porque en tardanza, una hora me parece un año.

No permitió la graciosa reina que Tirante hablase más, sino que con cara afable y en voz baja le dijo:

—Hermano y señor, vuestras súplicas son para mí mandamientos a causa de la mucha obligación que tengo con vuestra señoría por los grandes beneficios y honores que de vos he recibido, sin ser merecedora. Confiad en mí, ya que no soy ingrata y no olvido la causa a la que estoy tan obligada. Pensad, hermano y señor, que si antes tuve voluntad de serviros, ahora tengo mil veces más. Bien sé que un cuerpo con tanta perfección como es el de mi señora, no tiene que ser poseído más que por vuestra mucha virtud, ya que sois fuente de bondad y de caballería. Decidme, señor y hermano mío, si queréis alguna otra cosa de mí, porque

estaría dispuesta a poner cien vidas, si tantas tuviese, en todo aquello en que os pueda servir.

Entonces Tirante la abrazó, la besó en la mejilla y le dijo:

—Señora hermana, no os podría agradecer el mucho amor que sé que sentís por mí, y confío que pondréis fin a todos mis afanes. Que Nuestro Señor me dé la gracia para poder concederos el premio del que sois merecedora.

La reina le quiso besar las manos, pero Tirante no lo permitió, sino que le dijo que organizase todo lo que tuviese menester y que embarcase. Entonces el capitán se despidió de la reina, volvió a su tienda e hizo llamar al almirante. Cuando éste estuvo ante él le dijo:

—Almirante, os ruego que pongáis en orden todas las cosas que os he dicho y, tan pronto como la reina se haya embarcado, haced izar vela y partid.

Al día siguiente por la mañana, Placerdemivida con todas sus doncellas fue a embarcarse. La acompañaron hasta el mar el rey de Sicilia y Tirante con quinientos hombres de armas. Cuando la reina entró en una nave, se despidieron de ella y volvieron al campo. Entonces, el almirante mandó izar las velas y todas las embarcaciones se dirigieron a Constantinopla.

Cuando los embajadores del sultán llegaron delante del puente de piedra, Tirante hizo salir a un capitán con quinientos hombres de armas a recibirlos, todos con los arneses muy relucientes y con caballos sicilianos bellamente encubiertos. Éstos recibieron a los moros y los acompañaron a la tienda de Tirante, que era de brocado carmesí, la más rica y singular que nunca había sido hecha en aquel tiempo, porque la habían confeccionado en la ciudad de París.

Una vez los embajadores descabalaron, entraron en la tienda, donde se encontraron al rey de Sicilia, al de Fez, a Tirante y a muchos otros nobles caballeros. Todos los recibieron como correspondía, de manera que les hicieron un gran honor, porque se trataba de grandes señores. Pero Tirante no quiso que explicasen enseguida su embajada, sino que los hizo aposentarse en bellas tiendas y les hizo servir muchas viandas y mucha volatería, así como vinos de distintas procedencias. Cuando los embajadores vieron a los quinientos hombres de armas con los caballos

tan grandes y los hombres con los penachos a la italiana, se admiraron mucho. Por otro lado, como contaron cuatro mil caballos todos encubiertos que continuamente daban vueltas al campo, como si tuviesen que entrar en batalla, y comprobaron la mucha caballería que había en el campo de Tirante, dijeron entre ellos que el poder de toda la morisma del mundo no sería bastante para resistir a la gente cristiana. Así pues, creyeron que habían ido en vano, porque Tirante nunca les concedería paz ni tregua, ni ninguna otra posibilidad de poder quedar a salvo de la muerte.

Los animosos embajadores pasaron todo aquel día y la noche siguiente con estos dolorosos pensamientos, y el día de después el virtuoso Tirante los llamó a su tienda para escuchar la embajada. Entonces los embajadores pasaron a la tienda del virtuoso capitán y Tirante les mandó que se sentasen delante de él para que le explicasen lo que le tenían que decir. En aquel momento, el hijo del Gran Caramán, por ser el mayor de todos, hizo reverencia al virtuoso Tirante y, como embajador, le dijo:

—Es conocida tu mucha sabiduría, gran capitán, caballero y señor, y por lo tanto tienes que considerar benignamente la perdición que las batallas llevan a innumerables personas. Si quieres abrir los ojos de tu gran señoría, podrás contemplar este gran río cambiado de color a causa de la sangre humana que se derramará por cada una de las dos partes. Si escuchas atentamente, podrás oír los gemidos, llantos y gritos de las mortales heridas de los combatientes vencidos. Por eso, nosotros, embajadores de nuestro señor el sultán y del Gran Turco, venimos a tu bella presencia para saber la intención que tu señoría tiene en este negocio. Si te es placentera, te demandamos paz, o tregua por tres meses o más. Si tu liberal y gentil condición quiere otorgarnos la paz por ciento un años, estaremos muy satisfechos de ser amigos de tus amigos y enemigos de tus enemigos. En ese caso, abandonaremos el imperio griego, restituiremos en ti la capitanía de todas las villas, castillos, ciudades y tierras que hay dentro del término de Grecia; devolveremos la libertad a todos los prisioneros cristianos detenidos y aceptaremos cualquier otra razonable sumisión, siempre que no vaya en perjuicio del honor de todos nosotros.

No apreció poco el virtuoso Tirante aquella explicación, pero les dijo que descansasen, que pronto les daría respuesta para mostrar la gran discreción que poseía. Así pues, acompañados de los caballeros de Tirante y después de haber tomado licencia, los embajadores volvieron a

sus tiendas. Tirante, como virtuoso capitán, el día siguiente hizo llamar a los ilustrísimos reyes, a los duques y a la noble caballería y como todos amaban al virtuoso Tirante con infinito amor, rápidamente fueron a su real tienda.

Después de oír misa, sentado cada uno según su grado, el virtuoso Tirante comenzó a decir:

—Vuestras señorías, muy ilustres y magníficos señores hermanos míos, ya conocen la embajada enviada por el sultán y por el Gran Turco en la que nos piden paz y tregua. Debemos considerar que lo han hecho a causa de la opresión y la gran necesidad en la que se hallan, porque los tenemos puestos en gran estrechez, tanto de alimentos como de otras cosas necesarias para la vida humana. Por otro lado, conviene considerar la gran gloria que obtendremos si somos vencedores, sobre todo porque el pueblo cristiano será liberado y la verdadera fe será restituida. También debemos considerar el gran espanto que tendrá la morisma cuando sepan que todos han sido matados o presos y la grandísima venganza que por medio de nosotros obtendrá la corona imperial por las muchas ofensas y aflicciones que ha tenido que soportar. Soy del parecer de que no podemos hacer a la majestad del señor emperador mayor servicio que no otorgarles paz, ni tregua, ni ninguna otra concordia. Solamente les podemos ofrecer que se pongan bajo nuestro poder sin seguridad de bienes ni de vida. Y si no lo quieren hacer, que hagan todo el daño que puedan, porque estamos seguros de que les podremos hacer sucumbir de pura hambre. Por otro lado, en nuestras manos está el presentarles batalla, porque somos mucho más poderosos que ellos, aunque soy de la opinión de que sería una grandísima locura combatirles, porque están desesperados y podríamos perder mucha gente nuestra y poner en peligro todo nuestro estado. También debemos considerar la gran ganancia que sería para nosotros conseguir todo su botín, que perderíamos si los dejásemos ir. A pesar de eso, señores y hermanos míos, mi parecer es el siguiente: que nosotros no somos quién para darles ninguna respuesta sin que sea consultada la majestad del señor emperador, porque si en el futuro la fortuna nos fuese contraria, seríamos dignos de gran reprensión. Por eso suplico a vuestras señorías que me aconsejéis la respuesta que les tengo que dar.

No hubo terminado de expresar el virtuoso Tirante su razonamiento, cuando el rey de Sicilia, quitándose el bonete de la cabeza dijo:

—Señor capitán, no es cosa nuestra aconsejaros, porque vuestro entender ha manifestado todas las posibles situaciones; pero para que vuestra señoría quede satisfecho, tengo que decir que me parece muy bien que el señor emperador sea consultado y que él decida lo que le parezca mejor, ya que este hecho toca más a su honor que al de todos nosotros.

Cuando hubo terminado de hablar, todos los demás pidieron al rey de Fez que expresase su parecer, y éste dijo:

—Virtuoso capitán y señor, yo no soy quién para replicar las cosas bien dichas que ha dicho vuestra señoría. Pero considerando que estos señores han pedido mi opinión y teniendo en cuenta la urgencia en dar respuesta a los señores embajadores, tengo que decir que loo y apruebo la respuesta hecha por la señoría del rey de Sicilia en el sentido de que será oportuno que sea consultada la majestad del señor emperador. Así pues yo, con todos estos señores y hermanos míos, os aconsejo que rápidamente le enviéis vuestra embajada, para que se pueda dar rápida respuesta a los embajadores del sultán y del turco.

Entonces el virtuoso capitán dijo que lo pondría en ejecución y cada uno volvió a su alojamiento.

Una vez hubo partido la escuadra del campamento del virtuoso Tirante para ir a la insigne ciudad de Constantinopla, el viento y el tiempo les fueron tan favorables que en el mismo día, dos horas antes de que Febo hubiese cumplido su viaje, las naves llegaron delante de la ciudad bienaventurada. Entonces, lanzando bombardas y haciendo sonar trompetas, clarines y añafiles, con multiplicadas voces, saludaron a la insigne ciudad.

Los nobles ciudadanos y la gente del pueblo corrían a la muralla para ver entrar en el puerto a los deseados socorros que venían bajo las banderas de la majestad imperial y del valeroso capitán Tirante. Y todas las campanas de la ciudad tañeron dando loores y gloria a la divina providencia, porque le había placido socorrer a los afligidos, ya que todas las embarcaciones venían cargadas de víveres. El viejo emperador cabalgó hacia el mar y fue avisado de que en las embarcaciones venía la reina de Fez, y él mandó avisar a la princesa y a la emperatriz. Carmesina, en cuanto pudo, cabalgó con Hipólito y con muchos otros caballeros y gentilhombres y con todas las damas de su corte hasta donde se hallaba

el emperador. Entonces la excelsa princesa mandó a Hipólito que entrase en el mar donde se hallaba la deseada reina para hacerla bajar a tierra.

Hipólito entró en la nave y encontró a la ínclita reina muy bien ataviada. Ésta lo recibió con amor afable y mutuamente se agasajaron por el gran amor y amistad que habían tenido en tiempos pasados. Entonces la reina le preguntó sobre la señora princesa e Hipólito le dijo que la había dejado en la orilla esperando su deseada visita. Entonces bajaron a tierra y cuando la princesa vio que Placerdemivida, criada suya, venía con tan gran poder, bajó del caballo para hacerle mayor honor. La reina se lanzó a sus pies para besárselos, pero la excelsa señora no lo permitió, sino que la besó en la boca muchas veces en señal de amor. Después la cogió de la mano y la llevó con ella donde estaba el emperador. La reina le besó el pie y la mano y el emperador recibió a la reina haciéndole gran honor, como también al almirante y a los otros caballeros que habían venido con ella. Partieron todos del puerto y se dirigieron al palacio imperial, donde encontraron a la emperatriz, que recibió a la reina con graciosa y benigna cara, mientras Placerdemivida le besaba pies y manos como vasalla y criada suya. Después de esto, el emperador mandó a Hipólito que las embarcaciones fueran descargadas, para que pudiesen regresar pronto al campo.

A la mañana siguiente, el emperador invitó al almirante para que fuese a comer con él, junto con todos los nobles y caballeros que habían venido en compañía de la reina. A la comida, pues, acudieron todos, muy bien ataviados y con gruesas cadenas de oro y ropas de brocado. La singular fiesta que el emperador les ofreció fue cosa de gran admiración, porque a pesar de su necesidad, fueron muy bien servidos con singular abundancia de volatería y de vinos especiales que hacían magnificar la fiesta. Y todo aquel día lo pasaron las damas de la emperatriz y de la princesa en danzas y juegos.

Llegada la noche, el almirante pidió licencia al emperador para recogerse en las embarcaciones, porque quería partir por la mañana para ponerse con la escuadra delante del campamento de los moros y enojarlos y darles fatiga. Entonces el emperador le dijo:

—Almirante, no hay cosa en el mundo con que me podáis servir mejor.

El almirante, habiéndole hecho una reverencia, fue a despedirse de la emperatriz, de la virtuosa princesa, de la reina y de todas las damas.

Durante la noche partió toda la escuadra de la noble ciudad y se dirigió al campo de los moros. Cuando llegaron allí, dispararon tantas bombardas que hicieron alborotar a todos los infieles, los cuales corrieron a coger las armas, pensando que les querían combatir. La noche en la que la virtuosa reina de Fez llegó a Constantinopla, la princesa quiso que durmiese con ella para poder conversar. Ya dentro de la cama, Carmesina dijo:

—Virtuosa hermana y señora mía, mi alma ha permanecido muy atribulada durante el tiempo de vuestra ausencia por tantas razones que no se podrían expresar por escrito, pero especialmente por vos, a quien amaba sobre todas las mujeres y doncellas del mundo. Vivir sin vos me era imposible, sobre todo cuando pensaba que habíais muerto por mi culpa. También estaba muy angustiada por la gran crueldad de Tirante, que había partido de mí sin decirme nada y yo no sabía cuál era la causa de su desdén. Cada hora del día se representaba en mi imaginación su fingido amor. Y bien podéis creer que, cuando me vi separada de las personas que más quería, deseaba más morir que vivir en tan penosa vida. Además, me lamentaba pensando en el gran daño y perdición que provocaría la ausencia de Tirante en mi padre el emperador, en todo el imperio y en mí, que sería puesta en cautividad en poder de los infieles y que sería deshonrada. Por estas razones pensaba que llegaban los últimos días de mi vida; y mi dolor aumentaba cuando me preguntaba en qué había fallado, agraviado u ofendido al valeroso Tirante. Pero gracias a la majestad de aquélla que es Madre de piedad, que nunca falla a quien la invoca, entré en el monasterio de las Devotas Menores para suplicar a la Virgen María, señora nuestra, que consolase mi alma y mi cuerpo y que tuviese piedad del viejo emperador para que no se viese cautivo ni desposeído de su imperio en sus últimos días. Pero en estos momentos tengo mucho consuelo al comprobar cómo habéis prosperado vos, hermana mía, y quedo muy obligada a la virtud del valeroso Tirante que, en mi ausencia, se ha acordado de mis servidores. Ahora, hermana y señora mía, os querría pedir que me dijeseis en qué ofendí al virtuoso Tirante y cuál fue la causa que provocó su partida sin decirme nada, porque no penséis que soy la misma que cuando me dejasteis, sino que mi amor es tan grande, que si no veo pronto a mi Tirante, muy corta será mi vida.

La excelsa señora acabó de hablar con los ojos llenos de lágrimas, con gemidos y suspiros. La virtuosa reina intentó confortarla con sus agraciadas palabras hasta que Carmesina se encontró mejor y, entonces,

Placerdemivida comenzó a decir:

—Muy fatigoso y enojoso sería recitaros lo que me pedís, ya que mis palabras agraviarían los oídos de vuestra majestad y pienso que haríais pasar una mala noche a la majestad del señor emperador y a todo el palacio. Por eso os suplico que no me hagáis contároslo esta noche, sino que mañana, cuando vos queráis, os lo recitaré, aunque tengo miedo de que vuestra alteza se altere al oír tan nefandísimas palabras. Pero, señora, vuestra alteza se puede alegrar de una cosa: que vos no tenéis ninguna culpa y que ahora el virtuoso Tirante ha sido bien informado por mí. Y cuando supo la verdad, él quedó muy confuso y pasó una grandísima vergüenza y ahora me ruega que os suplique que no le sea denegado el perdón, ya que confiesa su gran culpa. Vuestra alteza lo tiene que perdonar ya que él fue engañado por una persona digna de confianza, cuya maldad ignora la majestad vuestra. Pero no quiero continuar ahora hablando de estas cosas, sino que os suplico que os alegréis, ya que vuestras tribulaciones y las del señor emperador pasarán rápidamente gracias a la venida del animoso Tirante. ¡Si supieseis, señora, cuánto es el amor que por vos siente! Podéis estar segura de que todo lo que ha hecho en tierras de Berbería ha sido para tener posibilidades de venir a socorremos y para poder poseeros en vuestra deleitosa cama. Confiad en mí, señora, que nunca os voy a fallar en nada, porque pronto os lo haré venir aquí, que es la cosa que él más desea. Y eso os lo puedo bien asegurar, ya que si no hubiese sido por el amor que os tiene, podía haber tomado por esposa a la hija del rey de Tremicén y hacerse rey y señor de toda la Berbería. Esta dama, que es de inestimable belleza y posee muchas virtudes, vendrá pronto a conoceros porque tanto ha oído hablar a Tirante de vuestra belleza, que ha prometido asistir a vuestras bodas. Por tanto, señora, un caballero de tanta virtud que ha dejado a una doncella con tantos reinos, ¿no es merecedor de poseer vuestra excelente persona? Cierto es que sí. Además, ¿qué rey o gran señor ha habido en el mundo que haya conquistado tantas tierras como éste y no se las haya querido quedar? Por todo esto, señora, os suplico que no penséis en nada que os sea enojoso, que olvidéis todo el pasado y que solamente penséis en el feliz porvenir.

—Muy enojoso es para mí, estimada reina —contestó la princesa—, pensar en lo que me decís. Pero ahora he podido comprender, hermana mía, que en tiempo pasado, cuando erais sirvienta mía me disteis buenos consejos y yo no lo supe reconocer. Pero os aseguro que, a partir de

ahora, quiero dejarme llevar por vuestros consejos y órdenes.

Estas palabras dieron pie a la reina a decir:

—Señora, si vuestra alteza hace eso, os prometo que vuestro goce se verá cumplido, más de lo que pensáis.

En éstas y semejantes razones pasaron gran parte de la noche, ya que la princesa escuchaba con mucho placer las palabras de la reina, porque hacía mucho tiempo que no se habían visto y tenían mucho de qué hablar. Después de mucho tiempo dijo Placerdemivida:

—Señora, intentemos dormir.

Y así lo hicieron.

Capítulo XXXIII. Por fin Tirante consigue lo que tanto deseaba

Una vez el virtuoso capitán hubo terminado el consejo con los magnánimos reyes, duques, condes y barones sobre la respuesta que convenía dar a los embajadores del sultán y del turco donde fue decidido que la majestad del emperador tenía que ser consultada, Tirante pensó que aquélla era la oportunidad que tanto deseaba para ir a ver y a hacer reverencia a aquélla que tenía su alma cautiva. Por eso decidió ir solo y secretamente a hablar con el emperador de aquel negocio de tan gran importancia para conocer su voluntad y determinación, ya que de su postura se podía seguir no solamente un gran beneficio a todo el imperio griego sino también un descanso tranquilo para él en brazos de su señora.

Al llegar la noche oscura, Tirante habló con el rey de Sicilia y con el rey de Fez, los dejó a cargo del campo y se dirigió, con una galera, hacia Constantinopla, que distaba veinte millas del campo de Tirante. El virtuoso capitán llegó al puerto cuando eran las diez horas de la noche y se disfrazó para bajar a tierra solo. Entonces mandó al patrón de la galera que no partiese de allí y, cuando llegó al portal de la ciudad, dijo a los guardias que le abriesen porque era un servidor de Tirante que venía a hablar con el emperador. Al llegar a palacio, le dijeron que el emperador se había acostado. Entonces Tirante fue a la habitación de la reina de Fez y la encontró haciendo oración. Cuando Placerdemivida lo vio, lo reconoció enseguida, fue a abrazarlo y besarlo y le dijo:

—Señor Tirante, el placer y la alegría de vuestra venida son extraordinarios. No os puedo decir cuán satisfecha está mi alma por veros, pensando que finalmente he obtenido el premio de mis devotas oraciones. Pero no creo que hayan sido mis méritos, sino los vuestros, los que han inclinado a la divina bondad a hacerme girar la cara y veros en la puerta de mi recámara. Venid, señor: ya es hora de que recojáis la paga de vuestros trabajos en los deliciosos brazos de aquélla que cumple vuestra felicidad, porque yo creo que, si vos queréis, podré conseguir lo que tanto habéis deseado. Si ahora no hacéis mi voluntad, nunca más contéis conmigo, porque en cuanto me sea posible, regresaré a mis tierras.

Pero el valeroso Tirante no dejó hablar más a la reina, sino que dijo:

—Hermana y señora, si en algún tiempo os he sido desobediente, os suplico que me perdonéis. Ahora os prometo y os juro, por la orden de caballería, que no habrá cosa en el mundo que me sea mandada por vos que yo no obedezca, aunque tuviese que morir, porque siempre me habéis dado buenos consejos y yo no los he sabido tomar.

—Veamos, pues —dijo Placerdemivida—, qué sois capaz de hacer, porque debéis entrar en lid en campo cerrado y no os tendré por caballero si no os veo vencedor en la deliciosa batalla. Permaneced aquí, en el reservado, que yo iré a hablar con la princesa y le suplicaré que venga a dormir conmigo aquí esta noche.

Entonces la reina partió hacia la habitación de Carmesina y la encontró a punto de acostarse. Cuando la princesa vio a Placerdemivida le preguntó:

—¿Cómo es que venís con tanta prisa?

—Señora —contestó la reina acercándosele al oído—, hacedme la merced de venir esta noche a dormir conmigo a mi habitación, porque os tengo que contar muchas cosas, ya que ha venido una galera del campo de Tirante y he hablado con uno de sus hombres.

La princesa, muy alegre, le dijo que estaba muy contenta ya que muchas otras veces había dormido con ella. Así pues, fueron a su habitación, que estaba muy bien perfumada de acuerdo con las previsiones de la reina. Y la princesa, por el gran deseo que tenía de recibir noticias de Tirante, se acostó enseguida en la cama de Placerdemivida. La reina dijo a las doncellas que salieran de la habitación y que se fuesen a dormir, ya que ella tenía que hacer oración y, después, ella sola se acostaría. Cuando las hubo despedido, pasó la balda de la puerta, entró en la recámara y dijo a Tirante:

—Glorioso caballero, desnudaos y, en camisa y descalzo id a poner os al lado de aquélla que os ama más que a su vida. Atacad fuertemente con las espuelas, porque así corresponde hacerlo a un caballero y no me pongáis excusas, que no os las admitiría, ni pongáis dilación alguna en vuestro cometido, porque os juro, a fe de reina, que si no hacéis lo que os he dicho, nunca en toda vuestra vida conseguiréis la gracia que deseáis.

Tirante, al oír las afables palabras de la reina, hincó las rodillas en el duro suelo y le quiso besar los pies y las manos. Entonces le dijo:

—Señora y hermana, con fuertes cadenas encarceláis mi libertad. Estáis haciendo una cosa por mí de la cual os quedaré cautivo de tal forma que no podré daros satisfacción ni agradeceré os sirviese durante todos los días de mi vida. Vos me dais la vida y la gloria, el bien y el deleite, y hacéis poseer el paraíso a mi cansada alma. No podríais ser premiada si, junto con la fortuna que la vida me ha dado, os concediese todo aquello que podría conquistar en mi vida. Solamente os lo puedo pagar con amor, con un amor como el que os ha acompañado al hacerme tan señalada gracia.

—Señor Tirante —contestó Placerdemivida—, no perdáis el tiempo, porque el tiempo perdido no se puede recuperar. ¡Quitaos la ropa ya!

El virtuoso Tirante lanzó la ropa al mar y se despojó en un momento, de forma que, descalzo y en camisa, la reina lo llevó a la cama donde estaba Carmesina. Entonces Placerdemivida dijo a la princesa:

—Señora, aquí tenéis a vuestro bienaventurado caballero, que tanto desea vuestra majestad. Os ruego que le hagáis buena compañía, tal como se espera de vuestra excelencia, porque no ignoráis cuántos daños y cuántos afanes ha pasado por conseguir la felicidad de vuestro amor. Comportaos sabiamente, pues es vuestro marido. Y no piense vuestra majestad más que en el presente, porque ignoramos qué será el futuro.

—Falsa hermana —respondió la princesa— nunca habría pensado ser traicionada así por vos, pero confío en que la gran virtud de Tirante suplirá vuestra gran falta.

Pero no penséis que durante esta conversación Tirante estaba ocioso, ya que sus manos no estaban quietas. Entonces la reina los dejó y se dirigió a dormir en una cama de descanso que había en la habitación. Cuando se hubo ido, Carmesina se dirigió a Tirante, que la estaba combatiendo, y comenzó a exclamar:

—Mi señor Tirante, no cambiéis por pena la esperanza que tenía de conseguir vuestra deseada vista. Descansad, señor, y no uséis vuestra belicosa fuerza, porque las fuerzas de una doncella no son para resistir a

un caballero como vos. No me tratéis de esta forma. En los combates de amor no es necesaria la fuerza, sino ingeniosos halagos y dulces engaños. Señor, dejad la porfía, no seáis cruel. No penséis que esto es un campo ni una liza contra infieles. No queráis vencer a aquella que es vencida por vuestra benevolencia: mostraos como caballero delante de una doncella abandonada. Dadme parte de vuestra condición de hombre para que os pueda resistir. ¡Ay, señor! ¿Cómo os puede agrandar una cosa forzada? ¡Ay! Y el amor ¿os puede permitir que hagáis daño a la cosa amada? Señor, deteneos, por vuestra virtud y acostumbrada nobleza. ¡Las armas de amor no deben cortar, no deben romper, no deben herir la enamorada lanza! ¡Tened piedad, tened compasión de esta doncella sola! ¡Ay, cruel, falso caballero! ¡Gritaré! ¡Mirad que quiero gritar! Señor Tirante, ¿no tendréis piedad de mí? ¡No sois Tirante! ¡Ay, triste de mí! ¿Esto es lo que yo tanto deseaba? ¡Oh, esperanza de mi vida, ved a tu princesa muerta!

No creáis que Tirante dejó de hacer su trabajo a causa de las piadosas palabras de la princesa, porque en poco tiempo hubo vencido aquella batalla deliciosa y la princesa entregó las armas y se abandonó y perdió el sentido. Entonces Tirante se levantó rápidamente de la cama pensando que la había matado y fue a llamar a Placerdemivida para que viniese a ayudarlo. La reina se levantó enseguida, cogió un frasco de agua de rosas, se la pasó por la cara y le frotó las sienes. Así recobró el espíritu y, lanzando un gran suspiro, dijo:

—Aunque éstas sean las señales del amor, no se deben tomar con tanta fuerza y crueldad. Ahora, señor Tirante, pienso que no me amabais con virtuoso amor. ¿La brevedad de tan poco placer, ha podido impedir a vuestra virtud y ha permitido que maltratéis a vuestra princesa? Por lo menos tendríais que haber esperado el día de la solemne y ceremonial fiesta, porque habríais entrado lícitamente en los puertos de mi honesta pudicia. Ni vos os habéis comportado como caballero, ni yo he sido tratada como princesa. Estoy muy disgustada y llena de ira porque la pérdida por derramamiento de mis carmesinos estrados ha debilitado mi delicadeza. Creo que primero entraré vencida en los reinos de Plutón que vos, vencedor, habréis robado las tiendas de los temerosos infieles. Así pues, la fiesta de goce, podéis cambiarla en duras y dolorosas exequias.

Pero la reina no permitió que la afligida Carmesina hablase más, sino que con cara alegre le dijo:

—¡Ay, bendita señora! ¡Cómo sabéis haceros la piadosa! Armas de

caballero no hacen daño a doncella; que Dios me deje morir con una muerte tan dulce como la que vos habéis fingido. ¡Y que el daño del cual os quejáis que me venga a mí si no os encontráis bien mañana por la mañana!

La princesa, no suficientemente consolada por la pérdida de su honestidad, calló y no quiso satisfacer las locas palabras de la reina. Entonces Tirante regresó a la cama y Placerdemivida se fue a dormir. Y podéis creer que los dos amantes estuvieron toda la noche en aquel bienaventurado deporte que suelen hacer los enamorados. Durante la noche, Tirante contó a la princesa todos los infortunios y persecuciones que había pasado a causa de su amor. Después le contó con grandísimo placer sus victorias, conquistas y triunfos. Finalmente, le dijo que de nada se sentía tan glorioso como de haber conquistado a su ilustrísima persona.

La princesa, casi resucitada, recuperado el esfuerzo y pasada su dulce ira, contó a Tirante todo lo que había pasado durante su ausencia y cómo, durante aquel tiempo, nunca fue vista riendo ni alegrándose por nada, sino que se había reservado en continua oración y solamente había podido mantener su vida gracias a haber entrado en un convento hasta que le anunciaron la alegre noticia de su regreso. Continuaron con muchas otras razones y delicadas palabras cargadas de enamorados suspiros y así, hablando, conocieron muchas veces los efectos del libidinoso amor.

La reina, viendo que se acercaba el día, pensó que los que se aman no piensan en nada que los pueda perjudicar cuando consiguen algún deleite. Por consiguiente, se levantó rápidamente, fue donde se encontraban los amantes y les dijo que, ya que la noche había sido tan buena, que Dios les diese un buen día. Entonces Placerdemivida dijo a Tirante:

—Señor del imperio griego, levantaos de aquí, que ya llega el día. Es necesario que os vayáis tan secretamente como podáis, para no ser visto.

Al virtuoso Tirante le habría gustado que aquella noche hubiese durado todo un año y, besando muchas veces a Carmesina, le suplicó que le quisiese perdonar.

—Mi señor Tirante —respondió la princesa—, el amor me fuerza a perdonaros con la condición de que no tardéis en volver, porque ahora que sé qué es el amor, me es imposible vivir sin vos. Y ya que me habéis hecho cautiva con la fuerza de las armas, no me denegéis los socorros,

porque mi vida, mi libertad y mi persona no las tengo de ahora en adelante como mías, pues habiéndolas perdido, las he recuperado de vos.

Una vez la excelsa señora acabó la última sílaba de sus enamoradas palabras, el virtuoso Tirante se apresuró a decir:

—Esperanza de mi bien y alegría de mi vida, no os puedo dar las infinitas gracias que merecéis por haberme otorgado perdón a la dulce ofensa que os he hecho al haber obtenido el premio a mis esfuerzos. Y haberlo obtenido con violencia lo aprecio tanto como si me hubiese sido otorgado por libre voluntad y por eso quedo preso y cautivo de vuestra excelencia. Las fuerzas del amor harán que pronto me deshaga de nuestros enemigos para que yo, cautivo vuestro, os pueda servir amorosamente.

Y con un beso de extrema pasión se separaron. Placerdemivida lo cogió de la mano y lo bajó al huerto por una puerta falsa. Entonces Tirante le quiso besar las manos, pero ella le dijo:

—Tirante, señor, ¿cómo ha quedado de satisfecha vuestra señoría de lo que tanto deseabais?

—Hermana y señora —respondió Tirante—, mi lengua no sería suficiente para expresar la gran alegría que tengo a causa de mi señora y de vos, ya que nunca podré satisfacer una gracia tan singular como la que de vos he obtenido. Si la divina potencia me hace la gracia de poder acabar lo que he comenzado, tened la confianza de que enmendaré todo aquello en que os he fallado.

Señor Tirante —contestó la reina—, son tantos los honores y beneficios que vuestra señoría me ha hecho, que durante los días de mi vida será imposible que os lo pueda agradecer. Suplico que la divina majestad os haga próspero en honor, de la misma forma como merece y desea vuestra señoría.

Y haciéndose una gran reverencia se separaron. Entonces, Tirante se dirigió a la posada de Hipólito y Placerdemivida regresó con la princesa. Se puso en la cama en el lugar de Tirante y, con descanso, durmieron hasta bien entrado el día. No fue poca la alegría que tuvo Hipólito cuando vio a su maestro y señor Tirante. Inmediatamente, se lanzó a sus pies porque quería besarlos, pero el valeroso Tirante no lo permitió, sino que lo levantó del suelo, lo abrazó y lo besó, ya que no se habían visto desde que

Tirante se había ido. Después de saludarse, Tirante dijo a Hipólito que fuese a palacio y que notificase al emperador que él había venido y que le quería hablar secretamente.

Cuando lo supo el emperador, contestó que fuese de la forma que prefiriese, que él se alegraría mucho de su visita. Con razón pensó el emperador que la venida de Tirante se debía a asuntos de gran importancia y por eso le urgía mucho saber de qué se trataba. Hipólito regresó a la posada y manifestó a Tirante la voluntad del emperador. Entonces los dos parientes, disfrazados, partieron y fueron a palacio, donde encontraron al emperador en su habitación. Cuando llegó delante de su majestad, Tirante se lanzó a sus pies para besárselos, pero el magnánimo señor no lo permitió, sino que, tomando a Tirante de los brazos, lo levantó del suelo y lo besó en la boca. Tirante, por su parte, le besó la mano y entonces el emperador lo pasó a otra habitación y le hizo sentarse a su lado. Entonces corrieron por sus ojos vivas lágrimas, tanto por la alegría como por el recuerdo de todas las pérdidas que había tenido, ya que sabía muy bien que si Tirante hubiese estado presente, no habría sufrido estas desgracias. Entonces le dijo:

—Magnánimo capitán y dilectísimo hijo nuestro, la alegría que hemos tenido de vuestra deseada vista se acerca al infinito, tanto por vuestros méritos como por los grandes servicios que hemos recibido de vos. Como habéis dejado el campo, considero que esta secreta venida vuestra tiene que tener alguna causa justificada: o la necesidad de hacer una consulta imperial o conseguir el consentimiento del emperador. Por eso, dejando aparte otras amigables razones, os doy audiencia porque deseo saber cuál es la causa.

—Señor de gran excelencia —comenzó Tirante—, la causa de mi venida ha sido hacer saber a vuestra alteza que el sultán y el Gran Turco me han enviado una embajada la cual tiene, en efecto, muchos aspectos que debe decidir vuestra sacra majestad. Y como para mí habría sido una gran presunción y atrevimiento decidir alguna cosa y dar respuesta sin licencia y mandato expreso de vuestra majestad, os suplico que determinéis lo que es necesario hacer en sacro consejo, con el objeto de que si en el futuro alguna cosa no saliese bien, no se me pueda imputar. El sultán y el turco piden a vuestra majestad paz y tregua, por tres meses o más, e incluso la paz final por ciento un años. En este último caso, ellos regresarán a sus tierras, abandonarán todo el imperio y os restituirán todas las villas y

ciudades que han tomado. Además os darán y liberarán a todos los prisioneros y cautivos cristianos que tengan en sus tierras. Si vuestra majestad no está de acuerdo, han pedido que me prepare para la batalla, porque cuando hayan obtenido mi respuesta, vendrán delante de mi campo tan rápidamente como puedan para combatirnos.

El emperador respondió de la forma siguiente:

—Virtuoso capitán e hijo nuestro, nos os tenemos en tal estima que confiamos en vuestra discreción y virtud, y pensamos que sabríais dar razón y tomar el partido más útil y de mayor honor para la corona del imperio griego y, por eso, nosotros aceptaríamos lo que vos hubieseis deliberado. A pesar de eso, haré reunir al consejo.

Y el magnánimo emperador mandó que se reuniese el consejo para que Tirante pudiese volver al campo. Entonces el capitán, habiendo tomado licencia, se dirigió a presentar reverencia a la emperatriz y a la virtuosa princesa. Las encontró al mismo tiempo en la habitación de Carmesina ya que ésta fingía estar enferma. Al verlo, la emperatriz le ofreció una calurosa bienvenida, lo recibió con cara muy afable y le hizo muchas caricias. Pero la virtuosa princesa para disimular lo que había ocurrido la noche pasada, fingió un recibimiento muy frío. Allí hablaron de muchas cosas y en especial Carmesina preguntó a Tirante si sabía o tenía alguna certeza sobre la llegada de la reina de Etiopía.

—Señora de preclara virtud —respondió Tirante—, hace tres días que he recibido una carta del rey Escariano en la que me pedía que no presentase batalla a los moros hasta que él no llegase, ya que era lo que más deseaba en el mundo. También me aseguraba que estaría aquí en quince días.

—Señor capitán —dijo la princesa—, no hay cosa en el mundo que desee tanto como ver a esa reina, porque he oído decir que es de una belleza como no se puede encontrar ninguna otra en el orbe.

—Señora, os han dicho la verdad —contestó Tirante—, porque después de vuestra majestad no creo que haya en el mundo mujer más bella ni más virtuosa. Y sé que ella tiene el mismo deseo de ver a vuestra alteza.

Y hablando y solazándose de esta forma, entró en la habitación la dolorosa Estefanía, duquesa de Macedonia, vestida de burriel, que es el

hábito de las austeras hermanas menores de la alta religión, porque, debido a la ausencia del virtuoso Diafebus, duque de Macedonia y marido suyo, se había metido en religión y había decidido no salir hasta el bienaventurado día en que pensaba que acabarían sus males. Y lanzándose a los pies de Tirante, con dolorosos gritos y abundantes lágrimas, se lamentó de la forma siguiente:

—¡Venid, honestísimas señoras y castas viudas y acompañad a la desolada duquesa! ¡Cubrid mi cabeza con arrugados pañuelos y con negro manto y sostened el pesado cuerpo de la desierta Estefanía que se encuentra cargada con cadenas de tanta cautividad! ¡Ayudadme, señores, prestadme palabras piadosas y dadme tristes exclamaciones! ¡Gritad conmigo delante del vencedor capitán porque, después de Dios, solamente él es nuestro redentor y defensor! ¡Misericordia, Tirante, misericordia os pido! ¡Tened compasión, no de mí, sino de aquél en quien se encuentra mi libertad y bienaventuranza! ¡Que se mueva, señor, vuestra sangre! Vuestro primo hermano, el duque de Macedonia, se encuentra cautivo y preso y a mí me ha dejado en una desolación mortal. Su cautividad tiene que ser una vergonzosa injuria para vos. ¡Vengad, señor Tirante, vuestra ofensa y liberad a vuestro Diafebus!

Pero el virtuoso Tirante no permitió que la duquesa estuviese más tiempo arrodillada y la tomó del brazo, la abrazó, la besó y le dijo estas palabras de consuelo:

—Hermana y señora, responderé a vuestra petición y por eso os pido que no lloréis ni os atormentéis, porque los males que habéis expresado no han sido olvidados por mí. Yo os prometo, por la orden de caballería, que mediante la ayuda divina no pasará un mes antes de que el duque de Macedonia y todos los demás estén fuera de la cárcel y puedan venir aquí a alegrar a vuestra gentileza. Porque si yo he venido no ha sido por otra cosa.

Mientras el virtuoso capitán consolaba a la duquesa de Macedonia, el emperador estaba reunido con el consejo recitándoles la embajada que el sultán y el Gran Turco habían entregado a Tirante. Cuando supieron la nueva, en el consejo hubo grandes discusiones y diferencias entre sus miembros. Unos decían que Tirante les presentase batalla para que muriesen todos. Otros decían que no era necesario darles batalla ni poner en peligro a tanta gente, ya que los moros eran muchos y muy buenos caballeros y, pensando que se tenían por perdidos, pondrían a los

cristianos en gran peligro y, por tanto, que era mejor concederles la paz, dejarlos irse y retener al sultán, al turco y a todos los reyes y grandes señores como rehenes hasta que hubiesen devuelto todas las tierras y a todos los prisioneros. Vistas las diferencias, deliberaron lo que convenía hacer. Entonces enviaron a por el emperador y le dijeron:

—Sacra majestad, todo el consejo se ha puesto de acuerdo para dar descanso y tranquilidad a vuestra senectud y a todos los vasallos y servidores del imperio. Por tanto, hemos decidido aconsejaros que, para evitar la pérdida de más gente, aceptéis la paz final con el gran sultán, con el turco y con los otros señores con la condición de que se entreguen como prisioneros hasta que hayan cumplido todo lo que han ofrecido. En cuanto a los otros moros, se pueden ir a pie y sin armas.

El emperador se dio por satisfecho con aquella decisión y fue a la habitación de la princesa donde encontró a Tirante. Inmediatamente lo cogió de la mano, lo hizo sentarse a su lado y le dijo:

—Quiero notificaros, Tirante, capitán e hijo mío, la decisión a la que ha llegado el consejo. Pero como confío mucho en vuestra discreción y gran virtud, querría saber antes vuestra intención, ya que si aconsejáis lo contrario, quiero seguir todo lo que vos hayáis decidido hacer.

—La celsitud de vuestra majestad tiene que saber —contestó Tirante— que yo también he celebrado consejo en mi campo y todos decidieron sin excepción hacer lo que la majestad vuestra aconsejase. Por lo tanto, no falta más que vuestra alteza mande lo que más le plazca.

Entonces el emperador recitó a Tirante el acuerdo del consejo y le pidió que se preparase para partir lo más pronto posible. El capitán se despidió primero del emperador y a continuación de la emperatriz, de la princesa y de las demás damas. La reina Placerdemivida lo acompañó hasta la puerta de la habitación y entonces le dijo que, cuando oscureciese entrase por la puerta del huerto, fuese a su habitación y así podría hablar con Carmesina. Entonces Tirante se dirigió a la habitación de Hipólito hasta que fue noche oscura y, solo y disfrazado, entró por el huerto acostumbrado, se dirigió a la habitación de la ínclita reina y allí encontró a la princesa que lo estaba esperando. Tirante pasó todo el tiempo hasta que fue hora de dormir jugando y estando en amorosos solaces y deleitosos parlamentos con Carmesina dentro de la recámara de la reina. Cuando se quisieron acostar, la princesa se metió en la cama primero y

Placerdemivida despidió a las doncellas e hizo que Tirante se colocase al lado de su señora. Éste fue recibido con mayor amor que la noche anterior. La reina, después de ponerlos dentro de la liza y de haberlos concertado en tan deliciosa batalla, se fue a dormir con la confianza de que se comportarían de tal forma que la batalla no tendría fin.

Y Tirante, como caballero valeroso que era, no durmió en toda aquella noche, porque quien es valiente en el campo, también tiene que serlo en la cama. Cuando se acercaba el día, Tirante dijo a la princesa:

—Señora y vida mía, me veo forzado a irme, porque he prometido a la majestad del señor emperador que mañana, cuando hubiese salido el sol, me encontraría en mi campo.

—Señor mío y bien mío —respondió la princesa—, mucho me enoja vuestra partida, porque si me fuese posible querría que nunca os apartaseis de mis ojos. Y por eso, si antes sentía una pena, ahora siento mil. Hacedme la gracia, señor, de que vuestra venida no tarde, si no queréis abreviar mi vida, porque me es imposible vivir sin vos. Y si no fuese por el gran beneficio que tiene que reportar a la corona del imperio griego, no permitiría vuestra ausencia. El amor me ha subyugado tanto que me tiene muerta en vida. A pesar de eso y ya que me veo forzada, os otorgo licencia, aunque por voluntad mía, nunca os la habría otorgado.

Conseguida la licencia, Tirante se levantó rápidamente de la cama, se vistió y, con un beso de extremo amor mezclado con abundantes lágrimas, se despidió de la princesa y de la reina. De allí se dirigió, por el huerto, a la posada de Hipólito. Entonces él lo acompañó hasta el portal de la ciudad y se lo hizo abrir. Entonces Tirante se dirigió al mar, se refugió en la galera y, secretamente para no ser oído, salió del puerto en dirección a su campo.

Al llegar la galera delante del campo de Tirante, no hacía ni una hora que el sol había comenzado a salir. Cuando los del campo supieron que su capitán había vuelto, el rey de Sicilia y el de Fez cabalgaron con muchos caballeros para acompañar al virtuoso Tirante y, con gran honor, lo llevaron hasta su triunfal tienda. Aquel día lo pasaron con gran alegría, mientras Tirante les contaba lo que el señor emperador había decidido.

A la mañana del día siguiente, el virtuoso capitán hizo llamar a los reyes y a los grandes señores para ir a misa y, una vez acabada, llamó a los embajadores del sultán y del turco para que fuesen a recibir la respuesta.

Muy bien ataviados a la morisca y acompañados de muchos nobles caballeros fueron a la tienda del valeroso capitán. Entonces Tirante los recibió con cara muy afable y les hizo el honor que se merecían. Ya sentados delante de él, Tirante les respondió de la forma siguiente:

—Del prudente sabio se espera el mejor pensamiento si sigue el consejo de la prudencia humana. Por eso, virtuosos barones, no os admiréis si hemos tardado tanto en daros la respuesta, porque hemos querido consultar a la majestad del señor emperador. Y él, teniendo en cuenta su gran benignidad y clemencia, ha tenido compasión y misericordia de vosotros. Bien sabéis que vuestra vida o vuestra muerte está en nuestras manos, pero para que conozcáis cuánta es la humanidad y clemencia del señor emperador, os tengo que decir que él ha aceptado salvaros la vida con la condición siguiente: que el sultán y el turco, con todos los reyes y grandes señores de vuestro campo, se queden como prisioneros suyos y así permanezcan hasta que le hayan devuelto y restituido las tierras del imperio y, de acuerdo con vuestro ofrecimiento, le hayan traído todos los prisioneros y cautivos cristianos que haya tanto en las tierras del sultán como en las del turco. El señor emperador también ha decidido dejar ir a toda la morisma de vuestro campo, pero a pie y sin armas. Por lo tanto, acepta la paz y tregua durante ciento un años y quiere acordar alianza y hermandad con el sultán y con el turco para ayudarlos siempre contra los moros, pero nunca contra los cristianos. Si la gracia que el señor emperador les concede no os agrada, preparaos todos a morir, porque yo os prometo, por la orden de caballería, que no habrá misericordia para nadie.

Los embajadores agradecieron al virtuoso Tirante la singular respuesta que les había dado y le suplicaron que les diese tres días de tiempo. Tirante les otorgó lo que pedían; entonces los animosos embajadores tomaron licencia y, con grandísima alegría, se dirigieron a su campo, porque habían obtenido lo que deseaban, ya que no tenían ninguna otra esperanza más que morir.

Cuando los embajadores llegaron a su campo, fueron delante del sultán y del turco y les explicaron largamente tanto la magnificencia de Tirante y el gran poder que tenía, ya que habían visto la mejor caballería del mundo, como la buena respuesta que Tirante les había dado. Los monarcas quedaron muy satisfechos y demostraron mucha alegría por la gracia que habían obtenido, porque todos los moros estaban espantados de las cosas

que habían oído contar de Tirante, y por eso se sentían muy consolados del buen partido que habían sacado.

A la mañana siguiente, los moros decidieron en consejo aceptar todo lo que Tirante pedía y determinaron que solamente quedaba que él ordenase lo que quería que hiciesen, porque estaban dispuestos a obedecerlo. Entonces los embajadores fueron a devolver la respuesta a Tirante y éste les dijo:

—Quiero que el sultán y el turco con todos los reyes y grandes señores, vengan aquí a ponerse bajo mi poder. Después yo daré vía libre a toda la demás gente y os prometo, a fe de caballero, manteneros la vida y la integridad física.

Los embajadores, con gran reverencia, lo aceptaron y volvieron a su campo. Después de haber conocido la respuesta del virtuoso Tirante, los veintidós hombres de título y de gran señoría, que tenían que permanecer como rehenes, cuyo nombre se omite por no ser prolijo, cabalgaron y fueron rápidamente a presentarse a Tirante. Éste los recibió con cara muy afable, les hizo un gran honor y les ofreció un banquete tan magnífico que no habrían podido hacerlo mejor si hubiesen estado dentro de una gran ciudad. Una vez que hubieron terminado, Tirante hizo recoger a los prisioneros en dos galeras, donde también subió él para acompañarlos.

Las galeras partieron del campo y rápidamente llegaron a Constantinopla. Cuando el emperador supo que su capitán había llegado al puerto con todos los prisioneros y con gran victoria, tuvo una alegría inestimable e, hincando las rodillas en el duro suelo, rezó una oración a la divina clemencia para darle gracias. Acabada la oración, se levantó y ordenó que la emperatriz y a la princesa se preparen, porque Tirante venía y traía presos al sultán y al turco con veinte grandes señores más. Tanta fue la alegría que sintió la excelsa Carmesina cuando supo que Tirante venía victorioso, que casi se desmayó. Pero habiendo recuperado el sentido y, considerando que tenía que ser vista por gente muy noble, se atavió muy bellamente. Entonces el emperador mandó a Hipólito que hiciese emparamentar la plaza interior del palacio con telas de colores. También le mandó que hiciese un estrado muy alto y bello para él, cubierto con telas de oro, al fondo de la plaza, y que a continuación hiciese otro menos alto cubierto con sedas. Debajo de los dos había que hacer otro donde se tenía que poner el aparador con toda la vajilla de oro y de plata. Y rápidamente así se hizo.

Cuando el virtuoso y magnánimo capitán llegó al puerto de Constantinopla y la gente del pueblo se enteró de que venía y traía presos a los más importantes señores del pueblo morisco fueron los hombres más satisfechos del mundo. Por ello dieron infinitas gracias a la divina clemencia, porque les había liberado del mal que habían pasado y más aún del que esperaban para el futuro. Entonces hombres y mujeres, con multiplicadas voces, dirigiéndose hacia el mar para ver a los prisioneros, gritaban:

—¡Viva el bienaventurado capitán que nos ha liberado de tanta cautividad y miseria! ¡Que Dios le dé prosperidad y le aumente la vida!

Pero Tirante no quiso salir de las galeras hasta que el emperador hubo enviado a Hipólito acompañado de muchos caballeros; cuando Hipólito entró en la nave, dijo al capitán:

—Mi señor, la majestad del señor emperador me envía a vuestra señoría y os ruega que bajéis a tierra.

Así pues, el virtuoso capitán ordenó que las galeras se acercaran a tierra y que lanzasen las escaleras. Tirante hizo salir a todos los prisioneros con él. Ya en tierra, los oficiales y regidores de la ciudad los recibieron con mucho honor e hicieron una gran reverencia a Tirante. A continuación, todos al mismo tiempo partieron y fueron al palacio del emperador mientras la gente los seguía. Cuando llegaron a la gran plaza, vieron al emperador sentado en la imperial silla sobre el alto estrado, con la emperatriz sentada a la izquierda y la princesa a la derecha, pero un poco más baja como señal de que era la heredera del imperio. Carmesina vestía de la forma siguiente: llevaba un vestido de seda de damasco amarillo cuyos bordados estaban elaborados con rubíes, diamantes, zafiros y esmeraldas que despedían un gran resplandor; la ancha franja que había alrededor de la parte baja de las faldas estaba sembrada de perlas orientales muy gruesas, y de hojas y flores de esmaltes verdes dignos de ser admirados; sobre la cabeza no llevaba otra cosa que sus dorados cabellos atados detrás, sueltos y esparcidos por la espalda, con un broche al frente compuesto de una pieza de diamante tan grande y con tantos destellos, que su cara parecía más angélica que humana; en los pechos, la excelsa princesa llevaba un brillante rubí de inestimable valía que estaba sostenido por un hilo hecho con perlas muy gruesas; sobre el vestido de seda llevaba, colocada al través, una mantilla de terciopelo

negro toda sembrada de perlas muy gruesas y muy bellamente trabajadas.

Una vez que el virtuoso Tirante y los prisioneros estuvieron delante del emperador, todos se arrodillaron y después se dirigieron al gran estrado. Una vez arriba, hicieron de nuevo una gran reverencia; Tirante se lanzó el primero a los pies del emperador por querérselos besar, pero aquél no lo permitió, sino que lo cogió del brazo, lo levanto del suelo y le besó en la boca. Tirante, por su parte, le besó la mano.

A continuación, el sultán se arrodilló delante del emperador y le besó el pie y la mano, y lo mismo hicieron los otros grandes señores. El emperador los recibió con gran humanidad y mandó que les hiciesen pasar al otro estrado. Inmediatamente pusieron las mesas y los hicieron sentarse a cada uno de acuerdo con su grado. El emperador quiso que Tirante se sentase en su mesa, de forma que comieron cinco personas: el emperador y la emperatriz, la princesa, Tirante y la reina de Fez. Tirante se sentó delante de la princesa. Como mayordomo, les servía Hipólito. Una vez sentados, el emperador mandó que los prisioneros fuesen servidos con gran reverencia, porque aunque eran infieles, eran hombres de gran dignidad y señoría.

Después de haber comido, Tirante pidió licencia al emperador para ir al campo de los moros y hacerlos pasar a Turquía. Obtenida la licencia, se despidió de la emperatriz y de la princesa y, refugiado en las galeras, se dirigió a la escuadra que estaba delante del campo de los moros. Cuando el almirante vio venir a Tirante, hizo tocar trompetas, añafiles y clarines y con muchos y fuertes gritos saludaron al capitán. Entonces el almirante pasó a la galera del capitán y le preguntó:

—Señor, ¿qué manda vuestra señoría?

—Haced que todas las embarcaciones se acerquen a tierra —respondió Tirante— y hagamos que toda la morisma pase a Turquía.

El almirante pasó a su galera y cumplió rápidamente el mandato de Tirante. Los moros se recogieron en las galeras rápidamente, porque estaban pasando mucha hambre, y dejaron los rocines y los arneses, y también las tiendas y toda la ropa. Ya todos dentro de las naves, en poco tiempo los pusieron en su tierra, que se hallaba muy cerca, porque solamente tenían que atravesar el brazo de San Jorge. Pensad cuánta gente podía haber, que cuatrocientas y tantas embarcaciones, entre naves

y galeras, tuvieron que hacer diez viajes.

Al enterarse los del campo de Tirante que los moros habían partido, se apresuraron a ver quién podía conseguir mejor botín. Y cuando los de las embarcaciones volvieron de dejar a los moros, saltaron a tierra y aún llegaron a tiempo para conseguir parte, porque se podría decir, en verdad, que aquel campo era el más rico que nunca había habido en el mundo, ya que habían tomado todo el imperio griego. De hecho, aquéllos que tomaron parte en el robo fueron hombres ricos durante toda su vida.

Después Tirante mandó a toda la gente que regresase a su campo y así lo hicieron. Solamente se quedaron allí el rey de Sicilia y el de Fez, con algunos otros barones, porque querían hacer reverencia al emperador. Una vez el emperador se hubo levantado de la mesa cuando ya los prisioneros acabaron de comer, mandó a Hipólito que subiese a los rehenes a las torres del palacio que ya estaban preparadas para alojarlos. Éste puso al sultán y al Gran Turco en una bella habitación muy bien empapada con telas de seda y de raso, con una cama muy bella y les dijo:

—Señores, la majestad del señor emperador manda que descanséis aquí y os ruega que tengáis paciencia si no sois tratados tal como merecéis.

Entonces el sultán respondió:

—Virtuoso caballero, nosotros agradecemos mucho al señor emperador el honor que nos ha hecho y que nos hace, ya que no nos trata como a prisioneros, sino como a hermanos. Por eso le estamos muy obligados y le prometemos que, cuando volvamos a tener libertad y señoría, lo serviremos en todo lo que nos pida; porque, ya que hemos conocido su gran virtud y humanidad, queremos ser vasallos y servidores suyos.

Después Hipólito mandó a cuatro pajes que nunca se fuesen de su habitación y que los sirviesen en todo lo que les fuese mandado. También puso hombres en la torre para que los guardasen. A continuación, hizo lo mismo con el resto de prisioneros, que también se sintieron muy contentos por la consideración que el emperador les tenía. Mientras tanto, el emperador había subido al palacio con todas las damas y había mandado que no tocasen nada de la plaza porque había sido avisado por Tirante de que el rey de Sicilia, el de Fez y muchos otros grandes señores querían venir a hacerle reverencia. Es más, mandó a su mayordomo que hiciese

buena provisión de volatería de distintas especies, y mandó a Hipólito que hiciese preparar buenas posadas en la ciudad para alojar a estos grandes señores.

Llegaron pocos días después. Entonces el emperador hizo salir al virtuoso Hipólito con todos los oficiales y regidores de la ciudad para recibir a Tirante y a quien viniera con él. Su majestad, por su lado, cabalgó con unos pocos hasta el portal de la ciudad para esperarlos. La emperatriz, la excelsa princesa y la reina de Fez, con todas las demás damas, se ataviaron singularmente, para hacer honor a sus nuevos huéspedes y los esperaron en la plaza.

Cuando llegaron al portal de la ciudad y los vio el emperador, se dirigió hacia ellos. Entonces, el rey de Sicilia bajó del caballo con todos los demás y lo mismo hizo el emperador. El valeroso Tirante dio el honor al rey de Sicilia, el cual se arrodilló en el duro suelo por quererle besar la mano. Pero la benigna majestad del señor emperador no lo permitió, sino que lo levantó del suelo y lo besó tres veces en la boca. Después, el virtuoso Tirante besó la mano del emperador con la rodilla en el suelo, pero éste lo levantó y lo besó en la boca. Lo mismo hizo el rey de Fez y tanto a él como a todos los otros, el emperador los abrazó y les hizo un gran honor.

Después, todos volvieron a cabalgar y llegaron a la puerta del palacio donde el emperador anunció a Tirante que la emperatriz, la princesa y la reina de Fez habían ido a la plaza del palacio para recibirlos y hacerles el honor que se merecían. Ya dentro del palacio, mientras todos descabalgaban, el emperador fue por la otra puerta y subió al estrado imperial. Al llegar todos los señores a la plaza, Tirante dejó que el rey de Sicilia fuese el primero en hacer reverencia a las damas, que lo recibieron, a él y a todos los otros a continuación, con mucho honor. Entonces el rey de Sicilia cogió del brazo a la emperatriz y el rey de Fez a la princesa, mientras Tirante tomó el de la reina de Fez. Todos los demás caballeros tomaron a una dama y subieron al estrado donde estaba el viejo emperador. Y, después de hacerse las reverencias habituales, el emperador hizo que todos se sentasen según su rango y así estuvieron hablando y solazándose durante largo espacio de tiempo.

Los nuevos huéspedes estaban admirados de la gran belleza de las damas y en especial de la de aquel espejo transcendente y de preclara virtud, la excelsa princesa, la cual llevaba gonela de brocado carmesí

hilado de oro con la cenefa obrada con perlas orientales muy gruesas mezcladas con rubíes, y también zafiros y esmeraldas con diversos esmaltes que representaban hojas y flores de jazmín. Sobre la gonela llevaba una ropa francesa de satén negro abierta en cuatro partes, cuyas aberturas estaban perfiladas con anchas puntillas de orfebrería. Sobre la ropa llevaba ceñido un cinturón de hilo de oro todo sembrado de diamantes, rubíes, balajes, zafiros y esmeraldas muy gruesas que desprendían un gran resplandor. En los pechos lucía un brillante que colgaba de su cuello con una madeja de oro atada a la francesa. Sobre los dorados cabellos llevaba un casquete lleno de batientes de oro y esmaltes, de forma que su cara parecía la de una diosa.

A la hora de comer, fueron preparadas las mesas. El emperador hizo sentarse en su mesa al rey de Sicilia, a la emperatriz, a la princesa, al rey de Fez y a su mujer, la reina.

Aquel día Tirante hizo de mayordomo, aunque el emperador le rogó que se sentase. Todos los demás barones y caballeros pasaron a otro estrado donde fueron muy bien servidos y, con mucha música, comieron con gran placer. Cuando retiraron las mesas, empezaron las danzas. La plaza se hallaba llena de gente del pueblo que miraba la gran fiesta, mientras que otros bailaban y se divertían. También en otros sitios de la ciudad la gente bailaba y se divertía, porque la majestad del señor emperador había mandado que se celebrasen festejos durante ocho días.

Así, por la mañana iban a la iglesia, donde hacían solemnes procesiones y oficios y, después de comer, hacían danzas, galas y alegres fiestas. Es conveniente saber que el virtuoso Tirante no quiso separarse del rey de Sicilia durante todas aquellas fiestas, para disimular la música que había entre él y la princesa. Tirante cada día solicitaba los amores de Carmesina y tenía con ella deleitosos parlamentos en los que le suplicaba que su alteza diese la orden de que su matrimonio se llevase a fin. En una de aquellas demandas, la princesa le dijo:

—¡Oh, el más virtuoso de todos los mortales! No me pidáis la cosa que más deseo en este mundo, ni me tengáis por tan ingrata que no sepa ver los beneficios que hemos recibido de vuestra gran nobleza. Hacedme la gracia de no enojaros mientras esperáis conseguir vuestra felicidad. Considerad con cuánta gloria habéis recuperado todo el imperio y vencido y matado a tantos reyes y señores del pueblo morisco. Ahora solamente falta a vuestra señoría recibir el dominio de todo el imperio griego como

patrimonio, ya que os prometo dar cumplimiento a vuestro deseado matrimonio, del cual vos quedaréis emperador, porque la majestad del señor emperador, mi padre, me lo ha prometido, puesto que su edad no es la adecuada para regir el imperio.

Pero el virtuoso Tirante no permitió que la excelsa señora hablase más, sino que le dijo:

—Señora, mi pensamiento y mi lengua están alterados, porque creo que yo difícilmente podría aceptar vuestro gracioso y liberal ofrecimiento. Ruego a la divina potencia que no permita que yo haga tan gran falta en vida del señor emperador como es recibir la corona del imperio, sino que solamente suplico a su majestad que me tenga por hijo y servidor, y por cautivo de su hija, ya que no deseo poseer ninguna otra cosa en este mundo.

Cuando hubo terminado el virtuoso Tirante de decir las últimas palabras, de los ojos de la excelsa señora corrieron lágrimas de verdadero amor y, lanzando sus brazos sobre el cuello de Tirante, lo besó muchas veces y después le dijo:

—Señor y bien mío, no hay lengua mortal que pueda explicar las perfecciones y virtudes que posee vuestra noble persona. Ahora he conocido que sois único y singular en el mundo de los vivientes, por eso suplico a la divina virtud que os guarde y os defienda de todos los peligros y que os dé larga vida, para que podáis honrarlo y servirlo. Así mismo le ruego que os deje poseer durante mucho tiempo la corona del imperio griego la cual, con su ayuda y vuestros honrosos trabajos, habéis bien ganado. Y también le pido que yo os pueda servir durante toda la vida en bienaventurado descanso, tal y como vuestro corazón y el mío desean.

Y así se separaron con muchas razones de consuelo. Aquella noche el virtuoso Tirante la pasó en amorosos pensamientos deseando que Febo enseñase sus luminosos rayos sobre el horizonte. Cuando llegó la hora adecuada, el valeroso capitán fue delante del emperador y, con humilde voz, le dijo:

—Señor de gran providencia, no ignora vuestra majestad la promesa que os han dado el sultán y el turco de restituir y poner bajo vuestro dominio todas las tierras ocupadas por ellos en todo el imperio griego. Por eso, magnánimo señor, si a vuestra majestad le place darme licencia, partiré

para recibir las posesiones en nombre vuestro y, por la fuerza o con mucho gusto, recobraré todo aquello que pertenece al Imperio, y más todavía.

—Claramente veo, virtuoso capitán e hijo mío —respondió el emperador—, el ánimo que tenéis de aumentar y ensalzar nuestra imperial corona. Conocemos los muchos servicios y honores que nos habéis hecho a nos y a todo el imperio, y por eso creemos que, aunque os diésemos todo nuestro territorio, no sería suficiente premio a vuestro mucho merecer. Por eso os queremos hacer donación de todo el imperio en vida nuestra a vos y a los vuestros y, además os queremos dar a nuestra hija Carmesina por esposa, si vuestra virtud la quiere. Nos tenemos ya tal edad que no nos hallamos en condiciones para regir, ni menos aún para defender el imperio. Tenemos tal confianza en vuestra virtud y caballería que sabemos que nos seréis más que un hijo, porque los actos que habéis hecho ponen de manifiesto la gloria y el premio del que sois merecedor. Para acabar, os ruego que nos seáis obediente, ya que en caso contrario nos enojaríais mucho.

Cuando oyó el virtuoso Tirante las benignas palabras del emperador se lanzó a sus pies, los besó con mucha humildad y, con extraordinario amor, comenzó a decir:

—Mi señor, no quiera Dios que Tirante el Blanco, humilde servidor de vuestra majestad, hiciese tan gran despropósito que consintiese o permitiese que vuestra alteza fuese desposeída de la señoría del imperio en vida vuestra: antes preferiría recibir la muerte. A pesar de eso, señor, si vuestra benignidad me quiere hacer tanta gracia y merced de dejarme a vuestra hija, lo apreciaría más que si me dieseis diez imperios.

Habiendo visto su gran gentileza, el emperador lo cogió del brazo, lo levantó del suelo y lo besó en la boca. Tirante le besó la mano y entonces el emperador llevó a Tirante a la habitación de la excelsa princesa, que estaba con todas sus damas departiendo con el rey de Sicilia. Cuando entró el emperador, todos se levantaron y le hicieron una gran reverencia. Una vez sentado, hizo sentarse a su derecha a la excelsa princesa y a su izquierda al virtuoso Tirante. Entonces el emperador, volviendo la cara hacia su hija, con gesto afable, pronunció las palabras siguientes:

—Hija mía, no ignoráis los señalados servicios y excelsos honores que el venturoso Tirante, aquí presente, nos ha hecho, ni tampoco de cuántos

daños, trabajos y aflicciones nos ha preservado a nos y a todo el imperio, al cual ha liberado de tanto mal y de tantas aflicciones en que nos tenía la gente morisca. Y como sabemos que no tenemos suficiente para premiar su gran mérito, hemos deliberado que no tenemos nada de mayor estima ni que más amemos que vuestra persona. Por eso se la hemos ofrecido, y por esta razón os ruego y os mando, querida hija mía, que lo toméis por marido y señor, ya que ésta será la cosa en que más me podréis servir.

Entonces la excelsa Carmesina, con graciosa, afable y modesta continencia, dijo con gran suavidad:

—Señor de gran clemencia y benignidad, para mí es una gran gloria que vuestra majestad me tenga en tanta estima que mi persona sea premio suficiente por los innumerables servicios y honores que el valeroso Tirante ha hecho a vuestra majestad y a todo el imperio, porque yo no soy digna ni de descalzarle el zapato. A pesar de eso, le suplico que me quiera aceptar como sirvienta y cautiva suya, ya que estoy dispuesta a cumplir todo lo que por vuestra majestad me será mandado.

Y cuando terminó la excelsa señora su conversación, el emperador hizo llamar al arzobispo de la ciudad para que los esposase inmediatamente. Bien se puede considerar que no fue poco el consuelo y la alegría que tuvieron Tirante y Carmesina, los cuales no se pudieron hablar por un buen periodo de tiempo porque estaban inflamados de tanto amor. Cuando llegó el santo arzobispo, el emperador le mandó que esposase a su hija con Tirante y él así lo hizo.

Celebrados los esponsales hubo grandísima fiesta y alegría en el palacio y en la ciudad. En las fiestas estuvieron presentes el emperador y la emperatriz; el rey Felipe de Sicilia; el rey de Fez y de Bogía; el señor de Agramunt, y la reina Placerdemivida, esposa suya; el almirante de Tirante, marqués de Lizana; el vizconde de Branches; Hipólito, criado de Tirante; el caballero Espercius, capitán de la armada y señor de la isla de Espertina; Melquisedec, señor de la ciudad de Montágata; y también muchos otros grandes señores y damas y todo el pueblo. Para todos hubo una maravillosa colación como correspondía a tales esponsales, porque hubo pasta real, mazapanes y otros confites de gran valor. El servicio fue muy brillante y los servidores muy discretos. La vajilla de oro y de plata que había allí estaba muy bien obrada con esmaltes. La tapicerías, tapices, tálamos, estrados y cortinas eran de tanta riqueza y pompa como nunca se habían visto. La música estaba repartida en distintas secciones por las

ventanas de las grandes salas: había trompetas, añafiles, clarines, tamboriles, dulzainas, musetas y tambores que hacían tanto ruido y magnificencia que no permitían que nadie estuviese triste. En las habitaciones y recámaras había címbalos, flautas y medias vihuelas concordadas con voces humanas que parecían angelicales. Y en las grandes salas, laúdes, arpas y otros instrumentos daban sentimiento y mesura a las danzas que graciosamente bailaban las damas y los cortesanos.

En definitiva, tanta pompa, tan gran triunfo y tanta excelencia nunca fue vista por los humanos. Todas estas fiestas, tanto en el palacio como en la ciudad, duraron ocho días más. Y a todo el mundo este matrimonio le pareció muy placentero, porque tenían confianza en que el esforzado ánimo del virtuoso caballero Tirante los haría vivir con descanso bienaventurado.

Capítulo XXXIV. Tirante es nombrado César del Imperio Griego y parte para acabar la conquista

El emperador, con muchas trompetas y timbales, hizo propagar por toda la ciudad que todos tuviesen a Tirante como primogénito suyo y César del imperio. También hizo jurar a sus súbditos que, después de su muerte, lo tendrían como su señor y emperador. Y así fue hecho y, desde entonces, el nuevo príncipe Tirante fue nombrado César del imperio griego. He aquí la llamada que hizo el emperador:

¡Escuchad lo que os hace saber la sacra majestad de nuestro señor emperador! Es cosa manifiesta para todos los súbditos de la imperial corona, las caballerías y actos dignos de memoria del animoso capitán y esforzado caballero Tirante el Blanco de Roca Salada, gracias a las cuales todo el imperio griego ha recibido, no solamente subvenciones, socorro, favores y continua defensa y ayuda, sino también la liberación de la opresión y del peligro de la cautividad, y el aumento y la ampliación de la corona, honor, descanso, paz, abundancia, riquezas, inestimable goce y la deseada gloria. Y como tantos trabajos y esfuerzos de cuerpo y alma han sido usados y las cosas de virtud no deben pasar sin la debida remuneración, la imperial bondad y liberal señoría había deliberado renunciar en vida al imperio en favor del famoso capitán y magnífico caballero ahora nombrado. Pero él no lo ha querido aceptar sino que ha quedado muy satisfecho en aceptar solamente la sucesión, como también el esponsalicio con la ilustrísima y cristianísima princesa. Así, la alteza de nuestro gran señor emperador ha decidido, notifica y manda a todos en general y a cada uno en especial que, a partir de ahora, tengáis, honréis y reputéis por dignísimo sucesor y César del imperio y por futuro emperador al presente clarísimo príncipe y excelente capitán Tirante. Y para que os alegréis y deis infinitas gracias y loores a la divina majestad, hago esta llamada pública para que nadie pueda alegar ignorancia y no se pueda decir que no ha sido notificado.

Al conocer el pueblo la llamada del emperador, todos a una voz respondieron:

«¡Viva la celestial y angélica bondad del emperador y viva el nuevo César del imperio griego; a él honor, mantenimiento y gloria!».

Una vez se hizo público el nombramiento de Tirante como nuevo César, la majestad del emperador se retiró a su palacio acompañado de las damas, reyes, y grandes señores. También fue hasta allí el mismo César, el cual, para conseguir más pronto lo que tanto deseaba, quería partir para ir a recuperar todo el imperio griego con el fin de obtener más gloria para su matrimonio. A pesar de eso, sentía inestimable pena al pensar en la ausencia de la princesa, ya que le era imposible vivir sin ella.

Tirante también tuvo noticias de que el magnánimo rey Escariano, que se hallaba en la tierra de los pinchenais, a diez jornadas de Constantinopla, venía con un gran número de gente. Por esta razón, el virtuoso César decidió salir a recibirlo y se despidió del emperador, de la emperatriz, de la excelsa princesa y de todas las damas. Pero antes hizo que el sultán y el Gran Turco hiciesen cartas credenciales, que, traducidas a nuestra lengua, decían lo que sigue:

Baralinda, príncipe soberano en la fe de Mahoma: A todos los alcaldes, alcaldes, oficiales y fieles nuestros, os decimos, notificamos y mandamos que debéis honrar y obedecer al venturoso y próspero capitán Tirante, nuevo César del imperio griego, según os será indicado por nuestro fiel caballero e hijo del Gran Caramán, mensajero y procurador nuestro. Dada en el palacio y cárcel de Constantinopla en el mes del Ramadán del año séptimo de nuestra era.

Una carta semejante escribió el Gran Turco, en la que se indicaba que su portador era el valeroso caballero y príncipe de Sixa y en ella mandaba la restitución y el honor del imperio griego al César y bienaventurado Tirante. Con estos dos caballeros, Tirante se acercó a su campo acompañado también de grandes señores y noble compañía. Cuando llegó, hizo tocar las trompetas y mandó levantar el campo. A la mañana siguiente partieron del campamento y se dirigieron al encuentro del rey Escariano, al cual le había enviado una carta con el mensaje siguiente:

Al excelente rey y amado hermano nuestro de armas, el rey de Túnez y de Tremicén y príncipe y señor de toda Etiopía: Tirante el Blanco de Roca Salada, capitán, César y sucesor en toda Grecia a nuestro preciado hermano y compañero de armas el rey Escariano, salud, amor y

prosperidad. Mucho nos alegramos de vuestra venida, pero para haceros el honor que merecéis, os rogamos que mandéis detener y plantar las tiendas de vuestra corte donde recibáis esta carta, porque ya tenemos en la mano el descanso, el honor y la victoria sobre los turcos y los infieles.

En cuanto el magnánimo rey Escariano conoció el contenido de la carta, se admiró de la mucha virtud y favorable fortuna del glorioso caballero Tirante, el cual había obtenido triunfal victoria sobre los grandes señores del pueblo morisco por sus grandes trabajos y magnífica caballería. Como el rey se hallaba cerca de una gran ciudad llamada Estrenes, hizo que se detuviese toda su gente y que plantaran las tiendas. El correo de Tirante volvió rápidamente a éste y le dio la placentera noticia de que el rey Escariano, habiendo conocido su misiva, había parado su campo delante de la referida ciudad.

Entonces el virtuoso Tirante se dirigió a una bellísima ciudad que se llamaba Sinópolis. Cuando llegaron allá, los dos embajadores moros hablaron con el capitán de la ciudad y le mandaron, de parte del sultán y del Gran Turco, que entregase la ciudad y todo su dominio al César del imperio griego. El capitán moro, habiendo leído la carta credencial, dijo que aceptaba con mucho gusto obedecer y cumplir los mandamientos de sus señores.

Conocida la respuesta, Tirante entró en la ciudad, tomó posesión y recibió homenaje de aquéllos que eran cristianos o lo habían sido. Y a los que habían renegado, les hizo aceptar de nuevo la santa fe católica. Hizo salir a los moros de la ciudad y puso en ella un buen capitán cristiano.

Entonces llevaron a Tirante las llaves de diez castillos con sus correspondientes ciudades. Tirante las aceptó y envió capitanes y lugartenientes para tomar posesión.

A continuación, el César se dirigió a otra noble ciudad que se llamaba Andrinópolis, la cual le fue entregada de manera semejante a la anterior. Y así, mientras iban caminando hacia donde estaba el magnánimo rey Escariano, iba recuperando muchos castillos y ciudades, el nombre de los cuales se omite para no causar prolijidad. Tanto avanzaron que, por sus jornadas, llegaron a media legua cerca de la ciudad de Estrenes, donde descansaba la hueste del rey de Etiopía.

Al saber este rey que su amado amigo y hermano de armas se hallaba tan

cerca, cabalgó con todos los grandes señores de su hueste, de forma que se encontraron a medio camino. Inmediatamente descabalgaron los dos hermanos, se abrazaron con gran amor y se besaron con la mayor cordialidad. Después, Tirante dijo al rey Escariano que los reyes de Sicilia y de Fez se encontraban en su compañía. Así pues, el rey Escariano se dirigió a estos reyes, los abrazó y los besó. Finalmente, todos juntos fueron hacia la ciudad.

Cuando llegaron a las tiendas del rey Escariano, el príncipe Tirante y los demás reyes descabalgaron delante de la reina de Etiopía, quien los recibió con cara muy afable, los besó y abrazó a todos y les hizo un grandísimo agasajo. Después de haber saludado a tan bellísima reina, el príncipe Tirante envió a los barones moros, embajadores del sultán y del turco, a la ciudad y les mandó que, de parte suya, les dijese que si no se querían rendir benignamente, que se preparasen para la batalla.

Al llegar al portal de la ciudad, los embajadores preguntaron por el capitán. Entonces le presentaron las cartas credenciales y el hijo del Gran Caramán le dijo:

—Capitán, de parte de la gran señoría, os mando que entreguéis la ciudad y las torres de homenaje al gran César del imperio griego y, de parte de él, os hago saber que si no lo hacéis con mucho gusto, no podéis esperar ninguna merced.

—Nobles y virtuosos embajadores —respondió el capitán moro—, decid a la señoría del César que yo estoy contento con seguir los mandamientos de mis señores y que estoy dispuesto a obedecer al César como representante de la majestad del señor emperador.

Así pues, el capitán de la ciudad mandó que fuesen abiertas todas las puertas de aquélla. Al enterarse el virtuoso capitán Tirante, junto con el rey Escariano y con los otros reyes y grandes señores de los dos campos, con gran triunfo y con multitud de tambores, trompetas, clarines y tamboriles, entraron en la ciudad donde les fue hecho grandísimo honor. Todos fueron repartidos en posadas muy bien ataviadas y, al César, le ofrecieron muchos presentes y donativos.

El César quiso que el rey Escariano y la reina reposasen allí ocho días, porque estaban muy cansados, ya que el rey había avanzado muy rápidamente por el gran deseo que tenía de encontrarse presente en la

batalla que Tirante había de tener con el sultán y el Gran Turco.

Tirante aprovechó la ocasión para contarles los gloriosos actos en los que él había tomado parte desde que había salido de Berbería, entre los cuales les narró las victorias que había obtenido contra los moros y también que el emperador, por su grandísima benignidad, lo había esposado con su hija Carmesina y le había hecho jurar como príncipe y César del imperio y como futuro emperador. También les notificó los pactos que habían hecho con el sultán y con el turco y que, por esa razón, había partido para recuperar y tomar la posesión de todas las tierras, villas y ciudades del imperio griego que estaban bajo el dominio del sultán y del Gran Turco.

—Por eso, señor y hermano mío —añadió Tirante—, os suplico que vengáis conmigo a acabar esta conquista porque confío en que, con la ayuda de la divina providencia y con el poder que vos y yo tenemos, el mundo no se nos podrá resistir. Por otro lado, os agradeceré mucho que queráis hacer ir a la señora reina a la ciudad de Constantinopla porque mi princesa no tiene otro deseo en este mundo que conocer su gran gentileza.

—Señor del imperio griego y hermano mío —respondió el rey Escaria— no, mi lengua no os podría explicar cuánto es el consuelo que tiene mi alma por vuestra próspera fortuna. Os he de decir que no me tenéis que suplicar nada, sino solamente mandármelo como súbdito, vasallo y servidor vuestro, porque si quisieseis bajar a los tenebrosos lugares del infierno, allí os seguiría. Desde ahora en adelante quiero que mandéis de mí y de la reina en todo aquello que os plazca, porque no tenemos otra cosa que hacer más que obedeceros y servirlos.

El virtuoso Tirante, habiendo oído las cortesías del rey Escariano, le agradeció su gran amor. Decidieron, por lo tanto, que la reina fuese a Constantinopla con quinientos hombres de armas y muchos nobles caballeros muy bien ataviados para que la acompañasen.

Cuando partió la ínclita reina de Etiopía, el virtuoso Tirante dijo al rey Escariano:

—Señor y hermano, es hora de partir de aquí, porque mi alma está continuamente en pena pensando en aquella que sostiene mi vida y desearía haber vuelto ya para dar descanso y remedio a mi fatigado pensamiento; aunque no sé si la fortuna me permitirá conseguir tanta

gloria.

Así pues, mandaron que fuesen levantados los campamentos, partieron de esta ciudad y se dirigieron a la provincia de Tracia, concretamente a la ciudad que se llama Estranges.

Una vez llegados a la ciudad de Estranges, su capitán moro entregó de muy buena gana las llaves a Tirante, después de haber escuchado a los embajadores, y le pidió que lo hiciese bautizar. El César, que llevaba un obispo en su compañía, le rogó que volviera a consagrar la iglesia mayor de la ciudad que había sido hecha mezquita por los moros. Cuando consagró la iglesia, el reverendo obispo hizo montar un bello altar, donde fue colocada la bella imagen de la sacratísima Virgen María, señora nuestra.

A continuación, el virtuoso Tirante, en compañía del rey Escariano y de otros reyes y señores, fue a la iglesia, seguidos por la mayor parte del pueblo morisco de la ciudad. Entonces, comenzó un oficio muy singular ya que se encontraban los chantres de la capilla de Tirante y los de la capilla del rey Escariano. Y era tanto el placer de la música que oían estos personajes que los moros estaban muy admirados y llegaron a tener noticia de la gran perfección de la ley cristiana.

Acabado el oficio divino, Tirante hizo bautizar al capitán de la ciudad y, como su padrino fue el rey Escariano, el capitán recibió el nombre de padre Juan Escariano. Su mujer también fue bautizada con el nombre de Ángela. Después recibieron el bautismo los cinco hijos del capitán y Tirante los hizo caballeros a todos porque el menor ya tenía veinte años. Finalmente, se bautizaron dos mil moros, mientras que todos los infieles que no se quisieron bautizar fueron expulsados de la ciudad.

Hay que saber que en esta ciudad nació el gran filósofo Aristóteles y que allí lo tienen en estima de gran santo.

Estando el príncipe Tirante en esta ciudad, mandó a los dos moros como embajadores por todas aquellas tierras y todas las villas, castillos y ciudades de aquella provincia y le enviaron las llaves con sus síndicos para rendirle homenaje. Tirante, por su parte, cambió al capitán de cada villa, ciudad o castillo.

Después se dirigieron a Macedonia y llegaron a la ciudad de Olimpius, la

cual recibe el nombre de una montaña que es de las más altas del mundo. Allí fueron todavía mejor acogidos que en ninguna de las anteriores ciudades, porque sabían que el César era primo hermano de Diafebus, su duque y señor; y por eso, en pocos días, todo el ducado de Macedonia fue recuperado para la corona imperial.

A continuación, se dirigieron a la ciudad de Trapasonda, la cual se entregó enseguida; y toda su provincia, en el tiempo de un mes, fue restituida al César.

Los ciento ochenta y tres caballeros que habían sido presos por el sultán, entre los cuales se hallaba Diafebus, duque de Macedonia, habían sido encerrados en la ciudad de Alejandría. Una vez el sultán y el Gran Turco se dieron como cautivos, Tirante envió una galeota a Alejandría con un caballero del sultán con el mandato de que los liberasen y de que los hiciesen llegar, por tierra, donde se encontrase el César. Y así llegaron a la ciudad de Trapasonda, donde Tirante estaba descansando, y fueron muy bien recibidos por él.

Entonces el virtuoso príncipe Tirante preguntó quién era el duque de Macedonia y, cuando lo llevaron delante de él, estaba tan cambiado que nunca lo habría reconocido, ya que llevaba barba hasta a la cintura, los cabellos hasta las espaldas y estaba delgado, sin color y muy cambiado. Además, vestía un albornoz amarillo con una toalla azul en la cabeza. Y lo mismo pasaba con todos los demás caballeros.

En cuanto el duque de Macedonia se encontró delante del César, se lanzó a sus pies para besárselos. Pero Tirante lo levantó del suelo y lo besó en la boca mientras de sus ojos corrían vivas lágrimas. Entonces, lanzando afligidos suspiros, comenzó a decir con voz piadosa:

—Al ver a vuestra persona, mis ojos no han podido contener las lágrimas que mi piadoso corazón llora incesantemente. Gran alteración y dolor me ha traído vuestra presencia por las señales de tristeza, trabajos y afanes que se muestran en vuestra cara, y ya que los habéis sostenido por mí con tanta paciencia, humildemente os pido que me queráis perdonar. A pesar de eso, un nuevo goce nos alegra, porque Nuestro Señor Dios nos ha dado gloriosa victoria. Alegraos, pues, primo hermano, porque la duquesa vive y os envía saludos y esta carta.

Entonces el duque, destilando de sus hondos ojos amargas lágrimas,

respondió:

—¡Señor Tirante, no es menor la alegría de vuestra vista que la que tuvieron los antiguos padres que estaban en el purgatorio cuando llegó allí nuestro redentor! Nuestras dolorosas voces han gritado tanto que han podido llegar a vuestros oídos. ¡Sed bienvenido, primo hermano y señor, ya que vos sois la exaltación de la santa fe, la gloria y reparación de los cristianos, nuestra vida y nuestro tesoro! Vos habéis abierto nuestras oscuras cárceles y habéis roto nuestras fuertes cadenas. De ahora en adelante, si por vos hemos de sufrir alguna fatiga, nada nos molestará, pues sois el fin y el término de nuestra bienaventuranza.

Después el duque leyó la carta de su mujer y comenzó a emitir terribles llantos y fuertes gemidos, tanto por la vista de su primo hermano como, sobre todo, por el contenido de la carta de la duquesa, a quien amaba singularmente. No había pasado mucho tiempo cuando el marqués de San Jorge se presentó delante del virtuoso Tirante y, poniendo la rodilla en el duro suelo dio infinitas gracias a su señoría porque lo había liberado. Y Tirante, con cara afable y mucha demostración de amor, lo levantó del suelo y lo besó en la boca. Lo mismo hicieron el duque de Pera, el prior de San Juan y todos los otros caballeros. El César los recibió muy benignamente y les concedió todo el honor del que eran merecedores.

No fue poco solícito el César al hacer vestir a todos los caballeros que habían venido con el duque de Macedonia, ya que fueron ataviados cada uno según su grado. Les dio armas y los mejores caballos que tenía y les concedió todos los deseos que pudo, porque quería que volvieran a recuperar su buena disposición natural.

Entonces, el virtuoso príncipe Tirante envió un correo con una carta de consuelo a la afligida duquesa de Macedonia, la cual estaba tan dolorida por la cárcel del duque que no había querido ir a ninguno de los festejos celebrados en la ciudad de Constantinopla. El César permaneció en los deleitosos festejos que se hicieron por la liberación de los prisioneros hasta que el duque de Macedonia y los demás se encontraron en disposición de poder partir.

La ilustrísima reina de Etiopía, por su parte, llegó unas jornadas después de haber partido, cerca de la insigne ciudad de Constantinopla. Cuando el emperador se enteró, requirió a su hija Carmesina que saliese a recibirla. La excelsa princesa, muy alegre con la noticia, se atavió muy bien y,

acompañada de la ínclita reina de Fez, de la duquesa de Macedonia, de cien mujeres de estado y de cien doncellas muy ricamente ataviadas, y también de muchos nobles caballeros, salió de la ciudad con gran triunfo para salir a su encuentro.

La princesa tenía un extraordinario deseo de conocer a esta agraciada reina por la gran belleza que le habían dicho que poseía y también por el gran amor que Tirante sentía por el rey Escariano y por su mujer. Se dispuso, por lo tanto, a hacerle todo el honor que pudiera. Pero antes de que la excelsa señora saliese de la ciudad, envió una rica tienda hecha de brocado carmesí y bordada con diversos animales y pájaros, para que la montasen a una legua de la ciudad. Al llegar Carmesina a la tienda, se metió dentro con todas las damas. Podéis suponer qué grande era esta tienda que aún había allí lugar para la reina de Etiopía y todas sus mujeres y doncellas.

Todos los caballeros fueron al encuentro de la reina, le hicieron la debida reverencia y la acompañaron hasta donde se hallaba la princesa. Cuando le dijeron a la agraciada reina que Carmesina la esperaba dentro la tienda, ella entró. Entonces, la princesa se levantó y avanzó justo hasta la mitad de la tienda. Entonces la reina fue ante ella y puso las rodillas en el duro suelo. Pero la excelsa señora la levantó y la besó tres veces en señal de amor; a continuación la hizo sentarse a su lado.

La princesa, que era señora de noble discreción, había aprendido muchas lenguas gracias a los extranjeros que iban a la corte del emperador, y sabía hablar muy bien la lengua latina por haber aprendido gramática y poesía. La reina, por su lado, también había comenzado a aprender gramática cuando prometió a Tirante que iría a Constantinopla. Y así, la reina y la princesa pudieron hablarse cortésmente según es costumbre entre las damas galantes.

Carmesina estaba admirada de la gran belleza que poseía la reina y pensaba que la suya no era nada en comparación con la de aquélla. Por el contrario, la reina de Etiopía estaba maravillada de la extrema belleza de la princesa y decía que en verdad se podía decir que en todo el universo no podía ser hallado un cuerpo mortal con tanta gracia ni belleza, hasta el punto de que más parecía angélica que humana.

Poco después las dos diosas montaron a caballo, mirándose continuamente la una a la otra, y así fueron hasta la ciudad donde

encontraron al emperador y a la emperatriz que, también a caballo, las esperaban en la puerta. La reina se acercó al emperador y le quiso besar la mano, pero la benignidad del valeroso señor la abrazó con amor afable. Después se dirigió a la emperatriz, que tampoco consintió que le besase la mano sino que la besó tres veces en la boca para demostrarle mayor amor.

Entonces el séquito real entró en la ciudad: el emperador y la emperatriz se pusieron los primeros, después la princesa y la reina de Etiopía, a continuación la reina de Fez y la duquesa de Macedonia seguidas por todas las demás damas. En este orden llegaron a palacio seguidos de muchísima gente del pueblo. Cuando descabalaron, subieron al ataviado palacio donde dieron a la ínclita reina una rica habitación adornada con telas de oro y de seda para que pudiese descansar. También dieron posada a todos los que habían venido con ella, tanto a los hombres como a las damas.

Al día siguiente, la majestad del emperador quiso que la reina saliese a comer a la gran sala. Ésta llegó muy bien ataviada acompañada de sus damas. En la comida, el emperador la hizo sentarse al lado de la emperatriz; y en la misma mesa estaban la reina de Fez, la duquesa de Macedonia y la princesa Carmesina. La música que sonaba estaba interpretada con tantos instrumentos que era cosa de admiración para los oyentes. Comieron con gran triunfo, servidos por muchos caballeros y gentilhombres muy bien ataviados con vestidos de chapería y de brocado que llevaban gruesas cadenas de oro al cuello. Como mayordomo actuaba el virtuoso Hipólito, que era el más galante de todos.

Retiradas las mesas, empezaron a bailar. La reina de Etiopía vestía gonela de brocado verde con una ancha pieza llena de rubíes, diamantes y esmeraldas, labrada muy ricamente. El resto de la ropa era de damasco negro con orfebrería de esmaltes y llevaba una gruesa cadena al cuello toda esmaltada y con gruesos rubíes y diamantes engastados en ella. En la cabeza, sobre los cabellos que parecían madejas de oro, llevaba solamente una coronita hecha de perlas muy gruesas y distintas piedras finas que refulgían mucho y, en la frente, un broche de gran estima. Todas sus mujeres y doncellas, tanto las blancas como las negras, también iban muy bien ataviadas.

Toda la corte estaba admirada de la inestimable belleza de esta reina y todos comentaban la gran virtud que poseía Tirante al haber rechazado el requerimiento de una señora tan bellísima como ésta cuando todos

estaban seguros de que la reina le había pedido que fuese su marido y señor del reino de Túnez y de toda la Berbería, pero Tirante lo había dejado todo por amor a la princesa.

Carmesina, habiendo tenido noticia de estas conversaciones, se esforzó mucho en hacer ver cuál era la verdad, porque cuando estaban separadas parecía que la reina era tan bella como la princesa, pero cuando estaban juntas la grandísima belleza de Carmesina apagaba la de la reina de tal forma que todos podían observar la diferencia.

Mientras danzaban, entró en la sala un correo urgente que preguntó por la duquesa de Macedonia. El correo se arrodilló ante ella, le dio la carta que llevaba y le dijo:

—Señora, pido albricias a vuestra señoría, porque os traigo la nueva de que el señor duque de Macedonia ha sido puesto en libertad y se encuentra con el César, junto con los otros prisioneros, en la ciudad de Trapasonda.

La duquesa cayó desmayada de tanta alegría. Al instante le llevaron agua de rosas, se la lanzaron por la cara y recobró el sentido; pero no pudo hablar durante una hora, sino que continuamente miraba la carta que tenía en la mano. Ya en su estado natural, abrió la carta que el César le enviaba, la cual decía:

Señora duquesa, más querida que una hermana: Desvestíos y alejad de vuestro corazón todos vuestros enojosos pensamientos y tened alegría. Vuestro duque y señor, primo hermano mío y más cercano en mi amor que todos los demás, ha sido puesto en libertad y se encuentra alegre, sano y próspero. Y para satisfacer tanto su deseo como el vuestro, su regreso será inmediato. Alegraos, pues, puesto que él también se alegra. Él mismo os escribirá una carta, pero si yo he decidido escribiros, ha sido para ganar la propina de vuestra benevolencia. He decidido no escribir ni a la majestad imperial ni a ninguna otra persona, porque dentro de poco tiempo podremos dar la noticia, de palabra, a todo el mundo.

Cuando acabó de leerla, la duquesa hizo traer mil ducados y se los dio al correo, quien se lo agradeció infinitamente y se fue alegre y contento. La consolada Estefanía, arrodillándose delante del emperador le dio la carta y éste, después de leerla, fue muy consolado por la buena y bienaventurada nueva. Por eso mandó en que todas las iglesias de la ciudad repicasen

todas las campanas.

Mucha era la alegría de toda la ciudad, tanto por la venida de la reina de Etiopía como por la liberación de los prisioneros. Pero a causa de sus pecados, la divina providencia no permitió que les durase demasiado.

Por su parte, el César dio licencia al duque de Macedonia y a sus compañeros, para que partiesen de la ciudad de Trapasonda y se dirigiesen a la insigne ciudad de Constantinopla. Al llegar, fueron recibidos con extraordinario honor por el emperador, la emperatriz y por todas las damas. En especial fue muy bien recibido el egregio barón, el duque de Macedonia, sobre todo por su mujer, la duquesa, la cual lo amaba más que a su propia vida. Y con la llegada de los prisioneros la alegría de los festejos aumentó.

Dejo ahora de recitar los amigables y curiales festejos que la imperial majestad hacía a la reina de Etiopía y al egregio duque de Macedonia y, para no ser prolijo, volveré a contar los singulares actos del bienaventurado príncipe Tirante y del rey Escariano, que se disponían a recobrar las tierras del imperio griego que aún permanecían en manos de los moros.

Después de la partida del duque de Macedonia y de sus compañeros, el virtuoso Tirante hizo levantar los dos campamentos y ordenó que toda su gente y la del rey Escariano se preparase para partir. Así, una escuadra después de la otra salieron hacia Bendín, que se hallaba a seis días de allí. Cuando llegaron, los habitantes de aquella tierra se entregaron al César de buena gana, en atención al mandato del sultán y del Gran Turco.

A continuación, recobraron la provincia de Blagai, toda la tierra de Brina, de Foixa y de Bocina. Cada una de estas provincias tiene muchísimas villas, ciudades y castillos y todas se entregaron con buena voluntad, porque habían pertenecido al imperio griego y querían volver a él por la mala señoría que tenían con los moros.

De la misma forma Tirante recobró también las ciudades de Arcadia, de Megea y de Turina. Después se dirigió al reino de Persia y lo tomó por la fuerza de las armas, porque no era del dominio del sultán ni del Gran Turco, sino que tenía rey propio. A continuación, subyugó a las ciudades de Tavis, de Boterna y de Senoreiant, ciudad por donde pasa el gran río de Fison.

También conquistó muchas otras ciudades de Persia, las cuales el libro no menciona, y otras tierras y provincias, de forma que unió al dominio y señoría del imperio extensos territorios que sería muy fatigoso de recitar, porque con sus batallas y su alta caballería recobró toda la Grecia y el Asia Menor, toda la Persia y toda Salónica (que es Galípoli), la Morea, el Arca, el cabo del Arca y Valona. Por mar, envió su escuadra para tomar las islas y su almirante, el marqués de Lizana, tomó Calistres, Coicos, Oritige, Tesbrie, Nimocha, Flaxen, Meclotapace y muchas otras islas que el libro no enumera para no resultar prolijo.

En cuanto el almirante hubo terminado la conquista de las islas, volvió con toda la escuadra a la ciudad de Constantinopla y, cuando entró en el puerto, hizo lanzar muchas bombardas y con muchos gritos saludaron a la insigne ciudad. El pueblo corría a la muralla para ver entrar a la escuadra y daba muestras de gran alegría. Después el almirante bajó a tierra acompañado de muchos caballeros y gentilhombres muy bien ataviados y fueron a hacer reverencia a la majestad del emperador, el cual los recibió con cara muy afable.

Entonces, el emperador dio gracias al almirante y le pidió que fuese gobernador de todas las islas y almirante mayor suyo. Este cargo lo hizo hereditario y le asignó cien mil ducados de renta cada año. También le dio por esposa a una doncella de singular belleza, criada de la emperatriz, que se llamaba Eliseu que era hija única del duque de Pera. Este duque era viudo y durante mucho tiempo había intentado que la princesa Carmesina fuese su mujer, pero la perdió a causa de la llegada de Tirante.

Con los nuevos esponsales se renovaron las grandes danzas y festejos de la corte de Constantinopla, pues no hacía mucho que habían llegado el duque de Macedonia y con él el duque de Pera, el marqués de San Jorge y el prior de San Juan de Jerusalén con muchos otros caballeros.

El emperador, por querer premiar a aquellos nobles caballeros, los casó con doncellas de gran estima, todas criadas de la emperatriz o de la princesa, y les dio grandes heredades con las que podían vivir honradamente. Hechos los esponsales de todos, prorrogaron las bodas para celebrarlas el día en que Tirante tomase la bendición con la princesa.

Pero la fortuna no permitió dar tanto deleite y gloria a un cuerpo mortal como el de Tirante en este mundo, porque esta naturaleza humana no había sido creada por Dios para poseer beatitud y gloria en esta tierra, sino para disfrutar de la gloria del paraíso. Cierto es que los hombres virtuosos cada día hacen actos insignes y dignos de inmortal recuerdo, como hizo este magnánimo y virtuoso príncipe y esforzado caballero Tirante el Blanco. Pero él, aunque conquistó por su grandísima caballería y alto ingenio muchos reinos y redujo infinitos pueblos en la Berbería y en la Grecia a la santa fe católica, no pudo ver el deseado fin por el cual tanto había trabajado.

Capítulo XXXV. La muerte de Tirante y de Carmesina

El desconocimiento humano de la fortuna no permite que mi cansada mano se pueda liberar de pintar sobre el blanco papel, de entre otros trabajos de Tirante, el nuevo dolor que me presenta el recuerdo de los virtuosos actos de nuestro caballero, el cual no pudo conseguir su premio. Pero tengo que hacerlo, para que pueda ser ejemplo manifiesto para el porvenir y para que nadie confíe en la fortuna: hay que saber que, por haber conseguido gran deleite y prosperidad, se puede perder el cuerpo y el alma. Y es necesario no olvidar que, con ambiciosos pasos, se camina por loca y desordenada codicia, de forma que los hombres vanos y pomposos, que buscan continuamente su fama, pueden utilizar en vano el inútil tiempo de su miserable vida.

Así pues, cuando el César hubo conquistado y recuperado todo el imperio y subyugado muchas otras tierras circunvecinas, inició su camino de regreso hacia la ciudad de Constantinopla, con gran triunfo y victoria, en compañía del rey Escariano, el de Sicilia, el de Fez y muchos otros reyes, duques, condes, marqueses y caballeros. Todos iban a la ciudad para tomar parte en los grandísimos festejos que tenían que hacerse a causa de su victoria y de la celebración de las bodas de Tirante.

El emperador, enterado de su llegada, le estaba haciendo preparar una grandísima fiesta, e hizo romper veinte pasos del muro de la ciudad para que el virtuoso príncipe pudiese entrar por esta apertura con el carro triunfal.

Cuando Tirante se hallaba a una jornada de Constantinopla, en una ciudad que se llamaba Andrinópolis, se paró porque el emperador le había rogado que no entrase a la capital del imperio, hasta que él lo avisase. Estando en esta ciudad buscando entretenimientos y placeres y paseando con el rey Escariano y el de Sicilia por la margen de un río que pasaba junto al muro de la ciudad, le sobrevino un mal en el pecho tan grande y poderoso que lo tuvieron que tomar en brazos y llevarlo dentro la ciudad.

Entonces, lo metieron en la cama, vinieron seis magníficos médicos suyos

y cuatro del rey Escariano y, aunque le dieron muchas medicinas, no consiguieron poner ningún remedio a su dolor. Entonces Tirante se tuvo por muerto y pidió confesión. Inmediatamente hicieron venir al confesor, que era de la orden de San Francisco y maestro en sacra teología, y Tirante confesó bien y diligentemente todos sus pecados con mucha contrición, porque el dolor que sentía era tan fuerte y tan intenso que, por mucho que los médicos le hiciesen, el sufrimiento le aumentaba continuamente.

Mientras el César estaba en confesión, el rey de Fez envió un correo urgente al emperador donde le indicaba que el César estaba muy mal, que sus médicos no le podían dar ninguna remedio y por eso le suplicaba que enviase rápidamente a los suyos, aunque dudaba de que llegasen a tiempo.

Después de que el César hubo confesado, hizo traer el cuerpo de Jesucristo y, mirándolo con gran devoción y lágrimas en los ojos, entre muchas otras oraciones dijo con grandísima devoción las palabras siguientes:

—¡Oh, redentor del linaje humano, Dios infinito, pan de vida, tesoro sin precio, alhaja incomparable, prenda segura de los pecadores, cierta e infalible defensa! ¡Oh, vera sangre y carne de mi Señor, cordero sin mácula ofrecido para darnos vida eterna! ¡Oh, claro espejo donde se representa la divina e infinita misericordia! ¡Oh, rey de los reyes, a quien obedecen todas las criaturas! ¡Señor inmenso, humilde, dulce y benigno! ¿Cómo podré agradecer a vuestra señoría el gran amor que me habéis mostrado a mí, frágil criatura? Señor, no solamente vinisteis del cielo a la tierra por mis pecados y tomasteis esa preciosa carne en el vientre de la sacratísima Virgen María, madre nuestra, sino que después naciste Dios y hombre y os subyugasteis a las miserias humanas para pagar mis desfallecimientos y aceptasteis soportar ásperos tormentos, cruel pasión y dura muerte, poniendo vuestra sacratísima carne en la cruz. Pero aquella misma carne me la habéis dejado como medicina espiritual y salud para mi infecta y maculada alma. Infinitas gracias, Señor, os sean hechas por tantos beneficios. Aún, Señor, os doy gracias por las grandes prosperidades que me habéis conferido en este mundo y os suplico, todo lo humildemente que puedo, que me queráis dar, Señor, dolor, contrición y arrepentimiento de mis pecados, para conseguir de vos la absolución y la misericordia. Además, Señor, os ruego que me ayudéis, que me

conservéis en la fe, en la que quiero vivir y morir como católico cristiano y que me deis la gran virtud de la esperanza, para que confiando en vuestra infinita misericordia llegue a la eterna beatitud y gloria en el alto paraíso.

Dichas estas palabras, recibió el precioso cuerpo de Jesucristo en medio de muchísimas lágrimas y todos los que se encontraban en la habitación decían que no parecía un caballero, sino un santo hombre religioso por las muchas oraciones que recitó delante del Corpus. Después, hizo venir a su secretario y, en presencia de todos, dictó su testamento, el cual era del tenor siguiente:

Como la muerte es cosa cierta, pero la criatura racional no conoce la hora en la que ha de acontecer y como se espera de los sabios que hagan provisiones para el porvenir para que, terminado el peregrinaje de este miserable mundo, podamos dar lugar y razón de los bienes que nos han sido encomendados, por esto yo, Tirante el Blanco del linaje de Roca Salada y de la casa de Bretaña, caballero de la Jarretera y príncipe y César del imperio griego, afectado de una enfermedad de la cual temo morir, pero con todo mi juicio y firme e íntegra palabra, y presentes mis señores y hermanos de armas el rey Escariano, el rey de Sicilia, mi primo hermano el rey de Fez, y muchos otros reyes, duques, condes y marqueses, en nombre de mi señor Jesucristo, hago y ordeno mi presente testamento y última voluntad. Como albaceas míos y ejecutores del presente testamento, elijo a la virtuosa y excelente Carmesina, princesa del imperio griego y esposa mía, y a mi egregio y querido primo hermano Diafebus, duque de Macedonia, a los cuales suplico encarecidamente que tengan mi alma por recomendada. De mis bienes, tomo para mi alma cien mil ducados, para que sean distribuidos a voluntad de los mencionados albaceas míos. Además, les suplico y les doy el encargo de que hagan llevar mi cuerpo a Bretaña, a la iglesia de Nuestra Señora, donde yacen todos mis parientes de Roca Salada, ya que ésta es mi voluntad.

También quiero y mando que sean dados de mis bienes cien mil ducados a cada miembro de mi linaje que se halle presente en mi óbito. Así mismo dejo cincuenta mil ducados a cada uno de mis criados y servidores. De todos mis otros bienes y derechos, los cuales he sabido ganar con la ayuda divina y gracias a la majestad del emperador, hago heredero universal a mi criado y sobrino Hipólito de Roca Salada, el cual será puesto en mi lugar y me sucederá como si se tratase de mi persona para que haga de mis bienes y derechos según su voluntad.

Después de hecho el testamento, Tirante dijo al secretario que escribiese una breve despedida a la princesa con las palabras siguientes:

Pues la muerte me es tan vecina que no me puedo esperar más, no me falta para cumplir mi viaje más que hacer mi última, triste y dolorosa despedida de vos, señora de preclara virtud. Ya que la fortuna no quiere ni ha permitido que yo, como indigno y no merecedor, os haya podido conseguir a vos, que erais el premio a mis trabajos, no me pesaría tanto la muerte si pudiese acabar mi triste y dolorosa vida en vuestros brazos. A pesar de todo os suplico que no dejéis de vivir porque, en premio al mucho amor que os he tenido, me recordéis y recomendéis mi pecadora alma, que vuelve con mucho dolor a su Creador, el cual me la había dado. Y puesto que mi fortuna no me permite hablaros ni veros, a vos, que pienso que habrías sido el remedio de mi vida, he decidido escribiros para que, ya que la muerte no me quiere conceder una prórroga, estéis segura de mi extrema pasión en el último momento de mi vida. No os puedo decir nada más porque el dolor que tengo no lo consiente. Solamente os suplico y os pido una gracia: que tengáis por recomendados a mis parientes y servidores.

Vuestro Tirante que, besándoos pies y manos, os encomienda su alma.

Cuando acabó de dictar, Tirante rogó al rey Escariano, al de Sicilia y al de Fez que lo llevasen a la ciudad de Constantinopla antes de que pasase a la otra vida, porque su mayor dolor era morir sin ver a Carmesina y porque, además creía y confiaba que su visión le bastaría para darle salud y vida. Así pues, teniendo en cuenta su voluntad, decidieron llevarlo a la ciudad; decisión que loaron los médicos porque lo tenían por muerto y pensaron en el gran consuelo que tendría si veía a la princesa, porque él la amaba extraordinariamente y la naturaleza podría obrar más que todas las medicinas del mundo. Entonces lo pusieron en unas andas y, a hombro de hombres, lo llevaron muy reposadamente acompañado por todos los reyes y grandes señores y solamente por quinientos hombres de armas.

Cuando el emperador recibió la carta del rey de Fez, se angustió mucho y, tan secretamente como pudo, hizo llamar a sus médicos, al duque de Macedonia y a Hipólito; les mostró la carta del rey de Fez y les rogó que cabalgasen de inmediato hacia allí. El duque de Macedonia e Hipólito salieron del palacio sin decir nada a nadie e iniciaron el camino con los médicos. Y si el emperador lo hizo todo en secreto, fue porque temía que

la princesa se desmayase al enterarse. Cuando Diafebus, Hipólito y los médicos llegaron a media jornada de Constantinopla, encontraron a Tirante y, habiendo puesto las andas en el suelo, el duque le dijo:

—Primo hermano y señor, ¿cómo se encuentra vuestra señoría?

—Primo hermano —respondió Tirante— siento un gran placer por haberos visto antes de mi fin. Os ruego que vos e Hipólito me beséis, porque ésta será la última despedida que tomaré de vosotros.

Entonces lo besaron entre muchas lágrimas. Después Tirante les dijo que les encomendaba su alma y a su mujer, la princesa, de quien tendrían que tener más cuidado que de su propia persona. El duque le respondió:

—Señor primo hermano, un caballero tan animoso como vuestra señoría, ¿puede perder los ánimos tan fácilmente? Confiad en la misericordia de Nuestro Señor, que Él os ayudará y os devolverá la salud.

Pero estando en estas palabras, Tirante lanzó un gran grito diciendo:

—¡Jesús, hijo de David, ten piedad de mí! Creo, confieso, me arrepiento, confío y reclamo misericordia. ¡Virgen María, ángel Custodio, ángel Miguel, amparadme y defendedme! Jesús, en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Y habiendo dicho estas palabras, entregó su noble alma y su bello cuerpo quedó en los brazos del duque de Macedonia. Aquí los llantos y los gritos fueron tan grandes que daba compasión oírlos, ya que el príncipe Tirante era amado por todos.

Una vez hubieron llorado mucho, el rey Escariano llamó al rey de Sicilia, al de Fez, al duque de Macedonia, a Hipólito y a algunos otros y deliberaron qué correspondía hacer. Entonces acordaron acompañar al cuerpo de Tirante hasta la ciudad, pero no meterlo dentro porque el rey Escariano no se había visto con el emperador y, con la tribulación, no era tiempo ni lugar para verse. Además, decidieron embalsamar el cuerpo de Tirante porque lo tenían que llevar a Bretaña.

En el momento en que llegaron con el cuerpo a la ciudad ya era de noche. Al encontrarse en el portal, el rey Escariano se despidió de los otros y regresó con su gente a la ciudad de donde había partido, sin dejar de

lamentarse porque este rey amaba a Tirante extraordinariamente. Los otros trajeron el cuerpo a una casa para que fuese embalsamado por los médicos. Después, le pusieron un jubón de brocado y una ropa de estado de brocado forrada con martas cibelinas, y así lo llevaron hasta la iglesia de Santa Sofía, la mayor de la ciudad. Allí le hicieron un estrado muy alto cubierto de brocado, sobre el cual pusieron una cama de paramento muy bien ornamentada con telas de oro y con un bello cortinaje del mismo tejido y, sobre la cama, colocaron el cuerpo de Tirante con la espada ceñida.

Cuando el emperador supo que Tirante había muerto, con gran dolor se desgarró su sobrevesta imperial y, bajando de su silla imperial, se lamentó con las palabras siguientes:

—Hoy es el día en el que se pierde nuestro cetro y en el que veo postrada en el suelo mi triunfal corona. Nos falta nuestro brazo derecho y el pilar en el cual se aguantaba nuestra seguridad. ¡Oh, injusta muerte que, robando una vida, me otorgas pena mortal y eterna! Has matado a Tirante para matar al emperador de Constantinopla. Yo soy el muerto y que para siempre vivan la gloria y la fama del esforzado Tirante. Y vosotros, príncipes de las tinieblas, alegraos, pues ha muerto aquél que cada día hacía aumentar la santa religión cristiana. Que se alegren también las naciones enemigas, pues el vencedor e invencible Tirante, ahora vencido por la muerte, es la causa de vuestro goce. Sólo yo, desierto emperador, tengo que celebrar exequias de tanta tristeza: que se pierda el sol de nuestra vista, que muevan los vientos en esta firme tierra, que las altas montañas caigan al suelo, que los ríos se paren y que el gran mar desampare a los peces. Durante este tiempo, ¡cantad, bellas sirenas, cantad todos los grandes males que sentís en la tierra! ¡Lamentaos por la muerte de aquél que era un fénix entre los vivientes! ¡Qué cesen los cantos melódicos de los pájaros! ¡Muera yo y vaya a los reinos de Plutón llevando tan dolorosa embajada: haré que Ovidio componga dignísimos versos loando a mi Tirante! Despojadme de las doradas ropas, quitad de los palacios las ricas púrpuras y cubridme con un áspero cilicio. Que todo el mundo se vista de negro, que suenen todas las campanas desordenadamente y que todo el mundo se duela por una pérdida tan grande que mi lengua es incapaz de referir.

En este lamento el emperador pasó la mayor parte de la noche. Llegado el día fue a la iglesia para hacerle el honor y las exequias habituales a los

grandes señores.

La princesa estaba muy admirada de ver que toda la gente lloraba. Preguntó para saber por qué lloraban todos los del palacio y sus doncellas. Como pensó que debía haber muerto su padre, rápidamente se levantó, se asomó a la ventana y vio al duque de Macedonia, que iba llorando y arrancándose los cabellos; también vio a Hipólito y a muchos otros que se arañaban el rostro y se daban cabezadas contra las paredes.

—Por un solo Dios os lo ruego —dijo la princesa—, decidme la verdad, ¿cuál es la causa de tanta tristeza?

Entonces la viuda de Montsanto le dijo:

—Señora, en cualquier caso lo tendréis que saber: Tirante ha pasado de la presente vida a la otra y ya ha pagado su deuda a la naturaleza. A medianoche lo han traído a la iglesia para darle sepultura eclesiástica, según se merece. Allí se encuentra ahora el emperador, el cual no deja de llorar y de dolerse tanto por su muerte que nadie lo puede consolar.

La princesa quedó sin saber qué decir: ni lloró ni pudo hablar. Solamente podía sollozar y suspirar. Al cabo de un tiempo dijo:

—Dadme el vestido que mi padre me había hecho confeccionar para mis bodas.

Inmediatamente le fue traído y, cuando se lo hubo puesto, le dijo la viuda de Montsanto:

—Cómo, señora, ¿en la muerte de un caballero tan admirable, muerto en servicio de la majestad del emperador y vuestro, os vestís y ataviáis como si fueseis de boda? Todos los demás llevan vestidos de luto y de tristeza y no hay nadie que pueda dejar de llorar, y vuestra alteza que se tendría que señalar más, ¿os ataviáis tanto? Eso nunca se ha visto ni oído decir.

—No os preocupéis por ello, señora viuda —contestó la princesa—, y dejadme hacer.

Una vez hubo acabado de ataviarse, la entristecida señora bajó de palacio con todas las damas y, con dolorosa angustia, fue a la iglesia donde se hallaba el cuerpo de Tirante. Al verlo, su corazón estuvo a punto de estallarle, pero la ira le reforzó el ánimo de tal forma que subió sobre la

cama, mientras le corrían vivas lágrimas de los ojos, se lanzó sobre el cuerpo de Tirante y, con palabras acompañadas de suspiros continuos, hizo la lamentación siguiente:

—¡Oh, monstruosa fortuna con variables caras y siempre moviendo tu inquieta rueda sobre los miserables griegos! ¡Ahora has mostrado poderosamente el más alto grado de tu siniestra fuerza! ¿No había ya bastante con el luto y la tristeza por mi hermano y con el dolor por todo el imperio, que ahora lo has querido sumir en el terror? Este caballero era el sustento de mi vida, el consuelo de todo el pueblo y el descanso de la vejez de mi padre. ¡Oh, hados crueles y miserables que no habéis permitido que mis manos hayan podido servir a este glorioso caballero! ¡Dejádmelo besar muchas veces para poder consolar mi dolorida alma!

Y la afligida señora besaba el cuerpo frío con tanta fuerza que se rompió la nariz y por allí lanzaba tanta sangre que tenía llenos los ojos y la cara. No había nadie que la viese lamentarse que no derramase abundantes lágrimas de dolor. Después volvió a decir:

—Ya que la fortuna ha querido y quiere que sea así, mis ojos no se tienen que alegrar nunca más sino que quiero ir a buscar el alma de aquél que era mío a los bienaventurados lugares donde reposa su alma. Tirante, ciertamente quiero hacerte compañía en la muerte, ya que en la vida no te he podido servir, aunque te he amado mucho. ¡Mujeres y doncellas, no lloréis, guardad esas lágrimas, porque pronto lloraréis el daño presente junto con el futuro! ¡Llorando y lamentándome yo ya hay bastante, porque estos males son míos! ¡Ay, triste de mí! ¿Dónde está mi Tirante? Lo tengo muerto delante de mis ojos y lleno de mi sangre. ¡Oh, Tirante, recibe los besos y los llantos juntos y toma estas lágrimas porque te doy todo lo que me queda de ti! ¡Déjame la camisa que te di, porque después será colocada en tu tumba y en la mía, después de ser lavada con mis propias lágrimas y limpia de la herrumbre de tus armas!

Y dichas estas palabras, Carmesina cayó desmayada sobre el cuerpo de Tirante. Rápidamente fue levantada y, con aguas cordiales fue hecha volver en sí por los médicos. Cuando recobró el sentido, la más dolorida de las mujeres no tardó en lanzarse otra vez sobre el cuerpo muerto y a besar la boca fría de Tirante, mientras rompía sus cabellos y sus vestiduras junto con la piel de sus pechos y cara. Y, tendida sobre el cuerpo, mezclaba sus lágrimas calientes con las frías de Tirante. Con las manos temblorosas, abría los ojos de Tirante, los cuales llenaba de

abundantes lágrimas y, primero con la boca y después con sus ojos, parecía que Tirante, a pesar de estar muerto, deploraba el dolor de su Carmesina viva. Ésta, como ya tenía los ojos secos de agua, lloraba sangre y se lamentaba sobre aquel cuerpo que solamente ella perdía, aquél que había perdido la vida por ella y, con palabras que podrían romper los diamantes y el acero, continuaba lamentándose:

—¿Quién será aquél que me hará la gracia de llevar mi alma con la de Tirante? ¡Ay triste de mí, en mal sino nací! Era día egipciaco, el sol estaba en eclipse, las aguas estaban turbias y los días eran caniculares. Tanto dolor sintió mi madre el día de mi nacimiento que creyó morir. Si yo hubiese muerto aquel día triste, no habría sentido el grandísimo dolor que ahora siente mi dolorida alma. A ti, regidor del cielo, poderoso rey de la corte celestial, suplico que yerren todos aquéllos que impidan que yo muera.

Entonces el emperador, afligido por las lamentaciones de su hija, dijo:

—Nunca acabará el dolor y llanto de mi hija. Por eso, caballeros míos, tomadla y llevadla a mi palacio, tanto si quiere como si no.

Y así fue hecho mientras su atribulado padre iba detrás de ella lamentándose:

—¡Ha muerto el pilar que sostenía la caballería! Y vos, hija mía, que sois señora de todo lo que yo tengo, no os comportéis de esta forma, porque vuestro dolor significa la muerte para mí. No manifestéis vuestro dolor a todo el mundo, porque muchas veces cae la pena sobre aquél que la trata. Dejad de llorar y mostrad a la gente vuestra cara alegre.

—¡Ay, emperador —respondió la princesa—, señor y engendrador de esta miserable hija! ¡Bien espera vuestra majestad consolar mi dolor! ¡Y yo que creía que Tirante sería mi consuelo! ¡Ay, triste de mí, que no puedo contener mis lágrimas, porque me parece que son agua hirviendo!

El mezquino del padre, cuando vio que su hija y las demás damas lloraban, no pudo permanecer en la habitación, sino que por exceso de dolor, salió. Entonces la princesa se sentó sobre la cama y dijo:

—Venid, fieles doncellas, ayudadme a desvestirme, que bastante tiempo tendréis para llorar. Quitadme primero lo que llevo en la cabeza y después

el resto de la ropa.

Cuando se volvió a vestir de la forma más honesta que pudo, dijo:

—Soy infanta esperando señorear todo el imperio griego; me hallo forzada a hacer sentir a todos digno dolor y piedad por la muerte del venturoso y bienaventurado caballero Tirante el Blanco que nos ha dejado atribulados. ¡Oh, mi Tirante, por el dolor de tu muerte nuestras manos derechas hieren nuestros pechos y rompen nuestras caras, porque tú eras nuestro escudo protector y de todo el imperio! ¡Oh, espada de virtud; no pienses, Tirante, que podrás desaparecer de mi memoria, porque lamentaré tu muerte tanto como la vida me acompañe! ¡Oh, queridas doncellas, ayudadme a llorar el corto tiempo que tiene que durar mi vida!

Los gritos y llantos eran tan grandes que resonaban por toda la ciudad. Y como veían a Carmesina en aquel estado, maldecían la fortuna, sobre todo porque los médicos decían que estaba más muerta que viva, ya que a causa del dolor de la muerte de Tirante, lanzaba sangre por la boca.

Al enterarse la emperatriz de que su hija estaba tan mal, fue a su habitación y la vio en tal punto que dijo:

—¡Oh, hija mía! ¿Es éste el goce y la alegría que yo esperaba de ti? ¿Son éstas las nupcias que esperábamos con tanto consuelo tu padre, yo y todo el pueblo? ¿Son éstos los tálamos donde suelen pasar las doncellas el bienaventurado día de sus bodas? Decid, hija mía, ¿son éstos los alegres consuelos y bendiciones que un padre y una madre dan a su hija el día de su descanso? ¡Ay, triste y miserable, porque en mí no hay más que duelo, afán, amargura y tristeza y no veo más que males y dolor allá donde miro! Todos hacen duelo, todos se lamentan, todos arrancan sus cabellos. ¡Qué día tan amargo y tan lleno de tristeza! Os ruego, hija mía, que os animéis y que soportéis este dolor, porque daréis consuelo a vuestro padre viejo y afligido y a la triste y desventurada de vuestra madre que os ha criado con tanta delicadeza.

Y no pudo hablar más porque el dolor se lo impedía.

—Si la esperanza de morir no me detuviese —replicó la princesa—, me mataría. ¿Cómo me puede decir vuestra excelencia que me consuele, que me alegre, cuando he perdido a un caballero que era mi marido y señor y que no tenía par en el mundo? Él no ha temido derramar su propia sangre

en los campos de batalla. Él ha vengado las injurias que han recibido los griegos. Él echó fuera de toda Grecia a los que habían sido nuestros vencedores. Él sacó del cautiverio a muchos nobles barones, caballeros y gentilhombres y los restituyó en su primer estamento. Él ha derrotado a las huestes de nuestros enemigos y ha subyugado y hecho presos a los mayores señores de todo el pueblo morisco. Pero ¿por qué tengo que hablar tanto? No tengo que tener temor de morir, ni me tengo que excusar por querer hacer compañía a un caballero tan valeroso y singular. ¡Oh, dolor! No hay mujer ni doncella en el mundo que sea más miserable que yo; por lo tanto, acabemos el camino que hemos comenzado, porque la vida se junta con la muerte. Haced venir aquí a mi protector, padre y señor, para que pueda ver mi muerte.

Cuando el triste padre llegó, Carmesina le suplicó que se acostase a un lado y la emperatriz al otro. Entonces comenzó a decir:

—No dudes, temeroso coraje, de hacer lo que te mande la voluntad. Llena la boca de palabras en loor y gloria tuya de aquel famoso caballero Tirante el Blanco, el cual sobrepasaba en ánimo y benignidad a todos los demás caballeros y era más apto y diestro que cualquier otro. No le faltaba otra cosa que haber tenido un poco de sangre real. Ahora, dejemos las vanidades de este mundo y hagamos lo que tenemos que hacer, porque sé que mi alma quiere partir de mi cuerpo para ir con la de Tirante. Por eso os ruego que hagáis venir a mi padre confesor.

Tan pronto como llegó, la princesa le dijo:

—Padre, quiero hacer confesión general en presencia de todos, porque ya que no he tenido vergüenza de cometer mis pecados, no quiero tener vergüenza de confesarlos públicamente: yo, indigna pecadora, me confieso a Nuestro Señor Dios y a su sacratísima Madre, como a todos los santos del paraíso y a vos, padre espiritual, de todos los pecados que he cometido contra la majestad de mi señor Jesucristo. Confieso que creo firmemente en los artículos de la santa fe católica y en los santos sacramentos de la madre Iglesia y que en esta fe quiero vivir y morir. También, padre mío, yo, indigna pecadora, confieso haber tomado parte del tesoro de mi padre, sin su licencia, para dárselo a Tirante para que pudiese mostrarse el más rico y liberal entre los señores del imperio. Por eso, señor emperador, os suplico que me queráis perdonar. También, padre mío, he pecado gravemente porque consentí que Tirante, marido y esposo mío, tomase la despoja de mi virginidad antes del tiempo permitido

por la santa madre Iglesia. Confieso que no he amado a mi Dios Creador ni le he servido de la manera en la que estaba obligada, sino que he perdido la mayor parte de mi tiempo en vanidades y cosas inútiles. Confieso que no he guardado el honor, amor y obediencia debido a mis padres y algunas veces he desoído sus mandamientos, con gran daño para mi alma. De todos los otros pecados que he hecho, pensado y obrado, que ahora no recuerdo, tengo propósito de confesarlos si me vienen a la memoria. Pero suplico a la misericordia de mi señor Jesucristo que me los quiera perdonar por su clemencia y piedad y por los méritos de su sacratísima pasión. Y ahora, padre, os pido penitencia, porque me he arrepentido de buen corazón y de buena voluntad y querría no haberlos hecho.

Entonces el confesor le hizo hacer la confesión general y la absolvió, porque tenían bula del Papa todos los emperadores de Constantinopla y sus descendientes, a punto de morir, podrían ser absueltos de pena y culpa. Cuando obtuvo la absolución, la princesa pidió que le trajesen el cuerpo precioso de Jesucristo y lo recibió con tanta contrición que todos los que se encontraban en la habitación se admiraron de la firmeza de ánimo que tenía la princesa, ya que no habría un cuerpo de hierro en el mundo que, al oír sus palabras, no dejase correr las lágrimas.

Después, la princesa, que poseía el gran condado de Benaixí y muchas ropas y joyas de gran valor, hizo venir al secretario del emperador y, dirigiéndose hacia su padre, dijo:

—Padre y señor, si place a vuestra majestad, querría disponer de mis bienes y de mi alma.

—Hija mía, os doy licencia para hacer lo que os plazca, porque perdiéndoos, yo pierdo la vida y todo el bien de este mundo.

Entonces la princesa se volvió hacia el secretario y dictó el testamento siguiente:

Como todas las cosas mundanas son transitorias y nadie puede escapar a la muerte y, además, las personas sabias es necesario que preparen el futuro porque terminado el tiempo del peregrinaje en este mundo volvemos a nuestro Creador con mucha alegría para dar cuenta de nuestras almas; yo, Carmesina, hija del serenísimo emperador de Constantinopla y princesa del imperio griego, afectada de una enfermedad de la cual deseo

morir, pero con todo mi juicio, con firme, íntegra y manifiesta palabra y en presencia del señor emperador y de la serenísima emperatriz y con su consentimiento, en nombre de mi señor Dios Jesucristo, hago y ordeno el presente testamento y mi última voluntad.

Por albaceas míos y ejecutores de este testamento, elijo al egregio Diafebus, duque de Macedonia, y la egregia Estefanía, mujer suya, a los cuales suplico que tengan mi alma por recomendada. También suplico a los mencionados albaceas y les mando que, a cargo de mi alma, hagan poner mi cuerpo junto con el de Tirante, en el mismo lugar donde él ha mandado que sea puesto el suyo; porque, ya que en la vida no hemos podido estar juntos, por lo menos que en la muerte nuestros cuerpos permanezcan unidos hasta el fin del mundo. También quiero y mando que sea vendido mi condado, y también mis ropas y joyas y que las ganancias sean repartidas en el matrimonio de todas mis doncellas. Y que para mi alma distribuyan los bienes que a ellos les parezcan convenientes. De todos mis otros bienes y derechos instituyo heredera mía universal a la preclarísima emperatriz, madre y señora mía, y que ella sea puesta en mi lugar como sucesora de todo el imperio.

Después de haber ordenado sus bienes y su alma, Carmesina se despidió del emperador besándole las manos y la boca muchas veces, e igualmente hizo con la emperatriz, su madre. Entonces les pidió perdón con mucha humildad y su bendición.

—¡Oh, triste y miserable de mí! —exclamó la princesa—. Veo al emperador más muerto que vivo. De una parte me tira la muerte de Tirante y de otra, mi padre.

El miserable padre, triste y lleno de amargas lágrimas, cuando vio que su hija estaba en el umbral de la muerte y que con tanta dificultad podía hablar, con gran turbación, fuera de juicio y casi medio muerto, quiso levantarse de la cama para irse. Pero le falló el espíritu y cayó al suelo. Entonces lo cogieron en brazos, lo pusieron en otra habitación y aquí acabó sus días, antes de que lo hiciese la princesa, hija suya. Los gritos por la muerte del emperador fueron tan grandes que la noticia llegó a la emperatriz y a la princesa. La emperatriz acudió tan rápidamente como pudo, pero el emperador ya había pasado de esta vida.

¡Pensad cómo debía estar la miserable señora: ver muertos marido, hija y yerno! Que nadie me pregunte cuánto dolor había en aquel palacio. ¡Y

cuánta tribulación en un solo día!

Entonces la princesa dijo:

—Ayudadme a sentarme y oiréis mis palabras. Sabéis que con la muerte de mi padre, yo tenía que ser la sucesora del imperio y por eso, caballeros míos, os mando por la fidelidad que teníais a mi padre el emperador y ahora me tenéis que tener a mí, que me traigáis los cuerpos de Tirante y de mi padre aquí.

Una vez lo hubieron hecho, mandó poner al emperador a la parte derecha y a Tirante a la izquierda, mientras ella estaba en medio. Y a menudo besaba a su padre y mucho más aún a Tirante. Entonces comenzó a decir:

—¡Ay, triste y desventurada de mí, que el extremo amor que he sentido por Tirante se me ha convertido en cruel dolor! ¡Oh, alma de Tirante, te suplico que te halles presente en nuestra fiesta imperial! Yo me he de dejar morir por tu amor y así apartaré de mí la gran angustia y dolor que me aflige. ¡Oh, tú, muerte cruel y malvada, utiliza tus armas contra mí, pues cerca de mí ya no tengo a aquél que solía ser mío y así caeré muerta como deseas! Mirad, caballeros que sentís amor, tomad espejo de mí y ved si soy bienaventurada: ¡en una parte tengo a un emperador y en la otra, al mejor caballero del mundo! ¡Mirad si me tengo que ir consolada al otro mundo! Que venga ahora la muerte, que yo estoy preparada para recibirla; pero querría que tú, Señor, que eres Dios, hicieras con Tirante el milagro que hiciste con Lázaro: muestra aquí tu gran e infinito poder, que si éste recobra la salud y la vida, yo toda enseguida sanaré. Pero si no lo quieres perdonar, no perdones tampoco mi muerte, porque no deseo vivir sin él y siempre será recordado que por amor a Tirante, yo morí. ¡Oh, Señor mío Jesucristo, te entrego las armas porque mi alma no me quiere hacer compañía durante más tiempo! Por eso, leales hermanas y compañeras, acercaos a mí y, de una en una, besadme todas y así sentiréis parte de mi miseria.

Y así se hizo: la reina de Etiopía, la reina de Fez, la duquesa de Macedonia y todas las demás mujeres y doncellas y su misma madre le besaron la mano y la boca, y se despidieron dolorosamente de la princesa con gran multitud de lágrimas. Hecho esto, les pidió perdón con gran humildad y, llorando y con dolorosos suspiros, añadió:

—Quiero ir a buscar mi goce y mi descanso con aquél que tenía que ser

mi señor y mi vida. Si él hubiese vivido, cien de vosotras, doncellas, teníais que ser novias conmigo el día en que Tirante y yo teníamos que celebrar los festejos nupciales. Pero ya que la fortuna ha ordenado y quiere que sea así, ¿de qué me lamentaré, de amor, de fortuna o de la poca esperanza que tengo? Fortuna, hacedme sentir los bienes de la gloria del otro mundo, porque veo que con mucho resplandor me espera el alma de Tirante.

Entonces se hizo dar la cruz y, contemplándola, dijo las palabras siguientes llena de devoción:

—¡Oh, señor Jesucristo que tomaste muerte y pasión en el árbol de la vera cruz para redimir a la naturaleza humana y a mí, pecadora! Te suplico que me abras tus tesoros dándome una gota de tus dolores y que des compasión a mi corazón, para que me haga llorar las aflicciones que quisiste pasar y sostener por mí, pobre pecadora. Te doy infinitas gracias porque me haces morir bajo la fe cristiana. Me arrepiento de buen corazón de todos los pecados que he cometido contra mi Creador y contra mi prójimo. Creo que nadie puede salvarse más que por los méritos de la sacratísima muerte y pasión de Jesucristo, el cual murió colgado en la cruz para salvar al linaje humano del poder del diablo. Padre y Señor mío, en tus preciosas manos encomiendo mi espíritu. Me voy en el nombre del Padre, que me ha creado a su imagen y semejanza; en el nombre de Jesucristo, hijo de Dios, y en el nombre del Santo Espíritu. También en el nombre de los santos ángeles y arcángeles, truenos y dominaciones, principados y potestades; en nombre de los santos patriarcas y profetas, apóstoles, mártires y confesores, monjas, vírgenes, viudas y continentes, como también de todos los santos y santas del paraíso. Libera, Señor, mi alma como liberaste a Noé del diluvio; como liberaste a Elias y a Enoc de la muerte; como lo hiciste con Isaac del sacrificio; con Lot de la destrucción de Sodoma y Gomorra; con Moisés de la mano del faraón. Libera, Señor, mi alma como liberaste a Daniel de los leones; a Judit de la mano de Holofernes; a Abraham del fuego de los caldeos; a Job de sus pasiones; a Susana del falso crimen; a san Pedro y a san Pablo, apóstoles, de la cárcel; a santa Tecla de los crueles tormentos. Glorioso Señor, te encomiendo mi alma y te ruego que no la desprecies. Muy humildemente te ruego, Señor, que no recuerdes los pecados de mi juventud, sino que me sean abiertas las puertas de los cielos en la gloria de tu claridad. Recibe, Señor, mi alma que vuelve a ti, vístela con vestido celestial y dale de beber de la fuente de la vida eterna, para que se alegre entre los que

están alegres, para que sepa entre los sabios y para que reciba corona entre los mártires. Recibe, Señor, el alma de tu sirvienta. Otórgame, Señor, la gracia que mi alma, desnuda de los vicios terrenales, sea colocada en tu compañía.

Y diciendo estas palabras, la princesa entregó el espíritu a su creador. Entonces se vio con gran claridad a los ángeles que se llevaban su alma con la de Tirante, el cual estaba presente en su último momento y la esperaba.

Capítulo XXXVI. Las consecuencias de las súbitas muertes

Cuando pasó la princesa de esta vida, se apagó toda la luz imperial y los llantos y los gritos fueron tan grandes en palacio que resonaron en toda la ciudad. La triste emperatriz se desmayó de tal forma que los médicos no la podían hacer volver en sí; Hipólito se golpeaba la cabeza y la cara porque pensaba que la emperatriz había muerto. Finalmente, le hicieron tantas cosas que, después de una hora, volvió en sí con gran dificultad. Hipólito estaba continuamente a su lado, le restregaba las sienes y le rociaba con agua de rosas por la cara. Cuando recobró el sentido la llevaron a su habitación y la acostaron en una cama. Hipólito permanecía a su lado consolándola, diciéndole palabras de aliento y besándola muchas veces para recordarle sus amores, que nunca habían cesado.

Conviene recordar que la emperatriz amaba a Hipólito más que a su hija y que a sí misma por la gran bondad y gentileza que había hallado en él, ya que siempre la había obedecido en todo lo que le mandaba. Pero no creáis que Hipólito pasó gran dolor, porque en cuanto Tirante hubo muerto, pensó que él sería el emperador y más aún después de la muerte del emperador y de su hija ya que, confiando en el gran amor de la emperatriz, pensaba que lo tomaría por amor como hijo, porque como es sabido, es costumbre que las viejas quieran a sus hijos por marido para enmendar las faltas de su juventud.

Después de que la emperatriz estuvo durante un tiempo en brazos de Hipólito y que con los besos le disminuyó el dolor, le dijo:

—Hijo mío y señor mío, os ruego que deis orden de que las exequias del emperador, de mi hija y de Tirante se hagan como vos ordenéis, para que después se pueda cumplir vuestro deseo y el mío.

Entonces Hipólito fue a la habitación de la princesa, donde yacían los tres cuerpos muertos y, de parte de la emperatriz, mandó que trajesen a Tirante a su estrado en la iglesia. A continuación mandó a los cirujanos que embalsamasen los cuerpos del emperador y de la princesa. También mandó hacer en la iglesia de Santa Sofía otro estrado mucho más bello y

más alto que el de Tirante y muy bien adornado con telas de oro, según merecía el emperador, cuyo cuerpo hizo llevar allí. También hizo poner a la princesa a la derecha de Tirante sobre su misma cama.

Inmediatamente hizo llamada general para que todos aquéllos que quisiesen llevar duelo, que fuesen a cierta casa, que allí les darían telas adecuadas tanto a los hombres como a las mujeres. Y por espacio de un día, todos los del palacio, los de la ciudad y los extranjeros, se vistieron de duelo. Además, el virtuoso Hipólito mandó que todos los eclesiásticos que había a dos jornadas alrededor de Constantinopla viniesen a la ciudad para hacer las exequias de los difuntos. En total ascendió a mil doscientos los que fueron. Así mismo asignó que el entierro del emperador se hiciese el decimoquinto día después de su muerte y llamó a todos los barones de Grecia para que estuviesen presentes en tal ocasión.

Más adelante mandó una embajada al rey Escariano donde le pedía que viniese a honrar la sepultura del emperador, de su hija y de su amado amigo y hermano Tirante, porque ya que no les había podido ofrecer los honores en las bodas, que se los hiciese en la sepultura. El rey Escariano le mandó decir que lo haría aunque él había confiado entrar con gran alegría en la ciudad de Constantinopla. Así pues, con cien caballeros, partió y se dirigió a la ciudad.

Mientras toda la gente se preparaba, Hipólito convocó en una habitación al rey de Sicilia, al rey de Fez, al duque de Macedonia, al marqués de Lizana, al vizconde de Branches y a algunos otros parientes. Ya reunidos les dijo:

—Señores y hermanos míos, vuestras señorías no ignoran el gran daño que nos ha ocurrido con la muerte de nuestro padre y señor Tirante, porque se esperaba que él fuese lo más pronto posible emperador y entonces habría ensalzado y dado herencias a todos nuestros parientes y amigos. Por eso ahora nos hallamos fuera de esta esperanza y necesitamos determinar qué hemos de hacer. Como vuestras señorías pueden pensar, todo el imperio queda ahora en poder y señoría de la emperatriz y, aunque es de edad avanzada, algún gran señor se casará con ella y será emperador. Cuando ella muera, aquél permanecerá señor y puede ser que maltrate a los extranjeros, que somos nosotros. Por eso yo soy del parecer de que sería conveniente que hiciésemos emperador a uno de nosotros y que todos le ayudásemos. Por tanto, os suplico que cada uno dé su opinión.

El rey de Sicilia dijo que a él le parecía bien que uno de ellos fuese elegido emperador y que era necesario que eligiesen al más dispuesto. Entonces, el rey de Fez dijo:

—Señores y hermanos míos, me parece bien que uno de nuestros parientes y amigos sea elegido emperador. Pero según mi parecer, debemos seguir la orden del testamento de Tirante, después del de la princesa.

Todos aceptaron lo que el rey de Fez había dicho, y llamaron al secretario de Tirante y al del emperador para que leyesen los testamentos. Cuando los hubieron escuchado, hicieron salir a los secretarios de la habitación y el duque de Macedonia dijo:

—Señores y hermanos míos, según veo, nuestra elección es muy clara y no cabe disputa, porque nuestro pariente y señor dejó como heredero suyo en todos los derechos que ha ganado sobre el imperio griego a Hipólito, aquí presente. La princesa, por su parte, dejó como heredera a su madre. Y, teniendo en cuenta la antigua amistad que todos sabemos que Hipólito tiene con la emperatriz, pienso que es conveniente que la tome por esposa porque, entonces, si lo elevamos como emperador, haremos justicia y él, como es de nuestra sangre, nos conservará a cada uno nuestros derechos. En esto, el almirante marqués de Lizana intervino: —Señores, tengo por bueno el consejo del duque de Macedonia y alabo su intervención porque, por una parte, todos excepto él, ya tenemos esposa, y por otra, se obra de acuerdo con las últimas disposiciones de Tirante.

Así, pues, todos acordaron que Hipólito fuese elegido emperador y marido de la emperatriz. Éste, cuando vio la gentileza de sus parientes, les dio infinitas gracias y les dijo que si Dios y Nuestra Señora, madre suya, le concedían la gracia de ser emperador, los remuneraría de tal forma que todos quedarían contentos.

A la noche siguiente entró en Constantinopla el magnánimo rey Escariano vestido de luto y fue muy bien recibido por la reina, mujer suya, y por Hipólito. Éste lo aposentó en el palacio del emperador donde fueron a verle el rey de Sicilia, el de Fez, el duque de Macedonia y muchos otros caballeros.

Después el rey Escariano quiso ir a hacer reverencia a la emperatriz. Ella lo abrazó, con gesto agraciado y cara muy afable, mostrando gran alegría

por su llegada. Entonces lo hizo sentarse a su lado y el rey de Etiopía le dijo:

—La gran gloria y fama que de vos suena por el mundo, señora del imperio griego, me ha hecho siempre desear venir a presentaros reverencia, porque me siento obligado a serviros por el gran valor de vuestra majestad y por el amor del virtuoso caballero y hermano y señor mío, Tirante el Blanco. Éste, por su amor, partió de mi tierra para recuperar todo el imperio griego. Mi mujer, la reina, no había venido aquí para otra cosa que para las bodas de mi hermano Tirante con la virtuosa princesa, cuyas muertes han sido muy graves para mí, por la gran virtud que ambos poseían. Por eso, en enmienda de ellos, tendré por gran gracia poder serviros durante toda mi vida.

Entonces, en voz baja, la emperatriz le contestó:

—Es para mí mucha gloria que un rey tan magnánimo y virtuoso me diga palabras de tanta afabilidad. Os agradezco mucho vuestra visita y los trabajos que habéis pasado para venir a ayudarnos a cumplir la conquista, la cual, por la gracia de Nuestro Señor y por vuestros trabajos y los de mi bienaventurado hijo Tirante, ha llegado a buen fin. Pero he sido mal pagada con la pérdida de tres personas, las mayores y mejores de todo el mundo, y no me puedo alegrar nada porque he perdido el mayor bien que tenía en esta vida.

Pero la emperatriz no pudo hablar más, sino que estalló en llantos. Entonces el rey Escariano, para acompañarla, también comenzó a llorar. Posteriormente el rey consoló mucho a la emperatriz con palabras graciosas y, como ya había pasado gran parte de la noche, se despidieron y se fueron a descansar.

Hipólito fue aquella noche a dormir con la emperatriz y le contó la conversación que había tenido con sus parientes, y también todo lo que habían concertado:

—Han decidido que os tome por esposa —le dijo—. Bien sé, señora, que no soy digno ni merecedor de ser marido ni tan sólo servidor vuestro, pero confío, por el gran amor y virtud de vuestra alteza, en que me aceptaréis como cautivo de vuestra majestad. Señora confiad en mí, porque os seré tan obediente que me podréis mandar mejor y con mayor señoría de lo que hasta ahora lo habéis hecho, porque nunca deseé nada tanto como

ser vuestro servidor.

—Hipólito, hijo mío —respondió la emperatriz—, no ignoras el mucho amor que te profeso y por eso me sentiré muy agraciada si tú me quieres tomar por esposa, porque puedes pensar, hijo mío y señor, que aunque yo sea vieja, no encontrarás nunca a nadie que te ame tanto.

Entonces Hipólito le quiso besar los pies y las manos, pero la emperatriz no lo permitió, sino que lo abrazó y lo besó apasionadamente. Así pasaron aquella noche deliciosamente, recordando muy poco a aquéllos que yacían sobre los estrados esperando que les fuese dada honrada sepultura.

Por la mañana, antes de que Febo hubiese enviado sus luminosos rayos sobre la tierra, el solícito caballero Hipólito se levantó lleno de goce, porque había pasado una noche muy placentera con su dama y ordenó todas las cosas necesarias para la imperial sepultura.

El día convenido, todos los barones y caballeros que habían sido invitados se encontraban en la ciudad de Constantinopla. El primer día hicieron el entierro del emperador, el cual fue hecho con las más bellas iluminarias que nunca hubiesen sido hechas a ningún príncipe del mundo. En el sepelio estuvieron presentes muchos reyes, duques, condes, marqueses y muy noble caballería, pero también todo el pueblo de la ciudad y mucho clero y presbíteros que hacían el oficio divino y cantaban con voces doloridas.

El segundo día fue hecho el de la princesa de forma semejante y el tercer día, el de Tirante. Durante estos tres días lloraron y se lamentaron tanto que en todo aquel año ya no tuvieron más deseo de hacerlo. Celebradas las exequias, pusieron el cuerpo del emperador en una tumba muy rica y bella, obrada con bajorrelieves de oro y de azur, y con las armas imperiales esculpidas muy sutilmente. El emperador había hecho construir esta tumba hacía mucho tiempo. Tirante y la princesa, por su parte, fueron puestos dentro de una caja de madera porque los tenían que llevar a Bretaña.

Una vez terminado todo el ceremonial, el rey de Sicilia, el de Fez y el duque de Macedonia, fueron al rey Escariano y le contaron el acuerdo al que habían llegado los parientes de Tirante.

—Gran placer tengo —comentó el rey Escariano— por la decisión que habéis tomado, porque sé que Hipólito es buen caballero, virtuoso y merecedor de ser emperador.

A continuación le pidieron que fuese con ellos a llevar la embajada a la emperatriz, y así partieron los tres reyes y el duque de Macedonia, de forma que fue la más noble embajada que nunca había sido hecha a hombre o mujer. Fueron a la habitación de la emperatriz y ésta hizo sentarse al rey Escariano y al rey de Sicilia a su lado sobre el estrado imperial. Entonces el primero le explicó la embajada de parte de todos los parientes de Tirante, a la cual la emperatriz respondió:

—Mi lengua y mi pensamiento están tan alterados que considero igualmente difícil el rehusar como el aceptar vuestra petición. ¿Qué haré, pues? No puedo desobedecer vuestra justa petición y por tanto tendría que aceptar vuestros ruegos, pero miren vuestras señorías y verán que mi disposición no es para tomar marido, porque ya soy de edad avanzada y no podré tener infantes. Así pues, suplico a vuestras señorías que me deis por excusada.

Pero el rey de Fez no pudo permitir que la emperatriz continuase hablando, sino que con voz esforzada dijo:

—Excelentísima señora, perdóneme vuestra majestad que mi ánimo no haya podido soportar continuar oyendo vuestras palabras que son contrarias a vuestra alma y al honor y fama que se espera de vuestra alteza. Porque si a la divina providencia le ha placido que vuestra majestad quede señora y servidora de todo el imperio griego, vos no podréis regirlo ni conservarlo como corresponde sino que, si no tomáis marido, seguramente lo perderéis. Por eso, señora, otra vez os suplicamos y os demandamos que hagáis lo que os aconsejamos, porque os será útil y repercutirá en vuestro honor, ya que nosotros os daremos un marido que será el placer y el consuelo vuestro, que sabrá defender la tierra y, como pariente del glorioso Tirante, todos los del imperio estarán muy alegres cuando sepan que se trata de un pariente y criado de Tirante que ha sido nutrido en vuestros estrados imperiales. Por esto quisiéramos escuchar una respuesta de vuestra majestad que nos permita irnos consolados.

Entonces la emperatriz, con vergüenza acompañada de una gracia extraordinaria, dijo:

—Magnánimos y virtuosos señores: os considero como hermanos y tengo fe en que vuestras señorías no me aconsejaríais una cosa que fuese contraria a mi bien y a mi honor, por eso me pongo en vuestras manos para que hagáis conmigo y con todo el imperio como si se tratase de cosa vuestra.

Todos se alegraron mucho por su respuesta y, habiéndole hecho una gran reverencia, se fueron a la habitación de Hipólito, quien los recibió con mucho amor. Entonces le narraron la conversación que habían tenido con la emperatriz y que ella estaba dispuesta a hacer todo lo que ellos quisieran.

Una vez supo la respuesta, Hipólito se arrodilló, dio infinitas gracias y fue el hombre más feliz y alegre del mundo. Entonces lo tomaron y lo llevaron a la habitación de la emperatriz, hicieron venir al obispo de la ciudad y los hicieron esposar en presencia de la reina de Etiopía, de la reina de Fez, de la duquesa de Macedonia y de todas las damas de la corte, las cuales sintieron un gran placer y consuelo por el gran dolor que habían pasado.

La noticia de que la emperatriz se había esposado con Hipólito se extendió inmediatamente por toda la ciudad. Entonces todo el pueblo dio gracias a Dios por tan buen señor como les había dado, ya que todos amaban mucho a Hipólito porque en tiempo de necesidad, cuando era capitán de la ciudad, los había tratado muy bien.

Al día siguiente hicieron ataviarse muy bien a Hipólito y a la emperatriz. Así mismo adornaron todo el palacio con telas de oro y de seda tan singularmente como nunca lo había estado.

Hipólito, para dar más lucimiento a la fiesta, mandó que aquel día tomaran la bendición el rey de Fez, el marqués de Lizana y el vizconde de Branches, pero también otros veinticinco señores y caballeros que ya habían sido esposados, cuyo nombre se omite para no ser prolijo.

En cuanto todas las novias estuvieron ataviadas, Hipólito se puso el primero y después de él iban todos los esposados. A continuación venía la emperatriz en medio del rey Escariano y del rey de Sicilia. Las otras novias venían detrás de ellos acompañadas de muchos duques, condes y marqueses. Y con gran triunfo, fueron a la iglesia donde elevaron a Hipólito como emperador, ceremonia en que hizo juramento de que defendería la santa madre Iglesia, mientras todos los barones y vasallos

que se encontraban presentes le juraron como señor. Acabado el juramento, dieron la bendición al emperador y a la emperatriz y después a todas las demás parejas.

Hecho el oficio, volvieron al palacio con el mismo orden, acompañados de trompetas, clarines, añafiles, tamboriles, chirimías y tantos otros instrumentos que no se podrían poner por escrito. De la triunfante comida, sería demasiado recitar su abundancia, teniendo en cuenta la condición de los invitados, y lo mismo hay que decir de las danzas que siguieron después de comer. Los festejos fueron tan singulares que duraron quince días, en cada uno de los cuales se hicieron danzas, justas, torneos y muchas otras cosas que hicieron olvidar los dolores del pasado.

Acabadas las fiestas, el rey Escariano se despidió del emperador, de la emperatriz y de los otros reyes y señores y lo mismo hizo su mujer, la reina. Y, con gran compañía, salieron de la ciudad porque el emperador y toda su caballería les acompañaron hasta una legua de camino. Después el emperador regresó a la ciudad y el rey Escariano partió hacia su tierra donde fue muy bien recibido por sus vasallos.

Al llegar el nuevo emperador a la ciudad de Constantinopla llamó a la gente de armas que Tirante había dejado porque les quería remunerar. Llegaron al cabo de pocos días e Hipólito les pagó bien y cumplidamente para que pudiesen hacer su camino.

Después de esto, el rey de Sicilia dijo al emperador:

—Serenísimo señor, yo ya no hago nada aquí. Si a vuestra majestad le place, volveré a Sicilia con vuestra licencia.

—Hermano y señor —respondió el emperador—, doy infinitas gracias a vuestra señoría por la buena voluntad, gran servicio y honor que habéis hecho al imperio griego. Os prometo, a fe de emperador, no decepcionaros nunca en todo lo que pueda.

Entonces le dio muchos donativos y muchas joyas para la reina y regaló mucho a sus caballeros, que decían que este emperador era el señor más magnánimo y liberal del mundo. Después el emperador hizo venir a su almirante, el marqués de Lizana, y le dijo que preparase treinta naves para que el rey de Sicilia pudiese pasar a su tierra. El rey hizo recogerse a toda su gente, se despidió del emperador, de la emperatriz, del rey y la reina de

Fez, del duque y la duquesa de Macedonia y de los otros barones y caballeros y, izando vela, se fueron con buen tiempo.

Cuando partió el rey de Sicilia, el emperador rogó al rey de Fez y al vizconde de Branches que llevasen los cuerpos de Tirante y de la princesa a Bretaña. Ellos le respondieron que lo harían con mucho gusto por amor a él y a Tirante. Entonces el emperador mandó al almirante que preparase cuarenta galeras para tal fin. El emperador había hecho construir una caja de madera muy bella, toda cubierta de planchas de oro esmaltadas y trabajadas con tal sutil delicadeza que parecía la sepultura de un gran señor. Hizo poner en ella los cuerpos de Tirante y de Carmesina todos vestidos de brocado hecho de hilo labrado en oro, para que nunca se pudiesen pudrir. Tirante y Carmesina iban con la cara descubierta de forma que parecía que dormían.

Entonces hizo colocar la caja en una galera y mandó poner allí todas las armas de Tirante, como también las banderas y sobrevestas que llevaba, para que fuesen situadas sobre la sepultura donde tenía que yacer, ya que quería que sus gestas fueran recordadas para siempre. También dio al rey de Fez doscientos mil ducados para que hiciese construir en Bretaña la sepultura de Tirante y de Carmesina según merecían.

Una vez ya todo estuvo en orden, el rey y la reina de Fez se despidieron del emperador y de la emperatriz, de los duques de Macedonia y de toda la corte y se recogieron en las naves, junto con el vizconde de Branches.

Izaron vela con tan buen tiempo que, en pocos días, llegaron a Bretaña. El rey y la reina de Fez y el vizconde de Branches, acompañados de muchos nobles caballeros, desembarcaron en una ciudad que se llama Nantes, donde fueron muy bien recibidos por el duque de Bretaña, por su duquesa y por todos sus parientes.

Entonces tomaron la caja de Tirante y de Carmesina y, con una gran procesión de sacerdotes, frailes y monjas, los llevaron a la iglesia mayor de la ciudad, donde los colocaron dentro de un sepulcro sostenido por cuatro leones. La tumba estaba elaborada en alabastro y alrededor había una leyenda, escrita en letras griegas vaciadas en oro fino, donde se leía:

El caballero que fue el fénix
en las armas y la que fue de todas
la más bella, muertos están aquí,

en esta pequeña tumba; a pesar de esto, su fama resuena en el mundo: Tirante el Blanco y la alta Carmesina.

Los leones y la tumba estaban elaborados con diversos colores: oro, azul celeste y otros esmaltes, trabajados con gran arte y delicadeza. En la parte derecha se mostraban dos ángeles y otros dos a la izquierda, los cuales tenían dos grandes escudos: uno con las armas de Tirante y el otro con las de Carmesina. Los leones y la tumba estaban dentro de una capilla de bóveda, cuyos arcos eran de pórfido y se sostenían sobre cuatro pilares de jaspe. La clave del crucero era de oro macizo, adornada con muchas piedras finas y se veía un ángel que tenía en las manos la espada de Tirante manchada con la sangre de tantas batallas. El pavimento de esta bóveda era de mármol y estaban las paredes cubiertas de brocados carmesí. Solamente la tumba estaba descubierta. En la parte de fuera estaban colgados los escudos de los diversos caballeros vencidos en campo cerrado de batalla y, sobre el arco triunfal, estaban pintados algunos de los maravillosos actos y nobles victorias de Tirante en tablas grandes y bellas. También se mostraban allí las armas y guarniciones de su excelente persona, y también la jarretera, circundada de bellas perlas, balajes y zafiros. Muchas banderas y pendones de las distintas ciudades y provincias ganadas colgaban en la parte más alta de la iglesia. Sobre todas ellas destacaban las divisas de Tirante que representaban llamas o lenguas sobre carmesí y llamas de fuego sobre campo de oro; en las llamas de oro se quemaban las letras C.C.C. y en las llamas de fuego se quemaban las letras T.T.T. Con esto se significaba que el oro puro de su amor, quemando, se apuraba en las llamas de Carmesina y que no quería otra cosa que la princesa ardientemente se mezclase en las llamas de su querer. Sobre la tumba, con letras de oro, se habían esculpido estos tres versos:

El amor cruel que los ha unido en vida
y con gran dolor la vida les ha hecho perder,
después de la muerte, los cierre en el sepulcro.

No se podría explicar con palabras las grandísimas solemnidades que fueron hechas en Bretaña delante de la sepultura de Tirante, porque tanto el duque de Bretaña como la duquesa y todos los parientes de Tirante

hicieron grandes manifestaciones de luto por su muerte cuando supieron los actos de inmortal recuerdo que él había hecho, como también la gran prosperidad a que había subido. El rey de Fez ofreció los doscientos mil ducados que el emperador le había dado, en limosnas y beneficios por el alma de Tirante y de la princesa. Éste, aunque fue muy festejado por el duque y por sus parientes, decidió volver a su tierra, porque había estado seis meses en Bretaña para dar cumplimiento a todo lo que el emperador le había encargado. El rey y la reina de Fez, pues, se despidieron de los duques y de todos sus parientes y, junto con el vizconde de Branches, se recogieron en sus galeras y se dirigieron a sus tierras. Nuestro Señor les dio tan buen tiempo que llegaron en pocos días al puerto de Tánger. Allí desembarcaron el rey y la reina de Fez con toda su gente y el vizconde, con las cuarenta galeras, volvió a Constantinopla donde fue muy bien recibido por el emperador, que deseaba saber todo lo que habían hecho en Bretaña.

Cuando lo supo todo, el emperador se alegró tanto que compró el condado de Benaixí por trescientos mil ducados y se lo ofreció al vizconde de Branches como premio. Después, dio a todos aquéllos que se habían casado con las criadas de la emperatriz y de la princesa buenas heredades y, con el tiempo, casó a todas las demás como correspondía a un buen señor.

La próspera fortuna favoreció tanto a este emperador y fue tan virtuoso caballero que, a causa de sus gestas, aumentó mucho el imperio griego y lo amplió con muchas provincias. También gracias a su gran diligencia reunió un gran tesoro. Además, Hipólito fue muy bien amado y temido por sus súbditos y por sus señores vecinos. Pocos días después de ser hecho emperador, hizo sacar de la cárcel al sultán, al Gran Turco y a todos los otros reyes y señores que estaban presos. Entonces firmó con ellos paz y tregua por ciento un años y los festejó tanto que quedaron muy contentos, le prometieron sumisión y se ofrecieron para ayudarlo siempre que le fuese menester. Después el emperador, con dos galeras, los hizo pasar a Turquía.

El emperador Hipólito vivió durante mucho tiempo, pero la emperatriz solamente lo hizo tres años después de la muerte de su hija. Poco tiempo después, el emperador tomó como mujer a la hija del rey de Inglaterra. Esta nueva emperatriz fue de grandísima belleza, honesta, humilde y muy virtuosa y devotísima cristiana. La gentil dama parió tres hijos y dos hijas

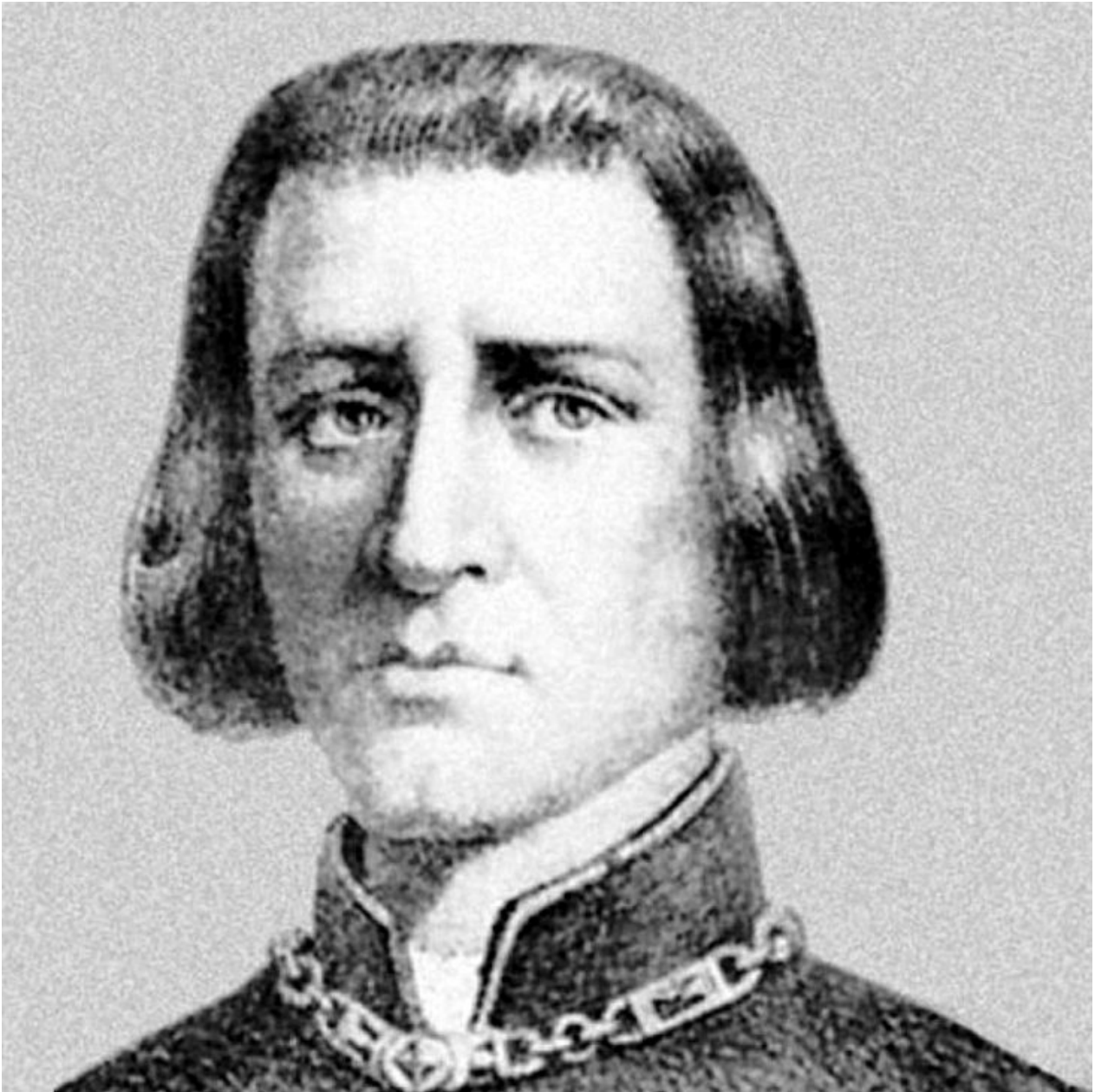
del emperador. Los hijos fueron caballeros muy singulares y valentísimos. El mayor fue llamado Hipólito como su padre, vivió toda su vida como magnánimo señor e hizo muchos singulares actos de caballería, que no se cuentan en el presente libro, sino que remite a las historias que se escribieron sobre él. Cuando el emperador y la emperatriz fueron muy viejos, pasaron el mismo día de esta vida y fueron puestos en una tumba muy rica que el emperador se había hecho construir.

Y bien podéis creer que por su buen regimiento y por su virtuosa vida se hallan en la gloria del paraíso.

Deo gratias

FUE ACABADA DE IMPRIMIR LA PRESENTE OBRA EN LA CIUDAD DE VALENCIA EL DÍA 20 DEL MES DE NOVIEMBRE DEL AÑO DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR DIOS JESUCRISTO DE 1490.

Joanot Martorell



Joanot Martorell (Valencia, c. 1410- abril de 1465), también conocido como Joan Martorell, fue un escritor y caballero valenciano. Especialmente conocido por ser el autor de la novela de caballerías *Tirant lo Blanch*.

Su nacimiento se sitúa hacia 1413 en la ciudad de Valencia. Según el historiador Jaume Chiner su familia era originaria de Gandía, aunque estaba establecida en Valencia desde el año 1400. Su abuelo, Guillem Martorell, fue consejero real y su padre, Francesc Martorell, casado con

Damiata Abelló, fue mayordomo del rey Martín el Humano. Una hermana de Joanot Martorell, Isabel, estuvo casada con Ausiàs March.

Se conocen bastantes elementos biográficos que lo muestran como un caballero luchador y agresivo, de vida agitada, salteada de lances caballerescos, así como diversos viajes, si bien la mayoría de los pleitos, incluidos los desafíos a muerte, no pasaron de duelos verbales.

A partir de 1433 se data el primer nombramiento de Joanot como caballero.^{4?} Estuvo una larga temporada en Inglaterra (en uno de estos viajes, en 1438, tradujo el poema del siglo XII Guy de Warwick), Portugal y Nápoles, como consecuencia de diversas luchas caballerescas a las que era tan aficionado, y de las que tenemos información gracias a que se guardan catorce «lletres de batalla» (letras de batallas, o cartas intercambiadas), que Martorell escribió durante toda su vida.

Tuvo acceso a diversos libros que más adelante fueron su fuente de inspiración. El 2 de enero de 1460 empezó a escribir su gran novela *Tirant lo Blanch*, (*Tirante el Blanco*), que dedicó al infante Fernando de Portugal, al que conoció en ese país. Fue una de las obras más representativas del Siglo de Oro valenciano. En ella se narran las gestas bélicas del caballero Tirant y la historia de amor que vive con Carmesina, en un contexto de alta temperatura erótica. Está considerada como la primera novela moderna de Europa y una de las más importantes de la literatura universal. Fue editada en el año 1490 por primera vez en Valencia y posteriormente en Barcelona. De estas dos primeras ediciones se conservan cuatro ejemplares. Tres son de la primera edición de Valencia, una se encuentra en la Universidad de Valencia y las otras, una en Londres y otra en Nueva York. También se conserva un ejemplar de la segunda edición barcelonesa. En la primera mitad del siglo XVI fue traducida al castellano y al italiano, más tarde al francés. Fue conocida por Ariosto, Shakespeare y Cervantes. De hecho, el *Tirant lo Blanch* recibe un elogio por parte de Cervantes, que salva la novela de la quema de libros de caballerías que hacen en casa de Alonso Quijano el cura y el barbero.